1926

ENRIQUETA LOZANO

UN MAR SIN PUERTO



GRANADA
EDITORIAL LÓPEZ-GUEVARA
1926

R-116589

ENRIQUETA LOZANO

UN MAR SIN PUERTO

Es propiedad del Editor

Granada
Editorial López-Guevara
San Jerónimo, 29
1926

UN MAR SIN PUERTO

CAPÍTULO PRIMERO

La tarde declinaba. El sol se había ocultado ya en el ocaso.

A la melancolía de esa hora en que el día muere, se mezclaba la que esparce en derredor el eco de las campanas doblando lentamente y diciendo en sus tristes sones que un alma acaba de romper su cárcel para volar a la eternidad.

¡Oh! y así era en efecto; y si pudiéramos dudar de ello, nos bastaría llegar a las puertas de un magnífico palacio, en una de las calles más aristocráticas de la coronada villa, y mirar hacia el vestíbulo que precede a su ancha escalera.

Allí, y cerca de una mesa cubierta con un amplio paño negro galoneado de plata, se hallaban dos criados vestidos de riguroso luto, que se inclinaban respetuosamente siempre que alguna persona amiga o conocida de sus señores sin duda, llegaba a estampar un nombre en la extensa lista colocada en el centro de la mesa que parecían custodiar.

Todo era triste en aquella casa.

Todo grave, ceremonioso.

Todo respiraba, sin embargo, la opulencia y la riqueza y el bienestar.

Las escaleras, adornadas de olorosos arbustos y de bellas estatuas, pero alumbradas a medias en aquella noche de duelo, daban acceso a grandes habitaciones desiertas y mudas entonces.

Sólo en medio de un gran salón, tapizado con anchas colgaduras de damasco, y entre un círculo de pesados y abundantes cirios, descansaba un ataud, en el cual yacía una mujer sin vida.

Era joven, muy joven, y a pesar del sello que la muerte había impreso en sus facciones, adivinábase aún en ellas los restos de una peregrina y perfecta hermosura.

Una rizada toca de crespón blanco rodeaba su pálido semblante, y entre sus manos y sobre su pecho brillaba un crucifijo de marfil que se destacaba fuertemente sobre el terciopelo de la mortaja que la envolvía.

Cuatro servidores de gran librea velaban junto al ataud, remudándose de dos en dos horas en aquel triste y postrer servicio que prestaban a la que había sido su señora.

Así en silencio, en ese sombrío silencio que rodea siempre a la muerte, se pasaron las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche, sin que nada viniera a turbar aquella dolorosa quietud.

Poco a poco se fueron apagando los diferentes sonidos que venían del exterior.

El murmullo de las gentes que cruzaban la calle se hizo vago y aún cesó enteramente por algunos intervalos; el ruido de los carruajes fué menos, y sólo se escuchó muy de tarde en tarde.

El sueño y el cansancio parecían irse apoderando de los que allí velaban, y que si aparecían tristes y macilentos, no demostraban en el rostro ese profundo y doloroso sentimiento del que todo lo ha perdido al ver morir un ser adorado.

Las dos habían sonado ya en los relojes más cercanos, y aún quedaban muchas horas de aquella interminable noche, la última que debía pasar en su morada aquella mujer que ya no existía.

Tres de los servidores destinados a guardar aquel féretro, se habían dormido profundamente.

¡Oh! Estaban ciertos de que nadie vendría a reconvenirles por aquella falta, y se entregaban al sueño con un descuido extremado.

Y hacían bien.

Las luces ardían en sus candelabros de plata.

Ni un soplo de viento podía agitar ni extinguir su llama.

¿Qué falta hacían su vigilancia y sus cuidados?

Los ojos que podían ver, los labios que podían reprender, estaban allí cerrados para siempre.

¿A qué inquietarse? ¿A qué violentarse, pues?

¡La muerte no necesita desvelos, ni vigilias, ni atenciones!

Hemos dicho que tres dormían, pero nos queda el cuarto de que hablar.

Este había entrado de los últimos para empezar su turno de vela, y podemos asegurar que su aspecto nada tenía de común con el de sus otros compañeros.

Como la noche estaba muy avanzada, como el frío sin duda era intenso, se envolvía cuidadosamente en una especie de redingot de paño obscuro, que le cubría enteramente el cuerpo y parte del rostro, que tenía inclinado constantemente y perdido casi entre una espesa barba negra, larga y descuidada en extremo.

Un aire de superioridad majestuosa se descubría sin embargo en toda su persona, y sus ojos, en los que brillaba una mirada clara y ardiente, se dirigían de vez en cuando en derredor con inquietud y angustia visible.

Parecía como que aguardaba con afán algo que no podríamos adivinar, pero que se manifestaba en los movimientos nerviosos de su mano cerrada, y en las contracciones de sus labios fuertemente comprimidos.

Al fin, y cuando se convenció hasta la evidencia que sus compañeros dormían, dejó la inmovilidad en que había permanecido una hora entera, y acercándose más al féretro, se dejó caer de rodillas a sus pies con ademán doliente y desesperado.

De sus ojos, secos hasta entonces, brotaron dos lágrimas solas, dos gotas de sangre arrancadas de los veneros del corazón, que fueron a caer sobre los pies de aquel cadáver.

Sus labios no se movieron; parecía que no formulaban palabra alguna, y sin embargo, salió de ellos un nombre, más bien que como una frase, como un gemido del corazón.

Una vez dada expansión al dolor concentrado que sin duda se ocultaba en él alma de aquel hombre, le fué casi imposible contenerse y sollozos amargos brotaron de su pecho y la más viva desesperación se pintó en sus hermosas facciones.

Impulsado por un misterioso sentimiento, levantose rápidamente, se acercó al cadáver y le contempló algunos instantes de pie, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

¡Oh! En aquella frente abrumada por el pesar debían tener cabida las más extrañas ideas, porque mil violentas emociones se reflejaban en ella con la rapidez con que cruzan las olas sobre la superficie de un mar alborotado y tempestuoso.

De pronto, y con una emoción indecible, pareció olvidar cuanto le rodeaba, y apoyando su mano sobre el pecho del cadáver, buscó en él un objeto que no tardó en encontrar, porque sin duda estaba cierto de que se ocultaba sobre aquel seno sin vida.

Era un relicario de oro sujeto con una delgada cadena del mismo metal; una expresión idefinible animó su rostro al tocarle; cogió la cadena entre sus dedos, la rompió con violencia y guardó ambas cosas con afán entre los pliegues de su traje, no sin haber dirigido una mirada recelosa en torno suyo.

Su agitación era tan violenta, que apenas podía vencer el visible temblor que le dominaba.

O su corazón estaba desgarrado por el dolor, o aquella especie de robo sacrílego que acababa de efectuar había trastornado todo su sér.

Pasado el primer instante, la razón volvió sin duda a recobrar en él su imperio, pues quiso borrar las huellas de aquella acción llevada a cabo entre el misterio de la noche, y otro misterio más terrible y más impenetrable aún: ¡el de la muerte!

En su precipitación por apoderarse de aquel relicario, había descompuesto el velo y el traje que envolvía a la joven y el rostro de ésta, blanco y helado como el mármol, había quedado descubierto enteramente, dejando ver clara y distintamente una línea ancha y obscura que se adivinaba junto a la boca cruzando la barba como una cinta azulada.

Los ojos de aquel hombre se fijaron en ella con afán, tiró de las tocas hasta desgarrarlas para descubrir en toda su extensión aquella señal terrible, y un rugido de cólera se escapó de su pecho, porque adivinó allí la huella de sufrimientos pasados o de violencias aterradoras.

Al grito inarticulado que se apagó entre sus labios, pareció responder un doliente suspiro en un extremo de la estancia.

¿Era acaso una ilusión de su mente? ¿Era que el eco repetía el sonido de su misma voz? ¿Era que el cadáver respondía a su gemido con otro gemido amante, o que alguien se quejaba como él, adivinando también aquellos ignorados dolores?

El desconocido no hubiera podido descifrarlo.

Pero sintió que los cabellos se erizaban sobre sus sienes y que un sudor frío inundaba su pálido semblante.

Tuvo valor sin embargo para cubrir respetuosamente aquel seno yerto e inmóvil; colocó los pliegues del velo sobre aquella frente marchita, y después de prestar atención un momento y ver que todo permanecía silencioso y callado, volvió a caer de rodillas ocultando la frente entre sus manos y entregándose a una profunda y dolorosa abstracción.

El reloj dió en aquel instante cinco campanadas.

Uno de los tapices que cubría la puerta del salón se levantó lentamente y un hombre de aspecto triste y humilde apareció en la entrada.

Miró en torno con atención y viendo que sólo el desconocido velaba, se acercó a él y le tocó suavemente en el hombro.

Levantó aquél la cabeza; fijó en el recién llegado su mirada y le preguntó muy bajo:

—¿Eres tú, Gaspar? ¿Qué quieres? ¿A qué vienes tan pronto?

—Señor, son las cinco,—respondió el recién llegado tan quedo, que más bien se adivinó que se escuchó su palabra.

—¡Las cinco ya!—respondió el desconocido con dolorosa sorpresa.

—Sí, y es forzoso salir; la hora de mi turno ha concluido y si los otros entran, si alguno adivina que no he sido yo quien ha estado aquí...

—Calla; ya ves que es imposible.

—Sin embargo...

—Tienes razón; me iré... ¿Qué puedo hacer en este lugar?

—¿El relicario?...

—Está en mi poder.

—Entonces...

—Sí, vamos. Estas dos horas han sido terribles para mí, porque tú no sabes, Gaspar, tú no sabes la sospecha que se ha despertado en mi mente; sospecha que me es preciso aclarar, porque si un crimen hubiera terminado la vida de Elena...

Gaspar, inquieto por un peligro que él sólo podía comprender, hizo una seña indicando que no estaban solos y esto enmudeció los labios del desconocido.

—Vamos,—repetió el fiel servidor;—yo guiaré a V. E. hasta hacerle salir por la puerta del jardín y luego volveré a ocupar mi puesto antes que noten el cambio. Es preciso, es preciso hacerlo así.

—Tienes razón; marchemos,—murmuró aquel hombre, dando un paso para abandonar la estancia.

Pero luego se detuvo; miró a la joven y exclamó con un acento que parecía desgarrarle el pecho:

—Adiós, Elena, hasta dentro de algunas horas.

—¡Cómo!—exclamó Gaspar con sorpresa;—pues qué, ¿acaso?...

—Sí, quiero estar en el cementerio; quiero verla una vez todavía.

Y sin aguardar nada ya, salieron ambos de aquel lugar y llegaron hasta el fin de la escalera sin encontrar a nadie a su paso.

Un instante después el desconocido cruzaba el dintel de la puerta y se perdía entre la oscuridad de la calle, y el criado tornaba al salón mortuorio, donde aún permanecían dormidos los que allí dejara antes de volver a ocupar su puesto.

CAPÍTULO II

Gaspar pasó una hora todavía, velando el cadáver de Elena.

Aquel hombre era un criado muy antigüo de la casa, uno de esos criados que nacen junto a sus señores, que viven para ellos, que los aman como cosa propia y que mezclan a su cariño, lleno de abnegación y gratitud, una especie de veneración, un respeto tan profundo, que casi podría llamarse un culto de su corazón.

Muchos años hacía que había entrado niño aún al servicio de los padres de Elena, y no había tenido más afecto, más aspiración ni más familia que el de aquella casa, cuyo pan comía y cuyo techo le cobijaba.

Sin embargo, jamás ni por un momento trató de salir de su esfera.

Había presenciado graves sucesos, había sido testigo de dolorosos acontecimientos, pero testigo mudo, sin opinión y sin voluntad.

Máquina viviente, que sólo servía para obedecer y para amar; para amar, sí, porque a pesar de su humilde apariencia, a pesar de su aspecto modesto e impenetrable, en aquel pecho latía un corazón muy noble y capaz de los más grandes sacrificios.

¡Oh! Gaspar no se parecía en nada a los otros que prestaban allí el último servicio a aquella joven infortunada. A Gaspar no podía vencerle el sueño, porque le dominaba el sentimiento.

Mientras un sopor profundo cerraba los ojos de sus compañeros, los suyos, fijos en su malograda señora, estaban humedecidos por las lágrimas que de vez en cuando rodaban por sus mejillas, y aque-

lla muda comtemplación le absorbía de tal manera, que no le permitía medir las horas que pasaban ni cuidarse de cuanto allí le rodeaba.

Así, pues, transcurrió mucho tiempo.

Poco a poco los cristales del balcón que se abría en medio de aquella lujosa estancia, se fueron tiñendo de blanco y rosa.

Un murmullo lejano y alternado con largos períodos de quietud, fué percibiéndose entre el silencio prolongado de tantas horas.

La luz de los cirios empezó a palidecer y a estrechar el círculo de la claridad que esparcían, quedándose al fin reducida a un pequeño punto rojo sin fuerza y sin brillo casi.

Era que los primeros fulgores del día venían a deshacer las postreras sombras de aquella noche que acababa de hundirse en el abismo de la eternidad.

Gaspar de nada de esto se había apercibido; permanecía orando o entregado a penosas y lúgubres meditaciones.

Quizá hubiera permanecido de aquel modo mucho tiempo aún, si una voz grave y dulce a la par no hubiéra pronunciado su nombre y una mano cariñosa posándose levemente sobre su hombro no le hubieran hecho tornar en sí.

—¡Ah! ¿Es usted, padre mío?—murmuró, levantándose con presteza; ¿es usted otra vez?

—Sí,—respondió el recién llegado con acento suave y melancólico; sí, yo soy, he querido elevar mis últimas plegarias junto a ese cadáver, antes que lo cubra la losa del sepulcro.

—Gracias, dijo Gaspar muy conmovido,—gracias.

Y alejándose algunos pasos, dejó su puesto al sacerdote, que se arrodilló junto el féretro y elevó a Dios el pensamiento, rogando con fervor por aquel alma que había abandonado su cárcel.

El padre Carlos era joven, muy joven aún. En su aspecto hermoso y simpático hasta el extremo, se reflejaba la bondad de su corazón y la rectitud de su conciencia.

Su frente espaciosa y surcada de algunas prematuras arrugas demostraba que allí, y oculto entre el velo de una sincera modestia, ardía clara y brillante la poderosa luz del pensamiento; y en su mirada dulce y melancólica se leía a veces un amargo recuerdo del pasado y una celestial esperanza para el porvenir.

Su estatura, sus modales, su aspecto, tenían una distinción tan natural, una apariencia tan noble y elevada, que en nada se parecía a las que prestan la posición o la cuna, sino a la que dan la santidad y el genio y la virtud.

Su oración fué corta, pero llena de sentimiento y de fe, porque en su rostro se dejaban ver las emociones que combatían su corazón.

Era que el padre Carlos, ante aquel helado cadáver, pensaba, no sólo en el fin de las vanidades terrenas y en la eterna justicia del más allá, sino en algo que nosotros no podríamos explicar, porque estaba oculto, muy oculto en el santuario de su corazón.

CAPÍTULO III

Para el mejor orden de los sucesos que narramos, vamos a retroceder por algunos momentos.

La tarde anterior, o sea algunas horas antes de la muerte de la pobre Elena, Gaspar había sido llamado a la antecámara que precedía al aposento de la joven.

Allí, y con el rostro sombrío y la fisonomía tan dura como impasible, se paseaba un hombre, tan abstraído en sus reflexiones, que no reparó en la llegada de Gaspar.

Éste se detuvo en la puerta sin atreverse a adelantar un paso.

Aquel hombre le imponía sin duda tanto temor como respeto.

Por una sucesión de hechos que iremos dando a conocer, Fausto de Merán, tal era el nombre de aquel silencioso personaje, había venido a ser el dueño absoluto y el señor de aquella casa, en la cual disponía a su placer, con harto pesar de cuantos se encontraban en ella.

Gaspar, pálido y contrariado, le miraba inmóvil, aguardando sus órdenes, porque Fausto había hecho sonar un momento antes la campanilla.

Aquel aposento era suntuoso, como todo el resto de la casa, y estaba decorado con regia magnificencia.

En uno de sus testeros, y cubierta con pesadas colgaduras de terciopelo, se abría una puerta que daba paso al dormitorio de Elena.

De pronto por aquella puerta se dejó oir el eco de un gemido angustioso y doliente, que hizo extremecer a Gaspar y le obligó a dar un paso hacia adelante.

A este ruido involuntario, Fausto alzó la cabeza y murmuró con frialdad:

—¡Ah! ¿Estabas ahí, Gaspar?

—Aguardaba las órdenes de V. E.; — respondió el criado en voz baja.

—Sí, pero ibas...

—Creí que mi señora llamaba.

—La condesa Elena sólo quiere que venga un confesor.

—¡Cómo! ¿Tan mala está?

—No, pero ella lo desea y yo no me opongo a su voluntad.

—¡Dios mío!

—Ve, pues, a buscar un sacerdote; para eso te llamaba.

—Pero... la señorita...

—La señorita le aguarda con impaciencia.

—Entonces... entonces es que cree que va a morir.

Fausto guardó silencio, y Gaspar continuó después de un instante:

—Y mi señor... nada sabe, ¿no debíamos decirle...?

—¿Para qué? ¿Acaso el estado de su razón le permite...? vamos, obedece; perdemos un tiempo inútil.

—Sí, tiene V. E. razón... Voy... es ya casi de noche.

—Ve.

El criado salió de la estancia después de dirigir una dolorosa mirada a la puerta de la alcoba.

¡Oh! Gaspar hubiera dado la mitad de su vida por poder traspasar aquel dintel.

¡Hacía ya tantos días que no había visto a Elena, a su amada señorita, a cuyo lado había pasado la vida, cumpliendo sus órdenes, adivinando sus deseos, satisfaciendo sus gustos y sus caprichos!

Porque él, como hemos dicho antes, había nacido en aquella casa, allí había crecido al lado de Elena, siendo para ella, primero un compañero de la infancia, después un criado el más adicto y fiel.

Y como, en su calidad de tal, sólo podía acercarse a Elena cuando ésta le llamaba, o cuando la miraba cruzar por los jardines del palacio, he aquí el por qué hacía ya mucho tiempo, desde que la joven estaba enferma, que no había podido verla un instante ni escuchar de sus labios una palabra, siquiera fuese para darle una orden.

Sólo había podido llegar hasta aquella antecámara donde siempre

se hallaba Fausto, y donde, sin dejarlo adelantar un solo paso, le comunicaba sus mandatos.

El que había recibido en aquel momento le hizo extremecer.

Cuando Elena quería ver a un confesor, su extraña dolencia se habría agravado mucho sin duda.

¡Oh, si ella muriese!

Si ella muriese sola, aislada, sin poder recibir la bendición de su padre, porque estaba loco, sin poder hacer público un secreto del cual dependía el porvenir de dos niños inocentes y de un hombre amado hasta el delirio... ¡Oh! Gaspar sentía que su cabeza se extraviaba y que su corazón se oprimía de dolor.

I.

El fiel servidor salió a la calle y se detuvo algunos momentos indeciso y vacilante.

De pronto pareció tomar una resolución: una idea sin duda había acudido a su mente, pues murmuró mientras se resguardaba del frío envolviéndose entre los pliegues de su capa.

—Sí, eso es; haré venir al padre Carlos; él ama a la condesa como a una hermana, y podrá socorrerla en el caso que...

El pensamiento de Gaspar se perdió en su mente sin aparecer en sus labios; sin duda era tan grave que le causó miedo formularlo.

Aceleró el paso, y en poco tiempo cruzó algunas calles y se encaminó a un barrio apartado y en un extremo de la población.

Había anochecido completamente, y la confusa claridad de una luna velada tristemente por algunas pardas nubes, apenas permitía a Gaspar distinguir el terreno que recorría.

Sin embargo, no dejó de caminar hasta que se detuvo junto a una modesta puerta algo apartada de las demás, y alumbrada por un farol que pendía de un garfio de hierro, iluminando con su luz una imagen de la Virgen, que colocada en un nicho de piedra, santificaba aquella morada.

—Aquí es,—dijo Gaspar;—sí, no me cabe duda; aquí es.

Y aproximándose a la puerta dió dos golpes en ella que resonaron a lo lejos, y llegaron hasta los oídos de los moradores de aquella casa.

Un instante después, una de las ventanas se abría; y una voz varonil, aunque llena de dulzura, preguntaba cariñosamente:

—¿Quién es? ¿Quién es quien llama?

—Soy yo, señor,—contestó Gaspar desde abajo;—soy yo, un criado de la condesa de Maravel.

—¡Ah! ¿De la condesa? Esperad, amigo mío, esperad; bajo a abrir al instante.

Gaspar no tuvo que aguardar mucho, pues a los pocos minutos la entrada quedó franca y pudo reunirse con el padre Carlos, que le recibió en el dintel.

—¿Qué es esto?—preguntó el sacerdote,—la condesa...

—Se halla próxima a morir sin duda,—murmuró Gaspar con sombrío acento.

—¡A morir!

—Sí; quiere ver a un ministro del Señor y yo no he dudado en venir a buscarle.

—¡Elena! Dios mío, pero ¿qué significa?...

—No lo sé.

—Su dolencia no era grave.

—Hoy lo es; ya ve usted que cuando le llama...

—¿Y ha sido ella?...

—Ha sido ese hombre quien me ha trasmitido la orden.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Elena!

—¿Vendrá usted, es cierto?

—¿Puedes dudarlo? Mi deber es correr al lado del que me llama implorando consuelo; ¿cómo no había de apresurarme a volar junto a ella, a quien amo como a una hermana?

—¡Oh, padre mío; cuánto me felicito por haber venido!

—Pero ¿y el conde?, ¿y ese pobre anciano?

—Su delirio es hoy más espantoso que ayer; a nadie conoce; no puede comprender nada.

—¡Pobre Elena!

—¿Vamos?

—Espera un instante; voy a tomar mi sombrero y a prevenir a mi madre.

El sacerdote subió de prisa la escalera y se dirigió a una pequeña sala, donde estaba sentada en un ancho sillón y cerca de la chimenea, se hallaba una anciana de aspecto bondadoso y respetable.

—¿Quién era, hijo mío?—preguntó al ver aparecer al padre Carlos.

—Me buscan en nombre de un moribundo, —respodió éste solamente.

—¿Y vas a salir ahora?

—¡Oh! Ya ve usted que es preciso.

—De noche, y tan lejos del centro de la población!

—Tranquilícese usted, madre mía; ¿quién ha de hacerme daño a mí que no he causado mal a nadie nunca?

—¡Oh! Esa no es una razón para estar tranquila, hijo mío.

—Lo será al pensar que voy a cumplir mi deber, y que Dios estará a mi lado.

La anciana miró a su hijo con una mezcla de respeto y ternura, y tendiendo hacia él su mano.

—Ve, hijo mío,—le dijo solamente:—ve, que yo me quedo aguardando aquí.

—¿Y si tardase?

—No importa; Andrea me hará compaña; ya sabes que ni ella ni yo podemos dormir cuando te hallas fuera de casa.

El ministro de Dios besó la frente de la anciana y salió en busca de Gaspar, que le aguardaba con impaciencia, y los dos emprendieron la marcha con extremada celeridad.

La anciana escuchó el sonido de la puerta que se cerraba, y murmuró alzando los ojos al cielo:

—Gracias, Dios mío, gracias, por haberme dado un hijo semejante; ¡oh! conservádmelo, hasta que llegue la hora en que deje la tierra para arribar a vuestros pies.

Y llamando a Andrea, la mujer fiel y leal que había sido nodriza del padre Carlos, que jamás se había separado de ella, y que ahora hacía las veces de criada en aquella modesta casa, avivaron el fuego, y la una empezó con voz lenta la lectura de un libro piadoso, mientras la otra cruzaba, oyéndola, los puntos de su calceta.

II

El padre Carlos y Gaspar emprendieron su marcha, ambos preocupados y entristecidos ambos.

El sacerdote había conocido a Elena muy niña en el pequeño pueblo que le vió nacer, y en el cual los padres de la condesa poseían un hermoso castillo y varias extensas propiedades.

Con la dulce libertad que reina en el campo, se habían visto mil veces y habían pasado muchas horas juntos, ya socorriendo a algún infeliz, ya consultándose para hacer una buena obra.

Después, llevados ambos por opuestas corrientes en el mar de la vida, se habían separado y no se habían vuelto a ver hasta que ella fué desgraciada y él ministro de un Dios de amor y consuelo.

Entonces la casualidad les hizo encontrarse de nuevo, y la noble dama recibió santos consejos y escuchó dulces promesas de los labios del sacerdote.

Al temer por su vida, al anhelar un corazón amigo en quien depositar sus pesares y sus esperanzas, Elena había suplicado a Fausto que le hiciese venir; pero éste, ya fuese por olvido, ya por otras razones que si leyésemos en el fondo de su alma pudiéramos tal vez adivinar, se había abstenido de nombrarle al dar a Gaspar la orden de que trajese un confesor.

Dios, sin embargo, había escuchado las súplicas de Elena, inspirando a su fiel servidor la idea de buscar al santo joven, amigo desde la niñez de su pobre señora.

En la prisa de ambos por llegar al palacio de Maravel, ni uno ni otro se detenían un punto, y si cruzaban algunas palabras eran breves y cortadas sin interrumpir un momento su marcha.

De este modo el padre Carlos supo que Elena había pasado los últimos días de su enfermedad sola y en sus habitaciones, y entregada únicamente a los cuidados de Miss Arabela, una doncella ingle-

sa que recibiera pocos meses antes, y del doctor Dubois, un médico francés presentado en la casa por Fausto de Merán.

Supo también que el anciano conde de Maravel empeoraba de día en día, y que su razón perdida por completo, apenas tenía un solo intervalo de claridad.

Todas estas noticias causaban una profunda pena en el alma del ministro de Dios, pero ni por un instante una sospecha, una duda siquiera. Su alma era demasiado elevada, demasiado pura, para que se reflejase en ella una sombra de culpa.

Cuando llegaron al palacio de Maravel era tarde ya, a pesar de la prisa con que habían caminado.

Las puertas estaban abiertas y pudieron pasar adelante, sin que los numerosos criados que llenaban los corredores y las antecámaras, le dirigiesen pregunta alguna.

Sólo algunos contenidos murmullos o alguna palabra entrecortada se escuchaban de vez en cuando, inspiradas por la presencia del sacerdote.

¡Ay! Era que todos amaban a Elena, y la visita de un sacerdote en aquella casa y a aquella hora, era un presagio funesto, anuncio quizá de una terrible desgracia.

Atravesando en silencio galerías y salones solitarios y alumbrados a medias, el padre Carlos, precedido siempre de Gaspar, llegó a la estancia donde éste había dejado al señor de Merán, y donde le halló aún sentado ante una mesa y con la frente oculta entre las manos.

Cuando el criado levantó el ancho portier de terciopelo, Fausto alzó la cabeza, y poniéndose de pie, saludó en silencio al sacerdote.

—Perdone usted que le haya molestado haciéndole venir a esta casa, padre mío,—dijo;—pero...

—Mi deber es acudir al llamamiento de aquellos que me necesitan, y yo estoy siempre dispuesto a cumplir con mi deber.

—Gaspar,—dijo Fausto, contestando con un saludo a aquellas palabras;—Gaspar, el señor conde reclama quizá sus servicios; vaya usted a su cámara.

El criado nada contestó, pero salió lentamente de la estancia.

Cuando Fausto y el padre Carlos quedaron solos, el primero dijo, mostrándole la puerta del dormitorio de Elena:

—Allí hay una mujer que se halla enferma y que ha reclamado

sus auxilios; no sé si las palabras que salgan de sus labios estarán dictadas por la razón, o serán hijas del delirio.

¡Cómo!

—Sí; hace algunos días que su inteligencia vacila, se oscurece; tal dolencia no es extraña en esta familia: el señor conde es presa también de una terrible demencia de algunos meses a esta parte.

El padre Carlos iba a responder, pero se detuvo, y sólo se inclinó en señal de asentimiento.

—Yo creo—añadió Fausto,—yo creo por lo tanto que si la confesión de esa mujer...

—Caballero—respondió el sacerdote con voz grave y solemne,—la confesión de un moribundo es un secreto tan sagrado, que ni aun nos es dado pensar en él después; escuchamos y bendecimos, pero olvidamos al par.

El señor de Merán, dominado por aquel acento, enmudeció por breves momentos, y después, dando algunos pasos por la habitación, indicó la entrada de la alcoba al sacerdote, que desapareció por ella lentamente.

—¡Oh!—dijo Fausto, viéndole marchar y encaminándose a una pequeña puerta situada en un ángulo de la pared;—veremos si el secreto de la confesión es tan impenetrable que no pueda sorprenderlo yo.

III

El dormitorio de Elena era una pieza ancha y espaciosa, decorada con un gusto y un lujo extremado.

En uno de sus testeros se dejaba ver un magnífico crucifijo de un gran mérito, de una perfección extremada. Aquella santa figura, con los brazos extendidos y la mirada triste y amante, parecía decir a cuantos fijaban la vista en ella: «Venid a mí todos los que sufrís y derramáis amargo llanto; venid a mí, que en mis brazos encontraréis refugio y en mi corazón consuelo».

Al pie de aquella cruz, con el hermoso rostro bañado en lágrimas

y juntas sobre el pecho las divinas manos, se veía una imagen de la Virgen María, representándola en su soledad.

Un precioso reclinatorio colocado en aquel lugar, demostraba claramente que la condesa Elena había pasado largas horas implorando la protección de la Madre y el amparo del Hijo.

Una sillería tapizada de terciopelo granate igual a las cortinas que cubrían los balcones y cerraban el lecho, una mesa de mármol, un pequeño mueble incrustado en nácar que podía servir de secreter y escritorio, completaban el mueblaje de aquella habitación, alumbrada por una lámpara de plata suspendida del techo y cuya pantalla de cristal azul amortiguaba la claridad en aquel instante.

En el dorado lecho, envuelta entre encajes, menos blancos que su frente, yacía una mujer joven y hermosa, pero con la hermosura de esos ángeles tristes y melancólicos que acompañan en su duelo a la bendita Madre de Dios.

Sus abundantes y rubios cabellos partidos en dos gruesas trenzas, caían sobre las almohadas y parecía que servían de marco a aquel rostro encantador, en que la bondad y la inocencia habían grabado su sello.

Entre sus manos finas y diáfanas, se distinguían apenas las cuentas de un rosario de nácar, y mientras sus pálidos labios se movían murmurando una plegaria, sus grandes ojos negros, fijos en la puerta con ansiedad, parecían aguardar la llegada de alguno que era esperado con angustiosa impaciencia.

Una mujer de rostro sin expresión, aunque de regulares facciones, se hallaba de pie a su lado, esperando en actitud respetuosa las órdenes de su señora.

Aquella mujer era Miss Arabela.

La colgadura que cubría la puerta se agitó un instante, y la figura del padre Carlos apareció en ella, deteniéndose un momento en el umbral.

—¡Ah! él es; gracias, Dios mío,—exclamó la joven al divisarle;—gracias.

El sacerdote se adelantó guiado por aquella voz, y murmuró al llegar junto al lecho:

—Sí; yo soy, hija mía; me ha llamado usted, y aquí estoy.

—¡Oh! Bendita sea su bondad, por haber escuchado mi súplica. Hubiera sido mi muerte tan amarga si no le hubiese podido ver.

—¡La muerte, la muerte! ¡Oh! ¿Por qué creerla tan cercana? La vida de las criaturas está en la mano de Dios, y Este a nadie confía los impenetrables arcanos de su voluntad.

—Es verdad. Sin embargo, me siento tan mal, de dos días a esta parte he sufrido accidentes tan extraños, que temo, padre mío, que mi débil naturaleza no pueda resistir a ellos.

—Usted es muy joven aún, hija mía, y hay que esperarlo todo de su juventud.

—Sin embargo, yo quisiera... Déjenos usted solos, Arabela,—murmuró Elena, volviendo sus ojos a la mujer que estaba a su lado.

—Es que... si la señora necesitase algo...

—Cumpla usted mis órdenes: yo llamaré.

La doncella salió de la estancia y se dirigió lentamente a la pieza inmediata. Allí buscó en vano a Fausto con una investigadora mirada, y no encontrándole, se dejó caer en un sillón murmurando algunas palabras que nadie hubiera podido entender.

IV

Cuando la condesa y el padre Carlos quedaron solos, la primera hizo un esfuerzo poderoso, y apoyándose sobre uno de sus brazos, quedó casi incorporada en el lecho.

Su debilidad, sin embargo, era extremada, y la palidez de sus facciones se aumentaba cada vez más.

—Valor,—la dijo el sacerdote, valor; veo que sufre usted demasiado.

—¡Oh! sí; pero a pesar de todo, si no fuera por ellos, por mis hijos y por Edmundo, nada me importaría morir, ¡he sido tan desgraciada! ¡Ha tenido la vida tan pocas alegrías para mí!

—Pero esos niños... ¿qué peligro les amenaza?

—¡Oh! el mayor de todos; si ese hombre supiera el paraje donde los ocultó, sería capaz de todo, sí, de todo, padre mío.

—Usted exagera sin duda; esos temores son inmotivados.

—No, padre mío; usted no puede penetrar los misterios de su alma; y luego, tiene tanto interés en que...

Elena calló de nuevo.

Se comprendía que vacilaba.

El sacerdote no se atrevía a interrumpirla ni a interrogarla tampoco.

Conocía su historia, sabía la mayor parte de sus secretos, pero no adivinaba su irresolución en aquel instante.

La joven pareció decidirse al fin, y empezó a hablar de nuevo, aunque con voz baja y recatada.

—Padre mío,—dijo:—yo tengo ocultos unos papeles de tal importancia, que en ellos se encierra la vida, el honor y el porvenir de una familia entera: el nombre y la suerte de dos niños inocentes. Esos papeles me fueron entregados por Edmundo, la noche horrible de nuestra separación. Yo debía conservarlos sin abrirlos hasta una época no lejana, hasta un día en que convencida de que él no existía ya, debía hacer uso de ellos; pues bien...

—Siga usted.

—No sé, si Dios ha señalado con su dedo la última página del libro de mi vida, no se si viviré aún, si volveré a estampar mis labios en la frente de esos niños desventurados; pero de todos modos, yo voy a depositar en su seno de usted dos secretos que no deben bajar conmigo a la tumba: la morada en que viven Alfredo y Valentina, y el lugar donde tengo oculta la cartera en que se hallan esos documentos de tanto valor.

—¡Ah! ¿A mí?

—Si yo muero, usted se encargará de la suerte de esos niños, los llevará a un paraje seguro, hasta el día en que pueda darles su nombre y su rango, utilizando esos papeles ignorados.

—Dios quizá la vuelva la salud y la vida muy en breve; ¡confiemos en su bondad! Sin embargo, hija mía, si mi sangre y mi vida fueran un día necesarias a esas pobres criaturas, yo ofrezco a usted, por Aquél a quien represento, que mi sangre y mi vida serían suyas sin vacilar.

—¡Oh, gracias! Bien sabía yo que usted era un santo.

—No diga tal, hija mía; sólo soy un hombre lleno de debilidades y de miseria; pero dispuesto a cumplir su deber.

—¡Ay! sí; yo lo creo, lo creo así.

—¿Pero esos niños...?

—Viven ignorados de todo el mundo; ellos mismos no saben quién son; ni una vez sola al verlos los he llamado hijos míos.

¡Pobre madre, pobre mujer!

—Para ponerlos a cubierto de todo peligro pasan por hijos de mi hermana de leche, Juana Duró; ella y mi buena nodriza Teodora cuidan de ellos y los protejen con su cariño, en la alquería de los Prados en el hermoso suelo de nuestra noble y honrada Vizcaya.

—Sí; conozco a Juana; ya sabe usted que mis primeros años han pasado en aquel país; conozco a Juana; es una mujer leal, incapaz de una traición.

—Ella conoce todos mis secretos, y sólo el que la presente esta sortija mía tendrá confianza para mostrarle a los ángeles que viven lejos de su pobre madre, así lo hemos convenido mil veces para evitar toda sorpresa, tómela usted, padre mío, tómela usted por si yo muero; en cuanto a esos papeles...

La cortina de terciopelo que envolvía el lecho, se agitó imperceptiblemente por el lado de la pared, pero ni Elena ni el padre Carlos pudieron apercibirse de ello.

V

La joven continuó:

—¡Oh! No sabe usted a costa de cuántos esfuerzos, a costa de cuántas lágrimas he guardado este depósito. Yo creo... yo creo, padre mío, que pago con mi vida este secreto, porque...

—¿Qué quiere usted decir, hija mía?—exclamó el sacerdote con afán.

—Antes quiero revelarle el sitio en que están esos papeles, para que usted los ponga a cubierto de todo atentado. ¡Oh! ¡Con cuánto afán le esperaba! ¡Y cuánto temblaba de llegar a morir sin haberlos puesto bajo su custodia! También quiero... también quiero participarle una duda, una sospecha que me persigue hace ya mucho tiempo, y que quizá... ¡Oh! esto será parte de mi confesión, porque si yo me equivocase, si los síntomas de mi mal fueran naturales, aunque extraños, si fuese la mano de Dios y no un crimen la que pone fin a mi vida...

El sacerdote dió un paso hacia Elena, y mirándola fijamente, exclamó con voz alterada:

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir, hija mía? ¿Sería posible?...

—¡Quién sabe!—murmuró la joven con expresión doliente:—¡quién sabe!

Hubo un instante de silencio.

—¡Oh!—murmuró ésta con un estremecimiento involuntario: —no sé por qué, pero estoy aterrada; apenas me atrevo a pronunciar las palabras que le descubran a usted mis temores, mis agonías. Quisiera poder transmitirlas de mi corazón al suyo, sin que tuviesen que agitar mis labios ni ser moduladas por mi acento. ¡Si alguien nos oyese!...

—Aquí estamos solos, tranquilícese usted; deseche esos recelos, hijos quizá de su mente.

—¡Oh, si usted supiera! A veces en el silencio de la noche, cuando yo me creía sola y todo reposaba en torno, he pensado ver agitarse sombras que cruzaban en torno mío, sin hacer ruido y deslizándose en el espacio.

—La fiebre... el delirio quizá...

—Y sin embargo yo las veía claras y distintamente; sólo su rostro se me ocultaba siempre!

—Pero ahora...

—Es verdad; nadie debe penetrar aquí. El momento de una confesión es sagrado y solemne y nadie tiene derecho a interponerse entre el alma que refiere sus faltas y el ministro de Dios que las escucha. Sin embargo... yo ruego a usted que...

—Estoy pronto a complacerla; hable usted; ¿qué desea?

—El salón que precede a esta alcoba es muy grande y...

—¿Quiere usted que cierre sus puertas?—preguntó el padre Carlos, que aunque juzgaba pueriles y vanos los temores de Elena, quería sin embargo hacerla recobrar alguna tranquilidad.

—¡Oh, sí,—se apresuró la joven a decir;—y Dios le bendiga por su bondad.

El sacerdote salió en efecto de la estancia y se dirigió al salón exterior.

VI

Antes de que hubiese cruzado el dintel de la puerta, la colgadura colocada detrás del lecho de Elena se agitó silenciosamente, y un hombre separándola con lentitud apareció entre sus pliegues.

Aquel hombre era Fausto de Merán.

En sus miradas había algo de siniestro, en su sonrisa mucho de sarcástico e infernal.

Elena, con los tristes y apagados ojos fijos en la puerta que franqueaba el sacerdote, no se apercibió de aquella aparición.

Preocupada con las emociones que la agitaban en aquel momento, con los dolores extraños y los desvanecimientos que su mal la causaba a cada instante, pasó la mano por su frente calenturienta, como para reunir las ideas que fluctuaban en ella, y con un movimiento penoso echó hacia atrás las hermosas trenzas de su cabello.

El padre Carlos había desaparecido enteramente tras la entornada puerta del domitorio.

La joven sintió entonces agitarse la colgadura, volvió los ojos y vió con espanto un rostro cerca del suyo, y rostro que la dejó yerta de espanto, y oyó un acento alterado por la cólera y el temor, que murmuró a su oido:

—¡Desgraciada! ¿Vas a revelar a un extraño lo que debo saber yo solo?

Elena quiso dar un grito, pero la voz quedó cortada y sin fuerza en su garganta.

—¡Silencio!—murmuró Fausto;—silencio; una palabra sería tu muerte.

—¡Socorro, socorro!—balbuceó la desdichada;—¡socorro!

Pero antes que hubiese terminado la frase, las manos de aquel hombre se apoyaron en su boca y oprimieron su garganta con un furor desesperado.

Su vida y su porvenir, todos los sueños de su mente, todas las aspiraciones de su alma iban a quedar destruidas con una palabra de aquella mujer.

De aquella mujer que podía acusarle, de aquella mujer que iba a depositar en el seno de otro lo que hubiera dado su vida por saber.

Por haber escuchado aquellas frases que Elena iba a murmurar al oido del sacerdote, hubiera sido capaz de derramar su sangre y aun de vender su eternidad.

Pero que otro las oyera era su ruina, era su perdición, era casi su muerte, porque era la muerte de su ambición y de su inícuo anhelo en el mundo.

¿Cómo había de retroceder ante una violencia, ante un crimen para conseguir su objeto, él que era violento por naturaleza, y cuya conciencia estaba embotada por sus desordenadas pasiones?

Presa de un vértigo terrible, siguió oprimiendo los labios de Elena que habían enmudecido ya.

Fausto la había sentido estremecerse débilmente entre la presión de sus manos: había apercibido entre sus dedos deslizarse con angustia su apagado aliento...

Después, aquella pálida cabeza cayó sin fuerza y con un peso terrible y extraño.

VII

Fausto abrió las manos y el cuerpo de Elena se deslizó de entre ellas y fué a caer sobre las revueltas almohadas.

Ni una palabra, ni una queja se exhalaba de aquella cárdena boca, ni aquellos ojos desmesuradamente abiertos tenían ya lágrimas ni súplica en la mirada.

Los cabellos se erizaron en las sienes de aquel hombre; un sudor frío bañó su frente pálida, y sombría y con acento trémulo y ronco pronunció algunas frases sin sentido y sin ilación.

Un ligero ruido se escuchó entonces en la estancia inmediata.

Era el padre Carlos que cerraba las puertas del salón después de haber logrado que Mis Arabela dejara su asiento y se alejase de aquel sitio.

Fausto, que en aquel instante terrible lo había olvidado todo, que

casi no recordaba que el sacerdole estaba allí, retrocedió espantado y en su semblante se dejó ver una expresión de cólera y enojo.

Su atentado quizá había tenido un testigo y ese testigo estaba allí.

Podía acusarle para revelar a la justicia humana lo que acababa de suceder.

¡Oh!, esta idea le volvía loco.

Fausto, sin embargo, no era hombre de retroceder ante un obstáculo imprevisto y sobreponiéndose instantáneamente a la agitación que le dominaba, se ocultó entre los pliegues de la cortina, murmurando al par:

—Nadie conoce la existencia de esta puerta secreta. Elena misma la ignoraba; si ese hombre no me ha visto, aún puedo... Observemos desde aquí, y...

Y permaneció esperando en silencio y oculto.

VIII

El padre Carlos penetró de nuevo en la estancia.

Su semblante dulce y reposado no manifestaba señal alguna de sobresalto o alteración.

Se acercó a la cama de Elena, para ocupar sin duda junto a ella el mismo lugar que tenía antes; pero ¡ay! que el cuadro que se ofreció a su vista le dejó sorprendido y aterrado.

—¿Qué es esto?—exclamó, pálido como un cadáver y lanzándose sobre la joven.—¿Qué es esto? ¡Elena!

Y viendo que ella no respondía y que no hacía movimiento alguno.

—¡Muerta!,— gritó estremecido ante aquel rostro descompuesto;—¡muerta!

Y corriendo a la puerta la abrió de par en par, pidiendo auxilio con todas sus fuerzas.

El primer impulso de Fausto fué correr a detener a aquel hombre.

El crimen, a pesar de todo, es cobarde siempre, y el miserable tuvo miedo de que vinieran; tuvo miedo de que alguna señal o algún rastro descubriese su delito.

Por eso no fué dueño de contenerse y salió del sitio en que se ocultaba, mirando azorado el cadáver de Elena y dirigiéndose al padre Carlos para decirle:

—¡Oh!, calle usted.

A pesar de que Merán poseía un alma fría y calculadora y una fuerza de voluntad tan firme como incontrastable, en aquel instante su rostro estaba descompuesto y sus mejillas pálidas y desencajadas.

¿Era el temor que le inspiraba el cuerpo de la condesa frío e inmóvil en aquel lecho el que le causaba tal terror?

¿Era el temor de verse descubierto, lo que le alteraba de aquel modo?

¡Oh! ¡Quién sabe!

Sólo Dios, cuya mirada penetra en el fondo de los corazones, hubiera podido descifrarlo.

IX

El sacerdote había vuelto a penetrar en la estancia, pero por segunda vez retrocedió al encontrarse cara a cara con Fausto.

¿Por dónde había llegado hasta allí aquel hombre?

¿No acababa él mismo, y un minuto antes, de cerrar la puerta de entrada?

—Caballero, ¿usted?—preguntó con asombro;—¿usted aquí?

Fausto no le contestó.

Se acercó a la desdichada joven sin vida, procurando levantar su caída cabeza y exclamó con acento descompuesto y tembloroso:

—¡Dios mío, Dios mío! Pero ¿qué es esto?

Y se golpeó la frente entre las manos manifestando en su aspecto una desesperación extremada y violenta.

El ministro de Dios le miró de una manera profunda.

Quizá en aquel instante aparecieron a su mente las palabras que Elena había proferido algunos minutos antes, los temores que había manifestado, y una sospecha terrible surgió en su pensamiento oprimiendo su corazón.

Nada podía decir, sin embargo, porque nada sabía con certeza, y porque la condesa, muerta o desmayada, reclamaba toda su atención.

Fausto, que no era hombre que se dejase sorprender por mucho tiempo, que no era hombre de retroceder en el camino que se había propuesto seguir, ni de ceder ante los obstáculos, procurando ven-

cerlos o con la astucia o con la fuerza, concibió acaso un plan atrevido que le escudase en todo evento, y hábil en el modo de llevarle a cabo, empezó el papel que se había propuesto representar.

Con la voz más opaca a cada momento, haciendo exclamaciones cada vez más dolorosas y desesperadas, se retorcía las manos y había caído de rodillas con el aspecto más angustiado y lleno de dolor.

¡Oh!, esto es espantoso,—exclamó el ministro de Dios;—¡y dejarla así! No, no; quizá sea tiempo, un médico... un médico.

—¡Sí, sí; que vengan, que la socorran... que la salven por Dios! ¡Llame usted... llame usted!

Y sin dejar tiempo a que el padre Carlos lo hiciera se levantó con rapidez y corrió al cordón de una campanilla agitándole fuertemente.

Dos criados acudieron a la vez.

Gaspar y Dionisio.

Este último era el ayuda de cámara de Fausto, y fué el que éste eligió para darle sus órdenes.

—Vaya usted,—exclamó—vaya usted y avise al doctor, que venga al punto, que la señorita...

—¿Al doctor Angulo?—preguntó Dionisio con marcada intención y mirando a Fausto fijamente.

—No, no,—contestó éste con rapidez;—a ese no; a Mr. Dubois, que es quien la asiste en esta enfermedad.

—Si el otro viniera... él quizá podría...—objetó tímidamente Gaspar.

—¡Silencio! y vaya usted a ocupar su puesto,—murmuró Merán, dirigiendo a Gaspar una mirada colérica y violenta;—y usted Dionisio, cumpla mis órdenes; pero pronto, pronto.

X

El sacerdote y Fausto quedaron de nuevo solos.

Este se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Así pasaron algunos instantes; de pronto, y como si un impulso secreto le obligase a ello, el asesino se levantó, y aproximándose al padre Carlos,

—Padre mío,—murmuró, dejándose caer a sus pies. No sé lo que la suerte me guarda en este momento. La fatalidad nos impulsa a veces a cometer acciones que luego lloramos toda la vida. ¡Oh! Sólo en presencia de la muerte es cuando vemos con toda claridad la nada de la existencia; sólo en presencia de la muerte es cuando pensamos en la eternidad.

—Sí, tiene usted razón, porque la muerte es la que nos abre sus puertas. Pero ese médico, que no llega...

—No tardará; Dionisio es fiel, y... pero ya ve usted que los que no existen no necesitan sino plegarias y oraciones, mientras que los que aún vivimos necesitamos amparo y socorro.

—Pero ¿qué quiere usted decir, caballero?

—Quiero decir que ese cadáver me aterra, que hiela mi sangre, que me obliga a volver en mí, a fijar los ojos en mi conciencia, en mi alma, a la cual en este momento llama Dios por medio de un remordimiento terrible y doloroso, y que para librar mi pecho del peso que le oprime, necesito purificarla con la penitencia y el perdón.

—¡Cómo! Yo no comprendo.

—¿Que no me comprende usted? ¿Un ministro del Altísimo, un mensajero de aquel Dios que dió su vida por la redención de los culpables?

El padre Carlos apenas podía adivinar el pensamiento de Fausto.

Mil dudas agitaban su espíritu, mil ideas confusas rodaban sin concierto por su cerebro, exaltado por los dolorosos y extraños acontecimientos de aquella noche.

—¿Que no me comprende usted?—repetía Merán; — ¿que no me comprende usted, cuando le pido que me oiga en confesión?

—¿Qué dice usted?—exclamó el padre Carlos asombrado;—¿ahora? ¿aquí?...

—Sí, aquí donde Dios me llama, aquí donde Dios me inspira; aquí, y antes que el turbión embravecido de pasiones que agita mi pecho se desate en furiosa tormenta que me ciegue para siempre y me roben para siempre la luz.

El padre Carlos vaciló; temió ser víctima de un engaño, de una infamia; pero antes que hombre era sacerdote, y el sacerdote no puede rechazar al pecador, sean cualesquiera las circunstancias en que le encuentre en su camino.

Fausto, que adivinó quizá esta indecisión, quiso poner fin a ella, y sin dar tiempo a que el padre Carlos pudiera impedirlo, tomó su brazo y le arrastró consigo fuera de la alcoba.

Al salir hizo llamar a una doncella, y le dió orden de no separarse del cuerpo de Elena y de prodigarle prontos auxilios en caso que diera señal alguna de vida, avisándole en el acto o esperando allí la llegada del doctor.

La doncella, consternada y sorprendida por aquel repentino accidente, penetró en la estancia turbada y trémula, mientras Merán salía al salón, cerraba con rapidez sus dos puertas y se dejaba caer a los pies del sacerdote, empezando la confesión de sus faltas, con más prisa que sincero dolor.

El padre Carlos, dominado por la situación, vencido por las circunstancias, y, sobre todo, impulsado por la gran bondad de su alma, permaneció inmóvil y escuchó hasta el fin las palabras de Fausto.

Durante aquel extraño relato, las mejillas del sacerdote se tornaron pálidas o se encendieron con los colores de la indignación y el asombro; pero ministro de Dios ante todo, supo dominarse y responder al cabo únicamente con frases de conmiseración y de misericordia.

En aquel momento se dejaron oir en la parte exterior algunos pasos precipitados, y el eco de una voz que decía:

—Abrid pronto; aquí está el doctor.

XI

Ya era tiempo.

Merán se levantó rápidamente.

El padre Carlos le imitó, dirigiéndose a la puerta con inusitado afán.

Fausto le miró abrirla con una expresión irónica y diabólica en la mirada.

—¡Oh!—murmuró;—ahora estoy cierto de que a nadie revelarás las sospechas que sentías alzarse en tu pensamiento, porque el deber del confesor sellará los labios del hombre; nada temo, pues; estoy tranquilo.

Entretanto el ministro de Dios había franqueado la entrada al doctor Dubois, tan ardientemente esperado por él.

Después de lo que acababa de oir, sabía muy bien que la desdichada Elena había muerto, y que la ciencia nada podía ante un hecho consumado.

Pero se dirigió sin embargo al lado del cadáver, y se colocó anhelante junto al hombre la ciencia, que también se acercó hasta allí.

La esperanza es el último consuelo que abandona el corazón del hombre mientras está sobre la tierra, y a pesar de su profunda convicción, el padre Carlos aguardaba el fallo del doctor con un afán que no sabía explicar.

¿Qué esperaba?

Él mismo no lo sabía.

Quizá que Fausto confesase la verdad. Quizá que aquel accidente fuese una asfixia, y que podía aún la joven volver en sí, aplicándole los medios oportunos para aquel caso.

El noble sacerdote, incapaz de una ficción, de una farsía, había creído en el arrepentimiento de Merán, había creído en su remordimiento, en su pesar... ¡Oh! no podía sospechar que aquella confesión, aquel dolor, era una infame comedia, era una farsa completa; era, ¡ay! era el candado que el culpable había puesto sobre sus labios; era la valla insuperable que el asesino había colocado entre el hombre que sospechaba su crimen y el confesor que no podía revelarle. Era, en fin, la impunidad para el culpable y la impotencia para el ministro de Dios.

¡Oh! Fausto sabía muy bien que aquel secreto era ya inviolable, y había asegurado su tranquilidad para en adelante.

Podía estar seguro por aquel delito; podía mirar con entera calma el porvenir.

Por eso en aquel instante y libre de un peso enorme, una sonrisa siniestra vagó en sus labios, y dijo para sí, mientras se adelantaba a recibir al doctor:

—Acabo de salvar un escollo terrible, y ahora puedo ocuparme de otra cosa.

Y se acercó a Dubois, y tendiéndole la mano murmuró algunas palabras en voz baja, que sólo el doctor pudo oir, pero acompañadas de una mirada tan significativa, que no dejaba duda de que existía entre los dos una secreta inteligencia.

—¿Qué es esto?—preguntó el doctor dirigiéndose al gran señor; —¿qué es esto que ha pasado aquí?

—Que nuestra pobre enferma ha sufrido una crisis terrible; y después...

El padre Carlos se adelantó en su afán, y mirando fijamente al doctor, se atrevió a exclamar:

—¡Oh!, acuda usted, caballero, acuda usted pronto en su auxilio; quizá sea tiempo de devolverle la vida; quiza...

—Es inútil,—exclamó el médico, después de mirar fijamente a Elena;—¡es inútil; está muerta!

—Pero...

—Este accidente es muy natural; yo lo esperaba... es decir, yo lo temía, y mis vaticinios se han realizado.

—¿Y nada hay que hacer ya?—murmuró el padre Carlos tristemente.

—¡Oh, nada; esta dolencia es demasiado conocida para que deje esperanza alguna.

Los labios del padre Carlos se movieron por un instante, pero ni una frase se escapó de ellos. En cambio sus ojos se fijaron en Fausto de una manera indescriptible.

Este esquivó aquella mirada, fijando su atención en el médico, cuyas palabras y cuyo acento tenían algo de significativo para él.

Entre tanto el ministro de Dios se arrodilló junto a aquel lecho, y comprendió que sólo le restaba rogar por el alma de Elena, pues esto únicamente podía hacer en su favor.

XII

Monsieur Dubois, el doctor francés escogido por Fausto para prestar lor servicios de su ciencia a aquella noble familia, llenó las formalidades de costumbre para dar fe de que la condesa Elena había dejado de existir, a consecuencia de una aneurisma en el corazón.

¿Sabía Dubois la verdadera causa de aquella muerte?

¿Era engañado, o era cómplice de Merán?

¿Acaso a la ciencia de que blasonaba, se había podido ocultar aquel crimen?

Todas estas preguntas se hacía el sacerdote, sin hallar respuesta a ninguna de ellas.

Y sin embargo, ni una frase podía aventurar, ni un solo paso podía dar que le llevase al esclarecimiento de la verdad.

Deberes hay muy grandes y muy penosos de cumplir, por cierto.

El doctor, después de ejecutar cuanto sus funciones de médico le prescribían, salió del salón y se dejó acompañar de Fausto, que manifestó ante sus criados el más profundo dolor, se dirigió con él a la puerta de la estancia.

Antes de llegar a ella, el doctor aprovechó un instante en que nadie les observaba, y murmuró al oido de Merán:

—¿Cuándo nos veremos?

A estas frases, dichas sin mover apenas los labios, contestó éste del mismo modo:

—Esta noche en mi despacho, por la puerta del jardín.

—¿La hora?

—Antes de las doce, porque después...

—No os olvideis de nada.

—¡Ah! ¿Conque aún...?

El médico miró a Fausto de un modo extraño; sus ojos reflejaron la sorpresa más extremada y parecieron interrogar a su interlocutor.

Pero no era aquella hora de detenerse en vanas palabras.

Había quien podía observarlos, y saludándose mutuamente, se estrecharon las manos y se separaron sin que nadie se apercibiera de aquella misteriosa cita.

XIII

Cuando el médico llegó a la escalera, toda la servidumbre allí reunida se acercó a él con las muestras de mayor respeto, deseando saber la verdad del estado de la enferma.

—¡Ha muerto!—exclamó éste con voz breve, y sin interrumpir la marcha:—esto lo tenía yo previsto; no había esperanza para ella.

Tal noticia, revelada con tanta frialdad, llenó sin embargo de duelo a aquellos fieles criados, que prorrumpieron en sollozos amargos, último tributo que de su cariño podían dar a la infortunada joven.

—¡Oh! Bien decía yo que este hombre no entendia el mal de la pobre señorita,- exclamó la anciana ama de llaves; —¡si se le conocía en la cara que no podía hacer nada bueno!

—¡Y el Sr. Fausto, empeñado en que él la había de asistir!—añadió una joven de aspecto simpático y agraciado semblante.—¡Oh! Mi señora no le quería, no tenía fe en sus remedios, que la empeoraban siempre, pero él...

—Como que desde que el señor conde enfermó, es aquí el amo, es el dueño absoluto,—dijo un tercero;—¡pobre señorita Elena! ¡Qué lástima! ¡Tan amable, tan bondadosa, y morir cuando empezaba a cruzar la vida!

Y así sucesivamente siguió cada cual manifestando sus sentimientos, y comentando aquella desgracia tan sentida.

Fausto entre tanto se había encerrado en su cuarto, dando orden de no recibir a nadie, y dejando a su mayordomo al frente de la casa en aquel día que debía ser de duelo.

CAPÍTULO IV

I

El sacerdote esperó algún tiempo la vuelta de Merán.

¿Para qué?

El mismo no lo sabía.

Sin embargo, aquel crimen cometido casi en su presencia y el cual iba a quedar sin castigo, le llenaba de justa indignación, y excitaba su pesar hasta el extremo de lamentar la ineficacia de la justicia humana, que así se deja engañar por las apariencias o por la astucia.

El ministro de Dios, que sabía toda la verdad de aquel delito, que había leído hasta la última página de aquella historia de lágrimas, se sentía agitado y turbado en presencia de Elena, cuya muerte iba a dejar impune, por aquella inesperada confesión que le impedía presentarse como acusador, señalando a Fausto como autor de un asesinato.

La astucia de que había sido víctima, no se escapó à su penetración, pero ya era tarde cuando lo comprendió.

Además, ¿hubiera podido obrar de otro modo que lo había hecho?

¿Podía en su calidad de ministro del Altísimo, haber rechazado a Merán, cuando éste se arrojaba a sus pies demandando piedad y misericordia?

¡Oh, no; de ningún modo!

En la duda de si su arrepentimiento era sincero, no podía rechazar al pecador que le pedía perdón y consuelo.

Por eso le esperaba aún en aquel sitio, para ver de qué modo iba a obrar, qué era lo que se proponía hacer.

Fausto no sólo había sido asesino, sino que también hahía sido sacrílego.

Además, Elena le había dicho el lugar donde tenía ocultos a sus hijos, y Fausto había sorprendido esta revelación.

Y en vano el padre Carlos iba a intentar el ocultarlos, como había prometido a su madre.

No tenía medios, no tenía posibilidad alguna de hacerlo.

Todas estas ideas cruzaban por su mente, mientras aguardaba a Fausto, y le esperó mucho tiempo... pero en vano.

Aquel hombre se había encerrado en su despacho, dando como sabemos orden de que nadie le molestase.

Los mandatos de Fausto se cumplían religiosamente: sus criados le tenían un temor extremado.

Cuando el ministro de Dios se convenció de la inutilidad de sus deseos, se tornó hacia el lecho, miró aquella faz helada y pálida, elevó a Dios una nueva plegaria por el descanso de aquel alma, y se dirigió a la puerta fatigado y con el espíritu lleno de dolor y de dudas.

Gaspar, lloroso y trémulo, le esperaba en la antecámara y se ofreció a acompañarle, pero él se negó con tanta firmeza como dulzura, y el criado tuvo que ceder.

—No,—le dijo,—déjeme usted ir solo; las horas que he pasado en esta casa han sido tan amargas como violentas, y necesito reflexionar, necesito tranquilizarme un momento, y esto únicamente puedo hacerlo en la soledad. Además, la noche está serena y clara, y yo nada tengo que temer. Quédese usted, pues, junto a su infortunada señora, y préstele los últimos servicios; así es mejor.

Gaspar nada contestó; inclinó la frente y obedeció, sin que su profunda emoción le permitiera pronunciar una sola frase.

En el alma de aquel hombre obscuro y desconocido, se desarrollaba hacía tiempo un drama oculto y doloroso que en aquel instante acababa de tener un triste desenlace.

Sin embargo, nadie lo sospechó ni aun por un instante, y el mismo sacerdote apenas se fijó en la dolorosa expresión de su rostro, cuando se alejó de él cruzando el dintel de las puertas del palacio.

II

Una vez en la calle, se encaminó lentamente a su humilde casa, con la frente inclinada y llena de sombríos pensamientos.

La luz de la luna daba de lleno en su dulce y melancólico semblante, en el cual se veían grabadas las señales de la más dolorosa contrariedad.

El padre Carlos marchaba sin darse apenas cuenta de las calles porque cruzaba, y así hubiera permanecido quizá hasta el siguiente día, si el recuerdo de su madre, que sin duda velaba esperándole, no hubiese acudido a su memoria para sacarle de su abstracción.

Entonces se detuvo, pasó una mano por su frente y murmuró:

—¡Pobre madre mía! No dormirá hasta que yo esté a su lado; vamos, es forzoso no hacerla pasar un mal rato en lo que dependa de mí.

Y acelerando el paso, empezó a salvar la distancia que le restaba para llegar a su domicilio.

Pero sin duda estaba decretado que aquella noche había de ser agitada hasta el fin, para el virtuoso sacerdote, pues otro suceso más inesperado y más extraño aún le aguardaba a las puertas de su morada.

El padre Carlos llegó hasta el dintel; iba ya a levantar la mano para llamar, cuando atrajo su atención un gemido débil y vago que sonaba junto a sus pies.

Inclinó la mirada, y le pareció distinguir a la tenue claridad de aquella noche tranquila, un bulto informe que no podía precisar.

En el primer instante estuvo a punto de retroceder; pero vencida esta impresión tendió las manos hacia aquel objeto tratando de inspeccionarle y saber a qué atenerse antes de hacer que abriese su anciana madre.

Al extender el brazo, sus dedos tropezaron con algunas ropas, bajo las cuales se ocultaba una criatura de pocos meses, a juzgar por

los tristes gemidos que empezó a dar, y que ya antes había iniciado cuando atrajo la atención del padre Carlos.

Este se estremeció; llamó con fuerza a la aldaba, no atreviéndose a tocar a aquel niño hasta que hubiese luz y pudiera verlo más claro.

III

Su corazón, donde la caridad había asentado su trono, latía con violencia en aquellos momentos de espera. La anciana no se había recogido aún, esperaba a su hijo como él había supuesto muy bien, y al oirle llamar de aquel modo, se apresuró a mandar a su vieja criada que acudiese a abrir, y Andrea bajó la escalera, llevando una vela encendida en su trémula mano.

—¿Qué es eso?—preguntó azorada al ver al sacerdote inclinándose hacia el suelo;—¿qué es eso?

—¡Oh!... nada, tranquilízate, mi buena Andrea; pero acerca la luz.

—¿La luz? ¿Y para qué?—preguntó la anciana obedeciendo sin embargo.

—Para ver un ángel que la Providencia confía a nuestro cuidado sin duda; mira.

Y diciendo esto, levantó del suelo al niño, que ya prorrumpía en llanto formal.

—¡Dios mío!—exclamó la criada:—¡un niño! Pero ¿de quién? ¿Por qué le traes tú?

—¡Oh!, no he sido yo; estaba a nuestra puerta cuando he llegado.

—¡Jesús! en nuestra puerta, y expuesto a... entra, entra, hijo mío, y veremos lo que esto es.

Y después de cerrar la puerta subieron la escalera y se dirigieron al pequeño comedor donde aguardaba doña María.

—¡Señora, señora!—exclamó Andrea precediendo azorada al padre Carlos. ¡Oh!, usted no sabe, no puede pensar...

—¿Qué traes, Andrea?—preguntó la amorosa madre, levantándose de su asiento;—¿qué traes?—Mi hijo...

—No es eso, no es eso; pero...

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—No, madre mía; no hay nada que pueda alarmar a usted,—exclamó el padre Carlos, penetrando en la habitación y dirigiéndose a su madre.

—Pero ¿qué es eso?—preguntó ésta al notar la extraña carga que su hijo traía en las manos.

—Un ángel de Dios, que el cielo manda bajo nuestro techo.

Y poniendo la criatura en la falda de doña María, la refirió el modo como la había encontrado al llegar.

La anciana la tomó en sus brazos y desenvolvió el pañuelo que la cubría casi por completo.

Una exclamación de sorpresa se escapó entonces de sus labios y murmuró con asombro.

—¡Oh, qué hermosa! Es una niña; mira, mira qué bella es.

Efectivamente, nada más celestial, nada más puro que aquella criatura, que podría contar seis meses de edad.

El sacerdote miraba aquel semblante hermosísimo y una emoción violenta se apoderaba de su corazón.

Parecía que aquel rostro de ángel despertaba en su alma un recuerdo, una imagen, un ensueño quizá.

—¡Oh!, tiene entre las ropas una carta y un rollo de papeles atados con una cinta negra; toma, esto quizá nos explicará...

—¡Una carta!—murmuró el sacerdote.

—Sí, mira; y el sobre es para tí.

El padre Carlos tomó aquel papel en el cual efectivamente estaba escrito su nombre.

Le abrió rápidamente y una expresión de asombro infinito se pintó en sus facciones, cuando ante todo fijó su mirada en la firma.

Leyó con afán los primeros renglones y su apacible fisonomía se cubrió de una palidez espantosa.

Sus manos temblaban y apenas podían sostener aquel papel que siguió leyendo hasta el fin.

Doña María no le interrumpió, observándole con afán.

—Y bien,—dijo, cuando hubo concluído la lectura;—¿qué significa esto, hijo mío?

—Madre, esto significa una gran desgracia que Dios nos manda amparar; un inmenso infortunio que debemos consolar.

—¿Pero esta niña?...

—Esta niña se llama Blanca, no tiene ya padres, y yo ruego a usted que le de un lugar en su corazón y un albergue bajo nuestro techo.

—Haré lo que deseas, hijo mío,—respondió la anciana con bondad.

—Sí, sí; yo le suplico de rodillas que la conceda una parte del cariño que me profesa, porque ha venido al mundo en horas bien desdichadas, y a nadie tiene que la pueda acoger.

Doña María por toda respuesta estrechó contra su corazón a aquella criatura; acercó a sus labios de rosa una taza de leche que Andrea había corrido a traer, y que el pobre ángel bebió con avidez. Después selló su frente con un amante beso, y meciéndola suavemente, empezó a dormirla en aquel seno que iba a ser para ella desde entonces un santo asilo.

El padre Carlos se despidió de su madre alegando una grande fatiga y cuando estuvo solo se acercó a la luz y volvió a leer de nuevo aquella misteriosa carta.

Entonces que se hallaba sin testigos, no se cuidó de ocultar su emoción; dejó que una lágrima resbalase lentamente por su mejilla, y al fin cruzando las manos y dejándose caer de rodillas en su reclinatorio y ante un crucifijo de marfil.

—Señor,—dijo,—iluminad mi razón, protejed a los inocentes y bendecid a los pobres huérfanos, cuyas madres han arribado al cielo en esta noche de dolor.

Y colocando sobre su mesa el rollo de papeles hallado entre las ropas de la niña, desató la cinta que lo sujetaba, acercó su sillón y se dispuso a leer lo que había escrito en aquellas menudas líneas, trazadas sin duda por la mano de una mujer.

CAPÍTULO V

I

Cuando Fausto se vió solo en su habitación, después de disponer que su mayordomo cuidase de todo lo necesario para que el cadáver de Elena fuese conducido a la última morada con todo el lujo y la pompa que su elevada clase requería, ya se creyó en completa libertad para entregarse a sus propias ideas, pues aquella desgracia de familia le daba derecho para permanecer solo y aislado bajo el pretexto de su intenso dolor.

Sin embargo, en el semblante de aquel hombre que ya y una vez donde nadie pudiera observarlo, no tenía por qué fingir, no se dejaba ver ni el pesar, ni el desaliento que imprime en el alma la pérdida de una persona que nos ha sido amada; por el contrario, su semblante revelaba una alegría feroz que hubiera sido más grande aún, si un velo de inquietud sombría no se extendiera por su frente.

Fausto había conseguido ver realizados parte de sus sueños, parte de sus ilusiones más anheladas.

Desde aquel instante casi podía considerarse dueño de una posición y unas riquezas que habían sido el norte de su pensamiento, el objeto de todas sus acciones, el constante afán de su vida entera.

Después de los sucesos en que acababa de tomar parte, su pecho agitado respiró con libertad.

El porvenir era ya suyo.

El noble y anciano conde de Maravel, único representante de su poderosa familia, en nada podía oponerse a sus proyectos; porque hacía algunos años gemía víctima de una de las dolencias más terribles y crueles que afligen a la criatura.

Había perdido la razón, estaba loco, sin que hasta entonces la ciencia con sus poderosos recursos hubiera conseguido devolver un rayo de luz a su extraviada inteligencia.

En cuanto a Elena, la única heredera legítima de aquel infeliz anciano, ya no podía estorbar sus proyectos.

Fausto, pues, podía aspirar a aquella inmensa fortuna y a aquel ilustre título, norte de su pensamiento y afán de su vida entera.

II

Y decimos que podía aspirar a aquellos bienes, porque hacía algunos años que Merán había unido su suerte a una hermosa niña llamada Margarita, hija también del conde de Maravel, aunque hija a la par de la desgracia y el infortunio.

Merán había encontrado en su camino a la joven, había fijado sus ojos en ella atraído por su angelical belleza, y la había seguido paso a paso, descubriendo su origen y comprendiendo que en la mano de aquella joven podía encontrar la suerte, tras la que corría hacía largos años.

No vaciló, pues, en hacerla su esposa, ofreciéndola un nombre, que en nada podía contribuir a darla en el mundo, y un corazón que dominado por la ambición y el orgullo no podía hacerla dichosa.

El conde de Maravel, que aun en aquella época gozaba de su razón, consintió en la boda que Fausto deseaba, engañado por su aparente lealtad, y creyendo asegurar la felicidad de Margarita, a quien amaba con todo su corazón.

Merán, pues, ingresó en aquella ilustre familia, y fué admitido en aquella casa, donde más tarde había de imperar como señor absoluto.

El conde, seducido por sus modales y por su mentida rectitud, quiso tenerle a su lado, y le nombró su secretario particular; poco a

poco fué iniciándose en todos sus secretos, y le hizo conocer el estado de su fortuna, y le habló de la parte que podía corresponder a Margarita; le trató, en fin, con una bondad y una franqueza que Fausto estaba por cierto muy lejos de merecer, pero que despertó en su mente ideas y proyectos que no tardo en poner en práctica.

Con una perseverancia y una astucia nada común, logró del conde que extendiera un acta reconociendo a Margarita como hija suya, y concediéndola el derecho de llevar en adelante su nombre.

Una vez obtenido este documento tan importante, sólo Elena era la muralla que interceptaba su camino, y ya sabemos cómo se había deshecho de ella.

Faltábale, sin embargo, un obstáculo que vencer, un empeño que realizar.

III

Elena, por razones que más tarde tendremos ocasión de aclarar, se hallaba casada en secreto con un hombre tan noble como digno de su amor. Fruto de esta unión ignorada de todos, existían dos hijos, y estos niños, criados en el mayor misterio, podían algún día presentarse a reclamar la herencia de su madre.

Esto era lo que Fausto quería evitar a toda costa.

La revelación hecha por la joven al padre Carlos, le había dado a conocer el paraje donde se ocultaban aquellos niños, y ya podía obrar según le dictasen las circunstancias.

Y sin embargo de su triunfo, Fausto estaba sombrío, estaba intranquilo en aquel momento.

¿Sería que el crimen que acababa de cometer pesaba sobre su conciencia?

¡Oh!, no; porque aquel hombre no la tenía.

¿Temería que una palabra del padre Carlos pudiera perderle?

Tampoco; le conocía muy bien y comprendía la eficacia del medio que había usado para asegurar su silencio.

Por esta parte, pues, estaba tranquilo.

Otro era el motivo de su temor, otra la causa de su sobresalto.

Esperaba a Mr. Dubois, y aquella cita, aquella entrevista misteriosa, era lo que turbaba su calma y le hacía temer para su porvenir.

El médico francés había penetrado muchas veces hasta el cuarto de Fausto, sin que nadie pudiese verle ni tuviera intervención en su llegada hasta allí.

Por eso el futuro conde de Maravel le aguardaba en su estancia solo y sin testigos, algunas horas después de su salida oficial por la puerta principal del palacio.

Sólo había tenido que dejar franca una puertecita que desde su despacho comunicaba con el jardín, y de la cual se servía comunmente para ausentarse en las altas horas de la noche, sin que ninguno de la servidumbre pudiera apercibirse de ello.

IV

Durante sus horas de espera, Fausto, medio recostado en una butaca de terciopelo, envuelto en una bata de damasco azul y medio oculto en la sombra que proyectaba la elegante pantalla de su lámpara de alabastro, parecía sumido en la más profunda abstracción. Su mirada impenetrable y profunda seguía distraída las espirales de humo que se escapaban de sus labios al aspirar el aroma de un magnífico habano que sostenía en ellos.

A pesar de esta aparente abstracción, prestaba atento oído a todos los rumores que llegaban hasta él, y bien pronto pudo convencerse que el palacio reposaba en el más absoluto silencio.

—Ya no debe tardar,—murmuró, dirigiendo una mirada al reloj colocado sobre el mármol de la chimenea;—ya no debe tardar.

Después, y como no pudiendo dominar la inquietud que le consumía,

—¿Qué me querrá—pensó—, que me querrá? ¿Acaso no se creerá pagado y vendrá a exigir?... No, esto es imposible; ese hombre avaloró su silencio y su ayuda, y ya ha recibido el precio que puso a ambas cosas; no pensemos en ello. Pero esa cita...

Un ligero ruido de pasos en el estrecho corredor que conducía al

jardín, puso término a las reflexiones de aquel hombre, que levantándose rápidamente exclamó con un acento difícil de expresar:

—¡Oh, aquí está! Veremos qué se propone.

Efectivamente, Mr. Dubois apareció un instante después, a la entrada de aquella estancia.

V

El doctor era un hombre de apariencia distinguida y maneras irreprochables, en las cuales nada denotaba de lo que se ocultaba en su alma.

Jamás por el aspecto de una fisonomía ha podido conocerse menos el fondo de un corazón.

Siempre dueño de sí, siempre estudiando a los que trataba, Dubois era el tipo del parisién de buen tono, siempre atento, siempre deferente, siempre complaciente con los demás.

Cuando penetró en la habitación de Merán, saludó a éste con la misma ceremoniosa cortesía con que hubiera podido hacerlo en medio de una reunión diplomática, y dejó su abrigo sobre un sillón, con el mismo ademán con que lo hubiera entregado a un criado, en una noche de recepción.

—Ya veo que me esperaba usted—dijo a Fausto con acento pausado—, y le doy gracias por ello.

—Me significó su deseo de verme y.....

—Ciertamente; quería que hablásemos un momento a solas, y como yo sabía el camino de esta habitación donde nadie podrá escucharnos, porque ¿supongo que estaremos solos, es verdad?

—Solos enteramente. Ya sabe usted que vivo casi aislado en esta casa. El conde ocupa un extremo del palacio, pues su enfermedad nos obliga a tenerle un poco alejado. El ruido y la presencia de personas extrañas podía serle fatal, podía agravar su estado, y por eso...

El doctor sonrió imperceptiblemente, haciendo al par una señal de asentimiento.

—En cuanto a mi esposa, ya sabe usted que por motivos de salud también vive hace algunos meses con sus hijos en una de nuestras

posesiones del Mediodía, y por lo demás, la desgracia que nos sucede me reduce en estos momentos a una completa soledad.

—Enhorabuena; hay cosas que pueden hablarse entre dos personas, pero que sería muy poco prudente que las oyesen los demás. Por consiguiente, y a pesar de las seguridades que me ofrece, le suplico que cierre esas puertas por conveniencia de los dos.

VI

Merán obedeció.

Un instante después ocupaba un asiento junto a Dubois que se despojaba lentamente de sus guantes y que aparentaba una completa tranquilidad.

—Sin duda V., amigo mío, dijo cuando comprendió que su interlocutor estaba dispuesto a oirle, sin duda V. se preguntará a sí mismo, qué es lo que yo deseo y con qué fin he solicitado esta entrevista, cuando a su parecer dentro de pocas horas no debe haber nada de común entre los dos.

—Es verdad: tiene V. el don precioso de leer en el pensamiento. Esas preguntas que supone, me las hacía en este momento, porque yo creo que...

—Que todo va a terminar entre nosotros, que una vez concluida la especie de... negocio que nos tendrá juntos algunas horas esta noche, cada uno debe seguir tranquilamente su camino, sin acordarse de que ha conocido al otro, y aun, y esto sería lo mejor, sin tratar de volverse a ver.

—Amigo mío, dijo Fausto que empezaba a sentirse impaciente, eso pienso que es lo lógico, lo preciso casi.

—Y yo opino de un modo contrario; exclamó Dubois con aplomo.

Merán sin poder dominar un movimiento de orgullo, tan natural en su violento carácter, murmuró con un tono que contrastaba visiblemente con el pausado y tranquilo que usaba el doctor.

—Cuando entre dos personas se celebra un convenio y cumple cada cual por su parte lo que ha ofrecido, cuando si se han hecho servicios se ha recibido el pago, lo mejor es olvidar los hechos y no tratar de reanudar el pasado.

Los labios del doctor palidecieron un momento y por su mirada pasó una nube sombría y opaca.

Sin embargo, su boca no perdió su fina sonrisa, ni sus ojos su afable mirar.

—Pues a pesar de esa creencia, se encuentra usted amigo mío con que no soy de su opinión.

—En suma ¿qué es lo que usted pretende? ¿se puede saber el objeto de esta entrevista?

—Un momento de calma, y llegaremos a entendernos. Para ello es forzoso que retrocedamos un instante. Hace algunos meses y en uno de esos sitios que frecuentamos de noche y que nos avergonzaríamos de pisar de día, nos encontramos los dos. Usted no estaba tan cerca de poseer un título y una brillante fortuna, y yo me hallaba bien lejos de tener la escogida clientela que hoy busca en mis cuidados el alivio de sus dolencias.

Ambos sin embargo, aspirábamos a ello, o lo que es lo mismo, a conquistar una fortuna que veíamos en lontananza, usted bajo la forma de una rica herencia y yo entre los ensueños de una envidiable fama. Nos encontramos como he dicho, y nos comprendimos bien.

Usted me brindó con su protección y yo le ofrecí mis servicios.

Para consolidar más esta unión, la suerte entonces nos era contraria.

Usted perdió una y otra noche, viendo desaparecer en el tapete verde los restos de su fortuna, y yo aunque menos rico, experimenté también pérdidas desastrosas.

Adelante, exclamó Fausto, que había cedido en su altivez, al peso de aquellos recuerdos: adelante.

¡Oh!, ya llegaremos al fin, murmuró Dubois con su reposo habitual.

Las circustancias nos ligaron lo bastante para que entre nosotros se estableciera una confianza tan extremada, que no hubiera secretos entre ambos; usted me habló de sus esperanzas, yo le confié las mías.

—Pero entonces... murmuró Merán, entonces no pensaba...

—Si me interrumpe usted a cada paso no conseguiremos nunca entendernos, y es preciso que esto suceda.

—Siga usted, balbuceó Fausto dominado por las circunstancias.

—Usted, que merced a su posición frecuentaba los altos círculos, me presentó por un favor que no olvidaré jamás, en algunas casas de la

buena sociedad, ponderó mi acierto, y de esta manera el porvenir empezó a presentar a mis ojos un aspecto menos sombrío. Mil veces en nuestras conversaciones se mezclaban algunas palabras casuales sin duda, que demostraban su afición a la ciencia. Por ejemplo, usted alguna que otra vez me preguntaba las propiedades de algunas substancias... o mejor dicho de algunos productos altamente nocivos; yo queriendo complacerle, le ponía al corriente de varios secretos de la ciencia, que ningún profano en ella debe saber. Un día nuestra conversación tomó mayor interés; usted me preguntó si había un elixir que produjese un sueño tan parecido a la muerte, que pudiera confundirse con ella por espacio de algunas horas. Yo le respondí afirmativamente y llevé mi complacencia hasta el extremo de indicarle su nombre y explicarle el modo de usarlo, pero reservándome, sin embargo, los medios de volver a la vida a la persona que debiese sufrir sus efectos; entonces usted fué más explícito aún y me propuso...

Merán hizo un movimiento brusco, miró a su alrededor con temor, y luego exclamó muy bajo:

—Yo creo que no es preciso decir...

—Al contrario, amigo mío; yo pienso que debemos dar a cada cosa su nombre verdadero; es la manera de no salir de la cuestión. Pero puesto que a usted le molestan estos detalles, los suprimiremos, y adelante.

El futuro conde de Maravel se resignó con notable violencia, y el doctor continuó:

—Ofrecí a usted los recursos de mi pobre inteligencia, aclaré todo lo que a sus ojos era un misterio; en breve supo los efectos y la aplicación de algunos vegetales desconocidos por muchos sin duda. Por aquella época... sí, creo que fué por entonces, la hija legítima del conde de Maravel empezó a sufrir una enfermedad sin nombre.

—Perdone usted, caballero; en eso padece alguna ligera equivocación; fué a causa de la desgracia de su padre.

—La cuestión es que enfermó, y que usted, no teniendo quizá seguridad en el antiguo médico de la casa, o queriendo darme esta prueba de amistad, me hizo instalar junto al lecho de la joven, y prestarla mis cuidados.

Bien pronto comprendí la enfermedad de aquella mujer, que sufría las consecuencias de...

—¡Oh!—exclamó Fausto, con las muestras de la mayor ansiedad; —si le pudieran oir.

—¡No!, usted ha dicho que estamos solos...—replicó el médico con frialdad.

—Sí, más...

—Advierto que tiene usted poca seguridad, a pesar de las precauciones que debe haber tomado.

—Hay cosas...

—¡Bah!, yo lo creía con más aplomo; pero veo que me engañaba. Sin embargo, prosigo, puesto que es preciso; la mano que habia administrado aquellas substancias narcóticas, había sido poco acertada, y las huellas eran bien conocidas por cierto. Advertí a usted mi descubrimiento, y usted nada me contestó; nos miramos, y... no fué menester más. Nos habíamos entendido, y una especie de pacto misterioso se estableció entre nosotros. Yo con mi silencio me hice cómplice de aquel hecho, y usted pagó mi asistencia a la enferma con una esplendidez que casi puede decirse que era el pago del secreto.

El mal siguió lentamente combatiendo la existencia de la joven, y yo seguí callando. ¡Oh!, éramos demasiado amigos para que me decidiese a mostrar a la justicia las escenas más íntimas de aquel drama de familia. Pasó mucho tiempo, el suficiente para que aquella enfermedad tuviese todas las apariencias de un accidente natural. Y un día...

—Pero ¿qué se propone usted con semejante relato?—preguntó Fausto, que apenas podía contener su agitación.

—¡Bah!, simplemente recordar los hechos con una exactitud que le pruebe a usted lo pasmoso de mi memoria.

—Acabemos de una vez, esto es insufrible,—exclamó Merán, más pálido y contrariado cada vez.

Yo soy firme y tenaz en mis propósitos; compréndalo usted bien. He resuelto que usted me escuche hasta el fin; y si me interrumpe con tal frecuencia, nuestra conversión durará mucho tiempo. Además juzgo más conveniente para usted el que me oiga con calma, puesto que no puede pasar sin mi ayuda en este momento. Porque ¿qué haría usted si yo le abandonase, de esa infeliz mujer que dentro de pocas horas debe volver a la vida, a no ser que...?

VII

Fausto, dominado por la situación, perdió su aire altanero y colérico, y exclamó con afán:

—¿Luego Elena...?

—Puede aún vivir, si la mano de usted no ha sido demasiado dura, y la asfixia no se ha realizado enteramente.

—¡Oh! yo...

—Usted hace las cosas muy mal, amigo mío. Si cualquiera de esos criados que tanto aman a su señora se tomasen la molestia de examinar el rostro de su ama, hubiera podido ver, como yo he visto, la señal de sus dedos en las mejillas y en la boca.

—Es que no medité... no pude pensar...

—Así lo creo; Elena cayó demasiado pronto... más pronto de lo que usted pensaba. Sin embargo, esto es bien natural; su estado de debilidad, el trastorno que le producían los narcóticos que la propinaba... hoy en dosis mayor, puesto que había decidido que todo terminase esta noche... en fin, repito que la condesa no ha perdido el conocimiento a causa de la presión de su mano sólo, sino a causa del medicamento que había tomado anteriormente.

—¿Luego entonces...?

—Veremos; por eso he querido antes tener una entrevista, y que nos pusiésemos de acuerdo sobre algunos puntos.

—Hable usted.

—En este momento, antes que pasen algunas horas, yo pudiera presentarme a la justicia y decirle: «Esa mujer no está muerta, sino narcotizada; la enfermedad que la aqueja es producida por ciertas drogas que hace días se le administran por una mano oculta; buscad a quien favorece el crimen y encontraréis al culpable». Los tribunales oirían mi voz, se apoderarían del cuerpo de Elena, nombrarían una comisión entre mis ilustrados colegas, y como éstos comprenderían al punto la verdad de mis apreciaciones, mi fama se extende-

ría de una manera notable, mi crédito y mi fortuna crecerían a la par, y llegaría a conseguir mi objeto de una manera honrada y sin tener miedo al porvenir.

—Es que...

Pero yo soy consecuente y leal para mis amigos, y prefiero callar y prestarle mi ayuda. Los hechos, pues, están consumados, y creo más prudente sacar algún fruto de ellos, que perjudicar a usted en cosa alguna.

—¡Algún fruto! ¿Qué quiere usted decir?

—Creo que a mis frases no se les puede dar muchos sentidos.

—Pero es que... sin duda olvida usted lo que ya...

—No, nada olvido; acabo de decir que me ha pagado con esplendidez; pero lo que es mucho para el médico, para el cómplice no es bastante.

¡Ah! ¿Entonces viene...?

—A hacerle una proposición muy lógica y muy sencilla. Por medio de un crimen va usted a ser dueño de un título y de un caudal inmenso; yo dejaré generosamente que usted sólo se llame conde de Maravel; pero quiero la mitad del dinero que le va a pertenecer.

—¿Qué dice usted?

—La verdad; esta es la última resolución que tengo el honor de manifestarle.

—¿Pero ha pensado usted en lo absurdo de esas palabras?

—¡Absurdo! Yo las creo muy razonables. Estoy cansado de desvelarme en provecho de los demás, sin una verdadera recompensa. A fuerza de frecuentar el trato con personas potentes y acaudaladas, he concluído por adoptar sus maneras, por avenirme a sus gustos, sobre todo, por no querer ser menos, ni hacer un triste papel con mi pobreza en medio de ellos.

—¿Y ahora...?

—Ahora se me presenta la ocasión de enriquecerme, y no la dejaré escapar tan fácilmente, créame usted; por eso he venido, por eso le digo que quiero la mitad de la herencia del marqués de Maravel, pero la mitad íntegra, y nada menos.

—¿Y si yo me negase a acceder a esta exigencia?

—¡Bah! no lo creo; demasiado sabe usted que no puede hacerlo.

—¿Pero en todo caso...?

—Es muy sencillo; no queriendo ser responsable de los delitos que usted ha cometido, iría como he dicho a ponerlo en conocimiento de los tribunales de justicia.

—Tampoco le creo tan necio que por el solo placer de perderme se quisiera perder a sí mismo.

—¡Yo! Usted sueña sin duda. ¿Quién me podía probar que había tenido participación alguna en ese hecho? ¿Por ventura he sido yo quien ha adquirido esas medicinas, quien en el silencio de la noche ha venido una vez y otra a verterlas en el agua que había de beber Elena diariamente? No, señor conde de Maravel... (permita usted que le dé este título), no; yo no he hecho nada de esto; usted solo, y sin ayuda de nadie, lo ha llevado a cabo, y usted sólo es el responsable. Además, yo podría decir otras cosas... otras cosas que llevarían bien pronto al esclarecimiento de los hechos, sin que pasen muchas horas por cierto; Elena misma, vuelta a la vida, podría coordinar sus ideas, reanudar los hechos y todo quedaría explicado.

Fausto nada podía responder.

En las palabras de aquel hombre había una lógica terrible.

¿Cómo podría él defenderse de aquellos cargos? ¿Cómo podría negar?

Por un instante miró en torno, como si una idea de muerte se agitase en su cerebro. Contempló al doctor, buscando en su pecho quizá el sitio donde dar un golpe rápido y certero que le librase en un solo momento de aquel cómplice peligroso.

Pero Dubois no era hombre que pudiere desconcertarse fácilmente, y le contempló de una manera fría y tranquila, diciendo a la par:

—Es inútil, caballero, que piense en librarse de la influencia que hoy ejerzo sobre usted; al venir aquí estaba seguro de que nos entenderíamos fácilmente, y de que nada trataría usted de hacer en contra mía. ¡Oh! lo mejor es que seamos amigos; nos conviene mucho a los dos; porque no tiene duda que vale más perder la mitad de una cuantiosa herencia, que verla desaparecer completamente de nuestras manos, y con ella acaso la libertad y la reputación.

—Es que yo...

—La justicia humana es a veces bien exigente; se empeña en averiguarlo todo, y si se le antojase buscar mucho... quizá encontrase otros herederos a quien dar posesión de los bienes que están en vías de pertenecer a usted.

—Eso...

—Era posible, como también lo es que el anciano conde recobre el juicio que ha perdido. Si los jueces tuvieran menos confianza que usted en mi ciencia, si le entregasen a los cuidados de otro...

—¿Entonces?...

—¡Quién sabe! —murmuró Dubois con su imperturbable calma y su palabra intencionada—¡quién sabe!; tal vez pudieran adoptarse medios que reavivasen la amortiguada luz de esa inteligencia.

Merán guardó silencio por algunos instantes.

Al cabo, y no hallando quizá medios de luchar con un adversario tan sagaz, y sobre todo tan atrevido; comprendiendo que sus armas eran poderosas y terribles y que necesariamente aun iba a necesitar de él, murmuró a su vez lentamente, y fijando en el doctor una mirada incomprensible:

—Bien mirado, la lucha entre nosotros sería una verdadera locura, sería una falta imperdonable. Cuando dos seres se comprenden, como los dos nos comprendemos, deben unirse y emprender de este modo el camino de la vida, seguros de que no podrá haber obstáculos que no sepan y logren vencer.

—Me felicito de oirle hablar así señor conde, y ahora sólo nos falta estar conformes en un solo punto.

—¿En cuál?—preguntó Fausto alarmado de nuevo.

Dubois no contestó directamente a esta pregunta, contentándose con decir:

—¿En cuánto calcula usted que podrá avaluarse la herencia de que va a ser dueño?

—Exactamente no sabría decirlo.

—Enhorabuena, ni yo exijo tanto; solamente deseo que haga un cálculo aproximado.

—Entonces podemos fijarla en treinta millones de reales.

—Es una bonita suma, y como según creo desde mañana mismo puede usted disponer de ella...

—¡Oh! no tanto; no olvide usted que acaba de decir que el viejo conde de Maravel puede recobrar la razón y...

—Eso sería, si la justicia llegara a intervenir en este asunto, y me privara del placer de prestarle mi asistencia.

—De todos modos, mientras viva...

—La vida del hombre está sujeta a mil incidentes que le ponen en peligro a cada paso—respondió el doctor filosóficamente—; además de sus sesenta años, el conde está delicado en extremo. Y sobre todo, si Elena desaparece joven y llena de fuerza, él...

Merán hizo un gesto de repugnancia marcada. El atentar a una existencia, le aterraba a pesar de todo.

—Bien, dejemos eso, puesto que le disgusta según veo; pero admitiendo la hipótesis de que el conde viva muchos años aún, es lo cierto que usted desde ahora y merced a su estado de impotencia, goza de sus bienes y dispone a su antojo de ellos.

—Así es, balbuceó Merán sin poder negar aquel hecho.

—Es lo mismo, pues, que si hubiese muerto; y como la vida empieza a ser penosa para mí, sin los goces y el bienestar que pueden ofrecer quince millones...

—¡Oh!—exclamó el futuro conde sin poder dominarse—; ya he dicho...

—No, no exijo que me los entregue al momento; sólo quiero, entiéndame usted bien, sólo quiero que ponga su firma al pie de estas líneas. En ellas se consigna que usted me adeuda dicha cantidad; percibiendo yo, hasta que usted pueda entregarla, sólo las rentas que ese dinero han de producir.

Fausto iba a protestar, iba a negarse a lo que el doctor exigía; pero vió en la fisonomía de éste una expresión tan enérgica y decidida, leyó en su mirada una amenaza tan marcada, que se levantó dominado por la situación y estampó la firma que aquél exigía, devolviéndole en seguida el papel que le arrebataba la mitad de su ambicionada riqueza.

Dubois tomó el pliego, lo examinó un breve instante, y sacando de sus bolsillos una cartera, le ocultó con sumo cuidado en su fondo, levantándose después y tomando su sombrero.

—Hemos terminado—dijo—y no quiero prolongar esta visita, que le quitaría algunos momentos de sueño; las horas que han transcurrido han sido bastante agitadas para usted, en breve empezará a amanecer y hoy le esperan algunos instantes de prueba; nada hay tan penoso como un día de duelo; me alejo, pues, hasta la noche.

—¡Oh!, sí—dijo Fausto—; hasta la noche.

—Ya no nos veremos en todo el día; no es conveniente que los

criados ni esa turba de curiosos que le cercan de continuo, nos hallen reunidos.

—No; ¿pero a las doce?

—Estaré en el cementerio, pierda usted cuidado; supongo que será de entera confianza la persona o personas que han de acompañarnos.

—Dionisio nada más.

—¿Nada más?

—Sí, porque yo mismo guiaré el coche.

—No olvide usted que a las doce Elena debe estar donde se la puedan prestar los primeros auxilios; ni una hora más.

—Y siendo así, ¿me responde usted?...

—¡Oh!, de nada. Su arrebato de hoy puede haberlo echado todo a perder.

Merán inclinó la cabeza, y no se atrevió a responder.

El doctor se dirigió a la puerta.

Ya iba a traspasar su dintel, cuando retrocedió algunos pasos y dijo a Merán:

—A propósito, no pierda usted de vista a ese sacerdote que ha prestado los últimos consuelos a la pobre condesa; he creído notar en su mirada algo de extraño. La fijaba tanto en mí, con tal ansiedad!

—Ese peligro está conjurado por completo—respondió Fausto sin vacilar.

—¡Cómo! ¿Acaso está interesado como usted?...

—¡El! ¿Puede usted sospechar?...

¡Bah! ¿Quién se atrevería tampoco a dudar de nosotros dos? Pero en fin, puesto que usted habla con tal seguridad, no insisto más; adiós.

Y saludando con ceremoniosa finura a Merán, el doctor Dubois desapareció por la puerta que comunicaba con el jardín, y después se alejó por éste, sin que el ruido de sus pasos se percibiera entre sus sombrías y estrechas calles.

Cuando Fausto se encontró solo, un rugido de cólera se escapó de su pecho y murmuró con opaco acento:

—¡Oh, el miserable! ¡Bien ha abusado de mi posición! Bien ha sabido encerrarme en un círculo de hierro! Mas... ¿quién sabe? El es astuto; pero yo buscaré el medio que nadie pueda robarme ese caudal que ya casi me pertenece.

Y dejándose caer en un sillón, se entregó por completo a sus ocultas reflexiones.

CAPÍTULO VI

I

Era la caida de la tarde.

Algunas gotas de lluvia desprendidas de las oscuras y compactas nubes que encapotaban el cielo, habían tornado el piso en húmedo y resbaladizo.

El viento frío y desagradable agitaba las ramas de los árboles, que, descarnados y sin hoja alguna producían al chocarse un ruido seco y áspero, que remedaba quejas o lamentos.

Esta tristeza era mayor, mil veces mayor aún, en el apartado cementerio a donde se dirigían multitud de coches con los caballos empenachados de negro y conducidos por cocheros y lacayos vestidos de luto también.

Era el cortejo fúnebre que acompañaba a su última morada a la joven y malograda Elena, condesa de Maravel.

El séquito era numeroso; la comitiva brillante.

Todo lo que el lujo y la magnificencia han podido inventar para cubrir de galas la muerte, todo estaba allí reunido, todo estaba allí aglomerado en ostentosa profusión.

Es verdad que el ataud que acompañaban estaba adornado con una corona condal y que la mujer que le ocupaba había pertenecido a una de las familias más poderosas y esclarecidas de la corte.

Es verdad también que Elena era querida de cuantos la habían

conocido, por su alma de ángel y por su celestial belleza, y que la desgracia de su padre y la especie de retraimiento en que ella vivía daban a su existencia un tinte vago y misterioso, que la hacían más interesante aún.

Pero en aquellas circunstancias, este interés se aumentaba mucho más, al ver la especie de doloroso abandono con que aquel cadáver llegaba a las puertas de su lujosa tumba.

Porque ningún pariente, ningún amigo, ninguno de esos seres parte de aquella alma que dejaba la tierra, iban entre la concurrencia, que mitad indiferente, mitad frívola y curiosa componía el cortejo fúnebre.

Fausto de Merán, vestido de riguroso luto, era el que presidía el duelo, y Fausto de Merán era repulsivo por su altivez a la clase media, en la cual había nacido; y era repulsivo también por su oscuro nombre, y por sus exageradas pretensiones a la alta clase, a la cual tanto anhelaba pertenecer.

Por eso los grandes de España, los ilustres señores a quienes se había invitado para aquella tarde, si no pudieron rehusar por respeto a la ilustre finada, iban fríos y ceremoniosos, manifestando en su aspecto la violencia que tenían que hacerse para cruzar su palabra con la de aquel hombre que pretendía hacerse su igual. Así, en orden, en silencio, sin dolor y sin emoción, llegaron a las puertas de la mansión de los muertos, y entre las ceremonias de costumbre Elena fué a ocupar un lugar en el panteón de sus mayores.

Fausto, en medio de aquel lugar, bajo aquel cielo encapotado, sintiendo en frente a cada paso las furiosas oleadas del viento como otros tantos besos helados que venían a estampar en ella los que reposaban en torno, se sentía agitado y nervioso, y en la intensa palidez de su rostro se adivinaba la terrible lucha que combatía su alma.

Y sin embargo de su aspecto contrariado y sombrío, ninguna mano vino a estrechar la suya, ninguna voz amiga vino a murmurar en su oido una palabra de afecto.

¡Oh! demasiado sabían que no necesitaba consuelo el que abrigaba tantas esperanzas.

Cuando todo hubo terminado, cuando la joven quedó al lado de sus gloriosos antepasados, cuando la llave del sepulcro encerró

aquella vida, tan llena de esperanzas poco antes, y esta llave fué entregada a Fausto, que la recogió con mano febril, los circunstantes fueron saliendo poco a poco, y subiendo a sus carruajes se alejaron de aquel sitio donde acababan de cumplir un penoso y triste deber.

II

El cementerio quedó solo.

Era de noche enteramente.

A lo lejos, muy a lo lejos se oian algunos rumores, que venían a morir, como apagados ecos, en los dinteles de aquel lugar.

Envuelto entre los pliegues de una ancha capa, y oculto el rostro por las alas de un sombrero de fieltro, un hombre, una especie de sombra, dejó el hueco de un mausuleo, en donde había estado oculto hasta entonces entre dos altas columnas de mármol, y se adelantó lentamente, yendo a caer de rodillas ante el sepulcro de Elena.

Aquel hombre se llamaba Edmundo de Campo Real, y era el mismo que había velado junto al cadáver de la joven en el palacio de Maravel, con el rostro oculto entre las manos y el pensamiento perdido en la inmensidad; pasó algún tiempo absorto en sus recuerdos, en sus proyectos y en su dolor.

Anchos sollozos levantaban su pecho, y algunas lágrimas de fuego rodaban por su varonil y hermoso semblante.

Una menuda lluvia empezó a descender silenciosamente sobre el suelo, sin que el desconocido se apercibiese de que sus ropas y sus cabellos se empapaban en ella.

Quién sabe el tiempo que hubiera permanecido en aquella actitud y aquel olvido de sí mismo, si una mano, tocando ligeramente en su hombro, no le hubiera sacado de su abstracción, haciéndole levantar rápidamente la cabeza.

—Señor,—murmuró una voz respetuosa a su oido;—señor, las horas pasan sin que el alma las mida en este sitio de dolor, y sin embargo es forzoso abandonarle, es preciso pensar en la vida, aunque sea aquí, ante la misma muerte.

—¡La vida! ¿Y qué es para mí la vida sin ella? ¿Qué espero en el mundo que Elena acaba de abandonar?

—V. E. quizá nada, es verdad; ¿pero ellos? ¿Esos dos ángeles que la sobreviven?—dijo Gaspar, a quien acaso ya habrán adivinado nuestros lectores.

El desconocido se estremeció.

Enjugó en sus ojos las postreras gotas de llanto, y...

—¡Ellos,—murmuró—ellos! Tienes razón; es preciso pensar en su suerte.

—Para eso necesita V. E. no exponerse a perder la libertad y la vida, salir de este recinto, abandonar estos lugares hoy, y mañana...

—Dices bien; pero dejarlos....

—Ellos están en seguridad hoy; nadie conoce el asilo en que se hallan, y muy pocos saben el secreto de su existencia.

—Juana es fiel, es verdad.

—¡Oh! tenga usted confianza en ella, y téngala también en mí, que sabré velar por esos niños, mis señores únicos desde hoy.

—Gracias, Gaspar.

—¡Oh! mi sangre les pertenece y la diera gozoso por ellos, pero...

—Señor, V. E. no está bien aquí; demasiadas imprudencias ha cometido hoy.

Me alejaré, Gaspar, me alejaré.

—Tiene V. E. medios...

—Sí, con el mismo secreto que vine ayer partiré hoy. ¡Ay! Ayer esperaba aún verla, y sólo he pasado algunas horas contemplando su yerto cadáver.

Gaspar miró en torno con inquietud: todo lo alarmaba, todo lo temía por aquel hombre.

Con un esfuerzo supremo se levantó éste al fin.

Su alta y gallarda estatura adquiría mayores proporciones entre las sombras de la noche.

Apoyó su mano en el mármol del sepulcro, y exclamó con ahogada voz:

—Adiós, Elena mía, adiós, para siempre. ¡Oh! ruega al cielo por nuestros hijos, ruega al cielo por mí.

Y volviéndose hacia el criado que le comtemplaba en silencio:

Adiós, Gaspar, adiós,—dijo—separémosnos ya.

—No, quiero acompañar a V. E. hasta dejarle en seguridad.

—A media hora escasa de camino me aguarda Blas Pérez con los caballos del diestro.

—Vamos, y allí tendré el honor de recibir las postreras órdenes de V. E.

Los dos hombres se dirigieron hasta la puerta del cementerio, sin hablar una palabra más.

El guarda no había reparado en ellos, y dejándoles dentro, había cerrado la espesa verja.

Sin embargo, esto no contrarió en nada a Gaspar ni a su señor, porque la tapia era muy baja y pudieron saltarla con la mayor facilidad.

Una vez en el campo aceleraron el paso sin dejar de caminar.

Gaspar oyó las últimas instrucciones del que llamaba su señor.

Según había dicho éste, ocultos entre los troncos de algunos árboles encontraron al fin un hombre con dos caballos del diestro.

—Blas, ¿eres tú?—preguntó entre la oscuridad la voz de Campo Real.

—Yo soy, señor,—se apresuró Pérez a responder.

—En marcha,—dijo el primero con voz sombría—en marcha. Gaspar, dame tu mano; no te olvides...

Edmundo no pudo acabar la frase. La emoción le venció a su pesar.

Gaspar no se atrevió a estrechar la diestra de su amo, aquello era demasiado honor para él; pero cogiéndola con respeto, apoyó en ella sus labios.

Campo Real sintió caer entre sus dedos una lágrima, al recibir aquel beso.

Un instante después el ruido producido por el galope de los caballos se apagó en la distancia, y la sombra de los dos ginetes se perdió entre las oscuras brumas de la noche.

CAPÍTULO VII

I

Gaspar permaneció mucho tiempo inmóvil y mudo, escuchando los ecos que el viento traía hasta su oído, y sin cuidarse de la lluvia que calaba sus vestidos y le hacía temblar de frío.

Cuando ya nada se oyó, cuando todo quedó en silencio, aquel hombre exhaló un suspiro, mitad de angustia, mitad de expansión, y exclamó con acento imposible de definir:

—¡El también se va! ¡El también se aleja! Solo quedo yo; ¡yo que no abandonaré tan pronto su tumba, yo que la seré fiel siempre!

Y tomando una resolución y una actitud resuelta y decidida, emprendió de nuevo la marcha, deshaciendo lentamente el camino que había andado.

Su pensamiento era sin duda volver al cementerio y orar a solas allí, porque a pesar de lo adelantado de la hora, dejó a un lado el arrecife que conducía a la ciudad y se dirigió al sitio por donde poco antes había escalado la tapia.

Gaspar era ágil y resuelto, y sin dificultad ni trabajo practicó la ascensión y su descenso, encontrándose al cabo solo en el recinto de la muerte.

Fuese que el trayecto que tenía que recorrer era corto, fuese que el instinto de su corazón supo guiarle en medio de la sombra que le cercaba, se encontró bien pronto junto al mármol que encerraba los restos de Elena.

Entonces su pecho se oprimió.

Un inmenso dolor se pintó en sus facciones, y de su corazón subió hasta sus labios un sollozo, y hasta sus ojos un llanto de fuego.

—¡Elena—murmuró entre sus lágrimas—, Elena, henos aquí solos en presencia de Dios! ¡Ya nadie se interpone entre nosotros! ¡Aquí no hay clases, ni títulos, nada! Aquí sólo hay dos almas, y la nobleza de las almas no está por cierto en los blasones ni en su cuna. ¡Oh! aquí puedo amarte sin que mi pasión sea una ofensa; aquí puedo decírtelo sin que el mundo se ría de mí y me llame atrevido y loco; aquí no se alzan entre nosotros las vanidades y las miserias de la vida; es un poder más fuerte el que te separa de mí: el poder de la muerte, ante el que es tan impotente el criado como el señor.

Gaspar se dejó caer sobre aquella mojada tierra, apoyó su frente en la base del sepulcro, y sus ardientes lágrimas se confundieron con las gotas de lluvia que caían sobre la dura piedra.

II

Las once dieron pausadamente en algunos relojes lejanos.

Gaspar en medio de su aflicción no podía medir el tiempo.

—¡Ay!—dijo otra vez—tú, Elena de Maravel, jamás has adivinado la pasión que inspirabas a este infeliz que vivía a tu lado desde la infancia; a este infeliz de quien eras la existencia, la felicidad, el solo amor; amor respetuoso, humilde, sin celos ni aspiraciones, sin porvenir y sin esperanza; amor como el que la inculta flor de los campos profesa al sol que la colora, como el del pobre lebrel que sólo aspira a seguir las huellas y a lamer la mano de su señor.

¡Oh! ¡Cuántas veces te he visto pasar a mi lado pensativa y triste, porque amabas a otro que se hallaba lejos de tí, a otro a quien yo he amado y respetado por el sentimiento que te inspiraba, a otro que sin embargo de amarte mucho no te adoraba como yo.

Ahora él ha partido y yo estoy solo junto a tu tumba. ¡Solo, sí; ya puedo decirte que te amo! Ya puedo llamarte mía... mía; ¡oh!, esto es una profanación; tú eras un ángel y yo un desdichado, pero a lo menos podré jurarte que velaré por tus hijos, que seré para ellos lo que Dios no ha querido que sea para tí; que...

Gaspar calló un momento; la frase que iba a pronunciar quedó ahogada entre sus labios, pues un ruido sordo y extraño en aquel lugar llamó su atención y le hizo mirar con afán hacia el lado de donde provenía.

La verja acababa de girar sobre sus goznes de un modo recatado y misterioso.

—¿Qué será esto?—exclamó el fiel criado de Elena—, ¿qué será esto? ¡Oh! si alguien viniera, si me encontrasen aquí!...

Y dejando el sitio que ocupaba se alejó algunos pasos, yendo a colocarse bajo las frondosas ramas de un sauce que se inclinaba lánguidamente sobre la modesta cruz de una tumba.

III

Al ruido que hizo la puerta al dejar franca la entrada, sucedió el de algunos pasos que hicieron crujir la arena, y una sombra se destacó entre la calle de sepulcros que se extendía frente a Gaspar.

Este se mantuvo oculto, procurando contener hasta la respiración, por no ser descubierto.

A la primera sombra sucedieron otras dos, que también avanzaron en medio de las mayores precauciones.

Así llegaron junto al sitio en que el criado se encontraba.

Al pasar a su lado, uno de aquellos hombres se detuvo para preguntar al que le seguía:

—¿Estás seguro de que nadie podrá vernos?

Gaspar estuvo a punto de lanzar un grito, porque aunque muy baja y recatada, creyó reconocer aquella voz.

Su mismo afán le contuvo sin embargo, y siguió prestando atención, tan anhelante como asombrado.

—¡Bah!—respondió el que al parecer había sido interpelado—a estas horas y con la noche que hace, no es posible que ningún cristiano se venga a pasear por estos alrededores.

—¿Pero aquí?...

—Aquí no hay más que yo; ya se lo dije esta mañana.

—Está bien; ¿traes luz?

—Sí señor; si no, ¿cómo habíamos de poder bajar al interior de...

Y al decir esto sacó de entre sus ropas una linterna sorda, cuya luz formó un circuito en derredor.

—Date prisa y despachemos.

—Ya voy, señor doctor; yo sólo deseo complaceros.

—Anda y excusa las palabras. La noche está fría en extremo, y no hay tiempo que perder.

Los tres pasaron adelante y siguieron caminando hasta detenerse ante el sepulcro de Elena.

Gaspar, con el cabello erizado sobre las sienes y la respiración afanosa, les siguió con la vista sin atreverse a dejar el sitio en que se ocultaba.

Había reconocido perfectamente al doctor; pero quién era el que le acompañaba?

—¿Qué es esto?—se preguntaba a sí mismo, sin poder hallar una explicación—¿qué es esto? ¿Qué es lo que aquí vienen a hacer?

Mientras Gaspar se repetía estas preguntas, uno de los recién venidos había sacado una llave, con la cual abrió la puerta de hierro que cerraba el sepulcro, desapareciendo los tres por el hueco que formaba.

Gaspar pasó repetidas veces la mano por sus ojos.

Creía estar soñando.

Clavado en su puesto esperó aún para saber el fin de aquella escena.

Cinco minutos habían pasado apenas, cuando los tres volvieron a aparecer por aquella estrecha salida.

El guarda del cementerio alzo la luz un instante, y a su opaco resplandor Gaspar pudo ver que el silencioso acompañante del doctor llevaba en sus brazos un bulto pesado envuelto entre los pliegues de su ancha capa.

Una ráfaga de viento la levantó un instante, y la punta de un blanco velo se destacó en la oscuridad.

¡Oh! Era el cuerpo de Elena el que sacaban de aquel modo. Sí; el el corazón de Gaspar no se engañaba, era ella; pero ¿a dónde la llevaban? ¿Qué iban a hacer de ella? ¿Viviría aún?

Una sospecha, una duda espantosa cruzó por la mente de aquel desdichado; y sin reparar en nada salió del lugar en que se ocultaba

y siguió a los tres miserables que profanaban aquel sagrado lugar.

Por fortuna, ya habían andado algún trecho y ya fuese porque iban demasiado preocupados en sus propios pensamientos, ya porque el viento silbando entre las ramas de los sauces y las cruces de las tumbas produjese por doquiera extraños y continuados sonidos, no oyeron los pasos de Gaspar ni se apercibieron de que les seguía.

Así llegaron a la verja.

Un coche esperaba a la puerta.

Los caballos estaban ligados para impedirles todo movimiento.

El que conducía a Elena se adelantó con ella, mientras el doctor abría la portezuela del carruaje.

La colocaron dentro, y el misterioso ladrón subió al pescante sin decir una palabra, mientras Dubois entregaba al guardián de los muertos un pesado bolsillo lleno de oro.

—Cuidado con el secreto,—murmuró al separarse de él—si hablas una sola palabra de todo esto, ya sabes que pagarás con la vida tu indiscreción.

Y sin añadir más subió con su compañero diciéndole rápidamente:

—Ahora, aprisa, no hay tiempo que perder, a la quinta de la Cascada.

El guarda tomó el bolsillo; miró el contenido a la luz de su linterna, y murmuró desapareciendo tras de la verja.

—Puede usted perder cuidado; callaré, callaré; ¡buena cuenta me tiene el callar! Y bien mirado ¿qué me importa a mí que ese señor doctor se lleve de aquí esa muerta para hacer sus experimentos científicos, y saber, según dice, en qué consiste la enfermedad que la aquejaba? Esto no es malo, no; a nadie perjudica, y sobre todo... sobre todo a mí me han pagado bien.

IV

Gaspar emprendió la marcha en seguimiento del carruaje.

Este iba al escape, y el fiel servidor tuvo que emprender una carrera desesperada para no quedarse atrás.

No había podido escuchar las frases que el doctor Dubois había dicho a su compañero, y por consiguiente ignoraba a donde se dirigían.

Los caballos eran magníficos, y el buen Gaspar, a pesar de su deseo, empezaba a desfallecer.

¡Oh! Esto le desesperaba, le volvía loco.

Su carrera era violenta, más aún; vertiginosa.

Sin embargo, los caballos corrían más que él.

Los que guiaban el carruaje conocían que algún peligro les amenazaba, o tenían un gran interés en llegar pronto a su destino.

Poco a poco el ruido de las ruedas se iba apagando en la distancia, y Gaspar se sentía morir.

Aquel hombre no se daba cuenta de lo que hacía.

Sentía sólo que se llevaban a Elena, y quería saber a dónde.

Estaba loco; verdaderamente loco.

Una vaga esperanza hacía latir su corazón; mil temores horrorosos le asaltaban de continuo.

Si Elena era codáver, ¿qué es lo que intentaban hacer con sus despojos?

Si vivía aún, ¿a dónde la llevaban? ¿Qué peligro le amenazaba? ¿Cómo podría él salvarla o protegerla?

Todas estas ideas giraban en su mente, y no dejaba por eso de correr, aunque sus fuerzas se iban debilitando a cada instante.

Ya empezaba a perder la esperanza; ya casi no llegaba hasta él el ruido de aquel coche que arrastraba cuanto amaba en el mundo.

De pronto todo rumor cesó; sólo se escuchaba el eco de la lluvia que destrenzada y rápida se desprendía de las nubes.

V

Gaspar tuvo un instante de indecisión.

O era que los miserables profanadores de las tumbas se habían adelantado a tal distancia que ya no podía percibirlos, o que algún incidente imprevisto la había detenido en su marcha.

Siguió adelantando con nuevo afán.

La desperación reanimó sus fuerzas.

Sin embargo, el piso estaba cada vez más intransitable.

Un relámpago había brillado un minuto antes, seguido de un violento trueno.

Los caballos del carruaje se habían detenido, enredándose en un tronco que casualmente había caido en medio del camino.

Fausto tuvo que bajar del pescante y reconocer el terreno.

—¿Qué es eso?—preguntó Dubois, inclinándose un momento;—¿por qué no seguían adelante?

—Maldita casualidad,—exclamó Merán, acercándose.—El viento de esta tarde sin duda y la lluvia que caía con tal abundancia, han carcomido el terreno por esta parte y han derribado un árbol en medio de la senda.

—¿Y no podemos pasar?

—¡De ningún modo! Nos expondríamos a que los caballos se espantaran y nos estrellasen entre la oscuridad.

—¿Y qué haremos?

—Volver un poco atrás y tomar ese camino trasversal, que nos conducirá a la quinta también.

—Sí, pero perderemos tiempo.

—Un cuarto de hora escaso.

—¡Oh! Cada minuto que pasa es...

—¿Y qué hemos de hacer? Decida usted pronto.

—Puesto que no hay otro remedio, suba usted y volvamos atrás.

Fausto no se detuvo y en breve se halló de nuevo en su puesto, para deshacer el trecho de camino que habían andado últimamente.

Esta casualidad que tanto contrariaba al doctor y a su cómplice, favoreció en extremo a Gaspar.

Como éste no había dejado de andar un instante, cuando el coche se puso otra vez en marcha, después del corto diálogo de sus conductores, el ruido que producía llegó más clara y distintamente a su oído y pudo convencérse de que en lugar de avanzar retrocedía.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó con afán;—aún podré seguirles.

Y continuó más aprisa, guiado en la oscuridad por los crugidos de la fusta y por la voz de Merán, que alentaba a los asustados potros.

Gaspar pudo reconocer aquel acento, y su asombro fué mayor aún.

La luz fosfórica de un relámpago iluminó de un modo vivo y clarísimo las tinieblas de la noche.

A este rápido fulgor, Gaspar pudo divisar el cohe a corta distancia del sitio en que se encontraba.

—¡Oh!—exclamó con un sentimiento de frenética alegría;—ahora no se me escapará, lo juro.

VI

Más rápido que el pensamiento acortó la distancia que le separaba de los que perseguía.

Cuando estuvo ya cerca, se colocó en un sitio conveniente, y sin meditar en las consecuencias de su acción, dió un salto y se colocó en el estribo colocado en la trasera del carruaje.

La brusca sacudida que le imprimió hizo estremecer a los que le guiaban.

—¿Ha sentido usted...?—preguntó Fausto en voz baja.

—Sí; alguien ha subido a...

—Creo que nos siguen; a la luz de los relámpagos he visto un bulto correr hacia nosotros.

—Si fuera verdad...

—¡Estábamos perdidos!

—No,—murmuró friamente el doctor:—estaría perdido el importuno que se entrometiese en nuestros asuntos.

—¡Cómo!

—Supongo que traerá usted sus pistolas.

—Sí—contestó Fausto—, pero...

—En las grandes crisis de la vida no se puede vacilar; deme usted.

—¡Qué! ¿Acaso?...

—Es preciso.

—¿Y si fuera un cualquiera, una simple casualidad?

—En una noche como esta y en tales sitios, no es posible; además, ya he dicho a usted que hace tiempo que nos siguen; mi oído es muy fino y no me equivoco; pero confiaba en la velocidad de nuestra marcha y no quise alarmar a usted... Ahora que nos han alcanzado es ya distinto, y...

Dubois calló; mas extendió su mano para apoderarse de las pistolas de Fausto.

—Detenga usted un poco el galope de los caballos—añadió muy bajo.

Merán obedeció.

El doctor saltó en tierra, y dando una vuelta se colocó enfrente de Gaspar.

—¡No me había engañado!—dijo—; ¡oh! es preciso a toda costa deshacernos de este espía, que acaso...

No acabó la frase, y dirigiéndose a Gaspar:

—¡Eh!—exclamó—quien quiera que seas, amiguito, nos estorbas; baja, pues, y sigue tu camino a pie, mientras nosotros continuamos en paz el nuestro.

Gaspar, que no quería ser reconocido y ansiaba sobre todo no perder la ocasión de averiguar aquel misterio, no contestó una palabra, sujetándose con fuerza en el sitio que ocupaba.

—Cuidado, que no me hagas repetir la orden—dijo el doctor, desfigurando cuanto pudo la voz—; baja al punto o no respondo de lo que haré.

Gaspar reflexionó un instante.

Después, y tomando una resolución repentina, se deslizó hasta el suelo; pero lejos de dejar el paso franco, como le ordenaba Dúbois, se abalanzó a una de las portezuelas del carruaje, decidido a penetrar dentro y a jugar el todo por el todo.

Pero antes de que hubiese logrado su intento, al ruido de un trueno espantoso se mezcló el eco de una detonación.

Gaspar cayó de espaldas en medio del camino. La bala había sido bien certera.

—¡Muerto!—exclamó Fausto con angustiada voz.

—Sí, muerto; a la luz del relámpago he podido apuntarle a la cabeza.

—Pero, si sólo está herido...

—¡Bah! no nos detengamos; si no estuviese muerto, el viento y la lluvia y la carencia de todo auxilio se encargarían de terminar la obra; sobre todo no podemos perder un instante si tiene empeño en devolver la vida a esta mujer.

Merán dió un latigazo a los caballos, que partieron al escape en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO VIII

I

En uno de los salones del palacio de Maravel, y dos días después de celebrarse los suntuosos funerales de Elena, se hallaba Fausto de Merán vestido de riguroso luto y con el más escrupuloso esmero.

En su frente, más preocupada a la sazón que lo estaba anteriormente, notábase una arruga profunda, efecto sin duda de un pensamiento fijo y tenaz, y en su mirada, que se dirigía de continuo a la puerta, brillaba de vez en cuando un destello sombrío, que en vano trataba de ocultar. Su palidez intensa y el círculo azulado que rodeaba sus ojos, demostraban claramente que el sueño no había venido a darle un momento de reposo, de calma o de olvido.

Sentado ante una mesa y teniendo en su mano algunos papeles, que leía y repasaba con la mayor atención, dejaba correr el tiempo, que para él transcurría con demasiada prontitud.

El grueso portier de terciopelo que cubría la entrada se agitó por un momento, y Dionisio, el ayuda de cámara de Fausto, apareció en el dintel.

—¿Qué hay?—le preguntó él con viveza.

—El notario acaba de llegar.

—¿Y se halla?...

—En la habitación del señor conde.

—¿Se encuentra éste ya levantado?

—No, señor.

—¿Que no? ¿Por qué?

—Porque Gaspar que es él solo cuyos servicios le son útiles, no se sabe dónde está.

—¡Cómo! ¿y no le han buscado?

—Inútilmente.

—Es extraño...

—Y tanto, Gaspar jamás falta de su puesto, y mucho más sabiendo lo necesaria que es su ayuda al señor conde, puesto que ninguno de nosotros lo comprende, ni sabe sus costumbres.

—¿Ha preguntado usted a los demás criados?

—Ninguno le ha visto.

—¿Es la primera vez que sucede esto?

—Sin duda. No hay ejemplo de que Gaspar falte en su puesto a tales horas.

Los labios de Fausto se movieron como para hacer una pregunta; pero después se contuvo, y quedó silencioso por algunos momentos.

Una vaga sospecha acababa de cruzar por su mente, aunque sin tomar la forma de una realidad.

Al cabo de un instante se dirigió de nuevo a Dionisio y le preguntó con voz breve:

—¿Conque dice usted que el notario?...

—Aguarda las órdenes de V. E.

—Voy al punto a reunirme con él; entretanto vea usted si alguno puede encargarse de prestar sus servicios al señor conde.

—Yo iré, si no tengo ninguna otra orden que cumplir en este momento.

—¡Oh! ninguna, y le agradezco que así se ofrezca a complacerme.

Dionisio desapareció entre la colgadura, y Merán murmuró:

—¿Sería posible que Gaspar?... ¡Oh! no; eso debe ser una equivocación, esta ausencia obedece a otra causa. Ahora, vamos a ver al conde; es forzoso que hoy mismo haga su testamento en favor de Margarita; si no, todo sería inútil, todo perdido.

Y pasando un pañuelo por su frente, se encaminó a la puerta, cuyo dintel cruzó, para encaminarse a las habitaciones del anciano padre de Elena.

II

Ya hemos dicho anteriormente que el conde de Maravel, presa de una dolencia espantosa, de una de esas enfermedades que matan el cuerpo, dejando viva la inteligencia; que inutilizan la materia, dejando sólo el espíritu lleno de energía y actividad, pasaba la existencia sentado en un gran sillón, donde le colocaba su ayuda de cámara al vestirse todos los días.

En aquel naufragio terrible de todas sus facultades, del movimiento, de la palabra, de la agilidad, sólo una de sus manos conservaba el poder de moverse, y esto con raros esfuerzos y con inauditos trabajos.

El conde por lo demás era una masa inerte, la cual podían colocar donde quiera, o abandonar a su antojo los que estaban a su alrededor.

Con aquella mano, empero, se hacía entender por señas más o menos expresivas, según el grado de interés que le prestaba su deseo.

Gaspar, que le servía desde antes de su enfermedad; Gaspar, en quien el cariño y la lealtad se adunaban para hacer prodigios de paciencia y abnegación, era el que le comprendía mejor y el que con un solo signo sabía lo que su señor necesitaba o pedía.

Pero por desgracia, aquel día no estaba allí el fiel servidor, y esto era una verdadera contrariedad para Fausto, que a toda costa quería que el conde manifestase a un extraño su voluntad.

Cuando llegó a la habitación del anciano, se detuvo en el recibimiento que precedía al dormitorio, donde el notario llamado por él esperaba ya.

Después de saludarle con la mayor cortesía.

—Perdone usted,— dijo,—perdone usted si le hacemos aguardar; pero la persona que necesita ocuparle, está demasiado enferma, y con los enfermos no se puede contar a todas horas.

El notario se inclinó profundamente en señal de asentimiento, y Merán continuó:

—El señor conde de Maravel se halla en un estado penoso, muy

penoso, y esto hará algo difícil el servicio que espera de usted; sin embargo, con un poco de paciencia creo que llegaremos a realizar sus deseos y comprender su volnntad.

—Sí, he oído decir,—exclamó el guardador de la fe pública,—que el señor conde está... no recuerdo bien, pero creo que su inteligencia...

—No,—se apresuró a decir Fausto;—su inteligencia no ha sufrido el menor choque, y el desgraciado anciano piensa y discurre perfectamente; pero si la razón vive, la facultad de expresarse ha muerto. El señor conde ha perdido el uso de la palabra.

¡Ah! entonces...

—Podrá usted interpretar exactamente su deseo, ateniéndose al movimiento de su mano izquierda, que es el único de sus miemhros que obedece a su voluntad.

La puerta del dormitorio se abrió en aquel instante, y Dionisio apareció en el dintel.

El señor conde está ya vestido, y aguarda a los señores,—dijo respetuosamente.

Y se apartó a un lado, sosteniendo con una mano la cortina que cubría su entrada.

Fausto dejó pasar al notario, y le siguió en pos, preguntando al pasar a su ayuda de cámara:

¿No ha vuelto Gaspar?

—No, señor.

—Es preciso que vayan a informarse, que pregunten...

—Se hará así.

—¿Está todo prevenido?

El criado por toda respuesta señaló el interior de la habitación.

III

El conde de Maravel era un anciano respetable, a quien su misma desgracia hacía más digno y más imponente aún.

Su fisonomía, paralizada por la enfermedad, estaba sin embargo iluminada por la mirada de sus ojos, llena de inteligencia, de sentimiento y expresión.

Todo lo que el labio mudo no podía expresar, aparecía en aquella mirada brillante y profunda, a pesar de la vejez.

En ella estaban concentradas y palpitantes todas las emociones, todos los dolores, todos los sufrimientos de aquel triste anciano, tan desgraciado en medio de la opulencia; tan solo ya en medio de aquella rica mansión, poblada de criados y aduladores.

Cuando apareció el notario, y tras él se dejó ver Fausto, el conde le miró con tal expresión de amargura, que Merán pudo ver un mundo de ideas en aquellos inquietos ojos.

Adelantose hacia él, y procurando dar a su acento una inflexión demasiado dulce para ser sincero, murmuró:

Aquí estoy, señor... o mejor dicho, mi buen padre; aquí estoy adivinando sus deseos y apresurándome a ejecutar sus órdenes.

Ayer cumplí un deber bien triste, pero lo cumplí hasta el fin. Los restos de Elena reposan en el panteón de sus mayores, y no abandoné su cadáver hasta dejarle depositado allí. La heredera de Maravel no estuvo sola un momento; velé por ella como su padre lo hubiera hecho.

Una lágrima, y en pos otras ciento, rodaron por las pálidas mejillas del anciano, sin que nadie se cuidase de enjugarlas; él sólo pudo alzar su mano y estrechar con inauditos trabajos la diestra de Fausto, en señal de afecto y de reconocimiento.

Después miro en torno con expresión interrogadora.

Merán adivinó una pregunta en las pupilas del conde, y se apresuró a decir:

—¿Desea usted que venga Gaspar, es verdad?

La mano del conde extendida se movió de arriba abajo.

Esto quería decir que sí.

—Con dolor debemos renunciar en este momento a sus servicios, puesto que desde anoche falta de casa y no se sabe donde está.

Un silencio de algunos segundos sucedió a estas palabras.

IV

El notario miraba esta escena más curioso que conmovido.

Fausto, a quien devoraba la impaciencia, se dirigió de nuevo al anciano y le dijo pausadamente.

—Una vez muerta Elena, heredera única y legítima de los bienes y el título de Maravel, ¿sin duda, padre mío, que esa fortuna no tiene más dueño legítimo que Margarita, su segunda hija, su hija menor, a quien ya no tendrá reparo en reconocer, para que pueda llevar dignamente el título que de derecho le pertenece?

El conde pareció recogerse un momento; de su pecho se escapó un gemido, de sus pupilas algunas gotas de abrasado llanto.

Sus labios se movieron imperceptiblemente, aunque sin dejar escapar sonido alguno.

Sin duda oraba, y ¡ay!, aquella oración que no podían oir los hombres, la escuchaba sin duda Dios.

El anciano pareció más tranquilo.

Merán, que lo observaba con afán, le preguntó de nuevo:

—¿Creerá usted a los impulsos de su corazón, a su amor a Margarita, es cierto?

El índice del Conde dijo sí, con un esfuerzo supremo.

—Entonces,—exclamó Fausto,—para facilitar los medios de llevar adelante su propósito, yo dictaré la fórmula en que debe extenderse el documento que vamos a formalizar, el señor notario lo escribirá consultando a cada pregunta su mano de usted, por la cual puede decir sí o no, y así le hará entender lo que niega o lo que autoriza?

—Sí,—dijo el dedo del enfermo;—sí.

—Ya ve usted que esto es bien sencillo,—exclamó Merán dirigiéndose al representante de la ley,—y que ni le fatigaremos, ni podrá haber duda en la interpretación de los deseos de mi padre.

—Efectivamente: así puede hacerse muy bien.

—Entonces...

—Empecemos cuando guste.

El notario desplegó una hoja de papel sellado, tomó la pluma y esperó.

Merán, con voz clara y segura, redactó aquel escrito que le iba a hacer dueño del inmenso capital de aquella ilustre familia.

Margarita fué solemnemente reconocida por el conde, y como consecuencia de esto quedó instituida heredera universal de todos sus bienes.

Fausto, como su esposo, debía administrarles desde aquel momento, dada la ineptitud del conde y la confianza que aquel hombre había sabido inspirarle.

Cuando todo estuvo concluido, cuando la noble mano del enfermo dijo sí, por última vez, una ruidosa aspiración levantó el pecho del miserable que de tal modo había sabido realizar sus sueños de ambición.

En cuanto al conde, nada sospechó, ni pensaba en nada.

La muerte de su hija querida le hacía ver con indiferencia todo cuanto iba a rodearle en adelante.

Una hora después, era conducido a su lecho por un criado que señaló Dionisio para cuidarle, pues en cuanto a Gaspar, ya sabemos que no le volvería a prestar sus cariñosos y leales servicios.

CAPÍTULO IX

I

El sacerdote había leído hasta el fin aquellos papeles que encerraban una historia de lágrimas.

Aquella historia estaba ligada con la del padre de Carlos.

Eran, por decirlo así, una parte de su vida, de su corazón, de su pasado.

Toda la noche la había invertido en devorar las páginas del manuscrito, cuyas hojas estaban aún esparcidas sobre su mesa, cuando la luz del alba vino a colorar los cristales de sú ventana.

Aquella blanca claridad, iluminando el rostro del joven, descubría la huella de profundos pesares, y del reciente dolor y la amargura que habían desgarrado su alma.

Sin embargo, sobre su frente intensamente pálida había escrito algo que nosotros no sabríamos descifrar; palabras misteriosas y sublimes que había grabado allí la mano de un ángel, y que sólo Dios alcanzara a ver, pero que la prestaban entonces algo de la inquebrantable firmeza de los mártires, algo de la serena paz de los justos.

Cuando vió que era enteramente de día, dejó su asiento y fué a abrir la ancha ventana de su modesta estancia, que daba sobre la campiña.

Las últimas nubes de la pasada tormenta se apiñaban a lo lejos

hechas girones, y huían en confuso tropel impulsadas por el soplo de las brisas de la mañana.

En el pequeño jardín que embellecía la casa, se veían muchas flores deshojadas, muchas ramas caídas, vestigios todos de la tempestad que las había asolado a su paso.

El sacerdote fijó en ellas sus ojos con pesar, y murmuró:

—¡Así es la vida! ¡La borrasca de las pasiones destroza las rosas del alma! ¡Feliz el que, poniendo su esperanza en el cielo, sólo anhela aspirar el perfume de las imperecederas y eternas!

Después cogió una a una aquellas hojas de papel que se hallaban sobre su mesa, y una vez que las tuvo todas unidas, las acercó a la llama de la vela que aún ardía en el candelero, aunque próxima a extinguirse.

Pero retirándolas vivamente,

—No - dijo—; acaso estas páginas sean necesarias algún día. Quizá esa niña que su madre envía bajo mi amparo, deba aprender en ellas a amar y a perdonar. ¡Pobre Blanca!

Y obedeciendo a su última resolución, ató de nuevo los papeles con la cinta que antes los sujetaba, y abriendo un armario de roble que decoraba la pared, los colocó en un oculto rincón, cerrando de nuevo y guardando la llave.

Un instante después, sereno y con una dulce sonrisa en los labios, cruzaba el estrecho corredor que conducía a la estancia de su madre.

II

La buena anciana estaba levantada también.

El cuidado de la pequeña Blanca la había desvelado por completo.

Con la hermosa niña en los brazos y meciéndola suavemente, doña María esperaba a Andrea, que iba en busca de alguna mujer que quisiera servir de nodriza a la inocente y desamparada huérfana.

El padre Carlos, al ver a su madre con aquella niña en la falda, sintió una profunda emoción y llevó la mano a sus ojos para enjugar una gota de llanto que acababa de brotar en ellos.

Se acercó a la anciana, besó su mano con efusión y murmuró con voz lenta y fervorosa:

—Bendigo a Dios con toda mi alma, porque me ha dado una madre tan santa.

—¡Oh, hijo mío! ¿Por qué dices eso?

—Madre, al ver a usted con esa niña...

—¡No prosigas, Carlos! ¿Quién no haría lo mismo? ¿Quién no compadece a la inocencia y a la desgracia? ¿Quién no las presta abrigo en su seno?

El padre Carlos iba a responder, cuando la puerta se abrió para dar paso a Andrea, que, seguida de una joven que contaría a lo más veinte años, apareció en el dintel.

—¿Eres tú?—dijo doña María, dirigiéndose a la antigua nodriza de su hijo.

—Yo misma, señora—respondió ésta—; perdone usted si he tardado tanto; pero...

—¿Has encontrado lo que necesitamos?—dijo la anciana con afán.

—Seguramente. Vamos, Teresa, adelanta y que la señora te vea.

—¡Cómo! ¿Esta joven?...

—Sí; esta joven que acaba de perder a su hijo; esta joven cuyo marido la ha abandonado, y que no tiene a nadie en el mundo. Ya ve usted si...

Doña María fijó sus ojos en Teresa, que en aquel momento enjugaba los suyos con la punta del delantal, y la preguntó con acento bondadoso:

—¿Es cierto lo que acaba de decir Andrea, hija mía?

—¡Oh, sí, señora; mi pobre hija ha muerto!

—¿Y quiere usted hacerse cargo de esta niña?

—Con toda mi alma; ella creo que no tiene madre, yo ya no tengo hija... las dos necesitamos amor y consuelo; yo la daré el calor de mi pecho y ella me dará la alegría que necesito.

La anciana, satisfecha de tales palabras, arregló en breve aquel negocio doméstico que aseguraba el bienestar de la pobre niña abandonada, y no saldría Teresa de la casa; compondría desde entonces parte de la familia, y las tres mujeres se dedicarían a cuidar de Blanca con igual cariño y con igual interés.

¡Oh! ¡En cambio de la madre que había perdido, el cielo le otorgaba tres!

¡Benditos sean los corazones en que alienta la fe y en que anida la caridad!

¡Ellas son el seguro asilo, el faro brillante que alumbra a los desgraciados náufragos del revuelto mar de la vida!

III

El padre Carlos, que había guardado silencio hasta entonces,

—Madre—dijo—, tenemos que separarnos, bien a pesar mío.

—¡Cómo!—exclamó alarmada doña María—, ¡separarnos!

—¡Oh, por poco tiempo, por algunos días no más.

—Hijo mío...

—Es preciso. Tengo que cumplir un deber sagrado, un deber que me ha impuesto la súplica de un moribundo.

La anciana nada contestó.

Sabía que su hijo no retrocedía jamás cuando se trataba de llenar la misión que se había impuesto sobre la tierra; pero enjugó una lágrima que la idea de aquella separación arrancó de su alma.

—Nada hay en esto que pueda afligirla, madre—añadió con ternura el sacerdote—; es un viaje corto... de algunos días no más.

—Pero, ¿dónde vas?

—A Vizcaya.

—¡Ah! ¿Vas a volver allí?

En el acento con que la anciana pronunció estas palabras había algo de asombro, algo de terror, que no pasó desapercibido para el padre Carlos, y que le hizo exclamar:

—Madre, el pasado no existe para mí. Carlos de Zurbarán murió el día en que Jesucristo bajó a las manos del sacerdote católico. Sólo queda ya el padre Carlos, ministro de un Dios de paz, de misericordia y amor!

—¡Hijo—exclamó conmovida la anciana—, hijo mío!

—El motivo que allí me conduce es la súplica de una madre, de una madre que ya no puede velar por los hijos de su alma.

—¿Y tardarás mucho en volver?

—Una semana cuando más.

—Y tu marcha será...

—Hoy mismo; no la puedo dilatar, y aun así tengo miedo de llegar tarde.

Doña María hizo venir a Andrea, y la ordenó disponer la marcha del joven.

La pobre mujer también se asombró y se mostró pesarosa por la ausencia de aquel que amaba como a un hijo; pero no se atrevió a hacer pregunta alguna, limitándose a cumplir el mandato de su señora.

IV

Aquella tarde abandonó el sacerdote su modesto hogar, y se dirigió en busca de Alfredo y Valentina.

Dos días después llegaba a un lindo pueblo situado en las costas de Vizcaya, y se hacía conducir a una preciosa casa de campo, en la cual habitaba Juana Duró.

Era una alquería que había pertenecido al conde de Maravel, y que Elena había cedido a su hermana de leche, para que habitase con su madre.

Juana había sido la compañera de Elena durante los días de su infancia, y después una confidente fiel, un corazón leal que se había consagrado a ella, y que hubiera dado su vida por ahorrarle un día de pesar.

La condesa había depositado en el seno de aquella pobre anciana todos los secretos de su corazón. Escudada con el amor que tenía a aquellos parajes, con la ternura que profesaba a Teodora, su nodriza, madre de Juana, había ido a pasar todos los años una temporada a aquel lindo y pintoresco retiro, y allí, en fin, había creído que sus hijos se hallarían a cubierto de todo peligro, hasta el día en que hubiera podido escudarlos otra ternura, si no más grande, más poderosa al menos que la suya.

Nadie sabía la existencia de aquellos niños, pues se había rodeado hasta entonces del mayor misterio, y Elena estaba tranquila esperando el día de hallar la dicha junto a aquellas prendas de su alma.

El destino lo había dispuesto de otro modo, y el padre Carlos, al

llegar a la alquería de la Palma, venía solo y era portador de tristes nuevas.

Al pisar los dinteles de aquella morada, el sacerdote se convenció de que su viaje había sido inútil.

Efectivamente, había llegado tarde.

Juana Duró, aquella mujer en quien Elena había depositado su confianza, lloraba lentamente en el desierto hogar de aquella casa solitaria.

Su madre, la anciana Teodora, estaba sentada a su lado prestándole algunos inútiles consuelos, que ella a su vez necesitaba también.

Un muchacho de diez a doce años se hallaba sentado junto a Juana, con el semblante enojado y los puños apretados, sin proferir una palabra, pero tan sombrío, que daba compasión el mirarlo.

V

Cuando el padre Carlos preguntó por los dos niños, que eran el objeto de su visita, las lágrimas de Juana corrieron con más abundancia y el muchacho se mordió los labios con expresión desesperada; pero ninguno se atrevió a contestar.

Sin duda en sus corazones abrigaban un sentimiento de desconfianza, y a pesar del estado de abatimiento en que se hallaban aún, querían guardar los secretos de su bienhechora.

Pero cuando el ministro de Dios, tan conmovido como ella, sacó de su dedo la sortija de Elena y se la mostró diciendo: «Soy un enviado de la condesa de Maravel, soy su último amigo, el depositario de su voluntad postrera», la incertidumbre se trocó en expansión y corrieron a su lado, exclamando con dolor:

—¡Ay, señor, qué desgracia!

El padre Carlos palideció; enjugó el frío sudor que empapaba sus cabellos, y murmuró con afán:

—¡Otro infortunio!

—Los niños..... mis hijos, Alfredo y Valentina...

—¡Qué!—preguntó lleno de angustia el padre Carlos.

—¡Han desaparecido! ¡Nos han sido robados!

—¡Robados! ¡Oh! Su pobre madre tenía razón en temblar por ellos!—dijo el sacerdote alzando las manos al cielo.

—¡Su madre! Pues qué... ¿Sabe usted?...

—¡Todo! He sido el confidente de Elena en sus últimos instantes.

—¡En sus últimos instantes!—exclamó Juana, levantándose con violencia—Pues qué, ¿la condesa?...

—¡Ha muerto!—murmuró el padre Carlos con lúgubre acento.

—¡Muerta, muerta ella!—gritó la anciana con espanto—¡hija, hija mía! ¡Y no he podido volverla a ver!

Por un instante, todo fué lágrimas y confusión en aquella casa.

Todos amaban allí a la condesa Elena; todos la profesaban, más que cariño, un culto del alma.

La anciana Teodora había sido su nodriza, su madre casi, y la debía el bienestar de su vejez; Juana había pasado con ella los primeros años de su infancia, y la debía también el pan de su madre, de su hijo... Hasta el pequeño Román la debía algo, y la amaba con toda la sinceridad de su virgen alma.

VI

—¡Oh!—dijo el padre Carlos, cuando pasada la primera explosión de dolor pudieron escucharle—; pero esos niños, esos niños...

—Esta mañana han desaparecido—respondió Juana con voz ahogada.

—Mas ¿no hay indicios de quién...?

—Yo había salido—respondió la aldeana, procurando hacerse entender—, yo había salido temprano; mi madre también se había dirigido a la iglesia. Román y los niños habían quedado solos en la casa.

—Sí, aquí estábamos los tres—dijo el muchacho con una energía superior a sus años—. Aquí estábamos los tres; yo había traido a Valentina un ramo de flores y la esperaba para dárselo. De pronto, un hombre apareció en la puerta y preguntó por mi madre.

—No está—le contesté—; ha salido hace poco.

—Ve a buscarla—me dijo—; la traigo nuevas que la interesarán.

—Yo no sospechaba nada de aquel hombre. Aquí no sabemos hacer mal a nadie, y no creí que ninguno quisiera hacérnoslo. Salí sin cuidado... ¡infame!

El niño revelaba en su moreno y expresivo semblante una terrible indignación.

—Sigue, hijo mío—repitió el padre Carlos—; sigue.

—Apenas había doblado la esquina oí un grito, creí que era la voz de Valentina y volví a casa, sin pensar ya en buscar a mi madre.

—Y era...

—Sí, señor; era ella y también Alfredo el que gritaba.

—¡Los dos!

—Yo los ví, ví que se los llevaban, corrí tras ellos; pero ¡ay! los metieron en un coche que corría mucho más que yo.

—¡Dios mío!

—Seguí sin embargo, señor; dí voces... pero nadie me oyó, y se alejaban... se alejaban! ¡Oh! si yo hubiera sido un hombre, si yo hubiera tenido un arma de fuego...

Y el niño, con una energía superior a su edad, demostraba su enojo y aumentaba su impotencia.

—¿Y después?—preguntó el padre Carlos maquinalmente y sin abrigar esperanza alguna.

—¿Después? Después los perdí de vista; la nube de polvo que envolvía aquel maldito coche se disipó por completo, y ya no se veía ni se oía nada. Subí al montecillo más cercano... ¡Tampoco los distinguí! Entonces me senté sobre una piedra y empecé a llorar de rabia, de dolor.

—¡Pobre Román, los amaba tanto!—exclamó Juana, mirando a su hijo con profunda compasión.

—Cuando ya pasó algún tiempo volví a casa y busqué a mi madre para decirle lo ocurrido.

—Sí, señor, y aquí nos tiene usted desde entonces presas de la más terrible angustia. Al principio sólo pensábamos en el modo de participar a la condesa esta desgracia; ahora... ahora sólo pensamos en llorar por ella y por esos niños sin ventura.

El sacerdote pasó aún algunas horas en aquella casa, haciendo inútiles averiguaciones para saber el paradero de Valentina y Alfredo.

Todo fué en vano.

Los niños habían desaparecido, como desaparece una gota de agua en el fondo del Océano.

La acción de los raptores había sido tan rápida, tan inesperada, que nadie se había apercibido de ella.

El padre Carlos, sin embargo, no podía dudar que aquellas inocentes criaturas estaban en poder de Fausto de Merán, único que tenía interés en hacerlos desaparecer.

Triste, desalentado, abatido en extremo el padre Carlos, se despidió de Juana resuelto a emprender los mayores imposibles para buscar a los dos pobres ángeles, cuyo paradero le era entonces desconocido.

Su única esperanza era Gaspar.

El fiel servidor podía ayudarle en esta empresa.

Dejó, pues, aquella casa donde había llegado lleno de afán, y de donde salía más triste que antes; pero al volver un recodo del camino, y cuando perdió de vista la alquería, sintió una mano que se asía de su negra capa, y oyó una voz que le decía resueltamente:

—Señor, si va usted en busca de Valentina y Alfredo, lléveme a mí también, que yo le ofrezco ayudarle sin quejarme ni murmurar nunca.

El padre Carlos se volvió y halló a su lado a Román, en cuyos ojos se veía una resolución y una firmeza indecibles.

—Quédate con tu madre, hijo mío,—le respondió con dulzura;—quédate con tu madre; eres muy niño aún... y luego, ¿qué podrías tú hacer?

Y después de bendecirle se alejó sin pararse a escuchar las súplicas del muchacho, tomando el camino que había cruzado el día anterior.

Román le vió partir quedando solo en el camino.

—¿Que vuelva a mi casa? ¿Y qué haría yo sin ellos? ¡Me moriría solo allí! ¿Que soy muy niño? ¡Oh! veremos si pruebo que soy hombre, que tengo fuerza y voluntad.

Y dirigiendo una mirada al espacio que se extendía ante su vista, echó a andar resueltamente, llevando por única guía las señales medio borradas de las ruedas de un carruaje.

CAPÍTULO X

I

Ahora, y para dar a conocer el pasado del noble y digno ministro de Dios, que tanta parte ha de tomar en los sucesos que referimos, nos es preciso explicar algunos detalles de su existencia, retrocediendo a los primeros días de su juventud.

En uno de los pueblecitos más pintorescos y bellos de la honrada Vizcaya, existía, cuatro años antes de los sucesos que hemos narrado, una magnífica quinta de recreo, perteneciente a los duques de San Marcial, señores y dueños de aquel país.

Allí, rodeada de lujo y bienestar, pasaba todos los años una larga temporada la ilustre duquesa viuda, acompañada de su único hijo, Fernando de San Marcial.

Fernando era un joven de veinte años, dotado de una elegante y hermosa figura, de una instrucción esmerada, de exterior lleno de atractivos, pero de un corazón frío, helado, gastado ya por la adulación, por la completa satisfacción de todos los deseos, y por el hastío que trae en pos una existencia consagrada sólo al goce de todos los placeres.

En cuanto a la duquesa, era querida y respetada de cuantos la conocían, por los inmensos beneficios que su gran caudal le permitía hacer, pero era temida también de todos, por su carácter recto y duro, tan en demasía, que juzgaba la severidad una virtud.

Queriendo proteger y hacer felices los últimos años de un hombre honrado, del capitán D. Diego de Montellano, le había concedido el puesto de administrador de los bienes que poseía en aquellos contornos, dándole una habitación en la misma quinta y un sueldo módesto, pero bastante a satisfacer sus necesidades más apremiantes.

D. Diego había sido compañero de armas del difunto Duque, le había salvado la vida en una ocasión, y desde entonces databa la amistad que les había unido, y la especie de deferencia con que le trataba la duquesa.

II

El antiguo capitán era ya anciano; demasiado honrado para hacer fortuna por medio de las intrigas; demasiado leal para rebajarse a pedir como un favor el premio de sus servicios, sólo había sacado al retirarse del ejército una exígua paga mal retribuída, y las gloriosas cruces que cubrían aquel pecho donde latía un corazón tan noble como generoso.

D. Diego, por toda familia, por todo amor en el mundo, tenía una nieta, ángel de belleza y de virtud, única flor colocada en el camino de su vida para darle alegría y darle perfume.

Regina, tampoco tenía más cariño ni más amparo que su abuelo.

Había perdido a sus padres uno en pos del otro, y sin aquel pobre anciano que la acogió entre sus brazos, sólo Dios sabe lo que hubiera sido de la pobre niña al quedar sola en este mundo.

Los dos se amaban, pues, con un cariño exclusivo y único.

Los dos se profesaban, al par de una ternura inmensa, una especie de adoración, de gratitud y de respeto.

D. Diego adoraba en Regina el candor y la inocencia de los primeros años, que con un esplendor celestial irradiaban sobre la frente de la niña; Regina adoraba en su abuelo la sabiduría y la honradez de la edad madura, que entre una corona de cabellos blancos rodeaba las sienes del anciano.

El señor de Montellano, acompañado de Regina, había venido, pues, a vivir a la quinta, bajo la protección de la duquesa, y jamás

beneficio alguno ha sido agradecido más sinceramente que el que recibieron de su bienhechora aquellos dos corazones.

Regina viendo asegurado un dulce bienestar para los últimos años de su abuelo, unía diariamente a sus oraciones el nombre de la duquesa; y el anciano, viendo a la pobre niña libre de las penalidades y la miseria que antes amenazaba su porvenir, bendecía constantemente a su noble señora, y hubiera dado su vida por ella, si su existencia la fuera precisa para aumentar su felicidad.

Guiado por la gratitud y por una costumbre innata en él, Montellano cumplía fielmente sus obligaciones y demostraba en todos sus actos una regularidad y una exactitud, que hubiera bastado a probar su honradez, si su honradez no estuviese ya probada con sesenta años de una vida ejemplar.

Esto hacía que aquel digno caballero fuera querido y respetado de todos.

III

Regina también era adorada en aquellos contornos.

Apenas contaba diez y siete años, y era tan hermosa, que aquellos sencillos aldeanos sólo podían compararla con los ángeles que cercaban el altar de la Virgen María.

Blanca como la hoja de la azucena, y esbelta también como esa flor emblema de la pureza, parecía reflejar en su frente toda la inocencia de la primera sonrisa del alma.

Sus ojos, de mirar modesto y suave, retrataban en su azul purísimo la claridad del día, y el color del cielo sereno y despejado, y sus labios, en que sólo se escuchaban palabras de dulzura y cariño, eran siempre los mensajeros de la esperanza, pues aquella niña sembraba siempre el bien a donde quiera que dirigía sus pasos.

Es cierto que este bien se reducía muchas veces a fraces amables, a santos consejos, a cuidados asíduos, porque ella y su abuelo eran pobres; cuando habían venido á habitar la quinta y pobres se mantenían en medio de la opulencia que les cercaba!

Pero el instinto de los necesitados sabe apreciar en más la limos-

na del alma que la del dinero; comprende que la acción de extender la mano y ofrecer algunas monedas, cuando se poseen inmensas riquezas, no supone trabajo alguno, y es fácil y sencillo de ejecutar; pero las lágrimas que se mezclan a nuestras lágrimas, el dolor que viene a responder a nuestro dolor, la palabra que brota del alma para ir a confortar, a sostener el alma combatida por la desgracia, esas valen mucho y se tienen en mucho también; porque revelan sentimientos, caridad intensa, amor en fin, y el amor y el sentimiento y la caridad son los dones más hermosos que Dios ha depositado en el corazón de sus criaturas.

Por eso Regina era recibida donde quiera con ternura y veneración.

Dios también parecía bendecirla y quiso sembrar su camino de flores concediéndola una de las dichas mayores que embellecen la vida: amar y ser amada, sin mezquinas dudas, sin interesadas ambiciones; hallar un alma hermana de su alma, igual en elevación, en pureza y en virtud, y soñar con la esperanza de cruzar este mundo unidas, y presentarse a Dios unidas también con un eterno y suave lazo.

IV

Regina había conocido en la aldea un joven honrado, instruído y digno; un joven cuyo nombre era Carlos, hijo único de una noble familia, y que si no poseía grandes riquezas en oro y bienes de fortuna, poseía la inmensa riqueza del espíritu y los bienes infinitos de un hermoso corazón.

Dios parecía haber formado aquellos dos seres el uno para el otro, y por eso al verse se habían amado con un amor lleno de fe, de santidad y de firmeza.

Los padres de Carlos habían aprobado, bendiciéndola, la elección de su hijo, y con esta aprobación la dicha de los jóvenes era completa.

La boda se había fijado por sus padres para un año más tarde, y ellos esperaban confiados el día de su felicidad, satisfechos con la dicha presente, y sin pedirle más a su suerte.

Alguna vez, sentados en los jardines de la quinta, envueltos entre los perfumes de aquellas flores, inundados por los rayos de aquel espléndido sol y protegidos por la mirada paternal de aquel anciano.

—Te amo, Regina—decía Carlos a su oído.

—Te amo, Carlos—respondía ella tan solamente.

Y las flores, y el sol, y los pájaros, contemplándoles con envidia, parecían murmurar en torno frases de cariño tan sencillas como las suyas.

Todo, pues, era bien en aquella morada. Todo parecía sonreir en derredor del antiguo soldado, todo parecía halagarle en los últimos días de su vida.

¡Ay! que sin embargo todo debía concluir muy pronto.

V

Un día anunciaron que la duquesa y su hijo iban a llegar a la quinta.

Por todas partes se prepararon festejos, todas las sendas se cubrieron de rosas.

¡Oh! el camino de la vida es muy fácil y muy bello para los poderosos de la tierra.

Amaneció el día señalado para la venida de los nobles señores.

Don Diego no sabía qué hacer para festejar a su bienhechora.

La casa se vistió de gala, y él con su antiguo uniforme y apoyado en el brazo de su nieta le quiso salir al encuentro, cumpliendo un deber de gratitud y de cortesía.

Nada más digno que el aspecto de aquel anciano, nada más bello que la presencia de aquella joven con su sencillo traje blanco y sus rubios cabellos sujetos con una cinta celeste y adornados con dos rosas blancas.

Así se presentaron a sus ilustres señores.

La duquesa, al bajar de su carruaje, se apoyó en el brazo del anciano, y tuvo para él algunas palabras afectuosas y lisonjeras, por el estado en que hallaban sus magníficas propiedades.

En cuanto a Fernando, se quedó absorto y mudo contemplando a Regina, cuyo aspecto tenía algo de sublime y de angelical.

La niña sintió la mirada audaz del joven pesar sobre ella y sus mejillas se tiñeron de rosa, aumentando con esto el prestigio de su belleza.

Fernando se acercó a ella y la preguntó con galantería:

—¿Está usted contenta, señorita, viviendo en este retiro?

—Aquí soy muy feliz—contestó la niña—; esta quinta es muy hermosa, y aunque no lo fuera tanto me lo parecería siempre, pues en ella hemos hallado mi padre y yo toda la dicha que podíamos ambicionar en la tierra.

—No toda la que usted merece, sin embargo—dijo el joven duque, mirando a Regina con afán.

—La bondad de la señora duquesa nos ha dado aquí bienestar y paz; ¿qué más se puede desear?

Fernando no juzgó prudente decir más por entonces, y se incorporó a su madre, que acababa de penetrar en el salón principal de la quinta.

VI

Al día siguiente Carlos y Regina tuvieron ocasión de verse.

—¿Qué te decía ayer el hijo de la duquesa?—preguntaba el joven a su amada.

—Que si era feliz en la quinta.

—Y tú...

—Yo recordé que te había conocido aquí, y le respondí que sí, con toda mi alma.

Carlos miró con profunda ternura a la niña y desistió de sus preguntas.

¿A qué despertar una sospecha en aquel alma cándida y sencilla?

Sin embargo, Carlos sentía en su corazón algo que le hacía daño.

La mirada que Fernando había fijado en su prometida parecía que abrasaba su frente y encendía sus mejillas.

Resolvió callar sin embargo, aunque un presentimiento extraño le hacía estremecer al recordarlo.

La niña, aunque vivía retirada en sus modestas habitaciones, se

encontraba a cada paso con el gran señor, que la buscaba en todas partes.

Algunas palabras habían salido ya de los labios de Fernando, que habían hecho palidecer el semblante de Regina.

De la cortesanía y las expresiones galantes había pasado ya a las frases apasionadas, y de éstas a los juramentos.

La niña había respondido siempre negativamente, pero con timidez al par.

Fernando le causaba temor, la inspiraba un miedo; pero no se atrevía a enojarle.

Era el hijo de su bienhechora, de la mujer a quien su abuelo debía el bienestar de sus últimos años; ¿cómo humillarle, cómo enojarle, cómo manifestarle su repulsión, ni excitar su enojo, si en sus manos estaba la suerte de aquel anciano, que era padre suyo dos veces, y a quien tanto amor debía?

El fantasma de la miseria amenazando a D. Diego y envolviéndole entre sus brazos se aparecían a la vista de la pobre niña, y la llenaba de angustia.

¡Oh! aquel hombre había venido a turbar su dicha y destruir su dulce paz.

VII

Regina resolvió no hablar a D. Diego de la persecución de que era objeto.

Esto hubiera sido amargar su vejez y obligarle a abandonar aquella casa en donde tenía hogar y pan.

También a Carlos debía callárselo. ¡Oh! a éste más que a nadie.

Conocía el carácter enérgico y resuelto del joven, y le amaba demasiado para exponerle a un lance con Fernando.

Confiada en sus propias fuerzas, pensó arrostrar aquel peligro, y guardó silencio para todos, rogando sin cesar al cielo que le escudase y le diera amparo.

Evitó con mayor cuidado la presencia del joven duque.

Huyó las ocasiones en que éste pudiera dirigirle la palabra, y con

mil protestas distintas se encerró en el fondo de su cuarto, pasándose allí los días, mientras que todo era animación en la quinta.

Fernando, exasperado por esta conducta, redobló sus esfuerzos, y sintió que su orgullo y su corazón se rebelaban al par, ante esta muda resistencia.

Joven, rico, adulado donde quiera, no podía concebir que una pobre niña sin porvenir, sin protección, hasta sin madre, rechazara su amor y no diera oídas a sus protestas.

Así es, que lo que primero fué un pasatiempo sin nombre, se trocó en una pasión formal, en un empeño decidido.

Alguna vez Carlos repetía sus preguntas, quería sondear el corazón de Regina; pero el temor había hecho a ésta tan previsora, que disipaba sus dudas con una palabra tan segura, con una mirada tan serena, que su prometido olvidaba sus temores y quedaba tranquilo y sin recelo alguno.

En cuanto a D. Diego, ni por un momento pasó por su mente la idea de que el hijo de su antiguo amigo, de aquel hombre tan leal y tan noble, fuera capaz de una villanía.

Sin embargo, el honrado militar se engañaba.

La generación presente ha descendido mucho de la antigua generación.

El vicio y la incredulidad y la locura, hijos de este siglo, han manchado muchos corazones, y Fernando, sin virtudes y sin lealtad y sin fe, era la antítesis completa de su ilustre padre.

Aquel joven, capaz de todo lo malo, lejos de perdonar a Regina su desdén, devoró su despecho en la sombra, asechando el momento de llevar a cabo su intento por cualquier medio, y usando toda clase de armas por infames y viles que fuesen.

VIII

El honrado administrador vivía, como hemos dicho, con la mayor economía, reduciéndose a su modesto sueldo, y teniendo siempre a la vista el *debe* y el *haber* de su libro de caja.

Un día se presentó en su casa una pobre mujer con un niño enfermo en los brazos, y derramando ardorosas lágrimas.

¡Aquella mujer era madre!

¡Aquel niño era su vida!

Los médicos le habían ordenado las aguas de Panticosa como el único medio para salvarlo, como el único medio de que no sucumbiera a su mal.

¡Pero la infeliz era pobre!

Era muy pobre y no podía llevarlo allí.

¡Oh! ¡Qué horroroso será ver morir a un hijo querido, y saber que puede vivir, y tener ligada por la miseria la mano que podía ofrecerle la medicina salvadora!

¡Hallarse impotente a pesar de nuestra inmensa ternura, encontrarse inútil a pesar de nuestra gigante voluntad!

¡Oh, esto debe producir la desesperación y la locura! Yo lo comprendo perfectamente. Esto debe ser espantoso.

Aquella infeliz mujer estaba desesperada, estaba loca.

¡Ay! ¿Qué extraño era esto, si veía al hijo de su alma perecer sin recursos entre sus brazos?

¿Quién podría comprender las palabras que brotaran desde su corazón hasta sus labios? ¿Quién podría contar las lágrimas que saltaran de su pecho, hasta inundar sus pupilas?

Sólo la Virgen María, que sabe medir el dolor de las madres desdichadas, es la que alcanzaría a avalorarlas.

IX

Regina y su abuelo se estremecieron ante aquel pesar.

La niña miró al anciano, como deben mirar los ángeles a Dios cuando imploran su misericordia.

El anciano, obedeciendo sólo a un impulso de su corazón y sin tener conciencia de lo que iba a hacer, se levantó y corrió a su despacho, abrió un cajón, no miró cuál; vió no más que allí había dinero y no pensó de quién era, y sacando dos billetes del Banco, de dos mil reales cada uno, los puso en la mano de aquella mujer diciéndole al par:

—Tome usted, hija mía; compre ropa para ese niño, emprenda

usted el viaje y no se detenga un solo día. Dios irá a su lado y le devolverá la salud a su hijo, porque Él no abandona a los que le imploran.

La infeliz madre cayó de rodillas, besó el suelo en que apoyaba los pies D. Diego y la orla del vestido de Regina.

Después, en medio de su delirante gozo, juntó las pequeñas manos del niño, y quiso enseñarle en aquel instante ardientes plegarias y santas bendiciones que consagrar a sus bienhechores.

Lloraba, reía, sollozaba al par.

¡Oh! La expresión de su gratitud conmovía tan profundamente, como había conmovido su profundo dolor.

X

Cuando salió, el anciano y su nieta estuvieron mucho tiempo aún bajo la impresión de los encontrados sentimientos que los habían agitado, y no se daban cuenta de lo que habían hecho; sólo comprendían que habían aliviado un pesar.

En aquel instante estaban satisfechos, eran felices.

¡Es tan hermoso hacer bien!

Ensancha tanto el corazón, que la cabeza no tiene tiempo de reflexionar.

Pero ¡ay! cuando al siguiente día fué D. Diego a hacer su acostumbrado balance, se halló con el déficit de aquella suma que en un momento de expansión había entregado a la madre afligida.

El pobre anciano se quedó temblando y confuso por algunos instantes.

Es cierto que la cantidad no era grande, que con dos o tres meses de una extricta economía y privándose de todo, hasta de lo más necesario, podían reunirla y ponerla de nuevo en su lugar, y reunirla a aquel dinero que manejaba sin ser suyo.

Pero ¿y si mientras, por una de esas casualidades inconcebibles, tenía que entregar cuentas?

Es verdad que con un ligero aumento en cualquier partida, con un arreglo insignificante, con la más sencilla operación, podía disimular

aquella falta hasta que pudiera nivelarla; pero él, honrado y leal hasta el extremo, no sabía mentir, era incapaz de una falsedad, y hubiera preferido su completa ruina a alterar uno de aquellos guarismos, a variar una de aquellas cifras.

Y para colmo de sus angustias, D. Diego conocía el carácter de la duquesa, bueno, generoso, capaz de sacrificarse por aquellos que protegía, pero inflexible y severo con aquellos con quienes se juzgaba ofendida.

XI

En el primer momento tuvo intenciones de decírselo todo, de manifestarle lo que había hecho; pero luego se detuvo. ¿Y si la señora se ofendía por su acción? ¿Y si lo tachaba de pródigo y gastador?

¿Comprendería acaso esos impulsos del alma, que hacen callar la voz del frío cálculo?

¡Quién sabe!

¡La duquesa no había tenido nunca hambre ni frío!

No había visto a su hijo contrariado en un solo deseo, en un solo capricho.

¡Ay! No era fácil que supiera medir las angustias que ofrece la escasez, los tormentos que produce la miseria!

Sólo los que han sufrido se identifican con el dolor del que sufre; sólo los pobres pueden apreciar el desamparo de la pobreza.

Calló, pues, y guardó su secreto, pidiendo a Dios con todo su corazón que lo sacase de aquel apuro.

D. Diego era sencillo y bueno en demasía; había pasado su vida en una atmósfera de honradez y rectitud inexplicable, y no le era posible comprender la ficción, ni era diestro en la mentira, y al ocultar en el misterio aquella acción que le ennoblecía y que él sin embargo juzgaba culpable, se condenó a un tormento perpetuo, a una inquietud de todos los días.

—¿Quién sabe?—murmuraba en medio de su afán—, quién sabe si podré reunir ese dinero antes que llegue el día de entregar mis

cuentas anuales, y en todo caso... en todo caso no ha de faltarme algún amigo que quiera prestarme esa cantidad.

Y más tranquilo con esta idea, se entregaba a sus trabajos habituales, con un afán y un ardor indecible.

XII

Regina no supo nada de las angustias del anciano, porque éste no quiso turbar la descuidada ignorancia de aquella niña querida, de aquella niña que era todo su amor y su consuelo en este mundo.

¡Temía tanto causarla un pesar!

¡Estaba ella en una edad tan tierna!

¡Era tan impresionable y tan delicada!

Y luego, ¡su pobre madre había muerto de tan pocos años!

¡Oh la juventud es una flor hermosa y llena de encantos, pero flor, al fin frágil y perecedera, y un soplo de viento, un día de calor la puede agostar.

Cuando hemos cruzado muchos días por este valle de lágrimas; cuando hemos atravesado un largo trecho de esta senda erizada de espinas que se llama vida, parece que nuestra planta se ha endurecido, que nuestro corazón es más fuerte para resistir el dolor, porque la costumbre de padecer nos ha prestado ya más valor.

¡Pero una niña!

¡Ay! está la inocencia tan poco avezada a las decepciones, a las amarguras, a los trabajos, que éstos la hieren con más fuerza, que la aniquilan, que la pueden matar.

El anciano ocultó los temores que le inquietaban, la incertidumbre que devoraba su corazón.

No quiso empañar con una sola nube el cielo de Regina, lleno de purísima alegría por la sublime acción que habían llegado a practicar.

Según los cálculos del anciano, su nieta podía entregarse sin cuidado al sueño de su amor, de su porvenir, de su felicidad.

¡Y la juzgaba tan dichosa!

Sabía que amaba mucho a Carlos, y que era amada por él, con tal pureza, con tal pasión.

¡Amor inextinguible, amor casto y profundo que sólo la muerte pudiera destruir!

¡Oh! D. Diego juzgaba bien a aquellos dos jóvenes, tan digno el uno del otro.

XIII

Por desgracia, había quien acechase en la sombra para enlutar aquel porvenir.

Fernando, que espiaba todo cuanto hacía Regina, que observaba con el mayor cuidado quién entraba y quién salía en su morada, había visto a la madre desconsolada penetrar allí deshecha en lágrimas y la había mirado salir con el rostro resplandeciente de alegría.

Se acercó a ella, y como nada hay más expansivo que la felicidad y más aún cuando ésta es inesperada y repentina, aquella sencilla y buena mujer refirió la acción de D. Diego y bendijo aquella bondad con toda su alma.

¡Oh!, es cierto que su generosidad había sido grande.

Fernando se quedó pensativo.

Sabía que el administrador de su madre era pobre, y que su sueldo no alcanzaba para dar limosnas de aquella entidad.

Una sospecha cruzó por su mente, y una sonrisa siniestra apareció en sus labios.

¡Oh!—se dijo con una alegría concertada,—si no fuera tan probo... si la tentación le hubiera vencido... esperemos; no hay más que observar.

Y el joven desde entonces, abrigando la sospecha de que el digno anciano explotaba la confianza de su madre, empezó a seguir sus pasos, a medir sus acciones, a espiarle, en fin, como espía la serpiente a la pobre y sencilla paloma.

¡Ay!, los corazones podridos no pueden concebir que haya pechos honrados.

Fernando a todas horas entraba en el despacho de su administrador.

Esto tenía el doble objeto de acercarse a Regina y observar a su abuelo.

Un día pudo hallar a la joven sola.

Fernando la repitió lo que tantas veces le había dicho.

Ella le contestó lo que tantas veces le había repetido.

El joven aristócrata, que no podía concebir aquella negativa de parte de Regina, quiso buscar su causa, y al fin sospechó la verdad.

La niña amaba a otro.

Esta idea le exasperó.

Se sintió más humillado, y lo que faltaba por hacer a la peregrina hermosura de la joven lo llevó a efecto la vanidad de Fernando.

El pasatiempo se trocó en pasión.

En pasión ardiente y avasalladora, y entiéndase que no confundimos el amor, emanación de Dios, perfume purísimo del alma, con la pasión, tempestad deshecha del corazón, donde naufraga la razón y se sumerge a veces la conciencia.

Fernando juró vengarse de aquella débil niña o dominar y vencer aquella voluntad firme que se oponía a la suya, y la casualidad, protectora de los proyectos descabellados, puso en su mano un arma para que pudiese conseguirlo.

Al penetrar una tarde en el despacho de D. Diego, vió a éste ocupado en arreglar sus cuentas y sus papeles.

Una ráfaga de viento, penetrando por la ventana entreabierta, dispersó a éstos, arrojando algunos por el suelo.

Uno de ellos fué a caer a los pies de Fernando.

El joven se inclinó para cogerle, fijó casualmente los ojos en él, y el genio del mal, destinado por Luzbel para perder su alma, murmuró algunas palabras a su oído que le hicieron estremecer.

Arrugó el papel entre sus dedos y le guardó rápidamente en uno de sus bolsillos.

D. Diego no pudo notar su acción, y sin embargo su ruina iba envuelta en ella.

Aquel papel era un recibo de seis mil duros, que D. Diego los había entregado al ayuda de cámara de Fernando para los gastos particulares de éste.

Una vez aquel documento perdido, el anciano era responsable de aquella cantidad.

XIV

D. Diego siguió trabajando.

Ni por un instante pudo sospechar lo que acababa de pasar; aquel recibo nada tenía que ver con las cuentas corrientes; lo tenía guardado para el día que debiese presentar la cuenta general.

Fernando salió del despacho.

Sus mejillas estaban encendidas, sus labios contraídos.

Libertino, incrédulo y malvado, aún había en sus venas algo de la sangre de su buen padre.

La acción que había cometido era infame. Aquello era un robo... peor que un robo, porque el oro robado puede devolverse y la honra perdida no se recobra, y la honra de D. Diego era lo que Fernando tenía en su mano.

Pero la pasión cegaba al joven y le enloquecía.

Luego... ya hemos dicho que Fernando no creía en nada.

Para atenuar lo villano de su acción, para transigir con ella, tan sólo le había bastado pensar que podría remediarla con una palabra, con una frase, sólo a la hora que lo juzgara conveniente.

—¡Bah!—se había dicho—la cuestión es asustar a esa niña orgullosa, de hacerla temer por su abuelo, de obligarla a oirme, y luego de presentarme haciendo el papel de salvador, de providencia... Bonito papel que acabará de hacer que me ame, por gratitud a lo menos.

Sí, bien hecho está lo hecho. De todos modos este dinero es mío, y yo no he de obligarle a que lo dé dos veces.

Lo que importa ahora es provocar la crisis, precipitar el resultado, y esto sólo puede... si mi madre...

El libertino meditó algunos instantes, y después sonriendo cínicamente:

—Sí, eso es—murmuró—; mi madre es muy severa, y si sospecha... tan sólo con que sepa que dan limosnas de cuatro mil reales

bastará para que recele, y esto es bien fácil, como que es verdad! Lo sabrá hoy mismo, y mañana... mañana.

Un solo latido del corazón de Fernando se rebeló contra aquel plan.

Pero el orgullo herido volvió a irritarse en su pecho, enloqueciéndole de nuevo, y murmuró con desdén:

—Eso no pasará de ser... casi una broma, humillaré a esa muchacha un poco, y luego... todo el mal consiste en que crea que luego se les resarce con dinero; son pobres y se darán por muy satisfechos.

Y... ¡pchs!, no es el suyo un nombre esclarecido ni ilustre que pueda perder... Sobre todo, en diciendo luego que fué un error... porque yo lo diré... sí lo diré; adelante, la casualidad lo ha hecho; saquemos producto de esta casualidad.

XV

El joven, libre con estos pensamientos de toda duda, de toda vacilación, se dirigió en busca de su madre, que en aquel instante daba su paseo cotidiano por los hermosos jardines de la quinta.

Fernando la saludó con una de sus más agradables sonrisas.

Luego, empezando por halagarla para hacerse creer, ponderó las bellezas de aquella mansión y el placer que le causaba pasar en ella algunos días.

—¡Oh! sí, esta casa es muy hermosa—respondió la duquesa, que había heredado de sus mayores aquella magnífica propiedad y que la amaba más, porque la había habitado cuando niña—; es hermosa, y cada día lo estará más, porque pienso hacer en ella algunas innovaciones.

—¿Ahora?

—Sí; D. Diego me ha manifestado su opinión, y...

—Está usted segura de la honradez de ese hombre?—preguntó Fernando de una manera brusca e inesperada.

—Sí, hijo mío—se apresuró a contestar la anciana.

El joven calló por un instante, excitando así la curiosidad que había sabido despertar con un movimiento calculado.

—¿Por qué me haces semejante pregunta?—dijo la duquesa, que había aguardado en vano una palabra de Fernando.

—Yo... por nada—murmuró éste afectando indiferencia.

—Y luego añadió:

—Ese hombre tendría sin duda algunos bienes, contaría con algunos recursos propios antes de venir aquí.

—Por el contrario, estaba pobre, muy pobre, casi en la miseria, cuando le hice venir aquí, y me doy la enhorabuena de haberle otorgado este puesto, que le da una posición modesta, pero tranquila al menos.

—¡Oh!, pues si es tan pobre como dices, su conducta es altamente generosa, porque...

Fernando se detuvo de nuevo.

—¿Por qué?—preguntó la duquesa impaciente.

—Porque no se concibe que sin grandes recursos se hagan limosnas considerables.

—¡Limosnas considerables!

—O dádivas de alguna entidad; llámale como quieras.

—¿Pero D. Diego?...

—Yo sé que hace algunas.

—Explícate.

—Hace algunos días, sin ir más lejos, que entregó a una pobre mujer, a una pordiosera casi, cuatro mil reales, que ésta agradeció sobremanera, proponiendo pagárselos en bendiciones.

—¡Cuatro mil reales!

—Ni más ni menos.

—Eso significa casi la tercera parte de su sueldo anual.

—Pues con dos o tres limosnas de esas, no sé dónde irá a parar, y por eso te decía que tu administrador debe contar con recursos particulares.

XVI

La duquesa quedó pensativa.

Las frases de Fernando daban el resultado que éste se había prometido.

El primer germen de la sospecha estaba arrojado en el alma de la severa dama, y no tardaría en dar sus frutos.

Sin responder nada a su hijo, ni dar al parecer valor a sus palabras, se informó en secreto para saber si eran verdad aquellas referidas prodigalidades.

La gratitud inocente había secundado a los planes de la infame calumnia.

Todo el mundo en aquellas cercanías sabía ya la caridad de Regina y su abuelo. Susana, la madre agradecida, había querido que cuantos la conociesen les bendijeran con ella.

Antes, pues, de emprender su marcha, había dicho públicamente el favor recibido, ponderando con toda la efusión de un alma agradecida aquella dádiva inesperada.

La duquesa no encontró dificultad alguna cuando quiso indagarlo.

—¡Oh!—se dijo con asombro—¡era verdad! ¡Y quién sabe hasta dónde llegarán las prodigalidades de ese hombre! Y él sólo cuenta con su sueldo; ninguno da lo que él mismo y para sí necesita, esto es claro; ¿de dónde, pues, saca ese dinero?

Como hemos dicho ya, la duquesa no podía tolerar la idea de una falta, y una vez admitida la duda, quiso llegar en breve hasta el fin.

Su administrador general recibió una carta mandándolo llamar con toda premura.

D. Diego debía rendirle cuentas, y de este modo ella podía saber a qué atenerse.

Fernando entre tanto se regocijaba de su acción.

Dos días después recibió contestación de su apoderado; éste debía llegar veinticuatro horas después.

XVII

La duquesa hizo que se presentara D. Diego, y le anunció la venida de aquel hombre, manifestándole al par que, según las costumbres establecidas en la casa, debía rendirle las cuentas y entregarle los fondos en el corto tiempo de su estancia allí.

El anciano al oir esta noticia se turbó de un modo tan visible, que la gran señora convirtió su sospecha en creencia.

Le vió temblar, le vió palidecer y no hallar una sola frase que responderla.

—¡Este hombre me ha engañado!—murmuró para sí, mientras le miraba de un modo fijo y tenaz—Este hombre por quien he hecho tanto bien, se burla de mí, abusa de mi confianza. ¡Oh! no se lo perdonaré nunca, nunca!

Y desde aquel momento fué objeto de su enojo y de su desprecio, aquel que antes mirara como un modelo de lealtad.

Montellano salió de la estancia sin saber siquiera dónde estaba, y dando para motivar su agitación uno de esos pretextos que no hacen más que perjudicar al que los da.

Estaba aterrado, y esto quitaba la claridad a su juicio y la seguridad a su palabra.

¡Es tan duro emplear la mentira para una persona delicada y recta!

¡Es tan triste tener que faltar a sus compromisos al que siempre ha cumplido con su deber!

D. Diego en medio de todo bendijo a la suerte, que le daba aquella noticia con un día de anticipación.

XVIII

¡Oh!, es que esperaba que en aquellas 24 horas le sería posible remediarlo todo.

Tenía amigos, conocidos, a quienes él a su vez había favorecido, y cualquiera de ellos podría sacarle de aquel apuro.

Pediría la cantidad que necesitaba, poniendo un plazo para devolverla.

Sí: esto era lo más fácil, lo más sencillo; esto era lo que debía hacer.

¡Pobre anciano, pobre hombre, que tenía tanta fe en los demás; que aún no dudaba de la amistad!

¡Pobre alma, pobre corazón noble y generoso, que juzgaba a los demás hombres por sus propios sentimientos; cuán poco iban a durarle sus ilusiones, cuán amargo iba a ser su desengaño!

D. Diego halló cerradas todas las puertas; ni una sola de las personas con quienes contaba le quiso favorecer.

Unos alegaron falta de medios, otros necesidades apremiantes, aquéllos dudas, éstos vacilación.

En aquellas excursiones invirtió las horas de todo el día.

Cuando volvió a su casa venía desesperado y delirante.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo entregar aquellas cuentas? ¿Cómo decir la verdad?

El desgraciado se aturdía cada vez más, y cada vez le parecía mayor la falta que iban a encontrar.

Y el tiempo pasaba, y ya era de día, y pronto iba a llegar aquel hombre que significaba para él un inflexible juez.

El sol disipó las sombras de la noche, sin disipar las que rodeaban la mente del infeliz.

Todos los ruidos, tan conocidos para él, de aquella casa, llegaron a su oído, mas sin sacarle de su abatimiento.

Encerrado en su despacho había pasado la noche entera, no meditando ni formando cálculos, sino sufriendo y esperando.

Regina lo había visto de aquel modo, pero no se había atrevido a preguntarle.

El ruido de un carruaje que penetraba en el patio de la quinta, hizo redoblar los latidos de su corazón y temblar sus pálidos labios.

¡Oh! allí estaba el que le iba a juzgar!

Otro hombre cualquiera, más joven, menos recto, más enérgico, hubiera hecho frente a la situación sin aturdirse de aquel modo.

Pero Montellano era muy viejo, no había faltado nunca a su deber, a sus compromisos, a sus palabras, y veía un abismo donde sólo hubiera hallado un pequeño obstáculo muy posible de allanar.

La cantidad tampoco era considerable, pero todo es mucho para el que se encuentra tan exhausto de recursos.

XIX

El apoderado de la duquesa pasó algún tiempo con ésta.

Estas horas fueron un suplicio sin nombre para Montellano, que no sabía si alejarse, si ir él mismo a decir la verdad, o si buscar un pretexto para dilatar su entrevista con el Sr. Eloy Jourdán, administrador general y apoderado de la casa.

El tiempo pasaba en estas dolorosas incertidumbres, y D. Diego, con la cabeza oculta entre las manos, dejaba correr el tiempo, y pasar las horas sin darse cuenta de las que transcurrían.

CAPÍTULO XI

I

Regina, ignorante de todo esto, había asomado dos o tres veces su preciosa cabeza a la puerta del despacho, y con su voz dulce había preguntado a su abuelo si quería alguna cosa.

Era ya tarde; el pobre anciano ni aún había comido el día anterior.

Un no, perceptible apenas, había sido siempre la respuesta que obtenía la pobre niña, que inquieta en un principio empezaba ya a desesperarse con aquel silencio y aquella abstracción.

¿Qué tenía el anciano?

¿Qué motivaba aquel dolor?

Regina se preguntó angustiada si ella sería la causa de aquel pesar, si Montellano habría sorprendido la persecución de que era objeto por parte del joven duque.

Esto no era posible.

La joven lo había ocultado mucho de todos, y ni una frase de temor, ni una palabra de recelo se había escapado de sus labios.

Separando esta idea de su pensamiento, aún quedaba la de si ella, por otro concepto cualquiera, le habría ocasionado un disgusto.

La pobre niña repasó su memoria, recordó todas sus acciones, por si con alguna de ellas le habría ofendido o enojado.

¡Oh! ¡Nada halló!

Su amor a Carlos era tan puro, su alma tan cándida, que nada tenía que reprocharse.

II

La duquesa entre tanto, y una vez terminada su conferencia con Jourdán, hizo anunciar a D. Diego que necesitaba verle. Estas sencillas palabras tan esperadas, causaron sin embargo al anciano una terrible impresión.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero quedó inmóvil en su sillón.

Sin fuerzas, paralizado por completo, parecía uno de esos autómatas a quien mueve un oculto resorte.

Regina, que había sido la encargada de trasmitir aquel recado, aterrada por el aspecto de su abuelo, se sentó a la puerta del despacho, y sin atreverse a entrar ni a hacer nuevas preguntas, derramó silenciosas lágrimas, en las cuales estallaba el dolor de su corazón.

La duquesa esperaba impaciente a Montellano.

Aquella tardanza la exasperaba.

A cada instante acrecían sus dudas con respecto a aquel a quien había creido un hombre de honor, y aguardaba con impaciencia febril la aclaración de aquel problema, pues su misma sospecha la hacía daño.

Exacta en el cumplimiento de sus deberes para con los demás, no podía sufrir que se la faltase en nada, y era poco tolerante, porque jamás había tenido que demandar tolerancia a nadie.

Virtud árida y sin encantos, y que como un sol sin brillo no podía iluminar ni prestar un destello de luz.

Dios la había rodeado de bienes, la había concedido una posición y una voluntad independientes, y nada comprendía de las penalidades y sinsabores de la vida.

No sabía ¡ay! que las circunstancias suelen ser superiores a nuestros propósitos, y que nuestros mejores deseos se suelen estrellar contra nuestra impotencia.

III

En una disposición de ánimo en que se mezclaba la cólera y la impaciencia, aguardaba, pues, a D. Diego, cuya tardanza era para ella un motivo de enojo.

Aquella mujer no concebía que nadie pudiera hacerla esperar.

Nerviosa, contrariada, había ya preguntado a varios criados de la quinta por D. Diego, pero ninguno le había visto desde la tarde anterior.

No pudiendo dominar su disgusto, levantose al fin, y dirigiéndose a Jourdán.

—Espere usted aquí,—dijo.

Y salió de la habitación, encaminándose resueltamente al departamento que ocupaba Montellano.

Sin anunciarse, sin detenerse a nada, entró en la primera habitación de las que componían aquella estancia.

Pero entonces quedó inmóvil y muda, porque allí, sentada en el dintel de la puerta que daba entrada al despacho del anciano, encontró a Regina pálida y llorosa, que ni osaba penetrar dentro, ni se atrevía a separarse de allí.

—¿Y su padre de usted?—preguntó a la niña con sequedad, confirmándose al verla en sus anteriores creencias.

—¡Ay, señora; ahí está—respondió Regina temblando.

—Extraño mucho que se halle aún aquí, cuando yo le estaba esperando.

—No ha salido en toda la mañana—murmuró Regina—; yo temo que se encuentre enfermo, porque...

La joven guardó silencio al notar el aspecto de su bienhechora, y al fin balbuceó con emoción:

—Desde ayer está otro; no ha comido, no ha dormido tampoco... ¡Oh, señora; yo no puedo vivir así, esta incertidumbre me mata.

—Tenga usted la bondad de anunciarme—exclamó la duquesa sin contestar a las palabras de la niña—; tenga usted la bondad de decirle que estoy aquí, que yo misma he venido, que quiero verle.

IV

Y mientras Regina cumplía temblando su cometido, aquella mujer murmuraba para sí:

—Sin duda por eso tardaba, para obligarme a venir; conoce mi carácter y me esperaba; por eso estaba esa niña aquí; preparaban una comedia ridícula. ¡Oh! se engañan, se engañan, si piensan abusar así.

Y prevenida, según ella, contra toda ficción, penetró junto a Montellano, cuando Regina, abriendo de par en par la puerta, le rogó que pasase adelante.

Si la duquesa no hubiera estado predispuesta tan desfavorablemente en contra de aquel infeliz, sin duda se hubiera movido a piedad, al mirar el cuadro que se ofrecía ante su vista.

El anciano, de pie, apoyado en la mesa se sostenía con dificultad, y apenas podía dominar el temblor que le agitaba.

En su rostro, pálido y demudado, se notaba una gran contracción y un abatimiento profundo.

La niña a su lado estaba blanca como el mármol y desfigurada también.

Al entrar había oído decir a su abuelo «estoy perdido», y esta palabra la había trastornado, aunque sin alcanzar a revelarla toda la verdad.

La duquesa les miró a los dos friamente, y dijo con tono severo:

—¿No sabía usted que le había mandado buscar?

—¡Oh! perdone usted. Es, señora; mas...

—Comprendo que va usted a disculparse, pero es inútil; sólo le ruego no se detenga.

Mi apoderado general nos espera, ya le anuncié a usted su venida para hoy; vamos.

D. Diego nada contestó.

El infeliz no sabía dónde se hallaba.

—Abreviemos tiempo, sígame usted.

V

El anciano, cuya vista se oscurecía, vaciló algunos instantes, y luego dijo con voz alterada:

—Antes quisiera decir a V. E. una cosa, y rogarla que me perdone.

—¡Ah!—exclamó la noble dama con una sonrisa equívoca—¿necesita usted que le perdone?

—¡Oh! sí; yo hubiera querido... pero...

—¿Y cuál es la falta de que se acusa?

—Es... es la de haberme atrevido a disponer de una corta cantidad que no era mía, contando, créame V. E., con que podría devolverla a la caja antes que...

La duquesa sintió que una llamarada de cólera encendía su semblante.

Se había abusado de su bondad, y ahora se la quería engañar con una farsa estudiada.

Su enojo no tuvo límites.

No quiso, pues, escuchar más.

No quiso dejar a Montellano que se disculpara, y se dispuso a salir de la estancia.

Regina, que lo comprendió todo, cayó a sus pies, cruzó las manos en ademán suplicante; pero no pudo decir una sola frase. La pobre niña se ahogaba.

La duquesa la miró con desdén; pensó, sin duda, que sólo quería secundar los planes de su abuelo.

—Yo creí—murmuró, deteniéndose y mirando fijamente a don Diego—, yo creí que cuando le tendí mi mano, cuando le saqué de la miseria, protegía a un caballero, a un hombre incapaz de una acción censurable.

—¡Señora!

—Cuando le abrí esta casa, usted mismo me dijo mil veces que con el sueldo que le había designado tenía bastante para vivir. ¿Cómo, pues, encontrar a su conducta explicación ahora?

—¡Oh! si V. E. me oyera...

—No, nada quiero saber ya; me basta comprender que me he engañado, y como mis beneficios han recaído sobre un ingrato, ninguna consideración me detendrá para obrar según mis derechos.

VI

Y sin detenerse más salió de aquella casa, donde acababa de sembrar la más horrible desesperación.

Montellano y Regina quedaron anonadados.

¿Cómo disculparse si no se les quería oir, y cómo justificarse si no se escuchaban sus palabras?

D. Diego había cifrado en esto su única esperanza, porque la duquesa era buena y él confiaba en que tendría piedad de su angustia y no le retiraría su confianza.

La madre de Fernando había vuelto a sus habitaciones, y una vez convencida de la culpabilidad del anciano, contó al señor de Jourdán todo aquel asunto.

—Vaya usted—le dijo—, entiéndase con ese hombre y que salga de casa lo más pronto posible; ha faltado a su deber y lo haría cien veces si le dejase a mi lado.

—Pero... ¿ha pensado V. E...?

—Ya sabe usted que soy inflexible con los que son ingratos para mí; he tendido mi mano a Montellano, le he colmado de favores, y en cambio...

—Es que si fuera...

—No hablemos más de eso. Si necesitaba alguna cosa debió pedírmela, debió venir, yo le hubiera atendido. ¡Oh!, mire usted cómo no lo ha hecho, mire usted cómo ha callado hasta que no ha podido fingir por más tiempo. Vaya usted, vaya usted y vea en el estado en que están las cuentas, y sobre todo que salga de mi casa.

VII

El señor de Jourdán conocía el carácter de su señora y no se atrevió a insistir más.

Tomó su sombrero y se dirigió en busca de D. Diego.

Cuando éste le vió entrar, tuvo un momento de valor y se lo confió todo.

¡Todo! La opresión de su alma al ver una madre afligida; su dolor al ver un niño moribundo; su impremeditado impulso de salvarle; el dinero entregado... todo.

D. Anselmo se conmovió con aquel relato, estrechó la mano del anciano y sintió su pupila empañada por una lagrima.

Adivinó que allí no había nada que reprochar, sino mucho que admirar; comprendió que él en igual caso hubiera obrado lo mismo, y al ver que la cantidad de que se trataba era tan corta, tuvo esperanza de hacer ceder a la duquesa.

—Vamos—dijo—, ordenémoslo todo, pongamos al corriente las demás cuentas, y yo confío en que esto se arreglará. La señora está equivocada; sin duda ella cree otra cosa, y yo me encargo de deshacer su error.

Y los dos unidos procedieron al examen de los libros de caja.

Por desgracia, al terminar aquélla operación encontraron un desfalco de seis mil duros, a más de la suma que había confesado don Diego.

—¡Oh!—murmuraba éste aterrado,—volvamos a empezar; esto es imposible.

El examen se repitió, pero siempre con el mismo resultado.

El infeliz se volvía loco.

La turbación que ya antes dominaba su espíritu llegó a su colmo en aquel momento, y puede decirse que desde entonces ni supo lo que se hacía, ni tuvo idea segura.

Anonadado bajo el golpe, no supo buscar el punto de donde partía.

Sintió el dolor, pero no tuvo fuerza para soportarlo, ni trató siquiera de combatirle.

La pobre niña tampoco podía prestárselas.

¿Qué sabía ella de las cosas de la vida?

Sólo había aprendido a ser buena, a amar y a obedecer; ¿cómo, pues, podía hacer frente a la desgracia?

El fuerte roble puede resistir el embate de la tempestad; el lirio del valle cae sin vida a las primeras gotas de la lluvia, al primer soplo del vendaval.

VIII

¡Oh! si Fernando hubiera podido mirar aquel cuadro, quizá se hubiera arrepentido de su acción y desistido de llevarla a cabo. Pero el opulento señor no se hallaba aquel día en la quinta.

Se ocupaba en hacer los honores de una brillante partida de caza, para la cual había invitado a varios hacendados de los contornos.

De este modo invertía el tiempo para que se le hiciese menos pesado, mientras esperaba el resultado de su plan.

Regina y su abuelo no habían pensado ni aun soñado por un instante que aquel golpe partía de Fernando.

¡Cómo juzgarle tan infame!

Hay hechos que no caben en el pensamiento de las personas honradas.

El resto de aquel día se pasó en cuentas, en cálculos, en guarismos.

Todo fué inútil: ¡la falta no se subsanaba! D. Diego no recordó ni por un momento el recibo que le faltaba.

El señor de Jourdan estaba consternado, compadecido de aquel infeliz, pero nada podía intentar en su bien.

—Quizá el interceder por él, le hubiera hecho perder la gracia de la duquesa.

—¿Qué hacer?—preguntó a Montellano, al ver que las horas pasaban y que él debía dar cuenta de su misión.

—¡Ay! no sé,—contestó éste con acento apagado.

—¿Tiene usted medios para cubrir la falta?

—¿Si los tuviera, me vería usted sufrir así?

—¿Y amigos...?

Una sonrisa tan amarga como dolorosa se dibujó en los labios de D. Diego.

—Si he buscado en vano lo que yo había tomado, ¿cómo he de encontrar cantidad mayor?

—Entonces... la señora me espera... ¿qué la diré?

—Dígale usted la verdad. Que ignoro de qué modo ha sucedido esto, que no sé... que no puedo saber...

—Pero...

—¡Que haga de mí lo que quiera! Nada tengo, con nada cuento; al salir de esta casa tendré que mendigar el pan, porque soy muy viejo y además, ¡he perdido aquí mi único tesoro: he perdido mi honra!

D. Anselmo, aunque contrariado, tuvo que cumplir su deber.

IX

Como quería el anciano, dijo toda la verdad.

Cuando la duquesa oyó estas palabras, su indignación subió de punto.

Creyó que aquel dinero que faltaba no había podido salir de las manos de D. Diego, el cual se escudaba con su pobreza para estafarla de aquel modo.

«Con nada cuento», había dicho.

La duquesa creyó que con aquellas palabras sólo trataba de asegurar su impunidad.

Esta idea la exasperaba.

Ordenó que aquella misma noche no durmieran ya en la quinta, y no contenta con esto, ella que era rica de caudal, de honra, de consideración social, de todo, quiso vengarse de aquel desgraciado, arrebatándole su única riqueza, su solo bien, ¡su honor!

¡Oh! el golpe era certero.

Fernando mismo no había pensado que su madre fuera tan lejos.

Por expreso deseo de la duquesa, la justicia intervino en aquel asunto.

La señora duquesa presentó su queja, y D. Diego fué detenido, fué conducido a una prisión.

El juez se hubiera contentado con una fianza, porque aquel venerable anciano le inspiraba lástima y respeto; pero ¡ay! que en la aldea casi todos dependían de la noble señora, casi todos eran sus arrendatarios o sus servidores, y ninguno quiso dársela por no exponerse a su enojo.

Además, algunos empezaban ya a creer en la culpa de D. Diego; los que más, ponían en duda su honra.

¡Oh! la difamación es una semilla que muy pronto da sus frutos.

X

Montellano y Regina salieron, pues, de aquella morada que les había dado asilo, sin querer llevar nada de cuanto poseían, sin recursos, sin abrigo y sin pan, él para la cárcel, ella para la casa de la buena Susana, única persona que la ofreció su pobre hogar.

En medio de su dolor, el abuelo de Regina entrevía un consuelo, experimentaba alguna esperanza, si no para él, al menos para la pobre niña, cuyo porvenir creía asegurado.

Sí, y debía estarlo.

¿No le quedaba Carlos?

¿No le amaba también la familia de éste, y tenía concertada su unión?

Es cierto que el joven no había podido defenderlo, porque se hallaba en un pueblecito cercano y estaba ignorante de aquella desgracia tan rápida como inesperada.

Pero debía volver muy pronto, quizá en aquel mismo día.

—¡Oh! él vendrá—se decía el anciano—; él estará persuadido de mi inocencia y no dudará de mi honradez. Él vendrá a tomar mi defensa y a ofrecer a Regina un asilo seguro en el hogar de sus mayores. Ahora él sin duda apresurará la boda, dándome así un público testimonio de su respeto y un mentís a la calumnia.

Estos pensamientos derramaban en el corazón de D. Diego algunas gotas de bálsamo.

Pero ¡ay del pobre y confiado anciano! ¡Ay de la pobre niña sin ventura! ¡Ay de aquel porvenir tranquilo y risueño!

El soplo de la difamación había marchitado sus flores; la infamia de un libertino lo había destruído para siempre.

El padre de Carlos supo como todo el mundo que D. Diego estaba preso, a disposición de los tribunales, acusado de malversador de bienes que no eran suyos, de estafa, de robo, y aquel hombre, celoso guardián de su honra, esclavo de su estimación y su decoro, no sólo debía oponerse a la unión de los jóvenes, sino a que éstos siguieran viéndose hasta que todo se esclareciese, hasta que quedara limpio y sin mancha el nombre de la que iba a llamarse hija suya.

XI

Carlos volvió en efecto aquel día; venía como siempre lleno de amor, lleno de ilusiones; pero ¡qué decepción tan horrorosa le aguardaba en los sitios en que creía encontrar su dicha y su vida!

Montellano preso y calumniado; Regina pobre y sin hogar y desesperada.

¡Oh! Carlos no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Aterrado, con el semblante lívido y el corazón hecho pedazos, oyó de boca del autor de sus días la orden de no ver más a Regina mientras durase la prisión de D. Diego y el esclarecimiento de su inocencia.

Carlos suplicó a su padre que revocara aquella orden.

Más aún; como amaba a Regina con toda su alma, como hubiera dado su existencia por apartar la desgracia de aquella cabeza adorada; como la infeliz niña había quedado desamparada y sola, el noble joven con toda la energía de su gran corazón, impetró el permiso para darla su nombre.

Su petición fué oida con enojo y asombro.

El anciano Zurbarán, inflexible y severo en puntos de honor, rechazó a su hijo, apostrofándole con dureza.

La dulce y buena D.ª María, madre de Carlos, no se atrevió a interceder por él, y se limitó a llorar a su lado.

¡Oh! Lo que pasó en el corazón del joven es imposible describirlo.

Era buen hijo; pero amaba tanto a la pobre niña con quien había soñado partir la existencia!

En la lucha entre su obediencia y su amor, su alma se destrozó y se transtornó su mente.

Hubo quejas, hubo lágrimas, hubo escenas violentas... se turbó la paz de aquella familia; el pobre Carlos, que comprendía la injusticia de aquella resolución, por primera vez tuvo ideas de rebelión y de desobediencia.

XII

No pudiendo alcanzar nada de sus padres, y resuelto a cumplir la palabra que había empeñado a Regina, se dirigió resueltamente a la casa donde ésta se hallaba recogida por caridad, y le expuso hábilmente la situación, solicitando de ella que aceptara la mano que él la venía a ofrecer.

La niña le escucho derramando lágrimas.

Pero era digna en medio de su desgracia, y no quiso admitir lo que el padre de Carlos rechazaba.

—Separémosnos,—le dijo—obedece al autor de tus días. Yo jamás entraré en una familia que me desdeña, que se avergüenza de mí. Te amaré siempre, siempre; serás el único ser que tenga cabida en mi corazón; tu nombre se mezclará en mis oraciones, y tu recuerdo con mis perdidos sueños de niña; pero vete y no vuelvas, porque no quiero hacerte partícipe del borrón que hoy mancha mi frente.

Carlos rogó también en vano allí; en vano habló de su ternura, de sus tormentos, de la desesperación que iba a llenar su vida!

Regina supo resistir. ¡Ay! era que no quería hacer la desgracia de su amante, que no quería verle aborrecido y desamparado de los suyos, y el exceso de su cariño supo ayudar a su dignidad.

XIII

El joven salió de aquella casa más enamorado que nunca, pero más delirante, más desesperado, más furioso también.

Se dirigió al juez que entendía en la causa de Montellano y le rogó que le dijese toda la verdad.

El digno magistrado cedió a sus deseos y nada le ocultó.

La situación era demasiado clara y terrible.

El déficit estaba probado con documentos auténticos.

Allí estaban las cantidades recibidas, las entregadas... ¡Allí estaba la falta!

¿Cómo se iba a vindicar?

Podría haber en aquello una desgracia, una equivocación, pero la justicia no debe fallar sino en vista de los hechos.

Aquellos seis mil duros debían reponerse en la caja o pagarlos con la prisión.

¡Oh! Si Carlos hubiera podido vender su sangre por aquel precio!

Si hubiese podido liquidar aquella cuenta con su vida hora por hora, con su porvenir día por día!

Pero esto era imposible.

¿Dónde encontrar aquella suma?

Además, no era ya sólo dinero lo que había que buscar: era honra.

La de D. Diego estaba manchada, y la honra es una tela tan delicada y brillante, que si se ensucia una vez, aunque se lave y quede blanca, pierde su brillo para siempre.

XIV

Carlos lo comprendió así.

Vió que era insuperable el obstáculo que se oponía a su dicha, y la vida fué ya sólo una terrible carga para él.

Hay algunas almas tan leales, que no pueden tener en este mundo más que un solo amor, una sola fe, un solo pensamiento.

La de Carlos era una de ellas.

Siéndole imposible vencer la resistencia de su padre, siéndole imposible hacer que Regina olvidase su dignidad, le fué imposible también permanecer en aquellos sitios, donde a cada paso le dirigían preguntas inconsideradas y necias, donde a cada paso querían sondear la herida de su corazón, donde a cada paso y a todas horas tenía que verse precisado a escuchar palabras de cruel censura o de humillante compasión.

Un día su madre, su madre que era la única que le compadecía y le consolaba, le vió salir de su casa, y sin saber por qué, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas al mirarle desaparecer lentamente tras los árboles que sombreaban su morada.

Aquellas lágrimas encerraban una amarga predicción, porque el corazón de una madre no se engaña nunca.

Llegó la noche y Carlos no había vuelto aún.

Y amaneció al siguiente día y su lecho estaba intacto y vacío el sillón que ocupaba junto al hogar y vacío el sitio que ocupaba junto a la mesa.

D.ª María se sintió morir de angustia y dolor.

Sin embargo, no se atrevió a quejarse.

La severidad de su esposo contuvo las frases en su boca, las lágrimas en su pecho.

En cuanto al señor de Zurbarán, lo comprendió todo.

Su corazón de padre se estremeció, comprendió que había perdido a su hijo quizá para siempre; pero hubiera creido una debilidad

manifestar su inmensa pena, y calló también sin que a sus labios asomara una sola vez el nombre de Carlos.

—Ha sido un ingrato,—dijo;—y a los ingratos se les olvida; no hablemos jamás de él.

XV

Desde aquel día el hogar de Zurbarán se convirtió en una tumba.

Los dos esposos tristes y sombríos evitaban el estar juntos, evitaban el hablar, evitaban el fijar sus ojos uno en el otro.

¡Ay!, aquellas almas se habían concentrado en sí mismas sin expansión, sin dicha.

Carlos era el dulcísimo lazo que los unía, y Carlos no se encontraba ya entre ambos, había partido desesperado y llevando la muerte en el alma.

Nadie en el pequeño pueblo pudo dar noticias del joven, ni supo su paradero.

CAPÍTULO XII

El fruto de una infamia.

I

Cuando Regina supo la partida de Carlos, sintió una herida terrible enmedio del corazón.

Como estaba sola, como no tenía una madre, como Montellano no estaba allí, calló de rodillas ante una imagen de la Virgen, y derramó a sus pies un raudal de lágrimas.

Comprendió que su pena no tenía remedio, y resolvió ocultarla en el fondo de su corazón; pero ¡ay! que allí encerraba también un principio de muerte, de consunción o de locura.

II

Fernando, a la vuelta de su partida de placer, encontró las cosas tal como las acabamos de referir.

D. Diego preso, Regina sin amparo y la duquesa creyéndose ofendida y lastimada en sus intereses.

El joven acaso no había pensado en ir tan lejos.

Quería sólo asustar a la niña; al menos así se lo había dicho a sí mismo, contestando a la voz de su conciencia.

Pero los hechos habían tomado otro giro; él no había podido evitarlo... ¿qué hacer ya, sino aprovecharse de aquellas favorables circunstancias?

¡Oh! él estaba en su derecho.

Además se proponía remediarlo y así quedaba tranquilo.

Todo consistía en demorarlo por algunos días más.

—Ahora veremos si esa muchacha se desdeña como hasta aquí de escuchar mis palabras—dijo—; ahora veremos si huye de mi presencia, cuando la dé esperanzas de sacar de la prisión a su abuelo. Yo la diré que emplearé mi influencia, que tengo medios... en fin, creo que esto bastará para que me reciba bien.

Y después de informarse de la casa en que se hallaba la joven, se dirigió a ella sin vacilar.

III

En un pobre y tristísimo aposento se encontraba Regina, tan demudada y pálida que casi costaba trabajo reconocerla.

Susana estaba a su lado prestándola sus consuelos.

La desgraciada había sabido que su pobre abuelo se encontraba enfermo, muy enfermo, y que acaso iba a morir sin el consuelo de tenerla a su lado!

¡Oh! Los muros de una sombría cárcel encierran la muerte para un hombre honrado; el aire de una prisión puede matar muy pronto a un anciano!

D. Diego no había podido resistir aquellas horas de amargura.

La prueba había sido demasiado ruda para él, y a los cuatro días de ansiedad, de humillación y de pena, había caído bajo el peso de tanto mal, presa de una terrible fiebre cerebral, acrecentada por la falta de cuidados y de asistencia en los primeros instantes de la invasión.

Uno o dos días estuvo acurrucado en su pobre lecho, sin tomar alimento ni medicinas, sin hablar ni quejarse.

Los que así le vieron, juzgaron que aquello era efecto de los remordimientos o la vergüenza; creyeron que pasado algún tiempo se acostumbraría a su suerte, que su estado no ofrecía cuidado alguno, que no tendría consecuencias... ¡Ay! era viejo, pobre, acusado... ¿cómo habían de apercibirse de su mal?

Pero cuando la buena Susana, aquella infeliz mujer tan pobre como agradecida, le había visto aquel día y le había encontrado en aquel estado, comprendió que D. Diego estaba grave, y así se lo manifestó a Regina, aunque sin tener el valor suficiente de decirle toda la verdad.

En aquella situación la encontró Fernando.

En su alma, ofuscada por el vicio y la corrupción, brilló un relámpago de luz.

El libertino se asombró de su obra.

Todas las frases galantes, todas las villanas promesas que había ido a hacer a aquella casa, quedaron sin salir de su boca olvidadas en su memoria.

El noble señor estaba turbado y confuso ante la pobre niña sin amparo ni porvenir.

IV

El joven duque abandonó la casa de Susana, sin haber ofrecido nada, pero dispuesto a realizarlo todo.

No sabía cómo remediar el mal que causara, sin publicar la infamia que había cometido.

Un resto de orgullo sellaba sus labios y detenía su palabra; porque en verdad, ¿cómo decir que él había guardado aquel recibo de seis mil duros, causa de tantos males?

Fernando se decidió al cabo a decir algo.

Ese algo consistía en recordar que D. Diego había entregado aquella suma a su ayuda de cámara, y en declararlo así, auxiliado también por el aserto del criado.

Después, y valiéndose del misterio y de la reserva que le era fácil usar en su propia casa, colocó aquel recibo entre los demás papeles

hallados en el despacho de D. Diego, y todo pasó por un olvido, por un extravío... por todo, menos por lo que era una realidad; porque, ¿quién había de pensar que era Fernando quien había sustraído aquel papel, quién había de pensar que era él quien le había ocultado?

¡Oh, nadie!

Esto no hubiera sido creido.

Esto no tenía razón de ser.

V

La orden de excarcelación de D. Diego fué dictada en el momento.

La duquesa se avergonzó de sus sospechas, se convenció de la honradez de aquel anciano, pero era tarde para remediar el mal.

Fernando se presentó a Regina como el salvador de su abuelo, y la joven bendijo su bondad con toda el alma.

Pero como hemos dicho, era muy tarde ya.

El anciano apenas comprendió lo que le decían, apenas oyó que podía salir de aquella prisión.

La niña había corrido junto a él; Susana les había ofrecido su pobre lecho.

Fernando en nombre de su madre les brindó con volver a la quinta.

Regina sólo aceptó para su abuelo la hospitalidad que había aceptado para sí, y casi en brazos de las dos mujeres D. Diego penetró en la humilde habitación que la santa caridad de una madre le daba en aquel instante.

VI

El anciano no conocía a nadie, la fiebre se había declarado con una violencia tan espantosa, que le tenía en un estado de inercia y aplanamiento completo.

En vano Regina le llamó con los nombres más dulces, en vano besaba sus blancos cabellos con delirante ternura.

El infeliz no pagaba aquellas caricias ni respondía a aquel acento.

La joven enmedio de su afán, corrió hacia Susana, y arrojándose en sus brazos le dijo:

—No tengo a nadie en el mundo más que a este anciano y le voy a perder. ¡Oh! yo no quiero que muera sin auxilios, sin amparo, esto sería horrible ¿no es verdad? ¡Sería un crimen!

Y sin darse cuenta de lo que hacía, pálida, desencajada, loca, salió a la calle, sola, vacilante, y corrió a casa del médico, a cuyos pies se arrojó gritando:

—Por compasión, por caridad siquiera, venga usted conmigo a salvar a mi pobre padre; sálvele usted por Dios.

En el semblante de Regina había tal espanto, en su mirada tal extravío, que el doctor se compadeció de ella y dándole su brazo, pues apenas podía sostenerse en pie.

—Vamos, hija mía,—la dijo,—vamos al punto; pero cálmese usted; el verla así me hace daño.

La joven miró a aquel hombre con suprema expresión de amargura, y exclamó:

—¡Que me calme y mi padre se muere!

—Quién sabe,—respondió el doctor—quién sabe; la ciencia tiene recursos, y podremos salvarle; vamos.

Un instante después, ambos entraban en la estancia de D. Diego.

El médico le examinó detenidamente; tocó su pulso, preguntó, observó todos los síntomas, y viendo fija en él la angustiosa mirada de la niña, no dijo, como antes de llegar, «la ciencia tiene recursos, y podremos salvarle», sólo murmuró:

—La misericordia de Dios es grande y puede hacer un milagro:

Regina comprendió toda la terrible elocuencia de estas palabras, y cayó de rodillas, cruzando las manos con ademán desesperado.

El médico nada podía hacer.

Era, pues, preciso que el hombre de la ciencia dejara su puesto al hombre de Dios.

El buen cura de la aldea, un sabio y misericordioso anciano tan virtuoso como humilde, fué el encargado de prestar los últimos auxilios a D. Diego, y los únicos consuelos a Regina.

Dios quiso conceder al moribundo el solo bien que podía esperar en la tierra, y le otorgó un momento de razón para purificar su alma y recibir su visita.

Al día siguiente de haberse abierto para D. Diego la prisión, las campanas de la aldea repicaban lentamente, y algunos aldeanos con velas encendidas en las manos esperaban a la puerta de la iglesia para acompañar a Aquel que acude al llamamiento del alma atribulada, y que deja su santuario para penetrar en la cabaña del pobre o en el palacio del poderoso.

VII

Aquel anciano cuya existencia se había dividido entre el trabajo y la virtud, sintió una santa alegría al ver a su Dios cerca de sí.

El dueño de mundos y cielos estaba allí.

No juzgaba como los hombres por vanas apariencias; sabía leer en su conciencia y le hallaba justo y honrado.

Además, aun siendo culpable de las faltas de que le habían acusado, El le hubiera dado un cielo, por una lágrima de arrepentimiento, por un suspiro de contrición.

Si D. Diego no hubiera visto a Regina junto a su pobre lecho; si no hubiera pensado los peligros y la miseria a que la dejaba expuesta, indudablemente se hubiera sentido feliz al trocar la tierra de los hombres por la patria de los justos.

Pero la niña esta allí, estaba allí sola, afligida, angustiada, y esto bastaba para amargar su agonía.

Regina de rodillas, junto a aquel lecho, pálida, llorosa, desesperada, era imagen viva del desamparo y el dolor.

Por fortuna para Fernando, él no podía contemplar aquel cuadro, porque aunque en el pueblo se había dicho que D. Diego había salido de la prisión enfermo, no se creía su mal de tanta gravedad, y desde los extensos salones de la quinta no se podían traspasar los muros de la pobre casa de Susana.

Además, el joven sabía que el antiguo administrador estaba justificado, estaba en libertad, y una vez libre, él se creía exento de toda responsabilidad, juzgaba remediado el daño que había hecho.

Pensaba presentarse a la niña y ofrecerla su apoyo, seguro que por gratitud no le podría desdeñar.

Pero esto no en aquel mismo día, sino cuando hubiesen pasado los primeros momentos de efusión.

Así su conducta sería más delicada, más respetuosa a los ojos de la niña.

VIII

La duquesa, por una de esas ideas que ni se sabe de donde brotan, ni a qué sentimiento obedecen, había empezado a sospechar que su hijo no era extraño a la suerte de D. Diego, y sobre todo a la de Regina; pero madre al fin, en vez de juzgarle un infame, le juzgó un caballero y creyó más bien que a costa de una mentira había querido salvar a aquella familia, que no que, merced a una villanía, había tratado de perderla.

La noble dama dudó, pues, de la identidad del papel hallado entre los de D. Diego, y se le hizo sospechoso el recuerdo que su hijo había tenido al cabo de tantos días.

El anciano, pues, no quedó completamente reabilitado a sus ojos, al ver el interés que Fernando había manifestado en todo aquello y la duda extinguida por un momento, volvió a aparecer en su mente con una insistencia mayor, pues a la falta primera se unía, aunque de una manera vaga e incompleta, la idea de que Fernando podía amar a una joven pobre y de oscuro linaje.

La anciana, pues, se volvió de nuevo hostil y enemiga de aquellos dos seres tan desgraciados.

IX

Algunas horas transcurrieron.

Algunas horas que pasaron para Regina lentas y enlutadas como medrosos fantasmas.

¡Hay momentos cuya agonía sólo puede medir el que ha velado junto a un ser querido, cuya alma se escapa de su cárcel para volar a la eternidad!

El anciano se empeoraba por instantes.

Su vida se acababa sin esfuerzo, sin sufrimiento, como una luz que se extingue, como un rayo de sol cuando se oculta en el ocaso.

Quizá el ángel de la guarda de aquel pobre anciano, sólo había aguardado a que Dios descendiese a sus labios para recoger en ellos aquel espíritu que iba a arribar a los cielos.

De pronto la mano que Regina tenía entre las suyas, la sintió rígida y pesada y fría.

Se levantó de improviso, lanzó un grito supremo y quiso estrechar entre sus brazos al que había sido su padre dos veces, pero las fuerzas le abandonaron y cayó sin sentido en los brazos de Susana, que se había adelantado para sacarla de allí.

Montellano había muerto, Regina estaba desmayada.

La infeliz no había tenido fuerzas para resistir aquel último dolor.

X

El joven duque de San Marcial decidió ver a los que, ignorándolo, eran sus víctimas.

Se vistió con escrupulosa elegancia y se dirigió a casa de Susana.

Pero ¡ay! que el espectáculo que se ofreció allí a su vista debía ser su castigo más severo y mayor.

El cadáver de D. Diego, de aquel hombre tan digno y tan justo, yacía en el suelo, sobre un mezquino y triste paño negro, alumbrado por sólo dos velas que una mano piadosa había ofrecido por caridad.

Junto al frío cadáver velaban tres personas no más.

Regina, imagen perfecta de la desolación y el espanto; una pobre mujer que no había olvidado el beneficio que la hiciera el anciano, porque las madres nunca olvidan, y un niño, en cuyo semblante empezaban a florecer las rosas de la vida y que con las manecitas en cruz y la voz insegura repetía lentamente las frases de la oración que su madre iba murmurando.

En el rostro descompuesto y desencajado de Regina, se notaba más extravío que dolor, más demencia que profundo pesar.

Sus ojos estaban secos y fijos en un solo punto, y parecía que ha-

bían perdido la facultad de distinguir los objetos exteriores, concentrándose en mirar una sola imagen estampada en el fondo de su alma.

Sus manos estaban apretadas una contra la otra, con una inmovilidad espantosa y sus labios temblorosos y cárdenos no rezaban, ni se quejaban, ni gemían.

Tan sólo a grandes intervalos se movían agitados por una sonrisa espantosa.

¿Qué había sido de aquella inteligencia, qué había sido de aquel corazón?

¡Oh! todo estaba allí muerto, perdido, destrozado por el exceso del dolor.

¡No se encierra una ardiente llama en un vaso delicado sin que el cristal salte hecho pedazos!

No se desencadena la tormenta sobre una flor débil y perfumada, sin que sus hojas caigan al suelo y perezca su lozanía.

Regina, herida en su amor, en sus esperanzas, abandonada por Carlos, separada para siempre de su padre, no pudo soportar su desgracia, y se rompió como la flor, y estalló como el frágil vaso.

No se quedó loca, pero fué peor aún, porque su mente quedó envuelta en las sombras del idiotismo.

¡Oh! Aquel marasmo del espíritu, aquella completa insensibilidad del corazón, eran en tales momentos un favor infinito para la pobre niña, que sólo podía hallar junto a sí desventura, y lágrimas, y abandono.

XI

Al pisar los dinteles de aquella morada, Fernando abarcó con una mirada aquel espectáculo.

Comprendió la extensión del mal, y tuvo un instante en que se horrorizó de sí mismo.

Su primer impulso fué alejarse de aquellos sitios y procurar olvidar aquella escena.

Pero un sentimiento imposible de explicar, le retuvo en aquel lugar.

¿Podía abandonar a la infeliz criatura a quien había arrebatado su modesto porvenir y su hogar y sus esperanzas?

No; Fernando no debía dejar a la caridad pública el cuidado de remediar sus errores.

Fatigado, sintiendo en su pecho un peso enorme, se dirigió a Susana, única que allí podía entenderle.

—No deje usted a la señorita Regina—dijo—. Yo haré venir un médico y él nos dirá qué es preciso hacer para sacarla de este estado; tome usted—prosiguió, entregándole todo el oro que llevaba en aquel momento—. Yo me encargo de todos los gastos; que se dé sepultura a D. Diego, y sobre todo que se aparte a su nieta de aquí.

¡Oh! ¿Y dónde ha de estar? La casa es tan pequeña... Ya ve V. E. que no hay otro lugar.

—En la iglesia estará bien hasta que se le lleve al cementerio.

—Pero eso no pueden hacerlo los pobres, y yo...

Fernando salió. Fué en busca del bondadoso cura de la aldea y le pintó la situación.

El noble sacerdote le escuchó con sorpresa.

No sabía el estado de Regina, a quien compadecía con toda el alma.

Aquella tarde, y merced a la piedad del ministro de Dios, D. Diego pudo reposar en uno de los nichos del pequeño cementerio, acompañado de las últimas preces de la iglesia, en la cual, y al siguiente día, tenían lugar sus modestos funerales.

XII

Dos meses después, y una noche a hora bien avanzada y cuando todos dormían en el pequeño pueblo, un coche cerrado se detenía en la puerta de Susana.

Esta se abrió pausadamente, y la buena aldeana con su hijo en los brazos salió de la casa, depositando en el fondo del carruaje al niño, que dormía tranquilamente.

Volvió a entrar en el interior de la casa, y apareció de nuevo conduciendo de la mano a una joven envuelta en un traje de luto, y que la seguía sin oponer resistencia alguna.

Aquella joven era Regina, que dejaba la pequeña aldea para trasladarse a la corte, en busca de una curación tan difícil como inesperada.

Susana, convencida por los ruegos del duque, seducida por las promesas de una existencia segura para ella y para su hijo, y más que todo esto por el cariño y la compasión que la pobre huérfana le inspiraba, se había decidido a seguirla para consagrarle sus cuidados.

La dulzura de Regina, la docilidad con que obedecía siempre todas sus órdenes, y sobre todo, lo tranquilo, suave y silencioso de su extraña locura, hacían bien fácil esta misión.

Cuando se supo en todo el pueblo que Regina había partido para Madrid; cuando se supo que el joven duque era su protector, y que desde luego corrían de su cuenta todos los gastos, la calumnia se ensañó sin piedad en aquella desgraciada criatura.

El estado deplorable en que se encontraba, le hacía, no solamente ignorar cuanto la concernía, sino desconocer por completo a todos los que la rodeaban.

La inocente niña quedó, pues, sin honra, así como también había quedado sin felicidad.

La duquesa de San Marcial había abandonado la quinta algunas semanas antes, y nada pudo saber, por consiguiente, de aquellos hechos.

CAPÍTULO XIII

El puerto bendito.

I

Cuando Carlos abandonó la casa en que había nacido y el pueblo en donde había amado por vez primera, llevaba el corazón lleno de pesar y la mente abrumada de ideas locas y desordenadas.

El joven cuya vida se había deslizado entre la calma y el sencillo bienestar que la digna medianía de sus padres le había permitido gozar, no había aprendido aún a sufrir, y no sabía por lo tanto resignarse ni esperar.

De una naturaleza enérgica, de un carácter apasionado, Carlos hubiera muerto mil veces antes que cometer una mala acción o que faltar a la palabra que una vez empeñara.

La negativa de su padre a su unión con la que amaba, le pareció una horrible injusticia; le pareció una tiranía insoportable, contra la cual se revelaba su voluntad, y se sublevaba todo su sér.

Regina era inocente y pura; digna, no sólo de su cariño, sino del amor de un monarca. ¿Por qué rechazarla? ¿Por qué negarle la entrada en una familia que antes se juzgaba dichosa con abrirle sus brazos?

¡Oh!, esto era bien triste para él.

II

La estancia de Carlos en la aldea, donde vivía la pobre niña, y donde le era imposible verla ni hablarla, se le hizo insoportable, y por eso resolvió abandonarla y alejarse de aquellos sitios, sin saber donde iba y sin haber adoptado resolución alguna.

Acosado por el pesar, por la severidad de su padre, por la desgracia de su amada, sólo pensó en huir de los sitios donde encontraba por todas partes nuevos motivos de tormento.

Con el ceño sombrío, la cabeza inclinada sobre el pecho y la imaginación presa de un continuo desvarío, atravesó el campo, entró en el camino real y siguió marchando por la carretera, siempre alejándose de su hogar.

Un ruido extraño llamó su atención, volvió la cabeza, y vió extendiéndose por el espacio una ancha y negra columna de humo que remedaba sobre el azul del cielo una opaca nube precursora de la tempestad.

Era el vapor de la locomotora, que recorriendo el espacio se adelantaba majestuosamente.

—¡Ah!—pensó Carlos;—¡eso es! la estación está cercana. Vamos.

Y corriendo con rapidez, se dirigió a una estrecha vereda, que acortando el camino, le permitía llegar en pocos instantes al sitio donde el tren debía detenerse algunos minutos.

Con el poco dinero que sacó de su casa pudo tomar un billete, el primero que le dieron, y poco después subía en uno de los vagones y se dejaba caer en un asiento sin preguntar siquiera a dónde le conducían.

Así pasaron muchas horas; él no las contó.

Por suerte suya estaba solo, y nadie fué testigo de su abstracción y su completo olvido de sí mismo.

Apenas pudo darse cuenta cómo; pero a los dos días, y cuando era de noche ya, oyó ruidos extraños, vió luces que brillaban, gentes

que se agitaban en torno, y comprendió que se hallaba en una gran ciudad.

Estaba en la corte.

Entonces tuvo que volver su pensamiento a la realidad.

Conoció la distancia que le separaba de todo lo que amaba, de todo lo que le era hostil, y procuró calmar la tempestad de su corazón y pensar en lo que iba a hacer.

Aceptó un modesto alojamiento y se dirigió a él para buscar algún descanso.

III

¡Pobre Carlos!

Su fatiga no la producía las molestias de aquel precipitado viaje; era el espíritu que se rendía al cansancio moral.

El joven amaba de veras, con toda su alma, con todas las ilusiones y la vehemencia de un primer amor, y sólo tenía veinte años!

¿Quién a esa edad no juzga eternas sus pasiones? ¿Quién a esa edad no cifra su porvenir entero en un sentimiento del alma?

¿Quién se atrevería a condenar su conducta y a tacharle de loco o de imprudente, si muchos en su lugar hubieran obrado del mismo modo?

¡Oh juventud, hermosa juventud tan entusiasta, tan impetuosa y tan ardiente: tú eres, es verdad, la primavera de la vida, pero también entre tus flores crecen ocultas muchas espinas!

IV

Cuando al día siguiente Carlos se despertó en un cuarto que no era el suyo; cuando al abrir la ventana no vió el cielo de su bella aldea, ni aspiró el perfume de sus prados, ni oyó el eco de las campanas de su iglesia, ni encontró sobre todo la sonrisa de su dulce madre, enviándole una caricia al divisarle de lejos, su corazón se

oprimió y el ancho cristal de su pupila se empañó con una gota de llanto amargo.

Pero la enjugó con rabia y se sintió más herido por quien le había obligado a abandonar todas aquellas santas dichas que formaban su vida.

En aquel momento hubiera querido desandar el camino recorrido en dos días, hubiera querido volver al suelo natal; mas un sentimiento de orgullo le detuvo.

El hombre dominó al joven, y murmuró con fuerza:

—No, no; sabía mi padre que en ella estaba mi ventura; sabía que mi corazón se haría pedazos antes de romper el lazo que nos unía, y sin embargo, interpuso su voluntad inflexible y dura, entre mi esperanza y yo. ¡Oh! no volveré, pues no puedo vencer su fría razón, pero no me hará solidario de esta falta. Regina, Regina mía, al menos verás que no transijo con los que te ultrajan, que hago mía la ofensa que te infieren, que lo dejo todo, pues te pierdo a tí.

Y fiel a este propósito, Carlos permaneció lejos de su hogar sin dar noticias suyas a los que su ausencia había sumido en una mortal tristeza.

En vano doña María, con su inmensa ternura de madre, había hecho cuantos esfuerzos estuvieron en su mano para saber el paradero de Carlos.

Nadie le daba razón.

En cuanto al señor de Zurbarán, no dió un solo paso ostensible.

Se creía ofendido con la desobediencia de su hijo, y creía faltar a su dignidad haciendo alguna cosa que pudiera dar lugar a una reconciliación.

V

El joven dejó pasar los días.

Pero llegó uno en que su corazón habló más alto que todo lo demás, llegó uno en que el nombre de su madre se fijó con más tenacidad en su memoria. En que se la fingió llorando y apenada, y queriendo calmar aquella inquietud, tomó la pluma y se dirigió a doña María.

La alegría de ésta al reconocer la letra de su hijo, no tuvo límites.

Corrió afanosa en busca de su esposo para darle la fausta noticia, pero el anciano, al fijar sus ojos en el sobre, frunció el ceño imperceptiblemente y murmuró:

—Y bien, ¿qué tengo yo que ver con eso? Ya ves que no es a mí a quien escribe.

Doña María inclinó la frente y no se atrevió a contestar.

Tampoco se atrevía a abrir la carta, a la cual daba vueltas entre sus manos.

Su esposo apesar de su rigor, se compadeció de aquel justo afán, y añadió con afectada indiferencia:

—Abre esa carta, puesto que es para tí, y si tu hijo implora mi perdón, dile que se dirija a mí ¿entiendes? que se dirija a mí como hijo humilde y reverente, que yo sabré lo que debo hacer, y las condiciones que debo imponerle para olvidar su rebelión. En cuanto a lo demás, tú eres dueña de hacer lo que quieras, obra como desees, y no me preguntes más.

Y para dejar en completa libertad a doña María, salió de la estancia, quedando ésta sola con aquella carta en la mano.

VI

Rompió el sobre con rapidez, y sus ojos se llenaron de lágrimas, impidiéndola en sus primeros momentos descifrar una sola línea.

Al fin venció la emoción, y pudo leer hasta el fin aquellos renglones llenos de ternura, de sentimiento para ella, pero en los cuales no hablaba de humillarse ni de volver.

¡Oh! si su corazón se estremecía de gozo a cada palabra de cariño, se oprimía también de angustia al pensar en el porvenir, colocada entre aquellos dos séres a quien amaba por igual, y a quien veía desunidos y separados uno de otro.

Conforme le había dicho su esposo, nada le habló, no le preguntó nada, pero usando del permiso que le había sido concedido, escribió aquel mismo día a Carlos, mandándole algún dinero y exponiéndole su pena, su soledad y el vacío que existía en su abandonado hogar.

Le habló de su padre, excitándole a la obediencia y a la sumisión; le pintó su enojo, justo aunque excesivo, y le suplicó con todas las fuerzas de su corazón que volviese a sus brazos.

Carlos recibió esta carta y la leyó con avidez.

En ella no había una sola frase relativa a Regina; no había una sola esperanza, nada!

El, que hubiera dado su sangre por saber qué era de la pobre niña, no encontró ni un recuerdo suyo en aquellos renglones.

¡Ay!, era que su buena madre nada podía decirle que hiciera brillar para él un rayo de alegría.

Ya sabemos que las noticias que podía darle eran todas dolorosas y desconsoladoras.

¿Cómo decirle que D. Diego había muerto justificado a medias, porque todos casi habían creído como la duquesa, que aquello había sido un ardid de Fernando?

¿Cómo decirle que Regina había perdido la razón?

¡Oh!, esto era imposible, y la buena madre prefirió guardar silencio.

Carlos se sintió de nuevo herido en el alma por aquella reserva.

La juzgó indiferencia a su dolor, y esto le irritó más y más.

La idea de regresar a su hogar fué más imposible para él.

Calló de nuevo, y de nuevo transcurrió el tiempo en el más profundo aislamiento.

VII

Pero, ¡ay!, lo que el delicado instinto de la madre había callado, no faltó quien tuviera prisa por revelarlo.

Regina, como ya sabemos, desapareció de la aldea, y como sabemos también todo el mundo la acusó, sin que la sirviera de escudo su impotencia, ni el completo extravío de su razón.

¡Oh!, la maledicencia es un elemento poderoso para vencer todos los obstáculos, para destruir todos los hechos que puedan disculpar a sus inocentes víctimas.

La calumnia tiene alas para salvar todas las distancias, y con el

rápido vuelo de las aves de rapiña, atraviesa los espacios, sin saberse cuál es el viento envenenado que las lleva en pos.

¡Es como el siniestro trueno que se deja oir en todas partes!

¡Es como las cenagosas aguas de una inundación, que penetra hasta los más recónditos lugares, sin que ninguna fuerza humana pueda detenerlos!

Carlos lo supo todo.

No la verdad, porque la verdad hubiera justificado a Regina, sino los hechos, los que todos creyeron y comentaron a su placer.

Ignoramos qué voz murmuraría al oido del joven los episodios de aquella mentida historia, o qué pluma manchó con ella la blanca superficie de una hoja de papel; lo cierto es que la infamia se realizó y que aquel corazón herido ya por la separación y lucha, se desgarró por la falta de fe, se hizo pedazos ante el frío puñal de un desengaño.

Regina apareció a sus ojos culpable, Regina quedó para él manchada, y en vano quiso vengarse o castigar al que le había robado su dicha, porque según noticias que recibiera, el duque se había ausentado de Madrid, llevando consigo a la joven, y todos ignoraban el punto donde residía.

¡Oh!, todo se acababa de una vez para él: amor, esperanzas, conciencia, todo!, hasta la venganza, hasta el castigo, hasta la posibilidad de confundir a los culpables.

VIII

Un deseo tan sólo se apoderó de su corazón, una idea no más se enseñoreó de su mente: la de la muerte.

Por algunos instantes el pensamiento del suicidio se albergó en su cerebro como único término a la desesperación que le enloquecía.

Pero Carlos era valiente, era cristiano, y murmuró con terrible convicción:

—¿A qué matarse cuando se muere? ¿A qué apoyar una pistola en la sién, dejando en pos una amargura eterna, cuando hay combates donde se acaba la vida de una manera misteriosa y callada?

¡Cuántos héroes bajan a la tumba sin que se sepa la hora ni el sitio en que terminaron su carrera, sin que se sepa el momento en que encontraron el lugar de su descanso!

¡Así es mejor!

Mi padre no me perdonaría jamás, mi madre no se consolaría nunca, si a su honrado apellido se mezclase el nombre de suicida; no, no les daré este inmenso dolor, no les haré arrepentirse de haberme dado la vida. ¡Esperaré, esperaré!

IX

La guerra francoprusiana había estallado entonces entre dos naciones poderosas.

Las ambiciones, los odios, el orgullo se habían levantado furibundos, y al soplo de las pasiones humanas se había extendido por los espacios el viento asolador de las revoluciones y de la muerte.

Las dos colosas formidables habían chocado ya en medio de los campos de batalla, y el ángel del exterminio sonreía gozoso, agitando de continuo en su mano la ardiente y rojiza tea de las discordias nacionales.

Doquier la muerte se enseñoreaba y presidía, no deteniéndose a escoger las víctimas en uno y otro bando, sino tomándolas al azar, como recoge el segador la abundante mies de uno y otro sembrado.

Carlos emprendió su marcha hacia allí.

Es verdad que ni una ni otra de las naciones enemigas era su patria, era nada suyo; pero el joven no iba a sostener el derecho ultrajado, no iba a defender el nacional orgullo humillado; iba sólo a morir, y para hallar la muerte toda causa es igual, toda bandera semejante.

La Francia, sin embargo, tenía, si no más derecho, más simpatía en su corazón, porque creía que la justicia estaba de su parte, y porque es una ley para las almas generosas ponerse en contra del agresor y en defensa del oprimido.

Carlos abrazó la bandera francesa, y ocupó un puesto entre los soldados.

¿Quién será capaz de referir las batallas en que tomó parte, la sangre que miró correr, los héroes que vió morir a su lado, sin nombre y sin gloria?

¡Oh!, nadie, porque en los campos de batalla no hay una campana que traiga a los oídos de los parientes o los deudos, el recuerdo del muerto querido, ni una blanca loza en que una mano amiga escriba su nombre!

Allí se muere solo, en medio de tantos séres, sin una lágrima, sin un consuelo.... pero no; he dicho mal. En el campo de batalla como en la prisión del cautivo, en el recinto de un hospital como en el de una ciudad apestada, está la religión cristiana representada por el ministro de Dios, o por la hermana de la Caridad, amparando, sosteniendo y consolando al desgraciado.

X

Tan luego como una mirada del ángel caído encendió la discordia; tan luego como el genio del rencor y el exterminio pronunció la palabra "guerra", y la muerte siguió a esta terrible frase como la voz al eco, como al relámpago el ronco trueno, de todas partes acudieron los hijos de la cruz para prestar auxilios y salvar almas.

Los ecos del júbilo, las carcajadas de la alegría, no hubieran llegado a su oído ni hecho latir su corazón.

Pero los gemidos de las víctimas y el clamor de los moribundos, tienen siempre un sonido en esas almas consagradas al bien y dispuestas al sacrificio.

Los oblatos, los listermienses de Semangne, los premonstratenses, los cartujos, los hermanos de la Doctrina Cristiana, los padres del oratorio de Sorbona y otros mil cuyas instituciones sería imposible recordar, acudieron de todas partes para cumplir cada uno su santa misión, ya curando al herido, ya absolviendo al moribundo, ya buscando entre la nieve los cadáveres olvidados, para darles al menos sepultura.

Para el labriego, para el industrial, para el soldado, la patria es el terreno que zurca el arado; los árboles seculares que cierran el ho-

rizonte que puede abarcar su vista; es el río cuyas aguas apaciguaran su sed de niño; es el campanario de la modesta iglesia donde recibió el nombre de cristiano; es, en fin, el hogar, el suelo nativo donde se encierran los amores, los recuerdos, las tradiciones.

Para el sacerdote católico las fronteras de la patria se extienden mucho más, traspasan el horizonte, salvan los espacios y abarcan la inmensidad.

Para el sacerdote católico la patria es el mundo, y los desgraciados sus hermanos.

Por eso estaban allí; por eso sin llamamiento y sin consigna habían tomado sus sandalias y su breviario, habían corrido a agruparse bajo una bandera.

¡La Cruz sagrada, símbolo de amor y de salud y de gracia!

XI

Entre todos aquellos soldados de la fe, había un misionero español, un anciano de cabellos blancos, de mirada inteligente y suave, y de sonrisa dulce como la alegría de la inocencia y de la virtud.

Se llamaba el padre José, y era capellán del regimiento en que servía Carlos.

Como todos los grandes corazones se ligan y se comprenden fácilmente, aquellos dos hombres se amaron y se admiraron instintivamente y sin darse cuenta de por qué.

El joven admiraba el santo valor del anciano, que sin perder su calma sencilla, sin palidecer un momento, cruzaba sereno entre las balas, sin mostrar cansancio ni fatiga seguía la marcha de aquel ejército en el que todos eran sus hijos.

Por su parte, el anciano había mirado la serena intrepidez del joven y su temerario arrojo, con un sentimiento de interés y compasión.

Bajo aquella frente sombría, bajo aquel valor que tenía mucho de desesperado, el misionero, experimentado observador de las luchas de la vida, piloto inteligente en las borrascas del corazón, había adivinado una historia secreta y una resolución tan siniestra como inquebrantable.

Aquel joven, casi niño, debía haber sufrido ya grandes decepciones, debía haber apurado la copa de los grandes dolores, y como el que padecía hallaba un lugar en el corazón del sacerdote, en breve buscó a Carlos, quiso ser su amigo y servirle de guía y de sostén en la batalla que con su suerte acaso sostenía.

XII

¿Cómo resistir a aquella dulce influencia? ¿Cómo ser ingrato a aquel cariñoso afecto tan tiernamente manifestado?

Era preciso no tener alma, y Carlos, ya lo sabemos, poseía un espíritu superior.

En las tiendas de campaña, en el vivac, en las comidas, se vió juntos, sin saber cómo, al misionero apostólico y al soldado voluntario.

Muchas veces, cuando las marchas eran largas, cuando la lluvia y el vendaval hacían imposibles las sendas, se veía al anciano apoyar una mano en el tosco cayado y otra en el brazo del joven, que le conducía con el cuidado del hijo más amoroso.

Otros días, cuando el enemigo había asolado los sitios que recorrían; cuando faltaba el agua y el pan, el padre José partía con Carlos los socorros que encontraba, ora en las ambulancias, ora en la generosidad de los jefes y los soldados.

Esta comunidad de peligros, de fatigas y de privaciones, dió por resultado un profundo cariño, un afecto sin límites, una sincera y ardiente amistad.

XIII

Cuando Carlos pasó un día y otro junto al padre José; cuando se pudo convencer de los inmensos tesoros de abnegación y caridad que se encerraban en su alma; cuando el suave contagio de aquella virtud tan sencillamente practicada, ejerció toda su influencia en aquel corazón tan noble y tan predispuesto al bien, el joven contó

toda su historia al anciano, que profundo conocedor de las luchas y las pasiones de la vida, le escuchó con bondad, procurando derramar en las heridas de su pecho el bálsamo suave de sus consejos y de su compasión.

Haciéndole comprender sus deberes, exhortándole a la resignación y al olvido, el sacerdote pasaba horas enteras junto a Carlos, concluyendo siempre sus últimas conversaciones haciéndole ver la miseria y la pequeñez de las felicidades terrenas, y la duración infinita de las verdades eternas.

Carlos le escuchaba absorto y silencioso.

El creía culpable a Regina, y la decepción que había encontrado en sus primeros amores, era como un eco que apoyaba los asertos del sacerdote.

—¡Oh! sí; tiene razón este santo anciano: se decía alguna vez. Si ella, a quien yo juzgaba un ángel, ha sido culpable; si se ha olvidado de mí para escuchar los juramentos de un miserable que sólo ansiaba apartarla de la senda del bien, a dónde iré a buscar la salud, quién será capaz de comprenderme, a mí que jamás podría cometer una traición? ¡Oh!, la vida es una mentira, el mundo una farsa, y Dios es la única, la suprema verdad, no más.

Carlos, después de estas reflexiones, permanecía horas enteras pensativo y ensimismado.

No hablaba aún de volver a su aldea, pero tampoco anhelaba morir.

El misionero seguía con paternal interés los progresos de aquel alma dolorida, y no dudaba que el joven había entrado en un período de más calma y de más reflexión.

¡Oh! es también que D.ª María había sido siempre una mujer digna y virtuosa; es que había sembrado en el alma de su hijo la semilla imperecedera de la fe, de las puras creencias, de las santas tradiciones del amor y la caridad, y esos primeros gérmenes del bien, que recibe el niño en los brazos de su madre, tarde, muy tarde o nunca se extinguen completamente.

Podrán las pasiones de la juventud, las tempestades del mundo hacer que se agite o que vacile la ardiente llama de la fe; pero jamás podrán destruirla, jamás apagarla por completo.

XIV

Llegó un día de terrible prueba para el ejército francés.

Era un domingo.

La noche se alejaba a medias, pues a su sombra negra y opaca se sucedía la sombra parda y triste de las compactas y apiñadas nubes que obscurecían el azul del cielo.

Los soldados abandonaban el vivac y sacudían de sus ropas húmedas y heladas la paja que les había servido de lecho.

En el centro del campamento, en una pequeña explanada algo elevada del piso agreste y blanqueada por el hielo, se elevaba un tosco altar resguardado de la nieve que empezaba a caer silenciosamente, por algunos girones de lona que se alzaban en la forma de una tienda de campaña.

Las cornetas habían dado ya el alegre toque de diana.

Por todas partes se oían los gritos de las cantineras vendiendo sus mercancías, y los del soldado regateándoles el precio.

El ruido de las armas, el relincho de los caballos, la voz de mando de los jefes, los cantos de los reclutas, siempre alegres y decidores en medio de los sufrimientos y las privaciones, el alerta de los centinelas y el choque de los fusiles, formaban un concierto de sonidos imposible de describir; pero que eran el trasunto de una gran ciudad que despierta y se entrega, afanosa, al movimiento y a la vida.

XV

Había amanecido por completo.

De pronto, por entre aquellas filas de soldados atrevidos y bravos, adelantó un débil anciano revestido con blancos ornamentos sacerdotales.

Los esclarecidos jefes, los antiguos veteranos, los bisoños reclutas, se inclinaron respetuosamente y rindieron las armas, humillando la frente ante la sencilla majestad de la santidad y de la vejez.

Aquel anciano cubierto con aquella ligera vestidura, temblando de frío, y con la destocada cabellera coronada de cabellos blancos, era el padre José que venía a ofrecer en aquel ara improvisada el incruento sacrificio, y hacer que Dios descendiera a sus manos, para mostrarlo en forma de Hostia consagrada a aquel puñado de valientes que creían y esperaban, y que, agrupados en medio de aquellos campos devastados, inclinaban la rodilla y pedían la vida eterna al Rey del Cielo, mientras se preparaban a morir por los reyes de la tierra.

El sacerdote llegó al altar.

Las cornetas dieron el toque de silencio, y todas las voces y todos los ecos enmudecieron, escuchándose tan sólo el contenido rumor de las plegarias que brotaron de todos los labios, y el golpear de todas las manos sobre todos aquellos heroicos pechos.

La misa había empezado.

Carlos muy cerca del sacerdote elevaba su pensamiento a Dios, y su alma en medio de la sublime grandeza de aquel espectáculo, abandonaba por un momento la idea de las miserias de la tierra, para pensar en las eternas felicidades del cielo.

De pronto todas las músicas allí reunidas rompieron en majestuosos sones; todas las rodillas se doblaron, se humillaron todas las cabezas, y la Hostia inmaculada se elevó en los aires sostenida por las trémulas manos del ministro de Dios increado.

Y como si la misma Naturaleza hubiera querido también rendirle un tributo de amor y respeto, un rayo de sol, desgarrando las nubes, cruzó los espacios y vino a iluminar el ara y la cruz y los plateados cabellos del sacerdote, y la mística ofrenda que presentaba a Jesucristo.

En aquel momento más de una pupila se enturbió con el llanto, más de un corazón apresuró su latido, y el recuerdo de la madre, del hogar, de los hijos acaso, de la patria, surgió en aquellas frentes y se escapó de aquellos pechos, formulado en un nombre, en una oración, en un ruego.

Carlos también rezó, también elevó sus plegarias mezcladas con el

llanto del alma, también ofreció a Dios su holocausto, y le ofreció el sacrificio de su amor, de su venganza de su perdida felicidad!

En aquel instante perdonó y juró olvidar para siempre su cólera y su rencor.

Là calma, la misericordia, hicieron desde entonces santa morada en su católico pecho.

XVI

El suave rumor de las últimas preces cristianas, fué interrumpido por una descarga de fusilería.

El padre José acababa de bendecir en nombre de Dios a aquellos valientes, cuando se vieron obligados a tomar las armas para resistir al enemigo, que había aparecido en la primera línea del campamento, cuando era menos esperado.

Un cuerpo del ejército austriaco, mandado por el lugarteniente general De Rosemberg-Gruszynsky, había salvado en el silencio de la noche la distancia que media entre Salmaise y Verrey, cayendo de improviso sobre este último pueblo y sembrando en él la desolación y la muerte, sacrificando sin piedad a sus desgraciados habitantes, sin respetar en su barbarie a las débiles mujeres, a los inocentes niños, a los indefensos ancianos.

Ebrios de sangre, sedientos de matanza y recibiendo el aviso de que una columna de las tropas francesas, formadas por los móviles de Sena y Marne, por el batallón de zuavos pontificios y por algunos cazadores de Jura, tenían formado su campamento a cuatro millas de distancia cuando más, prosiguieron su camino, y en el mayor silencio y avanzando rápidamente como la serpiente que se desliza sin ruido alguno sobre la tierra, divisaron al amanecer las primeras avanzadas francesas, a las cuales dieron muerte, llegando a caer sobre el grueso de la fuerza, cuando arrodillada ante el Dios de las batallas, recibía la bendición por mano de uno de sus ministros.

Todos se precipitaron sobre las armas, jefes y soldados; cada cual ocupó su puesto, y la batalla se trabó sangrienta y desesperada.

El cañón retumbó en el espacio.

El ruido de la metralla se mezcló a las cien repetidas descargas de fusilería, al relincho de los caballos, que se encabritaban impacientes al olor de la pólvora y al sonido de los clarines marcando las evoluciones, y al estrépito de las músicas militares que, con himnos de triunfo y patrióticos aires nacionales, enardecían el valor de los heroicos combatientes.

Mas a pesar del valor y los esfuerzos del ejército francés, los prusianos llevaban la mejor parte en aquella sangrienta jornada, empezada por una sorpresa y terminada por una derrota.

Carlos se batió con serenidad y firmeza.

Las balas llovían a su lado; junto a él caían a cada paso muertos o heridos sus camaradas.

Todo era horror, confusión y espanto, y los gritos angustiosos de los moribundos se mezclaban a los gritos de odio de los invasores.

Las tiendas de campaña eran presa de las voraces llamas; las ambulancias estaban abandonadas; los conductores de los carros para llevar a ellas los heridos, habían abandonado sus puestos para huir con más rapidez. Las granadas caían en medio de aquellos grupos desordenados, con una profusión espantosa y causando un estrago indecible.

Unos muertos, otros heridos, muchos prisioneros, los franceses no podían ya resistir, se batieron en retirada.

Dispersos casi, pudieron al cabo de infinitos esfuerzos refugiarse entre los árboles de una inmensa selva, y a donde no quisieron seguirles los enemigos, o satisfechos del triunfo o necesitados de descanso, o ambicionando proseguir adelante para producir mayores estragos.

Allí se reunieron todos y calcularon las pérdidas sufridas.

De tanta juventud, de tanta animación, de tan considerable número de valientes, sólo habían quedado unos pocos soldados llenos de fatigas, de desaliento y de dolor.

XVII

Por un milagro del cielo, Carlos pudo salir ileso, entre tanto peligro, entre tanto desastre, conduciendo sobre sus hombros al padre José, que había sido herido por la última descarga de fusilería de las avanzadas prusianas.

La bala le entró por la espalda, derribándole en tierra sin conocimiento.

El joven, que había procurado estar a su lado como de costumbre, le había visto vacilar, le había visto caer, y aun arriesgando su vida se había detenido para tomarle en sus brazos y huir con él a toda prisa.

Al verse libre del enemigo, el joven depositó en el suelo al anciano y llamó en su auxilio a sus compañeros.

Todos le rodearon rápidamente.

Uno de ellos tomó su mochila y la ofreció como almohada para que reposase aquella cabeza abrumada por la vejez y señalada en aquel momento por la mano de la muerte; otro se desprendió de su capote, y sosteniéndolo por algunos fusiles en pabellón resguardaron aquella frente circundada de cabellos más blancos aún que la nieve que caia cada vez con más fuerza.

Todos aquellos soldados amaban al viejo misionero.

Cada uno de ellos había recibido algún pequeño favor de aquella mano bondadosa, y todos le miraban como un padre, como a un deudo, como a un amigo cariñoso.

Agrupáronse, pues, en torno del sacerdote, olvidando sus propios peligros y sus propias fatigas, y unos de pie, otros de rodillas, le prestaron sus cuidados, le demostraron su amor.

Carlos sentía su corazón oprimido.

Comprendía que iba a faltarle aquel anciano, que era en aquellos momentos para él el símbolo de la esperanza, el áncora de su salvación.

Todos ofrecían lo que tenían, de lo que podían disponer.

Pero ¡ay! ¿qué recursos les quedaban para socorrer al anciano moribundo, si todo lo habían perdido en aquella funesta y contraria jornada?

Hallóse sin embargo una calabaza que contenía algunas gotas de aguardiente, que fueron depositadas en la boca del padre José.

Todos aguardaron el resultado con verdadero afán, con ansiedad increíble.

El anciano, reanimado momentáneamente, se estremeció, abrió los ojos y dirigió una mirada en torno.

Había recobrado el conocimiento.

Una dulce sonrisa entreabrió sus pálidos labios, y una lágrima de santa gratitud brilló en su apagada pupila.

—Hijos míos,—murmuró con débil acento;—hijos míos, ¡gracias!

Después, y como sintiendo acudir a su mente el recuerdo de lo pasado, quiso alzar la cabeza, quiso tal vez reconocer el sitio en que se hallaba, y los que habían quedado con vida de todos los suyos, pero no pudo, y la volvió a dejar caer. interrogando con una mirada a los que tenía en derredor.

Ellos bajaron la cabeza sin atreverse a responder.

El misionero levantó una mano y buscó entre sus ropas un crucifijo.

Cuando le encontró, le llevó hasta sus labios, lo besó con fervor, á fijó en la santa imagen los ojos, de una manera prolongada y tristísima.

¡Oh! cuántas plegarias, cuántas súplicas, cuántas oraciones se encerraban en aquella ferviente y suplicante mirada!

Dios sólo lo podía comprender.

De pronto un destello de alegría iluminó aquel marchito semblante.

Era que entre aquellos soldados que le rodeaban, más afligido, más apenado que los demás, había reconocido el rostro de Carlos.

Tendióle la mano que le quedaba libre, con una ternura sin igual.

El joven cogió aquella mano y la besó con respeto, humedeciéndola con sus lágrimas.

Los mudos testigos de aquella escena se sentían profundamente conmovidos; y no obstante, aquellos hombres estaban acostumbra-

dos a ver la muerte cara a cara todos los días, estaban familiarizados con ella, y la aguardaban a todas horas.

Las violentas ráfagas de viento húmedo y helado, producían entre las secas ramas de los árboles vagos sonidos, ya remedando tristes lamentos, ya quejas lejanas, ya bramidos furiosos de un alborotado y revuelto mar.

La nieve que caía en abundantes y copiosos copos, cubría el llano como una inmensa mortaja, sobre la cual y esparcidos a grandes trechos se alzaban algunos árboles sin hojas ni follaje, parecidos a desnudos esqueletos. También y apesar de los esfuerzos de los soldados que le cercaban, empezaba a cubrir los pies del misionero como un ligero y blanco sudario.

A lo lejos, muy a lo lejos, se comenzaban a distinguir los funestos resplandores del incendio, y las negras columnas de humo que el huracán dividía en anchos girones.

Era el vestigio que los austriacos dejaban a su paso en las aldeas que atravesaban.

XVIII

La mano que tenía Carlos entre las suyas se iba quedando rígida y helada.

El sacerdote con el crucifijo sobre el pecho y la mirada fija en el cielo, esperaba la muerte con la tranquila serenidad de una conciencia pura.

En aquellos ojos elevados hacia la altura, en aquellos labios que se movían para orar, sin exhalar una queja, en aquel semblante iluminado por la luz de la fe y radiante de esperanza y amor, había algo de grande, algo de celestial, algo de incomprensible y santo, que separaba el pensamiento de la tierra y le conducía suavemente al cielo.

De pronto el sacerdote oprimió la mano de Carlos y procuró atraerle hacia sí.

El joven se acercó y murmuró entre suspiros:

—¡Padre, padre mío!

—Oye,—dijo el anciano con acento apagado;—oye, hijo mío, yo te amo, yo te he amado mucho, porque tu alma es generosa y grande, y tu corazón leal y honrado; hubiera querido vivir junto a tí, cruzar la existencia algunos días más a tu lado, para acabar de mostrar a tus ojos los misterios inacabables de la misericordia de Dios, El no lo quiere, y voy a morir!

Carlos lanzó un gemido.

Aquellas palabras le desgarraban el corazón.

—Sí, voy a morir; pero te dejo una herencia, te dejo un legado... y yo sé que lo aceptarás.

—¡Oh! padre mío, yo juro...

Una inefable sonrisa, perceptible apenas, se dibujó en la boca del misionero.

—Eres joven,—dijo;—la vida es un mar proceloso, sembrado de escollos, agitado por las tempestades... mira... ¡allí está el puerto, en el cielo al morir, aquí mientras vivas!

Y al decir esto, presentó al joven el crucifijo que conservaba en su mano casi yerta.

—Cuando yo muera, tómale de sobre mi pecho. El será el faro que te guíe, la luz que te ilumine, el escudo que te proteja. Esta es mi herencia.

Carlos apoyó los labios en la sagrada imagen, mientras el anciano ya expirante murmuraba:

—En cuanto al legado... te lo dejo en las lágrimas que enjugues, en las esperanzas que sostengas, en las almas que apartes del mal, en el bien que puedas practicar... Adiós... hijo mío... Adiós.

Y apoyando la diestra sobre la cabeza de Carlos para bendecirle.

—¡Adiós...—balbuceó,—allí te espero!

Y quiso alzar la mano para señalar al cielo, pero aquella mano cayó inmóvil sobre la frente de Carlos.

XIX

El joven lanzó un grito.

Sus compañeros contestaron con mal contenidos lamentos.

El padre José había muerto.

Había muerto lejos de su patria, teniendo por lecho la dura tierra, por hogar el tronco de un árbol, por iglesia el espacio, por sudario la nieve que descendía lentamente sobre su cadáver, por preces las lágrimas de un puñado de valientes, y su amor y su gratitud y sus bendiciones.

Carlos tomó la cruz de aquel pecho transformado en altar, la oprimió contra su seno y murmuró algunas palabras que encerraban una santa y solemne promesa.

Nadie trató de disputarle aquella reliquia; todos sabían que el padre José le amaba como a un hijo, y algunos además habían oído las últimas palabras del moribundo.

El joven oró largo rato junto a aquel cadáver.

Después tomó la bayoneta de su fusil, y sirviéndose aun con trabajo de ella, empezó a cavar una fosa.

Sus camaradas le ayudaron en aquella triste faena.

Cuando ya la tierra tuvo bastante lugar en su abierto seno para dar cabida a aquellos restos, Carlos se acercó al cadáver y se arrodilló devotamente.

Todos le imitaron.

Hicieron una breve oración por aquel alma tan justa y pura, y después depositaron con el mayor respeto y amor aquel cuerpo en la improvisada sepultura.

Dos ramas formando una cruz santificaron aqeulla tumba.

Después, y como era forzoso abandonar aqnellos lugares, los restos de la tropa derrotada emprendieron una marcha rápida y cautelosa para reunirse a una división francesa que se encontraba a algunas millas de distancia no más. Aquella batalla fué la última en que Carlos quiso tomar parte.

Pocos días después pidió su licencia y emprendió el camino de su patria, de donde había salido con el alma enferma y a donde volvía con el alma resignada y llena de fe.

XX

Algunos meses después de su salida de la aldea, Carlos divisaba a lo lejos las primeras casas y los primeros viñedos de aquel apacible suelo en donde había pasado su niñez.

El joven iba confiado y sereno.

Sereno, porque con el alma llena de amor y humildad iba a pedir el perdón de un momento de extravío, disculpable en su poca edad.

Confiado, porque estaba cierto de conseguir aquel perdón entre los brazos de sus padres.

En cuanto a Regina, si un recuerdo de aquel amor existía aún en el alma de Carlos, era en un lugar tan oculto, en un rincón tan apartado, que ni él mismo se hubiera atrevido a buscarle ni a definir si estaba allí.

Latiendo el corazón y con los ojos llenos de lágrimas, divisó entre los olivares la cruz de su amada iglesia, y descubriendo su cabeza la saludó como una antigua amiga.

Después, recordando acaso la promesa que había hecho sobre el cadáver del padre José, murmuró con voz entrecortada por la emoción, y sin apartar sus ojos de aquel bendito y sublime signo.

—Cruz, santa enseña del bien, faro bendito, ¡ya estoy aquí!

Encamínase a la morada de sus padres, sin detenerse un momento más; pero al divisar sus paredes, un extraño presentimiento le detuvo, y se dijo a sí mismo:

—¿Si estarán allí?

Un velo oscuro pasó por su vista, y a través de él, su casa, tan risueña en otros días, le pareció triste y sombría.

Se repuso de aquella emoción, y siguió adelante más rápidamente.

Llegó al dintel, la puerta estaba abierta y pudo entrar.

Cruzó las primeras habitaciones, y sin poder contenerse,

—¡Madre, padre mío!—empezó a gritar.

Mas ¡ay! que a aquel llamamiento del alma sólo respondió un acento, sólo resonó en un corazón.

Una mujer vestida de negro apareció en la habitación y corrió desolada al encuentro de su amado Carlos.

Aquella mujer era doña María.

—¿Y mi padre?—exclamó el joven con angustia—¿Y mi padre, qué ha sido de él?

—Te perdonó y te bendijo, hijo mío—exclamó la pobre mujer deshecha en lágrimas—; te perdonó antes de morir.

El joven lanzó un gemido y ocultó sus ardientes lágrimas en el seno que le había dado la vida, mientras la amante madre repetía entre una explosión de llanto también:

—¡Gracias, Dios mío, gracias, por no haberme dejado sola!

CAPÍTULO XIV

Memorias de Regina.

I

Algún tiempo después de la vuelta del joven Zurbarán a su pueblo natal, las campanas de la iglesia repicaban alegremente, y el templo, lleno de flores y cubierto de ricas colgaduras, apenas bastaba a contener la multitud que invadía sus tres naves.

Era que Carlos celebraba en aquel día su primera misa, ofreciendo a Dios su alma, tan noble y llena de abnegación.

Aquellas horas fueron las primeras en que la alegría y la felicidad inundaron el corazón de doña María y brillaron en su semblante, después de la muerte de su esposo.

Y si en el amor maternal pudiera caber algo de egoismo, diríamos que egoista era el gozo de aquella madre, porque ya estaba cierta que ninguna otra afección terrena vendría a pedirle una parte en el corazón de su hijo.

Ya era suyo, suyo enteramente, y ninguna mujer podría disputárselo.

Jamás se separaría de su lado; ella sóla tendría el derecho de cuidarle, de adivinar sus deseos, de prevenir sus gustos.

¡Oh!, Dios iba a recompensar cumplidamente todos los dolores, todas las angustias sufridas por la pobre madre.

En cuanto al nuevo ministro de Dios, lleno de fervor, de mansedumbre y de piedad, prometió ser entonces lo que fué después: un modelo perfecto del sacerdote católico, un hijo ejemplar, un verdadero santo, en fin, bondadoso, justo y sublime, dispuesto a sacrificarse en aras de la caridad y al cumplimiento de su deber.

Había querido ofrecer su primera misa en el mismo altar donde sus padres habían celebrado sus esponsales, donde él había recibido el nombre de cristiano, y a donde se había acercado por primera vez a participar del celestial banquete que Dios brinda a las almas puras; pero después madre e hijo abandonaron el pueblo y se trasladaron a la Corte, donde vivían en medio de la modestia y la humildad, con el producto de sus cortas rentas, acompañados de la buena Andrea, sin pretensiones, sin ambición ni orgullo, y gozando de una paz tan dulce como inalterable.

Allí el joven se había hecho ya notable por su vida ejemplar y pura; por su bondad inagotable y por su instrucción y su talento, tan grande cuando menos como su austera virtud.

En la Corte, pues, le hemos vuelto a hallar yendo a cumplir los deberes de su ministerio junto al lecho de muerte de la condesa Elena, y amparando a la niña huérfana encontrada ante las puertas de su casa, con una carta entre las ropas y un legajo de papeles, sellado y sujeto con una cinta negra, emblema de pesar y signo de duelo.

II

Aquellos papeles eran las memorias de una pobre niña muy desgraciada.

La carta, que venía dirigida al padre Carlos, decía así:

«Si ves, amigo mío, el nombre de Regina al pie de estas líneas, no las arrojes sin leerlas, yo te lo ruego.

»Dios, que es todo amor y misericordia, ha tenido piedad de mí, y me ha inspirado la idea de escribirte y de confiar en tus manos un santo depósito.

»El más grande para una madre: ¡mi hija!

»Mi hija, mi inocente Blanca, que estará ya sin protección en el mundo cuando llegue al umbral de su casa, porque yo habré muerto cuando ella, llorando, te demande asilo!

»Sí, Carlos; ¡yo habré muerto!

»Esto tranquiliza mi alma.

»Esto justifica el paso que doy dirigiéndome a tí, pidiéndote amparo para la triste huérfana, y justificándome a tus ojos.

»Mientras he vivido, nos ha separado un abismo.

»Yo no debía acercarme a tí.

»Una vez muerta, bien puedo hacerlo.

»A Dios no se ofende con el recuerdo de los que no existen, pues sólo puede arrancar del alma oraciones, o cuando más una gota de llanto.

»Las oraciones suben al cielo, y en vez de agitarlas, calman las tempestades del carazón; las lágrimas son un rocío bendito cuando caen sobre un sepulcro!

»Yo espero tus plegarias desde ese otro mundo a donde Dios me llama, compadecido de mis dolores, ese otro mundo a donde voy a aguardarte, y a donde apesar de todo llevo mi pureza, llevo mi inocencia, llevo mi fe.

»¡Oh, Carlos; qué hermoso es creer, qué hermoso es esperar! ¡Qué grande es Dios, que para todas las amarguras tiene consuelos, para todos los dolores guarda esperanzas!

»Los dos hemos sufrido, y los dos hallamos refugio en él.

»Tú subiendo a su altar; yo bajando a la tumba. Tú, dedicando las inmensas facultades de tu alma a derramar el bien; yo, reposando tranquila en sus eternos brazos!

»¡Oh, tú eras el más fuerte y te designa la parte más dolorosa: vivir!

»Yo era la más débil y me ofrece la menos difícil: morir; morir y llegar a sus pies para reclinar allí mi cabeza; morir y verme libre de las calumnias, de las miserias, de la opresión y de los recuerdos!

»¡Oh!, bendita, bendita mil veces sea su piedad, que antes me libró del dolor con la locura, y hoy me redime de él rompiendo la cadena que me liga a la vida!

»Sí, bendito, bendito mil veces, porque ha permitido que el dedo de la muerte marque mi frente con su sello, porque ha derramado

en mi seno el germen de una de esas enfermedades para las cuales la ciencia es impotente, porque me ha librado de la desesperación con la seguridad del reposo...

»Ahora, óyeme, Carlos, y sea este mi postrer adiós.

»Desde que el velo que envolvía mi inteligencia se desgarró, y mi razón tuvo luz de nuevo, he consignado en el papel mis pensamientos uno a uno, mis dolores día por día. Yo te mando esas páginas, que serán para tí mi justificación completa. Léelas, y ya que no tengo que pedirte perdón para mí que soy inocente, te lo pido para los culpables. Sí, ese es mi último ruego, esa es mi postrera súplica. Perdón, perdón para el criminal. Dios y no nosotros le pedirá cuenta de sus faltas; abandonemos a Él nuestra causa!

»Adiós, Carlos, sé dichoso, ama a mi hija por el amor que tuviste a su pobre madre, y mezcla a tus oraciones alguna vez el nombre de

REGINA».

III

Las páginas trazadas por la mano de aquella niña infortunada, helas aquí:

»Después de muchos días... meses... años quizá, paréceme que despierto de un pesado y profundo sueño.

»De un sueño poblado de delirios de fantasmas, de vagos recuerdos.

»De un sueño en que dormía sin descansar, y en que soñaba sin dormir.

»Todo lo que me rodea es nuevo para mí.

»Estoy en una habitación bella y casi lujosa, pero no sé por qué parece que respiro aquí sin libertad.

»A la vaga media luz que me rodea y que penetra apenas por un balcón cubierto por pesadas colgaduras, descubro objetos que no he visto jamás.

»Estoy en un lecho cerrado por amplias cortinas, y todo es silencio en derredor.

»Quisiera levantarme, pero no puedo.

»Extraños dolores paralizan mi cuerpo, y un gran desfallecimiento me priva de todo movimiento, de toda acción.

»¡Oh, estoy enferma, sí, muy enferma!

»¿Será todo lo que me rodea vaga quimera que la mente me hace ver?

»¿Estaré aún en mi casa?... No, en casa de la pobre Susana, en... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué recuerdos! ¿Será verdad lo que pienso...? ¿Será verdad?

»Pero ¿qué miro? ¿Qué niña es esta que duerme a mi lado? ¡Qué hermosa!

»Qué inocente paz hay en su frente!

»Sonríe soñando!

»Los ángeles, sin duda, le hablan ahora desde la gloria.

»Sí, eso será!

»Debe haber tan pocos días que abandonó el cielo para venir a la tierra!

»No sé por qué palpita mi corazón con tal fuerza al mirar este pequeño sér... Parece que hay algo de común entre ella y mi alma!

»Parece como que su vida es mi propia vida!

»Creo que me arrancarían algo del pecho si la separasen de mi lado!

»Separarla de mí... ¡Oh, no; yo no quiero, no quiero, no lo harán... la dejarán aquí... es mía!

»Mía!

»Dios poderoso! ¿Qué palabra es esta que se ha escapado de mis labios?

»¿Qué luz ha brotado para ella en mi mente, como salta la chispa del duro pedernal cuando se da en él un choque violento?

»Mía!

»Será verdad?

»¿Será esta niña mi.....?

»¡Oh, qué horror! No, no; ¡qué suprema alegría!

»Sí, es mi hija, mi hija!

»Hija de mi alma!

»Ahora recuerdo... ahora empiezo a comprender... ¡Oh! qué dicha y qué angustia siento a la vez.

IV

»Mis lágrimas y mis besos han sellado al par la frente de mi hija.

»He sentido al besarla un dolor cruel, porque una idea espantosa se ha deslizado en mi pensamiento; pero mis besos la han despertado, ha abierto los ojos, los ha fijado en mí, y esta primera mirada ha borrado todas mis penas y ha alejado todas las nubes de mi alma, como el rayo del sol disipa la sombra, como la esperanza disipa el pesar.

»Hija mía!

»¿Qué poder tiene esta palabra, que me hace volver en mí, que me atrae a la vida, que me estremece y alienta mi sér?

»No lo sé.

»No puedo explicarlo!

»Y sin embargo yo necesito penetrar el misterio que rodea mi vida desde... no se desde cuándo; necesito saber... Que es mi hija, el alma me lo está diciendo a voces y no puedo dudarlo, pero...

»Es forzoso saberlo todo; esperemos.

V

»La puerta de mi estancia se abrió con precaución, y una mujer apareció en el dintel.

»Miré con afán y creí reconocer aquel rostro.

»Sí, no me había engañado; aquel semblante era el de una amiga.

—»Susana—grité con afán—, Susana.

—»Jesús, ¿será verdad?—exclamó la pobre mujer juntando las manos?—. Jesús, ¿conque me conoce usted? ¿Conque recuerda mi nombre?

»Fijé mis ojos en los suyos con expresión interrogadora. Quería preguntar, y sin embargo no me atrevía.

»Tenía miedo de comprender.

—»El médico no se había engañado—añadió Susana mirándome con alegría—; la expresión del rostro, los ojos sobre todo lo están diciendo. Sí, si esa cara es otra; ya no tiene el extravío, el aspecto que me asustaba.

»Las palabras de aquella mujer, dichas en medio de su sencillez, me hicieron lanzar un grito.

»El velo se descorría al fin completamente.

—»¿Conque era verdad?—exclamé—¿Conque estaba loca?

»Me cubrí el rostro con las manos y prorrumpí en amargos sollozos.

»Susana, alarmada con aquel aceeso de dolor, corrió a mi lado y me consoló cuanto pudo.

—»Vamos, cálmese usted—me decía, cogiendo mis manos y procurando secar mi llanto—. Cálmese usted, eso no ha sido nada; ya pasó... y sobre todo, sobre todo ya está usted buena, puesto que me conoce y que me llama.

—»¡Buena!—murmuré, sintiéndome débil y abatida—; ¡buena!

—»¡Oh, sí—dijo ella con afán—curada, curada enteramente. El médico lo había hecho esperar así.

—»¿Cómo?—le pregunté temblando—el médico...

—»Esta joven—decía—ha sufrido ese trastorno en el cerebro de resultas de una gran conmoción moral, y tal vez recobre la salud cuando...

»Susana se detuvo.

»No se atrevió a continuar.

—»Prosiga usted—exclamé con angustia—, prosiga usted por Dios, si no quiere que esta incertidumbre me prive de nuevo de la razón.

—»Pues bien—añadió titubeando—; como iba usted a ser madre, como este suceso debía producir una crisis en su vida, esperaba... creía... en fin, él aseguraba que se curaría usted, y así ha sido, gracias al cielo. ¡Qué bien tan inapreciable es la razón!

—»¡Quién sabe!—murmuré con un profundo desaliento—¡quién sabe si lo será para mí!

»En aquel instante me sentía muy quebrantada.

»Susana lo notó y me rogó que me tranquilizara, añadiendo que

el doctor había prescrito la calma más completa y el silencio más absoluto.

»Entonces me ocurrió una idea insensata.

»Procurarme un retroceso, perder de nuevo la inteligencia, enloquecer!

»Era tan horrorosa la verdad que veia ya clara, que hubiera sido preferible para siempre la conciencia de mi situación.

»Pero entonces pensé en mi hija y me espanté de mi deseo. Pedí perdón a Dios y quise vivir.

»Abracé a la inocente niña, recliné mi cabeza a su lado y me resigné a esperar.

VI

»No dormí, no podía conciliar el sueño, pero enmedio de aquel silencio absoluto traté de coordinar mis recuerdos.

»¡Oh! que uno a uno fueron acudiendo a mi memoria enlazándose entre sí con dolorosa precisión.

»Entre todas aquellas memorias, había un nombre que no tenía valor de pronunciar, una imagen que no me atrevía a mirar de frente.

»Que me inspiraba espanto y horror.

»¿Tendré que decir que aquella imagen era la de Fernando?

»Y sin embargo yo la distinguía a mi lado, enmedio de las sombras que habían oscurecido mi razón. Yo le veía siempre, siempre y por mayor infortunio; al mirar al porvenir le encontraba también ligado a mí con un lazo tan fuerte como inquebrantable.

»Mi hija!

»¡Oh, al mirarla me parecía que con su inocencia me pedía el perdón de aquel hombre!

»Pasé la noche agitada y despierta.

»Susana velaba a mi lado, pero no me dejaba hablar, porque decía que mis manos y mi frente abrasaban.

»Sí, tenía fiebre.

»A la mañana siguiente, vino un hombre, un anciano de rostro bondadoso y mirada inteligente, era el médico.

»Examinó mi pulso, me dirigió algunas preguntas y exclamó satisfecho:

—»Bien, bien; ya respondo de todo; esta joven está curada; ahora sólo hay que atender a la extrema debilidad que la domina. Sobre todo es preciso buscar una nodriza para esta niña.

—»Eso no,—exclamé con una energía superior a mi estado;—¡eso jamás! Mi hija es mía, mía solamente y no consentiré partir con una extraña sus cuidados y sus sonrisas y su amor.

—»La nodriza puede estar siempre al lado de usted,—respondió el anciano con dulzura.

—»No, no,—volví a repetir.

—»Está usted muy débil, hija mía, y pudiera causarle mucho mal lo que intenta.

»Miré a aquel hombre con tal angustia, fué tan dolorosa la gota de llanto que brotó de mis ojos, que debió conmoverse sin duda, porque murmuró:

—»Vamos, tranquilícese usted, veremos de complacerla: suspenderemos por hoy toda resolución, y si usted se presta a mis deseos si secunda mis esfuerzos...

—»¡Oh, yo haré todo lo que usted quiera!—exclamé juntando las manos con expresión de profunda gratitud.

»El anciano parecía conmovido, y le oí que murmuraba al salir:

—»¡Pobre criatura! al menos ama a su hija; tal vez el amor de madre sea una llama que regenere su alma!

»La vergüenza encendió mi rostro.

»Aquel hombre me creía culpada.

»Lágrimas de dolor y de cólera rodaron por mis mejillas escaldándolas con su fuego.

»¡Ay de mí! Yo era inocente y se me juzgaba infamada.

»¡Mi alma estaba pura, y mi frente manchada!

VII

»Transcurrieron algunos días.

»Susana al cabo se había decidido a hablar.

»Me había contado todo el pasado.

»La muerte de mi pobre abuelo, mi desesperación al perderle. El extravío de mi razón, la protección del joven duque... ¡todo!

»Hasta me habló del amor que aquel hombre sentía hacia mí.

»Por ella supe que mi locura había sido dulce, inofensiva, tranquila.

»Que el duque había permanecido días enteros a mi lado, unas veces triste, otras apasionado.

»Con verdadera emoción me dijo las promesas que le había hecho si se decidía a seguirme; promesas realizadas en parte, porque su hijo se hallaba puesto en un colegio y a ella y a mí nada nos había faltado desde entonces.

»Aquella pobre mujer arrancada de la miseria por Fernando, sentía hacia él una admiración y una gratitud profunda y no perdonaba medio de enaltecerle y de disculparle a mis ojos.

»Ante aquel relato mi razón se confundía.

»Aquella mezcla de generosidad y de vileza, de cuidados y de ultrajes, me llenaba de asombro y no podía formar un juicio exacto de aquel hombre de quien ya dependía mi porvenir.

»En medio de todo cuanto me rodeaba, un dolor se sobreponía a todos los dolores, un pensamiento a todos los pensamientos, un único afecto se sintetizaba en un nombre.

»¡Carlos!

»¿Qué había sido de él? ¿A dónde habría llevado la memoria de nuestro amor? ¿Por qué me olvidaba, por qué me había abandonado?

»Susana me había recordado su partida, me había referido que todos en el pueblo decían que había ido a tomar parte en una guerra espantosa!

»Su madre, cuando nosotras abandonamos la aldea decía que nada sabía de él, que quizá habría muerto.

»Este pensamiento me desgarraba el alma y me procuraba al par un extremo consuelo.

»Viviendo me juzgaría culpada, muerto leería desde el cielo en lo profundo de mi corazón.

VIII

»Quedábame que sufrir una prueba terrible.

»Fernando no tardaría en volver.

»Temblaba a la idea de encontrarme a su lado, de dirigirle mi voz, de preguntarle qué había hecho de mi porvenir, de mi inocencia, de mi nombre.

»Él dilataba sin duda esta entrevista, porque el médico había dicho que toda emoción fuerte podía serme funesta.

»Sin embargo, según me decía Susana, cuidaba de que nada me faltase y estaba contento por mi curación.

»Yo empezaba a dejar el lecho.

»La juventud es el mejor auxiliar de la ciencia y gracias a los desvelos de Susana me sentía con fuerzas y veía que la vida por tanto tiempo paralizada, empezaba a circular por mis venas.

»Mi hija había recibido el nombre de Blanca y estaba tan hermosa que me parecía un ángel del Señor.

»Ya fijaba en mí sus celestes ojos, ya empezaba a plegar sus labios con las primeras sonrisas.

»Ella era toda mi alegría, todo mi bien. Junto a su cuna se pasaban mis días, unas veces recordando el pasado, otras soñando con su porvenir.

»Un día me dijo Susana que Fernando debía venir.

»La casa que habitábamos era una posesión del duque, situada a dos o tres leguas de la capital.

»Después de haber recorrido algunos puntos de Andalucía para desorientar a los que pudiesen interesarse por mí y sobre todo para impedir que la duquesa se apercibiese de aquella acción de su hijo, éste nos había fijado allí para que le fuese fácil verme con mayor frecuencia.

»Con el pretexto de la caza o de algunas excursiones de placer, dejaba de vez en cuando a su madre y pasaba dos o tres días en aquel retiro.

»Todo lo sabía yo por Susana, quien, ya lo he dicho, me anunció su llegada para aquella mañana.

»Me vestí más temprano y me coloqué junto a la cuna de mi hija.

»Aquel era mi baluarte; aquel era mi refugio.

»A las doce sentí el galope de un caballo que avanzaba por el camino.

»Poco después le oí detenerse a nuestra puerta.

»¡Oh, él era; sin duda estaba allí!

»Yo iba a verle, a mirarle frente a mí.

»Los pasos de un hombre que avanzaba por la escalera me hicieron conocer que no me había engañado.

»Sí, era cierto; él estaba allí.

»Adelantó hacia mí, lentamente.

»Me pareció turbado también.

»Al menos las primeras palabras de nuestra conversación debían serle penosas, pues guardó silencio por algunos instantes.

»Yo fuí la más débil, y cubriéndome el rostro con las manos, prorrumpí en sollozos.

»—¿Por qué ese dolor, Regina?—me dijo al cabo—. Hoy es un día feliz, puesto que al recobrar la razón me libras de un peso enorme.

»—¡Ah, caballero!—exclamé con amargura—¿no hubiera sido mejor para mí continuar en mi locura?

»—¿Y por qué? ¿Tanto me aborreces?

»—Nada le respondí, y él pudo continuar:

»—Ya sabes que te amaba, que te ofrecí hacerte feliz, y aquellas promesas te las reitero ahora; ¿podrá la lucidez robarme el corazón que yo creí haber conquistado en medio de la demencia? No, Regina; ya sabes que a nadie tienes en el mundo; tu único protector...

»Su voz tembló al decir estas palabras, y una ligera nube oscureció su frente.

»—Tu único protector no existe—añadió después de un instante —, y hoy sólo yo puedo librarte de la miseria y el abandono. Sé razonable, pues, y olvida todo motivo de resentimiento o de queja.

»—Hoy no estoy ya sola, tengo a nuestra hija; ella será mi vida, será mi esperanza—respondí tan sólo.

»—Sí, *tu hija*... es cierto, ella puede... pero a la vez necesitas de

mí; yo te rodearé de bienestar, de comodidad; cuando te hayas repuesto, cuando no necesites respirar los aires del campo que hoy te son provechosos, volveremos a Madrid, allí nos veremos todos los días y tendremos diversiones, criados, joyas... ya vez si se realizará al cabo el sueño que acaricié desde la primera vez que te ví.

»Alcé mis ojos y los fijé en aquel hombre sin comprenderle casi.

»Desde su entrada no había dirigido a nuestra hija una mirada, ni aun se había fijado en aquel ángel.

»Además, entre todas sus frases no había sonado en sus labios la palabra *reparación*.

»¿No se acordaría de ella?

»¿Habría abusado cobardemente de la desgracia y el abandono, sin pensar en remediar su infame acción?

»Yo pensaba en todo esto, y estaba aterrada, muda.

»El, alentado por mi silencio, continuó hablando... no sé de qué, yo no le escuchaba.

»El pensamiento de Blanca me absorbía por completo, y sólo sabía murmurar:

»—¿Pero mi hija, qué será de ella? Yo nada deseo, nada ambiciono, pero ella...

»Fernando me miró con asombro.

»Una sonrisa, que lo mismo podía ser de compasión que de ternura, apareció en su boca, y sus ojos fijos en mí parecían decir:

»Calla y no vuelvas a tu extravío.

IX

»—Ponte buena—murmuró al cabo—, olvida todo pensamiento que pueda causarte daño; la suerte de tu hija está asegurada y nada tienes que temer por ella, Regina.

»Se levantó para marcharse, y yo no pensé en detenerle.

»¿Para qué?

»Al salir me dijo:

»—Cuídate mucho y procura estar bella y no llorar; las lágrimas afean el rostro y entristecen a las personas que nos aman.

»Harto me han hecho sufrir tus días de enfermedad; procura resacirlos, alejando las tristezas de tu rostro y las ideas dolorosas de tu mente. Yo quiero que seas feliz, que olvides el pasado y que desde hoy empiece una existencia nueva para tí.

»Dichas estas palabras, salió.

»Un instante después el galope del caballo se volvía a escuchar, y yo caí de rodillas junto a la cuna de mi hija.

»¡Oh, si aquel hombre fuera un miserable, no tuviera conciencia, ¿qué iba a ser de mí?

»Susana entró con un bolsillo en la mano.

»¡Pobre mujer! En su rudeza, creía que aquel oro significaba interés.

»¡Ay! No sabía que Fernando era demasiado rico, y que la misma cantidad que acababa de darle la arrojaba sin esfuerzo ante una mesa de juego, por un capricho o por una costumbre.

»—El señor duque quiere, según me ha dicho, que pronto nos traslademos a Madrid; me ha encargado que cuide mucho de usted, y que procure animarla. Yo se lo he ofrecido así, porque bien mirado no tiene usted motivos para estar triste

»¿Que no, y estoy sola en el mundo y he perdido cuanto amaba?

»—El tiempo borra los recuerdos de los que murieron, y enjuga las lágrimas que derramamos por ellos. ¿Qué sería la vida si no?

»—¿Y los que aún viven?

»—¿Y quién nos lo asegura? Además, es forzoso procurar olvidarlos. Lo pasado no tiene remedio; piense usted, pues, en lo venidero.

»—¡Oh! ¿Cuál será para mí?—murmuré con desaliento.

»—¿Qué ha de ser?—respondió Susana, que en su sencillez todo lo veía por un buen prisma—. El señor duque la ama a usted mucho, mucho. Si le hubiese usted visto durante su larguísima enfermedad; ¡qué cariñoso, qué espléndido, nada ha faltado aquí, y cuando viajábamos, él venía también; porque hemos estado en otra casa tan hermosa como esta. ¡Oh!, el señorito debe ser muy rico, y por consiguiente usted lo será también.

»¡Yo!

»—¡Sí, cuando sea usted su mujer!

»—¿Será eso posible?

»—Yo lo creo; él la quiere a usted, tiene su hija que es como un ángel; usted, si no posee títulos ni riqueza, es fina como una perla, más bella que todas las duquesas y marquesas juntas; y en cuanto a buena, ¡oh!, eso no hay otra, que vengan a preguntármelo a mí.

»La pobre mujer cumplía bien el encargo que había recibido de Fernando.

»Su deseo, sin duda, era alentarme; pero nada podía conseguir.

»El tiempo, como había dicho muy bien Susana, es el único auxiliar, si no para el olvido, a lo menos para la calma.

»Pasaron muchos días y Fernando no pareció.

»Yo juzgué que la delicadeza inspiraba aquella conducta, que quería respetar mis recuerdos y mis temores, y le agradecí aquella ausencia.

»Mi hija empezaba a conocerme, a sonreir a mi presencia.

»Las santas y castísimas alegrías del amor maternal iban inundando mi alma.

»A veces cuando la miraba bendecía al cielo, llena de gratitud, por haberme concedido aquel ángel, y no sé si sabré explicar este extraño e indefinible pensamiento; pero a veces, al mirarla, parecía que se borraba de mi mente todo pensamiento de aborrecimiento o rencor hacia Fernando, y una especie de afecto singular le reemplazaba, no al hombre, no al miserable seductor, sino al padre de mi hija.

»Cuando la miraba a ella casi me sentía inclinada a perdonarle a él, a no pedirle cuenta de mi infortunio, siempre que hiciera muy feliz a aquella niña tan amada.

»En mí se efectuaba un fenómeno muy extraordinario.

»Para pensar y para sentir había en mi propio ser dos seres distintos: la joven honrada y digna que se creía ofendida y humillada y miraba con horror al causante de su desdicha, y la madre amorosa que hubiera sido esclava y que hubiera bendecido de rodillas al que hiciera la ventura de aquella hija tan adorada.

»Susana daba pábulo a mis sueños con respecto al porvenir de Blanca.

»Ella también creía que su padre le daría nombre y posición en el mundo.

»En medio de estas luchas del espíritu sentíame a veces acometida de pasajeros dolores, de estremecimientos repentinos que yo ocultaba a Susana por miedo de alarmarla o de causarla un pesar.

»El médico no me veía ya, y seguía amamantando a mi hija, que cada día estaba más bella, más llena de vida.

»También a Fernando ocultaba mi malestar las veces que venía a vernos, y hasta algunos días tuve el valor de fingir una sonrisa, espiando una mirada, una palabra que aclarase mi porvenir.

»Cuando intentaba hablarle de esto:

—»Más adelante,—decía siempre,—más adelante, espera.

»Y yo esperaba mirando a mi hija. A veces me asaltaba la idea de huir, de abandonar aquella casa cuyo ambiente me infamaba, y ¡ah! que podía pensar y discurrir; pero ¿dónde iba sin amparo ni egida? ¿Dónde iba a llevar a mi hija, a mi pobre Blanca?

»Una mañana Fernando vino a decirnos que nos dispusiésemos para marchar en seguida a Madrid.

»Su madre quería hacer algunos reparos en aquella posesión, y debía llegar de un día a otro.

»Era forzoso salir, pero que no nos encontrase allí.

»La humillación de esta huída enrojeció mi frente de vergüenza.

»Y sin embargo, yo no era responsable de mi afrenta.

»¿Qué culpa tiene el pobre ciego si tropieza y cae en los escollos del camino?

»¿Qué culpa tiene el que está sumido en un letargo de lo que pasa en su alrededor?

»¿Qué culpa tenía yo de nada, si durante muchos meses había estado sumida en el marasmo, en la locura, en la absoluta carencia de conciencia y de lucidez?

»Salimos, pues, para la corte.

Un carruaje cerrado nos condujo a la casa que Fernando nos había destinado allí.

»Este viaje alentó en mí una esperanza insensata.

—»Tal vez,—me dije,—sólo aguardaba verme curada enteramen-

te, y ahora que ya lo estoy, querrá legitimar a este ángel, querrá darle un nombre, y por eso nos trae aquí.

»¡Ay!, yo era muy niña, yo era muy crédula e ignorante aún!

»Esta esperanza no podía realizarse jamás.

»Pocos días después de nuestra llegada a Madrid ví entrar un día a Susena pálida y pensativa.

»Era tan ingenua que no sabía disimular sus impresiones.

»Supuse que algo de extraordinario la preocupaba y quise saberlo.

»Negó al principio, pero lo hizo de una manera tan torpe, que me confirmó de nuevo en mi creencia.

»Insistí más, y aquella mujer me amaba demasiado para resistir a mis ruegos.

»Sí, Susana me amaba, apesar de la debilidad con que contribuyó a mi desgracia.

»Ella me amaba, y como profesaba al par una profunda admiración y un respeto casi supersticioso al joven duque, señor de la aldea en que había pasado su vida, obedeció, no pudiendo comprender que nada de lo que hiciera aquel hombre no fuera digno, leal y noble.

»La infeliz creyó sin duda hacerme un gran bien, creyó contribuir a mi suerte.

»Además era pobre, muy pobre; no accediendo a las órdenes de Fernando hubiera tenido que llevarme a un hospital de dementes, y ella optó por tenerme a su lado.

»¡Es tan difícil resistir a la miseria, rechazar la tentación, cuando ésta se nos presenta halagadora y con la máscara de la bondad!

»¡Pobre Susana! Yo la perdono.

»Estoy cierta que fué su inexperiencia y su buena fe la que guió su conducta.

»Aquel día, como he dicho, estaba contrariada, y yo afanosa de saber la causa.

»Al fin, después de reiteradas súplicas, logré saber lo que motivaba su pesar.

»Había visto a Carlos, al prometido esposo de mi alma; al que había sido mi primero y mi único amor.

»Al que yo jamás había olvidado, y al que no había dejado de amar aun cuando lo había creído muerto.

»Pero ¡ay! muerto en verdad estaba para mí, porque juzgándome culpable sin duda, había vuelto su pensamiento a Dios y a Dios se había consagrado!

»¡Era sacerdote!

»Susana le había visto con su negro traje talar, llevando del brazo a su madre, vestida de negro también.

»¡Oh!, y qué doble y qué insuperable era el abismo que nos separaba!

»En el primer momento creí que todo esto sería un sueño, una equivocación de Susana, y así se lo hice comprender.

»Ella movió la cabeza con una convicción profunda, y ofreció averiguar la verdad.

»No tardó en conseguirlo.

»Al poco tiempo me dijo que ya lo sabía todo; que el padre de Carlos había dejado de existir, que él había regresado a la aldea dos meses después de esta muerte, y que, vencido por el dolor de tal pérdida, de la cual se creía él motivo, había renunciado al mundo, consagrando su vida al sacerdocio.

»Que madre e hijo, queriendo alejar los recuerdos del pasado, habían venido a Madrid, donde vivían en una modesta casa, aislada en parte de las demás, y siendo un modelo de caridad y de virtud.

»Me refirió cuanto decían del joven sacerdote, cuya santidad y talento enaltecían todos, citándole como el consuelo de los pobres y el amparo de los desdichados.

»Las palabras de Susana arrancaron lágrimas ardientes de mis ojos, haciéndome comprender todo el valor del corazón que había perdido.

»Las memorias extinguidas apenas, volvieron a aparecer en mi mente con toda su fuerza, con todo su enérgico poder.

»Aquella noche estuve casi delirando.

»Tuve fiebre, y trastornada por ella, concebí y deseché al par los más descabellados proyectos.

»A veces pensaba salir de aquella casa y correr en busca de Car-

los para revelarle la verdad y justificarme a sus ojos, diciéndole que había estado demente, privada de razón, sin conocer a nadie ni saber dónde estaba.

»Luego rechazaba esta idea con horror.

»Carlos no pertenecía ya al mundo, ¿para qué turbar su paz? ¿Para qué despertar en su alma un sentimiento dormido o muerto? ¿Para qué hacerle sufrir más, si él, consagrado al cielo, y yo madre, ninguno de los dos nos pertenecíamos ya?

«En medio de todo este trastorno, de toda esta agitación, un deseo se sobrepuso a los demás, un anhelo superó a todos mis anhelos: el de ver a Carlos.

»El de verle una sola vez, de lejos y sin que él pudiera saberlo.

»Pregunté a Susana las señas de su casa, me informé minuciosamente y esperé.

»Una noche y sin comunicar a nadie mi proyecto, me envolví en un manto y salí de casa, sola y recatándome el rostro con cuidado.

»Ligera y silenciosa crucé algunas calles, temblando y azorada, pero resuelta a llevar a cabo mi propósito.

»Mil veces estuve para caer; tan abatida y débil me encontraba.

»Al fin, y guiada por las señas que me había dado Susana y que tenía escritas en mi memoria, distinguí a lo lejos una casa que debía ser sin duda la que yo buscaba.

»Alejada un poco de las otras, una imagen de la Virgen le servía de escudo y distintivo. Las blancas tapias de un pequeño huerto la circuían, y a lo lejos se veían sus ventanas festoneadas de frondosas plantas trepadoras.

»Era ya tarde.

»La calle estaba solitaria y silenciosa.

»Me acerqué a aquella puerta y caí de rodillas en su dintel.

»Allí lloré por mi dicha perdida, por mi padre, por mi pasado, por mi amor.

»Allí lloré por mí misma, tan envilecida y tan infeliz!

»Sólo la Madre de Dios que miraba correr mis lágrimas, pudo contar su número y avalorar su amargura!

»De pronto en el fondo de una de aquellas ventanas, iluminada por una apacible claridad, se destacó una sombra, vaga en un principio, fija y acentuada después.

»En medio de mi emoción creí distinguir el perfil de Carlos.

»Sí, no me engañaba; era él.

»Un rayo de la luna, cruzando por entre las hojas de las enredaderas, dió de lleno en su rostro y me lo dejó conocer.

»Crucé mis manos sobre el pecho, y de rodillas como estaba pronuncié su nombre, con la misma pureza con que hubiera pronunciado una oración.

»Él miraba al cielo.

»¡Quizá oraba por los desgraciados!

»¡Quizá entonces rogaba por mí!

»Así permanecimos los dos algunos minutos.

»¡Oh!, si él hubiera sabido que yo estaba allí, ¿cuáles hubieran sido sus sentimientos, sus ideas?

»¡Quién sabe!

»Pero ni un rayo de aquella luna que iluminaba al par su calma y mi dolor, ni un soplo de aquella brisa saturada de perfumes que él aspiraba y que yo humedecía con mis lágrimas, fueron a decirle que una pobre criatura gemía en el dintel de su puerta, sola, abandonada y sin consuelo.

»La sombra se retiró, cerróse la ventana, y yo sentí en mi corazón un dolor agudo y frío como la hoja de un puñal.

»Parecía que algo se rompía en mi pecho.

»¿Era el último lazo que me ligaba con mi niñez, con mi juventud, con mis santas alegrías de otro tiempo, porque allí acababa para mí todo?

»¿Era que efectivamente y de un modo real también, se había desgarrado mi pecho con aquella violenta emoción?

»No sé; pero al separar de mis labios la mano con que había querido ahogar un grito, ví que en mis manos había sangre.

»Me levanté trastornada y vacilante, y deslizándome como una sombra me alejé de aquellos sitios, deshaciendo el camino que había andado poco antes.

»Cuando penetré de nuevo en mi casa, me encontré a Susana presa de la más viva ansiedad.

»Había notado mi ausencia y no sabía a qué debía achacarla.

»Pero la inquietud que había sentido al no hallarme, se aumentó mucho más al verme aparecer.

»Mi rostro debía estar sumamente pálido y demudado, pero no pudo contenerse y exclamó:

»—Dios mío, ¿qué es esto, que tiene usted?

—»Nada,—la dije;—perdone usted el sobresalto que le ha causado; no volverá a suceder.

—»¿Pero viene usted enferma?—murmuró:—¿quiere usted que llame al médico?

—»No, no,—me apresuré a decir;—esto es un poco de fatiga y nada más.

»Me dirigí a mi cuarto y me dejé caer en mi lecho.

»Susana no debía saber nunca el sitio donde había pasado aquel tiempo!

»¿Qué entendía ella de esos impenetrables misterios del corazón?

»A la mañana siguiente me levanté como de costumbre, aunque un poco más débil y un poco más pálida también.

»Fernando debía venir aquel día, y yo le esperaba con afán.

»Me sentía enferma y quería hablarle de mi hija.

Por una casualidad inexplicable, aquel hombre que no mostraba jamás la menor variación en sus palabras ni en sus acciones, estaba aquel día ceñudo y casi turbado.

»Después de vacilar mucho.

—»Regina,—me dijo,—muchas veces me has hablado del porvenir de Blanca y yo no he podido responderte de un modo claro y terminante, pero hoy...

—»Hoy... qué? pregunté mirándole con afán.

—»Hoy es preciso que me ocupe de él.

»Por un movimiento impremeditado, cogí sus manos a las llevé gimiendo a mis labios.

»Una alegría inmensa llenó mi alma.

¡Oh!, aquel hombre era bueno sin duda y yo lo había desconocido hasta entonces!

—»Gracias, gracias!, exclamé besando sus manos, gracias al fin Blanca tendrá un nombre, el mundo no la rechazará tampoco! ¡Oh! bendito sea, bendito sea el que tal dicha me va a ofrecer.

»El duque se quedó petrificado.

»Mi alegría le hizo daño.

»Guardó silencio por algún tiempo, pues sin duda no sabía cómo continuar.

—»Blanca mía! proseguí yo, Blanca mía! cuánto he sufrido pensando en tu suerte; por mí nada me aterra, yo nada quiero, nada ambiciono, pero ella...

—»Ella, no tendrá que temer los rigores de la fortuna, porque yo aseguraré su suerte; le señalaré una pensión que baste a que viva con desahogo, con...

»Le miré fijamente sin entenderle.

»¡Una pensión! ¿Pues no era su hija? ¿No iba a ocupar un lugar a su lado, entre su familia, en su hogar?

»Fernando comprendió lo que mis ojos querían decirle, y murmuró procurando dulcificar su acento:

—»Vamos, Regina, sé razonable y no pidas al mundo más de lo que puede dar. Tú has vivido retirada de la sociedad y no sabes nada de sus costumbres, de sus exigencias, de sus necesidades. Los que hemos nacido con una posición superior, la debemos sacrificios continuos, no somos enteramente libres para obrar, tenemos deberes que cumplir...

—»Yo creí,—le dije,—que el primer deber de un noble era no manchar con una acción culpable su blasón ni su nombre.

—»Sí, es cierto,—respondió con altivez;—pero ten presente que una ligereza no es una culpa, ni una falta de la juventud puede manchar un nombre ilustre.

»Incliné la cabeza sin responder.

»¡Ay!, que aquel código del honor era bien extraño para mí.

—»Acabemos,—dijo Fernando;—si mi cariño te ha ofendido, estoy arrepentido de ello y debo remediarlo de algún modo. Dejaré de verte, puesto que mi presencia te enoja, y para reparar el mal que puedo haberte causado, toma, aquí en este papel te expreso mi voluntad y mi resolución con respecto a Blanca. Dios sabe que me duele separarme de tí; pero te conozco bien y se que en adelante no

me permitirías llegar a tu lado. No me acuses de lo que ha pasado, no me acuses de lo que pase; primero obedecí a mi corazón, hoy obedezco a la necesidad, al deber.

»Fernando esperó un instante por si yo le detenía, por ver si le dirigía alguna pregunta.

»Pero fué en vano: mis labios no se despegaron, mis ojos no se alzaron del suelo.

»Estaba petrificada.

»Sentía un trastorno en mis ideas que me hacía recordar la locura.

»Sentía al par que mi pecho se oprimía y que me sofocaba por instantes.

»El duque salió.

»Yo oprimía maquinalmente un papel entre mis manos.

»Era el que me acababa de entregar.

»Ignoro cuánto tiempo pasé en aquel estado de aturdimiento y de marasmo.

»Y no era seguramente que yo sintiese separarme de Fernando, no; yo no le amaba, no lo había amado jamás.

—»¡Pero mi hija! ¡Pobre hija mía!

»¡Qué desgraciada iba a ser!

»Sí, porque yo me sentía enferma; más que enferma aún, me sentía morir.

»Y cuando yo dejase este mundo, ¿quién la amaría? ¿Quién volvería por su debilidad y su inocencia, si su padre no quería darla el dulce nombre de hija?

»En medio de mi dolor pensé en la duquesa.

»Era inflexible, era severa, pero al fin era mujer, y quizá tendría piedad de nosotras.

»Pensé en recurrir a ella.

—»Sí,—dije;—ella es madre y comprenderá mi pesar.

»¡Quién sabe¡ Quizá al menos cuando yo muera, mi Blanca tendrá una madre en ella; es preciso, es preciso ir a verla. ¿Qué será si no de mi pequeño ángel? ¿A quién la confiaría? No conozco en el mun-

do más que a Susana... ¡Oh, ¡la vendería a ella como me vendió a mí; no, no; imposible¡ Esa mujer sería capaz de hacerla tan desventurada como yo lo soy en este momento.

»Luché algún tiempo con los pensamientos que me dominaban, y decidí al cabo ver a la señora duquesa.

»Pero esto debía ser un secreto entre ella y yo.

»Tenía que esperar.

»La carta que Fernando había puesto en mis manos aún estaba intacta y sin abrir.

»Rasgué el sobre y miré lo que contenía.

»Era una donación en favor de Blanca, que le aseguraba una pequeña renta.

»Aquel papel quemaba mis manos.

»¡Pagaba con dinero mi felicidad perdida, mi vida entera, mi corazón hecho pedazos!

»¡Dinero! ¡ay! ¡Allí no se contaba para nada con el amor que necesitaba aquella niña!

»Lágrimas de fuego se escaparon de mis ojos, y por primera vez conté con desesperación los latidos de mi pulso agitado por la fiebre, miré los estragos que el mal había causado en mi semblante sin que nadie reparase en ellos, y tuve miedo de morir.

»¡Oh!, entonces miré la vida con ansia, miré con horror mi estado y pensé en buscar medio de volver a encontrar la salud.

»Pero ¡ay!, era ya tarde; mi sentencia estaba escrita.

»La tisis no perdona, no concede tregua a sus víctimas.

»Ella desgarraba lentamente mi pecho y no había esperanza para mí.

»¡Ay!, si yo hubiera tenido una madre, quizá no bajaría al sepulcro tan joven!

»Las madres lo ven todo, todo lo adivinan, y a todo saben ponerle remedio!

»Pero yo había sufrido sola, sin quejarme, sin inspirar a nadie temores ni compasión.

»Para Fernando había sido un empeño, para Susana un medio de suerte; para nadie un amor, un ídolo, una parte del alma.

»El único cariño verdadero que podía inspirar en la tierra era el de mi hija; pero Blanca tenía sólo dos o tres meses.

»¡Cuánto tiempo había de pasar para que aquel corazón inocente me consagrara sus latidos!

»Un dolor agudo que sentí en el pecho, vino a sacarme de la abstracción.

»Ya otras veces lo había sentido, pero jamás con tal fuerza.

»Una bocanada de sangre salió de mis labios llenándome de terror.

»¡Oh! si aquello era ya la muerte; pobre Blanca mía! cuán desamparada iba a quedar!

»Dios tuvo piedad de mí! pasó aquel acceso, y recobré algún tanto el valor

»Ninguno se apercibió de ello tampoco: Susana había salido, y nadie había en casa.

»¡Qué triste es estar solo y tener miedo de morir!

»Resolvime pues a presentarme a la duquesa, esto era mi último recurso, la última esperaza que me quedaba ya.

»Aguardé a que llegase la noche, y cubriendo mi cabeza con un velo salí también a la calle.

»Pero esta vez encargué a Susana que velase por Blanca, ofreciéndole que volvería en breve.

»Ella no se opuso a mi salida, ¿con qué derecho había de hacerlo?

»Presa de un temblor indecible, sin fuerzas, esperando caer a cada paso, crucé algunas calles casi desconocidas para mí, llegué al cabo de una hora de fatigosa marcha, a las puertas del palacio de la duquesa de San Marcial.

»El aspecto de aquella casa era magnífico y deslumbrador.

»Por los anchos balcones se escapaban torrentes de luz y de armonía.

»A las puertas se detenían multitud de carruajes, de los cuales salían damas cubiertas de encajes y flores.

»El vestíbulo estaba profusamente iluminado, y una turba de criados de gran gala se veían cruzar en todas direcciones.

»Parecía que celebraban una fiesta.

»La multitud se agolpaba ante aquella entrada, disputando y colocándose para tomar un punto más cercano.

»Yo, empujada por unos, y rechazada por otros, llegué sin saber cómo, al dintel de la puerta.

»Pero aquel ruido me aturdía, aquella confusión me fatigaba,

»Mil veces me arrepentí de mi imprudencia y quise huir de aquellos sitios; pero la fatalidad me detenía sin duda en ellos, y no podía ya ni avanzar ni retroceder.

»Algunas palabras que llegaron a mis oídos hicieron latir mi corazón de un modo más violento.

»¡Hablaban de una boda, de un casamiento!

»¡Oh! ¿Sería el padre de mi hija el que iba a ligarse a otra mujer?

»Agitada por esta idea, me atreví a dar un paso más y puse el pie en el portal del palacio.

»Un criado pasó junto a mí.

»Me dirigí a él temblando, y le pregunté con voz ahogada:

»¿Pudiera usted llevarme a presencia de la señora duquesa de San Marcial?

»Aquel hombre me miró con extrañeza.

—»En una noche como esta,—dijo al fin,—será imposible que pueda ver a nadie.

—»¿Y por qué?—pregunté, sin darme cuenta de lo que hacía.

—»Porque su excelencia está demasiado ocupada con los convidados para poder atender a...

—¡Ocupada! ¡los convidados! ¿Luego es aquí...

—Ya lo creo,—respondió aquel hombre con aire de importancia; —¡oh!, la boda del señor duque es un acontecimiento demasiado notable para que su madre...

—»¿Pero quién se casa?—dije al fin,—¿quién se casa?

—»El señor don Fernando de Alpuente, duque de San Marcial,— contestó el criado, alejándose de mi lado.

»No pude escuchar más.

»Mi vista se oscureció, faltó la tierra bajo mis plantas, y perdí el sentido por completo.

»Cuando volví en mí, me encontré en medio de la calle, algo retirada de aquella casa y en el centro de un círculo de curiosos.

»Ya recobra el conocimiento, dijo el que se hallaba más próximo. ¡Bah! ¿A quién se le ocurre meterse entre tanta gente? La han angustiado entre todos.

—»Eso es natural, a cualquiera le pasa. ¿Se siente usted mejor, hija mía?—me preguntó un anciano de aspecto bondadoso;—si no, la llevaremos a la casa de socorro más próxima.

»—Oh, no, no!—exclamé con terror—; no, ya estoy buena.

»El anciano me ayudó a levantar y me ofreció su brazo para sacarme de entre la turba que me rodeaba.

»Le acepté con gratitud, y nos alejamos de aquel sitio sin que nadie nos siguiese, temerosos de perder el espectáculo que con su lujo y sus trenes les ofrecían los convidados que llegaban a cada paso.

»—¿Dónde quiere usted que le conduzca?—me dijo con dulzura mi compañero.

»—Gracias por su bondad, caballero—le respondí muy turbada—; pero me siento muy bien, y ya puedo caminar sola.

»—Como usted guste, aunque su rostro manifiesta que sufre usted aún.

»Separé mi brazo del de aquel hombre, y me alejé de su lado con más prisa que la que me permitían mis fuerzas.

»Cuando ya me ví sola, me detuve un instante y tuve que agarrarme a la pared para no caer.

»El aire faltaba a mi pecho; me estaba ahogando.

»Ya he consignado aquí que yó no amaba a Fernando, que no hubiera podido amarle nunca; pero el espectáculo de su felicidad, de su fausto y el de mi vergüenza y mi abandono, oprimían dolorosamente mi alma.

»Llegué a mi casa moribunda.

»Aquella larga distancia recorrida con tanto afán; las emociones que había sufrido; el frío, el viento de la noche; el golpe que sin duda me dí al caer, todo había contribuído a empeorarme de un modo espantoso.

»Susana me preguntó si sufría; pero yo no tuve valor ni aun para responderle siquiera.

»Subí a mi cuarto y me arrodillé junto a la cuna de mi hija, rogando a Dios que me inspirase lo que debía hacer.

»El sin duda me oyó, porque uno de sus ángeles quizá murmuró en mi oído el nombre de Carlos.

»Todos decían que era un santo, yo sabía que era un noble corazón.

»Una vez casado el duque, yo no podía admitir la vergonzosa donación que había hecho a mi hija, y debía rechazarla en su nombre.

»Rasgué el papel en dos pedazos, le metí en un sobre que sellé, poniendo en el mismo el nombre de Fernando.

»Reuní después todas estas páginas, en donde está escrita mí vida de estos últimos meses, y las puse por orden.

»¡Ay de mí! Estoy resuelta a ponerlo todo en manos de Carlos; de Carlos, a quien lego esta pobre huérfana como una herencia del alma.

»El velará por ella y la hará honrada y buena, y la dará todo el cariño que ya no puede darle su pobre madre.

»Cuando él lea estos renglones me perdonará el daño que sin pensar le hice, y rogará a Dios por la que fué tan desdichada.

»El también enseñará a mi Blanca a bendecir a su madre y a pronunciar su nombre todos los días.

»¡Oh, sí, Dios mío; que mi hija al menos no me olvide!

»Y si es preciso que algún día sepa quién es su padre, que antes aprenda a perdonarlo también.

»Adiós, pues, pobre ángel inocente, adiós; me separo de tí antes que la muerte cierre mis labios, y aún puedo darte un último beso.

»Después... después moriré sola, sin una mano amiga que cierre mis ojos.

»Pero no, he dicho mal; junto al lecho, en un hospital, vela el amor y la esperanza, bajo la blanca toca de la hermana de la Caridad.

»Ella estará conmigo, ella me enseñará a esperar.

»En esos santos asilos no se pregunta a nadie de dónde viene ni a dónde va; yo callaré mi nombre y así al bajar al sepulcro me perderé como una gota de agua en las profundidades del Océano.

»También mi hija desaparecerá sin que nadie sepa su paradero.

»Saldré con ella, la pondré bajo el amparo de Carlos, y luego ya no volveré aquí.

»Adiós, pues, sitios en donde tanto he llorado, en donde he sufrido tanto. Adiós; ya no tornaré a veros, objetos que me han sido queridos, porque encerrábais un recuerdo o una esperanza. Adiós, adiós para siempre, va a morir lejos de vosotros la infeliz

REGINA».

Hasta aquí llegaban las memorias de la pobre madre de Blanca.

Lo que después sufrió en aquella noche de dolor fué mucho.

Tomó como había dicho, a su hija en los brazos, ató con una cinta aquellos papeles y después de escribir y cerrar la carta dirigida al padre Carlos, esperó que Susana se recogiera para salir de aquella casa.

Poco tardó en sentir que aquella mujer, compañera de los postreros meses de su vida, entraba en su cuarto y apagaba la luz para entregarse al reposo.

Esperó un cuarto de hora aún; después tomó a la niña en sus brazos, la envolvió en su abrigo, dirigió una última mirada en torno y sosteniéndose apenas, se dirigió a la escalera que bajó con inmenso trabajo.

A cada instante, a cada paso que daba, un golpe de tos desgarraba su pecho, y a cada golpe de tos, Regina llevaba el pañuelo a sus labios y le separaba de ellos manchado de sangre.

Con inaudita fatiga, con afán indecible, avanzaba lentamente llevando a Blanca en los brazos; aquel peso la agobiaba.

La desdichada conocía que le quedaban muy pocas horas, porque se sentía desfallecer.

Por eso no se detuvo; por eso no se dejó caer en el suelo mil veces.

¡Pobre niña! ¡Quién hubiera podido reconocerla bajo aquel aspecto doliente, con aquella palidez mate, con aquel semblante demacrado! ¡Pobre niña! ¡Pobre Regina!

Después de mucho tiempo, se paró al fin ante la puerta de aquella casa que iba a ser en adelante la de su inocente hija. ¡Oh! El momento más cruel de la vida de Regina había llegado ya.

Todo el amor de su corazón, toda la alegría de su alma, su felicidad, su esperanza, todo iba a quedar allí.

¡Oh! Quién pudiera medir el dolor de aquella infortunada joven que sentía que la vida se escapaba de su pecho, y que daba el último adiós a la hija de sus entrañas, cuya suerte futura le espantaba y cuya presente se reducía a las duras lozas de una calle solitaria.

Regina se dejó caer al pie de la imagen de la Virgen a quien ya había invocado en otra ocasión.

Elevó hasta ella las súplicas fervorosas de su corazón, y le rogó que custodiara a la débil criatura que iba a dejar para siempre allí.

Ya era tarde; la joven ignoraba si el padre Carlos estaría en su casa, y dudó entre llamar o esperar allí el nuevo día.

De pronto oyó pasos en el piso superior y una voz de mujer que decía bastante alto:

—Andrea, Andrea; cuida que no se apague la luz de la Virgen, por si Carlos tarda en volver que no esté muy oscura la calle.

Estas palabras fueron una revelación para Regina, que conoció, estremeciéndose, el labio que las había pronunciado y que no era otro que el de doña María.

—Esperaré,—murmuró entonces con voz apagada;—esperaré. Así estaré segura que él mismo recoge a mi hija.

Regina aguardó en efecto, pero no pasó mucho tiempo sin que unos pasos pausados, resonando en el extremo de la calle, le hicieran estremecer.

La joven tembló a su pesar.

La hora había llegado.

El padre Carlos se acercaba.

Un rayo de la luna, que rasgó un instante las nubes, dejó ver a la infortunada Regina su figura noble y austera.

Besó a su hija en la boca, contuvo un doloroso grito, próximo a escaparse de su corazón; la dejó sobre el dintel de la puerta y se alejó vacilando para ocultarse entre la sombra.

El ministro de Dios venía tan absorto en el recuerdo de los sucesos que acababa de presenciar, que Regina hubiera podido pasar a su lado sin que él se fijara en ella.

Ya sabemos que los deseos de la joven se vieron cumplidos, pues el padre Carlos penetró en la casa llevando a la huérfana entre sus brazos.

Regina, que todo lo había observado de lejos, volvió de nuevo, besó la piedra en que Carlos acababa de apoyar el pie, y se alejó de aquel sitio conteniendo sus gemidos, pero dejando correr sus lágrimas.

Arrastrándose casi, haciendo esfuerzos inauditos, pudo proseguir su camino y llegar al cabo de tres horas a las puertas del hospital.

Ya era tiempo; la infeliz no podía sufrir más.

El frío de la madrugada hacía temblar su cuerpo, al par que el frío de la calentura.

La debilidad y el cansancio la dominaban de tal modo, que cayó sin sentido antes que su mano tocara el cordón que servía para llamar a aquel santo asilo,

Allí permaneció algún tiempo sin conocimiento, sin vida casi.

Cuando abrió los ojos se encontró en un lecho abrigado y mullido; a su lado había una Hermana de la caridad.

Dios sin duda había conservado su existencia hasta aquellos momentos, para quien ya el mundo le había negado todo bien, todo consuelo, la religión pudiera prestárselos con mano amorosa y bienhechora.

Regina pidió un sacerdote, que no tardó en venir a su lado, y que escuchó la confesión de su vida entera lleno de compasión y de indulgencia.

Aquel anciano la absolvió de su culpa en nombre del Dios de la misericordia, la ofreció un cielo en cambio de sus dolores, después de poner en sus labios la Hostia consagrada, haciendo de este modo que su alma se desposase con el Rey de cielo y tierra, que iba muy en breve a recibirla en las moradas eternas, para celebrar aquellas bodas celestiales.

Por la tarde de aquel día, Regina se agravó mucho más; perdió el habla por completo, y al extinguirse el último fulgor de aquel día, se extinguió aquella vida tan inocente, y a la par tan desventurada.

A la mañana siguiente su cadáver reposaba en la tierra, en la fosa común, no quedando de ella en el mundo, ni un nombre siquiera escrito sobre la losa de un sepulcro.

El joven duque de San Marcial recibió al día siguiente de su boda la noticia de que una mujer modestamente vestida solicitaba hablarle con premura y con insistencia.

Dió orden de que la hiciesen entrar en su despacho particular, y allí se encaminó, sin sospechar que la que lo buscaba era Susana.

—¿Qué hay?—le preguntó, dirigiendo en torno una mirada para asegurarse de que estaban solos;—¿qué hay? ¿Por qué ha venido usted a esta casa? ¿No se lo tenía prohibido expresamente?

—Sí, señor; pero es que...—respondió Susana turbada;—es que... hoy...

—Acabemos, ¿qué quiere usted?

—La señorita Regina salió anoche de la casa.

—La señorita es dueña de ir donde tenga por conveniente.

—Es que no ha vuelto todavía.

—¿Y bien?

—Y que se llevó a la niña consigo.

—Nada tengo que ver con eso,—dijo Fernando encogiéndose de hombros;—ella puede elegir a su antojo el punto donde quiera estar.

—Pero ¿y si le ha ocurrido alguna desgracia? ¿Y... si...?

—¡Bah! esas son aprensiones.

—Al entrar en la alcoba esta mañana la encontré vacía; la cama estaba intacta, prueba de que salió sin haberse acostado; tan sólo sobre una mesa encontré una carta con el sobre para V. E.

—A ver: deme usted; así sabremos quizá...

Fernando tomó aquel papel, rasgó la cubierta, y con extremada sorpresa sólo encontró la escritura de donación que dos días antes había entregado a Regina.

Aquel escrito estaba inútil, rasgado en dos.

—¡Es extraño!—exclamó Fernando, acariciando con su mano fina y aristocrática su sedoso bigote;—es extraño. ¿A dónde habrá podido ir?

—¡Oh, quién sabe! Ella no conocía a nadie, a nadie trataba aquí —murmuró Susana con pesar.

—¡Bien, esperemos! De todos modos, ya lo dije antes; ella es libre, puede hacer cuanto a bien tenga.

—Pero...

—¡Nada! Yo suplico a usted que no me moleste con este asunto, del que me desentiendo completamente. Todo lo que hay en la casa pertenece a usted si Regina no vuelve; creo con eso está bien pagada por sus servicios, y sobre todo, sobre todo, téngalo usted presente; no vuelva nunca a buscarme aquí.

Susana salió de aquella estancia con el corazón oprimido.

Sin embargo, cuando llegó a su casa, una idea, bien culpable por cierto, calmó su pesar; el mobiliario de la casa, las ropas y algunas alhajas de Regina constituían una riqueza para aquella mujer que siempre había vivido en la miseria.

—Si no volviese,—pensó,—todo esto sería mío; yo podría venderlo, y con el dinero que guardo del que el señor duque me daba para los gastos diarios, bien pudiera comprar algunas tierras en mi aldea y vivir allí en paz, sin carecer de nada. ¡Oh! Cuando ya no ha venido... ¿Dónde iba a estar todo el día y toda la noche? ¡Pobrecilla! ¿Por qué se habrá marchado? La verdad es que yo la quería como a una hija, y que no podía tener queja de mí.

Susana, entretanto que decía las anteriores palabras, iba repasando uno a uno los muebles, los trajes, cuanto había allí.

Todo estaba en su lugar.

En uno de los cajones de una cómoda se hallaban los estuches de las joyas con que Fernando había querido halagar a Regina durante los días de su locura, y las cuales jamás había usado la joven una vez vuelta a la razón.

—Nada se ha llevado,—exclamó Susana, abriendo uno de ellos, —nada se ha llevado; es bien extraño. Pero ¿dónde habrá ido sin recursos, y sobre todo, sin decirme nada?

En fin, ella lo ha querido; respetemos su voluntad. Lo mejor es no hablar de esto a nadie, y así que pasen algunos días, una semana cuando menos, hacer lo que he dicho y marcharnos de aquí.

Susana llevó a efecto su plan.

A nadie preguntó por Regina, ni dió el menar paso para saber qué había sido de ella, bajo el pretexto de respetar su voluntad.

Es verdad que nadie tampoco hubiera podido decirla el lugar en que se hallaba, cuyo secreto pertenecía sólo a Dios.

En cuanto a Fernando, se dió por muy satisfecho de la solución que había tenido aquella aventura, que no dejaba rastro alguno en la historia de su existencia.

La mujer a quien había unido su vida pertenecía a una opulenta y

noble familia, y ningún recuerdo de su pasado de soltero debía venir a turbar el cielo de su dicha conyugal.

Repetimos que aquella solución era la mejor que él podía esperar.

¡Pobre Regina!

Susana vendió cuanto la había pertenecido, hizo con todo ello una regular cantidad, y dejó la corte para trasladarse a su pueblo natal, bendiciendo mil veces la generosidad del duque de San Marcial, que le proporcionaba un bienestar tranquilo y seguro para los años de su vejez.

CAPÍTULO XV

La vuelta a la vida.

Cuando Dubois subió de nuevo al carruaje después de haber dejado al pobre Gaspar tendido en el camino, fustigó con tal fuerza los caballos, que éstos emprendieron una carrera rápida y violenta, alejándoles en breve de aquel sitio.

Ni el doctor ni Fausto habían vuelto a cambiar una palabra, preocupados ambos por los pensamientos que les sugería lo extraño de la situación.

Media hora, poco más, llevaban de aquella vertiginosa marcha, por una senda de travesía, cuando a lo lejos, y velada a veces por la frondosidad de los árboles, distinguieron el brillo de una luz, que si bien débil y casi incierta, era suficiente sin embargo a demostrarle que habían llegado al término de su viaje.

—Gracias a Dios,—dijo el médico;—temía que todo fuera inútil.

—Ya ve usted, sin embargo, que hemos tardado bien poco.

—Es que los minutos son contados, si queremos volver la vida a esta mujer.

Fausto iba a formular una pregunta, pero se detuvo y sólo dijo al cabo de un momento:

—Nos esperaban sin duda.

—Sí; Dionisio no se descuida, y ya verá usted cómo lo encontramos todo dispuesto.

El carruaje entraba entonces en una gran avenida de árboles, a

cuyo fin, y a pesar de la profunda oscuridad de la noche, se distinguía la blanca fachada de una casa de campo.

Aquella morada era la quinta... a donde los dos cómplices habían convenido llevar a la pobre Elena.

La luz que les habia servido de guía algunos momentos antes, partía de una de las ventanas del piso principal, cuyas vidrieras estaban abiertas, obedeciendo esto acaso a una consigna recibida de antemano.

El coche se detuvo a la entrada de la casa. Los caballos iban cubiertos de espuma.

Dubois bajó el primero y dió tres golpes a la puerta de aquella morada donde eran esperados, a juzgar por la prontitud con que les fueron franqueadas.

—Vamos, - dijo el médico;—ayúdeme usted a sacar a la condesa, y mientras yo la conduzco donde pueda recibir los cuidados que necesita, que Dionisio se encargue de los caballos. Creo que usted al menos se tendrá que volver esta noche al palacio de Maravel.

Fausto obedeció a Dubois, y éste, tomando el cuerpo de Elena en los brazos, se adelantó algunos pasos, cruzó el vestíbulo, ascendió por la ancha escalera, y sin titubear un momento siguió a lo largo de un corredor, atravesó algunas habitaciones y llegó al fin a un pequeño salón amueblado con sencillez, y al cual prestaban en aquel instante claridad y calor varios troncos de encina que ardían en una espaciosa chimenea.

Dubois colocó a Elena en un sofá y después enjugó el sudor que bañaba su frente.

La cabeza de la joven cayó hacia atrás pesada y sin vida, y su cuerpo permaneció inmóvil como una masa de plomo.

El doctor Dubois respiró un momento con afán.

El esfuerzo que había hecho para conducir hasta allí a la joven, le había producido una inmensa fatiga.

—No perdamos tiempo,—murmuró;—es fuerza obrar ya con rapidez; esta muerte aparente no puede prolongarse más.

Y se dirigió hacia Elena, despojó su cabeza de la toca que la cubría, y procuró apoyarla en el respaldo del sofá.

Los magníficos cabellos de la joven cayeron sueltos y destrenzados, cubriéndola como en una red de oro, y esparciendo en derredor

un suave perfume, pero su frente se inclinó de nuevo pesadamente, cubierta siempre de una marmórea palidez.

Fausto apareció en la puerta de la estancia, y entonces Dubois, dirigiéndose a él:

—Venga usted,—dijo,—venga usted pronto, y ayúdeme a transportar este sofá para aproximarlo a la chimenea; además es preciso reavivar esa lumbre; esta mujer está yerta, y si como espero vuelve en sí dentro de poco, necesita reanimarse, necesita...

Merán prestó ayuda al doctor Dubois, y la infeliz Elena fué colocada muy cerca del fuego.

La llama reavivada esparció sobre su rostro una rojiza claridad.

Dubois sacó de sus bolsillos una cajita de plata, que contenía dos psqueños frascos de cristal.

Destapó uno, y abriendo aunque con trabajo los labios de Elena, vertió en ellos la mitad de su contenido.

Después destapó igualmente el segundo, le aplicó a la naríz de la joven inanimada.

Un imperceptible estremecimiento pareció recorrer aquel cuerpo inerte.

El doctor sacó su reloj y fijó en él la mirada, mientras apoyaba una de sus manos sobre el corazón de Elena.

Un silencio imponente reinaba en aquella habitación.

Dubois, entregado a aquel extraño experimento de la ciencia, no dirigía una palabra a Fausto, que le observaba con ansiedad.

Cuando pasaron algunos momentos, el médico repitió la misma operación que había practicado ya, pero esta vez al derramar en la boca de Elena el licor del pequeño pomo, procuró echarlo hacia atrás para que el líquido se deslizase hasta la garganta y conseguir de este modo que tragase algunas gotas.

El resultado entonces no se hizo esperar.

La joven se agitó un momento, aunque sus ojos no se entreabrieron.

Dubois entonces se aproximó a un armario, sacó de él un cepillo y frotó con fuerza las extremidados de la joven, cuyas mejillas tomaron un leve y fugitivo color.

El doctor la hizo aspirar otra vez el bote segundo, y levantó su cabeza al par que descubría su cuello y su pecho, frotándola nueva-

mente para empezar a restablecer acaso el movimiento de la sangre que empezaba a circular.

—No tardará en volver a la vida,—exclamó Dubois con acento quedo;—mis cálculos no me habían engañado; el pulso es perceptible ya; la respiración empieza, el corazón tiene latido. ¡Oh! al fin triunfo de la muerte; sé atraerla u obligarla a que suelte su presa; ya ve usted que sé cumplir mis palabras.

Efectivamente Elena empezaba a dar señales inequívocas de vida y de animación.

Fausto la contemplaba con afán.

Pero con un afán extraño, febril.

En su mirada no había compasión ni arrepentimiento, ni piedad.

Sólo se reflejaba en ella la expresión de una avaricia cruel.

La joven se agitó más visiblemente, movió sus labios como para lanzar un suspiro y entreabrió sus ojos que vagaban en derredor.

Pero de prouto aquella mirada incierta y medrosa se fijó en Fausto, que permanecía a su lado.

Las pupilas de Elena se dilataron, sus manos se extendieron con espanto, y su cabeza cayó de nuevo pesadamente, mientras un desmayo profundo paralizaba de nuevo todo su sér.

—¡Oh!—murmuró el doctor,—debí preverlo. El terror la ha producido un desmayo terrible. Por dos veces ha puesto usted en peligro la vida de esta mujer, a quien según dice no quiere matar.

—¡Cómo! ¿pues ha muerto?

—¡Es muy posible, en el estado en que se halla! Yo... volveré a empezar de nuevo, y veremos; todo se reduce, pues, a algún trabajo más.

Y el doctor, con una sangre fría espantosa, comenzó a prodigar a Elena nuevos medicamentos y nuevos anxilios.

Larga fué la espera esta vez.

Dubois desesperaba ya de conseguir el objeto que se proponía.

La situación de la joven era por cierto bien cruel.

¡Pobre mujer, entregada a merced de aquellos dos miserables, que sólo veían en ella un medio de enriquecerse; que jugaban con su vida del mismo modo que con su porvenir y con su dicha, cambiándolo todo por algunos montones de oro!

¡Oh, quién sabe! Para el despertar que aquellos hombres la pre-

paraban, quizá la hubiese valido más permanecer en aquel sueño que podía trocarse en eterno.

¡Cuántas infamias se hubiera evitado de comprender, cuántas lágrimas que verter!

Dios sin duda lo había dispuesto de otro modo, y al cabo de algún tiempo en que el doctor agotó cuantos medios le sugería la ciencia, la moribunda volvió a cobrar aliento y a dar señales de que existía.

—Aléjese usted ahora,—dijo Dubois, dirigiéndose a Fausto;—que su primera mirada no vuelva a encontrarle por segunda vez.

Merán se alejó algunos pasos, y el médico prosiguió en su tarea.

Los miembros de la condesa de Maravel fueron perdiendo su rigidez y su frialdad de mármol, y sus ojos pudieron abrirse y examinar cuanto la rodeaba.

Una expresión de extrañeza infinita fué el primer sentimiento que pudo leerse en ellos.

Después quiso incorporarse, pero no pudo conseguirlo, y sólo logró llevar ambas manos a su garganta con un ademán de dolor.

Dubois que la observaba, se aproximó a ella y cogiendo su mano, apoyó los dedos en el pulso, sin que la joven se opusiera a ello.

O no le reconocía, o no podía comprender en aquel instante dónde estaba ni qué circunstancias la rodeaban.

Bien es verdad que la desgraciada no podía adivinar todo el horror de su situación.

Privada de sentido completamente durante tantas horas, le eran desconocidos los sucesos que habían mediado en ellas y la infamia de que había sido víctima.

Fácil le fué, pues, a Dubois hacerle aceptar una bebida preparada por él, mientras le decía con un tono de voz recatado y bajo:

—Vamos, señora, procure usted animarse, y respóndame con verdad; ¿se siente usted ya mejor y con más fuerza que hace un instante?

Elena fué a hablar, pero sólo un gemido se escapó de sus labios, que no pudieron articular una frase.

El doctor la miró atentamente, y después, como recordando algo que hasta entonces tuviera olvidado.

—¡Ah!—pensó;—ese hombre con su arrebato le ha hecho perder la facultad de hablar por algunos días: he aquí una nueva cura por la que tendrá que abonarme nuevos honorarios. Está visto que el futu-

ro conde conspira contra sus intereses de una manera terrible, y que no sabrá nada de lo que desea saber si yo no le ayudo facilitándole el camino.

Elena entretando había cerrado de nuevo los ojos, y parecía sumida en un profundo sopor.

Su debilidad era extremada.

Las tres daban en aquel instante en un reloj suspendido de la pared.

Fausto hizo una seña a Dubois, que se acercó a él sin hacer ruido.

—Pocas horas de noche quedan ya, y bien sabe usted que debo volver antes que amanezca.

—¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Que antes de marchar necesito hablar con esa mujer; necesito que me diga...

—Hablarla, bien puede hacerlo; en cuanto a que ella le conteste...

—¡Qué!

Será más difícil.

—¡Cómo!

—Y casi lo ha hecho imposible, al menos por ahora.

—Yo, explíquese usted.

—Sin duda olvida que no hace muchas horas quiso hacerla enmudecer.

Merán hizo un movimiento brusco, pero el médico no le dejó continuar.

—Yo no lo presencié,—añadió;—pero estoy cierto de ello; la señal de sus dedos era demasiado visible, se destacaban impresas en la garganta. ¡Oh! amigo mío, esa fué una imprudencia que ha podido costar cara; ya se lo indiqué a usted antes de ahora.

—Pero en fin...

—Esa joven no puede formular una sola frase; se lo repito.

—¿Pero al menos podrá oirme?

—Eso sí.

—¿Y podré hablarla sin peligro de...?

—¿De morir? ¡Bah! yo no puedo responder de eso.

—¿Pues no aseguraba...?

—Que volvería del letargo en que ha estado treinta horas consecutivas; y bien, ya ve usted que no me he engañado. La hemos sacado del sepulcro, y aún vive.

—Pero si ahora...

—Ahora... ahora, yo no puedo responder de nada. Usted la causa un terror espantoso, y eso tal vez destruirá la obra de mi ciencia.

—No importa,—murmuró Fausto con acento duro y resuelto;—no importa; sepa yo de ella dónde están ocultas las riquezas que ansío, y luego me será indiferente que viva o muera.

—¡Ah!, ya veo que no me equivocaba: tiene usted fuerza de voluntad, resolución, ¡oh!, ese es el único medio de hacer fortuna, y cada vez doy mayores gracias a la suerte de que nos haya reunido a los dos.

Fausto se mordió los labios con impaciencia; comprendía que le iba a ser imposible librarse en adelante de su cómplice.

—Acabemos,—murmuró;—y si como usted dice, Elena puede escucharme, déjeme usted solo con ella, y terminemos de una vez.

Dubois miró a Fausto de una manera indefinible, y una sonrisa irónica plegó sus finos labios un momento.

—Puede usted decirle cuanto guste, amigo mío; mi presencia no es un óbice para ello; ¿qué secreto puede existir entre nosotros? Además, acaso le seré útil, acaso ella necesite de mí. Por de pronto es menester que desaparezca ese sopor que la embarga todavía, y con el cual le entendería a usted a medias, aún su inteligencia está casi envuelta en el letargo que la dominaba; ya ve usted su postración.

—Entonces...

—Dentro de algunos momentos cesará por completo ese estado; sólo con que beba algunos sorbos de una poción que yo conservo y que voy a administrarle.

Y diciendo esto, Dubois depositó en un vaso la medicina indicada, y la acercó a los labios de la enferma.

—Ahora ya podrá soportar esa conferencia que usted desea. Aproveche los momentos.

Merán se adelantó, y llegando hasta la joven, y sacudiendo su brazo.

—¡Elena,—dijo,—escucha con atención!

La desgraciada abrió los ojos, le miró con espanto, e hizo un movimiento para huir.

—No, es inútil,—añadió Fausto,—es inútil; aquí estamos solos, no puedes salir, ni nadie vendrá a interponerse entre nosotros; en vano

sería toda resistencia por tu parte; no tienes más remedio que plegarte a mi voluntad.

La joven llevó la mano a su frente como tratando de reunir sus recuerdos; luego sus labios se agitaron con un temblor convulsivo, y fijó en aquel hombre una mirada tan angustiosa como interrogadora.

—Si cedes a mis deseos nada temas; escucha, escucha bien; yo necesito saber lo que hace algunas horas ibas a revelar a un extraño, lo que hace mucho tiempo trato de adivinar en vano, el sitio donde Edmundo de Salvani escondió las riquezas de su familia antes de ser conducido a la prisión.

El semblante de Elena se tiñó con un fugitivo color de púrpura, y en sus pupilas, clavadas en Merán, brilló un rayo de enojo o de desdén.

Sin duda veía clara y desnuda toda la infamia de aquel hombre.

El adivinó sin duda los pensamientos que cruzaban por la mente de la joven, y murmuró:

—Sí, puedes despreciarme cuanto quieras, puedes maldecirme a tu placer; pero esa fortuna será mía, porque estoy dispuesto a todo por adquirirla.

La condesa se cubrió el rostro con angustia; aquel hombre la daba miedo.

—Me descubrirás ese secreto que tú sola posees,—prosiguió Merán con furor, me lo descubrirás de grado o por fuerza.

Aquel secreto era el porvenir de sus hijos, y Elena tuvo fuerza para mover la cabeza de una manera negativa.

—Yo sabré arrancartelo,—añadió él con más enojo.

Las manos de Elena se dirigieron involuntariamente. a su seno como para defender algo en él.

Fausto equivocó la intención de aquel movimiento, pues gritó con voz en que la cólera temblaba:

—No es tu vida la que corre peligro, insensata, es la de tus hijos; es la de tus hijos, cuyo asilo conozco, y que a estas horas estarán ya separados de Juana Duró, estarán ya en mi poder.

Un grito ahogado y doliente se escapó de los labios de Elena, que presa de una agitación terrible desgarróse el vestido que la cubría, y que no era otro que su lujosa mortaja; y sin reparar en ello siquiera, buscó una y otra vez un objeto en su pecho.

Aquel objeto era el medallón de oro que le había sido arrancado la noche anterior en medio de su sueño de muerte, y aquel medallón encerraba el misterio que Fausto la exigía revelar.

Elena sintió una sacudida terrible en todo su sér.

Sin comprender la realidad de su situación, adivinó que estaba a merced de aquel hombre, y que aquel hombre era un miserable.

Recordó y quedó claro ante sus ojos que la había querido asesinar, y pensó que el que es capaz del asesinato lo es del robo sin duda también.

Quiso hablar, quiso protestar de aquella infamia, pero su garganta sólo produjo sonidos inarticulados y angustiosos.

Un torrente de lágrimas inundó sus pálidas mejillas, y hubiera caido en una crisis nerviosa, si Dubois interponiéndose entre ella y su verdugo:

—Basta, dijo: ya ve V. que no puede contestar; dejémosla por esta noche, mañana podrá entender mejor cuanto se la diga, y será más posible conseguir que ceda y que lo sepamos todo; venga V.

Y asiendo a Merán por el brazo le sacó fuera de la estancia, cerrando la puerta tras sí.

Una vez en la pieza inmediata, Fausto miró a una de las ventanas y dijo después de examinar el espacio.

—Ya empieza a amanecer.

—¿A qué hora es el funeral? preguntó el doctor con su acostumbrada sangre fría.

—A las doce; pero antes...

—Sí; ya sé que tiene V. que estar en el palacio de Maravel, donde su deber de deudo afligido le obliga a recibir a los amigos de la familia, y sobre todo a mostrarse cariñoso y solícito con el anciano conde.

—Todo eso es cierto, y aunque su estado no le permite recibir a nadie, quiero que crean todos que me afano por él.

—¡Oh!, nada tema V.; los intervalos en que su cabeza está despejada, su paralisis le impide toda acción que no esté aprobada por V.

—Es que para facilitarlo todo, para evitar entorpecimientos, yo quisiera...

—¿El qué?

—Si Margarita fuera instituida heredera universal...

—¿Piensa V. decirle que Elena ha muerto?

—Es indispensable para esto.

—Pues bien, ya sabe V. con lo que su inteligencia se despeja, ya sabe V...

—Sí, sí; esta noche dejará de tomar lo que...

—Entonces dentro de dos días estará en todo el pleno goce de su razón, y podrá autorizar el documento que V. solicita.

—Así todo irá bien, y sólo faltará que Elena...

—Cuando sepa que la creen muerta, que no tiene esperanza de salvación, ella revelará dónde están esas riquezas, y una vez terminado este asunto, podremos separarnos en paz.

—Entre tanto...

—Entre tanto, déjela usted tranquila; lo demás fuera empeorar su situación sin provecho alguno por nuestra parte.

—Es que si alguien pudiera penetrar...

—Es imposible; esta casa está demasiado aislada, y Dionisio es fiel; además, en todo caso no faltará otro asilo más apartado y más seguro donde llevarla; respondo de ella.

—Yo temo...

—Temor vano; ¿quién puede sospechar lo que ha pasado? ¡Oh, nadie!

—¿Y si el hombre que anoche nos seguía?...

—Juzgo que estará bien muerto, y hoy mismo lo sabré.

—¿Usted?

—En mi calidad de médico visito los hospitales todos los días, y como es posible que le hayan llevado a alguno ya herido, ya cadáver, nada más fácil que convencernos de la verdad.

—Es cierto; de ese modo...

—Convenga usted, amigo mío, en que mi ciencia le es necesaria.

Fausto nada contestó.

A su pesar el dolor le dominaba.

—¿Le veré a usted esta tarde?—preguntó luego.

—Quizá no; mi presencia puede ser precisa aquí, y además debemos evitar que nos vean juntos; en todo caso, cuando las circunstancias lo requieran, ya sé que puedo encontrarle...

—En mi pabellón, todas las noches y a las doce le esperaré.

Fausto bajó la escalera y se dirigió a la puerta de la casa, donde

Dionisio le esperaba subido en el pescante del carruaje que les había traido.

—A casa, y pronto; te detendrás en la esquina de la calleja que está a espaldas del palacio, junto a la tapia del jardín.

— Está bien, señor,—contestó el criado solamente, dando después algunos latigazos a los caballos, que partieron a escape.

Dubois vió alejarse a su cómplice sin que su rostro manifestase ninguno de los sentimientos que agitaba su corazón.

Cuando ya estuvo solo,

—¡Ah!—se dijo,—si yo lograse hacer hablar a esa mujer antes que él volviese! ¡Quién sabe! De todos modos ella es hermosa, muy hermosa, y...

El doctor guardó silencio; una nube pasó por su rostro, que se tornó pálido y sombrío.

—No,—añadió;—¿qué importa la belleza de esa mujer? ¿No era ella también hermosa? Vamos, pensemos en la fortuna, en el oro; ya no hay amores en mi corazón; sólo hay ambición, sed de oro, y la condesa de Maravel me hará poderoso, ya que su destino es vivir muerta para el mundo.

CAPÍTULO XVI

Apenas empezaba a romper el día, cuando Fausto penetraba en su despacho por la puerta secreta que ya conocemos y que comuniba con el jardín.

Su semblante pálido y alterado por el insomnio y por las emociones de aquella noche, se avenía muy bien al papel que debía representar, pues los que iban a verle confundieron fácilmente las señales de su crimen con las huellas del dolor.

Aunque cansado y calenturiento, no pensó en dormir; sólo ocupó su imaginación con el modo de arrancar al anciano conde su consentimiento para formalizar el acta legal que debía instituir a Margarita su heredera universal, cosa que llevó cabo, como ya hemos visto en uno de los capítulos anteriores, y en prepararse para asistir a la ceremonia de los magníficos funerales de Elena, en los cuales quería probar su adhesión y respeto a la familia de Maravel, de la cual iba a mostrarse públicamente el único y legítimo representante.

Puso, pues, el mayor esmero en su traje de riguroso luto y esperó la hora para subir al carruaje y dirigirse a la iglesia, donde estaba encargado de presidir el duelo.

Antes de pasar adelante, creemos preciso dar algunos pormenores de la existencia de aquel hombre, que tan gran papel viene representando en los sucesos que narramos.

Fausto había nacido en un pequeño pueblo de la provincia de...

Sus padres, acomodados labradores, cifraron en el niño todas las esperanzas, todo el amor de su vida, y esa exagerada ternura estaba

harto justificada, pues aquel hijo, único fruto de su unión, demostraba en sus primeros años una inteligencia superior, un talento nada vulgar.

Fausto creció mimado y halagado por todos los que le rodeaban, y sin que nadie opusiera en su infancia dique a su voluntad ni freno a sus caprichos.

El niño, adulado de este modo, se creyó superior a sus honrados padres, y esta creencia se arraigó más en su pensamiento, al ver que los autores de sus días juzgaron poco para él la posición que ellos habían ocupado, su tranquilo bienestar, la vida del campo en fin, y se decidieron a mandarle a la ciudad para que empezase sus estudios, camino para él de brillante posición.

Nuestro hijo vale mucho,—decían a menudo;—nuestro hijo vale mucho para vejetar en una pobre aldea. Dios le ha dado un ingenio notable y es preciso que lo aproveche, que sea algo en el mundo.

¡Pobres corazones amantes y leales! ¡Santas y engañosas ilusiones del cariño paternal; anhelos infinitos, ilusiones apoyadas en el exceso de la ternura; cuántos males, cuántas decepciones, cuántas amarguras habéis traído a veces en pos de vosotras! ¡Cuántas ingratitudes han sido en el mundo vuestro premio!

Merán salió de la casa paterna llena la mente de deseos, lleno el pensamiento de exageradas pretensiones, pero sin una lágrima en los ojos, sin un latido de pesar en el corazón. Su padre se quedaba afligido, su madre llorando pero ¿qué importaba aquel duelo? El iba a gozar, a buscar una fortuna, a gastar el fruto de muchos años de trabajo y economía, esto era todo!

Sus primeros pasos en el camino de la ciencia fueron brillantes y aprovechados.

Ya hemos dicho que poseia una inteligencia superior.

Pero bien pronto, y adormecido con aquellos primeros triunfos conseguidos tan fácilmente, empezó a creer que, para saber, no era preciso estudiar, que sólo se necesitaba para seguir adelante en el camino de la vida, mucho atrevimiento y mucha audacia. Con esta creencia, las horas de estudio fueron trocadas por horas de abandono y las diversiones ocuparon el lugar de los libros.

Fausto hizo amistad con algunos calaveras de la misma índole, llevándole de fiesta en fiesta, de garito en garito, le hicieron invertir

en ello el tiempo destinado a crearse un porvenir, y el dinero que sus padres le mandaban, cediendo a sus continuas peticiones.

Bien pronto, y con este sistema, los ahorros se consumieron, y las necesidades del joven se aumentaron.

—Me falta poco para conseguir el objeto apetecido, decía a los honrados labradores, me falta poco, y es imposible volver atrás; un esfuerzo más y todos seremos felices.

Los corazones honrados son sencillos y leales, y se dejan engañar fácilmente, porque son incapaces de toda ficción.

Las palabras de Fausto eran creidas y los ensueños de color de rosa dejaban encubierta y velada la tristísima realidad.

Algunas fincas y heredades fueron vendidas, y su producto arrojado en el tapete verde o derrochado en locas orgías.

La fortuna se asemeja a veces a una sarta de perlas: una vez roto el hilo, las cuentas ruedan una tras otra, hasta que todas se escapan de nuestras manos.

Tras las primeras suertes de labor, se vendieron las segundas, y así sucesivamente todo el modesto caudal se trocó en nada en pocos años.

Cuando los amigos y vecinos del pueblo censuraban su conducta, o les aconsejaban otra más cuerda, contestaban:

— Nuestro hijo está a punto de terminar su carrera; entonces nos iremos a vivir a su lado y nada nos hará falta, tiene grandes esperanzas que veremos realizadas, excelentes y poderosos amigos, con los cuales está obligado a alternar hoy, y por eso nos gasta algo más, pero en siendo rico, ¿para qué queremos nosotros nada, si con él lo tenemos todo?

Los amigos callaban; no querían o no se atrevían a turbar aquella dulce confianza, y el antiguo patrimonio de la familia de Merán seguía pasando a manos extrañas.

Fausto, con todas las apariencias, con todas las necesidades de un gran señor, no poseía nada ya.

La herencia paterna se había consumido en poco tiempo, y sus padres tenían sólo la indigencia y la miseria por compañeras de la vejez.

Cuando las exigencias del joven no pudieron ser satisfechas con tanta rapidez como antes, sus cartas empezaron a ser menos cariño-

sas y frecuentes, y su padre empezó a comprender aunque vagamente toda la imprudencia de su anterior conducta.

Por desgracia era muy tarde ya, lo había perdido todo! sólo les quedaba el amor que tenían a su hijo.

Aquel amor tan lleno de abnegación y ternura; aquel amor tan indulgente como profundo.

El amor paternal en fin.

Días de amargura y angustia empezaron a reemplazar a los días de paz y alegría; días de dolor, sin tregua, y de privaciones sin fin.

Y lo que más apenaba al buen padre, lo que hacía derramar lágrimas más amargas a la madre tierna y amorosa, era el no poder acudir a las exigencias de Fausto, era el temor de que algo le faltase, era en fin el miedo que le inspiraba su suerte venidera.

¡Qué piélago tan insondable de sublimes abnegaciones es el alma de una madre!

La de Fausto, aún creía, aún aguardaba en su hijo.

Por aquel tiempo, una desgracia nueva vino a aumentar las anteriores amarguras. Un dolor más cruel vino a hacer palidecer los otros dolores.

La contribución de sangre, la horrible ley que separa a la madre del hijo, que arranca al labrador de su campo, al ciudadano de su hogar, vino a llenar de luto a los habitantes de la aldea.

Fausto tuvo que sufrir el destino de los demás, y esperar a que la suerte decidiera si podía continuar en su vida de locuras, o había de ingresar como soldado en las filas del ejército.

Gabriela, la infeliz madre, creyó morir de pesar ante este solo temor.

Lágrimas, gemidos, quejas dolientes, llenaron aquella pobre casa, donde había reinado el bienestar y la paz.

—¡Oh!, murmuraba la desgraciada en medio de su aflicción: ¿Por qué no hemos pensado en que podía llegar este momento? ¿Por qué no hemos prevenido este terrible mal? ¿Por qué no hemos conservado los recursos necesarios para librarle de la suerte de soldado, si soldado le hace la suerte?

El padre le escuchaba con la frente inclinada, pero transido de dolor.

Y a medida que se acercaba el día en que iba a decidirse aquella

cuestión, a resolverse aquel problema, el duelo aumentaba, y la desesperación se apoderaba del corazón de aquellos padres tan desgraciados.

—Yo moriré, si él tiene que marchar a la guerra, decía Gabriela a cada instante. ¡Oh!, no, yo no podré sobrevivir a esta pena. Saber que marcha a pie, presa del cansancio, del frío, de las privaciones, saber que acaso va a tomar parte en los combates; que en torno de él silvan las balas y que está expuesto a morir lejos de su madre, lejos de todo amor, de todo socorro, solo, sin consuelo, abandonado. ¡Ay!, yo moriré si mi hijo es soldado!

Y sus palabras caían como gotas de plomo derretidas en el corazón de su esposo, que jamás había visto correr una lágrima en sus pupilas sin correr a enjugarlas, y que ahora se veía impotente para consolar aquel inmenso dolor!

Ocho días antes del señalado para decir la suerte que iba a caber a los mozos de la aldea, Fausto, obligado por las circunstancias, pisaba el suelo que le había visto nacer, y al cual tan poco afecto guardaba en su corazón.

Era al anochecer de uno de los últimos días de Mayo.

El joven, elegantemente vestido y mirando con indiferencia en torno, se adelantaba negligentemente contestando con frialdad a los saludos que aquellos sencillos aldeanos le dirigían.

Con aire de fastidio y disgusto atravesó algunas calles del pueblo, y llegó hasta la puerta de la casa en donde había nacido y donde sus honrados abuelos habían pasado la vida también.

Con gran sorpresa, otra familia habitaba en aquella morada tan risueña y tan pacífica, algunos años.

A pesar suyo, su corazón redobló los latidos y su voz tembló ligeramente al preguntar por los autores de sus días.

—Ya no viven aquí—le respondieron—; habitan hace algunos meses al extremo de la aldea.

—¿Que no viven aquí—exclamó Fausto con asombro—¿Que no viven aquí? Pero ¿por qué?

—¡Toma!, como han vendido la casa, han tenido que dejarla—añadió el hombre a quien Merán interrogaba—; han tenido que dejarla, y eso...

El joven no preguntó más, pero después de informarse del nuevo

domicilio de sus padres, se dirigió a él con el alma llena de sombríos presentimientos.

¿Qué significaba aquella mudanza? ¿Por qué su madre nada le había dicho de ella? ¿Por qué su padre había guardado silencio también?

Fausto empezó a sospechar algo de la verdad; sus padres se habían arruinado por él, pero aquella verdad, lejos de inspirar a su alma un sentimiento de gratitud, una idea de arrepentimiento, sólo le produjo una decepción horrible, un amarguísimo despecho.

¡Era pobre cuando se juzgaba rico; iba a verse obligado a renunciar a las comodidades y al lujo, cuando la costumbre había hecho necesarios para él el lujo y las comodidades!

Aquel pensamiento era terrible.

Necesitaba saber la realidad de aquella sospecha que le torturaba, y aceleró el paso para llegar pronto.

Los que le veían y por casualidad recordaban quién era, no extrañaban aquella prisa; ¿qué hijo no la tiene para abrazar a sus padres, después de haber estado algunos años privado de su presencia?

Fausto llamó con mano convulsa a la puerta de la casa.

Esta se abrió, y una mujer envejecida por los pesares y cubierta con un modesto traje apareció en el dintel.

Aquella mujer era Gabriela, aquella mujer era su madre!

Un grito agudo dió a conocer a Fausto que había sido reconocido, y dos brazos encadenándose con fuerza a su cuello le probaron al par que en nada había amenguado la ternura de aquel seno amante que le había dado la vida.

¡Hijo! ¿Eres tú?—dijo Gabriela cuando las lágrimas y los sollozos la dejaron hablar—¿eres tú, eres tú? ¿Por qué no has avisado tu llegada? ¿Por qué no decirnos?...

—¿Y mi padre?—preguntó Merán sin contestar a las palabras de Gabriela—¿Y mi padre, dónde está?

—Ven, ven conmigo—dijo la pobre madre, sin dejar de abrazarle —ven conmigo y le verás.

Guiado por ella penetró en el interior de la casa, y un instante después estaba al lado del anciano, que le recibió con la misma ternura que su madre, aunque contenido en sus demostraciones por un profundo y terrible dolor.

—¿Por qué no estamos en nuestra antigua casa?—fué la primer palabra de Fausto—¿por qué otros están allí? ¿Será verdad lo que me han dicho?

—¿El qué?—murmuró el anciano Pedro, comprendiendo a su hijo, pero retardando su respuesta.

—Que nuestra casa ha sido vendida.

—Es cierto—dijo el anciano, mientras la emoción hacía su voz temblorosa—, es cierto; aquella casa ya no es nuestra.

—¿Y por qué?—añadió el joven—¿Y por qué despojarse de una morada que tantos recuerdos debía encerrar para usted?

—¡Oh, muchos!—exclamó Pedro más conmovido, cada vez más —Allí murió mi padre!

—Allí naciste tú—dijo Gabriela a su vez, conteniendo en vano las lágrimas.

—Entonces—dijo Fausto, ansiando llegar hasta el fin—, entonces... por qué no conservarla... por qué...

—Porque para que tú pudieras vivir en Madrid, hijo mío, ha sido forzoso que nosotros dejemos nuestra amada casa, que nosotros vivamos aquí.

Fausto se quedó mudo, no se atrevió a contestar.

Su padre, que tomó su silencio por una muestra de pesar,

—Tranquilízate—dijo—; nosotros nada echamos de menos, nada queremos sino verte feliz; tú lo eres, puesto que tus estudios adelantan, que tu porvenir...

—Además—añadió Gabriela—, con el dinero que te hemos mandado habrás vivido bien, no habrás sentido el tormento de las privaciones, la agonía de las faltas; hasta, hasta... quizás tengas algún dinero, alhajas o recursos...

Al decir ésto, una ansiedad terrible se pintaba en el semblante de aquella madre, cuyo único pensamiento era el de buscar los medios de librar a su hijo de ser soldado, dado caso que la suerte le designara como tal.

Con la mirada fija en el joven aguardaba la respuesta, respuesta que podía encerrar una esperanza o una terrible decepción.

—Madre—exclamó Fausto con frialdad—, madre, la vida en Madrid es muy cara, y lo que a usted parece suficiente ha sido en realidad muy poco.

—¿Luego nada te queda a tí tampoco, nada posees?—balbuceó con aliento la pobre mujer.

—¡Yo! Como podía usted suponer... esa pregunta es extraña y no comprendo en verdad su objeto.

—Perdona, hijo mío—murmuró el desgraciado padre—, es que...

El anciano calló, no se atrevió a continuar.

—Es que—dijo entonces la madre con ímpetu—, es que necesitamos dinero, dinero para esos hombres que gobiernan, para esos hombres que arrancan los hijos del seno de sus madres, que los llevan a la guerra, a la guerra que empapa en sangre las heredades, que tala los campos; a la guerra donde se mata y se muere sin defensa y sin consuelo.

Las lágrimas cortaron la voz de Gabriela, mientras Pedro inclinaba la frente, contagiado por aquella desesperación.

—Vamos, ¿por qué se aflige usted así, madre mía? Yo creo que nada tengo que ver con los horrores y peligros que amenazan al pobre soldado; yo no he de serlo. Si nuestra suerte ha cambiado, si ya no somos lo que antes, al menos estoy seguro que mi padre habrá recordado que podía llegar ese momento, y habrá conservado lo necesario para evitar... ¡Oh, deberes tan sagrados no se dan al olvido nunca!

El anciano se estremeció; la especie de reproche que le dirigía aquel hijo tan locamente amado, le hería en lo más profundo del corazón.

Nada contestó a aquellas palabras, y Merán continuó:

Por eso he venido aquí; en la aldea se terminan más pronto estos enojosos asuntos. Después volveré a la corte, y ya veremos... sí, ya veremos; con un último esfuerzo por su parte... Pero yo estoy resuelto y necesito descansar algunas horas; hágame usted preparar una habitación, madre.

Gabriela se levantó, cogió una luz y fué a disponer a Fausto un lecho en su propio cuarto, el más aceptable de toda la casa.

Gracias al desvelo maternal, gracias a sus cuidados, que sólo una mujer amante puede prodigar, el joven no encontró tan molesta su estancia en aquella pobre morada.

Una hora después dormía, mientras Pedro y Gabriela velaban aún en la estancia inmediata.

—¿Le has oído?—decía el anciano, fijando sus ojos en la compañera de su vida—¿Le has oído? Todo lo hemos sacrificado por él, y sin embargo...

—No le culpes—se apresuró a decir la infeliz madre—, no le culpes; ¿qué sabe él lo que nos cuesta el haber querido elevarle, hacerle un hombre superior?

—Calla, Gabriela, ¿acaso puedes ignorar?

—Nosotros todo se lo hemos ocultado; cuando le hemos enviado las cantidades que pedía, jamás le hemos dicho: «esto es el producto de la venta de nuestros bienes, esto es algunas brazadas menos, de las tierras que son tu patrimonio». No, hemos callado, hemos callado, y quién sabe el mal que hemos hecho.

—¿Qué dices, Gabriela, tú también?

—¡Oh!, yo le amo, es mi hijo, es mi bien; pero comprendo ahora el mal que hemos hecho!

—¡Dios mío!

—Le hemos dejado ver un mundo que no era el suyo, gustar de unos placeres que no le son dados, aspirar a una existencia que nunca podrá lograr. ¡Ay de nosotros, Pedro; ay de los padres que en la vanidad de su amor quieren levantar a sus hijos sobre el nivel de su fortuna, quieren hacerles superiores a ellos mismos! ¡Cuántas lágrimas les esperan!

—No te comprendo.

—Pues qué, ¿no has visto?...

—¿Qué?

—Que Fausto no nos ama.

—¿No amarnos él?

—¡Oh! No se oculta un pliegue del corazón de un hijo a la mirada de una madre. En sus ojos no había lágrimas de alegría al estrecharme entre sus brazos; no había en su voz una inflexión del alma para llamarme madre mía!

—¿Pero tú?...

—Yo le adoro; ¿qué puede influir en mi cariño su despego o su ternura? ¿Acaso en el amor maternal hay egoismo? ¿No es, por ventura, el que más se asemeja al amor de Dios, por su abnegación y su indulgencia. Yo le adoro, Pedro, yo le adoro; y estas frases que acabo de pronunciar, depositándolas en tu seno, quiero que las olvides,

que las olvides para siempre, porque si otro me las dijera me ofenderían, y si era un amigo renegaría de su amistad, y si eras tú... si eras tú no renegaría de tu cariño, pero creería que no eras buen padre.

Aquella mujer hablaba muy bajo, muy bajo; temía no sé, si que Fausto se despertase, no sé si escucharse a sí misma.

Pedro, profundamente conmovido, la oía sin interrumpirla, comprendiendo la verdad de sus desconsoladoras razones.

—Y en medio de la amargura que inunda mi corazón al comprender la frialdad de su acento, gozo con escucharle porque es suyo, porque es mi hijo el que habla, y yo no atiendo a sus frases, sino al sonido de su voz. ¡Oh, Pedro, no somos ricos; nada nos queda que darle ya, y ¿lo creerás? siento el haber perdido nuestra modesta fortuna, por no poder venderla otra vez para ofrecerle su producto de nuevo; pero ¡ay! nada nos queda, nada, ya lo sabes; ni aun lo preciso para comprar su libertad si dentro de ocho días...

A este pensamiento Gabriela no pudo contener sus lágrimas, y casi ahogada por ellas, murmuró, estrechándose contra el seno de su esposo:

—¡Ay, Pedro, Pedro, yo moriré si esto sucede!

El anciano la oprimió contra su corazón.

Gabriela había sido su solo amor en el mundo, y aquella pena ¡ay! le desgarraba el alma.

¡Ay!, bien puede decirse que el desgraciado no sentía sus dolores, ante el dolor de su mujer.

—Vamos—la dijo—, ten valor, esposa mía, ten valor; Dios hará que él no saque bola negra.

—¡Oh, sí; Dios tendrá piedad de mí! Y en todo caso ¿qué?—preguntó Gabriela con un acento en que la ansiedad, la fuerza y la angustia se mezclaban.

—Sufriremos, pero sufriremos juntos, unidos; nos consolaremos los dos.

—¡Para mí no habrá consuelo!

—Mi cariño probado tantos años...

—¿Qué me importa nada en el mundo, si pierdo a mi hijo?

—Te quedo yo.

—Mi hijo, mi hijo es mi vida—repitió la madre con extravío.

—¡Gabriela!

—¡Mi hijo!—dijo ella de nuevo, sin reparar en el dolor y en el asombro del anciano.

Pedro no contestó ya nada. Las frases de aquella mujer le habían herido en lo profundo del alma.

El creía serlo todo para ella, como en treinta años lo había sido todo para él.

La decepción había sido terrible.

Hay sentimientos que pueden comprenderse pero no explicarse.

De los ojos del anciano se desprendió una sola lágrima, y mirando a Gabriela con expresión indefinible,

—Tranquilízate—dijo—. Yo te juro en nombre del amor que siempre te he tenido, que Fausto no será soldado.

—¿De veras?—exclamó ella con el frenesí de la alegría y el sobresalto de la duda—¿De veras?

—No sé mentir.

—Pero...

—Te repito que aunque la suerte le sea funesta, no será soldado.

—¿Y con qué medios cuentas? ¿Qué harás?

No me lo preguntes.

—¡Cómo!

—Es mi secreto; pero recobra la calma y confía en mí.

La inmensa alegría de la madre hizo a la esposa no reparar en lo sombrío del rostro de Pedro al repetirle su promesa.

Los días se sucedieron unos a otros, con esa rapidez con que se declina el agua de un torrente, o como se escapa de una mano calenturienta un puñado de nieve, trocada en nada y deshecho con el calor.

Fausto había oido de los labios de Gabriela algunas palabras llenas de confianza en lo porvenir, pues para ella toda la mayor desgracia consistía en ver al joven formando parte del ejército; una vez perdido ese temor, lo demás le parecía insignificante y pequeño.

Merán había confiado también en lo futuro, mas aún, creía que

sus padres conservaban algo de su caudal, y se prometía con algunos días de paciencia y fingimiento, volver a Madrid con recursos para seguir algunos meses más en su vida de disipación.

El tiempo, como ya dijimos, transcurrió así. Y a medida que se acercaba el momento decisivo, Gabriela temblaba a su pesar, y Pedro aparecía más triste y preocupado.

Amaneció por fin el día designado para el sorteo, día de lágrimas en aquel pequeño pueblo para todas las madres.

La multitud acudió desde temprano a la plaza pública y aguardaba con impaciencia el resultado.

Todos los vecinos de la aldea estaban interesados en aquel juego de la suerte.

Todos tenían hijos, hermanos, amigos por quien temer, y todos se reunían, se comunicaban sus temores o sus esperanzas, sus proyectos y sus votos.

Sola y en un extremo, separada de todos, pálida y con el semblante descompuesto, estaba Gabriela.

Fausto, desdeñando mezclarse con aquellas sencillas gentes, no creyendo en su vanidad que tenía nada de común con ellas, había inventado aquella mañana una cacería que debía alejarle por algunas horas del pueblo.

Pedro había salido muy de mañana también, sin decir a dónde iba y sin despedirse de su esposa; ésta, pues, estaba sola como hemos dicho y aislada entre sus convecinas, pues el orgullo y el aire altanero de su hijo había hecho que todas huyeran de él y de aquella pobre familia.

Todos esperaban llenos de ansiedad.

Al fin, y en medio de un silencio angustioso, empezó el sorteo.

Los nombres de algunos jóvenes fueron pronunciados en alta voz.

En pos de cada uno de ellos se fué publicando un número.

Así llegaron hasta el seis.

A aquellas palabras que decidían la suerte de un hombre, respondían gritos de angustia, gemidos, quejas y lamentos.

Aquello era un duelo, un mar de dolores.

Sólo faltaba un hombre, sólo quedaba el número siete.

El corazón de Gabriela quería saltarse de su pecho. La esperanza empezaba a iluminar sus ojos y su alma.

Uno, uno ya no más... Quizá Fausto iba a quedar libre; quizá el destino que le había protegido hasta entonces iba a seguir favoreciéndole, y a pesar de todo, a pesar de las promesas de su esposo, Gabriela temblaba, Gabriela tenía miedo.

¿De qué? No lo sabía; pero un presentimiento horrible oprimía su pecho y oscurecía su razón.

—Fausto de Merán,—exclamó un acento claro y vibrante.

—¡Es el número siete!—respondió otra voz en seguida.

Dos gritos distintos se dejaron oir en dos direcciones distintas también.

El uno era Gabriela, que exclamaba con un gemido del alma:

—¡Mi hijo!

El otro era de Pedro, que gritaba a la par:

—¡Es libre! ¡Es hijo de viuda!

Después... ¡Oh!, después de una detonación espantosa rompió el silencio general.

Pedro había cumplido su promesa.

Gabriela tendría a su hijo, pero había perdido a su esposo.

El infeliz anciano había comprado con su vida la libertad de Fausto; una bala acababa de poner fin a su existencia.

Cuando pasado el primer momento de estupor corrieron a darle auxilio, sólo levantaron del suelo un cadáver.

En cuanto a su esposa, fué llevada sin sentido a su casa por algunos piadosos vecinos.

El joven que se vió obligado a reemplazar a Fausto era huérfano; pero no estaba aislado en el mundo. ¡Tenía una mujer que le amaba!

Una pobre niña llamada Consuelo, buena como un ángel y hermosa y pura como las flores de los campos, la había consagrado su vida.

Sola y pobre como él, sus corazones se habían comprendido, se habían enlazado sus manos para cruzar juntos el camino de la vida, y sólo aguardaban la decisión de aquel día para repetir ante Dios el juramento que se habían hecho de amarse siempre.

Consuelo, que había pasado noches enteras llorando y pidiendo a Dios por Damián; Consuelo que había creído un momento entrever realizadas sus esperanzas de ventura, tuvo una horrible decepción con la muerte de Pedro.

La infeliz creyó perder la vida también al ver que iba a tener que separarse del hombre de su amor.

Pobre criatura, había soñado tanto con otros días más dichosos, con un hogar, con un compañero que embelleciese su existencia, que la ofreciese pan y abrigo con su honrado trabajo; que la decepción fué dolorosa, cruel.

Y era imposible aguardar remedio a aquella cuita, era inútil buscarle.

¡Qué saben los felices de amargura! ¿Qué les importa a los poderosos algunas gotas de llanto, si no los detienen muchos mares de sangre tampoco?

¡Pobre Consuelo! Su nombre era un sarcasmo para ella, que tan sola iba a quedar.

Pasaron muchos días, pero llegó el designado para la partida de Damián.

La pobre niña, que antes pedía a Dios, no redujo sus súplicas en que el ángel de la guarda guardase su vida en los campos de batalla.

Se resignaba ya a esperar, pero no se resignaba a perderle para siempre.

¡Pobre corazón humano! ¡Cómo cuando la desgracia te oprime vas replegando tus deseos a medida que pierdes tus esperanzas!

Lo que en la calma de la dicha te parece un mal insufrible, en la hora de los dolores te parece un pequeño mal.

Consuelo por su dicha era cristiana.

Esperaba siempre y siempre rogaba, al amparo de Dios ponía sus venturas o sus pesares.

Como no tenía madre, en aquel naufragio de su alegría buscó un puerto a las plantas de la Madre de Dios.

Después de estrechar por última vez la mano del hombre que

amaba, después de decirle mil veces «adiós», de entregarle la cruz que llevaba al cuello desde niña y derramar en su seno las postreras lágrimas, Consuelo dirigió una mirada en torno y se halló aislada enteramente.

Las que sufrían su misma pena no tenían llanto para los dolores ajenos, abismadas en su propio duelo.

Las que eran felices, huían de ella o la miraban indiferentes.

Una idea extraña acudió entonces a su mente: pensó en su madre, en su madre que reposaba en el cementerio de la aldea hacía ya muchos años, pero que en aquel momento la miraba quizá desde el cielo.

El amor de las madres no se extingue ni aun bajo la piedra de los sepulcros.

Consuelo, instintivamente lo sintió así, y fué a buscar entre los muertos lo que no hallaba entre los vivos.

Salió del pueblo y se encaminó al panteón. Allí iba a llorar libremente; el lugar al menos estaba en armonía con el estado de su espíritu.

La infeliz franqueó aquella puerta, tras la cual estaba la nada de la vida, ante lo inmenso de la eternidad.

Trémula, dolorida, moribunda, se dejó caer de rodillas junto a una pobre cruz fija en la tierra.

Allí reposaba muerta la que le había dado la vida.

Consuelo lloró mucho, rezó también por largo rato y más y más que nunca se lamentó de su soledad.

En medio del silencio que le rodeaba, creyó percibir algunos gemidos.

Volvió la vista, pero nada halló en torno.

Juzgó que sería una ilusión de su mente y sobresaltada y presa de un temor sin nombre se dispuso a salir de aquella mansión.

Pero al dar algunos pasos, los sollozos se hicieron más perceptibles y los suspiros más distintos.

Salió resueltamente, mas al traspasar el dintel de aquella augusta morada vió arrodillada junto a la humilde tapia una mujer vestida de luto y llorando también junto a una fosa reciente.

Pero ¡ay! que aquella fosa no estaba abierta en tierra bendita; ¡ay! que aquella fosa estaba aislada y sin la sombra de una cruz; ¡ay! que

el infeliz que dormía en ella había sido rechazado por los hombres, rechazado por la religión.

¡Era un suicida!

El llanto que regaba aquella tumba era más doliente, más desesperado, más sin nombre que todas las lágrimas derramadas en aquel lugar.

Consuelo sintió en su corazón algo que la arrastró hacia aquella infeliz cuya desgracia era superior a la suya.

Se acercó a la pobre mujer a quien casi no pudo conocer por la terrible alteración de sus facciones y sin decirla una palabra se postró en la húmeda tierra y oró a su lado.

La enlutada bajó los ojos y los fijó en la joven, primero con extravío, con asombro después.

—¡Consuelo!—murmuró con voz débil,—¡Consuelo! ¿Eres tú?

—¡Gabriela!—respondió la niña conociendo aquella voz;—¡cómo! ¿Usted? ¡Dios mío, qué cambiada!

—Un día de los dolores que yo sufro, envejecen por diez años, hija mía, y llevo muchos de sufrir; ¡ay! es muy triste llorar por un sér a quien los hombres acriminan; velar junta a un sepulcro que no está rociado con agua bendita; orar por un alma que la Iglesia olvida en sus preces!

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo estremecida;—¡y yo que me creía la más desgraciada!

—Y además de todo esto,—prosiguió Gabriela con mayor angustia y con expresión delirante,—verse sola, olvidada, abandonada por todos, rechazada en todas partes como si un estigma terrible sellara mi frente!

—¡Olvidada, abandonada! ¿Pues no tiene usted a su hijo?—preguntó la niña con natural asombro.

—¡Oh! no le nombres; por él murió su padre; por él moriré yo!

—Pero ¿dónde está?

—Lo ignoro, ha huldo... no sé a qué parte, quizá no pudiendo soportar la vista de estas gentes que le acusan de la desgracia de sus

padres, ha tenido vergüenza de sí mismo y se ha marchado... se ha marchado para no volver.

El rostro de aquella desventurada estaba pálido como el de un cadáver, sus ojos extraviados y brillantes y el horrible frío de la calentura estremecía todo su sér.

Consuelo le cogió una mano y la sintió temblar entre las suyas.

¡Ay! Gabriela no mentía, estaba próxima a morir!

—Pero ¿por qué ha venido usted aquí?

—Para morir,—respondió la anciana,—¡para morir al lado de Pedro!

—¡Oh!, eso es imposible; eso no puede ser. Venga usted, venga usted lejos de estos sitios que angustian el alma. ¡Vámonos por Dios!

—¿Y a dónde he de ir? La justicia ha embargado mi casa, mis muebles... no tengo asilo, ¡déjame aquí!

La noble joven, ante aquella miseria, olvidó sus pesares, mas aún se creyó dichosa y bendijo al cielo porque aún ella podía esperar.

Se vió fuerte, joven, llena de vida, y levantó a Dios el pensamiento lleno de una sublime resolución.

Se quitó su propio pañuelo y envolvió con él a la anciana, ayudándola a levantar.

—¡Hija mía!—murmuró ésta agradecida,—¡hija mía!

—Sí, lo seré,—dijo Consuelo con energía;—lo seré, trabajaré para usted, no la abandonaré y la amaré como a una madre. Y así,—añadió por lo bajo,—así el ángel de mi guarda contará a Dios esta buena acción y Dios tendrá piedad de Damián y le salvará de todo peligro.

Gabriela, presa de una terrible enfermedad, estuvo muchos días entre la vida y la muerte.

Consuelo no la abandonó un instante.

Partió con ella su lecho, su hogar, el pan que el trabajo o la caridad ponían en sus manos, y a fuerza de cariño logró, aunque tras largos días de afán, derramar algunas gotas de bálsamo en las heridas de aquel corazón.

Lentamente, muy lentamente la muerte fué dejando su presa, y la desolada madre volvió a poner el pie en los caminos de la vida.

La prometida de Damián multiplicó entonces sus afanes.

Los trabajos más rudos, las faenas más penosas, no eran pesadas para ella, siempre que con el miserable jornal que la producían pudiera alimentar a la que llamaba su madre.

¡Oh!, los que no han vivido del trabajo, y del trabajo de una mujer prestado en una pequeña aldea, no pueden nunca calcular las horas de agonía que Consuelo tuvo que soportar.

¡Y sin embargo era feliz!

Tenía una madre, tenía con quien hablar de Damián, tenía con quien forjar sus sueños para el porvenir.

—Cuando él vuelva,—solía decir a Gabriela en sus momentos de expansión, cuando él vuelva tendrá usted dos hijos, porque Damián me ha bendecido por lo que llama mi buen corazón. El trabajará para ambas, y nada nos faltará. Luego... quizá podamos reunir algún dinero y marchar a la ciudad, donde acaso encontraremos a Fausto, a ese hijo por quien llora usted siempre, y a quien no ha vuelto a ver, y entonces él la hará olvidar sus penas y podrá ser menos infeliz.

La viuda de Pedro abría su alma a esta dulce esperanza, y sus lágrimas eran entonces menos amargas.

Así pasó mucho tiempo.

Algunos meses, algunos años.

Damián escribía cada mes una carta, en la que daba cuenta de su vida entera.

Como era honrado, y sufrido y bueno, sus jefes le querían, y vivía en clase de asistente con uno de ellos.

Cuando supo que Consuelo había recogido en su casa a la madre de Fausto, de aquel que hubiera ocupado su lugar sin la desastrosa muerte de Pedro, sintió en su corazón un sentimiento extraño y desconocido.

Sin la muerte de aquel hombre, sin su loco amor por aquel hijo indigno, él permanecería aún en su aldea, sería ya esposo de Consuelo.

Casi podía acusar de su desgracia a aquella familia! Pero al saber la acción de Consuelo, la abnegación de la joven se trasmitió también a su alma.

Porque ella conocía el abandono de Gabriela, su vida de amargura, su miseria... todo, y conmovido y admirado ante la santa virtud de la que iba a ser la compañera de su vida, se juró así mismo hacerse digno de ella imitándola en lo posible.

Así pues, en sus cartas llamaba madre a la anciana, y juraba reemplazar al hijo por quien tanto sufría.

En su sencilla fe, en su modestia humilde, Damián creía que el aprecio de sus superiores, el haber salido ileso siempre en los peligros que rodean la existencia de un soldado, era el premio que Dios concedía a la generosidad de su amada.

¡Oh! y ¿quién sabe si tenía razón?

Quién sabe el mal que aparta de nosotros una plegaria fervorosa, una gota de llanto enjugada, una buena acción cualquiera que sea.

¿Negaremos por ventura que la oración es un lazo que liga la tierra con el cielo? ¿Ignoramos que Dios cuenta nuestros pasos, oye nuestras súplicas, y atiende a nuestras oraciones?

¡Oh!, ¡desgraciado del que lo ponga en duda!, ¡cuántos consuelos, cuántas esperanzas le faltarán en este mundo!

Gabriela había hecho cuantas gestiones estaban en su mano para adquirir noticias de Fausto. ¡Pero todo fué en vano!

¿Qué podía en verdad hacer una anciana, pobre, enferma, ignorante de las costumbres y las cosas del mundo? Nada.

Cuántas veces había querido ir a Madrid y preguntar a todo el mundo por su hijo, y aun recorrer las calles dándole voces y repitiendo a gritos su nombre.

Pero ¡ay!, ¡esto era imposible!, estaba casi baldada, estaba débil, sin fuerzas para ir a pie; ¡sin recursos para pagar los gastos de un largo viaje!

Mas siempre, siempre, de día, de noche, a todas horas, su único sueño, su solo afán, era ir en busca de Fausto, verle, estar a su lado, ¡abrazarle antes de morir!

Pobre mujer, pobre madre, pobre Gabriela.

Damián anunció al fin su pronta vuelta a la aldea.

Aquel día, lo fué de fiesta para la enamorada Consuelo.

¡Cuántas dulces alegrías, cuánto gozo suave y puro inundaron su corazón!

La anciana también participó de aquella ventura.

Allí en el fondo, muy en el fondo de su corazón la venida del joven daba lugar a una esperanza.

Llegó por fin el instante anhelado.

El soldado distinguió a lo lejos el campanario de la aldea, y con la mano colocada sobre el pecho aspiró la brisa de los campos donde ya volvía para no abandonarlos jamás.

A una gran distancia del pueblo, y al volver un recodo del camino, su corazón redobló sus latidos; y sus labios pronunciaron un nombre, tan dulce como la mujer que lo llevaba.

El nombre de Consuelo.

¡Y era verdad!, inmóvil y de pie sobre una pequeña roca que le permitía dominar mayor espacio de terreno estaba la joven aguardándole con afán.

Damián agitó su pañuelo, y un grito de alegría respondió a esta señal.

Un instante después los dos jóvenes se hallaban uno al lado del otro, más amantes, más enamorados, más dichosos que nunca.

Asidos de la mano, con la ventura pintada en el semblante, y la paz en el alma, regresaron a la humilde casa de la joven, donde les esperaba la anciana Gabriela.

Al verlos, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Cuántos recuerdos, cuántas memorias agitaron su espíritu atribulado.

Damián la prodigó los consuelos que le dictó su noble corazón y le juró no abandonarla nunca y amarla como a una madre.

Pasados los primeros instantes de expansión, el licenciado puso lleno de orgullo en las manos de Consuelo un cinto repleto de monedas de plata.

—Toma, la dijo, con esto te compras el vestido de novia, y el ajuar para nuestra casa, quiero que tengas galas y pendientes de oro, y que no haya en el pueblo una mujer mejor ataviada que tú, ya que tampoco la hay más hermosa y con más virtudes.

—¿Pero que es esto?, exclamó la niña admirada al ver aquel dinero que para ella constituía una riqueza.

—Esto; estos son mis ahorros, y los regalos que me ha hecho al venir mi coronel, que me quería como a un hijo, y por el cual daría yo mi vida.

—¿Y me lo traes?

—¡Todo! Cuatro mil reales que quiero que gastes según tu capricho.

¡Dios mío!—exclamó Consuelo con el purísimo semblante encendido de placer.

—¡Sí, Dios; a Dios es a quien lo debemos todo. Vamos,—añadió el honrado joven, dirigiéndose a Gabriela;—¿y usted no se alegra madre mía, puesto que yo la daré siempre este nombre? A usted la compraremos un traje para que asista a la boda como madrina de la novia.

Una lágrima, rodando por las mejillas de la anciana, fué la sola respuesta que tuvo a tan cariñosas palabras.

La infeliz tenía en su corazón tan incalculable mar de penas, que la alegría de los demás la hacía daño.

Sin embargo, amaba a Consuelo, a quien debía su vida casi, a quien debía el asilo que cobijaba su vejez.

La niña vió correr aquella lágrima, y acercándose a la pobre mujer.

—Vamos, madre mía,—exclamó;—yo no quiero que usted llore en el día más feliz de toda mi vida; no en vano hemos compartido nuestra existencia por espacio de algunos años; no en vano hemos sufrido juntas también.

—¡Consuelo!—respondió sólo la viuda de Pedro Merán,—¡Consuelo!

—Ya lo he dicho que no quiero verla llorar; yo sé el modo de evitarlo, y lo evitaré, sí, lo evitaré.

—¡Hija, mis lágrimas son eternas!

—¡Oh, no! Ya verá usted; Damián me ha dado este dinero, es mío; yo puedo hacer lo que guste de él.

Al pronunciar estas frases, la inocente niña fijaba en su prometido una mirada indescriptible.

—Ya lo creo que puedes hacer lo que quieras,—respondió él.

—Pues bien, invertiremos la mitad en adornar nuestra casa, en hacer de ella un paraíso; la otra mitad...

—En tí, Consuelo mía, en tí; ya te lo he dicho.

—No, es otra cosa, es otra cosa mejor.

—Mejor,—exclamó admirado Damián, que no creía nada mejor que adornar a su adorada.

—En ir los tres a Madrid.

—¡A Madrid!

—Sí, a buscar allí a Fausto de Merán, a ese hijo de cuyo amor está sediento ese pobre corazón, destrozado por la duda hace tantos años.

Al decir esto la joven señalaba a Gabriela, que se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Bendita seas!—exclamó con toda la efusión de su alma;—¡bendita seas!

—Esa bendición será mi corona de desposada,—dijo la niña conmovida.

Y mirando a Damián, añadió:

—Y a fe que no habrá más gala que me embellezca más a tus ojos.

—Está visto que tú sabes escoger como nadie,—respondió el novio, enjugándose con el dorso de la mano una lágrima que empañaba el cristal de su negra pupila.

La boda se verificó tan luego como fueron cumplidas las formalidades de costumbre, y ocho días días después, Gabriela, acompañada de los nuevos esposos, emprendía el camino de la corte, con la santa esperanza de encontrar a su hijo.

CAPÍTULO XVII

¡Pobre madre!

Las campanas con su voz vibrante publicaban la muerte de Elena.

La Iglesia, tapizada de terciopelo negro, apenas podía contener la multitud que se agolpaba en ella.

Un lujoso catafalco levantado en medio de la nave y rodeado de cien y cien blandones amarillos, casi tocaba en la sagrada bóveda, adornado de blancas estatuas, de negros crespones y de coronas de siemprevivas.

La numerosa orquesta llenaba los ámbitos con lúgubres sones, mientras infinidad de voces entonaban los cánticos fúnebres con que la Iglesia despide a sus hijos cuando éstos arriban a la eternidad.

La concurrencia era numerosa, y de lo más escogido de Madrid.

Fausto, con traje de riguroso luto, de irreprochable elegancia, presidía el duelo, como encargado del infeliz conde de Maravel, y como pariente próximo de la finada.

Fausto en aquellos instantes tenía que sostener una lucha terrible, pues todas las miradas estaban fijas en él, observándole con curiosidad y empeño.

Los más sabían que el condado y las riquezas de aquella antigua familia pasarían a él, y juzgaban mentido el aire de tristeza con que procuraba cubrir su semblante.

Merán en verdad estaba preocupado y sombrío.

La inquietud que toda acción infame produce en el alma del que

la ejecuta, daban a su rostro una expresión angustiada que cuadraba admirablemente con el papel que se veía obligado a representar.

Perdido en mil ideas contrarias, había pasado aquellas horas, tan abstraído a veces, que el lugar, la música y las personas que le rodeaban desaparecían a sus ojos, trasladándose en pensamiento a las escenas de la noche pasada y del día anterior.

Así transcurrió el tiempo, y terminó la ceremonia religiosa.

Los invitados empezaron a salir de la Iglesia unos tras otro, y a montar en los lujosos carruajes que les esperaban a la salida.

Fausto, sentado en un banco, les veía partir, permaneciendo en su puesto, quizá por evitar ser a la luz del día objeto de tantas miradas, quizá porque en su preocupación ni aún se fijaba en que todo había concluído.

Y tan distraído se hallaba, que no reparó en una mujer anciana, que pobremente vestida, se iba acercando a su lado y caía arrodillada cuando se encontró cerca de él.

Si alguien se hubiera fijado en el rostro de aquella mujer, si alguien hubiera prestado atención a su actitud y a sus miradas, indudablemente se hubiera asombrado al ver su ademán y su expresión.

A través de la pobre mantilla que medio envolvía su cabeza y su semblante, se veían brillar gruesas y abundantes lágrimas, que enjugaba con mano convulsa para que no se interpusieran como un velo entre la mirada de sus ojos y Fausto, en quien la fijaba con delirio.

Y a medida que pasaba el tiempo, y que su contemplación era más atenta, la emoción de aquella mujer crecía, como crecen las olas del mar cuando la borrasca agita su seno.

Sin dejar su posición, andando de rodillas y desviando lentamente algunas personas que aún se interponían entre ellos, poco a poco, muy poco a poco consiguió por fin llegar a sus pies, tocar sus ropas, y escuchar la respiración que se escapaba de su pecho.

Aquella mujer temblaba como la hoja en el árbol cuando el vendabal se desencadena.

Sin embargo, procuraba permanecer inmóvil como aquel que tiene en su mano un objeto frágil y delicado y teme romperlo; como el niño que mira una linda mariposa posada en una flor y próxima a levantar el vuelo cuando se acerca para tocarla, o como el desgra-

ciado que sueña con la ventura y no quiere despertar para que no desaparezca su sueño.

Las naves del templo iban ya quedando desiertas.

Fausto tenía apoyada una mano sobre el banco en que estaba sentado, y la mujer postrada a su lado, haciendo un movimiento recatado y tímido, acercó sus labios y tocó imperceptiblemente aquella diestra cubierta con el guante.

Merán se estremeció ligeramente, volvió la vista y la fijó en la miserable anciana.

La frente de aquel hombre palideció densamente; sus párpados se agitaron como deslumbrados por una luz demasiado viva, y su corazón dobló sus latidos hasta el extremo de comunicar sus movimientos a su finísima camisa de batista.

Sin embargo, ni un estremecimiento, ni un ademán, ni una frase dejó conocer aquella violenta emoción.

La mujer entre tanto había inclinado otra vez su cabeza, y de un modo que nadie pudo apercibir, depositó un seguudo y ligero beso en aquella mano que antes tocara.

Aquel beso quemó sin duda la diestra de Fausto, porque la retiró con rapidez, aunque sin volver el rostro a la anciana.

—¡Hijo!—murmuró ésta quedo, muy quedo, muy quedo.

—¡Hijo mío!

Merán, como una estatua de piedra, no pareció escuchar aquella voz.

¡Oh! y aquella voz debía herir la fibra más sensible de su alma, porque era la de su madre, la de Gabriela, a quien él reconocía a pesar de no haberla escuchado hacía ocho años.

—¡Hijo!—balbuceó ella de nuevo, sintiéndose morir de alegría, de angustia, de pena a la par.—¡Hijo mío!

Pero tampoco esta vez Fausto se volvió.

Aquel hombre era dueño de sí, aun en aquellas circunstancias, y con la rapidez del relámpago había pensado en las consecuencias que aquel encuentro podía traer.

¿Cómo el futuro conde, futuro millonario, futuro noble, había de llamar madre a aquella infeliz?

Esto era imposible, esto era descender de su elevada posición; esto era dar paso a la mordaz crítica; esto era levantar una punta del velo de su pasado, y Merán no podía hacerlo.

En aquel instante en que su orgullo y su deber se veían tan mezclados, Fausto sufría todos los tormentos de aquella lucha sobrehumana.

Pero la vanidad, la soberbia debían vencer en aquel corazón frío y egoista, y sólo pensó en evitar el escándalo, en librarse de la escena a que preveía iba a dar lugar el amor de su madre.

En un momento en que algunas gentes cruzaban a su lado, Fausto dejó su asiento y se encaminó a buscar la salida, sin haber fijado una vez sus ojos en Gabriela.

Ella que vió su acción, se alzó del suelo también y siguió en pos de aquel hombre infame y desnaturalizado.

Merán era más agil, y consiguió abrirse camino entre la multitud, y ella se iba quedando muy atrás.

Sin embargo un obstáculo inesperado detuvo al Conde en la puerta.

La gente que se agolpaba, los carruajes, el bullicio, hacían imposible la salida.

Gabriela hizo un esfuerzo desesperado, y se adelantó, extendiendo sus manos, y logrando asir el traje de Fausto.

El tiró con fuerza, viéndose detenido, pero la mano crispada de su madre no se aflojó ni soltó su vestido.

—¡No, no te irás!—gritó ya en el colmo del desvarío;—¡no te irás, no me abandonarás de nuevo!

Algunas gentes fijaron su atención en aquella lucha angustiosa, y empezaron a preguntar:

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Quién es esa infeliz? ¿Qué quiere?

—¡Es sin duda una pobre demente!—murmuró Merán, tratando de marchar;—yo no la conozco, no sé quien es.

Gabriela quedó inmóvil.

Soltó las ropas de su hijo para llevar a su frente la mano con que las sujetaba.

Aquella frente ardía, parecía que iba a estallar a la fuerza de su dolor.

—¡Será verdad!—gritó con ronco acento;—¿será verdad que me he vuelto loca? Pero no; es él, es él y le pierdo de nuevo.

—¡Oh!, paso, señores, paso,—dijo aquel hombre con el rostro descompuesto;—dejad que me aleje; esta escena me hace daño.

—Aquí, señor conde,—gritó uno de los criados de Merán, adelantándose sombrero en mano.

—¡Es un conde,—decían;—¡pobre mujer!

—¡Hijo!, en nombre de tu padre que murió por tí, no me abandones!, gritó la anciana desesperada.

Fausto, con el pie en el estribo ya, se detuvo un instante.

Una nube de sangre pasó por sus ojos, y estuvo a punto de volver.

Pero se repuso instantáneamente.

Sacó de su bolsillo algunas monedas de oro, y las arrojó a Gabriela diciendo:

—Que socorran a esa infeliz.

La anciana lanzó un grito terrible, una de aquellas monedas la había echado en su frente, hiriéndola con el golpe.

La limosna de Fausto cayó al suelo, mientras la sangre bañaba el rostro pálido de su madre.

—Que la lleven al hospital, que la lleven a una casa de dementes, —decían algunas voces.

—¡Es lo mejor! ¡Molestar así a las gentes!

—¡Sí, que se la lleven!

Y ya un agente de policía se adelantaba hacia Gabriela que yacía medio desvanecida en el suelo, cuando una joven pobre, pero decentemente vestida, se abrió paso entre la multitud, y llegando hasta ella.

—Déjela usted,—exclamó;—es mi madre, y ya estoy yo aquí para socorrerla.

—¡Su madre!—murmuró Merán, sin ser dueño de contener su asombro.—¡Eso no puede ser!

Consuelo, pues era ella, miró fijamente aquel hombre y repitió.

—¡Sí, mi madre!, yo lo aseguro; si hay algún hijo tan miserable que se atreviera a renegar de la suya, aquí está mi corazón para remediar esa infamia.

Fausto se precipitó dentro del carruaje, y dijo al criado que cerraba la portezuela:

—Aprisa, aprisa; castigue usted sin piedad a los caballos, y vamos a casa pronto.

El coche partió a escape, mientras los curiosos, atraídos por aquella escena, empezaron a retirarse también.

Sólo Consuelo permaneció junto a Gabriela. Arrodillada a su lado y sosteniéndola con amor, sacó de su bolsillo un pañuelo blanco, y vendó con él la frente de la infelíz madre, que empezaba a volver en sí.

Aquel pañuelo se manchó de sangre.

—Valor, madre mía,—dijo Consuelo, cuando la anciana pudo oírla;—valor; yo estoy aquí.

—¡Era él!—balbuceó la desdichada; ¡era el; estoy cierta!

—Sí, ya lo sé; si yo no recordara su semblante, bastaría su turbación y su asombro para habérmelo dado a conocer.

—Y... se ha marchado .. me deja.

—Sí, se ha marchado; pero consuélese usted, aún me tiene a mí.

—Y ¡nadie le ha detenido!

—Es rico, según parece; le han llamado señor conde.

—¡Oh!, yo iré, yo le buscaré, yo diré...

—No, no, jamás; volvamos a nuestra aldea. Allí los hijos no niegan a sus madres; allí no las arrojan su oro a la cara. ¿Qué podrá usted esperar del que así ha herido su frente?

Gabriela espantada llevó la mano a sus sienes, y al ver en ella una mancha de sangre,

—¡Qué horror!—exclamó.—¡Oh, llevadme lejos, muy lejos, donde pueda morir sin maldecirle!

Consuelo sostuvo a aquella mujer moribunda, y las dos se alejaron sin que nadie pensara en ponerse ante su paso.

Sólo uno de los guardias municipales, el que había estado más cerca, se aproximó a Consuelo y la dijo al oído:

—Haría usted bien en conducir a esa pobre vieja a Leganés; allí estaría bien, ya que su cabeza...

—¡Llevarla a... oh, qué infamia!

—Es que, si otra vez sucede, si vuelve a molestar a alguno con sus locuras, nos veremos en la necesidad de usar de la fuerza para evitarlo. Los vecinos honrados, y sobre todo los grandes señores, no deben ser incomodados por cualquiera que se le antoje. Vamos, vaya usted con Dios esta vez, pero le repito que en lo sucesivo será otra cosa.

—¡Oh, sí, vamos, madre mía!—exclamó Consuelo con acento de amargura y terror.—¡Vamos; justicia de la tierra, cuán ciega eres, y cuán inútil, y cuántos crímenes quedarían impunes si no hubiera la justicia del cielo!

La anterior escena nos es muy fácil de explicar.

Ya sabemos que Gabriela, amparada por sus dos hijos adoptivos, que querían santificar su dicha con las bendiciones de la anciana, había salido de la aldea para ir en busca de Fausto.

Algunos días antes del drama que tuvo por desenlace la muerte aparente de Elena de Maravel, los tres viajeros habían llegado a Madrid hospedándose en una de las posadas más pobres y más humildes de la corte.

Sus medios eran muy escasos y debían aprovechar el dinero a costa de privaciones.

Una vez en la populosa capital, se sintieron desanimados e irresolutos.

¿Cómo encontrar al que buscaban? ¿Qué medios tenían para ello y, sobre todo, estaban ciertos siquiera de que él residía allí?

En su sencillez, en su afán de complacer a Gabriela, cuyo anhelo de ocho años había sido ir a Madrid, en nada de esto habían pensado, y sólo al empezar a realizar su empresa comprendieron la casi imposibilidad de llevarla a cabo.

Consuelo y Gabriela no habían salido jamás de su pequeño pueblo, y en su inexperiencia y en su ignorancia creían iguales a aquel olvidado rincón todos los demás puntos de la tierra.

—Preguntáramos por él, se habían dicho y alguien nos dará razón. ¡Pobres criaturas! ¡Cuál fué su desengaño al llegar a Madrid!

Comprendiendo su error y sólo fiaren a la casualidad el encuentro de Fausto, y ya hemos visto cómo ésta puso frente a frente a la madre y al hijo.

Aquella mañana habían salido de su posada las dos mujeres, sin punto fijo donde dirigirse. Vieron un templo abierto, oyeron música, respiraron el aroma del incienso que se escapaba de sus naves y entraron a rogar a Dios, a confiarle sus esperanzas.

Allí Gabriela vió al hijo que buscaba, pero ¡ay! qué terrible ingratitud encontró también.

La joven de quien la había separado la multitud, pudo llegar hasta ella en el momento que hemos visto.

Cuando volvieron a su morada, Gabriela iba moribunda; Consuelo horrorizada; espantada de aquel Madrid donde tales monstruos habitaban.

Su solo anhelo era volver a su aldea. Allí tenía miedo; no la habían amenazado, no intentaron encerrar a la indefensa anciana en... ella no sabía donde, pero había oído que se servirían de la fuerza para conducirla.

En cuanto a ésta, herida por aquella cruel decepción, sin fuerzas para soportar la existencia, cayó en un desaliento mortal, en una atonía del espíritu imposible de describir.

Sin oponer resistencia, se dejó conducir por aquellos dos seres que Dios había puesto a su lado y se alejó de la corte, donde nada tenía que buscar.

—¡Llevadme donde pueda morir!—había dicho, y esto era lo que anhelaba.

¡Pobre mujer, desdichada madre!

¡Cuánto debía sufrir!

Al día siguiente salían de aquel Madrid, a donde había llegado con tanta ilusión, y de donde volvían con tal desengaño.

Cuándo penetraron de nuevo en su pequeña casita, Damián y Consuelo respiraron con más libertad.

En cuanto a Gabriela, parecía muda y petrificada.

El manantial de su lágrimas se había secado ya; su corazón estaba muerto, su inteligencia paralizada.

Los jóvenes esposos se esforzaban en consolarla; pero ¡ay! ¿quién consolará a una madre de la ingratitud de sus hijos?

Damián se dedicó con un ardor indecible a buscar los medios de ganar honradamente la subsistencia.

No tardó en encontrarles.

Era activo y leal, y el trabajo no podía faltarle.

En su humilde y tranquila morada todo fué bienestar y paz; la única nube que enlutaba aquel cielo, era la suerte de Gabriela, cuyo dolor se había hecho silencioso y sombrío.

Los jóvenes, sin embargo, la amaban y la mimaban cada día más, y estaban resueltos a cumplir hasta el fin su santa misión.

Dichosos ¡ay! los que en el camino de la vida encuentran el amparo de la caridad y la virtud.

Dubois había visto alejarse a Fausto, y una vez solo, mil pensamientos encontrados se habían agitado en su cerebro, como se levantan y chocan las olas de un mar revuelto y tumultuoso.

Teniendo como único norte, como sola guía la idea de crearse una fortuna que le permitiera disfrutar de los goces y consideraciones que da el oro, el doctor se hallaba dispuesto a todo, a todo; hasta a hacer traición a su mismo cómplice, si esto le acortaba el camino para llegar a su objeto.

Después de reflexionar algunos instantes, volvió a penetrar en la habitación que ocupaba Elena, a quien había dejado en una situación tan dolorosa como extraña.

La infeliz joven, pálida, aterrada, continuaba aún presa de un espanto y de una agonía cruel.

Al entrar Dubois hizo un movimiento instintivo de repulsión y se cubrió el rostro con las manos, mientras de sus labios se escapaba un ahogado gemido.

—Vamos, cálmese usted, señora,—dijo él, procurando dar a su voz una inflección dulce y compasiva;—cálmese usted, ya ha visto que he procurado librarla de la presencia de ese hombre, que sin duda le es enojosa. Por ahora está usted libre de él y al lado de un amigo, de quien nada malo debe esperar.

Elena descubrió su demudado semblante y miró a Dubois con expresión de duda y recelo.

Aunque no había comprendido bien los planes de Fausto, ni sabía la parte que el doctor había tomado en ellos, le bastaba saber la amistad que unía a éste con Merán, para desconfiar de él y dar poco valor a aquellas muestras de bondad.

Así es que, al escuchar la palabra *amigo,* una sonrisa desdeñosa y triste plegó sus pálidos labios, que no se abrieron para pronunciar una sola palabra.

Dubois permaneció algún tiempo callado también, hasta que al cabo volvió a reanudar sus anteriores frases murmurando:

—Comprendo que no la inspiro confianza; sin embargo, yo puedo hacer mucho por cambiar su situación y en usted consiste que me decida a ello.

La joven condesa de Maravel, comprendió que aquel hombre iba a poner un precio a sus servicios y recobró alguna esperanza.

Cualquiera que fuesen sus condiciones era preferible aceptarlas a continuar abandonada e indefensa en poder de Fausto, de quien lo temía todo.

En su casi imposibilidad de hablar, miró al doctor con expresión interrogadora, aguardando a que se explicase.

—Antes,—dijo éste muy lentamente, y como para dar más fuerza a sus palabras;—antes de exponer mi pensamiento, debo decirle la verdad; manifestarla clara y explícitamente su situación, para que comprenda bien mis..... los servicios que puedo prestarla y en lo que debe apreciarlos.

Elena hizo un levísimo signo de asentimiento, lo bastante para hacer conocer a Dubois que le comprendía perfectamente.

—Por... no se como decir,—murmuró el médico;—por causas que él solo conoce, Fausto de Merán ha buscado los medios de que se halle usted a merced suya enteramente y lo ha conseguido, señora, lo ha conseguido por completo.

La mirada de Elena se hizo más interrogadora, más llena de preguntas.

—Por una complicación de circunstancias tan extrañas como inexplicables en este momento, toda la buena sociedad, todos sus amigos y sus más fieles servidores lloran la temprana muerte de la bella, noble y rica condesa de Maravel, cuyo nombre se halla escrito en la blanca loza que cubre un sepulcro vacío.

Elena, a pesar de su debilidad, hizo un movimiento brusco que casi la hizo saltar de su improvisado lecho, pero la falta de fuerzas le hizo volver a dejarse caer, lanzando un gemido inarticulado.

Dubois dejó pasar el primer momento, y luego, con la calma que le era habitual,

—Ya ve usted,—murmuró,—si un amigo fiel y adicto en estas circustancias puede ser de un precio incalculable, puede valer mucho.

La joven no parecía entender al doctor; su imaginación estaba oscurecida, su pensamiento ofuscado.

¿Qué quería decir aquello? ¿Cuál era su situación? ¿Qué es lo que Fausto pensaba hacer de ella?

—Yo puedo devolver a usted a la libertad, a la vida, a sus hijos,—dijo el médico con voz insinuante.

A estas palabras Elena alzó el rostro; fijó en aquel hombre una

mirada indescriptible, y cruzó las manos en ademán de ferviente súplica.

—Para esto,—añadió él cada vez más despacio y como dejando caer una a una sus frases en el corazón de aquella infeliz;—para esto tendría que atraerme el odio de Fausto; de Fausto, que ha sido hasta aquí mi protector, mi amigo y yo le conozco bien, si es generoso hasta la exageración con los que le sirven, es inexorable con los que le venden. Por consiguiente... por consiguiente, para decidirme en favor de usted, sería preciso salir de España y ocultarme en un rincón donde estuviera a cubierto de su venganza, y como los viajes cuestan mucho y la vida en un país lejano es cara siempre, no extrañará usted...

La mirada de la joven fija en el doctor, parecía querer penetrar en lo profundo de su alma y saber el fin de aquel largo exordio.

—Para terminar de una vez,—exclamó Dubois, dejando por un instante de ser el hombre de maneras irreprochables y de aspecto digno y galante y convirtiéndose en el estafador descarado y vulgar; —para salvar a usted, para sacarla de las manos de Fausto de Merán, necesito que me entregue las riquezas que él codicia, que me descubra el secreto que le confió su esposo al partir: el sitio donde ocultó su inmensa fortuna, para que ese oro sea mío.

Elena, como hizo algunas horas antes, llevó una mano a su seno, e inclinando la cabeza dejó correr lentamente sus lágrimas.

Dubois, que adivinó aquel ademán que antes había llamado su atención, que recordó las señales de una violencia impresas en aquella garganta, comprendió parte de la verdad y preguntó con más insistencia.

—¿Acaso ocultaba V. sobre su pecho algo que tuviera relación con las preguntas que la dirijo?

—Sí, sí, dijo con un rápido movimiento la cabeza de la joven.

—¿Y le ha sido robado?

—Sí, volvió ésta a repetir: sí!

El doctor nada respondió a Elena.

En sus labios se dibujó una sonrisa irónica y desdeñosa y balbuceó para sí.

—¿Por qué he de enfadarme de que él me engañe, cuando en este momento pensaba yo engañarle a mi vez? ¡Somos digno el uno del otro y esto es todo!

Y levantándose lentamente se dirigió a la puerta de la estancia.

La joven al verle próximo a desaparecer sintió un dolor agudo en el alma.

Con él iba a perder su última esperanza y se consideraba perdida para siempre.

Dubois no se fijó en aquel dolor de Elena, no volvió a mirarla siquiera!

De ella nada podía esperar y de Fausto le quedaba mucho que obtener.

Decidióse pues a servirle, abandonando a su suerte aquella infeliz mujer.

Bajó la escalera, y al ver a Dionisio que había vuelto a su lado, y en cuya fidelidad podía confiar,

—No te muevas de aquí, le dijo; no te muevas de aquí hasta mi vuelta. Conviene que nadie sepa que está aquí esa mujer, y sobre todo, que ella no pueda salir.

—Obedecerá, murmuró el criado; la casa está aislada y en todo caso, hay en ella sitio donde nadie podía encontrarla y a donde puede gritar sin temor de ser oida.

—Hasta dentro de algunas horas, pues, dijo el médico, montando en un pequeño cupé qûe mandó enganchar a Dionisio y que él podía guiar solo.

Y fustigando el caballo, se alejó rápidamente de la quinta encaminándose a la población.

Cuando llegó a ésta, detuvo en la carrera al pobre animal, y a un paso lento y pausado se dirigió al hospital general, donde ya sabemos, tenía entrada a todas horas.

—Es preciso averiguar qué ha sido del pobre diablo que nos seguía anoche, y su encuentro fué casual, o si nos conoció o nos seguía con deliberada intención. Si le han hallado o muerto o herido, aquí se debe encontrar, veremos!

Y con un aspecto tranquilo y benévolo, fué recorriendo una a una las extensas salas de aquel edificio, mansión de la desgracia, del dolor y de la muerte.

—Ah! señor doctor, dijo al verle una de las Hermanas de la caridad, verdaderos ángeles de consuelo, que hacen menos sombrío aquel tristísimo lugar: ah! señor doctor, venga V. a ver un infeliz que

ha sido encontrado la noche pasada en medio de un camino, herido y casi muerto por el frío y por la pérdida de la sangre.

Y adelantándose por entre dos filas de camas, llegó seguida de Dubois, hasta un lecho en el cual yacía un hombre con la cabeza vendada y el rostro lívido y descompuesto.

El médico se acercó a él, miró su semblante con atención y casi estuvo a punto de lanzar un grito al reconocerle, porque aquel hombre era Gaspar.

Dubois le había visto mil veces en el palacio de Maravel y no podía dudar de su identidad.

—¿Ha pronunciado algunas palabras, por las cuales se pueda saber quién es y quién ha sido causa de esta desgracia?, preguntó con acento que quería ser indiferente a la buena religiosa.

—No, señor, respondió esta; después de la primera cura, en la cual han logrado extraer la bala que ha herido su cabeza, sólo se le han escapado frases inconexas y sin sentido alguno: además he observado su mirada, la expresión de su rostro, y temo...

La hermana de la caridad no pudo continuar: el eco de la risa espantosa, de una risa siniestra y nerviosa cortó la palabra en sus labios.

El que acababa de lanzar aquella carcajada indefinible era Gaspar: Gaspar que había abierto los ojos y dirigía en torno una mirada insensata y estúpida.

Dubois le observó algunos instantes, primero con recelo, después con ansiedad y viva atención.

El fiel criado de la casa de Maravel no le reconoció ni sintió impresión alguna al escuchar su voz.

El doctor recobró su sangre fría: pulsó a aquel infeliz, le examinó detenidamente, le hizo varias preguntas a las cuales no obtuvo respuesta y mirando a la religiosa dijo con voz grave y lenta.

—Este hombre ha sufrido un violento trastorno cerebral y el desdichado ha perdido la razón.

—Loco; murmuró la buena hija de la caridad, con acento de profunda conmiseracion, loco!

—Sí, y esta clase de locura es incurable, hermana mía.

—Según eso, cuando salga de aquí, si es que no muere de la herida, será para ir a Leganés, a menos...

—¿Qué?

Que este hombre tenga familia y le reclame antes.

—No parece fácil: nadie ha venido en todo el día y si alguien se interesase por él, ya era tiempo de... en fin, veremos...

—¿Qué?

—Por fortuna para estas grandes desdichas, aún está la caridad, —dijo el doctor, alejándose de la religiosa y saliendo de aquella mansión.

Cuando montó de nuevo en su cupé, exclamó para sí:

—Está visto que Fausto es hombre de suerte; todo le favorece y parece que el diablo va apartando los escollos que pudieran detenerle en su camino. La herencia de Maravel y las riquezas de Salvany serán suyas, suyas... y mías también, y los dos no podemos separarnos y nos necesitamos uno a otro.

En efecto, Elena y sus hijos en poder de Merán para siempre; Gaspar loco; el padre Carlos inutilizado para proceder contra él; Gabriela lejos de Madrid y renunciando para siempre a llamarle hijo suyo: ¿qué más podía pedir Fausto a la suerte?

Nada, el porvenir era suyo, y podía llamarse sin miedo millonario y conde Maravel, puesto que había vencido los obstáculos y encadenado a su voluntad la suerte.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UN MAR SIN PUERTO

TOMO SEGUNDO

UN MAR SIN PUERTO

TOMO SEGUNDO

El buen Párroco.

El día tocaba a su término.

El sol ocultaba en el ocaso sus moribundos reflejos; que apenas doraban ya las altas copas de los arboles, la cima de los montes más elevados y el símbolo de nuestra redención, colocado como faro bendito, en las empinadas torres de la Iglesia de un pequeño pueblecito, blanco y perfumado como el cáliz de una magnolia.

Un viento templado y lleno de suaves esencias jugueteaba con las entreabiertas flores, meciéndolas en sus ramas, o robándolas los aromas encerrados en sus capullos. Después, y siempre juguetón y siempre ligero, arrancaba algunas hojas ya marchitas de los cercanos arbustos, para empujarlas en revuelto torbellino, por la pradera o por el llano, arrojándolas a veces en un ancho arroyuelo, cuyas aguas rizaba o dividía en extensos círculos.

Cerca de aquel arroyo y un poco separada de las demás viviendas del pueblo, se alzaba una graciosa y modesta casa rodeada por un extenso huerto.

Esta casa compuesta de dos pisos, parecía una blanca paloma recostada en un cesto de flores.

Un emparrado de verdes y lucientes hojas daba sombra a la puerta, y una enredadera bordada de menudas campanillas azules y moradas, servía de amplia cortina a las ventanas por donde recibía el sol y la luz.

Desde aquellas ventanas se descubría un espectáculo magnífico.

La extensión inmensa de los campos, las montañas lejanas, el espacio, el cielo.

A lo lejos, muy lejos, perdiéndose entre el fondo del paisaje, se distinguía una morada extensa y majestuosa que tenía algo de los castillos feudales de otras épocas, por sus espesos muros, por sus altas torres y por el escudo de armas colocado en uno de sus balcones, y algo de las quintas o palacios de recreo de nuestros días, por la multitud de estatuas y fuentes y cascadas que decoraban sus jardines, por la extensión de éstos y por la elegancia y magnificencia de su bello aspecto.

Entre el palacio y la modesta casa que hemos descrito antes, mediaba una gran distancia, la cual podía recorrerse con facilidad y a todas horas, mediante una larguísima calle de árboles llena de sombra y que empezaba a doscientos pasos de la humilde y linda vivienda y concluía a la entrada del parque de la morada señorial.

En medio de aquella alameda y en el centro de una plazoleta medio oculta por la frondosidad de los antiguos álamos, se alzaba una blanca cruz de piedra, elevada sobre tres escalones y a la cual servían de dosel las entrelazadas ramas de dos gigantescos pinos.

Ninguno de los campesinos que habitaban por aquellos alrededores pasaba junto a aquella enseña del cristianismo sin descubrirse devotamente y ninguna noche tampoco faltaba una mano piadosa que encendiera uno al menos de los faroles colocados ante la cruz.

La tarde declinaba, como hemos dicho poco antes.

Sentada bajo el verde emparrado que protegía la casa de la humilde fachada y del hermoso huerto, estaba una anciana de blancos cabellos, pero de aspecto tan bondadoso y dulce, que el alma se sentía inclinada a amarla, desde el punto mismo en que los ojos se fijaban en ella.

Su traje era modesto, pero limpio y en armonía con la edad de la que lo llevaba.

Un vestido de lana de color de pasa, cerrado hasta la garganta, con cuello y mangas lisas y de una deslumbradora blancura, un delantal banco también y los cabellos sensillamente peinados, daban a conocer que aquella mujer pertenecía a la clase media de la sociedad y que sus costumbres y sus gustos eran modestos pero finos y distinguidos.

A su lado, con un libro en la mano y leyendo con voz reposada y dulce, se hallaba un hombre que, aunque había pasado de la primera juventud, distaba aún mucho de la vejez, pero en cuyos ojos y en cuya frente se revelaba un alma llena de fuerza, y de ternura, y de bien.

Vestía una negra ropa talar, y el libro que tenía en la mano era la imitación de Jesucristo.

Aquel hombre era el cura del lindo pueblecito; aquella anciana era su madre.

Ambos compartían por igual el amor y el respeto de los honrados habitantes de aquel rincón de la tierra, que designaban al sacerdote con el nombre del padre Carlos, o más frecuentemente aún, con el dictado de *El buen párroco.*

La anciana doña María era considerada como una segunda providencia en aquellos contornos, y Blanca, la niña huérfana amparada por ellos, flor pura entreabierta al calor de aquel hogar, era el ángel mensajero del bien en la aldea, porque no había miseria que en aquella casa no fuera socorrida; no había pesar que allí no encontrase esperanza, no había desgracia que no fuera consolada allí.

El padre Carlos, en cuyos negros cabellos se entrelazaban ya algunos prematuros hilos de plata, leía, como hemos dicho, cuando le presentamos a nuestros lectores, pero de vez en cuando apartaba los ojos del libro para dirigirlos a la avenida de árboles próxima, donde los fijaba con insistencia, y hasta con un asomo de cuidado.

Doña María también dejaba a veces inmóviles sus dedos y ociosas las agujas de su calceta, para mirar con marcado interés en la misma dirección que miraba su hijo; pero ni uno ni otro habían pronunciado una palabra todavía.

Al fin el padre Carlos dejó el Kempis, y dirigiéndose a su madre la preguntó con voz dulce y llena de cariño:

—¿No piensa usted, madre mía, que Blanca tarda demasiado en volver?

—Indudablemente, y ya estaría cuidadosa si Andrea no hubiese ido con ella, y si no tuviera su mayor seguridad en el amor que la profesan en todos estos alrededores.

—Esa niña es un ángel—respondió el sacerdote—y no es extraño el cariño que inspira.

—Dios nos ha recompensado sobradamente el bien que hicimos al adoptarla, porque Blanca es la alegría de nuestra casa. Pero si no me equivoco, ahí está ya; oigo su voz y la distingo entre los árboles.

—Sí, es verdad; pero creo que no viene sola.

—Será Andrea; ya sabes que iba con ella.

—Es que además veo otra persona, aunque la espesura no me permite conocerla.

Madre e hijo no tuvieron que esperar mucho para salir de sus dudas, pues en el centro de la alameda apareció en breve Blanca, acompañada de otra joven casi de su misma edad, y seguida a pocos pasos de la criada Andrea, que, cargada de años, no podía imitar el paso rápido de las dos niñas.

Un instante después la huérfana se acercaba a doña María, para besar su mano y decirla con su argentina voz:

—Perdone usted, madre mía, si me he detenido y le he causado alguna inquietud, y permítame al par que la haga conocer a mi amiga la señorita Estrella, de quien la he hablado tantas veces.

El padre Carlos se levantó y saludó a la recién llegada, después de dirigir a Blanca una sonrisa cariñosa.

Doña María también se levantó y ofreció a Estrella un asiento a su lado.

Nada más encantador que el aspecto de aquellas dos niñas, que en nada se asemejaban sino en el candor, en la dulzura, en la inocencia que se reflejaba en sus semblantes.

Blanca era ligeramente morena; sns rasgados y hermosos ojos negros tenían una expresión suave y amante, que cautivaba el corazón; sus magníficos cabellos, negros también, caían en rizadas ondas sobre su frente serena; y en su boca, semejante a la flor del granado entre-

abierta, aparecía de continuo una sonrisa que tenía mucho de melancólica y mucho también de cándida.

Su estatura era alta y esbelta, y llevaba con infinita gracia su sencillo traje de percal celeste, sobre el cual resaltaban las dos gruesas trenzas de su cabello, que flotaban sobre su espalda.

Algunas azucenas, cogidas en el bosque, lucían su blancura sobre el ébano de aquellas trenzas, y prendidas en el cinturón del vestido.

Su compañera era blanca como su nombre; como la estrella de la mañana que precede a la luz del día. Sus cabellos eran del color del oro; sus ojos celestes y purísimos, y rasgados, y dulces, tenían la serenidad de un cielo de primavera; sus labios se asemejaban a dos hojas de rosa, y aunque rara vez los entreabría la sonrisa, tenían tal expresión de angelical bondad, que suplía con ventaja a la bulliciosa alegría de la primera juventud. Su pie era breve y su mano parecía un jazmín de cinco hojas.

Más baja que Blanca, tenía un aspecto más delicado también.

Vestía un ligero traje de sencilla muselina guarnecido de encajes, y cerrado con lazos de terciopelo negro, y un elegante sombrero de paja adornado por algunos ramos de violetas, cubría su purísima frente y su pequeña cabeza de virgen.

Pero sobre todos estos encantos, lo que daba a la figura de Estrella un atractivo irresistible, era una expresión de vaga tristeza, de indefinible melancolía esparcida en toda su persona, en todos sus ademanes, en todas sus miradas y hasta en el mismo timbre de su voz.

Sin poderse explicar la causa, todo el que miraba a aquella niña sentía hacia ella una profunda compasión y pensaba que sufría, aunque sin saber adivinar la causa.

Estrella respondió con algunas frases tímidas y llenas de gratitud a las muestras de afecto del padre Carlos y de D.ª María, sin soltar la mano de Blanca, que tenía cogida entre las suyas.

—Yo doy a usted mil gracias, señorita,—dijo el sacerdote,—por la amistad que dispensa a Blanca, y por haber honrado con su presencia nuestra pobre y humilde casa.

—¡Oh!, todo lo contrario,—exclamó vivamente Estrella;—yo soy la que en ambas cosas recibo un favor, y me creo muy feliz al hallarme entre personas tan dignas.

—Nos hemos encontrado en casa del pobre Martín,—dijo Blanca vivamente;—Estrella iba a llevarle consuelos suyos; yo, esperanzas en nombre de ustedes. El pobre viejo nos ha bendecido a las dos, uniendo nuestro nombre en su corazón. Después salimos juntas con las manos enlazadas, y así andamos una gran extensión de terreno. Andrea nos seguía, un criado de Estrella también, y todos sin saber cómo, nos dirigimos hasta aquí. Cuando ví a lo lejos la torre de nuestra iglesia, y al pie de ella las altas copas de los árboles de nuestro huerto,—¿quieres venir y conocerás a mis protectores?—pregunté a mi amiga, que me respondió solamente:—Sí;—y aquí estamos, yo más feliz que nunca, por hallarme entre todos los séres que amo.

Doña María fijó en Blanca una mirada llena de cariño y ternura; aquella graciosa niña con su viveza y su alegría, era la dueña de su corazón.

Blanca quiso hacer los honores de la casa a su amiga, y pidió permiso para llevarla al huerto, y ofrecerla algunas flores, único lujo que podía ostentar.

El permiso le fué otorgado, y ambas jóvenes se alejaron, asidas siempre de las manos.

Estrella era la hija menor de los señores del palacio, y había conocido a Blanca en casa de un pobre mendigo, a quien las dos iban a socorrer.

Al verse, una dulce simpatía ligó sus almas.

¡Eran las dos tan nobles, tan elevadas, tan hermosas!

Y sin embargo, la educación y las circunstancias que rodeaban a aquellas niñas, eran bien diferentes por cierto.

Blanca había vivido siempre en una atmósfera de paz, de virtud, de amor.

Recogida, casi al nacer, por aquel sacerdote modelo, había sido dirigida por él al bien, desde que la luz de la razón había iluminado su mente; a su lado, y al lado de D.ª María, aprendió en sus palabras la fe, en sus acciones la caridad, en sus promesas la esperanza.

El alma pura de la niña huérfana, se elevó sin esfuerzo sobre las miserias de la tierra y sus ojos se acostumbraron a mirar al cielo.

¡Allí la habían dicho que estaba su madre!

¡Allí estaba la luz, el consuelo, la guía en las penalidades de la vida!

¡Allí estaba la mirada de Dios fija siempre en su corazón, contando sus latidos, avalorando sus virtudes, iluminando su camino!

Estrella, por el contrario, se había educado entre el fausto y el lujo.

Teniéndolo todo pero careciendo de amor.

Su madre había muerto poco después de darla a luz, y esta circunstancia dolorosa había hecho que su padre la mirase, según decían todos, si no con odio, con disgusto al menos.

Entregada en manos de los criados, había pasado, pues, su primera niñez, lejos del suave cariño fraternal.

Porque Estrella tenía dos hermanos: Mauricio, que contaba ocho años más que ella y Adriana, que le aventajaba en seis.

Esta última era hermosa, pero con una hermosura magnífica y contraria en todo a la de su hermana.

Si quisiéramos hacer de su belleza una descripción poética, aunque exacta, compararíamos a la una con la blanca luz del alba que alumbra los objetos y los inunda con una claridad suave y purísima, y a la otra con la llama brillante del sol que ilumina los espacios con sus rayos enrojecidos.

Sus caracteres tenían igual diferencia que sus semblantes.

Estrella era modesta, tímida, candorosa; Adriana dominante, violenta, orgullosa.

La una pedía protección; la otra exigía homenajes.

Adriana era el ídolo de su padre; Estrella la personificación de un recuerdo doloroso para él.

¿Qué extraño era, pues, que la pobre niña viviera casi aislada entre su familia, sin calor, sin apoyo, siendo tan opuestos sus gustos y sus aspiraciones y sus costumbres a las de todas las personas que la rodeaban?

En cuanto a su educación, podía decirse que tampoco se parecía en nada.

Adriana había tenido muestras que la habían enseñado a todo; a todo menos a creer, menos a esperar.

Era una excelente música, sabía manejar con perfección los pinceles, sostener una conversación en correcto francés, recitar versos en inglés, montar a caballo; pero ¡ay! no sabía orar.

Su padre, incrédulo, excéptico y materialista, no se había cuidado

de iluminar aquella joven alma con los divinos fulgores de la religión y de la fe, y aquel pobre corazón tan impetuoso, tan ardiente y que bien guiado hubiera sido capaz de todas las abnegaciones y de todas las grandezas, no debía hallar los consuelos del cielo en las horas de la desgracia.

Estrella, por el contrario, Estrella, cuyos primeros años había pasado al lado de una pobre mujer, de una criada que se encargó de ella, había aprendido de sus labios las primeras plegarias, las primeras oraciones, los primeros gérmenes del bien.

Pero desgraciadamente aquella digna mujer había muerto, y cuando la niña volvió entre los suyos, no hubo una sola boca que le hablase de Dios.

Estrella se olvidó poco a poco de las lecciones de la anciana, de sus preceptos, de sus santas costumbres en fin.

Sólo guardó en el fondo de su alma el sentimiento de una caridad sublime, el deseo constante de consolar a los desgraciados, de enjugar el llanto del triste.

Hacía poco más de seis meses que ella y sus dos hermanos habían venido a habitar aquel magnífico palacio, comprado por su padre dos años antes, y al cual iba unido un antiguo y olvidado título nobiliario, y en aquel corto tiempo, todos los necesitados de los contornos la conocían ya y la llamaban su ángel tutelar.

La niña había visitado las casas más pobres y todas las moradas de los enfermos; Mauricio y Adriana habían recorrido en cambio las cercanías, deslumbrando con su lujo extraordinario a cuantos se hallaban a su paso, y buscando continuas distracciones en partidas de caza y excursiones a las montañas más lejanas.

Estrella y Blanca se vieron por vez primera como hemos dicho ya, en la morada de un desgraciado.

Desde aquel día no fueron extrañas la una para la otra, y cuando volvieron a encontrarse se saludaron como hermanas, y aún pasaron juntas algún tiempo hablando de mil cosas, con ese encantador abandono y esa sencilla confianza que dan la inocencia y la juventud.

De la simpatía a la amistad no hay más que un paso, y aquel paso lo franquearon muy pronto las dos ingenuas y bellas criaturas.

A donde sabía Estrella que iba Blanca, allí acudía llena de afán, y a donde sabía Blanca que debía estar Estrella, no había miedo de que aquélla faltase.

Juntas, pues, habían pasado largas horas, haciéndose mil confidencias sencillas y pueriles, de todo corazón amante y cándido.

La rica moradora del palacio sabía ya que su compañera era huérfana, que no había conocido a su madre y que debía cuanto tenía a la bondad de sus bienhechores.

La modesta protegida del padre Carlos, sabía también que aquella criatura, tan favorecida al parecer de la suerte, sentía en medio de su familia una soledad profunda del alma y un vacío inmenso en el corazón.

Todo esto estrechó los lazos que las unían; todo esto las hizo amarse.

Sin embargo, la una no había pisado jamás la morada en que habitaba la otra, ni conocían a las respectivas familias con quien pasaban la existencia.

Aquella tarde, Blanca se había atrevido por vez primera a conducir a Estrella a la casa de sus protectores, que como ya hemos visto la habían recibido con su acostumbrada bondad.

—¡Qué bello es todo esto!—decía Estrella, recorriendo el huerto con su mirada—¡qué feliz debes ser aquí!

Y la niña, al pronunciar estas palabras, suspiró con melancolía.

—¿No lo eres tú acaso?—preguntó Blanca—. El palacio que habitas es muy hermoso también, y tiene jardines más extensos y bien cultivados que este en que nos hallamos.

—Es verdad, y sin embargo, ¡hay aquí una paz, una calma tan bienhechora! Parece como que en este pequeño rincón del mundo, los lazos de la vida están más sujetos, más unidos los corazones.

—Tienes razón, Estrella; aquí nos amamos mucho.

—Hay en la mirada de esa noble anciana una dulzura tan infinita, hay en la sonrisa de ese sacerdote una bondad tan singular! Yo no los he visto hasta hoy, y sin embargo me siento atraída hacia ellos; ¡bien es verdad que ya los conocía por tí!

Las dos siguieron una vereda que las condujo a un cenador cubierto de jazmines y madreselva, donde se sentó un instante Estrella, mientras su compañera hacía para ella un perfumado ramo.

La brisa de la tarde agitaba las flexibles ramas, produciendo un rumor vago y misterioso, al cual parecía responder el murmullo del arroyuelo que corría entre guijas blancas y limpias como el agua que las besaba.

De pronto, entre aquella serena calma se dejó oir clara y argentina y sonora, la lenta voz de una campana.

—¡La oración!—exclamó Blanca—. ¡Oh, ven, ven!

Y cogiendo la mano de su amiga, la arrastró consigo hasta el sitio en que se hallaban sus padres adoptivos.

El sacerdote y la anciana estaban de pie con los ojos fijos en el espacio.

En su semblante había algo de sublime, algo de inmaterial.

Era que sus almas en aquel momento se elevaban a los pies del Eterno.

Al llegar Blanca y Estrella, los labios del sacerdote saludaban a la Madre de Dios.

Doña María y la joven contestaron a aquellas preces, acompañadas de la anciana Andrea, que aún se hallaba junto a sus señores.

Estrella sintió que una emoción dulce y triste al par estremecía su alma.

Con una viveza infinita, el recuerdo de los días de su niñez acudió a su mente, y la figura de la buena anciana que la había servido de madre apareció en su memoria, y el eco de su voz pareció vibrar en su oído, entre las palabras de aquella oración.

Instintivamente cruzó sus manos sobre el pecho, y mezcló su acento a aquellos acentos fervorosos.

Cuando terminó la sublime plegaria de la tarde, los ojos de Estrella estaban humedecidos por una gota de llanto, y su corazón latía agitado por un sentimiento, no nuevo para ella, pero sí olvidado por mucho tiempo en el santuario más oculto de su pecho.

—Es tarde ya—dijo, dirigiéndose a su amiga—; es tarde ya, y debemos separarnos; me es preciso volver junto a mis hermanos, que quizá extrañarán mi larga ausencia. Sin embargo no tardaremos en vernos, porque yo creo que usted, señora, y usted, padre mío, me permitirán volver.

El acento de Estrella al pronunciar estas palabras era tan respetuoso, que se asemejaba a una súplica.

Doña María se acercó a ella, y siguiendo los impulsos de su corazón, la besó en la frente con toda la efusión de una madre, diciéndole al par.

—Sí, vuelva usted, hija mía; vuelva usted pronto, que siempre la recibiremos, no sólo con placer, sino con inmenso cariño.

El padre Carlos confirmó las palabras de su madre, y Blanca, llena de gozo, no pudo menos de exclamar:

—Ya lo ves; no te había engañado cuando te aseguraba que te amarían como yo.

—Ve con esta señorita hasta la Cruz de los Pinos, hija mía—dijo la anciana, adivinando los deseos de Blanca—, ve con ella, que te esperaremos aquí.

—Gracias, madre mía—dijo la niña, enlazando su brazo al de Estrella y emprendiendo la marcha al par.

Esta saludó de nuevo, y ambas emprendieron la senda que conducía al antiguo castillo.

Un criado anciano que la acompañaba siempre, y que había permanecido sentado a una respetuosa distancia, la siguió también.

—¡Cuánto te aman!—murmuró Estrella, cuando ya estuvieron bastante lejos para no poder ser oídas—¡cuánto te aman!

—¡Oh, sí, y cuánto les amo yo!—respondió la joven con calor.

—¡Cuán dulce será tener una madre!—murmuró Estrella lentamente.

—Ni tú ni yo hemos conocido esa ventura—dijo Blanca—; pero al menos podemos estar ciertas que ellas velan por nosotras y nos bendicen todos los días.

—¿Qué quieres decir? ¡No te comprendo!

—¿Pues qué, cuando ruegas a Dios por tu madre, no la envías tus pensamientos? ¿No creés que ella te mirará desde los cielos?

Estrella suspiró y bajó la cabeza con profundo pesar.

Hacía mucho tiempo que se había olvidado de rezar, y la voz de su amiga la recordaba este santo deber, que encierra para el alma tan profundo consuelo.

Cuando llegaron al pie de la Cruz, Blanca estrechó la mano de su compañera, y la preguntó antes de separarse:

—¿Irás mañana a casa de la pobre Fabiana, es verdad?

—Sí, lo he ofrecido a su pequeño hijo y no debo faltar; tengo que llevarle algún socorro.

—Yo también estaré allí; el padre Carlos ha sabido su enfermedad, y quizá vendrá conmigo.

—Hasta mañana, pues, hermana mía, porque desde ahora te daré siempre este dulce nombre.

—Hasta mañana—repitió Blanca, sellando aquel pacto con un beso, y volviéndose para desandar el camino que había traído.

Ya había oscurecido completamente, y Estrella, seguida de su viejo criado, apresuró el paso para llegar más pronto al palacio.

La joven iba preocupada y profundamente conmovida.

Las palabras de Blanca, el espectáculo que acababa de presenciar, aquella escena de paz y de creencias, habían estremecido su corazón y despertado en él las más santas memorias.

—¡Oh!—pensaba, sin dejar de marchar—¡qué hermoso es creer, qué hermoso es el lazo de la oración, que no sólo nos liga a Dios sino también a los que nos aman! ¡Pobre Martina, pobre compañera de mi niñez! ¡Cuánto debe afligirte lo poco que he rogado por tí! ¡Oh! y si yo hubiera alzado con más frecuencia mi corazón a Dios, no me hubiera creído tan sola en este mundo! Blanca dice bien; ella es un ángel, y yo debo imitarla; sí, la imitaré, la imitaré. Desde hoy la tomaré por guía, y ¡quién sabe; así seré más feliz!

La joven distinguía ya las elevadas torres del palacio; iba a dejar la alameda y a penetrar en el bosque que cercaba el edificio, cuando se detuvo un instante indecisa.

La luz de la luna que iluminaba el espacio, y que aparecía clara y serena en medio de los cielos, reflejó en el rostro de Estrella.

Sus mejillas estaban blancas como el traje que la envolvía, y sus labios contuvieron una frase próxima a escaparse de ella.

En aquel instante, un bulto informe casi salió de entre los árboles, y atravesando el espacio fué a colocarse en el sitio por donde la niña había de pasar.

—Buenas noches, señorita Estrella—dijo una voz armoniosa y triste, cuando la joven estuvo muy cerca—; buenas noches.

—¡Ah! ¿Es usted, Daniel?—preguntó ella, respondiendo a aquel saludo y fijando sus ojos en el que acababa de dirigírsele—¿Usted aquí a esta hora?

—Sí—contestó el desconocido, que debía ser joven, a juzgar por su acento—; vengo a rogar al doctor que no deje de ir esta noche a mi casa.

—Pero ¿quién necesita de sus cuidados?—preguntó cuidadosa Estrella.

—Mi pobre madre, señorita; mi pobre madre que se muere.

—¡Pobre Daniel!... Quizá iba a continuar, pero sintió los pasos del criado que le seguía, y no se atrevió a detenerse.

Antes de continuar su camino, sin embargo, se dirigió de nuevo al joven y le dijo a media voz.

—Mañana iré a ver a la pobre enferma, mañana iré; adiós.

Y Estrella se alejó en dirección a su morada.

Daniel se había quedado inmóvil y mudo, y así permaneció hasta que el blanco traje de Estrella se perdió completamente de vista entre el ramaje y la oscuridad.

Cuando ya se encontró solo, enteramente solo con su pensamiento y con Dios, en medio de la quietud y el silencio de la noche, se llevó una mano al corazón como para contener sus violentos latidos, y exhalando un profundo suspiro, echó a andar por el camino que conducía al pequeño pueblo.

Merced a la blanca claridad de la luna, podía notarse que Daniel era pequeño, contrahecho, y tenía en la espalda una marcada prominencia y el pecho alto y saliente por demás, quedando su cabeza medio escondida entre ambas.

Pero si aquella cabeza hubiese estado colocada entre otros hombros, Daniel hubiera podido ser llamado un hombre hermoso.

Su semblante era bello y expresivo; su frente pensadora y despejada; sus ojos grandes y dotados de una mirada dulce, profunda, inteligente; su boca, aunque plegada siempre por una expresión melancólica y tristísima, era pequeña y bien modelada, y en todas sus facciones, en fin, se notaba una distinción, una bondad y un ingenio tan poderoso, que Daniel a pesar de su deformidad, a pesar de su pobreza y de la especie de retraimiento en que su desgracia le envolvía, era simpático a cuantos le veían, y despertaba un vivo interés en todos los que se cruzaban con él en los senderos de la vida.

Estrella penetró en su morada y se dirigió a su habitación, situada en un extremo del edificio, y separada un tanto de la de sus hermanos, que ocupaba el ala principal del palacio.

Mauricio y Adriana no habían vuelto aún de su cuotidiano paseo.

Nadie, por lo tanto, se había inquietado por la tardanza de la niña.

Estrella dió su sombrero y sus guantes a la doncella que la servía, y esperó la llegada de sus hermanos, entregada a mil diferentes pensamientos.

El recuerdo de su visita a Blanca, la memoria de aquella familia, de aquella casa tan llena de luz y de dulce paz, le hacían encontrar más doloroso y más apurado el aislamiento en que ella vivía, y que sus gustos, tan diferentes de los de sus hermanos, hacía más grande cada día.

Después, y cuando por una natural sucesión de ideas, pensaba en su encuentro con Daniel, su corazón, tan generoso y tan compasivo, se oprimía dolorosamente, comprendiendo la profunda soledad de aquel sér infortunado.

—¡Pobre Daniel!—murmuraba entonces con voz conmovida—. ¡Pobre Daniel; él sí que es verdaderamente infeliz!

Cuando el movimiento de las luces, el ir y venir de los criados, advirtió a Estrella que sus dos hermanos estaban de vuelta en el palacio; salió de su estancia y se dirigió al comedor donde Adriana y Mauricio se encontraban ya.

La comida estaba servida y los tres jóvenes se sentaron a la mesa.

—Sabes la noticia de esta tarde, Estrella? preguntó Adriana dirigiéndose a la niña.

—No, hermana mía, contestó ésta, fijando sus tímidos ojos en su interlocutora; he estado muy lejos a socorrer a un triste enfermo, a un pobre paralítico de las cercanías y nada sé.

—Algún vagabundo que explota tu necedad, respondió Adriana con aire de marcado desdén; vives en una esfera tan distinta de nuestra clase!

—Pero tú me dirás lo que ocurre, dijo Estrella con infinita dulzura, procurando apartar el pensamiento de la joven de las ideas que ésta manifestaba, y sin ofenderse por sus palabras: tú me lo dirás, hermana mía.

—Nuestro padre piensa venir a pasar una temporada con nosotros,—dijo Adriana, mientras deshojaba una flor que se había desprendido de su tocado.

—¡Oh, qué alegría, tenerle a nuestro lado!—exclamó Estrella con expansión;—¡qué alegría!

—Sí, mucha, porque según dice, le acompañarán algunos amigos,

y así al menos saldremos de esta insoportable monotonía en que se pasa la vida aquí,—dijo Mauricio presentando con insistencia su vaso al criado que servía la mesa. ¡Oh, es menester que nuestro mayordomo cuide de hacer algunos preparativos, algunas variaciones en la casa.

—Mañana nos ocuparemos de eso. Yo también necesito pensar en mis trajes, en mis adornos,—añadió Adriana, arreglando los pliegues de su riquísimo vestido;—nuestro padre no nos perdonaría si nos presentásemos de un modo que no hiciera honra a nuestra clase.

—¡Oh, padre mío!—murmuró Estrella;—¡cuánto voy a gozar de tenerle aquí, con poderle manifestar mi cariño, con probarle mi ternura!

Cuando se terminó la comida, cada uno de los hermanos se levantó de la mesa, tomando distinta dirección.

Adriana se encaminó al salón principal, seguida de su doncella de confianza, a quien dijo mientras buscaba algunos papeles de música.

Mañana cuide usted de levantarse temprano, y ocúpese de mi guarda ropa; necesito reformar algunas prendas y hacer otras nuevas también; vea usted lo que puede utilizarse, y téngalo dispuesto todo para cuando yo me levante.

Y después, despidiendo a su servidora, se puso a repasar en el piano las piezas más escogias de su abundante repertorio.

Mauricio se dirigió a su despacho, llamó a su ayuda de cámara y le manifestó el deseo de que le llamase temprano, mandándole al par que dijese al mayordomo que muy temprano también se presentase a tomar órdenes.

Luego se sentó ante su mesa y escribió varias cartas, que cerró, poniéndolas en dirección.

Eran las invitaciones que dirigía a sus amigos para que viniesen también a pasar algunos días en el castillo.

En cuanto a Estrella, se retiró a su estancia, y buscó en su pequeña biblioteca un libro que la hiciera menos pesadas las horas de la velada.

Largo rato estuvo examinando los títulos de varias obras, que sin duda no la dejaban satisfecha, puesto que volvía a colocarlos en su lugar.

Al fin, y después de un momento de vacilación, abrió un pequeño armario y extendió su mano a uno de los rincones, donde entre algunos objetos cuidadosamente guardados, había un pequeño volumen antiguo, modesto, pero perfectamente conservado.

Estrella le tomó con respeto y le oprimió contra su corazón.

—¡Pobre Martina!—dijo,—¡pobre Martina! ¡Cuánto amabas este humilde libro y con qué afán tan ardiente me lo legastes al morir! Aquí habías aprendido a ser buena; a estas cortas páginas se habían reducido todos los estudios, todos tus maestros, y sin embargo, sabías amar, sabías consolar a los que sufrían y ser honrada y leal! ¡Oh, Martina mía, mi segunda madre; desde hoy en adelante, leeré todas las noches en tu amado devocionario, santo recuerdo que conservo de tí!

Y Estrella se sentó, y con el alma conmovida leyó largo rato en aquellas hojas, que en cada renglón encerraban una esperanza, en cada palabra un consuelo y una promesa.

Cuando pasado algún tiempo levantó su bella cabeza, en sus ojos se notaba una expresión más suave, más angelical aún que la que tenían comunmente.

—¡Oh!—exclamó;—mañana cuando vaya a llevar algún socorro a la madre de Daniel, también podré calmar el dolor que le aflige a él, repitiéndole algunas frases de las contenidas aquí.

Y la hermosa niña se entegó al sueño, esperando el siguiente día para realizar sus santos proyectos.

Daniel había llegado a su casa con un abatimiento indecible, con un desaliento extremado.

La puerta se encontraba abierta, y empujándola suavemente pudo llegar hasta su madre, que en aquel momento se hallaba sumida en un sueño profundo y reparador.

La más desconsoladora pobreza se notaba en aquella morada.

Pero esa pobreza encubierta por la vergüenza y oculta por los dolorosos esfuerzos de una voluntad constante.

La estrecha vivienda se componía solamente de dos cuartos pequeños y una cocina, que servía a la vez de sala y comedor.

Uno de los cuartos lo ocupaba Daniel y el otro Lucía.

En el del joven el amor maternal había hecho prodigios y podía decirse que era cómodo y casi bello.

El lecho, que ocupaba uno de los rincones, estaba cubierto por cortinas de percal oscuro, y una limpieza intachable suplía al lujo con ventaja.

Un armario donde Daniel guardaba sus libros y sus papeles; una mesita con una escribanía de metal; algunas sillas y un cuadrito representando al ángel de la guarda colocado en el testero principal, componían el mueblaje de aquella estancia, añadiendo aún una blanca cortina, amortiguando la luz que entraba por una ancha reja con vistas al campo y dos o tres macetas colocadas sobre el alféizar de aquella ventana.

Las flores contenidas en ellas y cuidadas con solicitud por el joven, eran sus compañeras, eran sus amigas, eran sus solas confidentas en las horas sin fin que Daniel pasaba en doloroso insomnio, con la frente apoyada en aquellos hierros, y el pensamiento perdido en la eternidad.

En el pequeño aposento que ocupaba la madre, todo respiraba también esmerada limpieza, pero una miseria suma.

Lucía, la pobre mujer que se hallaba en el lecho, había pertenecido sin duda a una clase acomodada de la sociedad, pues hay detalles, hay costumbres que sólo una brillante educación puede dar.

Aunque demacrada y pálida y moribunda, descubríanse aún en su semblante los restos de peregrina hermosura, y sobre todo, una gran distinción, una gran bondad que embellecían aquellas facciones marchitas.

Cuando Daniel se acercó a ella, sus ojos estaban cerrados, su boca comprimida; pero cuando el joven apoyó una mano sobre su frente,

aquellos ojos se abrieron y posaron en su hijo una mirada dulcísima, mientras que sus labios ensayaban inútilmente fingir una sonrisa.

—¡Madre, madre! ¿Cómo te sientes?—preguntó Daniel con afán.

—¡Oh, hijo mío, mi pobre hijo! ¿Donde has estado lejos de mí?—contestó Lucía dulcemente, evitando así una respuesta en que hubiera tenido que mentir o afligir terriblemente al pobre joven.

—He ido a buscar al médico, a decirle que venga a verte.

—Y ¿para qué?—murmuró la enferma con una expresión de desaliento y amargura que pasó desapercibida para su hijo—¿y para qué?

—Para que yo te vea pronto curada y buena como otros días; para que estés a mi lado siempre, haciéndome feliz con tu ternura; con tu ternura, que es el solo bien que tengo en el mundo. ¡Oh!, ¿qué sería de mí si me faltases tú?

Lucía se estremeció; estrechó entre las suyas las manos del pobre jorobado, y una lágrima abrasadora rodó lentamente por sus mejillas.

¡Ay, que el desgraciado tenía razón!

¿Qué otro amor que el de una madre, podría esperar en este mundo?

Y sin embargo, Lucía pensaba más aún: tenía la seguridad de abandonarle muy en breve; se sentía morir. Hacía mucho tiempo, mucho, que un mal oculto la privaba de sus fuerzas, de su energía, de su vida. ¡Y ella había callado; había sufrido en silencio!

¿Para qué afligir a su pobre hijo, si su mal no tenía remedio... peor aún, si aunque le tuviera no podría ponérselo?

Lucía había pedido fuerzas a Dios y había ocultado su enfermedad.

Había seguido sin quejarse la senda de su vida, hasta que no pudo dar un paso más y cayó sin fuerza sobre aquel áspero camino.

¡Ay! ella sabía que la caída era mortal

¡Por eso aquel tristísimo—¿y para qué?—se había escapado de sus labios!

Daniel, que ignoraba los pensamientos de su madre, tenía esperanzas en la ciencia y aguardaba al médico con ansiedad.

Aquella tarde, al verle tan postrada y abatida, había salido de su morada y había cruzado el pueblo, deteniéndose sólo ante la puerta de una casa de aspecto agradable y sencillo.

Aquella casa pertenecía a un hombre bondadoso y bueno: a don Luis de Avendaño, representante de la fe pública en aquel pequeño pueblo.

Don Luis amaba a Daniel; desde el día en que lo conoció, comprendió que una inteligencia superior y un alma elevada y noble se encerraban en aquel cuerpo deforme, y una irresistible simpatía le ligó al desgraciado niño, con quien la suerte había sido tan avara.

Él, pues, favoreció sus primeros estudios; él le facilitó libros y le ayudó con sus consejos a vencer las dificultades que encontraba en el áspero camino del saber, y hubiera llevado más adelante su protección, si hubiera poseído los recursos que dan la riqueza o la posición.

Pero don Luis era casi pobre, y no pudo dar a Daniel lo que la fortuna no le había concedido; tuvo que reducirse a otorgarle lo que tenía: instrucción y estudio.

No hubo discípulo más dócil, más aplicado, ni más agradecido tampoco.

En un principio pasó sus noches inclinado sobre aquellos libros que encerraban un mundo para él.

Después, cuando tuvo algunos años más, pasó largas horas sin dormir, también entregado a la meditación y a la solución de los problemas de aquella ciencia que tanto ansiaba poseer.

El niño jorobado no podía dedicarse a un trabajo material, que hubiera procurado a su pobre madre alguna ayuda, pero que le hubiera matado a él.

Así lo comprendió don Luis, y por eso quiso hacer de él un hombre instruído.

—¡Quién sabe!—se decía el digno anciano—¡quién sabe! quizá mañana sepa lo bastante para que pueda encargarle de mis negocios, y cuando yo muera puede ocupar mi puesto. No tengo parientes, no tengo herederos, y bien puedo dejarle dueño de mi escribanía. En el pueblo todos le quieren, y, cosa extraña, nadie todavía se ha burlado de él; ¡esperemos, esperemos!

Y así dejó transcurrir los años.

Cuando Daniel pudo hacerlo, suplicó, por gratitud, a su protector que le dejara ayudarle en sus tareas, y don Luis accedió, sin que el joven admitiese retribución alguna por su trabajo.

El anciano observaba a Daniel, aguardando una ocasión en que ofrecerle algún dinero sin ofender su delicadeza.

Pero esta ocasión no llegaba.

Lucía, sin que nadie pudiese adivinar los medios, vivía con suma estrechez, con marcada pobreza, pero vivia al fin, y ni ella ni su hijo se presentaron jamás con el vestido roto, ni sucio, ni inservible.

Siempre, Daniel sobre todo, usaba trajes humildes, pero limpios y bien conservados, y tampoco se quejaron nunca de que les faltase el precioso alimento.

La ocasión, pues, no se presentaba.

Así pasó mucho tiempo.

Lucía enfermó y se agravó mucho en dos días, y Daniel, que ignoraba, como todos, de dónde sacaba su madre lo necesario para la existencia, salió de su casa y como ya hemos dicho, se dirigió a la de su protector, que le miró asombrado de su palidez y del dolor que le revelaban sus facciones.

No le había visto en dos días, y aquella mudanza le asustó.

—¿Qué tienes?—le preguntó con gran afán—¿estás enfermo, hijo mío?

—¡Oh! no, señor; no soy yo quien se halla en peligro de morir quizá. ¡Es mi madre!

—¡Tu madre!; ¿pues qué tiene?, ¿qué le ha ocurrido?

—¿Qué tiene? no lo sé; hace dos días que no puede dejar el lecho.

—¡Ella!

—Sí, señor; y aunque no se queja, esta noche pasada la he oído delirar y sollozar amargamente.

—¿Pero qué ha dicho el médico?

—El médico no le ha visto aún—respondió Daniel, sintiendo que su semblante se enrojecía.

—¿Que no la ha visto? Eso es mal hecho—replicó don Luis mirando al joven.

Este bajó los ojos, y después, haciendo un violento esfuerzo, murmuró:

—A eso he venido. ¡Oh, ya sabe usted que nunca, nunca, me he quejado de mi suerte; que no he manifestado un deseo, una aspiración, un capricho solo en su presencia; pero hoy...

—Acaba, acaba hijo mío—exclamó agitado don Luis.

—Hoy mi madre está enferma, y vengo a suplicarle a usted de rodillas que me dé algún dinero, que me proporcione los medios de pagar un médico, de comprar algunas medicinas, de volverle la salud, en fin.

Y ardientes lágrimas, en vano contenidas, saltaron de las pupilas de Daniel y corrieron por sus mejillas.

El anciano se sintió conmovido; tomó la mano del joven, y estrechándola con fuerza:

—Valor, hijo mío—le dijo—¡salvaremos a tu madre! Has hecho bien en venir. Yo te doy gracias por ello.

—¡Ah, señor!—balbuceó Daniel, no cuidándose ya de ocultar el llanto que la gratitud arrancaba de su alma—¡ah, señor!

—Vamos, tranquilízate; tú tampoco eres fuerte; tranquilízate y ve a decir en nombre mío a don Juan que vaya a ver hoy mismo a tu madre; ya es tarde, pero no importa. Ve a buscarle en su granja de Los Laureles, que allí le hallarás sin duda, y encárgale que no se detenga. Después me esperas en tu casa, que no faltaré. Ve, hijo mío, ve, y hasta luego. Dios hará que sane tu madre.

Daniel salió de casa de don Luis más animado, más tranquilo.

Contaba al menos con un amigo, y cuando sufre el corazón, ¡un amigo vale tanto!

Conforme le había dicho el anciano, le fué necesario ir a la granja de Los Laureles para encontrar al doctor.

Este le ofreció no acostarse sin ver a la enferma, pero le advirtió que tendría que aguardar algún tiempo aún, hasta que pudiese regresar al pueblo.

El joven, asegurado por esta promesa de que el médico no faltaría, emprendió la vuelta a su casa, donde deseaba llegar cuanto antes.

Pero ¡cosa extraña!, misterios incomprensibles del corazón. Daniel, sin darse cuenta de ello, en vez de seguir el camino directo de su hogar, torció por uua senda que le obligaba a tardar algunos minutos más, pero que le permitía pasar cerca del palacio donde habitaba Estrella.

¿Por qué obraba de este modo?

Es cierto que si le hubieran dirigido semejante pregunta, el infeliz contrahecho no hubiera sabido responder.

El lo hacía instintivamente, por un impulso del alma, por una atracción ignorada del corazón.

Es verdad que en el palacio vivía Estrella; aquella niña celestial de rostro de virgen y de alma de serafín, a quien todos llamaban el ángel de la caridad, a quien todos admiraban y bendecían; pero ¿qué tenía él que ver con la noble y rica joven, de quien la separaba un inmenso abismo?

¿Por qué había de tratar de acercársele, si nada quería, si nada esperaba de ella?

¡Oh! Preguntadle a las flores por qué buscan al sol; por qué palidecen y mueren sin sú luz y su calor. Preguntadle a los ruiseñores por qué trinan en la espesura; al arroyuelo por qué murmura; a la violeta por qué exhala perfumes.

Ya hemos dicho que estos son misterios incomprensibles del corazón, que Dios sólo puede definir.

Daniel se había detenido repentinamente en la avenida del parque.

Allí, con la mirada absorta y el pensamiento perdido en los espacios imaginarios, permaneció algunos instantes.

A lo lejos, y medio escondidas entre los árboles, se distinguían las ventanas del palacio.

El joven las contempló en silencio por algún tiempo.

Un ligero ruido llamó su atención por la parte de la alameda; volvió hacia allí la mirada, y a la plateada luz de la luna distinguió una forma blanca y esbelta que aparecía y se ocultaba en la espesura del ramaje.

Luchó entre alejarse o permanecer en su puesto; pero sin darse cuenta de ello, le salió al encuentro, y como hemos visto, cruzó con ella algunas palabras.

Pocos momentos después se hallaba en su humilde morada, junto al lecho de su madre, la cual le miraba con profunda amargura, y estrechaba su mano entre sus manos abrasadas.

—Sí, sí; pronto sabremos lo que tienes—murmuraba el joven con cariñoso acento—; pronto sabremos lo que tienes, y sobre todo, el medio de curarte. Don Juan es un sabio, todos lo dicen, y yo le rogaré tanto que te mire con mucho interés, que él lo hará; sí, no lo dudes; él lo hará, madre mía.

—Y ¿para qué has querido que venga? ¿No sabes, hijo mío?...

La voz de Lucía estaba empapada en lágrimas al pronunciar estas palabras, y en lágrimas quedó ahogada al apagarse entre sus labios.

—¡Oh, calla y no te aflijas—se apresuró a decir—; sé lo que quieres expresar!

—Entonces...

Aún tenemos amigos; no estamos solos en este mundo.

—¡Amigos!

—¿Te olvidas de mi protector, te olvidas de don Luis?

—¿Has recurrido a él?

—Ya sabes que jamás lo hubiera hecho si se tratara de mí; pero eres tú la que padece; tú, el único bien que tengo y que puedo perder. ¡Oh, madre mía; perdóname si te he disgustado en esto!

La enferma miró a su hijo con doble tortura aún, y murmuró con acento apasionado:

—Sí, ya sé que me amas sobre todas las cosas de este mundo, ya sé que me amas. ¡Gracias, hijo mío!

Pasados algunos instantes de silencio, la pobre madre continuó:

—D. Luis es bueno, te quiere mucho y él será tu protector.

—Así lo espero; muchas veces me ha ofrecido su ayuda, y jamás he admitido sus ofrecimientos. Esto me aflige ahora. ¡Te he dejado soportar los cuidados de la vida, y tú, madre, me has tratado como a un niño, sin darme parte de tus penas! ¡Oh! este peso que llevado entre ambos hubiera sido más ligero, te ha agobiado a tí sola! Ya ves si tendré remordimientos por mi egoismo, por mi inutilidad.

—¡Calla, hijo mío, calla por Dios! Tú estabas enfermo, eras desgraciado; ¿a qué afligirte ni aumentar tu infortunio? ¡Te queda tanto tiempo de sufrir en este mundo!

Ambos callaron algunos instantes.

El joven inclinó la frente ante aquel tristísimo vaticinio.

—Escucha,—dijo por fin Lucía;—es preciso que tengas valor; yo me felicito de verte hoy dispuesto a convertirte de adolescente en hombre ya, y a aceptar las luchas y los dolores de la existencia, porque si...

La enferma no se atrevió a continuar.

—Prosigue, madre mía, prosigue,—murmuró Daniel.

—Yo estoy débil... aunque no por el exceso de los años, estoy envejecida ya por el exceso de los sufrimientos... Además, Daniel mío, nuestro paso por el mundo es siempre breve y hay una ley inapelable que todo lo acaba, lo separa todo... ¡ay! hasta el corazón de las pobres madres y de los hijos sin fortuna; pero no, he dicho mal, porque aunque yo muera, tú amarás siempre mi recuerdo, y yo velaré a todas horas por tí desde el cielo!

—Morir, morir tú—exclamó el joven con acento indefinible.

Y levantándose rápidamente de su asiento para estrechar a Lucía en sus brazos, como si así hubiera querido defenderla de todo peli-

gro y hacer imposible toda separación. ¡Morir, morir tú! ¡Oh, eso no, eso no es posible!

Y una explosión de llanto salió del corazón hasta los ojos de aquel hombre.

La enferma dejó correr aquellas lágrimas que despertaban en su alma dos sentimientos bien distintos.

El uno de alegría inefable, porque la probaban el inmenso amor de su hijo.

El otro de profundo dolor, porque le mostraban la pena que sufría el corazón de aquel mismo hijo a quien tanto adoraba.

—Vamos, cálmate,—dijo al fin;—quizás mis temores sean infundados, quizás la salud vuelva a darme fuerzas. ¡Dios oirá mis ruegos, porque tampoco yo quiero dejarte! ¡Pobre Daniel mío! ¿Qué sería de tí? Sí... yo creo... yo creo que D. Juan acertará con mi mal y le pondrá remedio. Y... sin embargo.,. ahora que estás aquí, a mi lado, yo quisiera hablarte de algo que tú me ocultas... de un secreto que escondes en tu corazón y que te hace desgraciado.

—¡Yo!—balbuceó Daniel, cuyas mejillas se tornaron más pálidas, —¡yo ocultarte algo, madre! Ya sabes que mis acciones todas...

—No son tus acciones, son tus sentimientos lo que me callas.

—Te juro que ninguna idea culpable tiene cabida en mi cerebro.

—Lo sé; tú eres bueno, eres noble, eres digno en todo!

—Entonces...

Lucía no sabía como proseguir; pidió a su hijo un poco de agua para humedecer sus labios, y luego continuó tomando entre las suyaa la mano del joven:

—Antes... hace ya muchos meses, estabas siempre alegre, tu vida era dichosa, tu sueño reposado. Tus libros y tus flores te bastaban para ser feliz. Yo te miraba, y bendecía a Dios porque enmedio de mi pobreza me concedía horas muy bellas. Después... después... te sentí muchas noches suspirar y revolverte en tu lecho, insomne y fatigado. Te sorprendí mil veces inmóvil y mudo con los codos apoyados en el alféizar de la ventana y la mirada perdida en el espacio;

ví las pobres rosas, cuyos tallos se enredaban en los hierros de tu reja, palidecer y secarse por falta de riego, sin que tuvieras lástima de ellas. Te ví, en fin, más pálido, más pensativo que otras veces, y hasta un día, hijo mío, un día que penetré de improviso en tu cuarto, sorprendí una gota de llanto en tus ojos.

—Madre.

—Sí, no lo niegues; ¡tú llorabas! Llorabas por una causa desconocida para mí, por algo que torturaba tu corazón, y que tu madre, Daniel mío, ignoraba.

La enferma calló, fatigada por su emoción.

El joven la escuchaba sin atreverse a contradecirla y con la crbeza inclinada sobre el pecho.

—Yo no podía soportar esta idea,—murmuró Lucía al cabo,—y espié tus acciones, velé a tu lado mientras dormías, hice, en fin cuantos esfuerzos puede inspirar el amor maternal para adivinar el motivo de aquella mudanza.

—¿Y bien...?—exclamó Daniel, sin poderse contener por más tiempo;—¿y bien...?

—Una noche, mientras te agitabas en sueño inquieto, tus labios pronunciaron un nombre.

—¿Un nombre?

—El de Estrella.

—¡Oh, madre!—dijo el joven con un acento de tristísima reconvención y dirigiendo en torno una mirada como si hubiese tenido miedo de que alguien hubiera sorprendido aquellas frases.

—Había descubierto el misterio,—dijo Lucía, sin fijarse en la expresión ni en el ademán de su hijo;—tenía la clave del enigma; ya sólo me faltaba conocer a la mujer que llevaba aquel nombre.

—¡Oh! ¿Y qué hiciste?—interrogó Daniel con verdadero terror; —¿qué hiciste?

—Cálmate; tu secreto era casi el mío; en el pecho de una madre están bien guardadas las penas y las esperanzas de sus hijos!

—Pero...

—Me limité a observar de nuevo, a esperar en la casualidad para satisfacer mi deseo.

—¡Oh!

—Y la casualidad no tardó en realizar mis esperanzas. Un día, una pobre mujer viuda y sin recursos, que vivía casi de la caridad pública, perdió el único tesoro que le quedaba; perdió a su hija, a una hermosa niña de dos años, en la cual había cifrado todo su bien, todo su amor en este mundo. ¡La infeliz no tenía para comprar ni una cruz, ni una mortaja para aquel pedazo de su alma, y su desesperación no hallaba límites!

—Sigue.

—Yo fuí a verla... su estado me estremeció... pensé en tí, y comprendí el dolor de aquella infeliz. Sin embargo, era tan pobre, casi como ella, y sólo podía ofrecerla el consuelo de mis lágrimas; lloré a su lado y la dije... no sé qué, pero ella debió adivinarlo, porque me miró de un modo que jamás olvidaré. ¡Oh, las madres se entienden siempre perfectamente!

—Pero no sé...—murmuró Daniel con vago acento.

—Oye aún,—respondió Lucía fatigada por aquel largo relato, en el que la sostenía su espíritu más que sus fuerzas;—oye aún. De pronto vimos aparecer en la puerta de la cabaña una joven... digo mal, una niña, blanca como un rayo de luz, y delicada y bella como una azucena.

Traía flores y se acercó a la madre desesperada.

Con una voz dulce y suave como un gemido de la brisa, le habló de Dios, del cielo, de los ángeles!—Luego llegó hasta la inocente criatura muerta, y derramando lágrimas y sonriéndola al par, la vistió como un serafín y la coronó de rosas blancas, tomó de manos del criado que la había acompañado algunos cirios que colocó en torno de la niña, llenando aquélla de luz y de aromas y prodigó al ángel que dejaba la tierra los últimos dones que la tierra le podía ofrecer.

La madre sin ventura se arrojó a los pies de aquella niña y los regó con su llanto, besó sus manos y la llamó el ángel del consuelo, dándole al par mil dictados llenos de respeto y veneración.

La joven, siempre llorando y sonriendo, recibió aquellas muestras de gratitud con una dulzura indecible. En sus palabras había algo de celestial, algo en que se reflejaba la bondad y pureza del alma.

—¡Oh, no me apellide usted ángel, porque soy sólo una pobre niña que amo a los desgraciados. No me de usted tampoco título alguno, porque yo no los quiero aceptar: dígame usted sólo mi nombre; llámeme usted sólo Estrella.

—¡Oh! ¿Era...—exclamó Daniel, sin pensar en lo que decía.

—Ante estas palabras me estremecí, como tú te estremeces ahora y comprendí el secreto de tu alma.

—¡Madre!

—¡No te esfuerces en justificar tu delirio! ¡Al ver a aquella niña, es preciso amarla, hijo mío!

Daniel, sin darse cuenta de lo que hacía, se arrojó en los brazos de su madre, y allí permaneció por largo espacio.

El desgraciado apenas se había dado cuenta hasta aquel momento de la inmensa pasión que dominaba su alma.

Se sentía arrastrado hacia aquella joven, que había aparecido ante sus ojos como una visión celestial.

Pensaba siempre en ella despierto; soñaba con ella cuando dormía; sentía que su corazón doblaba con fuerza sus latidos al verla un solo momento; se hallaba, en fin, desgraciado y feliz bajo la influencia de aquellos celestes ojos, de mirada casta y suave; pero la palabra *amor* no había sido aún pronunciada siquiera en el fondo de su alma, ni formulada tampoco por su pensamiento.

Los labios de su madre habían venido a dar nombre al sentimiento que lo dominaba y ya le tenía para aquel alma noble y sencilla.

Daniel en aquel instante no se aterró ante la desgracia inmensa que acababa de aparecer a sus ojos con la revelación de aquel amor infortunado.

No tembló rnte los dolores que aquella pasión insensata le ofrecería en el porvenir.

No se estremeció de dolor al pensar en lo imposible de aquel afecto delirante.

Sólo pensó en que amaba, en que su madre misma justificaba casi aquel profundo cariño, participando de su admiración por Estrella, sintiéndose dominada por el ascendiente y el encanto de aquella niña singular.

¡Oh! el alma de Daniel experimentaba en aquel momento una emoción inexplicable.

—¿Conque tú la has visto, madre?—exclamó con acento anhelante—¿conque tú dices que yo la amo, y apruebas?...

—¡Hijo, deliras!

—¿Cómo?

—¿Yo aprobar lo que será tu eterno infortunio? ¿yo aprobar lo que será un perenne torcedor para tu existencia? ¡Oh, no! Yo daría mi sangre toda por borrar esa imagen de tu alma, ese pensamiento de tu memoria! ¿Quién eres tú, hijo mío, quien eres tú ante esa niña tan noble, tan rica y tan hermosa?

Estas palabras desgarraron el corazón de Daniel, haciéndole recordar de improviso toda la verdad de su pobreza, de su deformidad, de su infortunio!

Lucía tenía razón.

¿Quién era él? ¿Qué podía esperar en el porvenir?

¿No era un sér privado de todo?

¡De todo! hasta de los dones que la naturaleza prodiga doquier a sus criaturas.

No era él ¡ay! una excepción dolorosa de la generalidad de los séres.

El infeliz dobló la cabeza, y algunas lágrimas amargas como las aguas de los mares se desprendieron de sus negras pupilas, rodando lentamente por sus mejillas sin color.

¡Oh! ¿Qué había conseguido la infeliz Lucía con adivinar el mal, con hacérselo conocer a su hijo, si el lenitivo era imposible, si el remedio no existía?

¡Nada! ¡Aumentar el dolor de uno, hacer más penosos los últimos instantes de la obra!

—¡Valor, Daniel mío, valor!—murmuró la desventurada—. ¿No ves que tus lágrimas desgarran mi pecho?

—¿Y qué he de hacer?—murmuró el joven con angustia—ya ves que hasta ahora he luchado, he sido fuerte. Que ni aún me había atrevido a fijar una mirada en el fondo de mi alma, por no descubrir lo que tú acabas de revelarme.

—¡Oh, tienes razón! El corazón es un rey absoluto que no obedece a la razón, y a quien no se pueden imponer leyes ni mandatos. Y, sin embargo, es preciso salvarle, es preciso que olvides, es forzoso, en fin, que no seas desventurado!

El joven nada contestó.

—¿Qué iba a decir para calmar el dolor de su madre?

—Yo he querido provocar esta explicación—murmuró ésta—, para saber por completo la verdad, para consolarte, para llorar contigo a lo menos. Mira, hijo mío, en las batallas de la vida es preciso tener armas poderosas para vencer. Los débiles, los indefensos, sólo tienen un medio para alejar el peligro.

—¿Un medio?

—Sí, el de evitar la lucha, el de huir y ponerse así a cubierto del combate, que les sería funesto.

—¡Huir de Estrella! ¡No verla!—exclamó Daniel con expresión doliente!

—¿Y qué te importa no verla ahora, ni nunca, si tu palabra no puede llegar hasta ella?

—Te engañas, madre, te engañas—murmuró el joven—; yo...

—¿Le has hablado alguna vez?

—Sí, muchas; me conoce perfectamente.

—¿Y has dejado acaso que sospeche?...—dijo Lucía con afán.

Una sonrisa dolorosa vagó en los labios de Daniel.

—Tranquilízate, madre mía, y no me juzgues tan demente.

—Mil veces el sentimiento de nuestro pecho se escapa de él, sin que nosotros nos demos cuenta de ello—dijo Lucía lentamente—, y tú...

—No, ella no sabrá nunca que la amo, pero ¡era yo tan feliz con verla, aunque de lejos, con distinguir desde mi ventana las torres de su palacio, con respirar las auras que mecen las copas de los árboles que la dan sombra!

—Es preciso que partamos, hijo mío.

Daniel estaba pálido como la muerte. Lucía, fatigada y sin aliento.

—Cuando yo recobre la salud—dijo al cabo de algunos instantes—cuando yo recobre la salud, porque ahora más que nunca quiero vivir para tí, y le rogaré al cielo que me salve, entonces... entonces dejaremos esta aldea e iremos a ocultarnos en otra cualquier parte... donde tú puedas olvidar.

—Quizás sea inútil—murmuró Daniel tristemente—. Estrella partirá en breve de estos sitios.

—¿Cómo? ¿Tú sabes?...

—Ignoro cuanto la concierne; sólo sé que debe ser rica, que su padre hace poco adquirió el palacio de la Umbría, sin verlo siquiera, y encargando a su administrador de llenar las formalidades precisas.

—¿Y nada más?

—Estrella tiene dos hermanos, pero ella dice que perdió a su madre al venir al mundo. Los desgraciados la aman, y en las cercanías la apellidan el ángel de la caridad; con este nombre la conocen todos, con este nombre la llamo yo.

Creo que su padre posee un título.

—Ignoro cuál es; sólo adivino que no permanecerá mucho tiempo aquí. Perteneciendo a una familia rica y noble, volverá en breve a la Corte; esto es lógico. Ya ves, madre mía, que sólo tendré que esperar para no verla, a que ella...

La palabra quedó cortada en los labios de Daniel, porque un ligero golpe dado en la puerta de la estancia, había venido a poner término a la conversación de la madre y del hijo.

El que llamaba era el doctor.

Su presencia disipó de la mente de Daniel todo otro pensamiento que no fuera su madre.

D. Juan era un anciano de aspecto grave y un tanto severo, pero bueno y generoso en el fondo.

La costumbre de ver sufrir, de asistir continuamente a escenas de muerte y duelo, habían entristecido su corazón, que tenía que presenciar de continuo esos tristísimos dramas que tienen su desenlace en un sepulcro.

Encanecido en el estudio, unía a su innegable ciencia una larguísima práctica, y rara vez se engañaba en sus pronósticos o dejaban de producir efecto las medicinas que administraba.

Al penetrar en aquella pobre morada, sus ojos se fijaron en derredor, yendo luego a posarse en el lecho de la enferma.

Después se acercó a ésta, la dirigió algunas preguntas, y consultó su pulso con marcada atención.

Una imperceptible arruga plegó su frente, y una ligera nube oscureció por un instante su mirada.

Las desgracias, las privaciones y los sufrimientos producían aquella enfermedad, que llevaba muchos días de minar la existencia de Lucía.

¡Para esas dolencias en que toma más parte el alma que el cuerpo, raras veces tiene la ciencia lenitivo!

D. Juan lo comprendió así a las primeras respuestas que recibió de Lucía.

Sin embargo, ordenó un plan adecuado; prescribió algunas medicinas y se despidió prometiendo volver al siguiente día.

Daniel le acompañó hasta la puerta; allí se detuvo un momento, y después de una corta vacilación, se atrevió a tomar la mano del anciano y a decirle con balbuciente voz:

—¿Salvará V. a mi madre, es verdad? ¿Recobrará la salud en breve?

—Hijo mío,—exclamó aquel hombre con una emoción que en vano trataba de ocultar:—hijo mío, la vida de las criaturas está sólo en manos de Dios. Pídale usted que secunde mis esfuerzos y que ilumine mi razón.

—Pero... ¿Qué quiere V. decir? ¿Se halla mi madre en un peligro tan inminente?—balbuceó Daniel con acento trémulo:

—Inminente... no, no he dicho eso; pero está muy débil, y si la fiebre no cediese... En fin, mañana temprano estaré aquí, y espero poderle dar más esperanzas.

El médico salió.

Daniel se quedó clavado en su puerta inmóvil, mudo, abrumado por aquel golpe.

—¡Pobre mujer!—murmuraba para sí el doctor mientras se alejaba a paso lento;—¡pobre mujer! yo desearía salvarla; pero... desconfío de conseguirlo; esa naturaleza está minada, está destruída, y... ¡qué diablo! los médicos no podemos dar la existencia a quien Dios se la quita, por más que nos afanemos y que pongamos de nuestra parte.

El soliloquio de D. Juan se vió bruscamente interrumpido, como interrumpida se vió su marcha por un personaje que le salió al paso y que le detuvo después de exclamar:

—¿Es usted, amigo mío, es usted, doctor?

El médico se detuvo, conociendo a su vez a D. Luis.

—Sí, yo soy, le respondió; yo que venía...

—De casa del pobre Daniel, ya lo sé: pero su madre...?

—Su madre está más mal de lo que parece.

—Como!

—Es la verdad.

—De modo que V. cree...?

—Que no saldrá de la enfermedad.

—Dios mío!

—Esa mujer ha debido sufrir mucho y ahora...

—Pobre Lucía, y sobre todo, por Daniel!—exclamó D. Luis con pesar.

—Sí, es una lástima, pero...

—Y no habrá ningún medio de salvarla?, yo no soy rico, mas puede V. disponer de cuanto poseo, si...

D. Juan miró a su interlocutor con una expresión indescriptible.

—Le perdono a V. esas palabras que me infieren una grande

ofensa. Yo miro a los hombres como a mis hermanos; me intereso por ellos, por ellos me desvelo, para buscar el medio de calmar sus dolencias; mis cabellos se han encanecido y mi frente se ha cubierto de arrugas, inclinado siempre ante mis libros, sufro cuando miro sufrir porque tengo que poner en mi rostro una máscara de impasibilidad perfecta ante el lecho del moribundo, porque este es mi deber; deber imprescindible a los sacerdotes de la ciencia! Guarde usted, pues, su dinero, amigo mío, que no necesito tal estímulo para prestar mis servicios a esa pobre mujer y a esa infeliz joven. Guárdele V...., o mejor dicho, déselo V. a ellos, que quizá con un poco de oro recobrará Lucía la salud, mejor que con todas las drogas conocidas.

—Según eso.,.

—Su mal viene de mucho tiempo atrás; y es producido por una grande afección moral sin duda, por la falta de recursos quizá.

—Entonces, yo haré...

—Es lo mejor.

—Y podrá suceder que mejore?

—¡Quién sabe!, pero lo dudo!, creo que es muy tarde ya.

Aquellos dos hombres se separaron igualmente entristecidos.

El uno emprendió el camino de la aldea, el otro se dirigió a la casa de Daniel.

Cuando penetró en ella, aún permanecía el infeliz joven inmóvil y petrificado en el mismo sitio en que le había dejado D. Juan.

Su protector al ver su semblante y su actitud lo adivinó todo, y acercándose a él tomó su mano, y estrechándola con ternura:

—Vamos, calma, hijo mío, le dijo en voz baja por temor de que Lucía pudiera escucharle: calma y esperanza!

—Esperanza! y en quién?, preguntó Daniel, muy quedo también, pero con expresión desgarradora.

—En los cuidados del doctor, en los remedios que pondrá, y sobre todo ¡en Dios! Ahora vamos a ver a tu madre; podrá escucharme?, podrá recibirme?

—¡Oh!, sí señor, dijo el joven; esta tarde parecía mejor, más aliviada; ha hablado conmigo largo rato, ha formado algunos proyectos para el porvenir, siempre pensando en mí, porque...

La voz de Daniel tembló, y le fué preciso detenerse.

—¡Ah!, dijo al fin; he aquí por lo que las palabras de D. Juan han sido más terribles para mí.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Que tenga valor!

—He ahí el modo de quitártelo; vamos, vamos a dentro y pensemos sobre todo en buscar los medios de cuidar a tu madre; tiempo tendremos de todo más tarde. ¿Tú no tendrás mucho dinero, es verdad?

El jorobado inclinó la frente, enrojecida por la vergüenza.

—No hay que apurarse por eso—exclamó don Luis—, no hay que apurarse ni enrojecerse tampoco; ¡estoy yo aquí!

—¡Usted!

—Sí, yo que soy casi tu padre, Daniel—murmuró el anciano con acento conmovido—; desde el día en que te conocí, me inspiraste un afecto tan tierno como profundo; no tenía parientes y pensé hacer de tí un hijo, y por eso...

—¡Oh señor!

—Acaso, dime, ¿pueden avergonzar ni humillar a nadie las dádivas de su padre?

Al decir esto don Luis, sacaba un bolsillo con algunas monedas y lo presentaba al joven.

Este dudó un momento, ¡el corazón del hijo luchaba con la dignidad del hombre! pero al fin el corazón venció, y Daniel tomó aquel dinero, besando la mano que se lo ofrecía.

Don Luis penetró en el cuarto de la enferma, y la halló con el codo apoyado sobre la almohada, mirando fijamente a la puerta.

Quizá adivinaba las escenas que acababan de tener lugar cerca de ella.

Quizá esperaba ver la confirmación de sus temores en la expresión del rostro de su Daniel.

Este no apareció con el anciano, porque había salido a buscar las medicinas que el doctor había prescripto.

La enferma miró al que entraba, y una tristísima sonrisa apareció en sus labios.

También un destello de esperanza iluminó sus pálidas facciones.

Aquel hombre amaba a su hijo, y estaba segura que sería su protector en los días que iban a llegar.

Esto la tranquilizaba casi, porque ¡ay! Lucía no temía la muerte: temía el desamparo en que su hijo iba a quedar.

Cruzó con el recién llègado algunas palabras, y luego, respondiendo a la idea que la dominaba, preguntó con temblorosa voz:

—¿Ama usted mucho a Daniel, es verdad?

—Señora....

—¿Le juzga usted bueno y digno de protección?—continuó ella con más afán.

—¡Oh, sí! en su corazón y en su mente hay tesoros que yo he podido apreciar bien.

Hubo un instante de silencio, que Lucía rompió al cabo diciendo con acento pausado:

—¡Esperan a ese pobre niño horas muy aciagas, en las que necesita un amigo y muchos consuelos, y... ¡está tan solo en el mundo!

Don Luis, por toda respuesta, tendió su mano a la enferma.

Esta la estrechó, inclinando la frente, y una lágrima de fuego cayó en aquella mano noble y leal.

Aquella gota de llanto selló el convenio que sus corazones acababan de firmar.

Daniel no quedaría solo en la tierra.

La enferma, fatigada, inclinó la frente sobre la almohada y cerró los ojos un instante.

Don Luis permaneció algún tiempo a su lado, sintiéndose conmovido y preso de un malestar profundo, al ver los estragos que la enfermedad había hecho en aquel rostro pálido y marchito. La vuelta del joven le permitió retirarse, aunque a una hora avanzada ya.

La noche pasó lenta y fatigosa para la pobre Lucía.

La fiebre se aumentó, y hubo instantes en que Daniel, que velaba solo a su lado, apenas podía sujetarla en el lecho, el cual quería abandonar impulsada por el delirio.

En medio de aquel espantoso trastorno, de sus secos labios se escapaban palabras extrañas y nombres que el joven no había escuchado nunca en ellos.

A veces acariciaba, a veces reconvenía, hablando a la par de promesas y de derechos, y de abandono y de infamia.

Daniel la escuchaba con angustia.

Aquel acento desentonado, aquellas frases entrecortadas le hacían daño, estremeciéndose.

¿Era todo aquello el extravío de la fiebre sólo? ¿Tenía alguna relación con el pasado de Lucía, y con su suerte y con su porvenir?

El infeliz no podía adivinarlo.

Sólo veía que su madre sufría, que su madre empeoraba, y esto le hacía olvidarse de todo.

¡Oh!, las horas que Daniel pasó de aquel modo son imposibles de describir.

En los momentos de peligro y de duelo, la soledad y la pobreza son muy amargas compañeras.

Daniel derramó en aquella noche lágrimas de fuego mezcladas con hiel; exhaló suspiros que desgarraron su pecho; murmuró oraciones que brotaron de su alma, y su aislamiento, por vez primera, le pareció cruel y espantoso.

Cuando la tímida luz del alba penetró por las mal unidas tablas de su ventana, Lucía pareció calmarse.

A la terrible agitación que le había dominado, sucedió un abatimiento profundo.

Aquella naturaleza débil no podía soportar la violencia del mal, y se aplanaba y sucumbía.

Sin embargo, Daniel respiró con un poco de más libertad.

Aquel letargo era preferible a los gritos y al furioso extravío de antes.

Era a lo menos el descanso, era el silencio, y el silencio se avenía mejor con el triste estado del espíritu de aquel pobre joven.

Inmóvil y conteniendo la respiración permaneció junto al lecho en que reposaba la infeliz moribunda.

Entonces sus pensamientos pudieron tener ilación, sus temores, objeto, sus dolores, explicación.

¡Ay!, entonces comprendió que iba a quedar solo en este mundo.

Comprendió que a nadie tenía, comprendió que su madre adorada iba a morir.

De los labios de Daniel se escaparon profundos sollozos, sollozos que el joven contenía, aunque sintiendo desgarrado su pecho.

Con la frente apoyada en el borde de aquella pobre cama, meditó mucho, lloró mucho, y elevó una plegaria a la Madre de Dios, Madre también de los hijos desventurados.

En medio de la incierta y vaga claridad que empezaba a iluminar la estancia, en medio de aquel silencio tan absoluto, Daniel pasó mucho tiempo.

Sus ojos, que no se habían cerrado en toda la noche, se velaron un momento; su espíritu, cansado de tanto sufrir, se adormeció un instante, y sus pensamientos vagaron perdidos por los espacios de la idea.

¿Cuánto tiempo se pasó así?

Ni Daniel ni Lucía hubieran podido contarlo.

La puerta, que sólo estaba entornada, según la había dejado don Luis la noche anterior, se movió lentamente, y una figura bellísima y celestial apareció en el fondo de luz que formara al abrirse.

Por un instante permaneció inmóvil.

Quizá dudaba entre avanzar o retroceder.

Quizá, deslumbrada con la claridad exterior, no distinguía los objetos que la cercaban.

El leve ruido que produjo la madera al girar sobre los goznes, fué bastante a sacar a Daniel del semisueño que le embargaba.

Dirigió su mirada, acostumbrada a la penumbra, al sitio de donde provenía el ruido, y estuvo a punto de lanzar un grito.

El joven frotó sus ojos creyendo que dormía y que lo que estaba viendo era producto de su sueño.

Pero no, no se engañaba.

Aquella aparición no era una alucinación de sus sentidos.
Aquella aparición tenía forma real y cierta.
Aquella aparición, en fin, era Estrella.

La joven adelantó tímidamente algunos pasos, y entonces vió Daniel que no venía sola.

Blanca también la acompañaba.

Las dos llegaban como ángeles de piedad, a socorrer aquel infortunio.

—Señorita—exclamó Daniel—¡estoy delirando, estoy loco! Usted...

—Sí—respondió la niña adelantando guiada por la voz del joven.

—Sí, yo soy; ¿no dije a usted anoche que vendría a ver a su madre?

—Pero...

—¡Oh! ¿Se encuentra mejor ahora?—preguntó Blança a su vez.

El joven hizo un doloroso signo con la cabeza y murmuró muy bajo:

—¡Mejor! ¡Oh, no, ha pasado una noche terrible, toda ella desvariando; está allí ahora, aletargada, sin fuerzas, mire usted!

Y al decir esto, señalaba con una mano a Lucía, mientras que con la otra abría una de las hojas de la ventana que daba luz a la estancia.

Al penetrar allí la claridad del día, dejó más en descubierto la pobreza que reinaba en torno.

Estrella sintió oprimido su corazón.

A su pesar una lágrima empañó el celeste cristal de sus pupilas.

¡Oh, para unos tanto, para otros tan poco!

¡Qué nivel tan desigual es el de la fortuna!

Blanca, más acostumbrada que su compañera a ver de cerca la miseria, no había encontrado tan desagradable aquella morada, en donde como ya lo dijimos, la limpieza y el orden se distinguían por todas partes.

—Duerme,—dijo la protegida del padre Carlos;—duerme; no turbemos su descanso; quizá ese sueño restaure sus fuerzas, quizá...

—Ese sueño es la postración, la falta de fuerzas! ¡Ay, yo no espero nada ya!—murmuró Daniel abatido.

—¡Quién sabe!—respondió Estrella;—¿ha venido el doctor?

—Sí, señora, anoche.

—¿Y qué dice?

—Que desconfía de salvarla!—respondió Daniel con voz ahogada, y cubriéndose el rostro con las manos para ocultar el llanto que esta idea arrancaba de su alma.

Las dos jóvenes se miraron con tristeza, sin atreverse a responder.

—Por qué no va V. en busca de mi santo padrino, preguntó al cabo Blanca con timidez.

—Ya? exclamó el joven extremecido y como si esta palabra hubiera roto las fibras del alma.

Blanca le comprendió y se apresuró a decir:

—No, no, confiemos en Dios, pero él es tan bueno, tan sabio... sus palabras producen siempre el consuelo y la paz, y usted, pobre amigo mío, necesita de ambas cosas.

—Pero...

—Oh!, vaya V., nosotras en tanto no nos separamos de su madre; además, mi protector sabe muchas cosas, en su larga práctica de ver enfermos, conoce remedios que quizá...

El joven estaba dominado por la situación.

No tenía ideas, no tenía voluntad.

Sin saber apenas lo que hacía, se dispuso a salir de la habitación.

Al cruzar el dintel, volvió sus ojos a Lucía ésta permanecía sumergida en su pesado sopor.

Estrella y Blanca estaban a su lado.

Daniel emprendió el camino del pueblo y se dirigió a casa del padre Carlos.

¿Qué iba a decirle? ¿qué le iba a pedir?

El mismo no lo sabía!

Pero la voz dulce y suave de Blanca le había ofrecido consuelo y esperanzas junto al sacerdote, y el infeliz necesitaba mucho de ambas cosas para dejar de correr en su busca.

Cuando el pobre jorobado llegó a la casa del presbítero, un hombre de franco rostro y mirada dulce e inteligente le salió al encuentro, preguntándole con acento amigo y cariñoso, qué desgracia le afligía; el semblante de Daniel revelaba el estado de su alma.

Aquel joven vestido con el sencillo traje de los labriegos, era Román.

Román, que después de seguir al padre Carlos un día y en época muy lejana, no había querido separarse de él, primero con la esperanza de hallar a aquellos niños confiados a su madre, a la buena Juana Duró, y a las cuales amaba con toda su alma enérgica y sencilla: después, porque habiendo quedado huérfano, se consagró al sacerdote y a la buena D.ª María que le amaban y le educaron con cariñosa solicitud.

Román sabía quien era Daniel.

En las pequeñas aldeas todos son amigos o cuando menos conocidos; así es, que al ver su aspecto desolado no pudo menos de exclamar:

—¿Qué traes, estás enfermo?, ¿qué necenitas?

—Ver al padre Carlos, respondió solamente el joven.

—¿Ver al padre Carlos?, murmuró Román con aire indeciso. El caso es... el caso es que en este momento va a tomar un frugal almuerzo, y si le digo que estás aquí, y que le necesitas para algo, será capaz... será capaz de quedarse en ayunas por atenderte y... ya vez... yo no quisiera...

—¡Esperaré!, exclamó Daniel tristemente.

—Si es cosa urgente... si él puede hacer algo por tí...

—¡Hacer algo por mí! ¡no se! ¡la señorita Blanca dice que sí!

—¡Ah! ¡la señorita Blanca! ¿es ella quien te envía?, preguntó Román, cuyas mejillas se colorearon levemente, y cuyos labios temblaron al pronunciar ese nombre, pues si es ella, voy, voy corriendo a llamar al señor cura o, mejor es que me sigas y lo verás.

Y sin aguardar la respuesta del joven, echó a andar hacia el interior de la casa indicándole que le siguiera.

Un instante después, ambos se hallaban en presencia del sacerdote que recibió al recién venido con su acostumbrada bondad.

Cuando oyó de aquellos labios en que los sollozos alternaban con las palabras, la situación en que se hallaba Lucía.

—Has hecho bien en venir, hijo mío, dijo: has hecho bien en ve-

nir. Por ventura ¿no sois todos mis hijos aquí, y no tenéis derechos a mis cuidados y a mi amor?, vamos, vamos a tu casa: visitaré a tu madre, que quizá no esté tan mal como tú crees; el cariño exagera siempre los temores, y nos hace, a veces ver el peligro donde no le hay, ¡vamos allá!

—Pero... ¿se vá V. sin tomar nada, señor?, observó tímidamente Román.

—No corre prisa; exclamó el padre Carlos, ¿quién piensa en comer, viendo sufrir a un desgraciado?, además, volveré pronto; dícelo así a mi madre, para que no esté inquieta, y hasta luego.

Y sin detenerse más, salió de su despacho situado a la entrada de la casa, y siguió al triste jorobado que absorto en su pena, le guiaba en silencio.

Por el camino el ministro de Dios se esforzó en preparar a Daniel para el golpe que debía herirle.

Adivinó lo que iba a pasar, y le habló con bondad y fervor de la nada de la vida, y de lo eterno y cierto de las esperanzas del cielo.

Aquellas palabras dulces y cariñosas caían como un santo rocío sobre el espíritu atribulado del joven.

¡Necesitaba tanto esperar en el más allá, él que tampoco encontraba aquí!

Cuando llegaron a la pobre casa de Lucía ésta se hallaba más tranquila, aunque no menos en peligro.

Estrella y Blanca habían rivalizado en bondad y cariño, inventando mil medios para remediar aquella desgracia.

La primera había dado muy en secreto a su amiga una corta cantidad que llevaba en su portamonedas, diciéndole bajito y de modo que sólo ella pudiera oirlo:

—Toma, de tí no rehusarán nada; de mí quizá se avergonzarían.

Con aquella suma, y sin tener que agotar los recursos de la enferma, Blanca hizo de modo que quedasen cubiertas las primeras necesidades en la casa, en aquellas circunstancias.

Lucía, al abrir los ojos y encontrarse con las dos jóvenes, tuvo

un instante de asombro, volviendo el delirio a iniciarse, y sus ideas a vacilar.

Aquella débil naturaleza que por tanto tiempo había luchado contra el mal, cedía al fin a él y era la luz que se apaga y que brilla a intervalos antes de extinguirse por completo.

Al contemplar a Estrella, recordó con claridad extremada su conversación con Daniel, y murmuró con voz imperceptible:

—¡Usted, usted, señorita! ¡Oh, que mi hijo no sepa que se halla aquí! ¡que no la vea por Dios!

Blanca había salido de la habitación en aquel instante a traer una medicina que la enferma debía tomar, y por consiguiente Estrella sólo podía oir sus palabras.

Las creyó efecto de la fiebre, y murmuró tomando una mano de Lucía.

—Cálmese V. señora, Daniel vendrá en breve, y él la dirá...

—¡Daniel, Daniel!, repitió la moribunda, ¿luego V. no le odia?, ¿luego V. pronuncia su nombre sin desprecio ni horror?

—¿Y por qué había de despreciarle?, dijo Estrella, creyendo todo aquello hijo del extravío de la fiebre, y tomando la mano de Lucía que sentía arder entre las suyas.

—¡Oh!, ¡qué buena, qué buena es!, balbuceó ésta siguiendo la hilación de sus ideas, aunque luchando entre la razón y el desvarío. Bien lo dice mi hijo, bien lo dice. «Es un ángel, y los ángeles no se ofenden de que los adoren en secreto».

Algo que no sabríamos definir pasó por la mente de Estrella.

Sus labios contuvieron un grito y se tornaron blancos como la perla.

Lucía, fijando en ella una mirada sin expresión, continuó:

—¡Los ángeles salvan, los ángeles consuelan y son la egida de las desdichadas! ¡Oh! ¡y yo que quería alejarme de ella, por miedo, de que este amor destruya su vida y su razón!

La voz de la enferma se extinguió en sus labios, como un suspiro imperceptible.

Estrella permaneció a su lado muda e inmóvil.

¿Qué querían decir aquellas palabras?

¿Qué significaban en boca de la moribunda?

La joven no sabía explicárselo claramente, y sin embargo, temblaba como el débil pajarillo que presiente la tempestad.

Blanca apareció en aquel instante, y al ver la alteración de las facciones de su amiga, se acercó a ella y le preguntó con rapidez.

—¿Está peor Lucía?

—No, murmuró Estrella, yo creo que se encuentra lo mismo, pero...

—Si quieres, yo permaneceré a su lado, mientras tú sales un momento a respirar el aire libre.

—Al contrario, exclamó la niña vivamente, ¡déjame sola, sal tú, sal tú!

—¡Estás muy agitada, hermana mía!, sin duda este espectáculo te entristece demasiado; ven, yo soy más fuerte que tú; si apenas puedes tenerte en pie!

Y Blanca, cogiendo la mano de su compañera, la empujó suavemente intentando separarla de aquel lecho.

Estrella retiró su mano, permaneciendo en su puesto.

—Ya sabes, dijo, que la vista de la desgracia me atrae, déjame pues permenecer aquí.

Lucía volvió a agitarse de nuevo.

Estrella tembló estremecida por un temor sin nombre.

¿Iría la madre de Daniel a hablar otra vez del joven?

¿Iría a revelar delante de Blanca el secreto que se arrancaba de su alma a impulso de su ardiente fiebre?

Pero aunque esto fuese así ¿qué tenía ella que ver con las confesiones de Lucía?

¿Por qué la hacían palidecer?

¡Quién sabe! ¡misterios de un corazón virgen e inmaculado!

¡Arcanos de un alma candorosa y buena!

La enferma pronunció efectivamente el nombre de su hijo y en pos de aquel nombre repitió también el de Estrella.

Entre gemidos, entre palabras incoherentes, habló de la pasión de Daniel, de su culto por aquella niña noble y pura, que tan separada estaba de él.

Maquinalmente Estrella extendió una o dos veces su mano para sellar acaso los labios de la moribunda.

Pero Blanca la detuvo, murmurando muy bajo:

—Déjala, hermana mía, ¿quién da valor a las frases que la calentura pone en nuestra boca? Déjala y atendamos sólo a esta desdicha.

Lucía había cambiado sin duda de ideas, pues otros recuerdos y otros sentimientos parecían ocuparla.

—¡Oh!, exclamaba, mi hijo hubiera podido ser perfecto y feliz, en vez de ser deforme y desgraciado, hubiera podido tener un nombre honrado y digno, pero ¿qué ha hecho su padre de ese nombre? ¿qué ha hecho de ese triste niño, a quien no asesinó, porque... ¡Oh! ¡no! yo callaré, yo no diré nunca la verdad!

Las dos jóvenes se miraron espantadas:

¿Cuál era el pasado de aquella mujer?

Esta prosiguió, tratando de ocultar su frente entre las sábanas de su lecho.

—¡Yo callaré, yo callaré! Yo no diré jamás que eres un infame, y que Fausto de Merán...

Estrella dió un grito y exclamó sin poder dominarse:

—¡Mi padre, mi padre! ¿Pero qué tiene que ver en todo esto? ¿Qué significa su nombre aquí?

Nadie pudo contestarla.

Blanca lo ignoraba todo como ella, y Lucía no estaba en estado de contestar a sus preguntas.

En aquel momento la voz del padre Carlos se dejó oir en la parte exterior, y su hermosa figura apareció a la entrada del cuarto en que se hallaban.

Con una rápida ojeada adivinó el estado de la madre del infeliz jorobado, y comprendió que la muerte posaba ya su mano sobre aquella cabeza, tan abrumada de infortunos.

Se aproximó lentamente a las dos niñas, y las dijo con triste voz:

—Los desvelos y los cuidados son ya vanos aquí; pero ahí, en el umbral de esa puerta, habrá en breve un corazón muy desgarrado, habrá un sér agobiado por el dolor, nada bastará a secar sus lágrimas; pero puede darle consuelo el ver que no está completamente solo en el mundo, y que hay almas amantes que compadecen su pesar.

—Pues qué, ¿usted supone que Lucía...?—preguntó Blanca con afán.

—Tras ese delirio vendrá la postración, y tras la postración la muerte.

—¡Dios mío!—murmuró Estrella con espanto.

—Perdone usted que hable con tal franqueza, señorita; pero Daniel no puede oirnos; le he suplicado que fuese a buscar a D. Luis, y me ha obedecido; por consiguiente, no está aquí.

—¿Y usted piensa...?

—Llevo muchos años de ver a la muerte terminando la vida y la conozo harto bien para equivocarme; Lucía no verá la puesta del sol.

—¡Pobre Daniel!—murmuró Blanca conmovida.

—¡Pobre Daniel!—repitió muy quedo Estrella.

—He aquí por qué he rogado a D. Luis que venga,—exclamó el padre Carlos;—él ama mucho a esa pobre criatura, y estoy seguro que no la abandonará. Ahora, hijas mías, y perdone usted, señorita, que la llame también así; salid de esta habitación un momento; estais muy pálidas. El viento de la muerte aja las flores delicadas y frágiles, pero no agita los viejos troncos. Dejadme solo con la enferma.

—Obedecemos—dijo Blanca, que anhelaba alejar a su amiga de allí—, obedecemos.

—¿Creéis que podrá oirme?—preguntó el sacerdote.

—¡Oh! Yo pienso que su razón está ahora completamente turbada,—dijo vivamente Estrella.

—¡Quién sabe!—murmuró la protegida del buen párroco, saliendo con ella de la estancia

---

Daniel llegó acompañado de D. Luis.

Las dos jóvenes aún permanecían allí.

Blanca no quería abandonar aquella casa hasta que todo hubiera terminado, y así iba a realizarlo, autorizada por su protector.

Su compañera sabía muy bien que sus hermanos, ocupados con sus proyectos de diversiones y de fiestas, no la echarían de menos en todo el día.

Estaba, pues, libre para acompañar a su amiga.

Daniel, muy abatido, muy pálido, empezaba a comprender la situación; empezaba a ver claramente su desgracia.

¡Oh! ¡Qué aislamiento tan horrible iba a ser el suyo! ¡Qué solo iba a quedar en la tierra!

En vano D. Luis procuraba alentarle, procuraba darle esperanzas; el infeliz no la tenía!

Huérfano, pobre, contrahecho, ¿cuál iba a ser su porvenir en este mundo?

Ensimismado, sombrío, yerto, permanecía silencioso con la cabeza inclinada sobre el pecho y los labios temblorosos y contraídos.

Hubo un instante en que por una casualidad imprevista, Blanca se alejó de su amiga, y ésta quedó casi sola al lado del hijo de Lucía.

El infeliz jorobado, preso de una amargura sin nombre, dejaba correr por sus mejillas gruesas lágrimas, que nadie acudía a enjugar.

Estrella le contempló un instante, y tuvo lástima de aquel dolor.

Por un instinto del alma, por un sentimiento de generosa compasión, se acercó al joven y le dijo con su voz dulcísima y suave, más dulce y más suave aún por lo queda y lo recatada:

—Valor, Daniel, valor, no se deje usted abatir así.

El jorobado se estremeció; levantó sus ojos, y elevándolos a la niña, respondió con acento sombrío:

—¡Oh! si yo fuera tan dichoso que pudiera morir también!

—¡Morir! Usted piensa...

—La muerte es el descanso, y sería tan hermoso el descansar! Y luego... es tan fácil dejar la vida cuando nada nos liga a ella!

La niña sintió oprimida su alma ante aquellas lúgubres palabras.

Tembló sin saber por qué, y temió por aquel joven a quien el exceso del pesar podía quitar la razón.

Quiso consolarle, quiso infundirle esperanzas, y sin saber cómo, el ángel de su guarda puso en sus labios el nombre de Dios.

Y era su acento tan bondadoso, había tal dulzura en sus palabras, que Daniel no enjugó sus ojos, pero sus lágrimas fueron menos amargas!

El soplo imperceptible de los suspiros que Estrella mezclaba con sus suspiros, avivó por un instante la intensa y oculta llama de la pasión que ardía en su pecho, y aquella llama debió sin duda reflejar en sus ojos, porque la niña la sintió abrasar su frente, y estremecida y aterrada se levantó de repente y se alejó del pobre joven que la contemplaba con arrobamiento, y sintiendo en su pecho una felicidad tan inmensa, como inmenso erá el dolor que le rodeaba por doquiera.

Tal vez la niña en su generosa compasión, se había olvidado de la distancia que la separaba del jorobado: había olvidado su deformidad, su posición, su clase, para pensar sólo en que era desventurado.

Tal vez ¡ay! tal vez en su inocencia, no había dado todo el valor que tenía a las revelaciones de Lucía, y en aquel instante, empezaba a adivinarlo, aunque vaga y confusamente.

Entonces, y antes de que hubiera podido darse cuenta de todo esto, en la habitación de la enferma sonó un grito inarticulado.

Daniel se levantó como movido por un resorte, y corrió a la puerta exclamando:

—¡Mi madre! ¡Quiero ver a mi madre!

Blanca, que hacía un instante había penetrado en el cuarto de Lucía, era la que había lanzado aquel grito; la joven apareció en la puerta pálida y trastornada, y se dirigió a su amiga, a quien dijo a media voz:

—No es posible que él la vea; no es posible dejarle entrar.

—¡Mi madre!—repitió Daniel de nuevo, mi pobre madre!

—¡Reza por ella, hijo mío!—exclamó el padre Carlos, apareciendo de improviso y cogiendo al infeliz joven entre sus brazos;—¡reza por ella, pues ya sólo necesita las oraciones!

El jorobado lanzó un gemido; extendió las manos, y murmuró con apagado acento:

—¡Solo en la tierra!

—No, solo no,—dijo D. Luis, enjugando una lágrima;—solo no, puesto que yo seré desde hoy un padre para tí, Daniel!

Al día siguiente, los restos de Lucía, de aquella triste mujer que había sufrido y llorado tanto, eran conducidos al pequeño cementerio del pueblo, sin pompa ni lujo; solo casi, pues los pobres viven y mueren aislados en su miseria, rechazados casi siempre de los felices del mundo.

Sólo el padre Carlos y D. Luis acompañaron al desolado huérfano, que no quiso separarse de aquel cadáver hasta verle colocado en su lecho de fría tierra.

Blanca y su amiga habían cuidado de que no faltasen a la muerta luces ni sudario.

¡Era lo único que podían hacer!.

Estrella, pensativa y preocupada en extremo, miraba con ojos asombrados a aquella mujer, cuyos labios había sellado la muerte, y se preguntaba a sí misma: ¿Qué podía existir de común entre ella y su padre, cuyo nombre había pronunciado enmedio de aquel delirio que precedió a su agonía?

Nada la explicaba aquel misterio; ninguna respuesta podía darse.

De pronto, y por una casualidad extraña, reparó en un objeto que se hallaba en el suelo y al pie del lecho donde había expirado Lucía.

La joven le miró con atención: era un paquete de cartas sujeto con una cinta negra.

Sin meditar en lo que hacía, Estrella tomó en su mano aquellos papeles, murmurando al par:

—Quizá en esto haya algo que interese al pobre Daniel: se lo entregaré antes que otro lo vea y pueda extraviarlo.

Y acercándose a Blanca, añadió:

—Mira; estos papeles estaban sin duda bajo la almohada de esa infeliz; acaso tengan tal importancia que ella no quisiera separarse de ellos y los custodiaba con su cuerpo. Los entregaremos a su hijo.

—En este instante no está para atendernos, agobiado por el dolor, de nada se cuida, ¡amaba tanto a su madre! ¡Queda tan aislado sin ella!

—Entonces ¿qué hacer?—preguntó Estrella, dudosa y contrariada.

—Muy sencillo: Daniel va a vivir con su protector; a él se los entregaremos y podemos estar ciertas que éste los pondrá en su mano cuando él esté más tranquilo.

—Dices bien, vamos.

—¿Tienes los papeles?

—Hélos aquí.

—¡Son cartas!

—Así parece.

—¡Ya lo creo, mira cuántas hay!

Y las dos niñas desataron el paquete con un movimiento tan impremeditado como natural.

Estrella que los repasaba lanzó de pronto una exclamación de sorpresa.

—¿Qué tienes? la preguntó Blanca con inquietud.

—Es extraño, dijo la niña a media voz.

—El qué?

—Esta letra se parece a la de...

—Quién?

—Se parece a la de mi padre.

—Eso es imposible!

—Quién sabe!

—Deliras.

—No, porque también...

—Sigue.

—Lucía ha pronunciado su nombre.

—El de tu padre.

—Sí, ha dicho en su extravío, Fausto de Merán es...

—¿Le conocería?

—No se!

—¿Quiéres que salgamos de dudas?

—¿Cómo?

—Leyendo ese papel y así...

—¡Oh! no; exclamó Estrella sin dejarla acabar; eso sería una falta, eso sería robar un secreto a la muerte, no; ven conmigo y llevemos este paquete a don Luis; así evitaré el cometer a pesar mío quizá, una mala acción.

Y sin aguardar la respuesta de Blanca, la cogió de la mano y ambas fueron a buscar al viejo notario.

Este se hallaba sentado en el cuarto de Daniel, y ante la mesita donde éste leía o estudiaba.

El huérfano en un extremo de la habitación con el rostro oculto entre las manos, apenas escuchaba las dulces palabras que le dirigía el padre Carlos, prometiéndole un cielo en cambio de su resignación.

—Señor, dijo Estrella muy quedo, acercándose a D. Luis.

—Qué desea V. señorita, respondió el anciano en el mismo tono.

—¡Usted... V. creo que no piensa abandonar a Daniel, que quiere llevarle consigo!

—Así se lo he ofrecido a su madre, y así lo haré desde hoy.

—Pues bien, entonces y puesto que va usted a ser para él un padre, voy a entregarle unos papeles que acabo de encontrarme, y que no le doy a él ahora por no...

—Tiene V. razón, ahora su pensamiento está absorto en su infortunio.

—Yo no sé lo que contendrán, pero acaso tienen gran interés para él, y mañana...

—Démelos usted, pues.

—Aquí están, yo creo que son cartas, sí, eso es, aquí hay una en cuyo sobre se lee el nombre de Lucía.

—Es verdad, y mire usted, ese sobre está timbrado, dice Dubois, aunque parece que han querido borrarlo.

—A ver.

Y D. Luis tomó el paquete y le examinó con atención, exclamando después.

—¿Qué quiere decir esto?

—¿Qué halla V. de extraño ahí?

—Este sobre y este nombre no me son desconocidos.

—¿Cómo?

—Hace poco tiempo ha sido depositado en mis manos y en clase de depósito un pliego encerrado en uno igual, y perfectamente lacrado. El que me lo entregó era un hombre enteramente desconocido para mí, y que dijo al confiármelo.

—Me amenazan algunos peligros y quiero poner en salvo esos papeles, que son de una importancia indecible para mí. Yo vendré a recogerlos, pero si pasado un año no he vuelto, será que he muerto asesinado. Entonces rompa usted ese sello; lea lo que ahora guarda, y obre usted según le dicte su conciencia.

—Y dice usted...

—Que allí como aquí aparece el nombre de Dubois, y sin duda el que lleva ese nombre representa algún papel en la secreta historia de Lucía, y debe tener en sus manos la suerte futura del pobre Daniel.

CAPÍTULO II

Memorias de una madre.

El día había inundado de luz los espacios.

El sol, brillando en medio de los cielos, daba vida a la creación y calor y gala a los campos.

Sus dorados y alegres rayos, penetrando por su ancha y abierta ventana, venían a iluminar un pequeño cuarto, amueblado con extremada sencillez, pero cómodo, limpio y bien abrigado.

Un humilde lecho, una vieja cómoda de nogal, dos o tres sillas y una mesa colocada ante la ventana, componían todo su ajuar.

Sentado junto a aquella mesa, con los codos apoyados en ella, la cabeza oculta entre las manos y sumido en una profunda meditación, se encontraba un hombre joven, muy joven, cuya hermosa fisonomía y cuyos grandes, inteligentes y dulces ojos, aparecían velados por una sombra de profundo pesar.

Delante de él, al alcance de su mano, se distinguía un grueso legajo de papeles atado con una cinta negra, y más cerca aún, una rosa blanca, marchita y casi seca, pero tan conservada, que ni una hoja le faltaba, ni se había desprendido de su cáliz una sola de sus semillas.

El joven miraba ambos objetos con igual veneración, con el mismo amor.

Sin notarlo él siquiera, gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y rodaban por sus mejillas, y contemplando la flor, murmuraba muy bajo, y como si quisiera retener la palabra en sus labios:

—¡Estrella!

Y mirando los papeles, añadía con angustiada voz.

—¡Madre mía!

Y nuevo llanto y profundísima emoción embargaban aquel espíritu, combatido sin duda por dolores distintos.

Y tan absorto estaba en sus pesares o en sus recuerdos, que no sintió el ruido que la puerta de la estancia hacía al abrirse, ni el de unos pasos lentos y pausados al crugir sobre el pavimento.

Un anciano de semblante dulce y bondadoso había penetrado en la habitación, deteniéndose en el dintel para fijar en el joven una mirada tan amante como compasiva.

Al cabo de algún tiempo, y viendo que éste ni alzaba la cabeza ni parecía dispuesto a salir de su abstracción, se acercó lentamente, posó una mano sobre su hombro, y murmuró casi a su oído.

—¡Daniel, hijo mío!

—El joven se estremeció; alzó los ojos y extendiendo con rapidez su mano para ocultar la rosa marchita.

—¿Es usted, don Luis?—exclamó, mientras su rostro se enrojecía a impulsos de la confusión que le causaba el ver quizá descubierto de aquel modo el secreto más oculto de su corazón;—¿es usted?

—Sí; yo soy; yo, que he venido a ver cómo habías pasado la noche, y que te encuentro en ese mismo sitio y dominado sin duda por el mismo dolor.

—¡Ah! perdone usted; sé que le aflijo, y sin embargo...

—¡No te has acostado!—murmuró don Luis con acento de dolorosa reconvención y señalando el intacto lecho.

—No hubiera podido dormir,—respondió sencillamente Daniel.

—Pero... ¿qué has hecho en tantas horas!

—¡He pensado en mi madre!

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre desdichado!

—Sí, tiene usted razón; ¡soy muy infeliz!

—Mas, es preciso que te sobrepongas, que empieces a olvidar.

—¡Olvidar!; ¿y piensa usted que es eso posible?; ¿querría yo olvidar tampoco?

—Tú...—murmuró el anciano indeciso,—tú...

—Ya sabe usted que no. Además, es demasiado pronto.

Hubo algunos instantes de silencio.

D. Luis le rompió al cabo, para preguntar al que llamaba su hijo.

—¿Conoces ya el contenido de alguna de esas cartas?

—No, señor, no me he atrevido a tocarlas.

—¿Y por qué?

—La historia de mi madre; el misterio de su vida entera, están, acaso, encerrados ahí. Ella ha sufrido mucho; ha llorado mucho también; ¡quién sabe si en esas páginas tendré que aprender a odiar, a maldecir, a castigar quizá!

Daniel inclinó la frente con desaliento sin igual.

El anciano le había escuchado sin atreverse a responder.

—Y... ¿dice usted que le ha entregado estos papeles?...—preguntó de pronto el joven con un acento tan tembloroso como anhelante.

—La señorita Estrella; ya te lo he repetido muchas veces.

Daniel palideció densamente y llevó involuntariamente una mano a su corazón.

El anciano no pudo menos de observar aquel ademán.

Un relámpago de inteligencia brilló en la mirada de sus profundos ojos, y por segunda vez, pero mucho más bajo que la primera.

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre desventurado!—exclamó con amargura!

. . . . . .

El joven sacudió la cabeza con un movimiento lleno de energía y decisión.

Alargó la mano y desató la cinta que sujetaba el rollo de papeles.

—Tiene usted razón,—dijo;—es preciso conocer la verdad.

D. Luis nada respondió, pero dió un paso para dirigirse hacia la puerta.

—¿Me deja usted?—preguntó Daniel con sorpresa.

—Sí,—contestó aquél;—entre los secretos de una madre muerta y el corazón de un hijo amoroso, no debe interponerse ningún extraño.

—Usted no lo es para mí.

—Sin embargo, esas cartas es forzoso que las leas tú sólo; yo lo considero así.

Y sin aguardar respuesta alguna, salió de la estancia, cerrando la puerta tras sí.

El joven tuvo un momento de vacilación: después con un movimiento convulsivo, extendió ante sus ojos aquellas cartas.

Todas estaban abiertas.

Todas menos una.

En un sobre lacrado se leían estas palabras:

«Para mi hijo, cuando yo haya dejado de existir».

Aquel sobre fué roto con nerviosa precipitación.

Pero una rápida nube cubrió los ojos de Daniel, impidiéndole leer.

La nube se deshizo en lágrimas.

Las enjugó con mano temblorosa y pudo al fin descifrar los primeros renglones.

»Cuando llegue a tus manos esta carta, que es el *Adiós* postrero de mi alma,—decía,—ya no me tendrás a tu lado: ya estarás solo en la tierra, pobre hijo mío.

»En ella, pues, deposito toda la ternura, todo el amor de este corazón que va a dejar de latir en breve, y que ya no podrá estremecerse con tus fugaces alegrías, ni sentir con tus largos dolores.

»¡Pero no!, ¡he dicho mal!

»Yo velaré por tí desde ese más allá cuyo misterio voy a penetrar, amando, y creyendo, y esperando en Dios. ¡En Dios, que ha visto mis angustias, que ha contado mis lágrimas, y ante quien voy a esperarte, purificada, quizá, por largos años de martirio!

»En esta hora, pues, hijo mío, en esta hora suprema en que todo se recuerda, pero en que todo desaparece, debo confiarte lo pasado para que te sirva de escudo en lo porvenir.

»He vacilado mucho antes de hacerlo.

»He dudado en descorrer ante tus ojos el velo que oculta muchas culpas y muchas desdichas!

»Temía enseñarte a aborrecer!

»Pero no; te conozco bien!

»Tú sólo sabrás compadecer y amar siempre!

»Además, te debo decir la verdad para que juzgues y perdones.

»Escucha, pues:

»Junto a esta carta encontrarás esas páginas en que he consignado mis impresiones y los sucesos de mi vida desde hace veinte años, y he consignado la causa de tu desdicha también.

»Léelas, hijo mío, y sabrás que tu pobre madre no tuvo más afán ni más que tú, sobre la tierra.

»Ahora, Daniel mío, y después de haber puesto en tus manos esta especie de confesión de ultratumba, sólo me resta dirigirte una súplica, ¡la postrera!

»¡Abre tu corazón a la misericordia; piensa que no tienes derecho a odiar a los que han causado tu infortunio y el mío!

»¡Sé indulgente; sé bueno!

»¡Olvida y compadece, pero no maldigas jamás!

»Piensa que mis ojos estarán fijos en tí, a través de esas nubes que flotan en los espacios impelidas por la mano de Dios.

»Piensa que yo escucho tus palabras, adivino tus pensamientos, y que mi espíritu se afligiría si te viera dispuesto a extinguir en tu alma las fuentes del sentimiento y la abnegación.

»Piensa también que yo te ruego que devuelvas bien por mal y amor por olvido!

»Adiós, hijo mío; mi Daniel adorado; adiós pues!

»¡Con qué triste agonía escribo esta palabra!; con qué inmensa amargura leerás tú este «adiós para siempre!»

»Pero ¡ay!, he dicho mal!

»Para siempre no!

»Hay otra patria eterna y llena de bien!

»La patria de los desgraciados, la de las madres sin ventura, la de los huérfanos sin amor!

»Allí voy a esperarte!

»Allí te aguardo!

»¡Desde allí, Daniel mío, velaré por tí!

LUCÍA».

El joven inclinó la frente.

Gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin color. De sus labios se escaparon dolientes gemidos.

—¡Pobre alma mía—murmuró al cabo de algunos instantes con apagada voz;—¡pobre madre mía!

Pasados algunos instantes, Daniel tomó el legajo que encerraba los secretos pensamientos de Lucía, y empezó su lectura.

En la primera página decía así:

«Yo era muy niña: contaba apenas diez y siete años: todos decían que era hermosa y mi padre, que me adoraba con locura, decía más aún: ¡decía que era buena!

Vivía sola con él, porque mi madre había muerto; vivía en nuestra aldea, tan bella y tan risueña como la vuelta de la primavera.

Hija única, había recibido una educación superior a nuestros recursos, pasando largas temporadas en la ciudad y en casa de una hermana de mi pobre madre, que no tenía tampoco más cariño que yo.

¡Cuántas ilusiones se despertaban en mi alma a cada uno de estos viajes!

¡Qué exceso de amor hacía a mi padre al consentir en ellos!

La ventana del cuarto que yo ocupaba durante estas excursiones caía a una calle poco frecuentada, y sin embargo, yo jamás había querido aceptar otra habitación.

Frente a ella se hallaba un pequeño balcón, donde jamás había visto a nadie de día, pero donde contemplaba todas las noches una luz, hasta una hora muy avanzada.

Aquella luz había despertado mi curiosidad.

Era mi compañera de mis momentos de insomnio, la amiga de mis sueños.

Cuando la veía lucir como un faro en medio de la oscuridad, me parecía la mirada de un ser oculto y misterioso que se fijaba en mí y me decía entre el silencio de la noche: «Nada temas; yo no duermo y cuido de tí».

¿Quién alimentaba aquella tenue claridad?

¿Quién velaba hasta tan tarde allí?

Me propuse saberlo y conseguí con facilidad mi objeto.

En aquel cuarto vivía un joven solo, sin familia, sin patria, puesto que no había visto la luz en la nuestra, y dedicado por completo a los estudios, a la ciencia, a sus libros y sus trabajos, no más.

Todo esto me causó admiración.

¡Cuán digno de interés y de respeto le creí.

Este interés se convirtió en irresistible simpatía la primera vez que le ví.

Era joven, y a pesar de esto, su aire tenía algo de grave y pensativo.

En su frente se adivinaba el genio; en sus miradas la inteligencia y la firmeza.

En sus labios sin sonrisa se traslucía una sombra de fatiga, de cansancio moral.

Quizá aquella lucha con la soledad y la vigilia empezaban a abrumarle ya.

Por una de esas casualidades que deciden del porvenir, él se fijó en mí, como yo me había fijado en él.

Una mirada sola ligó nuestra suerte.

Nos amamos...: al menos yo le amé con toda la pasión ingenua y pura de la primera edad.

Cambiamos nuestros juramentos, cambiamos nuestras promesas, y confundimos en una sola nuestras esperanzas de felicidad.

El estaba a punto de concluir su carrera.

Dentro de algunos meses debía obtener un título que le autorizase a velar junto al lecho del enfermo, a calmar donde quiera los dolores de la humanidad, a llevar de continuo el consuelo y la salud.

¡Qué profesión tan noble, qué misión tan hermosa estaba llamado a cumplir!

¡Cómo le ayudaría, cómo le sostendría yo en ella!

Porque una vez concluída su carrera, nuestra suerte debía ser una, íbamos a unirnos al pie del altar!

Mi tía protegió nuestros amores, se encargó de convencer a mi padre, que oponía alguna resistencia, pues aquel matrimonio debía separarme de su lado, y todo quedó al fin arreglado según nuestros deseos y nuestros sueños de ventura.

Yo sería muy en breve la esposa de Marx de Dubois, el hombre a quien juzgaba el más noble y digno de la tierra.

Y así sucedió.

Ceñí a mi frente el velo de las desposadas; ligué a mi destino el destino de Marx.

¿Qué le impulsó a él a realizar esta unión?

¿Fué mi juventud?, ¿fué mi inocencia?, ¿fué el anhelo de obtener el dote que mi padre debía entregarle con mi mano?

¡Oh, no lo sé no puedo entenderlo!

Pero si le impulsó el amor hacia mí, este amor se acabó bien pronto; ¡tan pronto como la última moneda de la suma que recibió!

Sin embargo, aquella suma gastada en supérfluo lujo, con el objeto, según decía, de llamar la atención y procurarse una brillante clientela, se consumió bien en breve, dejando sólo en pos de sí la costumbre de las comodidades y los hábitos adquiridos de ostentación y de dispendio.

El carácter de Marx se cambió al par que cambiaba nuestra fortuna.

De complaciente y delicado se trocó en iracundo y violento.

Nadie al ver su aspecto, nadie al oirle en sociedad, hubiera podido comprender de lo que era capaz junto a mí.

Cuando veía que la riqueza y el fausto soñado no venían por ninguna parte, experimentaba horribles paroxismos de furor, en los que loco y desesperado, me maltrataba cruelmente, sin consideración a mi debilidad ni a mi impotencia.

Separada de mi padre, de mi hogar, de mi aldea, estaba completamente a merced suya, y esto me hacía más tímida, y a él le convertía en más feroz.

Su afán, su deseo, su solo pensamiento era adquirir una fortuna.

Su sed de oro era la sed hidrópica del enfermo que agoniza y muere desesperado.

Era el afán del náufrago que se agarra a la tabla que ha de salvarle, sin mirar si en aquella tabla habrá rotas astillas que puedan lastimar su mano.

Y fiel a este propósito, y acaso sin saberlo yo, se entregaba a toda clase de extravíos para llegar a su fin. Pasaba las noches fuera de casa, volviendo siempre muy tarde, y más sombrío, más preocupado y díscolo cada vez.

Solía venir acompañado de personas diferentes y a quienes yo no conocía, pero todas ellas llevaban impresa en su rostro la marca de la abyección, del vicio quizá.

—Volvamos con mi padre, Marx,—le decía yo alguna vez, cuando los recursos escaseaban por completo;—volvamos con mi padre y allí nada nos faltará.

El me miraba con ceño, respondiendo invariablemente.

—¡No, nunca; Marx de Dubois ha nacido para algo más, y sabrá luchar para lograrlo; por cualquier camino llegaré al fin que ambiciono!

Y proseguía en su misma conducta, y en sus arrebatos, y en su desvío.

En medio de los amargos pesares que mi desdicha me ocasionaba, una alegría suprema vino a inundar mi corazón.

¡Fuí madre!; ¡tuve un hijo!; ¡Dios te mandó a mi lado, Daniel mío!

¡Qué bella, qué llena de encantos me pareció la existencia desde entonces!

¡Cómo bendije a aquel hombre que me hacía tan infeliz, pero que era tu padre, hijo mío!

¡Con cuánto fervor rogué entonces por él!

¡Cómo pedí a Dios que le atrajese a la senda del bien, para que fuese digno del ángel que el cielo había colocado bajo nuestro lecho!

Sin embargo, Dios no se apiadó de mis súplicas. ¡Marx era siempre el mismo!

Así pasaron algunos meses.

Con la falta de dinero habíamos ido descendiendo en todo.

Los muebles ricos se habían vendido.

La vivienda desahogada y cómoda se había trocado por el cuarto pobre y estrecho; el bienestar por la miseria.

Sólo Dubois conservaba su elegancia, su traje, su buen parecer.

Esto era indispensable, según decía, para llegar a salir de aquella situación.

El todavía tenía esperanzas; yo, ¡ay de mí!, no conservaba ya ninguna!

Una o dos veces habíamos recurrido a mi padre, y éste había escuchado nuestra voz.

Pero llegó un día en que Marx exigió demasiado, y la negativa del anciano produjo un rompimiento entre ambos.

Aquel día fuí víctima de los tratamientos más crueles.

Creí que iba a terminar con mi vida; pero Dios quiso que no muriese.

Recibí de mi esposo la orden terminante de no volver a dar ni a recibir noticias del autor de mis días, y uní esta nueva amargura a las que ya me rodeaban.

Una noche, tarde muy tarde ya, se presentó en nuestra morada,

acompañado de un hombre, cuyo aspecto no pude ver: tanto era lo que se recataba, envolviéndose en su ancha capa!

Marx venía pálido, nervioso, pero irreprochable en sus ademanes.

Yo sólo podía comprender que una agitación nerviosa le dominaba.

—¡Vete!—me dijo al entrar, con voz imperiosa y breve.—¡Vete; déjanos solos!

Yo obedecí temblando, y me retiré contigo en los brazos.

¡No sé qué presentimiento extraño me anunciaba una desgracia! No sé qué voz interior me decía que allí se iba a tramar un crimen.

Impulsada por un irresistible afán, te acosté en tu pobre cuna, y arrastrándome en silencio salí de la alcoba, dí vuelta a un estrecho corredor y me hallé en la antesala que comunicaba con el despacho de Marx.

La puerta estaba cerrada, y merced a esto, pude acercarme, pegar a ella el rostro, y oir cuanto iban a hablar.

—Ya sabe usted,—murmuraba en aquel momento el desconocido, —ya sabe usted que la recompensa igualará al servicio.

—Lo creo—contestó mi esposo;—lo creo puesto que ya me lo ha justificado veces y por eso estamos aquí.

—No le encareceré el secreto, puesto que ligados por él, a uno y otro nos interesa guardarlo.

—El secreto... el secreto... Según eso, ¿no es simplemente mi asistencia la que se reclama?—preguntó Marx en voz más baja.

Es usted demasiado inteligente para haberlo comprendido—respondió aquel hombre en el mismo tono; y la prueba es la soledad en que nos hallamos, las precauciones que ha adoptado para que podamos hablar sin testigos aquí.

Hubo algunos instantes de pausa, en que ni uno ni otro pronunciaban una palabra.

—El silencio se paga a más alto precio que la ciencia—murmuró al cabo mi esposo,—porque el silencio, a veces, trueca a un hombre en un criminal, en un cómplice. Pienso que usted no lo ignorará.

—No, ciertamente; y no he venido para regatear con el sabio médico, ni con... el amigo discreto, sino para estar seguro de que puedo contar con ambos.

—El asunto parece grave.

—La recompensa será crecida.

—Necesito reflexionar,—dijo mi esposo al cabo de un instante.

—Creo que es un poco tarde para que responda usted de ese modo. Sabe usted ya demasiado, y esta vacilación debió sentirla antes de que...

—No comprendo...

—En fin, si su objeto es hacerse pagar más caro sus servicios, estamos conformes; pero es preciso que se resuelva en este instante.

—¿Tanto urge?—preguntó Dubois desentendiéndose del ultraje que encerraban las frases del desconocido:—¿tanto urge?

—No tenemos seguridad ninguna, y lo que puede ser dentro de algunos días, puede ser esta misma noche quizá.

—¿De modo que el niño?...—preguntó Marx tan bajo, que a no ser por el silencio que reinaba en torno, y por el afán con que yo escuchaba, no hubiera podído comprenderle.

—Debe desaparecer, pero... por completo.

—Entiendo,—balbuceó Marx;—y... la madre...

—Esta no; el hijo es el que estorba.

—¿Y ella sabe?...

—No, no; ni ella ni su esposo, que está muy lejos.

—Entonces...

—Debe creerlo todo natural; ¡es tan fácil que una criatura venga sin vida al mundo, o la pierda al nacer!...

Callaron de nuevo.

Yo temblaba de espanto.

Todo lo había comprendido.

¡Se trataba de un crimen!

A pesar de la conducta de mi esposo, todavía abrigaba en mi corazón alguna esperanza.

¡Quizá rehusaría! ¡quizá no sería un malvado!

Aguardaba, pues su respuesta, como se aguarda una sentencia de muerte.

Y ¡ay! de la suerte de mi corazón y de mi reposo futuro se trataba allí.

Después de algunos segundos, que me parecieron siglos, escuché el acento recatado de mi esposo.

Oprimí el corazón, cuyo lado, golpeando mi pecho, empezaba a trastornarme, y oí que decía:

—¡Está bien; cuente usted conmigo; le serviré como desea.

El pacto del delito estaba firmado; ¿qué me quedaba que saber más?

No sé lo que pasó después; tan aturdida me encontraba, pero sentí los pasos del desconocido que se alejaba, y los de Dubois que le acompañaba hasta la salida.

Loca, extraviada, empujé la puerta guiada por un irresistible impulso.

¡Acaso quería detener a mi esposo, sujetarle al borde del abismo!

Dí algunos pasos y llegué hasta en medio del despacho; pero la estancia estaba vacía.

Sin embargo, allí permanecí muda e inmóvil.

¡Oh, en aquel instante no tenía ni razón ni fuerzas para pensar lo que debía hacer!

Dubois apareció bien pronto a la entrada, y frunciendo el ceño, fijó en mí una mirada que me aterró.

—¿Qué hacías aquí?—me preguntó acercándose rápidamente;—¿qué hacías aquí?

—Yo... yo te buscaba,—pude tan sólo articular.

—¿Que me buscabas ¿y por qué?

—Por... por... ¡Oh, Dios mío!; no sé...

—Dí más bién que me escuchabas, gritó con acento iracundo, cogiéndome por un brazo, y apretándome fuertemente.

—Perdón,—murmuré dominada por el dolor, y sin darme cuenta de mis palabras;—¡perdón; yo no he oído nada; yo nada sé!

Entonces me soltó, y yo caí a sus pies de rodillas y sollozando.

—¿Por qué lloras?—me preguntó con menos enojo;—¿por qué lloras?

¡Oh, Marx,—le contesté en medio de mis lágrimas;—ten piedad de mí, de tí, de nuestro hijo!

—¿Pero qué temes?, qué es lo que quieres decir?

—¡Que no cedas a las sugestiones de la ambición; que no te apartes de la senda del bien; que seas honrado y digno de nuestro ángel!

—Mas ¿qué supones?—me dijo apretando los puños;—¿qué sabes tú? ¡Habla!

Dominada por aquel acento, y sin saber a lo que me exponía.

—¡Piensa en nuestro Daniel!—exclamé; piensa que un niño ino-

cente es un ángel que a nadie ha ofendido, que a nadie ha causado mal ninguno! ¡Piensa que todos los recién nacidos tienen madre, y que el dolor de una madre a quien asesinan su hijo, debe ser horrible, debe ser espantoso!'

—¡Miserable!—gritó entonces ebrio de ira;—¿luego era verdad?, ¿luego me espiabas? Y bien, ¿qué me importa?; ¿quién eres tú para oponerte a mi voluntad?

—No, no; yo no me opongo a nada,—balbuceé, sintiendo que el miedo turbaba mi vista;—¡yo no hago más que suplicar!

—¡Suplicar!; ¡ya es en vano todo; yo necesito salir de esta esfera, ya te lo he dicho; necesito salir de esta esfera en que me ahogo, y lo haré, por cualquier camino. ¡Quiero oro, quiero posición, quiero grandeza; ¡la vida así, no es para mí vida!

—¡Desdichado!—exclamé desesperada;—¿y a qué precio piensas comprar todo eso?

—¡No lo sé; pero llegaré a mi objeto, y tú callarás; tú callarás, yo te lo juro!

—¿Y si te engañases?

—¿Me amenazas?

—¿Y si yo te dijera, para apartarte del crimen, que lo haré público antes de que puedas cometerlo?

Tuvo un momento de furor, en el cual creí que iba a lanzarse sobre mí; pero se tranquilizó rápidamente, y me dijo con frialdad:

—No, tú no harás eso; tú guardarás el mayor secreto.

—¡Yo!

—¡Sí, tienes un hijo!

—Pues por él...

—Tú sabes que mis resoluciones son irrevocables, que llevaré a cabo lo que me he propuesto, y no querrás que tu hijo sea mañana el hijo de un procesado. Tu amor de madre, pues, me asegura de tu silencio.

Oculté el rostro entre las manos, y derramé un torrente de lágrimas.

—¡Nadie podía cuidarse de enjugarlas, nadie podía verlas correr siquiera!

Marx había salido de nuevo, y yo le esperé en vano toda la noche.

Al verme sola, al recordar lo que había pasado, al mirar abierto

ante mis pies un abismo sin fondo, tuve momentos de desesperación, imposibles de describir.

¡Porque cuanto me había dicho Marx era cierto! El era capaz de todo, y yo estaba ligado a él por mi amor de madre, y ¡ay! por mi amor de esposa también.

Estaba bien seguro de mi silencio; ¡una mujer que delata al padre de su hijo!; eso hubiera sido horrible, monstruoso.

Pálida, quebrantada, me refugié junto a tu cuna; allí caí de rodillas y besé tu frente muy quedo.

Tú dormías tranquilamente, Daniel.

¡Oh!; la paz de aquel sueño contrastaba fuertemente con mi agitación y con mis temores.

Sin embargo, yo bendije al cielo, porque en aquel instante las tempestades de la vida que combatían tan rudamente mi espíritu, te respetasen a tí, la única y perfumada flor de mi alma.

Cansada de llorar, y fatigada por tantas emociones, me dormí a tu lado, apoyando mi cabeza sobre tu almohada.

Cuando volvió tu padre, no me atreví a dirigirle una pregunta sobre los sucesos de la noche pasada, pero él fijando en mí una mirada, en la que yo creí ver un destello de compasión.

—Estás muy pálida, —me dijo,—y me contraría el verte así.

—No me he acostado en toda la noche, le contesté tímidamente.

—¿Y por qué?

—He estado aguardándote.

—Ya sabes que eso es inútil,—me dijo con frialdad.—Mis quehaceres me detienen fuera de casa, y no debes preocuparte por ello.

—Es que...

—Reduce tu cuidado a velar por nuestro hijo; piensa que si cayeses enferma, él sufriría también.

Incliné la frente y te estreché contra mi pecho.

—Vamos,—me dijo;—te prohibo que pienses en nada; ¡en nada! ¿entiendes?; tu imaginación abulta los hechos, pero yo te juro que no tienes nada por qué temer.

Un rayo de esperanza penetró, al escucharle, en mi corazón.

¿Habría renunciado a sus proyectos?

¡Pobre de mí!; ¡pobre niña ignorante y dispuesta al bien!, ¡cuán cándida y confiada! era.

Le miré con afán, y cogiendo su mano me atreví a murmurar:

—¡Oh Marx, si me escucharas!

—Sí, sí, —dijo;—puedes estar tranquila.

Y separándose de mí se dirigió a su despacho, donde permaneció escribiendo muchas horas.

Yo le observaba de lejos; sin duda aquellos papeles debían ser de gran interés, porque los guardó en una cartera y los metió cuidadosamente en su bolsillo.

Pasaron algunos días sin que nada alterase la monotonía de nuestra vida. No habíamos cambiado de posición, pero tampoco sentíamos la estrechez que nos cercaba antes.

Dubois parecía dominado por una secreta impaciencia que le hacía estar mal en todas partes; y había tomado la costumbre de no pasar muchas horas seguidas fuera de casa.

Salía, sí; pero volvía a menudo, como si aguardase algo allí.

Una tarde trajeron para él un pliego cerrado, que yo tomé para entregárselo a su vuelta.

Esta no se hizo esperar.

Cuando puse en sus manos aquel papel, le abrió con rapidez, murmurando al par:

—¡Ah, por fin!

Yo le observaba con inquietud y le ví leer los dos solos renglones que estaban allí.

Su rostro se animó, rompió el papel en dos pedazos, y tomó rápidamente su sombrero y sus guantes para salir.

—¿Volverás pronto?—le pregunté, por ver si adivinaba algo;—¿volverás pronto?

—No sé,—me respondió;—recógete si tardo.

Y sin decir una palabra más, desapareció por la escalera.

Cuando dejé oir sus pasos, cogí aquellos pedazos de papel que estaban en el suelo, y uniéndolos, fácilmente pude leer estas solas palabras:

«Hoy, una enferma necesita de los cuidados del sabio Dr. Marx de Dubois; venid.»

Pasé las horas en una terrible ansiedad.

Llegó la noche, y él no volvía.

Para aumentar mi angustia, la lluvia caía a torrentes y el viento soplaba con espantosa violencia.

Tarde, muy tarde, le sentí penetrar en nuestra morada, de la cual tenía siempre la llave.

Salí a su encuentro, pero al ver su aspecto me detuve.

Venía pálido, desencajado y ocultando con precaución un bulto entre los pliegues de su capa.

—¿Qué traes?—le pregunté sobrecogida.

—Vengo a guardar esta cartera,—me dijo muy azorado, mostrándome la suya, que llevaba en la mano;—vengo a guardar esta cartera, y después...

En aquel instante, dos fuertes aldabazos hicieron retemblar toda la casa.

Marx se puso lívido como un cadáver.

—¡Me habrán descubierto!; ¡me habrán seguido!—balbuceó.

Los golpes se repitieron con más fuerza.

—No hay duda; aquí es donde llaman,—dijo con voz temblorosa y queda.

—Sí,—pude yo apenas murmurar.

—¡Oh! si será...

—¿Quiéres que vaya!

—¡No te muevas!

—Pero...

—¡Silencio, desdichada.

Y empujándome rápidamente.

—¡Calla,—me dijo;—es preciso salvarnos, y no sé cómo, no sé cómo!

De pronto se dió una palmada en la frente y exclamó:

—¡Sí, eso es, eso es; ven!

Y empujándome hacia la alcoba.

—Ten,—me dijo entregándome su cartera;—esconde eso tú.

Después se dirigió a la alcoba, destapó la cuna en que tú dormías, y descubriendo el embozo de su capa, que hasta entonces había conservado plegado, dejó ver el objeto que oculto llevaba.

¡Era, hijo mío, era el cadáver de un pobre niño!

Lancé un grito de terror.

Uno de esos gritos que se escapan del alma y que no podía contener ningún esfuerzo humano.

Marx fijó en mí una mirada que no podré olvidar jamás.

—¡Silencio!—murmuró rechinando los dientes y acercándose a mí lívido de cólera;—¡silencio!

Los golpes que daban a la puerta sonaron más fuertes en aquel instante.

Entonces Dubois, loco, desesperado, teniendo en su pecho un infierno quizá, me agarró de un brazo, apretándome hasta clavar las uñas en mi carne, te coloqué a tí, dormido aún, en mi regazo, y arrojándonos a los dos en el rincón más apartado de la alcoba, murmuró casi a mi oído.

—Estate aquí y no salgas, no salgas; pero si nuestro hijo lanza un grito, o si tú dejas escapar el más ligero suspiro, ni uno ni otro veréis aparecer la luz del nuevo día.

Yo quise protestar, tú empezabas a despertarte.

—¡Oh!—rugió como una fiera acorralada;—me van a perder; me van a perder.

Todo esto había pasado con más rapidez que yo empleo para referírtelo.

—Escucha,—murmuró de un modo casi ininteligible.—Escucha; este cadáver va a ocupar la cuna de Daniel. No tengo otro medio de ocultarle. Por eso es preciso que si son ellos, que si vienen, digas que es nuestro hijo, que acaba de morir; digas que yo no he salido; que estaba aquí.

—Pero...—repliqué sin comprenderle;—pero...

—¡Calla, calla; y sobre todo, haz callar a ese niño, y ocúltale, aunque sea desgarrando tu seno para encerrarle otra vez en él.

En aquel momento, Daniel mío, te agitaste en mis brazos y empezaste a llorar como lloran los niños, sin saber por qué.

¡Oh, me estremezco al pensar lo que pasó entonces.

¡Fué una cosa terrible, espantosa!

¡Tu padre alzó el puño cerrado, y lo dejó caer una y otra vez sobre tus labios, sobre tu pecho, ¡qué sé yo!

Te cubrí con mi cuerpo, y aquellos golpes nos alcanzaron a los dos.

¡Y los dos callamos; los dos callamos, tú atolondrado y moribundo;

yo, desmayada de terror, creyéndote víctima de aquella furia!

. . . . . .

Trascurrió algún tiempo, en el cual no puedo precisar lo que pasó; pero cuando empecé a recobrar el conocimiento, pude escuchar la voz de mi esposo, que sonaba temblorosa y agitada en la habitación anterior a la que yo ocupaba.

—Me es imposible,—decía;—me es imposible abandonar mi casa en este momento; yo también soy víctima de una desgracia; mi hijo, mi pobre hijo acaba de morir en este instante. No he podido salvarle, a pesar de mis esfuerzos, y me encuentro trastornado por el dolor. Busquen ustedes otro médico, cuyos servicios le serán más útiles; yo necesito consagrarme a mi esposa, que está ahí dentro, presa de una congoja mortal.

Los que habían venido buscaban sin duda a Marx para que prestase sus cuidados a alguna persona enferma repentinamente.

Pero al escucharle, tuvieron lástima de su estado, y, después de disculparse por su insistencia en querer entrar, salieron de la casa sin sospechar el trastorno y el daño que habían causado.

Yo comprendí bien claro todo esto, por las frases que llegaron hasta mi oído.

Dubois les dejó partir, hizo más, les acompañó hasta la puerta, cerrándola cuando les vió desaparecer.

Una vez que se halló solo, una vez que comprendió lo infundado de su temor, se rehizo y pensó sin duda en lo que aún le quedaba que ejecutar.

Subió de nuevo la escalera y tan preocupado estaba con su delito y con el afán de borrar sus huellas, que sin cuidarse de nosotros, sin tratar de averiguar nuestro estado, se aproximó a la cuna, envolvió en una de sus sábanas el cadáver del niño, y ocultándolo otra vez bajo su capa, salió precipitadamente, dejándonos olvidados a ambos.

Sentí sus pasos que se alejaban, le oí franquear la puerta, y al juzgarme sola, procuré darme cuenta de mi situación.

Recordé cuanto había pasado; recordé los golpes que habías recibido, y ¡ay de mí! te sentí inmóvil y mudo entre mis brazos.

Extendí las manos sobre tu rostro, porque la luz se hallaba en la sala inmediata, y, ¡oh! aún recuerdo con horror aquel instante!; mi

mano se humedeció en algo tibio, en algo que no pude definir al pronto.

Mi amor de madre, mi espanto me devolvieron todas las fuerzas.

Me levanté de un salto como una leona herida, y corrí contigo a la pieza inmediata.

¡Allí te pude ver... allí te ví! ¡Oh, Dios mío; cómo no quedé muerta de angustia y de dolor!

¡Estabas inanimado, pálido, y tus blancas ropas manchadas de sangre!

¡Te creí muerto, y rogué a Dios que me quitase la vida a mí también!

Pero el cielo tuvo piedad y disipó mi error, porque un leve gemido levantó tu pecho.

Aquel gemido me hizo estremecer de insensata alegría.

¡Vivías! ¡tenía a mi hijo aún!

No se qué idea, no se qué temor espantoso se apoderó entonces de mí.

Tu padre había sin duda asesinado en aquella noche a un inocente niño; había estado a punto de matarte a tí, y me inspiraba el miedo y el temor que inspira una fiera escapada de su cubil.

Al pensamiento de que podía volver, de que podía golpearte de nuevo, mi corazón dobló sus latidos, mis ojos se oscurecieron y sólo pensé en huir, en ponerte a salvo de su ira.

Medio sofocado aún sin saber si volverías a la vida, te oprimí contra mi seno, y bajando la escalera gané la puerta y salí de aquella casa, sin saber siquiera dónde iba.

Era más de media noche.

Las calles estaban solitarias y oscuras; yo corría, corría con el solo anhelo de alejarme de aquél a quien había amado tanto, y que había jurado ante Dios ser mi protector y mi escudo.

No puedo, hijo mío, enumerar las horas que duró aquella precipitada carrera; no sé tampoco qué calles atravesé, ni si crucé mil veces el mismo camino.

Sólo recuerdo que al amanecer, sin aliento, desfallecida, jadeante, ví abrirse una ancha puerta en el extremo de una plaza solitaria, escuché el metálico son de una campana que parecía decirme dulcemente: «Ven, ven»; y cruzando el dintel de aquella puerta, me en-

contré en una hermosa capilla consagrada a la Santa Virgen; ¡me encontré en la casa de Dios!

Era el oratorio de una Comunidad de Siervas de María, de esas nobles mujeres que dejan las comodidades y el regalo para consagrarse al cuidado de los enfermos y de los desamparados, esas santas hijas de la Caridad que se olvidan de sí mismas para pensar sólo en los demás.

Mi ángel custodio me había conducido a aquella morada sin duda.

Si no, ni tú ni yo, Daniel mío, existiríamos aún.

Me dejé caer al pie de un altar y elevé a Dios mi plegaria fervorosa.

Mas ¡ay! que mis fuerzas se había agotado y caí desmayada sin lanzar un gemido.

Cuando volví en mí, me encontré en un lecho cómodo y caliente.

A mi lado velaba una religiosa, teniéndote en sus rodillas y acariciándote. Daniel mío.

Fuí a tenderte mis brazos, pero ví con sorpresa que mis manos estaban vendadas.

—No os fatiguéis, hija mía,—me dijo;—vuestro pobre niño duerme ahora, y le haría daño despertar. Procurad vos reposar también.

—Mas...—balbuceé con voz débil.

—El médico ha ordenado mucha quietud para vos, mucha inmovilidad para él; así responde de ambos; si no...

La buena Hermana no acabó, pero yo la comprendí y cerré los ojos, obedeciéndola ciegamente.

Me encontraba muy abatida y me entregaba a su voluntad.

El médico había ordenado que tomase una bebida calmante y yo la acepté sin replicar.

Cuando vino a verme por la tarde,

—Está mejor, ¿es verdad?—dijo mi enfermera en voz baja.

—El ataque cerebral ha desaparecido felizmente, a beneficio de las dos sangrías. Ahora es forzoso calmar esa excitación nerviosa que la domina, y eso se conseguirá en breve; así lo espero.

—¿Y el niño?

—El niño es otra cosa. La sangre que arrojaba por la boca, producida sin duda por un fuerte golpe en el pecho, se ha contenido, pero la ruptura de una de las costillas será difícil de curar, y acaso... acaso, si vive, quedará contrahecho.

—¡Infeliz!—dijo la religiosa estrechándole contra su pecho;—¡infeliz!

Yo todo lo había oído, en medio del letargo que la medicina calmante había producido en mí.

Sí; todo lo había oído; pero sólo algunas lágrimas ardientes, rodando por mis mejillas, dieron a conocer lo profundo de mi dolor.

Mi santa enfermera vió aquellas gotas de llanto, las enjugó tiernamente y murmuró al par a mi oído con su voz dulcísima y celestial:

—Valor, hija mía; sobre la ciencia de los hombres están la clemencia y el poder de Dios.

Aquellas palabras calleron en mi alma como un rocío bendito, y creí y esperé confiada y llena de resignación.

Aquella noble mujer fué mi ángel custodio y mi amparo.

Su bondad y su ternura para conmigo no tenían límites.

Su amor para tí, sólo podía compararse al amor de una madre verdadera.

Pasaba largas horas a mi lado dándome consuelo y cuidando de tí.

Al menor grito, al más leve movimiento, acudía ella, y no sé cómo, pero tu llanto se acallaba y tus males hallaban remedio.

En cuanto a mí, ¿quién podrá comprender los recursos que hallaba en su alma para fortalecer y sostener la mía?

Por una casualidad, en su deseo de inspirarme conformidad y hacerme creer que mi desgracia era menor que la de otros, me reveló un misterio que me causó una terrible emoción.

—Mirad,—me dijo,—mirad, hija mía, cómo hay otras mujeres más infortunadas que vos.

Y mostrándome un periódico, me leyó el párrafo siguiente:

«Anteayer se ha cometido sin duda un crimen espantoso.

«Una criatura recién nacida se ha encontrado muerta junto a las tapias del cementerio público de esta ciudad.

«El cuerpo de la inocente víctima estaba envuelto en un paño blanco, sin marca alguna y abandonado junto a una fosa a medio abrir.

El culpable sin duda quería ocultar su delito enterrándola allí, pero acaso circunstancias que nos son desconocidas le obligaron a huir, dejándola allí, sin concluir su horrible tarea.

«En el cuello de la víctima se notan las señales de la extrangulación más espantosa, pues se ve la marca morada de los dedos del asesino.

«No se ha encontrado aún indicio alguno que guie a la justicia para descubrir el autor de un hecho tan inhumano.

Cuando mi enfermera acabó aquella lectura, mis miembros temblaban agitados por una convulsión espantosa.

¡Ay! ¡todo lo comprendía!

El asesino de que hablaban era mi esposo; era Marx.

La religiosa achacó mi emoción al horror que me causaba la idea de aquel delito, y murmuró con dulce voz:

—Ya veis, hija mía, cómo es verdad que hay otras madres más infelices; ¡cuánto sufrirá la desdichada a quien hayan arrebatado a su hijo!; ¡cuánta será su pena al saber que su cadáver estaba insepulto y abandonado sobre la tierra! Porque debe haber sido robado; sí, es preciso; no puede haber una madre que consienta que maten a su hijo! El vuestro vivirá; el vuestro tiene caricias, cuidados, amor. Bendecid al cielo que consuela vuestros pesares.

Yo no respondí; estaba demasiado turbada para hacerlo, y temía que una palabra, un gesto cualquiera dieran lugar a conocer que yo sabía mucho de aquel suceso.

Aquella noche me agravé, pero Dios no quería que yo muriese, no quería dejarte sin amparo sobre la tierra, y al cabo de un mes, recobré la salud por completo.

Tú también estabas curado; habías triunfado de la muerte; pero ¡ay!, hijo mío, que ibas a guardar en tí mismo el recuerdo de aquella noche fatal.

Una vez mejorada y fuera de peligro, yo no podía permanecer en aquella casa.

No me habían hecho una sola pregunta sobre mi pasado, ni sobre tu mal; pero se inquietaron por mi suerte, cuando llegó la hora en que debía partir.

—¿Dónde pensais ir?—me dijo mi santa protectora;—¿dónde pensais ir?

Guardé silencio.

Ni yo misma lo sabía.

—¡Oh!—dije al cabo;—si pudiera llegar a la aldea de...

—¿Tenéis allí familia?

—¡Allí tengo a mi padre!

—Entonces...

—Pero está tan lejos y yo tengo tan pocos recursos!

—Tranquilizáos; ya buscaremos medios de que lleguéis allí.

—Es que... tengo miedo a...

¡Enmudecí turbada!

Iba a decir: tengo miedo a que me descubra él.

—Yo, hija mía, os considero buena y honrada, y así, os ruego no halléis ofensa alguna en lo que os voy a decir,—exclamó la religiósa, después de una ligera vacilación.

La miré estremecida y aguardando sus palabras, sus preguntas quizás.

—Cuando os encontramos en nuestra iglesia, a vos desmayada, a vuestro hijo moribundo, no os preguntamos de qué violencia habíais sido víctima, ni qué amenazas os obligaban a temblar. Pero en vuestro delirio habéis manifestado...

—¡Cómo! ¿Qué he dicho?—exclamé alarmada;—¿qué es lo que he podido revelar?

—¡Tranquilizáos; los sueños son extravíos de la imaginación; son sueños nada más.

—Pero...

—Repito que os calméis; sólo habéis pronunciado palabras vagas, frases sin sentido, pero que demostraban un profundo espanto, un indescriptible terror.

—Quizá la fiebre...—dije procurando aparecer serena;—la calentura sólo...

Pero ella se apresuró a decir:

—Los secretos de las desdichadas son suyos únicamente, y nadie tiene el derecho de levantar el velo que los oculta ni procurar averiguarlos. Yo los respeto, pues; pero si al salir de esta casa puede amagaros algún peligro, decidlo, hija mía, y procuraremos conjurarlo.

—Quisiera no ser reconocida hasta llegar a casa de mi padre,—

dije tan solamente:—quisiera ocultarme, aunque, os lo juro, señora, soy inocente, no soy culpable de falta alguna.

—Confiad, pues, en mí; saldréis de aquí con la mayor reserva, y aun disfrazada si es preciso.

—Perdonad; mas...

—Se os tomará en el tren que sale hoy mismo un asiento hasta R... que dista sólo dos leguas de la aldea a donde queréis ir.

—Es que yo... carezco de recursos y no puedo...

—Lo sé; pero la caridad cristiana no desampara a los que sufren. Disponeos, pues, para partir esta noche a las ocho, puesto que la sombra os conviene mejor que el día.

Yo no tenía preparativos ningunos que hacer.

Mis bienhechoras se encargaron de arreglarlo todo.

A las siete entró en mi estancia aquella santa mujer, que había sido mi ángel tutelar, trayéndome un traje completamente oscuro y un abrigo de viaje negro también.

En una pequeña maleta había colocado cuanto pudiera necesitar mientras durase el tiempo del camino.

Me vestí, combatida por mil emociones dolorosas.

¡Ay!, que iba a dejar la seguridad y la paz de aquel tranquilo y solitario asilo.

Abracé llorando a la religiosa, y la rogué que no me olvidase en sus oraciones.

Ella puso en mi mano un pequeño bolsillo que contenía algunas monedas de plata, y yo tomé aquel santo don mojándole con el llanto de la más ardiente gratitud.

—Tomad también,—me dijo procurando cortar mi emoción;—tomad esa cartera, que cayó de vuestros vestidos cuando os desnudamos para colocaros en el lecho.

—¡Esa cartera! ¡Ah!, ¡sí la reconozco!—exclamé;—¡la reconozco!

Era la que Dubois me entregó aquella noche fatal, y que en mi precipitada marcha había conservado instintivamente.

—Mas ¿en ella?...—pregunté vacilando.

—¡No sé lo que contiene!—me contestó;—nosotras conservamos intactos los depósitos que recibimos.

Tomé la cartera y abandoné entre lágrimas aquella casa.

Ningún incidente me ocurrió durante el camino.

A las cuatro de la tarde del siguiente día, llegamos a A...

Desde allí y en el carrillo de un vendedor ambulante, me dirigí a mi amada aldea.

¡Cuántas emociones y cuántos encontrados pensamientos agitaban mi espíritu durante el tiempo que duró aquel corto trayecto!

Sin embargo, la idea de ver y abrazar a mi padre los dominaba todos entonces.

Estaba segura de encontrar en sus brazos amparo.

Yo le contaría mis infortunios y él me perdonaría mi aparente olvido.

También te vería a tí, a tí, mi pobre hijo, y con su santo cariño, supliría el que te faltaba en la vida.

¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas abrigaba en medio de mi dolor!

¡Con qué anhelo esperaba el instante de volver al lugar de mi infancia!

Era casi el anochecer, cuando a lo lejos, muy a lo lejos, distinguí entre la bruma el campanario de la iglesia donde había elevado al cielo mi oración primera de niña.

Casi puede decirse que le adiviné, más bien que le ví; ¡tan distante de ella me hallaba aún!

Al fin llegué.

Mi corazón latía con violencia.

Era de noche ya.

Salté del carro sin detenerme a dar las gracias a mi conductor, y eché a correr con un paso rápido y precipitado.

Tuve que detenerme, sin embargo.

Hacía muchos años que faltaba del pueblo y todo creía encontrarlo muy cambiado.

Procuré recordar las calles y plazas que atravesaba, y llegué al fin ante la casa que habitaba sin duda mi padre.

La puerta estaba cerrada.

Llegué hasta su dintel y llamé con afán.

Pero ¡ay! que nadie vino a abrirme aquella puerta, ni nadie contestó tampoco desde el interior.

No se qué triste presentimiento me oprimió el corazón.

No se qué vago terror me acometió, que mis rodillas se doblaron y mis sienes se cubrieron de un frío sudor.

Mi impaciencia se aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

¡Llamé con más fuerza y siempre el mismo silencio!

Entonces, desesperada y loca, empecé a gritar nombrando a mi padre.

Crugieron al abrirse los postigos de una ventana inmediata, y una voz desapacible y soñolienta preguntó desde ella:

—¿Quién llama en esa casa?; ¿a quién buscáis si no hay nadie que os pueda responder?

—¡Cómo! ¿no hay nadie? ¿se ha mudado acaso su antiguo dueño?

—¡Mudarse él! ¡El viejo Martín!; no, no señora, pero...

—¿Qué?—exclamé llena de ansiedad.

—Que no está ya en su casa, porque... porque hace seis meses que ha muerto.

—¡Muerto!—grité con espanto y dolor;—¡muerto!

—Está allá abajo en el cementerio de la aldea y por eso su casa se encuentra vacía.

Pasé toda la noche sentada en el dintel de aquella puerta y estrechándote, pobre hijo mío, entre mis brazos.

¡Ay! si no hubiera sido porque te tenía en ellos, porque tenía la necesidad de vivir para tí quizá no hubiera luchado por más tiempo, teniendo en poco una existencia tan llena de amargura y tan exenta de esperanza.

Pero ¿qué sería de tí faltándote mi cariño?, ¿qué sería de tí si te faltaba mi protección?

Cuando amaneció, pregunté a un trabajador que acertó a pasar ante mí, cuál era la morada de la primera autoridad del pueblo, pues sólo, sólo así podía adquirir algunas noticias que yo creía necesarias.

—La casa del señor alcalde no está lejos, pero os sería difícil dar con ella no conociendo la aldea. Si queréis, yo os guiaré,—dijo aquel hombre que no me conocía sin duda y a quien mi aspecto no podía recordar a la alegre y mimada niña que había pasado su infancia en aquel lugar.

Acepté su ofrecimiento y me levanté para seguirle, sin poder tenerme en pie.

En breve llegué a la habitación del digno funcionario público, que dejó el lecho para recibirme, y a quien manifesté mi deseo de hablarle sin testigos algunos momentos.

Aquel buen anciano, que carecía de modales corteses y de refinamientos de finura, pero a quien sobraba la bondad y la honradez, me condujo a su despacho, y después de hacerme sentar, me preguntó el objeto de mi visita.

Lejos de buscar rodeos, y sin poder contener las lágrimas, le dije mi nombre como la más breve y sencilla explicación.

—¡Cómo!—exclamó;—¡la hija de María Varadier! ¿Sois vos? ¡vos, a quien aguarda siempre y por quien tanto ha llorado!

—¡Sí, yo soy!,—le contesté tristemente;—¡yo soy!

—¡Es posible!—dijo;—pero... ¡haber venido tan tarde!

Lágrimas ardorosas brotaron de mis ojos, inundando mi rostro en ancho raudal.

—¿Con que él me esperaba?—pregunté después de un instante.

—Todos los días.

—¡Desdichada de mí!

—Sí; él sabía que lo érais, él sabía que vuestra vida no era feliz.

—Y... ¿creéis que me habrá bendecido, que me habrá perdonado antes de morir?,—pregunté con voz angustiada.

—Los culpables son los que necesitan perdón, y el ser infortunada no es culpa,—dijo el anciano con admirable sencillez.

—Entonces, ¿no ignoraría que, si las apariencias me condenaban a sus ojos, yo no era una ingrata, yo no le olvidaba?

—El buen viejo lo sabía todo, y por eso me solía decir:—«Cuando ese hombre apure todos sus recursos y mire a mi hija como una carga demasiado pesada; cuando la abandone, porque esto sucederá, ella vendrá para buscar refugio a mi lado, ella tornará a la aldea, como el pajarillo que encuentra su nido después de la tempestad. Entonces, si vivo, su presencia será el único rayo de sol que iluminará mi vejez, y... si he muerto, al menos sé que llorará aquí por mí, y aquí rezará por su padre».

—¡Eso decía!

—Sí, y obedeciendo a esta idea quizá, encargó en sus últimos

momentos que nadie habitara su casa después de su muerte, y que todo permaneciera como estaba, hasta la vuelta de su hija, quien era naturalmente su única heredera.

—¿Entonces...?

—Yo, que fuí su amigo y que soy su único albacea testamentario, le he obedecido y he guardado fielmente las llaves.

—¿Luego podré ver el sitio en que murió, podré...?

—¡Todo!; ¿quién ha de impedirlo?

—¡Padre mío! ¡Oh!, voy... voy...

—Aquí están esas llaves; tomadlas, señora, y que Dios os dé valor.

—¡Quién sabe!

—Efectívamente; estais muy pálida; parecéis muy fatigada.

—¡He pasado una noche tan cruel!

—¡Cómo! ¿Dónde?

—Ante aquellos umbrales, que él había cruzado sin vida.

—¿Queréis que os acompañe?

—No, señor; os doy gracias por vuestra oferta; pero hay dolores tan grandes, que nadie debe presenciarlos.

Hubo un instante de silencio.

—¿Puedo seros útil en alguna cosa?—me preguntó aquel hombre, reanudando de nuevo la conversación, viendo que yo me disponía para salir.

—Sí, señor,—le contesté;—podéis hacer mucho por mí.

—Mandad, señora, mandad.

—No pronunciar mi nombre, no decir a nadie que he vuelto a la aldea.

—Así lo haré.

—Ahora, adiós.

—Pero... sola... ¿qué pensáis hacer?

—¡No sé!

—Perdonad esta pregunta, hija mía, a la cual sólo me autoriza la gran amistad que me unía con vuestro padre.

—Pues bien, señor, en memoria de ese cariño, id esta noche a verme; tal vez ya estaré más tranquila, y os pediré consejo y ayuda, porque estoy sola en el mundo y necesito alguna protección.

El anciano hizo un signo de asentimiento y cuando ya me perdió

de vista, ordenó a una antigua criada que me siguiese y me prestase toda clase de servicios.

¿Cómo podré explicarte, hijo mío, lo que pasó por mí al entrar en aquella casa?

Si algún día te hallas solo en el mundo, si pierdes mi apoyo y el dulce calor de mi ternura, entonces comprenderás aquellas horas de lágrimas y de agonía.

Todo estaba en su lugar; todo estaba como yo lo había dejado algunos años antes de salir de allí.

El pobre anciano había conservado aquellos objetos, aquel ajuar, sin que faltase un pequeño detalle.

¡Sin duda lo conservaba para su hija, para mí!

¡Para mí, a quien cada cosa atraía un recuerdo; para mí, que lo creía ver en todas partes; para mí en fin, que ya no tenía más amigos ni más consuelo que aquellos pobres muebles, sencillos, compañeros de mi niñez.

A cada uno le tributaba una caricia o una lágrima, porque cada uno me presentaba una memoria del pasado.

La pobre aldeana que me había seguido, miraba con pena mi dolor, y cuidó de tí con una solicitud verdaderamente piadosa.

Pasados los primeros instantes, me hizo tomar algún alimento y preparándome un lecho me obligó a buscar un reposo que tanto había menester, después de la fatiga y las emociones sufridas.

¡Los grandes choques, los grandes dolores, traen el cansancio y el abatimiento en pos!

Dormí algunas horas, y cuando desperté, la desesperación era reemplazada por una profunda tristeza, por un desaliento sin igual.

La aldeana que me había servido se retiró por orden mía, y al quedarme sola empecé a pensar seriamente en mi porvenir.

Por una ilación de ideas bien fáciles de comprender, recordé entonces la cartera que tenía en mi poder y por primera vez pensé en averiguar su contenido.

Nadie podía interrumpirme entonces, y la saqué del seno donde la había tenido guardada para conservarla mejor.

Al abrirla, encontré lo primero una gran cantidad de billetes del Banco que me hicieron estremecer.

Aquel dinero me causaba horror.

Era quizá el precio de una acción culpable y su contacto parecía que manchaba mis manos en sangre.

Los aparté, pues, a un lado, y examiné lo demás.

¡Ay, Daniel mío, qué tristes cosas encontré allí!

¡Por mi desdicha no me había engañado: aquel oro exprimía lágrimas!

Mi primer pensamiento fué quemarlos todos.

Después reflexioné que no debía hacerlo, porque si allí había documentos que acusaban terriblemente a mi esposo, también los había que atenuaban su culpabilidad; también los había que ligaban su suerte a la de un cómplice poderoso, y esto, en todo caso, podía ayudarle a salvarse.

También había secretos de los que quizá dependía el porvenir de séres inocentes, la suerte de algunos desgraciados, la rehabilitación de algunos que no eran criminales, ¡quién sabe!

Yo no entendía todo aquello, pero me parecían cosas enormes.

Los conservé, pues, sin tocar a ellos.

Mi anhelo era devolverle aquel dinero, pero no podía ni debía utilizar.

—¿Cómo podré hacer que todo esto llegue a sus manos?—, pensé.—Yo no puedo tenerlo conmigo, porque no quiero hacerme solidaria de sus hechos; pero tampoco debo quitarle los medios de defenderse, ni contribuir a su perdición.

Pero al buscar los medios de llevar a cabo esta resolución, se presentaba a mi mente la imposibilidad de realizarlo.

¿A quién confiarlos?, ¿cómo lograr que lleguen a su poder?

Papeles de tal importancia no deben exponerse a una pérdida, a un extravío cualquiera.

¡Esto hubiera sido perder para siempre a Marx!

Los billetes de Banco eran otra cosa.

Allí no se esparcía más que un poco de oro.

Hice pues un paquete con las cartas y lo cerré cuidadosamente, lacrándolo muy bien después.

Hice otro con los billetes y metiéndolos en un sobre, puse en él el nombre de mi esposo y la dirección de nuestra casa.

Una vez hecho esto, los metí en un cajón del cual guardé la llave y esperé la ocasión de mandar el último a su destino.

Todo el resto del día lo pasé encerrada y contigo.

Por la noche, y cuando ya nadie podía verle, vino el anciano alcalde para cumplir su promesa.

Después de algunas preguntas hechas discretamente sobre mis intenciones para el porvenir, me manifestó que los bienes que había dejado mi padre, y de los cuales él era el único depositario, eran tan escasos, que con sus rentas no podía vivir, ni aun con una estrechez extremada.

Sin embargo, aquellos bienes iban a ser mi solo recurso en adelante.

Le supliqué que él siguiera encargado de administrarlos, manifestándole mi resolución de abandonar la aldea e ir a vivir a otra parte retirada y oculta y con un nombre supuesto para que nadie me conociera.

—¿Pero estáis realmente determinada a no volver al lado de vuestro esposo?—me preguntó.—Pensadlo bien, hija mía; sola en el mundo, os aguardan grandes pruebas que sufrir.

—Nada importa,—le respondí;—estoy decidida a vivir sola con mi hijo.

—Eso es muy grave, y debeis pensarlo bien; vuestro deber os liga al que Dios ha hecho compañero de vuestra vida.

—Ha muerto para mí, y os ruego, señor, que no me preguntéis más sobre esto.

Dije estas palabras con acento tan firme, que el anciano no volvió a insistir.

—Yo amaba a vuestro padre,—me dijo después de una pausa;—yo le amaba como a un hermano; le respetaba por su honradez y aun después de muerto, desde otro mundo mejor, quiero que vea que he sido leal a nuestra amistad, velando por vos como él hubiera velado. Haré cuanto me pidáis, hija mía.

—¡Oh, gracias!,—exclamé con verdadera efusión;—¡gracias!: Dios también tendrá en cuenta lo que hagáis por mí.

—¿Cuándo pensáis partir?

Vacilé un instante antes de responder; carecía de recursos y no sabía qué partido adoptar.

—Necesito vender cuanto hay en esta casa,—murmuré con ahogada voz;—necesito venderlo, para...

—Continuad.

—Yo venía confiada en que al lado de mi padre podría vivir; esperaba que él atendería a mis necesidades y a las de mi hijo. Ahora es diferente; tengo que pensar... que resolver por mí misma, y...

—Pensáis deshaceros de todo, ¿no es verdad?

—Sí, de todo; ¿para qué quiero yo nada en este mundo?

—Sin embargo...

—Sólo ambiciono conservar una imagen de la Virgen de los Desamparados, ante la cual me enseñó mi madre a rezar, y el libro de oraciones que usaba mi padre.

—Está bien; yo me encargo de todo.

—¡Ah, señor!

—Decidme sólo hacia dónde pensáis dirigiros.

—Ya os he manifestado que todo son dudas o indecisiones en mí. Yo hubiera preferido quedarme aquí, donde vos me hubiérais protegido, donde la sombra de mi padre hubiera guardado mi sueño.

—Valor, hija mía.—murmuró el anciano, viendo que se apagaba mi voz.

—Pero aquí pudieran venir a buscarme,—continué,—y ya os he dicho que quiero vivir oculta.

—¿No tenéis predilección por ningún punto?

—No, señor.

—En ese caso, quizá podamos arreglarlo todo.

—¿Cómo?

—No lejos de aquí existe un pequeño pueblo que reune cuantas condiciones pueden conveniros. Paz, alegría, aislamiento del resto del mundo. Allí, desde hace algunos años, vive un hermano mío, que es bueno e instruído. y a quien profundos pesares del alma han afligido en la juventud.

—¿Y pensáis...?

—Recomendaros a él.

—¡A vuestro hermano!

—El cuidará de vos y de este niño, sin preguntaros por vuestro

pasado ni inspeccionar vuestro presente. Está solo, ha sido infeliz y se complacerá en consolar vuestra desdicha. ¿Queréis, pues, ir a vivir en el valle que habita?

—Señor,—contesté;—sólo os suplico que vuestro hermano ignore quién soy y por qué voy allí. Aceptaré su protección para cuando mi hijo sea mayor; en cuanto a mí, necesito vivir con mucha reserva; mi posición me obliga a ello, ya lo comprenderéis.

—Es verdad, pero mi hermano es un hombre de honor y respetará esa reserva tan digna como justificada. Por lo demás, yo me encargo de todo; os haré un pequeño anticipo para el viaje y para la instalación, y después con el producto de la venta de vuestros muebles, me indemnizaré de todo.

—¡Tanta bondad!

—Venderé también esta casa y todas las propiedades que poseía mi pobre Martín, y su producto lo pondré en manos de un banquero de crédito, que anualmente os mandarán sus productos. Este es el mejor arreglo que puede hacerse; ¿estáis conforme?

—¡Oh!, sí señor, y que el cielo os bendiga por el apoyo que me prestáis.

Todo se hizo como aquel noble anciano dispuso.

Le firmé un poder absoluto y a la noche siguiente me despedí de él entre lágrimas y volví a emprender la marcha contigo en los brazos y dejando en aquella aldea mi última esperanza de felicidad y de alegría.

Algunos días después, estábamos instalados en este rincón de la tierra donde he vivido tantos años y donde voy a morir.

Tú has crecido a mi lado, siempre pobre, triste y enfermo, pero bueno, dulce y amante para mí.

La atmósfera del vicio no ha contagiado tu aliento; la idea de las culpas y los delirios de la vida no han podido manchar tu frente; el soplo del crimen no ha podido ajar la santa pureza de tu alma!

¡Oh, Daniel mío!; ¡quizás no he sabido hacerte dichoso, pero he conseguido hacerte bueno, que vale mil veces más!

El mundo tal vez no lo juzgue de esta manera, pero yo lo creo así, porque las venturas de la tierra son flores de un día que mueren y perecen de un sol a otro sol, y las del cielo viven una eternidad!

Tu corazón de ángel era demasiado puro y yo he querido alejarme del contacto del mal, cifrando en ello mi solo bien!

Perdóname, pues, si me he engañado.

Perdóname también esta dolorosa revelación.

Comprendo que es horrible.

Pero yo debía hacértela.

Si mañana, si algún día, al cruzar solo ya el camino de la vida te encontrabas con tu padre; si sabías que yo había huído de su lado llevándote conmigo, ¿cómo juzgarías mi conducta?, ¿qué hubieras podido pensar de ella?

¡Quién sabe!

¡Oh!; yo no podía resignarme a que mi memoria hubiese sido amarga para tí, a que me hubieras acusado acaso!

No he tenido más bien ni más tesoro que tu amor en el mundo, y quiero conservarle aun después de muerta.

Sí; que siempre puedas bendecir mi memoria, que lleves mi recuerdo en tu alma, puro y limpio y exento de toda mancha!

D. Luis era la persona a quien vine recomendada.

El ha cumplido lealmente el encargo de su hermano.

Prudente y generoso, ni me ha preguntado nunca de dónde venía ni cuál era mi pasado.

Te ha querido a tí como a un hijo, y ha hecho en tu favor cuanto ha podido hacer.

Te ha dado la instrucción y la ciencia que él poseía; te ha enseñado a amar la honradez y la dignidad, y cuando yo muera estoy cierta que será un padre para tí, Daniel.

No se si el tuyo ha muerto, pobre hijo mío.

No sé si algún día Dios os pondrá frente a frente en el revuelto torbellino de la existencia.

Si es lo primero, pide al cielo por él.

Las oraciones de los justos son muy necesarias para los culpables.

Si es lo segundo, perdónale sobre todo; perdónale, y pruébale que la bondad vale más que el oro.

Pruébale que hice bien en alejarte entonces de su lado, para que no te manchase su contacto.

Regenéralo con tu virtud, si aún no está regenerado.

La juventud y las pasiones son malas consejeras y él era muy joven y de pasiones violentas.

Sobre todo, había carecido de una madre, y en la primera edad, ¡vale tanto el amor y los consejos de una madre buena!

¡Quién sabe lo que él hubiera sido si hubiese tenido ambas cosas!

¡Quién sabe si el arrepentimiento y la expiación habrán borrado sus primeras culpas!

Entonces, ¡cuán feliz será de encontrarte a tí tal cual eres!

¡Cómo me agradecerá el hijo que le he conservado!

Entre estos papeles encontrarás los documentos necesarios para que puedas recoger la herencia de tu pobre abuelo, con cuyos productos hemos vivido, y a la cual no he querido tocar, aun sufriendo muchas amarguras y muchas privaciones, hijo mío.

Y ¿cómo podría ser de otro modo, si la guardaba para tí?

Poco, muy poco es, pero a lo menos, tendrás en ella una memoria de mis sufrimientos y de mi cariño.

Adiós ya para siempre, Daniel; adiós, hijo mío, y piensa de continuo que tu pobre madre te dice al morir: «olvida y perdona, y condena y confunde en un solo amor a los que te dieron la vida».

LUCÍA.

CAPÍTULO III

Cuando el pobre jorobado acabó la lectura de aquéllas páginas, su frente estaba cubierta de sudor, y de sus ojos se escapaban ardientes lágrimas.

En su noble corazón se agitaba con horrible fuerza, un doloroso pensamiento.

¡El, hijo de un criminal, de un asesino quizá!

¡El, salpicado en su cuna con sangre y lágrimas, y obteniendo como herencia maldita la memoria de aquel pasado, en que tal vez se encerraba la vergüenza y la deshonra.

¡Ay! esto era cruel, muy cruel para aquel corazón tan leal como generoso.

Pasados algunos instantes, Daniel empezó a serenarse.

Pasó un pañuelo por sus ojos enrojecidos y empezó a reunir todos aquellos papeles, entre los cuales había muchos que no había leído aún.

—¡Basta por hoy!,—murmuró con acento de profunda tristeza;—¡basta por hoy de lodo y de horror! El viento que hacen estos papeles al agitarse, me ahoga y trastorna mi razón. No quiero saber más. No puedo, no puedo pisar más cieno ni tocar más miserias. Quédese todo oculto aún y si algún día la suerte coloca a mi padre frente a mí, entonces... entonces, Dios me inspirará lo que he de hacer. Entre tanto, queden estos secretos encerrados en el misterio, y pueda el corazón del hijo guardar la memoria del padre con menos amargura, con menos horror.

Fiel a este propósito, apartó a un lado varias cartas y legajos, tomó los documentos que constituían toda su herencia, y continuó:

—Esto para D. Luis; supuesto que de hoy en adelante vamos a formar sólo una familia, que él haga lo que quiera de ello y sea todo común entre los dos.

En cuanto a las memorias de mi madre, nada debo decirle. Es un secreto que no me pertenece a mí solo, y le guardaré... le guardaré en el fondo de mi alma! ¡Oh, si pudiera ocultármelo a mí mismo también!

—¡Recuerdos benditos,—exclamó;—únicas prendas de los dos amores de mi alma, recogidas ambas sobre una tumba; vosotras debéis estar juntas, pero separadas de lo demás; ese contacto os profanaría!

Abrió un pequeño secreter y colocó en su fondo todos aquellos papeles, pero cuidando de separarlos de la flor y del escrito de su madre.

Después se levantó y subió en busca de D. Luis.

El anciano, al verle, le miró con cariño, pero sin hacerle pregunta alguna.

Daniel comprendió aquella delicadeza, y le dijo con voz cariñosa y lenta:

—He pasado algunas horas muy amargas; he sufrido mucho desde que nos separamos, padre mío.

—En poco tiempo se pueden experimentar grandes dolores, ya lo sé, Daniel; los instantes del pesar son muy largos, por cierto; pero Dios nos da el olvido, que es el don más precioso que puede hacer a la humanidad.

—Sí, yo espero que vendrá en mi auxilio y que a su lado de usted, si no la alegría, recobraré al menos la calma.

—Piensas al fin quedarte aquí, ¿es verdad?

—¡Oh, sí,—exclamó el huérfano con viveza;—jamás nos separaremos. En prueba de ello tome usted.

—¿Qué es esto?

—Cuanto poseo en el mundo; yo ignoraba que mi pobre madre...

—Pero...

— Antes iba a ser una carga pesada para usted, y sin embargo, no vacilé en aceptar un sitio en esta casa; hoy...

—Sigue.

—Hoy me quedo también, pero ruego a usted que acepte esos documentos y que haga de ellos lo que quiera.

D. Luis vaciló un instante y murmuró:

—Daniel, hijo mío, no sé si debo...

—Con esa palabra acaba usted de decirlo. Me ha dicho usted «hijo mío» y de un padre debe ser cuanto le pertenezca al hijo.

—Pues bien, sea, tienes razón, admito.

Y al extender la mano para recibir el corto patrimonio del huérfano, añadió por lo bajo:

—¿Por qué no acceder?; esto es un depósito sagrado que conservaré religiosamente y que sabre aumentar, yo lo juro.

CAPÍTULO IV

En el castillo señorial de Amayora, todo había cambiado por completo en muy pocos días.

Aquella propiedad, abandonada hacía algunos años y adquirida con inmensas tierras y heredades por un nuevo dueño, estaba ahora transformada en un todo y muy particularmente de algunos días a aquella parte.

La servidumbre se había aumentado; se había renovado el mobiliario.

Las extensas habitaciones, cerradas o inútiles antes, se habían preparado y adornado con esmero para recibir a los huéspedes que se esperaban.

Adriana, secundando los deseos manifestados por su padre, se había excedido a sí misma en actividad e ingenio para dar órdenes y disponerlo todo.

La idea de alterar con diversiones y fiestas la monotonía de su vida, la había producido tanta alegria, que la hacía entregarse con una especie de fiebre a aquellos preparativos.

Mauricio, por su parte, aguardaba que dos o tres amigos, jóvenes de su edad, a quienes había invitado, aceptarían su ofrecimiento y vendrían a pasar una temporada en aquel retiro, que se tornaría por algún tiempo en una mansión de placeres, y esto también, como a su hermana, le halagaba y le tenía entusiasmado.

Entre aquellos amigos íntimos, figuraba en primer término Octavio de Craus, hijo del duque de San Marcial, a quien profesaba un afec-

to justificado por la nobleza de aquel joven y la esperanza de verle y pasar con él largas horas, contribuía a tenerle animado y contento.

En cuanto a Estrella, separada moralmente de sus hermanos por su carácter y por sus gustos, figurando poco en aquella casa, ya por su corta edad, ya porque ella jamás se atreviese a intervenir en nada, se prometía poco de aquellas fiestas y gozaba sólo con la alegría de que veía poseídos a sus hermanos y con la esperanza de ver a su padre, sin pensar para nada en ella misma.

El conde, pues, era aguardado de un momento a otro con verdadera impaciencia.

Al fin ésta tuvo su término.

Un enviado expreso llegó al castillo para anunciar que el anciano con sus amigos se encontraba en un pueblecillo cercano, a donde se habían detenido a descansar breves instantes, y que aquella misma tarde se encontrarían en la morada señorial.

La nueva fué trasmitida con la rapidez del relámpago y todo se puso en movimiento para salir a recibirlos.

En el afán de Mauricio y Adriana había algo de cariño y ternura para su padre, pero también había mucho de curiosidad por conocer a los que le acompañaban.

A las cuatro de la tarde, una preciosa jardinera, la cual debían ocupar las jóvenes, se hallaba enganchada a la puerta.

En cuanto a Mauricio prefirió ir a caballo.

Al fin las dos hermanas aparecieron en la ancha escalera y descendiendo rápidamente, montaron el carruaje.

Adriana vestía un riquísimo y elegante traje y cubría su hermosa cabeza con un sombrero del mejor gusto.

En su peinado y en su adorno había invertido muchas horas aquel día; pero podía decirse que estaba encantadora y radiante de belleza.

Estrella sólo llevaba un vestido blanco y un sombrero de paja, del cual se escapaban, para caer sobre su espalda, dos largas y apretadas trenzas del color del oro.

Mauricio montó a caballo, y los tres, seguidos de algunos criados, emprendieron la marcha.

Cada uno de aquellos jóvenes iba dominado por un distinto pensamiento; cada uno de aquellos tres corazones latía a impulso de un sentimiento diferente.

Los dos primeros soñaban con triunfos, con diversiones, en que se prometían ser los primeros.

Estrella... Estrella se acordaba de muchos séres desgraciados a quienes aquella tarde no podía socorrer.

Quizá entre todas aquellas figuras tristes y melancólicas, se destacaba una más que otras.

Una de aspecto contrahecho y humilde, pero de rostro inteligente y dulce, y de mirada ardiente y profunda, que penetraba en lo más recóndito del alma.

La niña sentía fija siempre en sus ojos aquella mirada, pidiéndole consuelo, pidiéndole compasión, y dominada por un impulso de tierna conmiseración, murmuraba de vez en cuando respondiendo a este triste y doloroso recuerdo:

—¡Pobre Daniel!; ¡pobre huérfano!; ¡pobre corazón desgarrado!

No había transcurrido una hora aún, cuando el conde se hallaba entre sus hijos, a los cuales estrechaba en sus brazos con una verdadera efusión.

El señor del castillo era ya anciano.

En su severo rostro se pintaba una voluntad resuelta; una de esas voluntades que ante nada retroceden para conseguir el objeto que se han propuesto.

En su frente estaba escrita la suspicacia de su pensamiento; algo que se asemeja a la inteligencia, pero que es menos noble, menos levantado sin duda.

En sus miradas había mucho de receloso, mucho de sombrío, que inspiraba retraimiento y repulsión quizá.

Por lo demás, era un hombre de porte distinguido, de modales correctos y de palabra expresiva y fácil, tan enérgica como breve.

Era, en fin, Fausto de Merán, con diez y seis años más que al principio de nuestro libro dijimos, pero diez y seis años que parecían haber transcurrido dobles para él.

Al ver a los jóvenes en medio del camino, se adelantó a sus otros compañeros y exclamó con acento emocionado:

—¡Adriana, mi bien querida hija!; ¡Mauricio!

Estos, que habían saltado en tierra, se precipitaron en sus brazos, cambiando algunas palabras afectuosas con él.

Estrella, detrás y la última de todos, esperaba en silencio que quisieran darla parte en aquellas caricias.

El conde, que aún no había reparado en ella, no cesaba de mirar a Adriana, y de repetir con apasionada voz:

—¡Oh, qué hermosa, qué hermosa, y cuánto tiempo hacía que no gozaba el placer de verte!

Mauricio, que todo lo observaba y que no podía menos de amar a la dulce Estrella, tuvo lástima de aquel olvido y al ver la triste sonrisa que vagaba en sus ojos y la transparente lágrima que rodaba por sus mejillas.

—Abraza a nuestro padre, —la dijo empujándola suavemente hacia el conde;—abraza a nuestro padre, hermana mía, que también a tí debe encontrarte muy linda.

Algo que no sabríamos definir pasó en el corazón de Fausto.

Una sombra oscureció su frente; sus labios se contrajeron, mientras que con una expresión de inconcebible violencia tendía la mano hacia la menor de sus hijas, diciendo con insegura voz:

—Sí, sí; la encuentro bien, muy bien; acércate, Estrella.

La niña se lo hizo repetir; saltó llena de un gozo inmenso al cuello de Fausto, exclamando con emoción:

—¡Padre, padre mío!

Y sintiéndose feliz con aquel halago, murmuró imperceptiblemente:

—¡Gracias!

A aquel grupo se aproximaron nuevos personajes.

Eran los huéspedes que venían a habitar temporalmente el castillo de Amayora.

Todos envidiaron al dichoso padre que podía presentar tales hijos, y después de las presentaciones y saludos de costumbre, se dispusieron a continuar la interrumpida marcha.

Antes de dar la señal de partir, un joven que se había quedado rezagado, dando sin duda alguna orden a los lacayos, se incorporó a la comitiva, aunque ocupó el último lugar.

De hermosa y noble figura, pero de aspecto triste y retraído, parecía no querer llamar la atención y aun pasar desapercibido.

Adriana, sin embargo, había reparado en él y le miraba con una insistencia llena de curiosidad y extrañeza.

Al fin, dirigiéndose al conde, al cual había obligado a subir a su mismo carruaje.

—¿Quién es aquel joven que te has olvidado de presentarme, papá?—dijo con un acento en que se revelaba un gran interés.

—¡Ah!—contestó el interpelado;—es Julio de Sandoval, mi nuevo secretario.

—¿Tu secretario?

—Sí: es honrado, muy instruído, y estoy resuelto a protegerle.

—Y ¿dónde le has conocido?

—En...

El conde se detuvo; no sabía qué contestar, a no haberle sacado del apuro la voz de Adriana, que le volvía a preguntar:

—¿Y va a vivir también en el castillo?

—¡Quién lo duda! Pero no temas es demasiado inteligente para llegar a causarnos molestia alguna.

Julio, por su parte, también tenía fija su ardiente mirada en el carruaje que conducía a las dos jóvenes y a Fausto.

La belleza de Adriana le había deslumbrado, y sin embargo, no era ella por cierto la que más llamaba su atención.

Era la niña vestida sencillamente de blanco, tan dulce, tan pura, tan castamente bella como los ángeles del cielo.

Aquellos ojos de celeste pupila, aquella frente inmaculada y tersa, aquella dorada cabellera, formando como una aureola de oro sobre su cabeza, producían en su corazón un sentimiento que en vano trataríamos de explicar, pero que se asemejaba a una ilusión, a un recuerdo, a una esperanza.

Al cabo, y sin poder dominarse,

—¿Quién es aquella niña vestida de blanco que va sentada junto al conde? – preguntó a uno de los criados que tenía cerca.

—Es la señorita Estrella, la hija menor del señor conde.

—Entonces me he engañado; es imposible que la haya visto antes de ahora.

Los viajeros llegaron en breve al castillo de Amayora, donde todo estaba dispuesto para recibirlos dignamente.

Adriana, como dijimos anteriormente, había sabido salir airosa de aquella especie de aprendizaje de mujer de sociedad; había desempeñado admirablemente su papel de dueña de casa, pues los huéspedes de su padre, al penetrar en aquella morada, mitad antiguo castillo, mitad palacio a la moda, nada echaron de menos, de cuanto pudiera hacerles cómoda y agradable la vida en aquellos días.

La joven, pues, estaba satisfecha de sí misma, y recibía como un tributo obligado las alabanzas y las felicitaciones que se la prodigaban sin cesar.

La comida, que les esperaba a su llegada, fué espléndida e hizo honor a la riqueza y al buen gusto del noble huésped.

En ella, sin embargo, reinó esa confianza y esa cordialidad que preside la vida del campo.

La severa etiqueta estaba excluída allí.

La señorita de Merán hizo los honores de la mesa con una soltura y un tacto exquisito; en cuanto a Estrella, su dulzura y su candidez suplían lo que la faltaba en costumbre.

Cuando terminaron de comer, el conde llevó a sus convidados al gabinete de fumar y las dos jóvenes se dirigieron a un cenador cubierto de jazmines, para dejarles en libertad y para respirar ellas un momento las frescas y perfumadas brisas de aquella serena tarde.

Llegaron hasta un banco de piedra medio cubierto entre la verdura y Adriana se dejó caer en él con aire distraído y preocupado casi.

La anterior animación de su rostro pareció modificarse algo en la soledad.

Estrella se sentó a su lado, guardando silencio por algún tiempo.

La niña fijó al fin sus hermosos y amantes ojos en el rostro de su hermana y murmuró con su voz armoniosa y suave:

—Y bien, hermana mía; veo que a tí como a mí te complace menos de lo que creías esta nueva vida que empieza para nosotras.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Adriana saliendo de su abstracción.

—Que te encuentro menos alegre de lo que yo aguardaba.

—Te engañas por completo.

—Tal vez, pero me había parecido hallarte casi triste.

—¡Yo!, ¡qué locura!

—¡Estabas tan pálida!

—Es que recordaba a todos nuestros huéspedes.

—Y ¿por qué?

—Por... vamos a ver: ¿qué te parece el más joven quizá de todos ellos?

—¿Cuál?

—El amigo de nuestro hermano; el futuro duque de San Marcial.

—Parece noble y digno,—respondió la niña por decir algo, pues en realidad no se había fijado en el hombre a quien aludía su hermana.

—¿Noble y digno? ¡ya la creo!; es, según dicen, el único representante de una de las principales y más poderosas familias de la corte.

—Entonces...

—Sin embargo, él parece demasiado grave para su edad.

—Tal vez...

—Los demás... y sobre todo, monsieur Dubois...

—¡Oh!, en cuanto a ese sí le miré,— dijo Estrella con rapidez;—y si quieres que sea franca contigo, encuentro algo que me asusta en la mirada de ese hombre; ¿por qué habrá venido aquí?

—Es médico de nuestro padre; éste le ama o le distingue mucho, y por eso...

—La niña no respondió.

Respetaba demasiado al conde para mostrar la repulsión que le inspiraba su amigo.

—Gracias a Dios que tenemos algo en qué pensar,—exclamó Adriana, después de una pausa.

—Antes, te lo aseguro, estaba a punto de morirme de fastidio aquí.

—Pues yo, por el contrario, ¡soy tan dichosa en Amayora!

—Tú... ¡piensas de un modo tan extraño! ¿Qué es lo que te halaga o te seduce aquí?

—Todo: las flores, el bosque, el espacio; además... además, tengo en estos contornos muchos amigos a quienes amo, y de quienes estoy segura de ser amada.

—¡Amigos! ¿Hay por ventura en las cercanías personas dignas de ese título que tú les das?; ¿hay familias nobles, iguales nuestras?

—¡No sé!—contestó la niña sencillamente;—¡pero hay tantos desgraciados!

Adriana hizo un gesto de indiferencia y guardó silencio por algún tiempo.

Alargó su mano y empezó a cortar algunos jazmines que, como blancas y perfumadas estrellas, se destacaban entre la espesura, y luego, de repente, y con acento que quería hacer frívolo y ligero,

—A propósito,—dijo;—¿has reparado en un joven que apareció el último de todos y que venía el último también cuando emprendimos el camino?

—No; no sé de quién me hablas.

—Yo pensé... Creí que le habías conocido en alguna otra parte, tú que... ¡te miraba con tal empeño!

—¡A mí! Sin duda te equivocas.

—No, porque me llamó la atención aquella insistencia, y como...

—¿Qué?

—Según creo... según me dijo nuestro padre, ese joven no es más que un simple secretario, casi un servidor de nuestra casa...

—Sigue; no te entiendo.

—Yo pienso que se puede creer una... una falta de respeto el fijar de ese modo tan marcado los ojos en la hija de su señor.

—¿Y qué ofensa me infiere con ello?—preguntó Estrella con candorosa curiosidad.

—¡Ah!; según eso, ¿te agrada que te mire a tí?

En el acento de Adriana vibraba no se qué nota que sonaba a violencia, a cólera, a despecho quizá!

—Ya te he dicho que no le he visto siquiera, hermana mía,—añadió la niña con tímida dulzura.

—Pues procura en adelante que...

La palabra quedó cortada en los labios de la señorita de Merán,

pues al alzar instintivamente sus negros ojos de mirada deslumbradora halló casi frente a ella al secretario de su padre, que sin duda había escuchado sus anteriores frases.

Adriana palideció a pesar suyo, y a pesar suyo también bajó los ojos ante la mirada fría y profunda del joven.

Este, con aspecto reposado y digno, se acercó a las dos hermanas y saludándolas con refinada cortesía,

—El señor conde,—dijo,—me ha *suplicado* que hiciera venir a un criado a decir a ustedes que las aguarda en el salón.

Julio marcó tanto la palabra *suplicado,* que la señorita de Merán le miró esperando que continuase.

—Iba a dar la orden a un lacayo, pero he preferido complacerle, cumpliendo su encargo por mí mismo.

—Gracias—balbuceó Adriana, a quien Julio se había dirigido particularmente, sintiéndose turbada por aquellas frases;—¡gracias!

Y después, volviéndose a Estrella, que no se había atrevido a levantar los ojos.

—Vamos, hermana mía,—la dijo con voz poco segura;—vamos.

Y ambas abandonaron su asiento para acudir a donde las esperaba su padre.

Julio las dejó pasar, descubriéndose respetuosamente, pero sin moverse de su sitio.

La actitud digna del joven hacía resaltar más aún la gallardía y la belleza de su noble figura.

—¡Oh!—pensaba Adriana al perderle de vista,—sin duda me ha oido; ese hombre pensará que he querido ofenderle, y... yo soy la que me encuentro humillada con su altivez; porque es orgulloso y soberbio, no tengo duda, como no la tengo tampoco de que es inteligente y... ¡qué lástima que esos séres privilegiados no hayan nacido en noble cuna!

Sandoval, entre tanto, y al quedar solo en aquel lugar, se oprimió su frente con ambas manos murmurando con amargura:

—¡Sí, tiene razón!; la mirada de un hombre sin fortuna y sin título rebaja y ofende. ¿Por qué mi bienhechor me ha ligado a él con los lazos de la gratitud?; ¿acaso para el expósito pobre y abandonado es un beneficio la educación?; ¡quién sabe!; ¡tal vez dejándolo en la ignorancia sufriría menos y sería menos desdichado!

Julio poseía, efectivamente, una instrucción poco común.

Educado en uno de los colegios más reputados de Londres, había adquirido un caudal de conocimientos que le hacían un hombre superior.

Según le había sido su patrimonio al venir al mundo y sólo sabía de su pasado, que una honrada mujer le había sacado por lástima de una casa de beneficencia, cuando tenía muy pocos meses.

Que con ella había visto transcurrir sus primeros años, pasando como hijo suyo y viviendo de su trabajo.

Que después y por una casualidad providencial, al morir aquella madre adoptiva le había recogido el conde de Maravel, el cual, adivinando en él grandes dotes de ingenio y de corazón, había querido completar su buena obra, dándole una educación tan extensa como esmerada.

Esto había dicho su protector al instalarle en el colegio, y esto habían repetido mil veces a Julio para estimularle al estudio por medio de la gratitud.

El niño no necesitó más; poseía un talento claro y un noble corazón, y el deseo de corresponder a los beneficios que recibía, le hizo realizar verdaderos milagros de aplicación y de trabajo.

Julio, sin embargo, no era feliz.

Aunque al entrar en aquella casa había empezado a usar el apellido de su nodriza, todos sabían que no tenía derecho a llevarlo y que era un niño abandonado, un niño sin familia.

Esto hacía que algunas veces le mirasen con indiferencia y con desdén.

Allí, pues, empezó a cruzar el calvario que la vida le iba a ofrecer.

Allí sus débiles hombros sintieron el peso de la cruz que había de gravitar siempre sobre ellos.

¡Pobre niño, que aún lo ignoraba todo y ya empezaba a comprender instintivamente la desgracia!

Las épocas de las vacaciones eran las más penosas para él.

Sus compañeros salían de allí, iban al seno de sus familias, a sus benditos hogares, donde todo era alegría y cuidados y amor. El se quedaba solo, solo siempre y sin dulces afectos.

Su protector jamás había ido a buscarle.

Pagaba sus gastos con una escrupulosa exactitud; cuidaba de que

nada de lo necesario le faltase; pero si le otorgaba sus beneficios, jamás le había prodigado una muestra de amor.

¡Amor!; el joven no conocía el precio de esta palabra.

Sus maestros le estimaban por su buena conducta y por la rapidez de sus adelantos; sus amigos lo miraban con deferencia por su bondadoso carácter y por su franca lealtad, pero aquello no era afecto, aquello no era cariño; la frialdad inglesa no sabía comprenderle ni darle más.

A veces Julio, en sus ratos de meditación y soledad, recordaba como en un sueño un hogar alegre y tranquilo, árboles frondosos, flores más perfumadas que las del jardín del colegio. Besos... caricias... sonrisas... pero todo esto era tan vago, estaba tan lejos ya!

El joven pensaba en su nodriza... ella y su pobre casa era sin duda lo que recordaba!

Así pasaron muchos años.

Un día recibió carta del conde, en que le decía que, una vez terminados sus estudios y satisfecho de las noticias que tenía de su honradez y su talento, iba a darle una gran prueba de su estimación haciéndole ir a su lado para hacerle su secretario, viviendo en adelante en su misma casa y recibiendo un sueldo, si bien modesto, lo suficiente para cubrir sus gastos en aquel nuevo género de existencia.

Julio no dijo una palabra y se dispuso a obedecer; pero al dirigir una escrutadora mirada al fondo de su alma, hubiera sido difícil averiguar si la distinta faz que iba a tomar su vida realizaba sus esperanzas o le entristecía profundamente.

El joven, entre las cuatro paredes del colegio, y en sus largas horas de soledad, había meditado mucho sobre su destino y lo encontraba, por cierto, dudoso y amargo.

Por sus conocimientos, por su educación, estaba designado para vivir en el mundo que siente y piensa; en el mundo de la inteligencia y del buen tono. Pero ¿qué podía hacer en aquella sociedad él, que no tenía familia ni nombre?

¿Cómo serán apreciadas ambas cosas por aquel hombre a quien apenas conocía, que le había protegido sin amarle y al cual le debía su consideración y su gratitud?

¡Julio lo ignoraba!

Ignoraba también qué personas componían aquella familia en cuyo seno iba a vivir, y hubiera preferido la libertad de escoger ocupación adecuada a sus deseos y aptitudes, a vivir sujeto en aquella casa, por muy brillante y conveniente que fuera en ella su posición.

Pero él no podía rehusarla; hubiera sido una ingratitud y él no podía cometer semejante falta.

Hizo pues, su equipaje, se despidió de aquellos sitios donde había aprendido en teoría la historia de los hombres y de la humanidad, y fué a aprender en la práctica la historia del corazón y de la sociedad, que acaso iba a ser bien triste para él.

La primera entrevista que tuvo con el conde fué ceremoniosa y fría.

Su protector lo contempló algún tiempo con marcada insistencia, frunciendo a veces el ceño, desarrugándole después, pero siempre mudo, imperturbable siempre en su expresión y su aspecto.

Parecía que buscaba en el rostro de Julio alguna semejanza, algún rastro, un recuerdo quizá de su pasado o de su origen.

El jóven sufrió aquel examen con disgusto, pero con serenidad.

¿Qué sabía él las ideas y las impresiones que podría despertar en el pensamiento del conde?

Momentos hubo, al ver aquella fijeza, en que cruzó por su mente la idea de que aquel hombre tenía algo que ver con su nacimiento; pero al ver la frialdad y la expresión casi agresiva de su mirada, esta sospecha se desvaneció por completo.

Su protector le informó de sus meras obligaciones, del cometido que debía llenar a su lado, y le entregó algún dinero para que aumentase su guardarropa, según las exigencias del papel que iba a representar en adelante.

—Supongo,—le dijo,—que nunca tendré que reprenderos nada, y que no olvidaréis lo que vais a ser aquí, y lo que yo he sido para vos.

—Señor,—balbuceó Julio entre turbado y ofendido;—yo...

—¡Basta!—replicó el anciano, sin dejarle acabar;—suprimid las protestas; las creo inútiles. Hablemos de otra cosa. Por ahora, permaneceremos algún tiempo aquí; después iremos a reunirnos con

mis hijos, que están ahora en una de mis posesiones de Vizcaya, y más adelante... más adelante... ¡quién sabe!; quizá iremos a viajar, quizá nos instalemos definitivamente en la corte, pero no os abandonaré jamás; estad tranquilo.

Julio se inclinó respetuosamente, sin contestar.

El conde llamó a un criado para que le indicase el camino de sus habitaciones, viéndose desaparecer tras él el rico y pesado portier.

Cuando ya se perdió en la distancia el rumor de sus pasos,

—No hay duda,—murmuró;—tiene la mirada altiva y el aspecto de su padre; como *ella,* tiene toda la fisonomía y los cabellos rubios de su madre! Mas ¿por qué me preocupo por esto, si nadie puede recordar... ¡Nadie!; todos han muerto, y los que no, están imposibilitados... o están lejos. Vamos, calma, y olvidemos el pasado; ¿no las tengo a mi lado las dos?; ¿no estoy seguro de que todos lo ignoran?; ¿qué importa esa marcada semejanza, esa semejanza que acaso existe sólo en mi imaginación? ¡Oh, los años nos tornan a veces recelosos y cobardes! Adelante, pues, noble y poderoso conde de Maravel, adelante, y no vuelvas nunca la mirada atrás.

Julio tomó posesión de su nueva estancia, más suntuosa, pero menos tranquila que la de su colegio de Londres.

Como poseía una hermosa figura y una grande y clara inteligencia, se adaptó bien pronto a aquella existencia y comprendió perfectamente los deberes que tenía que cumplir junto al conde.

Con su hábito de observación y con su natural instinto, estudió el carácter de aquel hombre, a quien en cierto modo estaba ligada su suerte, y comprendió que, bajo su apariencia distinguida y correcta, se ocultaba algo de triste y sombrío, que a veces estremecía su corazón y cubría de nubes su frente.

Pero Julio, tan leal, tan generoso y tan noble, jamás sospechó que allí se escondía el crimen o el remordimiento. No pudiendo juzgar a su bienhechor culpable, le creyó desgraciado y esto sólo sirvió para inspirarle algo de simpatía y mucho más de respeto.

Respeto y simpatía que debía aumentar la conducta del conde, que le hacía comer a su mesa y le trataba con suma consideración.

A pesar de esto, Julio no traspasaba nunca los límites que su posición le marcaba.

No quería que nadie tuviese derecho a recordarle el lugar que debía ocupar.

Llegó el verano, y el conde habló de la necesidad de ver a sus hijas, de ir a Vizcaya, y el joven secretario experimentó algo de temor y de duda, que no se supo explicar.

Su existencia iba a entrar en una faz nueva. ¿Sabría él mantenerse a su altura y responder a las exigencias que en ella iban a serle necesariamente impuestas?

Por el pronto se propuso ser muy reservado, muy circunspecto y muy digno de sí.

Ya hemos visto que cumplía su propósito, en su primer encuentro con las señoritas de Merán.

Adriana y Estrella habían penetrado juntas en el salón, donde las esperaban sus huéspedes.

Su padre les había llamado y ellas se apresuraban a obedecer.

Era preciso que aquella primer velada, pasada en el castillo, fuese agradable, aunque corta, pues el cansancio del camino debía ser motivo a que todos se retirasen temprano en busca del reposo necesario.

Los hombres de más edad tomaron posesión de algunas mesas de juego, preparadas en gabinete destinado para este objeto.

Mauricio formó un grupo con algunos jóvenes de su edad, invitados por él, y empezaron a formar proyectos para la caza del siguiente día, y el conde, queriendo distraer al resto de sus convidados, rogó a Adriana que se sentase al piano y les hiciese oir alguna de sus escogidas melodías.

La joven accedió a los deseos de su padre, y tocó con soltura y maestría dos o tres piezas, tan bellas como admirablemente ejecutadas.

La hija mayor del conde era una hábil profesora, y bajo la presión de sus blancos y afilados dedos, las teclas gemían o suspiraban, lanzando mundos de armonía.

Cuando concluyó, los plácemes y las felicitaciones la fueron pro-

digados con caluroso entusiasmo, y ella los recibió como acepta una reina los plácemes de sus vasallos.

Sin embargo, parecía como que sin darse de ello cuenta, buscaba algo en derredor.

De pronto, sus ojos que habían vagado por el salón, se fijaron en una entreabierta ventana que daba a los jardines que rodeaban el castillo.

Como las habitaciones ocupadas en aquella estancia se hallaban en la planta baja, aquella ventana estaba al nivel del piso y a través de las enredaderas que le servían de cortinaje, se distinguía la silueta de un hombre, iluminada por la luz de la luna.

Aquel hombre era Julio; Julio, que quizá escuchaba de lejos, sin haber querido penetrar en la sala.

¿Sería orgullo, o temor; timidez, o resentimiento?

Adriana no sabía descifrarlo, a pesar de preguntárselo a sí misma con más interés del que podía suponerse en ella.

—Y tú, Estrella,—dijo el conde dirigiéndose a su hija menor, que se hallaba medio oculta en la sombra,—y tú, ¿no nos dejarás ver los adelantos que has hecho en mi ausencia?

—Yo, padre mío, sé muy poco,—respondió la niña turbada.

—Sin embargo, yo lo quiero, y tú debías...

Merán pronunció estas palabras con algo de acritud y severidad, y Estrella, temiendo disgustarle, se apresuró a responder a pesar de su timidez:

—Si tuviera quien me acompañase, cantaría una balada alemana que es de fácil ejecución. Si Adriana quisiera... ella podría...

—¿Yo? ¡De ningún modo; no la sé; no la recuerdo, es imposible, —exclamó Adriana rápidamente, guiada acaso por un secreto impulso que no sabríamos explicar.

—Ya veis, padre mío, que no es mía la culpa,—dijo Estrella, como sincerándose ante el conde, pero alegrándose con toda el alma de aquella imposibilidad.

—¡Aguarda!—replicó el señor de Merán, que ni quería ser desobedecido por Estrella, ni molestar a su hija predilecta;—aguarda, quizá pueda remediarse todo.

—¿Cómo?

—¿Dónde está Julio?

—No sé,—contestó la niña;—no lo veo en el salón.

—Haz que lo llamen.

—¡A él!, ¿para qué?—preguntó Adriana admirada.

—Es un excelente pianista y la música alemana le es muy familiar y conocida; ya verás como él hace...

—No será posible,—murmuró Estrella tímidamente;—tocar así de improviso...

—Es muy difícil y lo pondréis en un apuro, padre mío,—dijo la mayor de las dos hermanas.

—¿A Julio? ¡No le conoces!

—¿Tan inteligente es?

—Vale más de lo que aparece; ha recibido una educación esmerada, y...

—Aquí estoy, señor conde,—dijo Julio, apareciendo y dirigiéndose hacia el anciano;—me han dicho que me llamáis y vengo.

—Sí, sí; os he hecho venir, porque...

—Espero vuestras órdenes.

—Vos, que dominái de tal modo la música, haréis lo que Adriana no puede hacer; acompañaréis a Estrella en una melodía que yo quiero oir.

Adriana se mordió los labios con impaciencia.

Su hermana esperó la respuesta de Julio, y éste se inclinó y la ofreció respetuosamente la mano para conducirla al piano.

La niña le presentó un papel de música y le dijo tímidamente:

—¡Esto es!

Julio fijó una rápida mirada en las notas, mientras con mano maestra recorría el teclado.

A los primeros acordes, Adriana prestó atención.

Aquellas notas sueltas, vibrantes, cadenciosas, tenían un encanto indecible.

Julio sabía expresar en aquella armonía todos los sentimientos de su corazón.

Estrella empezó su canto.

Su voz dulce y argentina pareció estremecer a Julio.

Una oculta y extraña simpatía, una especie de corriente eléctrica se estableció en aquellos dos jóvenes corazones, que parecían hermanos,

Aquel sentimiento no tenía la violencia ni los encantos de la pasión; era más casto, más tranquilo, más puro; era un afecto del alma, del cual ellos mismos no sabían darse cuenta.

Pero bajo aquella influencia, la voz de la niña tenía un timbre más dulce, más argentino, y el joven jamás se había sentido más inspirado.

Adriana, por su parte, parecía dominada por un sentimiento extraño, en el cual se mezclaban la admiración, el entusiasmo y el despecho a la par.

Cuando concluyó el canto, Julio volvió a acompañar a Estrella hasta el sitio que antes ocupaba, cerca de su hermana.

—¡Gracias! — murmuró aquélla cuando fueron a separarse — ¡gracias!

—A mi vez debo dároslas, señorita. La música tiene para mí encantos inexplicables, que me hacen olvidar mundos de ignorados dolores. Hacía mucho tiempo que no me ocupaba de ella, y esta noche, y debiéndolo sólo a vos, he vuelto a sentir en mi alma las dulces emociones que me hace experimentar.

—¿Decís que hace tiempo que no os ocupábais de...

—Ciertamente.

—Es muy extraño y nadie lo diría.

¿Por qué?

—Por vuestra facilidad en acompañarme, en improvisar casi.

Julio se sonrió con perfecta finura y contestó:

—Es una cosa bien sencilla por cierto y que no tiene valor ninguno.

—¡Oh!, no tanto. Mi hermana, que es una excelente profesora, no ha podido hacerlo, como acabáis de ver.

—Sin duda os engañáis al decir que no ha podido, y eso habrá sido por...

—Estaba cansada,—se apresuró a contestar Adriana,—y no quise probar.

—Ya lo veis,—murmuró Julio, dirigiendo a Estrella una mirada indescifrable.

—Sin embargo,—prosiguió la hija mayor del conde, comprendiendo que había dicho una impertinencia;—sin embargo, improvisar así esa balada, demuestra grandes conocimientos y agilidad extremada, no hay duda.

—Julio ha estudiado buenos maestros y los ha estudiado bien,— exclamó el conde, que se había aproximado y que tomó parte en la conversación. Como no se sabía cuál iba a ser su porvenir, se ha tratado de hacer de él un hombre útil para todo, y... se ha conseguido.

—Gracias, señor conde, por lo que vuestra bondad ha contribuído a ello.

—¡Mi padre!—preguntó Adriana con extrañeza, no sabiendo aún la influencia que el anciano había ejercido en la suerte de aquel joven.

Merán, un tanto contrariado, murmuró tratando de poner término a la explicación que se hacía natural:

—Basta; no hablemos de...

Julio saludó y se dispuso a marcharse.

—¿Nos dejais?—le preguntó el conde.

—Sí; si no tenéis que mandarme ya.

—Haced lo que gustéis; sois libre.

El señor de Merán no se apercibió de la intención con que el joven marcó la palabra *mandarme,* pero Adriana sí, y se mordió los labios con despecho.

¡Oh! Julio no la perdonaba las frases que había pronunciado; no quería dar lugar a oírselas repetir, y se escudaba con su deber para justificar su estancia en aquel salón donde ella estaba y en donde quizá no le creía con derecho a permanecer.

Al día siguiente, la hija mayor del conde de Maravel se levantó más temprano que de costumbre.

Había pasado la noche intranquila y nerviosa, sin poder explicarse la causa.

En su sueño se había mezclado la imagen de Julio con una insistencia singular.

Cuando dormimos, crea la mente pensamientos bien extraños.

Adriana había soñado que el secretario de su padre era noble y rico, y la amaba, pero se hallaban separados por un abismo insondable, desde cuya orilla la llamaba él, sin que ella pudiese pasar, sufriendo y desesperada, por su impotencia para correr a su lado.

Soñó también que ella pobre y obscura, y que él la miraba con

desdén, haciéndola sufrir con su desvío amarguras y dolores que la desgarraban el alma.

Cuando despertó, recordaba con precisión todos los detalles de aquellos ensueños, y aunque quiso sonreir y burlarse de ellos, no pudo destruir la extraña impresión que habían dejado en su espíritu.

Saltó del lecho, empezó a vestirse, y al ver su imagen reflejada en la clara luna de su espejo, se encontró pálida y ojerosa, efecto sin duda de la mala noche.

—¡Qué locuras pensamos dormidas!—exclamó,—y sin embargo, yo he sufrido durmiendo por...

Su orgullo se rebeló contra la idea que cruzaba su mente; se creyó humillada y se propuso aborrecer a Julio por aquel primer dolor que había lastimado su alma.

—No pensemos más en esto,—se dijo, enojada consigo misma;—hay cosas que sólo merecen el olvido.

Pero aquella resolución y aquellos esfuerzos levantaban una lucha en su alma, y eso no era ciertamente el olvido.

—¡Oh!—exclamó al fin, cediendo al dominio de aquellos pensamientos, que no podía alejar;—¡qué triste será amar y sentir rechazado nuestro amor! Si tanto daño me ha causado en sueños, ¿qué sería para mi corazón la realidad? ¡Ay, no sé; quizá la muerte, quizá la locura... no sé... ¡quién sabe!, pero algo terrible, algo espantoso en que yo no quiero pensar!

Mientras Adriana se sentía dominada por estas reflexiones, Estrella se había levantado también muy temprano, y según su costumbre, había salido a visitar a sus amigos, como ella llamaba a los necesitados.

Hasta las doce no debía tener lugar el almuerzo y tenía toda la mañana por suya, puesto que su padre se levantaría tarde y sus hermanos no se ocuparían de ella.

La niña quería también abrazar a Blanca, a la amiga querida, que tan bien se avenía con sus gustos y sus deseos.

Emprendió el camino de la aldea, con la esperanza de encontrarla en la Cruz de los Pinos, punto de reunión convenido hacía tiempo

por las dos, pues ya sabemos que la protegida del padre Carlos hacía sus excursiones matinales con toda seguridad en aquel país donde todos la amaban y la respetaban todos.

Estrella no se había engañado.

Blanca estaba sentada al pie de la cruz.

Al divisar entre los árboles el blanco vestido de la señorita de Merán se levantó y corrió hacia ella, sonriéndola con dulzura.

—¿Me esperabas, amiga mía?

—Ya lo ves,—contestó la interpelada.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—Yo creía que vendrías; que hoy, como siempre, te acordarías de mí.

—¿Y por qué te había de olvidar?

—¡Como tienes, amiga mía, tanta gente en el castillo!

—Bien sabes que son extraños para mí casi todos.

—¿Todos?

—No, he dicho mal, puesto que mi padre se encuentra allí.

—¡Qué feliz eres! ¡Debe ser tan hermoso tener un padre!

—Ciertamente, pero...

—¿Qué?

—Tú no puedes echar de menos los dulces afectos del corazón; a tí te aman, mientras que a mí...

—¡Estrella!

—Ya te he dicho otras veces que me miran con frialdad; y... no creas, amiga mía, que es la envidia la que lastima mi corazón, no; pero ¡soy tan dichosa cuando mi padre besa mi frente; una mirada, una palabra suya son tan dulces para mí, que... quisiera a veces hallarme en el lugar de Adriana, a quien adora con locura, para poder pagarle con creces su tierno cariño.

—Acaso te engañas; tu padre debe quererte mucho. ¿Quién no te ama conociéndote?; tal vez esa timidez tuya te aleja de su lado. y él cree...

—No, Blanca, no; si mi padre fuera venturoso con mis caricias, se las prodigaría yo tanto... Pero he notado que algunas veces un pliegue de disgusto se marca en su frente cuando me acerco a besar su mano, y aunque la retira violento, cuando poso en ella mis labios...

—¡Oh, eso es imposible!

—¡Eso es la verdad!

Las dos niñas callaron y dejaron pasar algunos instantes, preocupadas por sus tristes ideas.

Estrella fué la primera en romper aquel silencio, y sacudiendo su linda cabeza, como para desechar alguna penosa idea.

—Hablemos de otra cosa,—dijo,—procurando atraer a sus labios una dulce sonrisa;—hablemos de otra cosa.

—Sí, sí; pero ¿de qué?

—¿Has visto a nuestro amigo, al pobre Daniel?

—Ya sabes que ha venido a vivir con D. Luis, cuya casa está muy cerca de la nuestra.

—¿Y bien?

—Esto me hace encontrarle bien a menudo.

—Y... ¿está más tranquilo?

—Está más resignado.

—¡Pobre Daniel!

Mi protector le quiere mucho. Es verdad que el padre Carlos quiere a todos los desgraciados. El se encargará de consolarle; ya ha logrado ganar su amistad y que el triste huérfano busque con afán su compañía y le escuche en silencio. Lo demás lo hará el tiempo, no lo dudes.

Estrella iba a responder, pero la palabra quedó suspendida en sus labios, pues a lo lejos creyó oir el galope de algunos caballos y ladridos de perros.

—¡Oh!, ¿qué es eso?,—preguntó Blanca con extrañeza;—¿qué es eso?

—Será que mi hermano y sus amigos vienen con la jauría y los guardabosques.

—¡Cómo!; entonces...

—Tranquilízate; no llegarán por este lado; buscarán, sin duda, lo más espeso y lo más agreste de la espesura. ¿Y... decías...?

—Que Daniel es un joven superior en talento y en corazón, y que aunque muchos le tengan en poco y quizá se burlen de él, el padre Carlos le distingue.

—¡Burlarse!; ¿y por qué? ¿Quién sería capaz de tal cosa?

—Muchos, Estrella; el mundo juzga por las apariencias, bien lo sabes.

—¡El mundo es a veces bien injusto y bien cruel, Blanca mía!

—¿Oyes?—exclamó ésta, poniéndose de pie y prestando atención de nuevo.—Creo que te has engañado al asegurar que...

La joven no pudo acabar.

Las ramas crugieron con estrépito a su espalda, y un ciervo, rompiendo algunas al abrirse paso, saltó en medio de la plazoleta, miró en torno con espanto y partió en dirección opuesta a la que había traído, cruzando muy cerca de las jóvenes, que instintivamente se hicieron a un lado.

Dos o tres disparos sonaron entonces y Estrella gritó con terror

—¡Dios mío, Dios mío!

Blanca nada dijo, pero se estrechó temblando con su amiga.

—¡Por aquí va!; ¡por esta parte se mueven las ramas!—exclamó una voz alegre muy conocida de Estrella.

—¡Haz pronto fuego!—añadió muy cerca un acento varonil.

La señorita de Merán quiso gritar; pero antes que pudiera hacerlo, una bala silbó en el espacio y fué a clavarse en el tronco de un árbol. Pero había pasado tan cerca de la cabeza de Blanca, que arrastró consigo las hojas de una flor que la niña llevaba prendida entre sus cabellos.

La joven, aturdida, lanzó una exclamación angustiosa, y estuvo a punto de caer al suelo trastornada por la emoción.

—¡Blanca!—gritó Estrella sosteniéndola en sus brazos—; ¡Blanca mía!

—¡Oh!, no te asustes, no ha sido nada—murmuró alentando apenas la protegida del padre Carlos—; no ha sido nada; ya lo ves.

En aquel momento, dos nuevos personajes aparecieron entre los árboles, quedándose inmóviles y mudos, sin comprender todavía lo que acababa de suceder.

Eran Mauricio y su amigo Octavio de San Marcial.

—¡Estrella! ¿tú aquí, ¿qué es esto?—exclamó Mauricio acercándose a su hermana y mirándola con afán.

—Sí, yo, y buen susto me has dado; creí que habías herido a Blanca!

—¡Cómo!

—Ese tiro...

—Yo he sido quien lo disparé, señorita, y confieso que mi imprudencia ha podido ocasionar una desgracia, de la que nunca me hubiera consolado.

—Pero esta señorita está muy pálida—exclamó Mauricio alarmado.

—¡Oh!, un poco de terror y nada más—murmuró Blanca sonriendo.

Y después, llevando las manos a sus cabellos y sacando de entre sus rizos la flor mutilada, prosiguió, dejándola caer con un ademán hechicero.

—Sólo esa pobre rosa ha perdido algunas hojas, y ya veis que eso vale poco.

—Mas ¿cómo te encuentro en este sitio?—dijo Mauricio dirigiéndose a su hermana—y acompañàda...

—De mi amiga Blanca, a quien tengo el gusto de presentarte—contestó Estrella, tomando la mano de la niña con afectuoso cariño; y después, volviéndose hacia ella con un gracioso ademán,

—Mi hermano Mauricio—continuó—de quien ya te he hablado muchas veces.

El joven saludó cortesmente, y Blanca, turbada, contestó con gran timidez a aquel saludo.

La situación era algo violenta para los cuatro.

La protegida del padre Carlos, trémula y emocionada, anhelaba ponerle fin.

¡Estaba tan poco acostumbrada a tratar con las gentes del gran mundo!

Octavio, por su parte, y cosa bien extraña, parecía tener ante aquellas dos niñas menos seguridad y menos aplomo que en los salones aristocráticos que frecuentaba a cada paso.

La idea de que podía haber herido aquella linda cabeza, le preocupaba a su pesar.

—Si esta señorita me lo permite, la ofreceré mi brazo y la acompañaremos hasta nuestra casa, donde se la podrá ofrecer lo necesario para que se tranquilice por completo.

—¡Oh!, gracias—dijo Blanca apresuradamente—y perdonadme si no acepto; ni quiero causaros molestia alguna, ni puedo consentir que mis protectores estén inquietos por mí, pues mi tardanza en volver a su lado, les alarmaría seguramente.

—Tiene razón—dijo Estrella—y yo te suplico que no pienses en nosotras y sigas la cacería que has abandonado por este inesperado incidente; tus amigos te echarán de menos, y este caballero tiene derecho a que te ocupes sólo de él.

—¡Oh!, yo juro...

Estrella tomó la mano de su amiga, y la dijo con dulce voz:

—Iré contigo hasta la salida del bosque.

—Allí estará Román esperándome.

—Vamos.

Octavio murmuró algunas palabras disculpándose aún, y se quedó inmóvil con los ojos fijos en Blanca.

Esta tomó el brazo de su bellísima compañera, y las dos emprendieron el camino de la aldea con paso ligero, después de despedirse con un ademán de los que tan bruscamente habían turbado su conferencia.

El hijo del duque de San Marcial permaneció un instante silencioso, contemplando la senda por donde las dos niñas acababan de desaparecer.

Al fin se dirigió a Mauricio, diciéndole en tono jovial:

—No creía yo que en estos sitios se ocultasen tales tesoros; ahora comprendo tu larga estancia en el castillo.

—¡Qué! ¿supones?...

—Yo te compadecía, porque la voluntad de tu padre te hacía vivir alejado de la corte, y ahora veo que la compasión debe tornarse en envidia.

—¡Oh!; aseguro que te engañas.

—Esa mujer...

—No la he visto hasta ahora.

—Mauricio... ¿te vuelves reservado?

—Ya sabes que no tengo secretos para tí.

—Según eso, ¿no la conoces?

—No; yo sólo sé lo que tú, que se llama Blanca.

—Pero... ¿no es amiga de tu hermana?

—Mi hermana es una criatura singular.

—¡Cómo!

—Busca su sociedad entre los pobres de la comarca, y para ella la mejor recomendación es una lágrima.

—¿De veras?

—No me extrañaría, pues, que la que acabamos de ver a su lado fuera la hija de algún pobre diablo, habitante de la aldea vecina.

—¡Oh!; no lo creo.

—¿Por qué?

—Yo pienso, por el contrario, que debe pertenecer a una familia noble del país.

—¡Bah!

—Es encantadora; jamás he visto un rostro más perfecto.

—Según eso, ¿supones que la belleza es patrimonio de la aristocracia sólo?

—No, pero...

—Villanas y burguesas hay cuya hermosura obscurecería la de las damas más altas.

—Ya lo sé, pero en esa niña hay tal aire de distinción, de noble dignidad...

—No he reparado.

—Yo sí.

—Estaba preocupado por lo que pudiera haber ocurrido; la bala de tu escopeta creo que ha pasado rozando sus cabellos, y mientras el ciervo huía perdiéndose en la espesura, esa joven podía haber caído bañada en sangre y muerta acaso.

—¡Oh!, eso hubiera sido horrible.

—¡Ya lo creo!

Pero muy posible.

Octavio se inclinó, cogió la flor que había dejado caer Blanca, y añadió:

—Ve aquí la prueba.

—Y segura; ¡bien podemos bendecir a la casualidad, que ha salvado a esa niña hoy.

—A la casualidad o a la Providencia, porque ha sido un verdadero milagro.

—¡Oh!; ¿te vuelves crédulo?

No, pero...

—Octavio, mucho te preocupas por esa mujer.

—¡Yo!

—¿Te has enamorado de ella, por ventura?

—¿Estás loco?

—Sería de lo más novelesco, te lo aseguro.

—No te burles; ¡enamorarme! ¡Ah, no es eso tan fácil; podría

ocuparme de ella como de un pasatiempo. si no fuese la amiga de tu hermana; ¡pero enamorarme! ¡Bah!, ya sabes que hasta aquí he sido invulnerable, y que la mujer que lograra interesarme habría de tener condiciones muy especiales, dotes muy altas.

—Como decías...

—No hablemos más de esto, y vamos a reunirnos con nuestros compañeros, que indudablemente nos habrán echado de menos.

—Dices bien, vamos.

Los dos jóvenes echaron a andar por el camino del bosque, para seguir su interrumpida diversión.

Mauricio se adelantó un poco, y no pudo ver a su amigo ocultar cuidadosamente la flor que había pertenecido a Blanca, y que aún conservaba en su mano.

Las dos niñas marcharon algún tiempo en silencio, preocupadas aún por el susto pasado.

Blanca, en particular, no había podido desechar el temblor que la agitaba, ni su hermoso semblante había recobrado el color que de continuo envidiaba la rosa.

—Iré contigo hasta que lleguemos a tu casa—le dijo Estrella con cariño.

—¡Oh, no!—contestó la joven—; esto alarmaría a mi madre adoptiva, y por nada del mundo quiero causarle una inquietud.

—Pero...

—Ya ves que nada ha sido, y que debemos olvidar este pequeño incidente.

—Por el cual has llegado a conocer a mi hermano, que es un cumplido caballero; ¿es verdad?

—¡Oh, sí!, y el otro...

—Es el único hijo del duque de San Marcial, uno de los títulos más poderosos de Castilla.

Blanca no contestó, pero suspiró sin saber la causa. Quizá hubiera preferido que Octavio ocupara una posición menos elevada.

¿Por qué? No podía explicárselo. Pero después de un instante, y siguiendo una de esas ocultas ideas que cruzan como una ilusión por la mente de una niña.

—¿Qué importa?—pensó para sí—¡qué importa, si yo soy poco para todos!; ¡si yo no tengo nombre y ninguno descendería hasta mí!

—¿Qué piensas, Blanca?—preguntó Estrella, notando la abstracción de su amiga.

—¿Yo? en nada que tenga importancia, te lo aseguro.

—¡Oh!, pues yo iba a contarte una cosa, cuando nos vimos interrumpidas hace un instante.

—¿De veras?

—Sí; una cosa extraña y que no me puedo explicar.

—Me pones en cuidado.

—No; a la verdad, en nada nos concierne lo que es; mas...

—Habla.

—Ya sabes que yo ocupo una habitación cuyas ventanas caen lejos de la fachada principal de nuestra morada.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Como el castillo es grande, tiene por aquella parte vistas a un sitio solitario y aislado, que nadie frecuenta por lo agreste y sombrío.

—Y bien...

—Mil veces, y desde mi ventana, había fijado la vista en una casa pequeña y medio derruída, deshabitada siempre, colocada en el fondo de un barranco, que sin duda forma parte de la propiedad de Amayora.

—¿Entonces, os pertenece?

—Sí, pero como te digo; está tan mal situada y tan oculta, que nadie ha querido, sin duda, habitar allí. ¡Qué triste sería vivir en esa casa!; he dicho siempre que mis ojos se han fijado en ella. ¡Qué desdicha tener que sepultarse ahí! Pues bien; anoche, tarde, muy tarde, estaba asomada a mi ventana. La reunión en el castillo se había prolongado mucho, y yo, después de retirarme, me había desvelado y no podía dormir. Necesitaba respirar el aire libre, y me asomé a que mi frente se refrescase con las dulces auras de la noche. Entonces vi que en la casa abandonada había luz, y gente sin duda.

—¡Cómo!

—No, no me equivocaba; una viva claridad salía de sus ventanas, y aun vi una forma, que yo creí la de una mujer, aparecer en una de ellas.

—Sería una ilusión tuya, quizá.

—¡Oh!, de ningún modo; la distinguí perfectamente, a pesar de la distancia; luego vi otra sombra que se interponía entre la luz; me pareció escuchar un grito entre el silencio de la noche, y la ventana se cerró.

—Algún criado, algún dependiente del castillo que habrá ido a habitar allí.

—No; nuestra morada tiene sobradas dependencias, y no es posible suponerlo.

—Entonces, quizá tu imaginación, trastornada por el inusitado movimiento que hoy te rodea, te hizo ver todo eso.

—¿Y el grito que oí?

—El de algún ave nocturna. ¡Hay tantas en las cercanías!

Estrella movió la cabeza con incredulidad, y murmuró:

—¡No, no; alguna persona ha ido a morar en la casa del barranco, y debe ser algún desgraciado!

En aquel instante la señorita de Merán y su compañera pasaban por uno de los sitios en que la arboleda era más espesa y un vallado de espinos se alzaba a uno y otro lado, pudiendo caminar por el centro sin ser vistos.

A la derecha había un sendero paralelo qne conducía a la antigua casa que había ocupado Daniel.

Las dos amigas no advirtieron el ligero rumor de unos pasos amortiguados por la hierba, ni pudieron ver, a causa de las altas ramas, a un hombre que caminaba al par que ellas, con las mayores precauciones para no ser visto ni oído.

Aquel hombre era el pobre jorobado; era Daniel.

El infeliz huérfano, a pesar de vivir al lado de D. Luis y en la aldea, venía todas las mañanas a pasar algunos instantes contemplando aquellas pobres paredes, a cuya sombra había pasado su infancia y los días de su niñez, pobre, sí, pero amado y protegido por su madre, por aquella madre tan buena como infeliz.

Su recuerdo era el único que le quedaba en el mundo, y allí, frente a la pobre casita, ¡era tan vivo aquel recuerdo!

Ante ella, pues, había pasado más de una hora, y ya se volvía al lado de su protector, llevando el corazón henchido de la memoria de Lucía, cuando se detuvo con un brusco movimiento, llevando una mano a su pecho.

El sonido de la voz de Estrella había llegado hasta él.

Al principio se creyó juguete de un sueño.

Después prestó atención, y se convenció que estaba cerca de ella.

El desgraciado no se detuvo a buscar la causa de aquel encuentro; sólo pensó en gozar el encanto de oir aquel acento, tan dulce y tan amado para él.

Acortó, pues, el paso, se aproximó al valladar de espinos, y contuvo el aliento para no perder una sola de las frases que se escapaban de los labios de la joven. Esta continuaba diciendo:

—Sí, estoy cierta que algún desgraciado vive en aquella triste morada, y no sé por qué siento un vivo deseo de conocer la verdad.

—¿Quieres que vayamos las dos allí?—preguntó Blanca rápidamente.

—No es fácil.

—¿Por qué?

—¡Es tan lejos y está tan agreste y solitario aquel sitio!

—¿Y eso qué importa?

—Me causa miedo, te lo confieso.

—¿Qué tenemos que temer nosotras?; todos nos aman y nos respetan en el país: a tí por lo que eres; ya sabes que te llaman el ángel de los pobres; a mí, por lo que vale mi protector.

—No son los habitantes de estas cercanías los que pueden inspirarnos temor, pero ¿quién sabe las gentes que habitan allí?; además, en el fondo de ese barranco hay lobos, sin duda, animales salvajes, de los cuales nosotras no nos sabríamos defender.

—¿Dices que está lejos?

—Sí, mucho, amiga mía.

—¿Pero dónde es?

—A espaldas de Amayera, en un sitio que llaman la Hondonada de los Bandidos.

—Extraño nombre.

—No sé de qué proviene, aunque he oído decir a un viejo guardabosque de nuestra casa, que aquello en otro tiempo fué madriguera de malhechores. Sin duda por eso nadie se acerca por aquellos sitios, ni mi padre se ha ocupado jamás de la pequeña casa.

Las dos jóvenes guardaron silencio por algunos instantes, preocupadas sin duda por lo que la una había dicho y escuchado la otra, hasta que al fin Blanca exclamó:

—¡Qué lástima no poder ir!; has despertado mi curiosidad y sin embargo convengo como tú en que no debemos arriesgarnos por tales sitios.

—Yo lo siento a mi vez y te confieso que no es la curiosidad sólo la que me anima, es más aún; es algo de interés que no acierto a explicarme. Allí debe ocultarse algún misterio, que daría un año de mi vida por descifrar.—¡Oh!; allí hay alguien que sufre, no tengas duda.

Estrella y su amiga continuaron su camino, seguidas de Daniel, que atraído por aquel acento, arreglaba su marcha a la marcha de las jóvenes.

De este modo, ellas hablando, escuchándolas él, llegaron a una explanada donde ya no era posible que continuaran sin verse.

El jorobado entonces se detuvo.

No quería que sospecharan que había venido a su lado.

Además, estaban ya cerca de la aldea, y las dos niñas iban a separarse sin dudar.

Así fué, en efecto, pues Blanca dijo a la señorita de Merán:

—¿Vas a venir a saludar al padre Carlos?

—No—contestó ella—hemos pasado mucho tiempo juntas, y debe ser tarde ya; a tí te espera Román, según me has dicho, y a mí, aunque nada me aguarda, he dejado a mi pobre y viejo criado a la entrada de la alameda, y no quiero hacerle desesperar con mi tardanza.

—Adiós, amiga mía.

—Adiós, ¿cuándo nos veremos?

—Mientras haya gente en el castillo, sólo podré salir por las mañanas, cuando unos duermen aún y otros se entregan a sus diversiones particulares; todos los días estaré como hoy en la Cruz de los Pinos.

—Hasta mañana entonces; hasta mañana y procura mirar poco desde tu ventana a la Hondonada del Bandido, puesto que esto te quita el sueño y te preocupa de tal modo.

Un instante después cada una marchaba en dirección opuesta y Daniel permanecía oculto entre los zarzales, inmóvil y mudo y como embriagado por la imagen de Estrella, que llenaba a sus ojos todo el espacio.

Cuando pasó algún tiempo, apoyó una mano sobre su corazón y murmuró muy quedo, como si temiese ser oído por alguien:

—¡Ya no está... se aleja... qué sombrío y qué triste se queda todo cuando ella desaparece!; el aire es menos perfumado y menos tibio, y hasta las flores silvestres aparecen menos hermosas, y es que, como el sol irradiando en cuantos objetos se ofrecen a su paso, lo embellece todo con su presencia. ¡Oh!; desgraciado, desgraciado de mí, que estoy condenado a vivir lejos de ella!; ¡y sin embargo, yo la siento siempre cerca, muy cerca!; ¡yo la veo en mi propio corazón a todas horas y en todas partes y tengo envidia de las hojas secas que huellan sus pies, de la rama que roza su vestido y de la flor en que fija sus ojos! ¡Qué felices son los pájaros que pueden cantar en su ventana, las brisas que pueden refrescar sus sienes!

Daniel ocultó la frente entre sus manos y se dejó caer al pie de un árbol.

—¿Qué palabras decía?—murmuró como queriendo atraer de nuevo a su oído el acento de Estrella.—¿Qué palabras decía o qué deseo mostraba? ¡Ah!, sí, ya recuerdo; quería saber algo que tenía relación con una casa aislada con...

El huérfano reflexionó mucho recordando una por una las frases de Estrella.

Luego se levantó rápidamente y prosiguió:

—¡Y yo me creía completamente infeliz, completamente desventurado!; ¡y me quejaba de la suerte, de la suerte que me ofrece el modo de realizar una idea suya, de hacer algo que ella quiere! Porque yo iré a la Hondonada del Bandido, yo acecharé allí hasta descubrir el misterio que la preocupa; yo esperaré día y noche junto a esa casa abandonada, y si nada descubro así, seré capaz de entrar y de revolver sus cimientos, para ir a decirle: «Ya estáis complacida».

Y Daniel, resuelto a llevar a cabo su propósito, se levantó de aquel sitio, y sin aguardar un momento, se dirigió resueltamente hacia el lado del castillo de Amayora, a cuya espalda, aunque a una considerable distancia, se hallaba situada la Hondonada del Bandido.

Adriana, vestida con una elegantísima amazona de terciopelo granate color oscuro, había montado en su caballo árabe para seguir a los cazadores acompañada de su padre.

La esbelta figura de la joven, su adorable rostro, medio velado

entre la blanca gasa de su sombrero, su agilidad y sus ademanes de reina, habían hecho más de una vez sonreir de orgullo a su padre, que la miraba embelesado.

Sin embargo, más de una vez también palideció de terror, pues el caballo era fogoso en demasía, y necesitaba una mano de hierro para sujetarle.

Adriana, resuelta y de una voluntad firme, no participaba de los temores de su padre, y galopaba alegremente, haciendo alarde de su destreza.

La cacería estaba en su mayor apogeo, y cada cual pensaba únicamente en gozar de aquella animadísima y brillante diversión.

Un corzo, perseguido por los cazadores, había emprendido una rapidísima carrera, y aturdido y desorientado, se lanzaba en medio del peligro, en vez de evitarlo, huyendo al interior del bosque.

Los ladridos de los perros, los gritos de los ojeadores y la alegre algazara de la comitiva. formaba un ruido tan atronador, que sería imposible el describirlo.

Adriana quiso lanzarse enmedio de la enramada para ver el motivo de aquel estruendo, y espoleó su caballo, obligándole a dar algunos botes.

El animal, espantado ya, se encabritó un momento, y después se lanzó al escape, sin que la amazona fuera dueña de contenerle.

La joven era animosa y valiente, ya lo hemos dicho, y no perdió la serenidad.

Se mantuvo firme en la silla, pero sin que le fuera dado sujetar al caballo.

Veloz como el pensamiento, sin atender a la brida ni al freno, en breve desapareció de la vista del conde, que lanzó un grito de terror.

—¡Oh!, la va a matar—exclamó, dirigiendo una mirada suplicante en torno—; ¿no habrá quien pueda detenerle?

Antes de que el anciano hubiese acabado de pronunciar estas palabras, Julio, que caminaba a su lado, ya había desaparecido en pos de Adriana, cuyo peligro había podido comprender.

Con un esfuerzo poderoso emprendió la carrera, asemejándose al cruzar el espacio, no a un jinete, sino a un enorme pájaro que salva volando la extensión que tiene a la vista.

Julio, además de ser resuelto y animoso, era diestro e inteligente, y calculó, mientras que avanzaba, el único medio de salvar a la señorita de Merán.

Describiendo un ancho círculo, logró adelantarse a la joven, y entonces, arrojándose rápidamente a tierra, la esperó a pie firme en un sitio en que el sendero que seguía el desbocado animal era más estrecho y más recto.

El caballo, ciego en medio de su velocidad, seguía devorando el espacio con su vertiginoso galope.

Julio, cuando le vió cerca, se arrojó a su paso, y apoderándose de las riendas, que se habían escapado de entre los dedos de Adriana, trató en vano de sujetarle.

El animal le arrastró algunos pasos, pero sin que él abandonase las bridas.

Adriana, pálida y desvanecida, gritó al ver a Julio de aquel modo:

—¡Se pierde usted sin lograr salvarme!

—¿Qué importa mi vida—respondió él—si logro...

El joven calló, hizo un supremo esfuerzo, y logró hacer hincapié en el pedregoso terreno.

El tronco de un árbol tortuoso que, haciendo una curva saliente, avanzaba sobre el sendero, era un nuevo peligro para Julio, y fué, sin embargo, lo que puso fin a aquella lucha.

El joven, con una calma y una fuerza indecibles, se agarró a aquel tronco con una mano, mientras con la otra sacudió las riendas e hizo volver la cabeza al caballo.

Este movimiento, que duró un solo segundo, fué, sin embargo, suficiente para que pudiera sujetar a Adriana y arrancarla de la silla, gritando a la par:

—Nada tema usted, señorita; soy yo quien la sostengo.

Ya era tiempo, en verdad, de que aquella situación tuviera término.

La señorita de Merán, a pesar de su valor, no podía resistir más.

Cayó sin sentido en los brazos de Julio, mientras el corcel, libre de su carga, volvía a emprender su veloz carrera.

La hermosa cabeza de Adriana reposaba pálida e inanimada sobre el pecho de Julio.

Su débil aliento llegaba hasta el rostro del joven, que la contemplaba en silencio.

Jamás un semblante tan perfecto se había ofrecido a sus ojos, ni una mujer más hechicera le había mostrado un encanto más celestial.

Julio se sintió dominado por aquella hermosura, y en aquel instante en que la joven, débil, abandonada, se hallaba confiada a su sola protección, la juzgó más bella y más adorable que cuando la veía altiva, soberbia, desdeñosa y altanera.

—¡Oh!—murmuró mirándola más fijamente—si esta mujer tuviera un corazón amante, ¡quién no sería feliz en morir por ella!

En aquel momento, Adriana abrió sus hermosos ojos y los fijó en torno con terror.

Julio guardó silencio y aguardó que ella le dirigiese la palabra.

—Me habéis librado casi de la muerte, caballero—le dijo—y mi padre tiene un gran motivo de gratitud para con vos.

—He cumplido con mi deber, señorita, y esto nada vale a la verdad.

—Os habéis expuesto por mí.

—Vale mi vida tan poco, que el sacrificio que hacía de ella debe apreciarse en poco también.

—¿Tan poco agradable os es en nuestra casa?—preguntó la joven dominada por la situación.

—Todo lo bien que un servidor puede estar en la casa de sus señores.

Adriana enmudeció.

Comprendía la amargura que encerraban aquellas palabras, la especie de triste reconvención que la dirigían; pero era demasiado orgullosa para descender a una explicación con aquel joven, a quien había herido en su orgullo la primera vez que le había visto.

Calló, pues, pero algo de pesar, algo de íntimo y cruel remordimiento oprimió su corazón.

La altivez de Julio, el rencor que parecía guardarla, la hacían daño; pero a la vez aumentaban la admiración que, a pesar suyo, la inspiraba el joven.

¡Ella, en su lugar, también hubiera pensado así; tampoco hubiera perdonado una ofensa hecha a su dignidad, hecha a su desgracia!

Aquel silencio se prolongaba, y Julio, que empezaba a encontrarlo violento, exclamó:

—Vuestro padre estará demasiado inquieto por vos, señorita, y debemos procurar tranquilizarle; si pudiéseis probar a andar...

—Haré un esfuerzo—murmuró Adriana; y probó a levantarse, consiguiéndolo al cabo.

Pero uno de sus pies, al salir violentamente del estribo, se había lastimado, y le era casi imposible apoyarse en él.

Julio la miró vacilar al dar los primeros pasos, y por un movimiento espontáneo quiso acudir a sostenerla, pero luego se detuvo sin atreverse a ello quizá.

Adriana, que no había observado, tuvo también un momento de indecisión; pero al fin, alzando sus hermosos ojos con una expresión de dulzura que no habían tenido jamás.

—¿Queréis prestarme el apoyo de vuestro brazo?—dijo—; yo sola no puedo adelantar.

El secretario del conde de Merán se adelantó entonces, y con un ademán tan lleno de finura como de dignidad, ofreció su brazo a la joven, que apoyó en él su pequeña mano.

Aquella mano temblaba visiblemente.

Esto podrá ser efecto del susto producido por el peligro que había corrido poco antes, pero podía también ser hijo de la emoción que a su pesar la dominaba.

En cuanto a Julio, sería imposible describir lo que pasaba en su alma.

No había amado nunca, y Adriana era muy hermosa, muy inteligente y muy superior.

Es cierto que aquella mujer era un imposible para él; mas hay séres a quienes lo fácil no seduce y a quienes lo insuperable atrae, porque a la pasión se mezcla el orgullo y la sed inextinguible de vencer obstáculos y dominar dificultades.

Sin embargo, el secretario del conde de Merán tenía talento, tenía honradez y nobleza, y jamás se empeñaría en una lucha que podría atraer la desgracia de la hija de su bienhechor y la suya propia.

Los jóvenes caminaron largo tiempo en silencio.

Julio sostenía a la señorita de Merán con una solicitud y un cuidado infinitos.

Los blondos rizos de Adriana, sueltos antes por la velocidad de la carrera y agitados entonces por el soplo del viento, rozaban alguna vez el rostro de Julio, y alguna vez también un paso dado en falso hacía pesar el cuerpo de la joven sobre el brazo que la sostenía.

Adriana sabía que era bella, estaba acostumbrada a oírselo decir a cada paso, y el no escuchar una frase galante, una palabra aduladora de los labios de aquel hombre, le parecía un insulto, la desesperaba.

Propuesta a vencer aquella frialdad, aquella especie de indiferencia, a la cual no podía avenirse, estuvo amable, bondadosa, echando mano de esos mil recursos que tiene toda mujer cuando se propone agradar y ser admirada.

Todo fué inútil, sin embargo.

Julio, muy conmovido en el fondo, guardaba en apariencia la mayor reserva, sin dejar traslucir emoción alguna.

Así llegaron al sitio donde habían quedado el conde y sus amigos.

El anciano abrazó a su hija y tendió sus manos a Julio, diciéndole con un acento que brotaba del alma:

—¡Gracias, Julio! me habéis devuelto a mi Adriana. ¡Gracias!

El joven se inclinó respetuosamente y estrechó aquellas manos temblorosas.

Era la primera vez que su protector se mostraba con él expansivo y entusiasta; era la primera vez que demostraba que tenía corazón.

—¡Cuánto adora a su hija!—pensó Julio con melancolía;—¡qué cosa tan bella debe ser un ardiente cariño, cuando así enaltece y transforma a los séres, cuán desgraciado es aquél que de nadie es amado, y que nunca amará tampoco!

Y después, oprimiendo su corazón, añadió, mientras fijaba sus ojos en Adriana:

—¡Nunca!; ¡quién sabe!; ¿quién le puede mandar al corazón?

CAPÍTULO V

Era ya tarde; los huéspedes del castillo reposaban de las diversiones del día.

La morada feudal se hallaba envuelta entre las sombras, sin que el más ligero ruido ni el más pequeño resplandor diese a conocer que sus moradores velaban.

El día había sido caluroso en extremo, aunque algunas nubes blanquecinas y cenicientas habían amortiguado los rayos del sol.

La noche era también fatigosa y sombría, pues una de esas claridades tristes y melancólicas que ni es la sombra de la noche ni el esplendor purísimo de la luna, envolvía el espacio y daba a los objetos un aspecto siniestro y extraño.

Siguiendo un oculto sendero muy cercano al castillo de Amayora, pero que se perdía entre las sinuosidades y las asperezas de un barranco agreste y profundo, se veía cruzar de vez en cuando una sombra que adelantaba lentamente hacia la Hondonada del Bandido.

Mucho interés debía tener en el objeto que guiaba sus pasos, cuando a tales horas avanzaba en aquel camino desierto y accidentado, pues es seguro que pocos o quizá ninguno de los vecinos del país se hubiese internado en él, no sólo de noche, pero ni aun en medio del día.

Tal era el terror que aquel paraje inspiraba en general.

Pero hay sentimientos que dominan y avasallan todos los instintos, todos los temores y los pensamientos todos del hombre.

Tal era el que guiaba al visitador nocturno de aquella soledad, al triste Daniel, a quien ya habrán conocido nuestros lectores.

El desgraciado había oído decir a Estrella que deseaba adivinar un misterio que se ocultaba en aquel sitio, y esto había sido lo bastante para conducirle allí.

El pobre jorobado era bastante ilustrado para no tener miedo a los fantasmas y aparecidos de que los sencillos campesinos poblaban en su ignorancia aquel lugar, y era bastante desdichado también, para no tener miedo a otra clase de peligros reales que pudieran amenazarle al descender al fondo del barranco.

El se había propuesto saber quién habitaba la casita abandonada, y no se ocupaba de nada más.

Recatándose de D. Luis y sin darle parte de su proyecto, había abandonado su casa después que todos dormían, escalando la tapia del huerto, tan en silencio y con tales precauciones, que nadie se había apercibido de su salida.

Sin vacilar un punto, había tomado la dirección de Amayora, desde donde podía dirigirse con mayor seguridad a la Hondonada del Bandido.

El joven había mediado ya su camino, sin encontrar a nadie en él.

Consultando la posición de la luna, que sin cesar aparecía o se ocultaba entre grupos de nubes, pudo suponer que era la una ya.

Fatigado por aquella marcha, que el mal terreno hacía tan difícil como peligrosa, se detuvo un instante, y por una atracción secreta, volvió sus miradas al castillo, que ya había quedado muy atrás.

—¡Allí está ella!—pensó—. ¡Oh!; si yo pudiese adivinar a lo menos cuál es la ventana de su estancia, qué feliz sería con verla desde aquí! Pero ¿qué me importa?; ¿no sé que aquel techo la cubre?; ¿no sé que aquella es su mansión?; ¿no sé, sobre todo, que si abandono mi lecho, que si mis pies se lastiman en estos senderos es por ella, sólo por ella?; ¿qué más quiero?; ¿qué más anhelo?; ¿a qué otra dicha puedo aspirar?

Daniel permaneció inmóvil, con los ojos fijos en la morada de Estrella, sin atreverse a pedir otra cosa a la suerte, porque, en efecto, la suerte no podía darle más.

¡Pobre Daniel!; ¡pobre desheredado! ¿Por qué tras aquel cuerpo contraído y deforme ocultaba tan gran corazón?

Después de algún tiempo de muda contemplación ante aquellas distantes ventanas, el jorobado recordó el objeto que le había guiado hasta allí, y emprendió de nuevo la marcha.

Después de un cuarto de hora de penoso camino, llegó al fondo del barranco, y muy cerca de la casa que se había propuesto observar.

Todo estaba en silencio en aquel instante.

Sólo entre los espesos jarales se oía de vez en cuando el tristísimo canto del buho o el aullido de algún animal salvaje.

Daniel se adelantó lentamente y examinó con atención aquella aislada vivienda.

Todas las puertas y ventanas de su pequeña fachada estaban herméticamente cerradas, sin que pudiese sospecharse que ningún sér humano habitase allí.

¡Tan destruída y abandonada parecía!

El joven, después de un examen minucioso por aquel lado, dió vuelta a las tapias que la rodeaban, y que concluían por un cercado formado de tupidas malezas y entrelazados zarzales.

Nada tampoco pudo descubrir por aquella parte.

La casa aparecía solitaria y desierta.

—¿Se habrá engañado Estrella?—pensó el huérfano—; ¿habrá sido una ilusión de su mente todo cuanto contaba a Blanca? ¡Hay tanta distancia de aquí al castillo, y tantas sombras por este lado! Sin embargo, aguardaré hasta el día, y volveré mañana también. ¡Así me ocupo de ella, y así soy feliz!

Daniel se dejó caer en un ribazo y volvió a sumergirse en mil extraños pensamientos.

De pronto se estremeció, alzó la cabeza, y procuró reconcentrar sus miradas hacia un punto de la vereda.

Le había parecido escuchar un rumor de pasos o el crugir de algunas hojas secas.

El jorobado prestó atención.

Efectivamente, alguien se acercaba, y era preciso saber quién.

El joven se replegó cuanto pudo en el sitio en que se encontraba, y contuvo el aliento, como hubiera querido contener los violentos latidos de su corazón.

Al fin iba a saber lo que anhelaba. ¡Estrella tenía razón!

Un hombre, sin precaución alguna, pues abrigaba quizá la profunda convicción de que nadie podía observarle, avanzaba con lentitud, y, como Daniel, dió vuelta a la tapia que cercaba la casa.

Al llegar a la cerca que formaban los zarzales, se acercó a un sitio conocido sin duda, y separando sin dificultad alguna un brazado de ramas que, separadas de las demás, sólo eran allí un medio de ocultar la entrada, se introdujo por el hueco, dejando apartada con descuido aquella especie de puerta movible.

Daniel se había levantado con infinita precaución.

Ni una rama se había agitado, ni una hoja había crujido bajo sus pies cuando siguió al desconocido.

Por un momento la luna, saliendo de entre las pardas nubes, había difundido en torno una claridad más viva y brillante, y esto le había permitido distinguir algo del aspecto de aquel hombre.

Nada vulgar ni amenazador había en su figura; nada tampoco de brusco en sus movimientos.

Su andar era suelto y descuidado, pero con ese paso ligero y delicado que descubre al hombre acostumbrado a pisar alfombras en vez de guijarros.

En su silueta, que se dibujaba en lo oscuro del terreno, había algo de distinguido, algo de elegante, que Daniel no pudo apreciar claramente.

Era indudable que aquel hombre no era un rústico campesino. Podría ser un bandido, pero en este caso era un bandido fino y agradable.

Una vez dentro de la cerca, el jorobado le había perdido de vista, y esto le contrariaba en extremo, pues ya que había logrado ponerse sobre la pista del secreto que intentaba averiguar, no quería perderla tan pronto.

Daniel dudó un momento, pero tardó muy poco en decidirse.

Se aproximó al sitio por donde había entrado aquel hombre, y penetró en pos de él en silencio y procurando no ser sentido.

En breve se halló dentro de la cerca, y en una gran extensión de terreno que en otro tiempo podía haber sido huerto o jardín quizá, pero que ahora se hallaba inculta y llena de chaparros, de ortigas y de jaramagos que crecían enérgica y profusamente, dándole un aspecto más agreste y extraño.

Hacia un extremo de la tapia, parecía haberse abierto una vereda reciente y estrecha aunque practicable, por entre aquel bosque de ramas.

Por allí se había dirigido el desconocido, que merced a la delantera que llevaba, no se apercibió de que le seguían.

Después de rodear la tapia se encontró junto a la casa, cuya fachada interior aparecía en aquel lado.

El visitador de aquella morada solitaria sacó una llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura de una pequeña puerta, situada en un ángulo de la tapia.

Se abrió rechinando, y dió paso al desconocido, que la cruzó sin cuidarse de volverla a cerrar.

Tal era la seguridad que tenía en la soledad de aquel sitio.

Algunos instantes después, Daniel la franqueaba también.

El huérfano se encontró en un patio tan mal cuidado y en tan mal estado como todo lo que tenía relación con la casa aislada.

Pero al querer orientarse, comprendió que el personaje a quien seguía no estaba ya al alcance de su vista.

Esto sin duda lo favoreció, en vez de perjudicarle en sus averiguaciones.

En su afán de saber la verdad, en su anhelo de complacer a Estrella, en nada había meditado al seguir al desconocido, y aquella imprudencia podía haberle costado muy cara si éste le hubiere encontrado y hubiese llegado a saber que había sorprendido su secreto.

Cuando se encontró solo en medio de aquel patio, cuya topografía desconocía por completo, pensó en todo esto, y se propuso ser más precavido, no por sí mismo, sino por conseguir su objeto y poder satisfacer la curiosidad de la señorita de Merán.

Se dirigió al punto más obscuro de aquel lugar y buscó ante todo un sitio en que ocultarse.

En una de las esquinas del cuadrilátero que formaba el patio, se descubría un ancho pozo, cuyo brocal redondo y alto dejaba un hueco entre él y la pared.

Daniel lo vió, y rápido y silencioso se dirigió a ocupar aquel sitio, que le ponía a cubierto de toda mirada, y desde donde podía observar sin ser visto.

Una vez allí, y seguro de que no podrían notar su presencia aun-

que pasasen a su lado, empezó a mirar con más detención a la casa, en la cual sin duda había entrado el desconocido, el que esta vez había tenido la precaución de cerrar la puerta que le diera paso.

Esta no podía ser otra que la que se hallaba colocada en medio de la fachada, porque era la única entrada franqueable que allí se veía.

Dos ventanas situadas a los lados de esa puerta, tenían fuertes rejas y postigos de madera.

El joven prestó atento oído y miró con marcada atención hacia aquella misteriosa morada.

En un principio nada distinguió; pero después, y fijándose más aún, le pareció que por las tablas medio carcomidas que cerraban una de aquellas rejas, se escapaba un débil rayo de luz.

Daniel permaneció inmóvil algunos segundos, sin atreverse a abandonar su improvisado observatorio.

Después, animado por la soledad y el silencio, se adelantó con precaución y avanzó cautelosamente, procurando no abandonar la sombra que, por otra parte, parecía querer ayudarle, haciéndose cada vez más densa y más opaca.

Así llegó hasta el pie de la reja, que había llamado su atención.

Venciendo al temor la curiosidad, se irguió cuanto pudo, apoyó un pie en un hierro, sujetándose a otro con la mano, y se puso al nivel de las junturas, por donde realmente se escapaban los reflejos de una luz, como delgados hilos de oro.

El jorobado aplicó sus ojos a la que le pareció mayor, y logró descubrir el fondo de una habitación amueblada de una manera extraña, y alumbrada por un farol pendiente del techo.

En frente de la reja en que había subido Daniel, se divisaba una cama sin adorno ni lujo alguno, pero cómoda y bien acondicionada.

Dos sillas estropeadas, aunque elegantes, una o dos banquetas de madera y un sillón de alto respaldo colocado junto a la cama, eran los asientos de que se podía hacer uso.

Una gran mesa de pino apoyada contra la pared, sostenía algunos platos con infinidad de restos de viandas, y uno o dos vasos de estaño; al pie de la mesa se veía un cántaro lleno de agua sin duda.

En el sillón, y vestida con un peinador desgarrado y sucio, había sentada una mujer, teniendo los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el lecho.

Nada más dulce y más distinguido que su rostro; nada más melancólico y ajado tampoco.

La luz del farol, que caía rectamente sobre ella, iluminaba sus pálidas y desencajadas facciones, que tenían en aquel momento toda la inmovilidad y el blanco mate de la muerte.

Un poco lejos de ella, ocupando una de las banquetas, y con los codos apoyados sobre la mesa, en actitud pensativa y sombría, se hallaba un hombre: el que Daniel había visto poco antes acaso.

De vez en cuando miraba a la mujer con una expresión impaciente y disgustada.

Sin duda aquel silencio le era violento, y aquella inmovilidad enojosa.

Daniel tuvo tiempo de contemplarle bien, y aquella fisonomía, donde la astucia y el ingenio estaban mezclados con la finura y la discreción, no le fué completamente desconocida.

El había visto otra vez a aquel hombre; no sabía dónde, pero le había visto.

En cuanto a la mujer, había en sus facciones algo que le encantaba, que se le hacía simpática e interesante en extremo.

Aquel rostro tenía para Daniel una atracción indecible; producía en su alma una emoción que no se sabía explicar, pero que tenía mucho de dulce, suave y acariciadora.

El desconocido, cansado sin duda de su larga espera, se aproximó a ella, y tocando suavemente en su hombro, murmuró con una voz que llegó perfectamente a los oídos del huérfano:

—Vamos, Elena, procurad salir de ese letargo que os domina, y probad a comer algo y a beber una copa de este vino que os traje anoche, y que reanimará vuestras fuerzas.

Ella abrió los ojos, pero los volvió a cerrar rápidamente, haciéndose hacia atrás, como si hubiese visto a su lado un objeto que la inspirase repulsión y temor.

—¿No me habéis oído?—preguntó él con un acento de marcada violencia—; ¿no me habéis oído?

La cabeza de la que había llamado Elena se movió de alto abajo, con una señal afirmativa.

—Entonces, ¿por qué persistís en vuestra inmovilidad, en vuestro silencio?; hace ya largo rato que estoy aquí, y no habéis podido o no habéis querido apercibiros de mi presencia.

Ni una palabra se escapó de los cerrados labios de aquella mujer.

—Os advierto que tengo que hablaros, y que si mi estancia a vuestro lado os contraría, no me iré de aquí hasta que me hayais escuchado.

Elena hizo entonces un violento esfuerzo, abrió los ojos y murmuró:

—¿Qué queréis de mí?; ¿por qué me molestáis aún?; ¿no he sufrido ya bastante, teniendo siempre a merced vuestra mi salud, mi libertad, mi vida?; ¿no sabéis que estoy enferma, que mi razón vacila muchas veces, que agonizo... que voy a morir?

—Sí—respondió él brutalmente—; todo eso es verdad, pero ya sabéis que en vuestra mano está el evitarlo.

Hubo un momento de silencio.

—Siempre os negáis a mis deseos, y como siguiendo así vuestra vida no podrá prolongarse mucho, cuando queráis hablar y salvaros será ya tarde, os lo aseguro.

—¡Tarde!; sí, es verdad; pero ¿quién sabe?; aún podré resistir, y acaso...

—Diez y seis años de lucha son mucho, Elena.

—¡Diez y seis años!—Repitió la mujer lúgubremente y con la monotonía de un eco.

—¿Queréis que hoy termine todo?

—No.

—¿Queréis hablar al fin?

—¡No, no!—repitió la desventurada volviendo a cerrar los ojos y a doblar la abatida cabeza.

Él hizo un ademán amenazador, pero se contuvo rápidamente.

Daniel no había perdido una palabra ni un gesto de aquel extraño diálogo.

El desconocido parecía sumido en una profunda meditación.

La mujer, con los ojos cerrados, remedaba dormir... o estar muerta.

En la fisonomía de aquel hombre, que no apartaba los ojos de ella, a pesar de su silencio, se pintaban mil encontrados sentimientos: la ira, la impaciencia y el odio, y como no se cuidaba de ocul-

tarlos, en la seguridad de que ella no le veía, o le importaba poco que comprendiera lo que pasaba en su alma, Daniel, desde su observatorio, podía adivinarlos con la exactitud con que leemos un libro abierto ante nuestros ojos.

—Elena—dijo al cabo aquel personaje, a quien podía dársele el nombre de secuestrador de aquella infeliz—. Elena, voy a marcharme de nuevo; os dejo sola y libre para que reflexionéis. Dos cosas, sin embargo, debo advertiros antes de partir. La primera es que esta lucha me cansa; que esa eterna resistencia tan pasiva como tenaz, que oponéis a mis deseos, es forzoso que tenga ya un término, cualquiera que este sea, y... que me conocéis demasiado para saber que lo tendrá. En la senda que hemos emprendido me es imposible volver atrás, y... seguiré hasta el fin, seguiré hasta conseguir mi objeto; ¡hasta haceros hablar!

La desgraciada, que lo oía, nada contestó, parecía que aquellas palabras no llegaban hasta su oído.

—También os repito—añadió él—que de vuestra obediencia, de que no hagáis esfuerzo alguno para salir de aquí, de que con una voz ni con un grito dejaréis adivinar vuestra presencia en estos sitios, me responde la vida de *ellos*, de *ellos* que están en nuestro poder, y que pagarían vuestra rebeldía cara, muy cara; podéis creerlo.

Tras los cerrados párpados de aquella mujer brotó silenciosa una ardiente lágrima, que rodó lentamente por sus blancas mejillas, mientras sus labios se agitaban con un temblor imperceptible.

—La pendiente del crimen es muy resbaladiza, ya lo sabéis; no me obliguéis a poner en ella el pie. Hasta ahora he respetado su vida y la vuestra; pero hoy ¿a qué negároslo? me cercan grandes peligros, y si me viese acosado por ellos, sería preciso destruir todas las pruebas del pasado, todas; ¿me entendéis? Ahora, adiós, hasta mañana, que quizás habréis reflexionado y me daréis otra respuesta.

El desconocido se levantó; Daniel tuvo apenas tiempo para deslizarse hasta el suelo y ocultarse tras el brocal del pozo que antes le había servido de refugio.

Esta vez le fué más precioso aquel escondite, pues la puerta de la casa se había abierto lentamente, dando paso al carcelero de la triste Elena.

El jorobado le sintió dar dos vueltas a la llave, y quitarla de la ce-

rradura; después oyó el ruido de sus pasos crujiendo sobre las hojas secas.

Un temor asaltó rápidamente la imaginación del huérfano.

Si aquel hombre cerraba la puerta del patio y le dejaba a él allí, ¿cómo iba a poder seguirle? ¿cómo iba a saber quién era? ¿cómo satisfaría, en fin, los deseos de Estrella?

Una casualidad providencial vino a sacarle de su duda, aunque poniéndole en grave riesgo de ser visto.

El desconocido llevaba en la mano el cántaro que Daniel había podido distinguir colocado al pie de la mesa.

Era evidente que venía a llenarle, para dejar a la prisionera suficiente cantidad de agua hasta el siguiente día.

Con ademán descuidado, pero pensativo y sombrío, aquel hombre se dirigió al rincón donde estaba el pozo.

El jorobado se replegó en sí mismo y contuvo el aliento para no ser descubierto.

La garrucha del pozo sostenía una cuerda, al cabo de la cual estaba asida una pequeña cubeta.

El hombre la hizo girar, la sumergió dentro del agua, y tirando del otro extremo la sacó fuera y con su contenido llenó el cántaro, dirigiéndose otra vez a la casa, en cuyo interior penetró, aunque por muy pocos instantes.

Este corto tiempo bastó a Daniel para ganar la salida.

Una vez fuera, nada tenía que temer.

La vegetación era tan espesa, que podía ocultarse en cualquier parte sin peligro de ser encontrado.

Así lo hizo, en efecto.

Se guareció entre unas altas matas, y allí aguardó.

La espera fué bien corta.

El carcelero de la triste mujer encerrada en aquella ruinosa casa, no tardó en aparecer, distinguiéndose su figura a la tenue claridad de la luna, que aún cubierta de nubes, se adivinaba en medio del cielo.

Atravesó la extensión de terreno limitada por la cerca, y llegando al punto por donde antes penetrara en el inculto huerto, salió de allí y se encontró en medio del campo.

El jorobado no le había perdido de vista.

Arrastrándose como un reptil unas veces, adelantando otras más rápidamente, se había propuesto seguir a aquel hombre y saber quién era a toda costa.

Las tres de la madrugada debían haber sonado hacía largo rato en el reloj del castillo.

Los dos hombres se habían alejado ya a gran distancia de la Hondonada del Bandido, y caminaban más deprisa; el primero, porque temía acaso que pronto iba a empezar a despuntar el día; el segundo, por no perder las huellas del otro.

Con asombro de Daniel, aquél había tomado la dirección del Castillo de Amayora, siguiendo una senda que desembocaba directamente en el parque.

—¿A dónde irá?—se había preguntado el huérfano, sin poderse dar una explicación positiva.

Y seguía en pos de él, sin detenerse.

Y a medida que avanzaba volvía a repetir:

—¿A dónde irá?

Pero su sorpresa llegó al colmo, convirtiéndose en admiración marcada, al verle ya muy cerca del castillo; más aún, al convencerse que se detenía ante una puerta excusada que daba entrada a las caballerías.

—¡Va al castillo!—se dijo el joven—¡va a la casa de Estrella! ¿Qué significa esto? ¿será algún criado? ¡no es posible!; sus ademanes y su lenguaje prueban evidentemente que no; ¿será alguno de los huéspedes? ¿pero cuál? ¡Oh!, es preciso, es preciso averiguarlo.

Daniel no se engañaba.

El hombre a quien había seguido con tal insistencia, penetró en la morada del conde de Merán.

Más aún; debía ser esperado en ella, pues al tocar ligeramente a la puerta, ésta se abrió rápidamente para dejarle paso, volviendo a cerrarse luego.

El joven permaneció largo rato inmóvil y mudo de sorpresa ante aquel hecho inesperado.

Después se encaminó lentamente a la aldea, y penetró por donde había salido en la morada de su protector.

El pobre huérfano venía cansado, calenturiento.

Aquella noche pasada en los campos, aquella larga jornada por

caminos intransitables y pedregosos, y sobre todo, las emociones producidas en su espíritu por la vista de aquella mujer, por las palabras que había oído a su opresor, por aquel secreto, en fin, que había sorprendido a medias, le fatigaban y le conmovían de tal modo, que tuvo que dejarse caer en su lecho para buscar algún reposo.

Sin embargo, sólo su cuerpo descansó; el espíritu velaba, y el pensamiento se perdía en un mar de conjeturas y proyectos.

Poco a poco se fué tiñendo de rosa el horizonte.

Las sombras de la noche fueron reemplazadas por la claridad del alba.

El espacio se inundó de luz, y apareció el día en medio de un cielo limpio y despejado, y sin nubes, pues el viento de la mañana las había arrojado del espacio.

Daniel saltó de la cama, cambió su traje, descompuesto y roto en algunos lados por las espinas y los jarales, y se dispuso a salir.

Estaba resuelto a hablar a Blanca, a confiarla su descubrimiento, a pedirla consejo, y sobre todo a decirla que había cumplido el deseo de Estrella.

Según habían convenido las dos amigas, la protegida del padre Carlos se levantó temprano, con el alba, según tenía de costumbre, y se dispuso a dar su paseo matinal; en aquellos paseos la acompañaba a veces Román, aquel honrado y leal muchacho, que no había querido abandonar al sacerdote, sobre todo desde la muerte de su madre la buena Juana Duró.

Román tenía un corazón de oro; hubiera dado la vida por los que amaba, y sobre todo, por el ministro de Dios, que le miraba con su dulzura habitual, y que le había considerado como un individuo de la familia desde que le tenía a su lado.

Porque en aquella casa no había criados ni señores.

Andrea era una compañera de doña María, y Román... Román un compañero, un hermano casi de Blanca; en cuanto a ésta, ya sabemos lo que era allí.

Todos se profesaban, pues, un afecto, un cariño sincero, y los servicios se prestaban con amor y se recibían con gratitud.

Si alguna predilección, si alguna distinción existía, era para Blanca.

Ella era la luz que iluminaba, la flor que daba perfumes y alegría en aquella morada.

Muchas veces la madre y el hijo, mirándola embelesados, daban gracias a Dios, que les había ofrecido en ella amor, animación y ventura, en los tristes días del otoño de su vida.

En cuanto a Román, nadie, ni él mismo, podía explicar el afecto que la profesaba.

En él se mezclaban por partes iguales la admiración por su hermosura; la adoración por su candor; el aprecio por sus virtudes; un conjunto, en fin, de cariño, que formaba un todo tan inmenso como respetuoso y tierno.

Cuando Blanca salía de casa, rara vez Román permanecía en ella; siempre hallaba algún motivo, algún pretexto para salir en su busca. Cuando la joven se hallaba en su morada, no acertaba él a abandonarla; ¡era tan feliz, tan dichoso al oir su voz o sus pasos; al ver su imagen o su sombra siquiera!

Y todo esto inconscientemente, sin saberlo, sin pensarlo él mismo siquiera.

Como sigue el arroyo su tranquila corriente, como gira la flor siguiendo el curso del sol que la da vida desde el cielo.

Si le hubieran preguntado que qué era Blanca para él en el mundo, hubiera contestado sencillamente: "¡todo!"; pero sin saber definir lo que aquel todo significaba.

Blanca, pues, había salido aquella mañana para ir en busca de Estrella.

En aquellas entrevistas tan dulces como breves, las dos niñas se comunicaban sus impresiones, sus sentimientos; leía la una en el alma de la otra, como en las blancas páginas de un libro abierto para ellas y cerrado misteriosamente para todos los demás.

Y esto era lógico, porque aunque Blanca vivía envuelta en una atmósfera de cuidados y de amor, el respeto, la diferencia de edad, hacían que no pudiese hablar con doña María ni con el padre Carlos de esas pueriles nimiedades que no son nada y que tanto interesan a una niña; y en cuanto a Estrella, ya sabemos que ni por nadie era realmente amada, ni encontraba calor ni efusión en medio de su familia.

La igualdad de edad, de carácter, de sentimientos, de bondad y ternura, habían formado una cadena de amistad tan inquebrantable en el alma de las dos jóvenes, que nada en la tierra la hubiera podido romper.

Aquella mañana, la hija adoptiva del sacerdote había sentido más impaciencia que otros días por ir en busca de su amiga, y lo que es más extraño aún, ella, tan sencilla, tan modesta, tan poco preciada de su hermosura, había puesto un especial cuidado en trenzar sus cabellos con más primor que otros días y más esmero también en su humilde atavío.

Antes de salir había bajado al jardín, buscando con una atención marcada la rosa más blanca y perfumada para prenderla en sus blondos rizos.

Dos o tres veces antes de salir se había mirado furtivamente al espejo, y había arreglado los pliegues de su flotante traje de muselina.

¿Pensaría Blanca al hacer todo esto en el gallardo joven que había estado a punto de herirla el día anterior?

Si la hubiesen interrogado sobre esto, hubiera contestado rápidamente que no.

¿Qué motivo tenía ella para querer agradar a un desconocido, a quien había encontrado por vez primera en el camino de la vida, y a quien quizá no volvería a ver jamás?

¡Oh, ninguno!

Era un absurdo pensarlo siquiera.

¡Había tanta diferencia entre la suerte y el porvenir de ambos!

Cuando Blanca avanzaba por la calle de árboles que debía conducirla a la Cruz de los Pinos, distinguió a través de los mismos que alguien estaba sentado en las blancas gradas, y no era por cierto Estrella la que se adivinaba en aquella lejana y oscura silueta.

Vaciló un instante y estuvo a punto de retroceder.

Pero luego se tranquilizó y siguió adelante aunque sintiendo que su corazón doblaba los latidos.

Cuando la distancia se fué acortando, cuando ya sus ojos pudieron reconocer al que descansaba o aguardaba allí, sus labios se plegaron con una triste y melancólica sonrisa, y murmuró con su voz dulce y suave:

—¡Ah, es él!; ¡pobre Daniel!

Y en la mirada y en la voz de Blanca se retrató una profunda e íntima conmiseración.

Se adelantó más tranquila, y cuando se halló al alcance del jorobado,

—¿Sois vos, amigo mío?—le dijo—; creí reconoceros a lo lejos, y no me había engañado.

—Hace algún tiempo que estoy aquí.

—¿Tan temprano?

—Os esperaba.

—¿A mí?

—A vos, señorita.

—¿Necesitáis algo del padre Carlos?

—¡Oh, no; vuestro protector es tan bueno para mí, que hubiera ido yo mismo en ese caso.

—¿Entonces?...

—Oidme, Blanca.

—Hablad.

—Ayer... ayer os paseábais por este sitio con la señorita de Merán.

—Es cierto.

—Yo... yo, que llevaba el mismo camino, pude oir algo de vuestras palabras.

—¿Cómo?—preguntó Blanca admirada.

—Perdonad,—se apresuró a decir Daniel, que se sentía turbado al confesar aquella indiscreción hija del dominio que en él ejercía Estrella;—perdonad; todo fué hijo de la casualidad.

—Proseguid,—dijo la joven, que adivinaba acaso la verdad;—proseguid.

—En aquella conversación mostró vuestra amiga deseos de adivinar un misterio que le preocupaba, y que no podía comprender.

—Sí, es cierto; Estrella me contó...

—Que había visto abrirse a media noche las ventanas de una casa deshabitada y ruinosa que existía en...

—En la Hondanada del Bandido,—exclamó Blanca rápidamente;—¿y bien?

—Aquellas frases excitaron mi curiosidad, como lo estaba la de la señorita Estrella, y...

—¿Y qué?

—Yo, que soy hombre, que nada tenía que temer, quise saber lo que había de cierto en todo aquello.

—¡Ah!; y habéis logrado...

—Sí y no.

—Explicáos.

—Pues bien, vuestra amiga no se había equivocado.

—¿Hay gente en aquella casa?

—Sí.

—¿Quién?

—Una mujer.

—¡Una mujer!

—Presa o secuestrada. No está allí por su voluntad.

—¿Es posible?

—Sí, señora.

—¿Y cómo pueden hacer eso?, ¿quién la obliga?

—¿Cómo? Con amenazas, abusando de un secreto que ignoro, pero que encadena a aquella infeliz. ¿Quién?, eso es lo que no sé y lo que más me admira, os lo juro.

—¿Por qué?

—Porque la persona que tal hace, pertenece a los servidores o a los huéspedes del castillo.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo lo he visto, como he visto también a la desdichada reclusa.

Blanca miró a Daniel con tal expresión de sorpresa y asombro, que obligó al huérfano a decir:

—No lo dudéis, la he visto.

Y con una precisión y una minuciosidad de detalles admirables, refirió a la joven su excursión de la noche anterior y el resultado de sus observaciones.

Aún la palabra última de aquel relato no había salido de los labios de Daniel, cuando la dulce y celestial figura de Estrella se dejó ver en la distancia.

—¿Tenéis inconveniente en que mi amiga sepa todo esto?—preguntó la hija adoptiva del padre Carlos.

—Todo lo contrario; antes venía a eso.

Un instante después, la señorita de Merán se hallaba entre sus

amigos y escuchaba absorta cuanto Daniel había contado a Blanca, o por mejor decir, cuanto él había logrado saber.

La joven se quedó muy pensativa.

El huérfano la miraba extasiado.

Todos sus sueños, todas sus esperanzas se veían realizadas en aquel instante.

¿No estaba allí Estrella? ¿no escuchaba su voz? ¿no podía fijar en ella una mirada?

¡A qué otra ventura podía aspirar él en el mundo!

Sin embargo, la duración de aquella felicidad debía ser muy corta, y esto era lo que la amargaba solamente.

En cuanto a la niña, comprendía, aunque vagamente, por las explicaciones dadas por Daniel, todo el sacrificio, toda la abnegación que se encerraba en aquel alma tan noble y dolorida, y sentía hacia Daniel un afecto doloroso, que la hacía sufrir a ella y compadecerle a él.

Sin pensar en lo que hacía alzó sus hermosos ojos, y fijando en el joven una mirada tan triste como dulcísima.

—¡Oh, Daniel!—dijo—cuánto os agradezco que...—y se detuvo al ver la profunda emoción del huérfano.

—¡Cuánto os agradezco vuestra curiosidad!—preguntó al cabo—pues por ella quizá podrímos evitar una injusticia y remediar un mal.

—¡Cómo! ¿pues pensáis?...

—¿Ir a ver a esa desventurada? ¡Oh, sí!; ya sabéis que Blanca y yo somos amigas de los desgraciados.

—¿Y os atreveréis?

—Iremos las dos... o por mejor decir, los tres; porque vos también nos acompañaréis.

—Pues ¿y si os sucediese algún mal?

—No es posible; ¿no decís que ese hombre se despidió de su prisionera hasta dentro de dos días?

—Sí, eso le oí decir.

—Ya veis que entonces no hay nada por qué temer.

—Daniel y yo, tienes razón—dijo Blanca—pero tú... si te viese alguno del castillo...

—Sólo mi padre podría intervenir en mis asuntos, y mi padre debe saberlo todo.

—¿Vas a decirle lo que hay?—preguntó Blanca.

—¿Quién lo duda? Daniel ha visto que ese hombre ha entrado en nuestra casa, y esto es muy grave para ocultárselo, porque vos, amigo mío, estáis cierto de no engañaros, ¿es verdad?

—¡Oh!, sí; entró en el castillo, lo ví perfectamente, y aún puedo deciros que le reconocería si le viese. Sobre todo, si lo oyese hablar, porque el eco de su voz vibra aún en mi oído.

Las pisadas de algunos caballos resonaron sobre el camino, e interrumpieron a los tres jóvenes, que no tuvieron tiempo de moverse siquiera.

Dos jinetes avanzaban por la senda que venía del castillo con dirección a la aldea.

Los dos detuvieron sus corceles al divisar a las jóvenes sentadas al pie de la cruz de los Pinos.

Eran al parecer amo y criado, y el que iba delante sujetó las riendas y se detuvo al ver a Estrella.

—Buenos días la dijo, descubriéndose galantemente; —buenos días, señoritas; no esperaba ser tan feliz que os encontrase aquí tan temprano.

Daniel se estremeció; pasó una mano por sus ojos y prestó más atento oído.

—Buenos días, doctor—contestó Estrella—yo tampoco sabía que íbais a salir de Amayora.

—¡Oh!; es por muy poco tiempo.

—Entonces...

—Hasta luego, señorita; vamos, Dionisio.

Y los dos siguieron la senda, volviendo a poner a galope sus caballos.

Daniel, oculto tras la cruz, no había pronunciado una palabra, pero estaba pálido como un cadáver.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó con violencia a Estrella, apenas le vió alejarse;—¿quién es ese hombre?

—Uno de nuestros huéspedes, el doctor, y el amigo mejor de mi padre. ¿Pero qué tenéis?

—Que ese es el hombre que anoche ví y escuché.

—¡No es posible!—exclamó la joven admirada—no es posible; el doctor Dubois no es capaz...

—¿Dubois habeis dicho?—preguntó de nuevo Daniel con un acento imposible de describir, pero que asombró a las dos niñas, por la terrible emoción que revelaba.

—Sí, Marx Dubois, el médico de mi familia.

El jorobado llevó las manos a su frente y se la oprimió con violencia.

—¡Oh!—murmuró—¡si fuese cierto!

—Pero ¿qué queréis decir?—exclamó Estrella.

—Sí, explicáos, amigo mío—añadió Blanca.

—¡Oh!, nada me preguntéis ahora; pero en nombre de Dios, señorita, no hableis nada a vuestro padre de lo que sabeis, de lo que os he dicho yo.

—Callaré—balbuceó Estrella, dominada por la expresión de Daniel—callaré, pero iremos a ver a esa mujer.

Adriana iba perdiendo poco a poco la indiferencia que había sido la base de su carácter.

El hielo de aquel alma se iba derritiendo al calor de un sentimiento con el cual luchaba su altivez y su orgullo; con un sentimiento que por nada del mundo se hubiera confesado a sí misma que la hacía sufrir, que la violentaba, pero que se iba haciendo dueño absoluto de su alma.

Aquel sentimiento se lo inspiraba Julio.

Es verdad que el secretario del conde aventajaba y con mucho a todos los huéspedes del castillo, en aspecto, en instrucción, en dignidad y en corazón; pero sin embargo, la joven hubiera creído rebajarse pensando en un hombre sin nombre ni fortuna.

¡Pero era Julio tan superior a aquellos aristócratas tan afeminados como engreídos con sus títulos y nobleza que veía en torno!

Ellos, prodigándola constantemente galanterías tan vulgares como estudiadas, le parecían ridículos cortesanos que mintiendo lisonjas, se afanan por recibir honores, pero que no serían capaces de un heroismo, de un sacrificio, de una acción noble, si por llevarla a cabo habían de arrugar sus puños o descomponer el lazo de su corbata.

Inconscientemente, pues, se retrata, en cuanto sus deberes de socie-

dad se lo permitían, de aquellos frívolos e insustanciales seres y por algo de que no se daba cuenta, en los paseos, en las excursiones, en todas partes buscaba con su mirada a Julio, que parecía más retraído y triste cada vez.

En efecto, aquel hombre sufría también.

Hay misterios en el corazón que no podemos comprender.

Julio, tan noble, tan digno, tan altivo, amaba a aquella mujer que le había humillado cruelmente la vez primera que la vió, y aquel amor, que se convertía en pasión ardiente y que era más fuerte que su voluntad, le desesperaba y le hacía desgraciado.

Por huir de ella, por evitarla, se hubiera alejado de aquella casa y hubiera abandonado a su protector.

Pero si su razón le impelía a partir, su alma le mandaba quedarse y él obedecía aunque revelándose consigo mismo.

Y al día siguiente, nuevas luchas, nuevos dolores, pero nada más.

Es verdad que Julio estaba solo en el mundo, que no tenía más porvenir que su destino en aquella casa, que dadas las circunstancias que le rodeaban y su vida hasta entonces no contaba con medios ni ahorros algunos para lanzarse a la batalla de la existencia, y esto le aterraba, le quitaba el valor.

Por eso, cada día había en su frente nubes más densas y en su mirada reflejos más sombríos.

Rara, muy rara vez salía de su habitación o del despacho del conde.

CAPÍTULO VI

Las campanas volteaban alegremente.

Una turba de risueños chicuelos se agrupaban a la puerta de la iglesia gritando en todos tonos y mostrando su impaciencia y su gozo.

La recién nacida, la niña a quien Blanca debía llevar hasta la fuente del agua purificadora y santa del bautismo, estaba ya vestida con su trajecito blanco y vaporoso, como una desposada que va a ligarse para siempre al hombre de su amor.

En efecto, los desposorios de aquel alma inocente con la Iglesia de Cristo, iban a efectuarse. La pequeña criatura iba a recibir el nombre de cristiana.

El padre Carlos que, como sabemos, amaba a Blanca con todo su corazón, que se complacía en escuchar las alabanzas y los elogios de su protegida, quería contribuir a hacer más bella su buena obra, y engalanó la iglesia e hizo que sonasen las campanas con toques de alegría, en aquel bautizo de una niña pobre, pero amadrinada por Blanca.

La joven, conmovida profundamente aún por el recuerdo de Octavio, por su presencia allí, que adivinaba con el instinto, tenía las mejillas más sonrosadas que de ordinario, y la mirada más dulce y brillante.

Esto aumentaba su hermosura y la hacía aparecer más encantadora.

Acompañada de Andrea, que la seguía con la pequeñuela en los

brazos, llegaron al sencillo templo, donde las aguardaba el padre Carlos.

Blanca notó que, oculto tras uno de los pilares de un altar lateral, había un hombre, a quien la penumbra que envolvía las naves no le permitía distinguir.

Su corazón latió con violencia.

En aquel hombre adivinó a Octavio.

La modesta ceremonia se llevó a cabo.

La recién nacida recibió el nombre de Blanca.

La protegida del sacerdote sintió que, a su pesar, una lágrima ardiente rodaba por sus mejillas al sostener en sus brazos a aquel tierno ángel en tan solemne instante.

Quizá entonces la joven pensaba en su madre, de quien ni aun el nombre conocía; pensaba en su padre, de quien lo ignoraba todo, y una angustia sin nombre oprimía su pecho, al pedir a Dios que concediese a aquella niña más felicidad que la que a ella le había otorgado.

Al salir a la calle, Blanca volvió a ver al amigo de Mauricio, y por segunda vez él la saludó respetuosamente.

Después de algún tiempo, la joven volvió a su morada.

Venía feliz, por haber realizado una bella acción, pero más pensativa que otras veces.

La velada pasó como siempre en la casa del padre Carlos.

A la hora acostumbrada, Blanca se retiró a su estancia, después de recibir las caricias de doña María y las bendiciones del sacerdote.

Las ventanas del cuarto de la niña caían al campo, y estaban situadas a la espalda de la casa.

La noche estaba serena y hermosa, y ella las abrió lentamente y se puso a mirar al cielo.

Por primera vez estaba sola, después de haberse convencido de

que Octavio había ido hasta allí con el objeto de verla, de acercarse a ella, de saber quién era quizá.

El corazón de la dulce niña no había latido hasta entonces sino a impulsos del cariño respetuoso que le inspiraba su protector; de la santa ternura que profesaba a doña María.

También su afecto fraternal por Estrella le había ocupado casi completamente.

Ningún hombre había pronunciado a su oído una palabra de amor; ninguna mano había venido a trazar en las blancas páginas del libro de su vida esos capítulos que forman la novela de la existencia de la mujer.

¿Sería Octavio el encargado de escribir aquellas líneas?

El hijo del duque de San Marcial, con su distinción natural, con su gallarda figura y, sobre todo, con la nobleza de su corazón, era el más a propósito para ello.

Porque ¿a qué hemos de negarlo? Entre su bondad y la bondad de Blanca, entre el modo de pensar y sentir de ambos, había una analogía extraña y un parecido extraordinario.

Parecía, al penetrar en aquellos dos corazones, o que algo de común existía entre ellos, o que habían sido creados el uno para el otro.

Blanca, aunque sin conocer profundamente el alma de Octavio, lo pensaba así, en esas ilusiones, en esos sueños vagos que llenan la mente de toda mujer en el momento de dejar de ser niña.

Con la mirada perdida en el espacio, olvidada de la vida real y ocupada sólo de la existencia del espíritu, Blanca había dejado correr las horas, sin sentir sueño ni necesidad de reposo.

Algunos rumores inciertos, como la caída de la hoja, como el crujir de un pie al posarse sobre la arena, la hicieron pensar en que alguien podía verla y extrañar, cuando menos, su involuntario insomnio.

Ya iba a retirarse de su ventana, cuando sintió caer a sus pies un objeto pequeño, pero pesado, que la arrojaban sin duda desde fuera.

Se inclinó rápidamente, y cogió una piedra en que se envolvía un pedazo de papel fino y satinado.

La joven vaciló un momento.

Allí, sin duda, había algo escrito.

Allí se dirigían a ella de una manera reservada.

Blanca, a pesar de su inocencia, adivinó la mano de Octavio en aquel papel, aspiró algo de él en aquella pequeña hoja.

Pensó en no tomarle, en volverle a arrojar; pero involuntariamente se acercó a la luz, y desdoblando la arrugada vitela pudo leer estas frases:

«En nombre de vuestra amiga, la señorita de Merán, os ruego que no faltéis mañana a vuestro cuotidiano paseo a la Cruz de los Pinos.

Octavio de San Marcial.»

El nombre de Estrella, estampado al frente de aquellas líneas, tranquilizó a Blanca.

—¡Ah!—murmuró con voz serena ya, aunque timbrada ligeramente por la tristeza—. Es Estrella por quien...

No concluyó la frase, pero algo como una nube cruzó por su cándida frente.

—Sí—dijo después de algunos instantes de meditación;— ella querrá confiarme alguna cosa, encargarme de algo quizá, y se vale del amigo de su hermano. Por eso habrá venido, por complacerla sólo. Es natural: una joven de la clase de Estrella vale mucho; tiene derecho a que todos se afanen por... ¡Qué dichosa es Estrella!, ¡qué feliz es toda la que tiene un nombre, la que no se avergüenza de su origen, la que no tiene miedo de que la pregunten su origen!

Blanca no se había cuidado de cerrar su ventana, y en aquella actitud pensativa y melancólica alguien tal vez la observaba de lejos.

Ella no pensó en esto un momento siquiera.

Dobló lentamente el papel y lo guardó en uno de sus bolsillos, murmurando a la par:

—Sí, iré, pues ella lo desea. Y... ¡es tan buena para mí!, ¡la debo tanta gratitud porque me concede su amistad!; ¡otra en su lugar me desdeñaría, me tendría en poco! Así harán otros, sin duda. ¿Y qué me importa?, ¿no me ama mi segunda madre?, ¿no me ama mi protector?, ¿no me quieren todos en la aldea? ¿Por qué pienso ahora como no he pensado nunca?, ¿qué nuevas ideas, qué nuevos sueños

son estos que me hacen sufrir? ¡Oh, Dios mío, alejadlos de mí, vos que leéis en lo porvenir!

Blanca, agitada y triste como nunca, cerró su ventana y se acostó en su blanco lecho, donde había reposado hasta entonces tan serena y tan sin dudar del mañana.

En aquel corazón se empezaba a agitar el oleaje de las pasiones, y Blanca, a los primeros amagos de la tormenta, no era ya feliz y había perdido su calma.

Al dormirse, sólo pensó en acudir a la Cruz de los Pinos, donde pensaba encontrar a Estrella.

En su inocencia, en su falta de conocimiento de los hombres y de las cosas, no pensó por un instante que era Octavio el que anhelaba verla, hablar con ella y penetrar con la mirada en el fondo de su corazón.

Muy temprano se encaminó la protegida del sacerdote a la alameda que conducía desde la aldea hasta el castillo de Amayora.

Blanca no quiso que la acompañase Andrea, no quería distraerla de sus ocupaciones, y por otra parte, no era necesario, puesto que iba a reunirse con su amiga y las dos emprendían juntas sus paseos o sus visitas a los desgraciados.

Una persona, sin embargo, vió salir a la niña y sintió algo de contrariedad aunque aquello sucedía todos los días.

Esta persona era Román.

El no sentía temor ninguno por la joven, ni se inquietó al verla alejarse, pero ¡era tan feliz cuando estaba cerca de ella!

En aquel momento nada tenía que hacer.

El padre Carlos no le necesitaba, ni era tiempo aún de abrir la iglesia ni de tocar a misa primera.

Podía disponer libremente de una hora cuando menos, ¿y en qué emplear mejor ese tiempo que en contemplar a Blanca aunque fuese de lejos?

¡Oh!, en nada; así lo pensaba Román.

Salió pues en pos de ella tomando una de las veredas laterales de la alameda para no ser visto por la joven.

El honrado y leal Román estaba cierto de divisar a lo lejos el sombrerito de paja de Estrella y presenciar oculto una de aquellas entrevistas de las dos niñas, tan dulces como inocentes.

Blanca fué la primera en llegar, pues la señorita de Merán no estaba aún en la plazoleta.

La huérfana se sentó con descuido en aquellos escalones cubiertos de musgo, y esperó.

Apoyada la frente en una de sus manos, permaneció así algún tiempo, en la seguridad de que sólo Estrella vendría allí.

Una multitud de pensamientos se agruparon en la imaginación de Blanca, absorbiendo por completo su atención.

Sólo alguna vez dirigía sus miradas a la senda que conducía al castillo, y en dirección a éste.

Por tal razón, sin duda, no vió a Octavio, que la esperaba apoyado en el tronco de un árbol, y que se había acercado a ella lenta y silenciosamente.

Román también la había vislumbrado.

¿Sabría Blanca que aquel hombre estaba allí?

Con la precaución del que no quiere ser visto, adelantó a su vez hasta donde merced al silencio que reinaba en torno, podía oir cuanto hablasen la joven y el desconocido.

Una aspiración, un movimiento de Octavio, llamó la atención de la niña, que alzó la cabeza y lanzó un pequeño grito, levantándose de su asiento.

—Perdonadme si os he asustado, señorita—murmuró el amigo de Mauricio—; pero...

—¡Ah!, ¿sois vos?—balbuceó ella muy turbada.

—¿No me esperábais?

—¡Yo!

Había tal candor en el acento de Blanca, tanta ingenuidad en su mirada, que Octavio la creyó sincera al sorprenderse por su presencia.

—Había creído—dijo—que anoche...

—Sí, es verdad; anoche...

—Os supliqué que viniérais aquí.

—¿No lo hicísteis en nombre de Estrella?

—Sí.

¿No era, pues, la señorita de Merán quien debía aguardarme?

—¡Oh!, no; era yo sólo.

—Entonces... me habéis engañado, caballero.

—No; recordad que yo os decía: «os suplico en su nombre».

Blanca comprendió que había sido demasiado cándida, demasiado imprevisora quizá, y sintió que el carmín y la vergüenza teñían sus mejillas.

Aquello era una cita y ella había acudido sola y a la primera indicación.

¿Qué pensaría Octavio?, ¿qué juicio formaría de su conducta?

Pasó una mano por sus ojos para enjugar furtivamente una gota de llanto, y se levantó con un movimiento pausado y grave.

—¿Qué hacéis?,—exclamó San Marcial admirado;—¿qué hacéis?

—Caballero,—murmuró la joven;—por una equivocación que comprendo ahora, he venido a este sitio, porque... acaso pongáis en duda mis palabras, pero yo sólo creí que ella era la que... he obrado con ligereza, he hecho mal, sólo alegaré para disculparme mi excesiva credulidad, mi ignorancia en...

—Blanca, os suplico que os quedéis y que lo que me habéis concedido por un error me lo otorguéis porque os lo ruego.

La niña vaciló.

—Es un hombre de honor el que os habla, y el que sabrá corresponder a vuestra confianza.

—¿Y bien, qué me queréis?—dijo Blanca por toda respuesta, volviendo a sentarse en el musgo.

Octavio permaneció de pie y con el sombrero en la mano, como si hablase a una reina.

—Haceros una sola pregunta,—exclamó,—y rogaros que contestéis a ella con sinceridad.

—Lo haré.

—Juradme que seréis franca conmigo; jurádmelo por vuestra madre.

¡Por mi madre!

—Sé que no la tenéis; se lo que he oido decir a la señorita de Merán; sin embargo, insisto aún; juradlo.

—Pues bien, sí, os lo juro.

Hubo un instante de pausa.

Ella esperaba; él no sabía cómo formular la pregunta.

—¿Es libre vuestro corazón?,—dijo al fin Octavio;—¿habéis amado alguna vez?, ¿amais a alguien, Blanca?

La niña alzó sus hermosos ojos a San Marcial y con las mejillas ruborosas, pero con voz segura, respondió:

—Os he ofrecido ser sincera, y además, no sé mentir, ignoro el objeto de esta pregunta, ignoro si hago mal en responder a ella, pero me lo suplicáis y voy a hacerlo.

—¿Y bien?—exclamó Octavio con ansiedad.

—He vivido desde niña en esta pobre aldea, querida de todos, siento por todos un afecto relativo, según el grado de bondad con que me han tratado; pero ese amor de que sin duda hablais, ese amor que ni se busca ni se puede esquivar, porque brota en el alma, ligando el destino de los dos séres, ese amor...

—¡Proseguid!

—Yo no lo comprendo aún, ni lo he inspirado a nadie, ni...

—¿Es cierto lo que decís, señorita?—exclamó el joven con un acento lleno de entusiasmo y pasión—luego...

—Dejadme continuar, caballero.

—¡Ah!

—Iba a deciros que sería imposible para mí el aceptarlo.

—¡Imposible!

—Sí.

—Mas... ¿por qué razón?

—Permitidme callarla.

—Habéis jurado ser sincera.

—Os he dicho la verdad.

—Y sin embargo, callais lo que me interesa más.

—Vos me habéis preguntado los sentimientos de mi corazón y a eso es a lo que me obligué a responder.

Octavio guardó silencio por algunos instantes.

Después, y con tan sentida como elocuente voz, exclamó:

—Decidme, Blanca; y si un hombre os amase; si al veros tan distinta de las demás mujeres, no por la dulce belleza de vuestro rostro, no por el encanto indescriptible de vuestra persona, sino por la pureza de vuestro corazón, por el candor, por la hermosura angelical de vuestra alma; si os ofreciera su vida en cambio de una mirada, su

porvenir a trueque de una palabra, ¿qué haríais, Blanca, qué haríais?

—Suplicarle que se aleje, rogarle de rodillas que buscara en el olvido su reposo y mi paz.

—¿Eso haríais?

—Sí, caballero, y creed que obraría muy bien.

—¿Es acaso que vuestro protector piensa disponer de vuestra suerte? ¿Es tal vez que se opondría a vuestra dicha?

—Mi protector es el más bueno, el más indulgente de los hombres. En él hallan consuelo todos los que sufren, conocedor del corazón humano, disculpa y perdona sus debilidades; ¿cómo había de usar violencia conmigo, a quien ama como una hija?

—¿Entonces?...

—Además, como aún no ha llegado el caso de pensar en mi porvenir, no sé su opinión respecto a esto, aunque estoy cierta de que sólo querría mi ventura.

—Y siendo así, sintiéndoos libre de corazón y de voluntad, rechazaríais todo afecto, todo juramento de amor?

—Sí, caballero.

—No os comprendo.

—¿Qué importa, si mi corazón me dice que hago lo que debo hacer.

—¿Y no pensaréis mañana de otro modo.

—Nunca.

—Tal resolución...

—¡Es irrevocable!

—Y sin embargo, pudiera ser la desgracia de un hombre.

—¡Oh!, no, eso no es posible.

—Y si yo os asegurase lo contrario...

—Caballero...

—Y si yo os dijese que os amo, si os asegurase que en medio del mundo en que he vivido no hallaba el ideal que he soñado para consagrarle la vida, ideal que se realiza en vos, Blanca, en vos, pura, sencilla, dulce e inocente, tal como os adivinaba mi corazón; gota de rocío encerrada en el cáliz de una flor, copo de nieve no descendido de la montaña, rosa entreabierta, no tocada ni aspirada aún por nadie su perfume. ¡Así sois vos, así os he visto, y así os habéis hecho dueña de mi alma!

La joven estaba pálida y anhelante: jamás habían llegado a sus oídos palabras más dulces y halagadoras.

Su corazón de niña latía con violencia, despertando del sueño en que había estado sumida, y sintiendo a la par las bellas esperanzas de un sentimiento nuevo, y las tristes realidades de un sueño desvanecido.

Octavio seguía hablando, seguía pintando con los más vivos colores su pasión naciente y pura y grande, como toda pasión justificada.

Ella apenas escuchaba sus frases, pero sentía el eco de su voz vibrando dentro del alma.

Una dulzura infinita acariciaba su mente, una felicidad indecible hacía latir su corazón, y con la mirada fija en el suelo, los labios entreabiertos y el pecho palpitante, la sentía sin explicársela y sin saberla definir.

En medio de aquella abstracción recordó su origen desconocido, recordó que no tenía nombre, que todo amor, toda idea de dicha era imposible para ella, y dos lágrimas claras y transparentes se desprendieron de sus hermosos ojos y rodaron por sus tersas mejillas.

Octavio vió aquel llanto y exclamó estremecido:

—Blanca, ¿qué tenéis?; ¿os he afligido?, ¿os he causado algún pesar?

—¡Oh!—murmuró ella—; no se llora sólo a impulsos del dolor; hay mil sentimientos que arrancan lágrimas del alma; también pueden ser hijas de la gratitud, de...

—Pensad que en vuestras palabras pudiera encontrar una esperanza.

—Eso no.

—No acabo de entenderos; ¿me aborrecéis?; ¿me profesáis alguna amistad?

—¡Oh!—repuso vivamente la niña, asiéndose a esta palabra como una tabla de salvación—; ¡Sí, vos lo habéis dicho; seremos amigos!; esto es lo único que podemos ser.

San Marcial, mudo y preocupado, no sabía qué responder.

El sonido de algunas lejanas carcajadas y el ladrido de los perros que se escuchaban a gran distancia, hizo estremecer a la joven.

—Son vuestros amigos—murmuró—. ¡Oh!, van a creer...

—Nada temáis, señorita; me alejaré, me alejaré: por nada del mundo querría yo comprometeros.

—¡Gracias!—Balbuceó Blanca, fijando sus hermosos ojos en Octavio.

—¿Me permitiréis que os haga una súplica antes de partir?

—Yo...

—Decidme que nos volveremos a ver algún día y en este sitio.

Blanca titubeó.

—Es un amigo el que os lo ruega.

—Aquí nos venimos todos los días Estrella y yo—dijo la niña mirando con temor hacia donde estaban los cazadores.

Octavio comprendió la expresión de aquella mirada, y cediendo a la súplica que encerraba,

—Adiós—dijo—adiós, Blanca, os obedezco.

Y se alejó rápidamente por el lado opuesto a aquel en que sonaba, aunque a gran distancia, el ruído alegre de la cacería.

Cuando ya no pudo escucharse el eco de sus pasos, Blanca pareció serenarse algún tanto del anhelo que producía en ella la idea de que pudieran hallarla en aquel sitio con un desconocido, de quien nadie sabía en la aldea el nombre ni la posición.

Pero al hallarse sola es cuando empezó a darse cuenta de lo que acababa de pasar.

Ya no podía dudar de ello.

Octavio la amaba.

Octavio la amaba, y ella... ¡Oh, ella le quería también!

No podía negárselo a sí misma.

La turbación que le produjera su presencia la primera vez que le vió; su recuerdo fijo en la memoria con tal tenacidad desde entonces; su emoción al escucharle, el afán que la dominaba, todo aquello era amor; un amor naciente que reinaba ya en su alma y que causaría su eterna desventura.

Porque Blanca era demasiado delicada, demasiado digna para soñar con elevarse a otra esfera que no era la suya, y demasiado inteligente para saber que aquel joven y ella habían nacido en muy distinta clase.

Blanca estaba tranquila con respecto a la decisión que había tomado de no dar oído a las súplicas de San Marcial; estaba resuelta a no ceder a ellas nunca, a tratar de albergar aquella pasión; pero ¡ay!, aquel noble esfuerzo de su voluntad era superior a sus fuerzas.

En aquel nuevo camino que iba a emprender en la vida, estaba sola.

Sí, sola, porque a nadie revelaría las luchas ni los dolores de su corazón.

A sus protectores era imposible.

El frío de los años había apagado ya en D.ª María el fuego de las pasiones, y no la podría comprender.

El padre Carlos... ¡Oh!, la niña no se hubiera atrevido jamás; y luego, ¿a qué hacerle saber que era desgraciada?; ¿a qué mostrarle que a pesar de sus esfuerzos por cercar de flores su vida, entre aquellas flores había espinas muy punzadoras?

¡No!; era preferible que todos en aquella casa la creyeran muy feliz.

Sólo de este modo podía pagar tantos beneficios.

Le quedaba aún Estrella.

Pero Blanca sentía un instintivo pudor que la impelía a ocultar en el fondo de su pecho aquel secreto de su alma.

Además, para hablar de lo imposible de aquel sentimiento, era preciso tocar heridas muy dolorosas para Blanca.

La niña prefirió callar.

Sentada en las gradas de la cruz, y entregada a estas reflexiones, permanecía inmóvil y muda, con las blancas manos abandonadas sobre la falda, y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Todo ruído había cesado.

Los cazadores se habían alejado sin duda en otra dirección.

Un hombre sólo miraba a Blanca con una expresión de amor y respeto tales, que sería imposible describirlas.

En aquella mirada se reflejaba al par una pena profunda.

Al estar seguro de que Octavio se había alejado y de que nadie había en los alrededores, se acercó lentamente a la protegida del padre Carlos y la contempló en silencio por mucho tiempo, siguiendo quizá en su mente todo el curso de los pensamientos que agitaban a la joven.

Largo espacio de tiempo pasaron así uno y otro.

Al fin Román, pues era él se aproximó más a la niña, y se sentó también al pie de la cruz.

Un estremecimiento poderoso recorrió todo el cuerpo de Blanca

ante aquella repentina aparición, pues ella hasta entonces no había notado la presencia del compañero de su infancia.

—No te asustes, Blanca, soy yo—dijo el joven, que la tuteaba desde la niñez, aunque al hablar de ella con otros la llamase siempre la señorita—no te asustes de mí.

La niña, serenándose al ver a Román, fingió una dulce sonrisa, murmurando:

—¿Y por qué había de asustarme al ver que eras tú?

—¡Te has estremecido de tal modo!

—Es... es que no te había visto; me creía sola, y... de pronto, as...

—Creiste que era otro, ¿es verdad?

—Yo... yo... no, no esperaba a nadie—dijo Blanca turbada—o... por mejor decir, sí, aguardaba a la señorita del castillo de Amayora.

Una nube de tristeza pasó por la frente de Román, y en su rostro franco y leal tomó una expresión de profunda amargura.

El había podido oir parte de la conversación de los dos jóvenes.

Sabía que él había hablado de amor, y que ella había rechazado aquellas promesas, pero ignoraba lo demás.

No había escuchado frase por frase, ni acaso hubiera podido comprenderlas.

Para él no había en este mundo nada más bello, más grande, más digno que Blanca.

La juzgaba superior a todo y merecedora de un trono.

¿Cómo había, pues, de pensar que ella se creía muy poco al lado de Octavio?

¡Esto era increible!

Por eso, cuando oyó preguntar a San Marcial si el corazón de la joven era libre, contuvo el aliento para escuchar su respuesta, y cuando después llegó a su oído la negativa de la niña, cuando vió sobre todo, la contrariedad pintada en el semblante de Octavio, algo como una loca alegría inundó su pecho, algo como una esperanza insensata llenó su alma, que ya lo sabemos, ¡era toda de Blanca!

¿Por qué no aceptaba aquel amor?

Octavio, él lo reconocía bien a su pesar, era gallardo, inteligente, noble, capaz de cautivar el alma de cualquier mujer menos impresionable que Blanca; ¿por qué ésta le rechazaría?, ¿se habría fijado ya en otro?; ¿en otro cuya abnegación bastase a suplir las demás cualidades que aquél poseía?

Román vacilaba.

Hay dichas tan grandes que no podemos concebirlas.

Sin embargo, luego, cuando algunas frases vinieron a explicarle que Blanca sufría; cuando la vió derramar algunas lágrimas; cuando sobre todo, la estuvo contemplando tan largo rato en aquella actitud meditabunda y doliente, sus sueños y sus ilusiones se tornaron en tristes realidades, y ya solo pensó en la joven, que era quizá desgraciada, y a quien hubiera dado la vida por devolver la dicha y la alegría.

Por eso, y anhelando solo conquistar su confianza, la preguntó con una voz cuya inflexión estaba tomada sin duda de la dulzura de su alma:

—Blanca, ¿tienes alguna queja de mí?

—¡Yo!—murmuró ella con asombro.—¡Yo!

—¿Has podido dudar alguna vez de mi afecto hacia tí?

Pero ¿por qué me haces semejante pregunta?

—Escucha aún, y déjame llegar hasta el fin.

—Habla.

—Yo quiero que estés cierta de mí... de mi lealtad hacia tí, antes de hacerte la súplica que voy a dirigirte.

—Pues bien, Román, yo he creído siempre que eres un hermano, un hermano afectuoso y lleno de abnegación para mí.

—¡Un hermano! Sí... eso es; así te quería yo cuando eras una niña, muy niña, cuando yo vine a esta casa, donde estabas tú.

Román calló, y Blanca no trató de interrumpir su silencio.

El prosiguió después con voz lenta:

—Nunca hemos hablado del pasado, nunca te he referido mis recuerdos de niño, pero hoy... hoy, no sé por qué acuden a mi imaginación y tengo necesidad de evocarlos ante tí. Todo ello es muy confuso. Yo me acuerdo muy vagamente de una casa, de una aldea, que no era esta, de mi madre... de otros compañeros de mi niñez, a quien yo amaba mucho, ¡mucho!, tanto casi como después te amé a tí!; ignoro si eran mis hermanos; yo sólo sé que vivía para ellos! Un día desaparecieron. El padre Carlos quería buscarlos y yo le seguí. Después me dijeron que mi madre murió a causa de un gran pesar, y que yo estaba solo en el mundo! El padre Carlos tuvo lástima de mí, y ya no me separé de él. Me instalé definitivamente en esta

casa, donde estabas tú. Te he referido todo esto para que comprendas por qué te amé tanto desde que Dios me trajo a tu lado. Había perdido todos mis afectos de niño, y todos se reconcentraron en tí. Desde aquel día tú lo fuiste todo para mi corazón; amaba a mis bienhechores, pero a tí, ¡oh, a tí te quería de otro modo! Eras más pequeña, más débil que yo, y esto hacía que pudiera protegerte, realizar tus deseos, satisfacer tus antojos, y... ¡se ama tanto a los seres que esperan algo de nosotros, que confían, que suplican, que se apoyan en nuestro corazón!; parece que hay algo en esto que halaga nuestro orgullo, que satisface nuestro amor propio, que nos engrandece a nuestros propios ojos. ¡Oh!, y eras tan bella, tan inocente, tan débil, que mil veces te confundía en mi imaginación con los ángeles que rodeaban el altar de la Virgen, y... aún los consideraba menos dulces, menos hermosos que tú! Crecimos juntos; yo, adivinando tus pensamientos, tus deseos; tú, sostenida por mí. Y era yo tan feliz, me consideraba tan orgulloso de realizar tus caprichos de niña, de traerte el pájaro o la flor donde habías fijado tus ojos. !Oh!, cuando sonreías satisfecha ante aquellos presentes del pobre huérfano, me sentía tan feliz, que no me hubiera cambiado por un rey!

Blanca miró al joven, y una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

En aquella sonrisa le enviaba toda la gratitud de su alma, tan sencilla y amante.

Román prosiguió:

—Dime, Blanca, ¿he dejado alguna vez de ser para tí un compañero leal, un servidor adicto, sumiso y fiel?

—¡Tú!; ¡tú un servidor para mí! ¡Oh, no profieras esa palabra; ¡me hace daño!; ¿por ventura, no te he mirado siempre como a mi hermano?; ¿no te he considerado como tal?,—murmuró la joven conmovida y tendiendo su mano a Román.

Este no se atrevió a tocarla.

—Perdonadme,—murmuró sin separar los ojos de las líneas que trazaba en la arena;—pero te he recordado todo esto para saber si estabas segura de mi cariño... de mi adhesión.

—Sí, hermano mío; ¡Oh!, sí, te creo el más bueno de los hombres, el más leal de los corazones.

—Y. . entonces, ¿por qué me ocultas tus pesares?; ¿por qué quieres fingir y me ocultas tus sentimientos?

—¡Yo!—balbuceó Blanca turbada.

—Sí,—prosiguió él con mayor dulzura.

—¡Y crees!...

—Hace poco has sonreído cuando en tus ojos brillaba una lágrima; has querido hacer tranquila tu voz, cuando tu voz temblaba; me has dicho que esperabas a la señorita Estrella, cuando aún tu atención y tu oído se fijaban en los pasos del que se alejaba de tí.

—¡Ah!, ¿sabes?... ¿has visto?...

—¿Por qué te turbas?; los ángeles como tú, no deben sentir que sus palabras lleguen a ser oídas ni vistas sus acciones. Son tan puros siempre, que los demás solo encuentran en ellos algo que admirar y que bendecir.

Blanca inclinó la cabeza, y los dos guardaron silencio.

—Ya habrás visto, que he hecho lo que debía hacer—dijo la joven al cabo.

—Tú haces bien siempre, hermana mía,—repuso Román.

—He rechazado su amor.

—Sí, ya sé que ese hombre te ama,—murmuró Román lentamente—y he sospechado que no has aceptado sus ofrecimientos, pero ignoro por qué.

—Él es rico.

—Mas...

—Es noble.

—¿Y bien?

—Y yo soy pobre... ¡no tengo nombre!; ¿qué soy yo para él?

—¡Ah!,—exclamó Román comprendiendo la idea de la niña.—¡Ah, era por eso!

Toda el alma, todas las ilusiones de Román, se habían exhalado en estas palabras.

—Pero...—preguntó después de un instante;—¿tú amas a ese hombre?

Y su rostro se había cubierto de una palidez tan lívida al pronunciar estas palabras, que a no haber estado Blanca tan absorta en sus propios pensamientos, se hubiera asombrado al fijar sus ojos en aquel semblante.

—¿Le amas?—volvió a preguntar.

—¡No sé!

—¿Cómo?

—Si es amor extremecerse a una palabra, a una mirada, al solo recuerdo de un hombre; si es amor pensar en él despierta, soñar con él al dormir, anhelar verle, y al estar a su lado no ser dueña del corazón, ni del pensamiento, ni de la vida, porque todo se paraliza o se agita en nosotros al impulso de su palabra; si es amor verlo todo sombrío y triste lejos de él, y hermoso y radiante y bello con su presencia, entonces...

—¿Qué?

—Yo le amo, hermano mío, yo le amo con toda el alma!

—¡Ah!

—Me pedías franqueza y confianza, y mira, he abierto ante tí mi corazón a mis propios ojos, que aún no se habían atrevido a mirar a su fondo. Ante tí he hecho el análisis de mis propios sentimientos; ante tí, en fin, me he dado cuenta de que le amo, y de que esta desdicha mía es cierta.

—¡Desdichada tú!

—Sí, y para siempre.

—¿Y por qué?—preguntó Román, que no se aterraba ante su desventura, y que no podía tolerar la idea de la desventura de Blanca.

—¿Acaso lo ignoras?—respondió ella con acento tan dulce como triste—¿acaso lo ignoras?; ya te he dicho que un abismo nos separa; que en la escala social está él muy alto, mientras yo me hallo muy en el fondo, y esta misma distancia nos separa para siempre.

—Y bien,—balbuceó Román con algo de imperceptible consuelo en la voz—aunque esto fuese así, aún puede haber algo en la vida para tí.

La niña movió lentamente su preciosa cabeza, en señal de negativa.

—El tiempo, el olvido...

—Yo no soy de las que olvidan, Román. Yo amaré una sola vez en la vida; al dar mi corazón, lo doy una vez y para siempre; seré muy infeliz, porque nada espero; pero jamás podré olvidar!

Ni una palabra salió de los labios del joven.

Sintió desgarrada su alma, pero supo no lanzar un ¡ay!, ni extremecerse al dolor de la herida.

Hubo un largo silencio.

Los dos sufrían sin esperanza y sin remedio.

Román, más fuerte, más lleno de abnegación quizá, olvidó su duelo y pensó sólo en consolar a Blanca... a lo menos, en sentir con ella, en lamentar la desdicha de aquel funesto amor que, siendo feliz, le hubiera matado a él de celos y dolor, y siendo imposible, le mataba de pena, por ver padecer a la que adoraba como el único bien de su vida.

El corazón de aquel pobre hijo de los campos era tan noble, era tan grande, que ni aun él mismo podía darse cuenta de aquella abnegación, de aquella incomprensible generosidad.

—Si mi sangre vertida gota a gota,—dijo—si mi existencia día por día bastasen para comprar tu ventura, venturosa serías hoy mismo, hermana mía, pero ya sé que nada puede aminorar el martirio de un amor sin esperanza; ¡ay!, ya lo comprendo, pero al menos, cuando estés triste, no sufras sola, confía en mi pecho todos tus pesares. Yo a nadie los diré, bien lo sabes, y al menos sabrás que hay quien te comprenda, quien sienta contigo. ¡Oh, si me fuera dado hacer más!

—Ya sé que eres muy bueno, hermano mío, y que me amas mucho también.

—¿Pero harás lo que te digo, es cierto?

—Sí, sí; yo también necesito un amigo, un confidente; necesito alguien con quien hablar de él, y sólo tú puedes escucharme sin enfado y sin enojo.

Blanca alzó sus ojos, miró al sol, y exclamó:

—¡Oh, sí!,—dijo Román, como despertando de un profundo sueño—todo lo había olvidado.

En aquel instante, el sonido de la campana de la iglesia se dejó oir a distancia.

El protegido del párroco, se pasó una mano por la frente y exclamó:

—¡Qué poderoso es el sentimiento cuando así nos hace olvidarnos de nuestros deberes!; vamos.

Los dos emprendieron la marcha, yendo uno cerca del otro, y ambos conmovidos y llena el alma de emoción.

Blanca, lanzada ya en el camino de las confidencias, refirió a su compañero durante su marcha, el primer encuentro que había tenido con Octavio.

Le contó el peligro que había corrido, y su turbación en presencia de aquellos dos jóvenes a quienes no conocía.

En Mauricio apenas se fijó.

Ni un recuerdo, ni una palabra hubo en su relato para él.

En cambio, ¡con qué pasión, con qué dulzura hablaba de San Marcial!

Las inflexiones de su voz al pronunciar su nombre, tenían caricias, ternura, halagos desconocidos.

En su mirada había más luz, en su frente más hermosura.

El desdichado Román lo oyó todo, y comprendió la pasión que ardía en aquellas frases, en aquellos ojos, en todo el ser y el alma de Blanca.

Y sin embargo, solo pensó en ella: sólo se aterró de aquel amor por ella también.

¿Qué importaban sus propios dolores ante los dolores que aguardaban a Blanca en el porvenir? ¡Nada!

Tampoco sabía si odiaba a San Marcial, si hubiese querido destruirlo, pulverizarlo o darle su amistad.

Y cuando pensaba en esto, se confundía y se aterraba.

¿Amaría realmente a Blanca, o sería un vano capricho y el empeño de un momento lo que le hacía fijarse en ella?

Román se juró a sí mismo, averiguar la verdad.

¿Para qué?

No se daba cuenta de ello.

Pero ¡ay de Octavio, si con un pensamiento había ofendido la pureza de Blanca!; ¡ay de él también, si solo por una burla grosera había turbado su paz!

Al nombre de Dubois, pronunciado por Estrella, al aspecto de aquel hombre, médico y amigo del padre de la joven, Daniel se había extremecido y vacilado como se extremece y se aturde el infeliz a quien descargan un terrible golpe en la cabeza.

En un principio su palidez, su emoción, estuvieron a punto de vender el secreto que ocultaba en el fondo de su pecho, y de hacer

creer a la señorita de Merán que tenía algo de común con el doctor, a quien tanto estimaba su padre.

Después consiguió rehacerse.

La reflexión vino en su ayuda, y pudo pasar antes que notaran su turbación.

—¡Qué locura!; ¡es imposible que sea él! ¿Acaso un nombre solo es bastante para hacerme turbar así?; ¿no habrá muchos que le lleven también? Vamos, desechemos esta idea, o por mejor decir, procuraremos tener valor y analizar esta situación.

Y de este modo tuvo fuerza de voluntad suficiente para ocultar su angustia, y cuando se separó de las dos amigas, ni una ni otra habían podido notar la tempestad que el nombre del doctor había despertado en su alma.

Se había alejado de ellas prometiéndolas su ayuda, y asegurándolas al par que volvería a la casita de la Hondonada del Bandido, para ver si podía llegar hasta la mujer secuestrada allí.

Daniel se volvió a casa de D. Luis, llevando un mundo de dudas y temores en el alma.

Cuando cruzó los dinteles de aquella morada, donde había hallado un puerto en el naufragio de su vida, la mujer que servía de criada a su protector.

—No entréis en el despacho del señor,—le dijo;—tiene una visita, y yo creo que es muy importante.

—¿Una visita?

—Sí.

—¿Alguna de las personas del pueblo que quizá necesita de él?

—¿Del pueblo?; no, señor, yo las conozco a todas y no es ninguna, puedo jurarlo.

—¿De las cercanías quizá?

—No; su aspecto no es el de un cualquiera; es un caballero, un caballero de la ciudad.

—Algún amigo antiguo tal vez.

—Yo pienso que no.

—¿Por qué?

—Porque al entrar y ver a mi señor, oí que le dijo: ¿Sóis vos el notario de esta localidad?

—¡Ah!

—Lo cual prueba que no le conocía.

—Tenéis razón, señora Teresa, y me voy a mi cuarto, sin entrar en el despacho de D. Luis.

Daniel atravesó el portal de la casa y cruzó por un pequeño recibimiento, donde en primer término estaba la puerta de una gran sala, que servía de despacho, biblioteca y archivo a D. Luis, merced a algunos armarios de roble colocados en la pared, y en cuyas tablas y compartimentos numerados estaban encerrados todos los legajos de interés. Después de esta pieza, y en el mismo recibimiento, estaba la entrada a las demás habitaciones de la casa.

El jorobado adelantaba lentamente para llegar a su cuarto: iba pensativo y turbado aún por los recientes acontecimientos.

Al llegar en medio de la estancia, se detuvo bruscamente.

El timbre de una voz que sonaba en el despacho de su protector, le dejó clavado en el suelo.

Prestó oído, pero D. Luis era el que hablaba entonces.

Daniel hizo un ligero movimiento melancólico, pasó una mano por su frente, y murmuró:

—¡Qué locura!; en todas partes creo oir ese acento.

Y siguió adelante, hasta penetrar en su dormitorio.

Allí se dejó caer en una silla, y ocultando la frente entre sus manos, meditó profundamente.

El pobre huérfano, que había vivido casi aislado con su madre en aquel pequeño rincón del mundo; que no había tenido hasta entonces más amigo que el buen anciano que antes le servía de maestro y ahora desempeñaba el papel de padre, se encontraba en una situación tan penosa como difícil de resolver.

De pronto, y en menos de un mes, se habían descubierto a sus ojos grandes misterios y grandes abismos de la vida.

Había sabido la historia de su madre, en la que por su mal había aprendido a saber cuántos crímenes y cuántos dolores existen ocultos en este mundo.

Este aprendizaje cruel, le había enseñado a temer, a dudar de todo.

Luego, aquella mujer, aquella infeliz, presa y oprimida por otros que sin duda hacían un brillante papel en la sociedad, y aquel desconocido, aquel hombre cuyo nombre me había aterrado, ¿quién era? ¿quiénes eran todos? ¿tendría alguna relación la historia de

Lucía con la de la desventurada que gemía en la casita misteriosa?

El jorobado no lo podía adivinar.

En medio de sus reflexiones, oyó que la puerta del despacho se abría para dar paso al desconocido, que sin duda había ventilado ya con D. Luis el negocio que le había traído.

Esto debió ser, porque el joven oyó pasos que se alejaban y el ruído de la puerta al girar sobre los goznes.

Por un impulso inexplicable, corrió a la ventana para mirar al que salía, y su labio estuvo a punto de lanzar un grito, y tuvo que agarrarse al alféizar de la ventana para no caer.

—¡El es!—murmuró muy bajo—¡él es, no hay duda!

Y dirigiéndose a la entrada, fué rápidamente en busca de su protector.

Este se hallaba aún en el mismo sitio en que le había dejado el visitante desconocido; esto es, ante la mesa de despacho, sobre la cual se veía un paquete cerrado y lacrado con cuidado.

D. Luis se volvió al ver a Daniel, y le dijo con su bondad habitual:

—¡Ah!, ¿eres tú, hijo mío?; he preguntado por tí, y me han dicho qne te hallabas fuera de casa.

Pero viendo el silencio y la palidez del joven:

—¿Qué tienes?,—añadió con un principio de cuidado—¿qué te pasa?, ¿estás enfermo quizá?

—¡Oh!, no, padre mío, no,—respondió el joven.

—Estás agitado, descompuesto.

—Quizá, pero...

—Explícate.

—Respondedme ante todo; respondedme, os lo suplico.

—¿Qué deseas saber?

—¿Quién es el hombre que acaba de salir ahora mismó de aquí? ¿es, por ventura, amigo vuestro?

—No, hijo mío; hoy le he visto por primera vez.

—¿No le conocéis?

—Bien poco, por cierto; pero sin duda debe vivir, o al menos habitar ahora muy cerca de aquí.

—¿En el castillo de Amayora quizá?

—Pudiera ser, pero...

—¿No sabéis su nombre?

—Eso sí, mira.

Y el notario tomó el paquete cerrado y lo mostró a Daniel, que leyó escrito sobre él:

«Marx de Dubois.»

El jorobado dejó escapar el pliego cerrado, que rodó hasta la mesa. ¡Tal era el temblor que agitaba su mano, y no pudiendo tenerse de pie, se dejó caer sobre la silla que poco antes había ocupado el doctor!

D. Luis le miraba tan atónito como sorprendido.

—Y... ¿a qué ha venido aquí?,—preguntó Daniel, cuyos labios, blancos como el papel, apenas podían dar paso a estas últimas palabras.

—A depositar en mis manos este pliego—respondió el notario.

—¡Ese pliego!

—Sí.

—Mas... ¿por qué?

—Dice, que cree le amenazan algunos peligros.

—¡Oh!,—exclamó Daniel, estremeciéndose a su pesar—¡un peligro!

—Y ha querido poner en seguridad esos papeles que, según dice, encierran secretos de gran importancia.

—Proseguid,—dijo el joven, alentando con dificultad.

—Me ha exigido la formal promesa, de que si dentro de dos meses no viene él en persona a reclamar y recoger ese depósito, iré yo mismo a entregarle al Juez de Instrucción del distrito.

—¿Nada más?

—Nada más. Me ha hecho firmarle un recibo de su depósito, y se ha despedido hasta el día que venga por él.

—¡Oh!, ¿qué será?

—¿Te interesa?

—¡Más que la vida!; ¡si usted pudiera comprenderlo!

—Ya sabes que respeto tus secretos, y que sólo conozco los que tú me quieres confiar. Sin embargo, hijo mío, en todas las luchas, en todos los dolores de la vida, queda un consuelo para las almas honradas. El gran consuelo que proporciona el cumplimiento del deber.

Daniel inclinó la frente y colocó sobre la mesa el paquete, cuya letra miraba con profunda atención, y como fascinado ante aquel nombre y ante aquellos caracteres que le recordaban las cartas que poseía, halladas entre las memorias de su madre.

El notario le tomó con aspecto grave, abrió uno de los armarios y le colocó en un hueco, marcado con el número 30.

Después abrió un gran libro que le servía de registro, y escribió en una de sus hojas, y tras la fecha del día, estas palabras: «Marx Dubois, 8.»

Cerró cuidadosamente el armario, dejó la llave en uno de los cajones de la mesa escritorio, y acercándose a Daniel, cuyos ojos no habían perdido uno solo de sus movimientos:

—Vamos, hijo mío,—le dijo—es ya tarde, estás muy agitado, ven, tomaremos algún alimento, y luego iremos juntos a pasear al campo; iremos también, si quieres, a visitar el sitio en que reposa tu madre, a rezar sobre su cruz y a rogarle que vele por tí desde el cielo.

El jorobado, mudo y sin aliento, se levantó con un ademán automático, y siguió a su padre adoptivo con la sumisión y la docilidad de un niño.

CAPÍTULO VII

La noche había cerrado por completo

Una noche tormentosa de verano, de atmósfera cálida y fatigosa y de viento irrespirable.

Las nubes, agrupadas unas junto a otras por el huracán, empezaban a dejar caer sobre la abrasada tierra anchas y calientes gotas de espesa lluvia.

De vez en cuando un rumor lejano, al que seguía una azulada y rápida claridad, anunciaba que la tormenta se acercaba tan veloz como poderosa.

En aquella hora y en tales momentos, los campos estaban completamente solos, pues nadie se hubiera atrevido a dejar su morada ni a exponerse al furor de la desencadenada tempestad.

La aldea estaba en el mayor silencio.

Las casas, cuidadosamente cerradas, pues a más de la lluvia y el viento, era ya muy tarde.

D. Luis se había separado de Daniel hacía ya algunas horas, y dormía profundamente, con la tranquilidad de una conciencia pura que ha fiado a Dios el cuidado de velar por su descanso.

El pobre jorobado era el que solo no podía reposar.

Estaba resuelto a descubrir algo del misterio que entrevía en torno suyo; misterio en el cual estaba interesado su corazón de una manera terrible.

Quería saber quién era el doctor amigo del conde, y qué relación había en su vida con la del padre de Estrella. De Estrella, el ángel

de sus misterios y tristes amores. De Estrella, el único faro que alumbraba la noche de su destino.

Una persona podía revelarle quizá alguno de los secretos cuyo descubrimiento tanto anhelaba, y esta persona era la mujer que gemía oculta en la casita abandonada, puesto que con ella le había visto hablar en aquella noche que la escuchó por vez primera.

Daniel estaba resuelto a salvar a aquella infeliz; estaba decidido a hablarla, a hacerla decir toda la verdad.

El joven, pues, velaba en su estancia.

Aquella noche intentaba ir a la Hondonada del Bandido, y esperaba que ningún ser viviente pudiera verle ni en la calle ni en el camino.

El momento no podía ser más favorable a sus deseos.

—Vamos,—dijo,—contemplando desde su ventana el desorden de los elementos;—estoy seguro que a ninguno hallaré en el trayecto largo y solitario que tengo que recorrer. La tormenta los retrae a todos; a todos, no... a mí me es indiferente, porque es mayor mil veces la tempestad que agita mi alma, que la que estremece el espacio y oscurece el cielo. Sí, vamos, pues; es forzoso, necesito saber si ese hombre es mi... necesito, sobre todo, saber qué lazos le sujetan al padre de Estrella.

Y saltando sobre el alféizar, se deslizó desde allí hasta el suelo que, como ya sabemos, estaba a muy poca altura y muy fácil de franquear.

Daniel, al verse en medio de la calle, miró a todas partes, y aunque la oscuridad era profunda, se convenció de que estaba solo.

Echó a andar, y pocos momentos después se hallaba fuera del pueblo.

El joven aceleraba el paso en medio de las tinieblas, pues conocía perfectamente el terreno, y sobre todo, porque la fiebre y la impaciencia parecían prestarle alas.

A veces tenía que detenerse y enjugar su frente abrasada, pues la lluvia que caía, espesa y abundante, empapaba sus cabellos y cegaba sus ojos.

De este modo, y después de mucho tiempo de marcha, divisó a la luz de un relámpago destacarse, perdida entre los jarrales, la fachada de la casa arruinada donde estaba oculta la desconocida.

Daniel buscó la entrada del mismo modo que la vez anterior, y aunque con más dificultades, pudo llegar hasta la cerca que precedía al pequeño patio donde estaban las rejas y la puerta falsa de la casita.

Una vez allí miró a todos lados con afán, procurando hallar un medio de poder saltar la tapia.

—¡Oh!—murmuró, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos; —debí haberlo previsto, debí traer una escala, una cuerda... algo que me ayudase a subir.

Daniel buscó a tientas, y tropezó con un árbol seco y casi arrancado, pero caído contra la tapia.

—Dios me escucha sin duda,—pensó;—este tronco puede servirme de escala; probemos, pues.

Y con una agilidad y una fuerza de las que nadie le hubiera creído capaz, valiéndose de aquel palo, apoyando los pies, que había cuidado de descalzar, en los desconchados y huecos de la pared, logró llegar a la tapia.

—Cualquiera me juzgaría un salteador nocturno. ¡Oh!, si es verdad que esto ha sido la madriguera de un bandido, al verme así y en esta hora los sencillos labriegos de las cercanías, podrían juzgar que el espíritu de aquel miserable aún vaga por estos sitios y aún se ejercita en escalar los muros.

El pobre jorobado sonrió con amargura, mientras cabalgando en la estrecha planicie de la tapia, buscaba un sitio por donde deslizarse hasta el patio.

—Bajemos,—dijo resueltamente y harto de aquel examen;—morir de la caída o morir de angustia, ¿qué más da?

Y sujetándose con las manos de la mejor manera que pudo, se dejó caer, cerrando los ojos y murmurando el nombre de Dios.

¿Quién sabe si esto le salvó?

¡Dios es el amigo de los desgraciados!

Al llegar al suelo, sintió una fuerte conmoción, un ligero desvanecimiento, pero nada más.

La pared por aquel lado, tenía apenas cuatro metros de altura.

Pasado el primer momento de emoción y repuesto un tanto, el huérfano se levantó, dió algunos pasos, y dijo con satisfacción:

—¡Ileso!, ¡gracias, Señor! Ahora vamos a hacer lo más difícil.

Y andando en la oscuridad, procuró buscar las ventanas que daban al cuarto de la reclusa.

Un azulado relámpago, le mostró lo que anhelaba.

—¡Ah!,—exclamó—la tempestad me favorece, prestándome luz; adelante.

Y llegando hasta la reja, extendió la mano y tocó suavemente en las maderas.

—¿Quién está ahí?—preguntó una voz, timbrada por la agonía y el terror—¿quién está ahí? ¿sóis vos, doctor?

El corazón de Daniel, latió con violencia.

No sabía qué contestar a aquella pregunta.

La encarcelada tenía miedo; su acento y el estar tan desvelada y tan atenta al ruido exterior, lo demostraba.

Si él decía que no era la persona nombrada por ella, acaso su temor aumentaría y fuera a refugiarse en lo más interior de la casa, sin contestar ni acercarse a la reja.

Daniel pensó todo esto en un segundo, e iluminado por un recuerdo y una idea repentina:

—Elena,—dijo solo—Elena.

Este nombre era el mismo que él había oído dar a la desconocida por el doctor, la noche que los escuchó hablar desde aquel mismo sitio.

—Entrad, entrad por piedad;—murmuró la pobre mujer con afán —habéis tenido compasión de mí, habéis pensado en mi espanto al hallarme sola en medio de tanto horror, y habéis venido. ¡Oh, por vez primera me causa alegría vuestra llegada!

—Tened valor, señora,—murmuró el jorobado, dando a sus palabras toda la dulzura y el respeto que pudo acumular en su voz—tened valor; no estáis sola, ni ya lo estaréis nunca; hay un amigo que se interesa por vos, que quiere acompañaros.

—¡Un amigo!—balbuceó Elena acercándose instintivamente a la reja—¡No tengo ninguno!

—Lo soy yo.

—¿No me engañáis?

—¡Oh!, no señora; os lo juro por la memoria de mi madre, y que fué, como vos, muy desgraciada.

—Un hijo que jura por la memoria de su madre, debe decir verdad; de lo contrario, sería muy culpable y muy infame.

—Pues bien; os repito, que juro en nombre de la mía, ser casi un hijo vuestro, interesarme por vos.

—Pero ¿qnién sóis?—se oyó exclamar a Elena con esperanza y con afán.

—Un huérfano; ya lo he dicho,

—¿Y a qué habéis venido?

—A pediros un servicio, y a ofreceros, en cambio, los míos.

—¿Y qué clases de favores puedo prestar, yo que estoy?...

Calló Elena.

Sin duda no se atrevía a decir más.

Al cabo de algunos instantes, preguntó titubeando:

—¿De qué me conocéis?

—De haberos oído hace pocos días, y en este mismo sitio, hablar con un hombre que os amenaza, que os oprime.

—¡El doctor Dubois!,—murmuró la infeliz, sin ser dueña de contenerse.

—Sí, Marx de Dubois,—prosiguió Daniel marcando mucho la frase—Marx de Dubois ¿no es ese su nombre?

—¡Oh, sí, ese es!

En el acento de Elena, había tanta amargura como terror, al pronunciar aquellas frases.

El jorobado se enjugó el sudor de la frente.

Su corazón latía con violencia; si hubiese sido de día, hubiera espantado la lividez de su rostro.

—Pero... ¿por qué os tiene aquí ese hombre?—preguntó con afán y casi con desesperación el infeliz—¿por qué os tiene aquí?

—¡Oh, no puedo decirlo!; nos mataría quizá;—exclamó la pobre reclusa torciéndose las manos—¡no puedo!

—Señora...

—¿Sé yo acaso si es él mismo quien os envía? ¿sé acaso si quiere probarme para tener derecho a cumplir su juramento? Nadie sino él, sabe donde me encuentro; nadie sino él, sabe mi nombre; mi nombre, que vos habéis pronunciado, y que él solo ha podido deciros.

—¡Señora, señora, os aseguro que no!; ¡que sólo una casualidad me ha revelado, o por mejor decir, ha revelado a un ángel vuestra estancia aquí.

—No os comprendo; ¿quién es ese ángel de quien habláis?

—De la señorita Estrella, cuyo castillo se halla a larga distancia,

pero se distingue desde aquí. Ella sabía que esta casa derruída estaba deshabitada, porque pertenece a sus padres, y sin embargo, una noche vió luz y creyó oir:...

—Pero ¿quién es esa Estrella? ¿cuál es ese castillo?

—El de Amayora.

—No le conozco.

—Pertenece al conde de Maravel—se apresuró a decir Daniel.

—¡Al conde de...!—respondió Elena con espanto.

—Sí, sí; y la señorita Estrella es su hija, su hija menor, la pura, la más dulce y la más buena de las criaturas.

Un grito ahogado respondió a estas palabras, y Daniel pudo oir los pasos de la desconocida, que corría para alejarse de la reja.

Daniel, estremecido y absorto, exclamó con afán:

—¡Oh!, no os alejéis, señora; yo os juro que soy vuestro amigo, yo os juro que sólo me trae aquí el anhelo de vuestro bien.

La desconocida guardó silencio aún, y el pobre jorobado creyó sentirla sollozar.

—¿Lloráis?—la dijo, con un acento que partía del corazón—¡ay!, yo también sufro, yo también tiemblo, y vuestro mutismo y vuestra desconfianza, aumentan ahora mi desesperación y mi angustia.

—Pero ¿a qué habéis venido? ¿qué pretendéis de mí?

—Hace un instante, conoceros, prestaros mi ayuda, deciros que, debido a la casualidad... mejor dicho, al deseo de «complacerla», y porque ella mostró interés en esto, vine aquí en medio de la noche a espiar estos sitios, sin temor ni vacilación alguna; que sorprendí el misterio de vuestra estancia aquí; que, como un salteador robé, escalando tapias y saltando vallados, un secreto que no me pertenecía; un secreto, en el que se encierra tal vez un crimen, la vida y la honra de dos hombres, y ¡ay! la paz y la calma de dos seres inocentes, sí, inocentes, os lo repito, aunque estén ligados a dos culpables.

Daniel enmudeció.

Cansado de aquel esfuerzo, dejó caer la frente entre sus manos, y la desconocida pudo oir a través de las maderas de aquella ventana, sus amargos suspiros, sus sollozos quizá.

En la voz del huérfano, en la vehemencia de sus frases, había tal sinceridad, que la infeliz reclusa sintió desvanecer sus sospechas y sus temores; y aproximándose de nuevo a la ventana:

—Caballero,—dijo débil y pausadamente—no sé quién sois, no puedo ver en vuestro semblante ni leer en vuestros ojos la sinceridad de que blasonáis; sin embargo, creo en vos, doy fe a la protesta de vuestra lealtad, creo que sólo la casualidad os ha hecho llegar hasta mí, y os diré lo que deba... lo que puedo sólo. Sí, es cierto; vivo hace muchos años. . ya no sé cuántos, porque cuando se ve pasar la existencia sola, aislada, privada del trato y de la sociedad, en horrible cautiverio, en fin, se pierde la noción del tiempo, se pierden las ideas, ¡se pierde todo! Vivo, como os decía, presa, sin voluntad, sin aire ni luz a veces; vivo a merced de un hombre a quien odio, a quien juzgo el mayor de los asesinos, porque el que mata de una puñalada, no hace sufrir a su víctima más que un golpe, no la quita más que una vida, y yo sufro hace ya largos años, y he muerto moralmente, asesinada por él.

—¡No os comprendo!—murmuró Daniel atónito.

—Ni es necesario, porque nada podríais hacer por mí.

—¿Nada?

—Eso es lo cierto.

—Pero...

—Yo misma, que acabo de confiaros mi desventura; yo misma os suplico de rodillas que la guardéis en vuestro pecho. Más aún, si esta puerta, si esta reja se abriera para mí por vuestra mano; si pudiera huir de esta casa donde tengo miedo, donde el silencio y la soledad me espantan, donde paso las noches temblando y creyendo percibir el rugido de las fieras, el lúgubre aullido de los animales salvajes, ¡no lo haría, no me movería de aquí!; ¡de aquí, donde más que las llaves y los cerrojos, me sujeta otro terror, otro temor más grande aún! ¡El que se siente por el peligro de los seres que son la mitad de nuestra alma, nuestro corazón entero! ¡Oh!, caballero, caballero, en nombre de Dios, no procuréis salvarme, olvidad lo que os he dicho en un instante de locura, y huid, huid de aquí, sin volver nunca, no sea que él venga y me sorprenda hablando con vos! ¡Esto sería espantoso, esta sería mi mayor desgracia, esto causaría vuestra muerte y quizá la de ellos!

Había tal angustia en la voz de aquella infeliz, que Daniel se sintió profundamente conmovido.

A punto estuvo también de ceder a aquella súplica y de dar al olvido sus propósitos.

Poco después, más interesado cada vez en aquella historia:

—Tranquilizáos, señora,—dijo, haciendo penetrar siempre por los huecos de las mal unidas tablas su voz persuasiva—tranquilizáos; en esta noche nadie vendrá; es demasiado horrible, para que se decida a exponer a sufrir el rigor de la tormenta.

—¿No estáis vos aquí?

—¡Yo!, yo, es diferente; los desgraciados no le tememos a la muerte.

—¿Tanto lo sóis?

—Tanto, señora, como el que no tiene esperanza; peor aún, tanto como el que sufre mucho, y sólo aguarda ver aumentarse su infortunio.

—¡Ah!

—Pero no hablemos de mí.

—¿Por qué?

—Porque ya lo he dicho; sólo he venido aquí por vos.

—Ya véis que es imposible hacer nada en mi favor. ¡Los miserables tienen bien tomadas sus medidas!

—Sin embargo...

—Tienen prendas que aseguran su impunidad.

—Y si conociendo vuestros secretos, pudiera yo...

—¡Nada!

—Con la fuerza o con la astucia, se puede hacer mucho.

—La fuerza, nadie podría emplearla; ¿quién soy yo para eso? la ley tampoco, porque mi nombre está borrado de la lista de los vivos y escrito sobre una tumba; ¡me tacharían de locura, si le pronunciase tan solo! ¡La astucia! ¿quién más astuto que ellos?

—¡Ellos! ¿luego son dos?

—Sí, el doctor Dubois fué la mano que ejecutó, y Fausto de Merán, la voluntad que ordenó.

—¡El doctor! ¡Fausto!

—Sí; el conde de Maravel; hoy, el rico y poderoso conde de Maravel.

—¡Mi padre! ¡el padre de Estrella! ¡Oh, una desdicha misma nos cobija a los dos! ¡los dos somos inocentes, y hemos nacido en una atmósfera de crimen!—murmuró Daniel, pero tan bajo, que su voz no llegó al oído de la prisionera.

Pasados algunos instantes, el jorobado alzó la frente.

Enjugó sus cabellos, empapados en la lluvia que ya empezaba a decrecer, y fijando una mirada en el cielo, se le escuchó decir:

—¡Madre mía!

Aquella palabra, encerraba toda el alma del huérfano.

El recuerdo de Lucía palpitaba en ella, lleno de amor, de santidad, de resignación, y este recuerdo tan querido y tan dulce, atraía a su corazón sentimientos de piedad y de sacrificio, y a su mente ideas de grandeza y de heróica abnegación.

«Ama y perdona», le había dicho su madre al morir; «ama y perdona», le repetía aún desde el cielo, y Daniel se sentía dispuesto a olvidar, pero también a remediar el mal.

Quería perdonar a los verdugos, pero antes era preciso salvar a las víctimas! ¿Cómo podría hacerlo él, débil, solo, sin medios, sin recursos, sin saber siquiera qué debía hacer, ni el camino que podría seguir?

¡Ay, que todos sus trabajos, todas sus nobles resoluciones se iban a estrellar contra sus impotencias!

Para librar a aquella infeliz, para realizar así un acto de justicia, empresa que debe emprender todo corazón honrado, le era preciso descubrir y perder, no sólo a su padre, sino también al padre de Estrella, autores de un delito que él desconocía aún, pero que era horrible sin duda.

El pobre Daniel, estaba para volverse loco.

—Señora,—murmuró al cabo—el día se avecina, la aurora empieza a despuntar en el horizonte, y las sombras de la noche, alejándose al par que las sombras de la tormenta, quizá atraerán a estos sitios algunas personas que no deben saber que yo he venido, que hemos cruzado nuestra palabra; tal vez vuestros mismos guardianes...

—No, ellos no; ellos no se arriesgan a venir de día.

—Sin embargo, después de la noche pasada, deben temer por vos.

—¡Temer por mí! Pero sí, tenéis razón. Sin duda temen mi muerte, porque con ella se frustraría su más ardiente esperanza; ellos temen mi muerte, porque la muerte sellaría unos labios, a los que en vano tratan hace tantos años de arrancar un secreto, el secreto que conserva la mitad de la fortuna de mis hijos. Los infames quieren que les revele el lugar donde se encuentra el oro que constituía

la herencia de su infeliz padre, de mi esposo; lugar que yo sola sé, lugar que he callado hasta aquí; pues sin saber por qué, me alentaba siempre la esperanza, y además, porque mi silencio ha sido el baluarte que ha defendido mi vida. Mientras esperen saber por mí dónde está ese tesoro, me respetarán, me dejarán vivir; el día que yo hablase, creedme, sería el último de mi existencia.

—Pues bien; guardemos ambos las precauciones necesarias para que no sospechen que nos hemos visto, que podemos entendernos; yo volveré, volveré a traeros al menos el consuelo de que sepáis que hay quien se interesa por vos, quien está dispuesto a obedeceros, y que daría mi sangre por seros útil, devolveros la ventura y la felicidad.

—¡Oh, sí, venid alguna vez! ¡hace tantos años que no escucho una palabra de compasión, que desde que oigo vuestro acento, me parece que soy menos infortunada!

—Antes de separarnos, quisiera pediros una gracia.

—¿Cuál?

—Un favor grande, ¡demasiado grande sin duda!

—¿Qué puedo hacer yo?

—¡Oh!, sí, señora.

—¡Yo, que tan impotente soy!

—Sí, vos sola.

—Hablad.

—Vos, señora, sóis muy desventurada, y debéis orar mucho; ¡los desgraciados piensan mucho en Dios!

—¿Y bien?

—Las plegarias de los que sufren, tienen siempre eco en el cielo; pedid, pues, por mí... pedid por vuestros enemigos, ¡no los maldigáis!; la maldición que cae sobre la cabeza de los padres, debe pasar sobre la cabeza de los hijos, y los suyos, acaso no son culpables.

—Haré lo que deseáis, caballero; os lo prometo.

—Gracias y adiós.

—Adiós, hasta...

—¡Pronto!; necesito veros, necesito mucho de vos.

A través de las maderas de la ventana, se dejó oir un leve suspiro. Elena despedía así, aquel nuevo y desinteresado amigo.

En cuanto a Daniel, se alejó lentamente y con las mismas precauciones con que había llegado hasta allí.

Una hora después, y antes de que ningún vecino de la aldea hubiera abierto sus puertas, entraba en su modesto cuarto tan cansado y falto de fuerzas, que se dejó caer en su lecho, no a dormir, sino a meditar en los sucesos que le rodeaban, y a firmar su resolución de salvar a la prisionera y luchar contra Dubois y el conde, mas él solo y sin ayuda de nadie, pues quería vencerlos, pero sin causar su perdición.

¡Pobre Daniel, qué sentimientos tan encontrados combatían su corazón!

—Cuando me serene un poco,—dijo al apoyar su cabeza en la almohada—cuando me serene un poco, volveré a leer los papeles de mi madre, y ahora... ahora, tal vez los comprenda mejor, y logre desenredar esta horrible madeja, de cuyos hilos está pendiente, no mi felicidad, porque yo no puedo nunca ser feliz, sino el cumplimiento de mi deber y el porvenir y la dicha de la señorita de Morán. ¡Oh!, si yo evito la perdición de su padre, que tarde o temprano debe sobrevenir, siendo culpable; si yo lo evito, y ella no tiene que derramar amargas lágrimas! ¡Qué ingrato soy, Dios mío, qué ingrato soy con vos!; ¡decía que para mí no existe la felicidad, cuando acaso pueda hacer algo por Estrella!

CAPÍTULO VIII

Adriana, la orgullosa hija de Fausto de Merán, luchaba en vano contra la poderosa influencia que de día en día ejercía sobre su corazón el sentimiento de un profundo y apasionado amor.

La superioridad de Julio, su inteligencia y la elevación inmensa de su alma, le habían hecho nacer, y luego la imaginación de la joven, sus esfuerzos por arrancar de su memoria la imágen de aquel hombre, su anhelo por apagar aquella llama, la habían agitado con mayor fuerza, haciéndola crecer más.

Una cosa, sobre todo, la preocúpaba y la estremecía.

¿Qué sentimiento había ella inspirado al secretario de su padre?

Lo ignoraba, porque Julio, a su vez, ponía el mayor empeño en ocultar sus impresiones.

Por distintas causas que ella, pero por razones más fuertes, el joven también trataba de vencerse a sí mismo y de dominar la poderosá influencia con que la hermosura de Adriana le trastornaba y le enloquecía.

La idea de su diferente posición, el sentimiento tan grande en él, de su dignidad y su decoro, le alejaban de ella, abrían un abismo entre ambos, y hombre y con más fuerza de voluntad que una mujer, sabía huir de su lado, sabía apagar el fuego de su mirada cuando sus ojos se fijaban en ella, sabía hacer enmudecer a su boca cuando alguna palabra imprudente iba a escaparse de su labio, sabía, en fin, contener los violentos latidos de su corazón, cuando al hallarse en su presencia quería saltar de su pecho.

La señorita de Merán, acostumbrada a las alabanzas y a los homenajes siempre, no podía avenirse a la reserva del único hombre de quien hubiera querido escuchar lisonjas.

Con inmensa amargura, con profundo enojo hacia sí misma, recordaba el modo ofensivo con que había hablado del joven la primera vez que le vió, y hubiera dado la mitad de su vida por borrar aquellas frases.

Pero ¡ay! que la palabra pronunciada es la gota de agua que cae sobre la arena, y todo el poder y el empeño del hombre, son impotentes para recogerla.

A veces, y cuando creía notar una chispa de pasión en la mirada de Julio, un movimiento impremeditado de admiración o de amor hacia ella, también una duda cruel venía a amargar la dicha que la hubiera dado aquel triunfo.

Porque entonces recordaba que era rica, noble, envidiada, y pensaba si su ilustre nombre o su fortuna, serían los que enamoraban a Julio, que podía ver en ella un brillante porvenir.

Esta injusta y ofensiva sospecha, tenía la duración de un relámpago, pero bastaba a sembrar en su pecho la incertidumbre y la agonía.

Así se pasaba el tiempo, pero así, la bellísima y altiva Adriana, era por cierto, bien desgraciada.

Bien desgraciada, sí, porque los primeros suspiros que se escapan de unos labios acostumbrados siempre a sonreir; las primeras gotas de llanto que brotaban de unos ojos que todo lo han visto por un prisma color de rosa; las primeras contrariedades que se oponen a esas voluntades vírgenes e impetuosas y absolutas, son más rudas y más terribles mil veces que los dolores que agobian un alma acostumbrada ya al sufrimiento.

Julio llevaba muchos días de estar más pálido y sombrío que otras veces.

También sufría, porque comprendía que iba a llegar la ocasión en que pudiera venderse.

Uno de los huéspedes del castillo, el marqués de Montelima, se había enamorado locamente de Adriana, y se mostraba resuelto a obtener su mano.

El marquesito no había reservado a nadie sus pretensiones, y a todos auguraba ya una unión, que no podía por menos de satisfacer al conde.

Los celos, podían hacer lo que no había hecho la pasión.

Es fácil o posible ocultar el amor; pero es imposible ocultar el odio.

Las agonías de un corazón enamorado que lucha con los obstáculos y las dudas, pueden tolerarse, es hacedero encerrarlos dentro de pecho.

Pero la vista de un rival dichoso, que posee el bien que nos ha sido negado; el espectáculo de una felicidad, que era la ilusión de una vida entera, eso ni hay fuerzas humanas para soportarlo impasible, ni hay corazón tampoco que lo pueda resistir, sin que los demás lo sospechen.

Julio pensó en todo esto.

Temió que Adriana correspondiera al afecto que tan sin rebozo se la ofrecía, y se decidió a poner término a aquella violenta situación.

Pidió una entrevista al conde, y éste se la concedió, sin darle la menor importancia.

Adriana, que se hallaba en el cuarto de su padre cuando fueron a decirle que Julio les aguardaba en el despacho:

—¿Para qué te necesita tu secretario, padre mío?—le preguntó con un acento que procuraba en vano hacer indiferente.

—No sé,—contestó el conde tranquilamente—alguna pregunta, alguna duda quizá con respecto a su cargo; ¡es tan exacto!

—Sí, ya sé que él desempeña su cometido con acierto y puntualidad, y que tú le distingues y le tratas, más que como a un empleado, como a un déudo.

—¡El lo merece!—dijo Merán un poco turbado.

—Y... sin embargo, de tus bondades, creo que... no sé, pero parece que no está muy satisfecho.

—¡Bah!, no lo pienses.

—Sin embargo...

—¿Qué le puede faltar?

—¡Quién sabe!

—¿Tú supones?...

—Nada, pero si te llamase para hacerte cualquier petición...

—¿Temes que le conceda demasiado?

—No, no, de ningún modo; antes bien, me intereso por él, y te ruego que le otorgues cuanto te pida.

—Lo haré así, señora caprichosa. Ya sabes que eres la reina absoluta de mi voluntad, que no sé negarte nada de lo que deseas; porque te quiero tanto, tanto... ¡Oh, si tú lo supieras!

—¿Por ventura lo dudo yo? ¿dejo de pagarte ese amor tampoco?

—¡Oh, no!

—Tú, bien lo sé, eres el padre más indulgente, más bueno, más afectuoso; pero tienes en mí a la hija más amante, más agradecida, más... pero mira, con hablarte de mí, me olvidaba que Julio te espera; ve, no le hagas aguardar; a ciertos seres, hay que tratarlos con mucho cuidado, con mucho... y ese joven es uno de ellos; ve, padre mío, ve, no quiero yo ser un obstáculo para que dejes de hacer lo que debes.

Y Adriana, con un mimo y una coquetería sin igual, si puede usarse esta frase tratándose de su padre, abrazó al anciano, empujándole suavemente hacia la puerta del despacho.

—¡Oh, Adriana, Adriana, hija mía!—dijo el conde correspondiendo con pasión a aquellas caricias—¡ámame siempre mucho, mucho; tus caricias son para mí la vida, la esperanza, el consuelo; por tí, sería capaz de todo; por tí, quisiera ser el más grande, el más perfecto de los hombres, para que mi grandeza y mi perfección, recayesen en tí.

—¡Oh!, y lo eres; todos dicen que eres muy bueno, y yo me siento orgullosa de ello, porque las acciones de los padres, son la garantía del porvenir de los hijos.

El conde palideció densamente y balbuceó estremecido y aterrado:

—¡Adriana!

—Ve,—repitió la joven, sin notar la emoción del conde—no olvides que tu secretario te espera.

El conde salió de la estancia, sin pronunciar una sola palabra más.

Cuando Adriana quedó sola:

—¿Qué pretenderá Julio de mi padre?—murmuró—¿qué le irá a decir? ¡Oh, yo lo sabré!

Y rápida como el pensamiento, sin apoyar casi la planta en el suelo, penetró en la alcoba del anciano, que comunicaba con el despacho, y de puntillas y conteniendo el aliento, se acercó a la puerta, sobre la cual caía, formando pabellones, un grueso portier.

Protegida por sus pliegues, la joven pudo ver y escuchar sin ser vista.

Julio, profundamente pensativo y absorto, estaba aguardando al conde.

El secretario estaba pálido, y sobre su noble y hermosa frente, se dejaba notar una sombra de desaliento y de tristeza.

Cuando vió aparecer a su protector, se levantó respetuosamente y esperó a que le dirigiese la palabra.

—¿Me esperábais, es verdad?—preguntó el conde, distraído aún con las últimas palabras de la conversación que había tenido con su hija—¿me esperábais? Perdonad si...

—¡Yo!,—preguntó Julio, absorto de aquella frase tan extraña para el orgullo del conde.

—Y bien,—continuó éste—queréis hablarme, y heme aquí. Ya os escucho; ¿qué tenéis que decirme?

Julio vaciló un instante.

Después, y como tomando una resolución decisiva:

—Señor,—murmuró—quería pediros permiso para...

—¿Para qué?

—Para ausentarme.

El anciano sorprendido, alzó la cabeza, y mirando con fijeza a su secretario:

—¿Por mucho tiempo?—le preguntó.

—¡Oh!, sí, por siempre.

La cortina que cubría la entrada, se agitó imperceptiblemente.

—¡Cómo!—exclamó el conde—¿por siempre?

—Perdonad,—se apresuró a decir Julio—me he explicado mal; he querido decir que no lo sé.

—Pero ¿a dónde pensáis ir?

—A la corte tal vez; tal vez más lejos.

El anciano, absorto, no podía comprender las frases de su secretario.

Una especie de duda, de temor incomprensible, se pintaba en sus facciones, alteradas por la inquietud.

—Nunca pensé,—dijo lentamente y fijando sus ojos en los del joven, como queriendo asomarse por ellos al fondo de su alma—nunca pensé que desearíais partir, y quisiera saber el motivo que tenéis para abandonar esta casa, donde yo había juzgado que permaneceríais siempre.

Julio inclinó la frente, sin contestar una palabra.

—Yo os ruego,—prosiguió el anciano—que me expliquéis la causa que motiva esta resolución.

—La causa...

—¿Es que os falta algo en el castillo? ¿es que tenéis demasiado trabajo, excesivos cargos?

—¡Oh, no!; os juro que no; antes bien, me quejaría de considerarme inútil casi, de llevar una vida demasiado inactiva, de...

—Entonces...

—Os aseguro, que mi determinación sólo obedece a... a motivos particulares.

—¿Asuntos de familia acaso?—exclamó con viveza el conde.

—Ya sabéis que no la tengo—respondió tristemente el joven.

—¡Ah!, es verdad,—dijo el anciano, reponiéndose de su pasajera emoción—es verdad; perdonad, pero entonces...

—Quisiera ausentarme, le repito.

Hubo un instante de pausa.

El conde parecía contrariado y pensativo.

Aquella inesperada resolución, aquel deseo de partir, le causaba extrañeza y malestar.

—Y...—preguntó al cabo—¿con qué medios contáis para vivir? porque supongo...

—Cuento con mi trabajo.—contestó Julio con dignidad—Al venir a pediros vuestro consentimiento para alejarme, no pensaba en... en abusar de vuestra bondad; harto os debo ya, con haber hecho de mí un hombre útil y capaz de todo.

—¿A qué hablar de eso?; no recordéis...

—¿Cómo olvidarlo? ¿cómo no pensar que habéis cuidado de mi infancia, que no me habéis prodigado a medias vuestros beneficios, y que me habéis colocado, al darme educación, al nivel de las personas de vuestra clase? todo cuanto soy os lo debo, y jamás lo olvidaré.

La cortina que cubría la puerta, se había movido dos o tres veces, como agitada por una mano temblorosa.

Adriana, escuchaba con ansiosa atención sin duda.

Por fortuna, Julio y el conde estaban demasiado preocupados para reparar en ello.

—Quiero,—prosiguió el joven más animado—quiero crearme una posición; hacer, si puedo, ilustre mi humilde nombre, trabajar mucho, inventar algo, salir de esta inacción, aturdirme, olvidar!

—¡Olvidar! ¿qué recuerdo se puede agobiar a vos, que ningún mal habéis hecho, a vos, que tenéis la conciencia tranquila?

La voz del conde, era triste y opaca al pronunciar estas palabras.

—¡Oh, es cierto!; sin embargo...

—¿Estáis resuelto a marchar?

—Sí, señor.

—Pues bien, sóis libre; obrad como gustéis.

—Gracias.

—Yo no puedo... yo no tengo derecho alguno a oponerme a su voluntad. Con todo, le suplico que lo piense bien, que aguarde unos días, sobre todo; necesito de usted por algún tiempo, y le ruego que aguarde poco, muy poco, pero entre tanto que busco quien ocupe su puesto.

—Está bien; aguardaré.

—¿Necesita usted hoy algo? ¿quiere usted?...

—Nada, señor.

—Desearía que fuese feliz aquí, y que no se marchase.

Julio no contestó.

Sólo se inclinó profundamente, en señal de respeto y gratitud.

—Veo que todo es inútil;—dijo el conde—puede usted retirarse si lo desea.

El joven saludó y salió de la estancia muy conmovido.

El anciano le vió alejarse, sin añadir una sola frase, y cuando ya le hubo perdido de vista, pensó, sin que una sola de sus palabras se

escapase de los labios, y ocultando la frente en las manos con aire abatido y triste:

—¿Por qué querrá partir? ¿habrá levantado la Providencia ante sus ojos una punta del velo que cubre el pasado y querrá quedarse en libertad para averiguarlo todo? ¡Oh, quién sabe! ¡Cuán triste es vivir temiendo y dudando!

El conde, abismado en sus pensamientos, y como ya hemos dicho, con la cabeza apoyada en las manos, no pudo ver agitarse el portier para dar paso a Adriana que, sombría y descolorida, vino a colocarse, sin hacer ruído, al lado de su padre.

Admirada a su vez de la actitud del anciano, dudó antes de dirigirle la palabra, pero estaba tan agitada, en su corazón pasaba algo tan extraordinario, que no pudiendo ser dueña de sí, apoyó una mano en el hombro de Fausto, murmurando al par:

—Padre.

El anciano se extremeció, alzó los ojos, y fijándolos en el descompuesto semblante de la joven:

—Adriana,—contestó—¿qué tienes?

—Quería...

—Estás demudada.

—Y...

—¿Estás enferma?

—No se trata de mí.

—¿Que no?

—Quería sólo hacerte una pregunta.

—¿Una pregunta?

—Sí; pero es tan difícil, que no sé cómo formularla.

—No te comprendo.

—Ni yo alcanzo a explicarme.

—Hija mía, mi querida Adriana, sea lo que fuese lo que me quieras significar, piensa que tú eres mi vida, mi mayor cariño sobre la tierra; piensa que daría mi sangre por tí, que eres el rayo de sol que da calor a mi alma, y... no vaciles, no vaciles en abrirme tu corazón.

Adriana, a pesar de todo, dudaba en hablar.

Un pensamiento terrible había cruzado por su imaginación, al escuchar la conversación que acababa de sorprender.

Nunca, ni con nadie, había visto al anciano tan generoso y bueno; nunca, ni con nadie, estaba acostumbrada a verle prodigar beneficios.

Ya otras veces lo había sospechado, pero aquel día se había convencido de que él había cuidado de la niñez y de la juventud de Julio.

¿Qué lazos le unían a él?

¿Qué deberes tenía que cumplir a su lado?

Una duda horrible, se había despertado en el alma de la pobre niña.

¿Sería hermano suyo aquel hombre a quien ya no se podía ocultar que amaba, y que amaba con toda la fuerza de su ardiente e impetuoso corazón?

Esta idea la volvía loca, y sin embargo, no hallaba el modo de saber la verdad.

¿Cómo inquirirla de su padre?

Al fin, y después de una prolongada y larga pausa:

—Padre;—dijo con acento anhelante—si Julio fuera rico y noble y te pidiese mi mano, ¿qué responderías?

El conde, admirado, pero sin vacilar ni detenerse un punto, exclamó:

—Mi respuesta dependería de tu voluntad.

—¡Ah!

—Si tú le amabas...

—¿No tendrías obstáculo alguno? ¿no habría nada que se interpusiese entre él y yo? ¿no habría lazo que nos uniese... digo mal, que nos separase para siempre?

—No te entiendo.

—Responde, sin embargo; ¿no habría un imposible insuperable entre los dos?

—¡Imposible! ¿cuál?

—¡Piénsalo!

—Ninguno.

—¿Me lo aseguras?

—Si lo anhelas...

—¡Oh!, sí, sí, jurámelo por la memoria de mi madre.

Pues bien, Adriana, si Julio perteneciese a la nobleza, si su fortuna le igualase a tí, yo te juro por la memoria de tu madre muerta,

que nada habría que os alejase ni se interpusiese entre ambos, sino vuestra misma voluntad.

El semblante de Adriana, se dilató con una expresión de alegría infinita, y arrojándose en brazos del conde:

—Gracias,—le dijo—gracias, padre mío.

—Ahora, es preciso que yo sepa...

—¡Oh!, me has quitado un gran peso del corazón.

—Adriana, exijo que me digas...

—¿El qué? ¿no te basta saber que tu hija querida está tranquila y es feliz?

Al pronunciar esta palabra, la hermosa frente de la joven se contrajo de improviso, como bajo el peso de un recuerdo, y añadió:

—¡Feliz! ¡Oh!, no; para eso, es preciso que tú...

El anciano la miró, aguardando el fin de sus palabras.

—Mira,—dijo ella con un acento muy dulce y envolviendo a su padre en una mirada más dulce aún—mira, cuando hablabas con Julio, yo estaba allí.

—¡Tú!

—Sí, oculta para... era un capricho; pero quería saber cuanto te decía.

—¿Y bien?—preguntó el conde, sin saber a dónde iba a parar su hija—¿y bien?

— Si quieres complacerme, no le dejes partir.

—¿Que no?

—Lo harás así ¿es verdad?

—Yo no tengo derecho a oponerme a su resolución.

—Y a pesar de eso, es preciso que así lo hagas.

— No, no, Adriana; no exijas lo que ni puedo ni debo hacer.

—Y... ¿le dejarás marcharse?

—¿Qué nos importa? ¿qué té importa, sobre todo, a tí?

Los ojos de la joven, brillaron un instante con súbito resplandor. Después, aquella ardiente mirada se empañó con una lágrima.

—Es verdad,— murmuró, apretando con fuerza sus manos—es verdad. ¡Qué me importa! ¡Oh, si viviera mi madre, ella me comprendería! ¡Los padres no saben amar, puesto que no saben leer en el corazón de sus hijos!

Y con un brusco movimiento, se desprendió de los brazos de su

padre y salió del despacho, no deteniéndose hasta hallarse en su estancia.

Allí, nerviosa, agitada, se sentó en su lecho, y ella, que tan poco acostumbrada estaba a llorar, derramó algunas lágrimas tan amargas como abrasadoras.

—¡Quiere irse!,—dijo,—¡quiere irse, y yo le amo, le amo!; ¡en vano he querido dominar mi corazón; en vano he querido apagar esta llama! ¿Pero él, él me ama también, o me aborrece?; ¿huye de mí por celos, o por odio? ¿No dicen todos que soy hermosa?; ¿entonces, por qué Julio no...? ¡Oh!, malhaya mi belleza, ¿de qué vale si no sirve para atraerle a mis pies?

Calló un instante, y luego, más animada, más impulsada por la desesperación quizá, murmuró de nuevo:

—No, imposible; mi voluntad es firme, soy enérgica, soy resuelta, y no quiero ser desgraciada. Mi padre me adora, y cederá a mis ruegos. Yo sabré primero por lo que Julio quiere irse, y luego... luego, Dios mío, no hagas que luche con un imposible; ¡yo, que era tan altiva, que no quería que existiese esta palabra para mí!

La joven, sin apercibirse de ello, dejó pasar las horas muda, inmóvil y entregada a una dolorosa y profunda meditación.

No era menor que la suya la que abrumaba la mente del conde.

Al ver salir a su hija triste, conmovida y contrariada como nunca, una idea rápida hizo por un instante brillar a sus ojos una parte de la verdad.

—Dios mío,—pensó;—¿amará Adriana a ese hombre; será este mi castigo? ¡ay! ¿por qué le he traído aquí?

CAPÍTULO IX

La protegida del padre Carlos había perdido su alegría y la dulce sonrisa que daba tan celestial encanto a su bella fisonomía.

Amaba con toda la violencia, con todo el fuego con que se ama por la primera vez, y aquel amor, que avasallaba su voluntad, había aumentado su fuerza en las horas de lucha y de empeño para vencerle.

Alguna vez, y enmedio de esas mismas horas, había pensado ir a contárselo todo al padre Carlos, ir a buscar en su corazón y en sus consejos apoyo y sostén.

Pero el temor de contrariarle y afligirle le detenía.

Sólo Román, sólo el compañero de su infancia, era poseedor de su secreto.

Y en vano el noble joven había observado, había vigilado la conducta de Octavio, para hallar en ella algo de reprochable o de ofensivo para Blanca.

No; el duque la amaba, la amaba real y verdaderamente.

Con respeto, con delirio, con adoración.

El candor y la inocencia de aquella niña, su pura belleza, su sencilla ingenuidad, habían hecho lo que no lograron conseguir la aristocrática hermosura y la elegancia y el atractivo de las damas más distinguidas.

Habían logrado interesar su corazón, cautivar su entendimiento, dominar por completo su alma.

En la pasión que Octavio sentía por Blanca, había mucho de convencimiento, de razón.

¿Dónde podría hallar un tesoro de virtud como el que encerraba el pecho de aquella niña?

¿Dónde tanta abnegación?; ¿dónde tanto desinterés?

¡Oh!, en ninguna, bien lo sabía él.

Octavio se creía bastante noble, bastante rico, para elevar y hacer venturosa a la mujer a quien escogiese para compañera de su vida, y era bastante despreocupado y bastante generoso también, para despreciar las vanidades sociales y no pensar en las riquezas con que podía aumentar las suyas, por medio de un casamiento de cálculo.

La idea de reinar en un alma virgen; de contar como suyo el primer latido de amor del corazón de una mujer; la idea de que esta mujer se lo debiese todo, posición, nombre, fortuna, le halagaba demasiado para no tratar de realizarla.

Ni un sentimiento culpable, ni una idea frívola o ligera mezclaba a aquel sentimiento, que tenía algo de puro y casto y de incomprensible e ideal.

Octavio amaba a la niña sencilla y confiada, como no había amado jamás, como hombre alguno la podía querer en el mundo.

Y no le había subyugado de aquel modo su belleza adorable, su gracia sencilla, su juventud, su perfección, no; había algo en ella que atraía con lazos más fuertes, con los lazos del alma, y este algo era la pureza, la inocencia, la intachable virtud de Blanca.

Por eso, al pensar en la joven lo hacía con veneración, con ese delicado cariño que siente el hombre por la que está resuelto a llamar esposa.

¡Y su esposa pensaba hacerla; esto era lo cierto!

Octavio era un corazón de oro, ya lo sabemos.

Había visto mucho, sabía mucho de mundo también, y pensaba, con razón que una mujer humilde, amante, modesta, sincera, verdaderamente buena, en fin, es un tesoro tan inapreciable, una perla de tan alto valor, que el que logra encontrarla en los mares de la vida, no debe dejarla, no debe separarse de ella, ni permitir que mano alguna le impida hacerse dueño de tal tesoro.

El joven, además de su propio juicio, tenía otra razón que fortificaba esta suya.

La razón de su padre.

El duque no había sido nunca feliz en su matrimonio.

Su hogar no había tenido nunca ni encantos, ni dulzuras, ni dichas inefables para él.

Casado, no por amor, sino por conveniencia, había unido su suerte a la de una mujer que le había llevado en dote, títulos, nobleza, consideración, caudal, todo; ¡todo, menos amor, menos felicidad, menos ventura!

Sus caracteres fueron repulsivos uno para el otro; sus corazones no se unieron, sus almas no se identificaron.

Y no podía decirse de parte de cual estaba la culpa de aquella desunión.

Tal vez a oídos de ella habían llegado los ecos de historias pasadas; de esas historias que lastiman el corazón y el orgullo de una mujer; de esas faltas que no se pueden perdonar, cuyo pensamiento enfría el alma y retrae el espíritu, encerrando dentro del pecho toda expansión, toda ternura, próxima a desbordarse en él, como esas flores delicadas e impalpables que plegan su cáliz y ocultan en él su perfume cuando una mano extraña las toca por un momento.

¿Quién sabe, quién sabe si un labio imprudente reveló a aquella mujer uno de esos hechos que hacen juzgar a un hombre, no calavera, ni libertino, sino infame, y al saberlo formó de él un concepto que hizo que jamás pudiera respetarle, ni amarle, ni aun creerle digno de la indulgencia?

Hay culpas que dejan un rastro eterno en pos, delitos que no se redimen nunca.

¡Y quién sabe si él también sentía en el fondo de su espíritu un vago recuerdo, un inconsciente pensamiento, un remordimiento quizá que le impedía prodigar caricias y frases y efusiones amantes a la que había llegado a sí como un lazo tan indisoluble como eterno!

Sea de ello lo que quiera, el padre de Octavio había sido muy desgraciado, y más de una vez el joven, que veía su hogar dividido en dos y separados moralmente a los autores de sus días, había oído decir a su padre:

—No; no es la base de la felicidad un nombre ilustre ni una fortuna considerable; la dicha de una familia consiste en el amor mutuo, en la ternura de dos séres.

El joven había grabado en su memoria estas palabras, no las podía olvidar, y ateniéndose a ellas, pensara arreglar su conducta y crear su porvenir.

—Mi padre—se decía mil veces—aceptará la mujer de mi elección, y no opondrá obstáculo a mi ventura, cuando yo encuentre la compañera con que he soñado, el sér en quien yo vea el ideal que me he formado.

Este momento había llegado, y estaba, pues, resuelto a que Dios santificara la ardiente pasión que Blanca le había inspirado.

Y todo contribuía a afirmarle en este propósito.

Había en torno de aquella niña tal atmósfera de amor, de adoración; iba su nombre acompañado siempre de tantas bendiciones como el de una santa, como el de un ángel tutelar.

Guiado de su deseo, no pasaba un día que, ya en el templo, ya a lo lejos, o contemplando sus ventanas, Octavio no viese a Blanca y no se dejase ver de ella.

Algunas veces también una palabra, una mirada, una flor, iban a probar a la pobre y cándida joven el culto de que era objeto y la adoración del noble aristócrata, que la ofrecía con su amor un título y rango social.

La protegida del padre Carlos, que en un principio había juzgado un imposible aquel afecto, poco a poco se había ido acostumbrando a él, y ya no le creía un delirio irrealizable.

A fuerza de oir repetir a Octavio que anhelaba hacerla su esposa, la distancia que les separaba parecía irse acortando y cubriéndose de flores el abismo que la suerte había puesto entre ambos.

Ya alguna vez también la triste huérfana había sonreído ante una fugitiva esperanza, lejana, sí pero hermosa y halagadora.

Esas leyendas, esas novelas ideales que toda joven se forma al mirar a lo porvenir, se habían fraguado también en su mente, y al salir de aquellos hermosos ensueños, solía murmurar, sonriendo dulcemente:

—¡Quién sabe!; ¡si fuera verdad!

Un día el joven se atrevió a escribirle de una manera grave, seria, decidida.

«Dentro de algunos días—decía—mi padre debe venir, invitado por mi amigo Mauricio.

Estoy resuelto a hablarle de mi amor hacia vos, Blanca; de vos, que sois mi vida, y la estrella del cielo de mi dicha.

Confío en su cariño, confío en su indulgencia. ¡Es bueno y generoso, y sólo anhela mi felicidad!

Antes de dar este paso, antes de abrirle mi corazón, necesito saber lo que pasa en el vuestro.

Os lo pregunto, pues, Blanca; os lo pregunto, con la lealtad de un hombre honrado. ¿Sois libre?; ¿creéis que a fuerza de ternura y adoración conseguiré que me améis algún día?

Pensadlo mucho; consultad vuestros sentimientos y meditad que de vuestra respuesta depende nuestro porvenir».

La joven leyó muchas veces estos renglones.

Allí no había fingimiento; aquello era una verdad.

Si Blanca hubiera dado oído a la voz impetuosa que se alzaba en el fondo de su alma, hubiera contestado sin vacilar y en aquel momento:

—Os amo, Octavio, os amo, como no volveré a amar, como nunca seréis ni habréis sido amado por mujer alguna.

Pero la protegida del padre Carlos era demasiado tímida, sobrado prudente para eso.

Sin embargo, aquella carta merecía una respuesta.

Por un impulso del corazón mismo, él que lo había sido todo en el mundo por ella, fuera también entonces su guía y su luz.

Sólo el padre Carlos, aquel a quien buscaban todos para consejo y protección, debía marcarle la senda que debía seguir.

¿No era su padre, su padre adoptivo?

¿No era ella el apoyo de su vejez?

¿No había suspirado mil veces pensando en su suerte futura, en su soledad cuando él muriese?

¿Cómo, pues, no darle parte en sus esperanzas, en sus alegrías, en sus proyectos para el mañana?

¡Oh!, de ningún modo.

Hubiera sido una falta, una ingratitud, y la joven no era ingrata.

Nadie sino su protector, y dada la importancia de aquel secreto, debía saberlo antes que él.

Esperó que se hallase en su despacho, y turbada y temblorosa se dirigió allí.

Tocó suavemente a la puerta, y dijo con voz muy queda:

—¿Estáis solo, padre mío?

—Sí, querida hija, solo enteramente.

—¿Puedo entrar?

¿Desde cuándo mi Blanca ha necesitado permiso para llegar a mi lado?

La niña se adelantó, y fué a dejarse caer en una pequeña silla, a los pies casi del sacerdote.

Sin embargo, era tal su emoción, que su labio permaneció mudo.

—¿Qué vienes a pedirme?—preguntó el padre Carlos sonriendo y apoyando su mano sobre los blondos rizos de Blanca—¿hay algún pobre en la aldea que necesita socorros y te ha hecho intermediaria?

—No, no vengo a buscar vuestra protección para nadie; se trata...

—¿De qué?

—Se trata de mí.

—¿De tí, y vacilas?; ¡no te comprendo!; habla, hija mía, ¿qué quieres?; ¿qué deseas?; ya sabes que eres la reina de esta casa, y una reina no pide, manda.

—¡Oh, ya sé cuanto os debo!; ya sé lo bueno, lo bondadoso que sois para mí; que sin vos...

—No hables de eso.

—¡Oh!, no; qué hubiera sido de mí sin vos?

—¿Y de mí sin tus caricias, sin tu inocencia, sin tu alegría? La vejez es muy triste, y yo, si no de cuerpo, de espiritu, era ya muy viejo cuando Dios te trajo a mi lado.

—¡Ah!

—¡Si vieras, si vieras qué don tan precioso me hizo el cielo al enviarte bajo mi techo!; a mi lado había ya contigo esperanzas, sonrisas, luz! ¡Oh, yo sí tengo que agradecerte!, flor de los cielos, has perfumado mi vida y la de mi madre; inocente pajarillo, has prestado encanto con tus gorjeos a dos ancianos cuya existencia era un día sin luz!

—¡Señor!

—Pero con hablarte de mí mismo, me olvido de tí; de tí, que has dicho... vamos, habla, habla, hija mía, que estoy ansioso de complacerte.

Blanca, a pesar de aquella bondad, de aquella ternura tan inmensa, no hallaba una frase para empezar su revelación.

El padre Carlos, un tanto alarmado por la visible turbación de la niña.

—¿Has dicho que se trata de tí?—preguntó con dulzura.

—Sí—murmuró ella muy bajo.

—Pero... ¿es de tí solamente?

—¿De quién más entonces?

—Vos no le conocéis.

—Ya sabes que todas las personas de la aldea...

—Es que... no es de la aldea la persona de quien...

—¡Ah! ¿No es de aquí? ¿Y tú...? Vamos, Blanca mía, explícate.

—Señor, yo no tengo madre; vos me habeis dicho muchas veces que la mía está en el Cielo.

—¡Es verdad!—respondió tristemente el sacerdote.

—Cuando una joven tiene madre y siente que una imagen... la imagen de un hombre, hace latir su corazón, se aparece en sus sueños, debe ir a depositar en el corazón de la que le ha dado la vida este sentimiento, que encierra sin duda una nueva existencia para ella. ¿Es verdad?

—Sí—murmuró el sacerdote empezando a comprender—sí, sigue.

—Pues bien; yo vengo a contaros todo lo que mi madre hubiera oído de mis labios si viviera.

—¿Amas a alguno, Blanca?

La niña inclinó la cabeza y balbuceó:

—Creo que sí.

El ministro de Dios, tan acostumbrado a recibir toda clase de confesiones, toda clase de confidencias, no hizo un movimiento, no lanzó una exclamación, no dijo nada que turbase a la joven ni que la hiciese retraerse de revelarle sus secretos.

Sin embargo, su rostro había palidecido ligeramente y su corazón había latido con más violencia, recordando los inconvenientes que el origen de Blanca podía ofrecer para el porvenir.

—Continúa—exclamó después de una pausa;—continúa, hija mía, y dime el nombre del que ha fijado tu atención, sin que yo... sin que me haya apercibido de ello.

—Es... es un amigo del hermano de Estrella.

—¿De los señores del castillo?

—Sí, señor.

—¿Uno de los huéspedes que hoy tienen quizá?

—Uno de ellos, el más amigo del vizconde.

—¿Será entonces rico y noble?

—Tal creo.

—Yo hubiera preferido un hombre pobre y honrado—murmuró el padre Carlos;— pero en fin, dime cuándo le has conocido.

—De una manera casual; escuchad.

Y Blanca, con su candidez y su sinceridad habituales, refirió al sacerdote su primer encuentro con Octavio, el peligro que ella había corrido, la impresión que esto hizo en el joven, lo que sintió ella misma, sus entrevistas casuales, ¡todo!

Al cabo, y tras aquel largo relato, que el padre Carlos escuchaba con una atención indecible, la niña habló de sus sueños, de sus esperanzas, de su amor.

Y a medida que hablaba desaparecía su timidez, sus palabras eran elocuentes, apasionadas, y en sus hermosas facciones se reflejaba el destello de la ardiente pasión que dominaba su alma.

El padre Carlos, que tanto conocía el corazón humano, que tan bien sabía leer en él, y sobre todo en el de Blanca, comprendió que no se trataba de la ilusión pasajera de una niña, sino del primer amor de una mujer, y de una mujer como su hija adoptiva.

En aquellas frases apasionadas, en aquellos ojos dulces e iluminados por el sentimiento, comprendió que aquello era más grave de lo que él había supuesto.

Ahora sólo le faltaba adivinar algo sobre el que había sabido despertar en el corazón de Blanca aquel amor tan verdadero.

—¿Y por qué me habías callado todo eso?—preguntó con acento en que se reflejaba algo de tristeza.

—Porque temía causaros un pesar. Además, yo quería resistir primero, yo anhelaba olvidar después; sabía que un abismo me separaba de Octavio, y pensaba sufrir yo sola, sin haceros sufrir a vos.

—¿Entonces, ahora...?

—Ahora... veo que él también será desgraciado si yo rehuso sus ofrecimientos, porque estos ofrecimientos son sinceros, y he venido a vos, para que me digais lo que debo hacer.

—¿Y qué motiva esa creencia?

—Tomad y juzgad vos, padre mío.

Y la niña puso en manos del anciano la carta que ya conocemos.

El la leyó con la mayor atención.

Al terminarla, no le quedó duda de que estaba dictada por un amor ardiente y sincero y escrita por un hombre honrado.

La dobló de nuevo y se la devolvió a Blanca, que la tomó, mirándole con inquietud.

—¿Qué pensáis que debo hacer?

—Ese joven es digno y leal, hija mía; si lo que dice de su padre es verdad...

—¿Entonces...?

—Dudo mucho, a pesar de todo; tú eres un ángel, dice bien, y los ángeles, que provienen del Cielo, tienen un padre más alto y poderoso que todos los séres de la tierra, pues que tienen por padre a Dios.

—Y vos pensais...

—Nada todavía, hasta que conozcamos al padre de...

—¡Oh! Dicen que es tan bueno como noble, y eso que su título y su nobleza son de los primeros, no lo dudeis.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo!—exclamó Blanca con algo de inocente orgullo.—¡Ya lo creo! ¡El duque de San Marcial!

El sacerdote se levantó con un movimiento tan brusco y violento, que estuvo a punto de hacer rodar la mesa que tenía delante.

Blanca se levantó también, pero al fijar una mirada en el semblante del padre Carlos, lanzó a su vez un angustioso grito.

El rostro de un cadáver no estuvo jamás tan descompuesto como el del padre Carlos.

Su palidez era espantosa, sus labios estaban cárdenos, en su mirada había una expresión tan dolorosa y desesperada, que la pobre niña tuvo miedo.

—¿Qué teneis, padre mío, que teneis?—preguntaba con afán.

Pero el anciano no podía formular una sola frase.

—¡Él!—murmuró al cabo de algunos instantes.—¡El duque de San Marcial! ¡Esto es terrible, esto es terrible, Dios mío! ¡Dios mío, si esto es imposible, si esto no puede ser!

—Pero...

—¡Sería espantoso!

El sacerdote se dejó caer de nuevo en la silla, y ocultó la frente entre sus manos contraídas.

Blanca no sabía explicarse esta agitación.

Esperaba en silencio, sin atreverse a interrogar.

El ministro de Dios levantó al cabo la cabeza.

En su semblante brillaba aún la huella de una lágrima.

—Blanca—preguntó con voz angustiada.—¿Estás segura de lo que has dicho?

—¿De qué?—balbuceó la niña alentando apenas.

—¿De que el hombre que amas es el hijo del duque de San Marcial?

—¡Oh, sí! No tengo duda alguna; pero...

—Entonces, hija mía...

—¿Qué?

—Renuncia para siempre a tus esperanzas, a tus ensueños, a ¡todo!

—¿Cómo?

—Entre ese hombre y tú hay un abismo tan insondable, que nada en el mundo puede salvar.

—¡Un abismo!

—Y yo, yo, que te amo tanto, que daría mi vida por hacerte feliz, sólo puedo abrirte mis brazos y decirte: ¡Ven, hija mía, llora en mi seno, pero olvida para siempre a ese hombre, porque vuestro amor es un idilio.

—¡Dios mío!—dijo Blanca palideciendo y vacilando a su vez—¡Dios mío!

Y doblándose como una pobre flor que azota un viento demasiado rudo, cayó sin conocimiento en aqnellos brazos que se la tendían.

Cuando Blanca abrió los ojos y tornó al conocimiento, se encontró en su lecho y se vió rodeada de doña María y de la vieja Andrea, que la prodigaban a porfía sus caricias y cuidados.

En cuanto al sacerdote, se había retirado al verla tornar a la vida.

—Vamos, hija mía—murmuró la anciana muy bajo—vamos, ya estás mejor, ¿es verdad? ¡Buen susto nos has dado!; pero ¿cómo ha sido esto?; ¿te sentías mal anteriormente?

—¡Oh!, no, no, señora; pero...

—Mi hijo nos llamaba con tal afán, que vinimos, y al verte, ¡oh!, al verte... yo no sé lo que pasó por mí; creí que habías muerto; tal era el dolor y la agonía que demostraba mi Carlos.

—¡Oh, pobre padre mío!, ¡afligirle así! y ¡por mí, por mí!

—No, tú no tienes la culpa. Las enfermedades vienen cuando Dios las envía.

—Ya estoy bien, bien...

—En vano le he preguntado la causa de tu mal; nada me ha dicho, sólo me ha rogado que no te violentase, que no te hablara de nada.

—¡Es tan bueno!

—¡Y te ama tanto!; por eso... por eso voy a decirle que estás mejor, que me has preguntado por él, que puede venir.

—¿Y no es mejor que yo vaya también a buscarle con vos?

—No, Blanca, no, de ningún modo; ahora lo mejor es que reposes, que duermas un poco, y así acabarás de ponerte bien.

—Pero...

—¡Vamos!, ¡yo te lo ruego!, descansa, hija mía; para ello entornaré tu ventana; así, a una media luz, el sueño vendrá poco a poco.

Y la buena señora efectivamente cerró los postigos, dejando la habitación en una semioscuridad.

Luego besó a Blanca en la frente y le dijo con entrañable dulzura.

—Mira, ahí se queda Andrea por si la necesitas. Yo voy a tranquilizar a mi hijo; ya sabes que tú eres la alegría de estas dos pobres criaturas; el rayo de luna que alumbra la noche de estas dos vidas próximas a extinguirse; ponte buena, hija mía, para que no muramos de dolor.

Doña María salió después de colocar bien la cabeza de la niña sobre la blanca almohada, y sentado apenas los pies en el suelo para no causar ruido ni molestia a la enferma.

Ella quedó sola, pero en vez de reposar, empezó a recordar una por una las palabras que había escuchado al padre Carlos.

No podía adivinar el misterio que encerraban, pero sí recordaba perfectamente algunas de ellas, que sonaban sin cesar en su oído como una sentencia de muerte.

—¡Olvida para siempre a ese hombre!—había dicho su protector —¡renuncia a él por completo, porque entre ambos se abre un abismo imposible de salvar!

Esto había repetido el sacerdote y esto creía Blanca oirlo aún, sintiendo destruído su porvenir y desgarrado su corazón.

¡Renunciar a Octavio después de tantas luchas consigo misma!; ¡olvidarle cuando llenaba su recuerdo fijo en la memoria y escrito en el alma!

Ante esta idea, las lágrimas contenidas un momento subieron desde su pecho hasta inundar sus mejillas.

Con un movimiento nervioso se incorporó en el lecho, y ocultando la frente entre sus manos prorrumpió en amargos sollozos.

Andrea que la observaba desde un rincón de la estancia, dejó su asiento, se aproximó a ella, la rodeó el cuello con los brazos y acariciando aquella preciosa cabeza con un cariño maternal.

—¿Por qué lloras?—la dijo—¿qué te aflige?, ¿quién te hace derramar esas lágrimas?

—¡Ay, Andrea, Andrea, soy muy desgraciada!

—¡Tú, tú, a quien todos aman, a quien todos bendicen, no es posible!

—Sin embargo, ya ves que sufro.

La pobre mujer, que no podía tolerar ninguna contrariedad que viniese a robar la alegría a aquella criatura, en quien se reunían todos los afectos de su viejo pecho, dobló sus caricias, aumentó sus preguntas, y estrechó a Blanca de tal modo, que ésta, entre suspiros y sollozos, le refirió cuanto había pasado, y desahogó en aquel adicto corazón los sentimientos que se desbordaban de su pecho.

Es verdad que en el estado en que la joven se hallaba, cualquiera hubiera podido provocar aquella confidencia, porque hay momentos en que nos ahogaríamos si tuviésemos que comprimir nuestro pesar!

Andrea la escuchó con marcada atención, y acabó por llorar con ella.

La pobre mujer era adicta a sus señores; hubiera dado por ellos la sangre de sus venas; sin embargo, carecía del talento y la instrucción suficientes para saber apreciar los hechos.

Toda presión ejercida sobre Blanca, sobre aquella niña que era la niña de sus ojos, le parecía una injusticia, y más que injusticia, una tiranía.

Protesté, pues, contra la decisión del padre Carlos, que así se oponía a la felicidad de Blanca, a su suerte, porque suerte y muy

grande era que un hombre rico y noble la ofreciera su mano y quisiera hacerla su esposa.

Según ella, el partido no podía ser más ventajoso, y la joven debía no dejarlo perder, sobre todo amándose ambos, y siendo su separación causa de su eterna desgracia.

Procuró, pues, alentar a Blanca; y por una fidelidad mal entendida, hacerla pensar en la rebelión contra la orden que le afligía.

—El padre Carlos es un santo—dijo—pero es demasiado severo y delicado en demasía. Porque eres pobre creerá que un rico no ha de ser feliz contigo, y esto es un error. Además... además—prosiguió con mucho misterio y apoyando una mano sobre su frente, como queriendo atraer a ella un recuerdo—yo creo... yo creo que esa negativa obedece a un motivo... a un resentimiento particular. El padre Carlos no ha querido bien nunca al Duque de San Marcial.

—¿Que no?, y por qué?—pregunto Blanca, cuya curiosidad se había excitado.

—Eso no lo se. Pero antes, hace mucho tiempo, siempre que pronunciaban ese nombre en su presencia, palidecía y se agitaba mucho.

—¿Estás cierta?

—Sí, sí; muy cierta.

—¿No confundes con el otro título de San Marcial?

—¡De ningún modo!, desde que ahora lo pronunciaste lo recuerdo, y estoy muy segura de lo que digo porque un día...

—¿Qué?

—Doña María hablaba con su hijo, y no se cómo ni por qué, pero hablaban de ese señor Duque.

—¿Y bien?—preguntó Blanca con ansiedad.

—«¡No recuerdes a ese hombre!», hijo mío—decía doña María; a lo que el padre Carlos contestó—«ha sido bien culpable, tienen grandes deudas conmigo, pero hace mucho tiempo que lo he perdonado».

—¿Eso dijo mi protector?

—Ni más ni menos.

—¡Entonces, le conocía!

—Ya ves que tengo razón.

—Las dos mujeres quedaron pensativas un momento.

—Pero todo esto hará mi desventura—dijo Blanca de pronto y con nerviosa violencia.

—Eso no debe ser—exclamó Andrea, rebelándose contra aquella idea—eso no debe ser. Los hijos no son responsables de los actos de los padres, y cualquiera que sean las culpas de ese señor Duque, el hombre que amas nada tiene que ver con ello.

—Pero... ¿y qué hacer?, ¿cómo convencerle?

—El ha dicho que entre los dos hay un imposible.

—Sí.

—¡Pues, su voluntad!

—Dios mío.

—¡Y como es tan recto, tan severo!...

—¡No cederá nunca!

—Así lo creo. A no ser que...

—¡Qué, dí!

Que tu amante se decidiera, y que... al fin tu protector no es tu padre; no tiene derecho sobre tí.

—¡Oh, calla!

—No, yo no quiero decir que no le obedezcas; pero si un casamiento secreto hiciera imposible la negativa, entonces... luego, al fin todo se perdona, y viéndote el padre Carlos dichosa, no podría menos de perdonarte y considerarse él también feliz, pues que te ama mucho, mucho, bien lo sabes.

—Pero, eso es imposible, yo nunca haré...

—Tú, no; pero si él cuenta contigo, si él lo hace...

Blanca iba a responder; iba quizá a protestar contra aquel pensamiento de insurrección, cuando un ligero grito se escapó de sus labios y se quedó helada e inmóvil, al escuchar un suspiro exhalado a la entrada de aquella estancia.

La vieja Andrea siguió la dirección de su mirada, haciendo a su vez una exclamación de terror y asombro.

En el hueco de la puerta, mirándolas con expresión severa y triste a la vez, estaba el padre Carlos, sereno ya, pero pálido todavía.

—Déjanos solos—dijo el anciano, adelantándose al par hacia Blanca—déjanos solos.

Andrea sin atreverse a pronunciar una palabra, dejó su asiento, y con la cabeza baja se encaminó hacia la puerta, sin levantar los ojos, por no hallar la mirada grave y acusadora del padre Carlos, fija con insistencia en ella.

Cuando quedaron solos.

—Perdón—suplicó la niña, juntando las manos en ademán suplicante—¡perdón!

El sacerdote se sentó a su lado sin responder.

—¡Perdón!—volvió ella a decir.

—¿Y de qué?—respondió el ministro de Dios con voz lenta de melancolía.

—¡No habeis oído!

—Sí, pero la ingratitud es tan común en este mundo, que es preciso acostumbrarse a ella.

—¡Oh!, padre mío os juro que yo...

—No he querido oir tu respuesta, bien lo has visto, ¡me hubiera hecho tanto daño ver que te asociabas a esa desgraciada!

—Nunca; yo os amo, os respeto demasiado para eso.

—Sin embargo, esa mujer con sus frases ha hecho nacer en tí una idea...

Blanca hizo un movimiento negativo, pero su protector se apresuró a continuar.

—Eres muy niña, hija mía, y amas demasiado para que no suceda así; además lo que Andrea piensa, quizá mañana lo piense otro también, y entonces, ¡qué inmensa desdicha podría sobrevenir!

Hubo un instante de pausa, y luego el padre Carlos continuó.

—Yo no hubiera querido descorrer a tus ojos el velo de lo pasado, mas es preciso, ¡yo lo creo así! Hoy estas muy débil, muy agitada todavía; pero mañana... mañana te entregaré un depósito sagrado que hace mucho tiempo guardado para tí.

—¡Un depósito!

—Sí, las memorias de una mujer muy inocente y muy desgraciada, y tú, después de leerlas, juzgarás de mi conducta y decidirás de lo porvenir.

Dos días después de la entrevista del padre Carlos con su protegida, se hallaba la joven al romper el alba en el presbiterio de la pequeña pero bien decorada iglesia de la aldea.

Era muy temprano aún, y el humilde recinto estaba solitario y envuelto en la sombra.

Sólo una lámpara ardía en un extremo del sagrado lugar, ante una imagen de la Virgen, y su luz reposada y tranquila se asemejaba, no al sol que ilumina y alegra los mundos, sino al pequeño faro que sirve para guiar al puerto la pobre barquilla enmedio de la noche y de la tempestad.

Blanca se adelantó con paso lento por la desierta nave.

Iba envuelta en un velo, y su ademán parecía el de una persona cansada o enferma.

Así llegó ante el altar bendito de la Madre de Dios.

Allí se dejó caer de rodillas con un abandono que probaba su desaliento.

Alzó su frente para fijar sus ojos en la imagen de la dulce María, y levantó su velo para verla mejor.

A la incierta claridad de la lámpara podía notarse la extremada palidez que cubría el semblante de Blanca y el círculo azulado que rodeaba sus ojos.

Postrada ante los pies de la que es consuelo de afligidos, derramó muchas lágrimas, muchas, en silencio y sin testigos que la pudieran observar.

Lloró su dicha y su esperanza muertas; lloró la dicha y la esperanza de Octavio, perdidas también, y lloró ¡ay!, lloró sobre todo por una mujer muy desgraciada, más aún que lo era ella en aquel momento; por una mujer inocente con apariencias de culpable, que espió, muriendo sola y abandonada, una falta que no había cometido, pero cuyo peso abrumó su cabeza hasta inclinarla hacia el sepulcro.

La noche anterior le había entregado el sacerdote las memorias de su madre, de la infortunada y triste Regina, y Blanca había podido, al leerlas, leer la historia del pasado y adivinar los lazos que la unían con Octavio.

La pobre niña, tan inocente y tan ajena a las luchas y a las pasiones de la vida, leyó y releyó aquel manuscrito, y aun después de repasar varias veces sus páginas, no se daba exacta cuenta de todo lo relatado en ellas.

Allí estaba estampado muchas veces el nombre del padre de Octavio, y aquel nombre era el de su padre también.

¡Oh! Esta idea la desgarraba el alma.

No solamente por el abismo en que sepultaba su primero y único

amor, sino porque, a su pesar, al pensar en el infortunio de Regina, al compadecerla, tenía que acusar a un hombre... y aquel hombre era su padre.

Blanca, pues, en aquel laberinto de ideas, en aquella confusión de sentimientos, en aquel mar de duelos y de recuerdos, sentía naufragar su fe, sus esperanzas y su vida.

Así, pues, sólo sabía llorar y murmurar de vez en cuando al pie de aquel altar:

—¡Madre mía!

Confundiendo así en su pensamiento y en su corazón a su desventurada madre y a la amorosa Madre de Dios.

Unos pasos se dejaron oir en el oscuro fondo de la iglesia, pero la afligida niña no se apercibió de ellos; tan abismada se hallaba en su amargura y en su dolor.

El buen cura de almas acababa de penetrar en el humilde templo, solitario en aquella hora.

Sabía que Blanca había pasado la noche leyendo las páginas que trazara su madre, y que le había enviado al mandarla bajo su techo; aquellas páginas que, a su pesar, se había visto obligado a poner en sus manos.

Tampoco él había podido dormir.

Los pensamientos de Regina, depositados en el blanco papel, habían pasado uno a uno ante su memoria, y aquellas frases, escritas por una mano moribunda, aparecían ante sus ojos sin que pudiera apartar la vista de ellas, leyéndolas siempre, sin olvidar una sola letra.

El anciano se había estremecido, no ante su dolor, puesto que hacía ya muchos años que se había sobrepuesto a todos sus propios males para pensar sólo en los ajenos, sino ante la impresión que produciría en Blanca aquella lectura.

Conocía demasiado a la joven, sabía que las lecciones que de él había recibido estaban grabadas en su alma, y adivinó a dónde iría a buscar consuelo y sostén.

Para el naufragio de su dicha, de sus ilusiones, de sus esperanzas, sólo había un puerto:

El cielo.

Sólo había un áncora salvadora:

La religión.

Por eso, y seguro de encontrarla postrada ante los altares, había ido a buscarla allí.

Y no se había engañado; Blanca, arrodillada, con la mirada fija en la imagen de María, la contaba sus duelos y la hacía árbitra de su suerte.

El indulgente y sabio ministro del Señor se adelantó hacia ella, y tocándole muy suavemente en el hombro,

—Ven—le dijo, dirigiéndose a la pequeña sacristía;—ven.

La joven, estremecida en un principio, se tranquilizó bien pronto al ver a su protector, y levantándose dócilmente, le siguió hasta el sitio que él le había indicado.

Una vez allí,

—Te he hecho venir, hija mía—le dijo,—porque en el templo sólo debemos hablar con Dios, y yo quería que me escuchases un instante. ¡Tenía necesidad de pedirte perdón!

—¿Vos?

—¡Oh, sí!

—No puedo comprenderos. ¿Pedirme perdón a mí?

—Sí.

—Pero... ¿de qué?

—¿Por ventura no he desgarrado tu alma? ¿No ha sido mi mano quien ha descorrido a tus ojos el velo de un pasado que serías más feliz en ignorar?

—¡Oh, es cierto! Más feliz era ayer que hoy. Pero no habeis sido vos quien ha creado esta situación. No, no habeis sido vos, bien lo sé, muy bien. Si a alguien puede acusarse, es a mí; a mí, que os oculté mis impresiones primero, y después...

—No prosigas.

—Después os obligué con mi conducta a hacerme esa horrible revelación.

—¡Hija mía! ¡Pobre hija mía!

—Y ahora que lo sé todo, decidme, señor, decidme qué debo hacer.

—¿Lo sé yo, por ventura? Sólo sé que es preciso alejar de tí a Octavio.

—¿Se avendrá él a ello?

—Ignoro lo que pensará, pero es forzoso, bien lo sabes.

—¡Oh! ¿Cómo hacerlo?

—No volviendo a verle; ordenándole que te olvide.

—¿Y no sería preferible decirle la verdad, que la supiera él, como yo la sé también?

—Blanca, hija mía, ¿quieres que Octavio acuse a su padre de su infortunio; que se abra un abismo entre esos dos corazones; que el hijo juzgue culpable al padre y le arroje en cara su culpa, y que el padre quizá maldiga al hijo porque le recuerde sus dolores?

—¡Oh, Dios mío!

—¡No, tú no puedes creer eso! Tú sabes que un padre ha de ser impecable a los ojos de un hijo.

—¡Sí, debía serlo!—murmuró Blanca con voz ahogada.—¡Es terrible lo contrario!

—¡Tú sabrás perdonar!—se apresuró a decir el sacerdote, adivinando el pensamiento de la niña.—Tú sabrás perdonar, sabrás amar, si es preciso; pero él, Octavio, ¿qué pensaría, qué podría hacer?

Hubo algunos instantes de silencio.

La joven, con la frente inclinada, derramaba silenciosas lágrimas.

El padre Carlos la miraba con pena.

—¡Conque he de ser yo sola la que sufra el peso de esta desdicha!—murmuró al cabo lentamente.—¡Conque sólo mis débiles hombros han de soportar este peso!

—¡Blanca, el ángel de tu guarda te ayudará a sostenerte! Sobre todo, sólo el peso que abruma una conciencia es intolerable, y la tuya está tranquila.

—¿Y qué diré a Octavio?

—Que jamás puedes ser su esposa, que te has engañado en el sentimiento que te inspira, y que te ame sólo como a una hermana.

—¡Ay! desgarraré su corazón, y será imposible que me escuche. Vos no podeis saber.....

El sacerdote sonrió con amargura y respondió con dulce voz:

—¡Yo lo adivino, lo comprendo todo! Mira—dijo llevando una mano a sus cabellos;—mira, mi cabeza está cubierta de nieve, y sin embargo, en mi corazón existe puro y ardiente el fuego del sentimiento; pero este sentimiento, purificado por largas horas de agonía, se llama ya sólo Caridad cristiana; recuerda bien, recuerda que entre

esas hojas de papel escritas por tu madre, hay muchas veces estampado un nombre; el de un joven a quien destrozaron villanamente el alma, haciendo pedazos y manchando su ídolo; ¡el nombre de Carlos!; ¡el mío; ya ves, hija mía, que no eres tú sóla la desgraciada, que no eres tú sóla la que tiene que olvidar y perdonar, y piensa que te he amado mucho a tí, y que por tí intercedo por el que te dió la vida, diciéndole en nombre de Dios: ¡Blanca, no descubras las faltas pasadas de ese hombre, no le hagas que se avergüence ante su hijo; y ámale, ámale más que a mí, porque él es tu padre, y yo... yo sólo soy un extraño que, por encargo de una muerta, ha velado hasta ahora por tí!

—¡Oh, señor!; ¡y sois vos el prometido esposo de la infeliz Regina, de mi madre!; el que así vela por el honor y la tranquilidad de...

—¡Yo no soy Carlos, no soy el joven que amó y padeció tanto; soy un ministro del altar, soy un anciano que se consagró a Dios, que le ofreció su alma, y que en las borrascas de la vida halló puerto en su bondad.

La niña fijó sus hermosos ojos en el rostro del sacerdote, en su noble frente, que parecía rodeada de una aureola de luz. Recordó cuanto de él había escrito su madre; comprendió su abnegación, su santidad, su sacrificio, y cayendo de rodillas ante él como ante un mártir,

—Os imitaré, padre mío—dijo—haré lo que vos, sacrificándome por el que mató la honra y la razón de mi madre, y por el que a mí me ha hecho también harto desgraciada. Callaré para que Octavio lo respete; callaré para que Octavio le ame siempre, y ya que sé que Octavio es mi hermano, mezclaré en mis plegarias sus nombres, y pediré a Dios el perdón del uno y la ventura y la paz del otro.

CAPÍTULO X

Como son tantos y tan distintos los personajes que figuran en nuestro relato, nos vemos precisados por algunos momentos a abandonar no sólo al padre Carlos y a la desgraciada Blanca, sino también los campos de Vizcaya y a todos los habitantes del castillo de Amayora, para trasladarnos a la corte de España y a la estación del ferrocarril del Norte, poblada a la sazón de infinidad de gentes que esperan la aparición del tren correo.

La hora que debía llegar sonó, y el silbido de la locomotora se escuchó en los aires como el gemido de un monstruo aprisionado en aquellas máquinas de hierro.

Una negra columna de humo se extendió deshaciéndose en los aires, y una larga hilera de coches fué avanzando majestuosamente hasta detenerse ante la estación.

Multitud de séres se precipitaron al andén, impacientes todos, todos codeándose, con el afán de ser los primeros, ya en abrazar una persona querida, ausente y esperada con ansia, ya en ofrecer servicios, ya en satisfacer sólo una vana curiosidad.

Ya habían salido la mayor parte de los viajeros y retirádose casi toda la gente, cuando de uno de los coches de tercera descendió un anciano de noble aspecto, aunque de traje más que sencillo, excesivamente modesto.

Alto, delgado, de cabello y barba canosa, tenía, sin embargo, una

mirada llena de viveza y ardor, aunque velada en aquel instante por una profunda melancolía.

Venía solo y nadie le esperaba; y como lo humilde de su aspecto alejaba toda idea de obtener de él una buena gratificación, nadie se acercó a ofrecerle sus servicios, que él sin duda hubiera rechazado, pues por todo equipaje traía una pequeña maleta que, sin esfuerzo alguno, podía llevar en la mano.

Cuando sus pies se apoyaron en el suelo, cuando dió algunos pasos en aquella tierra en que ninguno entonces le conocía, una viva emoción se pintó en su semblante, y alzó su mano para enjugar no sé si algunas gotas de sudor que humedecieron su frente, o una lágrima silenciosa que brotó de sus ojos.

Después procuró serenarse, y adelantando resueltamente hacia uno de los carruajes que admitían viajeros para conducirlos al centro de la población, subió en él, sin decir por entonces a dónde lo habían de llevar.

Un cuarto de hora después, el vehículo paraba en una de las plazas de la coronada villa.

El cochero preguntó a cada uno dónde quería ser conducido, y cuando llegó su vez al anciano,

—Aquí mismo—dijo, apoyando un pie en el estribo y saltando en tierra a la par.

Dió algunas monedas a aquel hombre, y se quedó solo entre la confusión general.

—¿Dónde iré?—murmuró lentamente, echando una triste mirada en derredor.—¡Oh, no sé! Y, sin embargo, es preciso que alguien me dé razón de él; de él, que es él sólo quien me puede guiar en este mar de sombras en que mi mente se extravía.

Se detuvo, meditó algunos instantes, y luego prosiguió:

—Buscaré a la familia de Gaspar; la buscaré en su antiguo domicilio; yo recuerdo sus señas, y allí quizá lograré...

El viajero se detuvo; parecía como que sus ojos perdían la luz.

Recordó que no había tomado alimento alguno hacía ya muchas horas, y miró a todas partes buscando un sitio en que poder descansar y tomar aliento.

Por una casualidad, su mirada se fijó en una pequeña puerta, sobre la cual había una muestra donde en gruesos caracteres podía leerse:

Se admiten huéspedes y se da de comer.

El viajero se dirigió allí, murmurando:

—He contado demasiado con mis fuerzas, y veo que éstas me faltan; antes de emprender mis averiguaciones, necesito estar firme, poder soportar las fatigas, el cansancio y las emociones que me esperan. Vamos, esperemos algún tiempo más, en vez de exponernos a perderlo todo.

El anciano penetró en aquella casa, donde encontró lo que en aquel momento necesitaba: una cama y una mesa regularmente servida.

Cuando acabó de comer era casi oscurecido.

—Aguardaré a mañana—dijo,— y dormiré esta noche para levantarme con el alba.

Y dejándose caer rendido de cansancio en aquel lecho,

—¡Dios mío!—exclamó con el acento de una ardiente súplica.—¡Dios mio! Haced que encuentre a mis hijos, ya que a ella la perdí para siempre.

Al día siguiente, y apenas se hizo de día, el viajero se levantó, y después de tomar un ligero refrigerio, salió a la calle y emprendió su anhelada excursión.

Hacía muchos años, muchos, que faltaba de la corte de España, y todo aparecía nuevo y extraño a sus ojos: calles, casas, personas, todo había sufrido alguna transformación, que a veces desorientaba a aquel hombre tan ansioso de buscar el pasado.

Al fin, después de mucho andar, llegó a uno de los barrios más apartados y empezó sus investigaciones, preguntando en todas partes por una mujer que debía ser ya muy anciana, y cuyo nombre era Fernandina Merán.

En un principio nadie le dió razón. Después, y a fuerza de preguntas, de interrogaciones, supo que aquella infeliz, privada de todo apoyo, vivía de la caridad pública; y aunque nadie sabía con certeza su domicilio, podía encontrársela todas las mañanas a la puerta de

de San Ginés, donde acudía invariablemente a esperar la limosna de los que allí concurrían.

El desconocido no se detuvo un solo instante, y empezó el camino que conducía a San Ginés.

No le habían engañado: la mujer que buscaba estaba allí.

Un chicuelo desarrapado a quien preguntó le dijo su nombre y se ofreció a servirle de embajador.

—Madre Fernandina—murmuró el chico casi al oído de la mendiga,—aquí hay un caballero que busca a usted y que desea hablarla en secreto.

—¿A mí?

—Sí, o lo que es lo mismo, a Fernandina Merán; y como yo sé que ese es su nombre, porque así consta en su...

—Bien, bien; pero, ¿qué quiere ese señor?

—Eso él se lo dirá a usted cuando la hable.

—¿Y cómo va a ser?

—Venga usted conmigo, que allí la está esperando.

—Es que si voy me expongo a perder...

—Por el contrario, yo creo que ganará usted algo en oirle, cuando con tal empeño la busca.

La mendiga no respondió, pero se apoyó en la mano del niño para levantarse, y se alejó con él, dejando admiradas a sus compañeras cotidianas.

El anciano miró fijamente a la mendiga cuando ésta se encontró junto a él, y repasando uno a uno sus antiguos recuerdos, creyó reconocer, aunque vagamente, los rasgos de aquella fisonomía ajada por los años y por la miseria.

—¿Es a mí a quien usted desea ver, caballero?—preguntó la mendiga con acento un tanto agrio y receloso.

—Sí, a usted, si no me engaño.

—Pues bien, aquí estoy a sus órdenes, aunque el haber dejado mi sitio me traiga algún perjuicio.

—¡Perjuicio!

—Sí, señor; las buenas almas escasean, y si otro está en mi lugar se aprovechará de lo que yo había de recibir.

El anciano sacó una moneda de plata, la puso en la mano de Fernandina, diciéndole al par:

—Si esto puede resarcirla de lo que otro había de darla, estaré más tranquilo, y no vacilaré en pedirla el favor que deseo.

—Hable usted.

—¡Aquí!, no quisiera...

—Pues bien, si usted no tiene inconveniente, ahí cerca está el mesón de la Ambrosia; ella me conoce mucho, y nos dará un cuarto donde podamos hablar. Sí, nos lo dará si buscamos el pretexto de decirla que nos sirva algo de comer; sus guisos no son caros, y...

—Está bien—contestó el caballero, comprendiéndo la intención de la mendiga—está bien; vamos allá.

Algunos instantes después, Fernandina y el desconocido se hallaban sentados en una habitación pequeña y casi repugnante.

La vieja comía con ansia algunos manjares que la dueña del mesón acababa de servir, y el desconocido la miraba fijamente, mientras la decía con el mayor interés:

—Y bien, ¿no puede usted decirme qué ha sido de Gaspar, de su hermano de usted, a quien busco con tanto afán?

—Muy malas y muy tristes son los noticias que puedo decirle. Gaspar vivía poco en nuestra casa; pues siempre estuvo al servicio...

—De los condes de Maravel—dijo el desconocido suspirando.

—Sí, sí, señor; y allí estaba cuando murió la condesa Elena. Después...

—Después... ¡Oh!, eso precisamente es lo que deseo saber.

—Mi pobre hermano desapareció el mismo día que enterraron a su señora.

—¿Y no volvió a saberse?...

—Nada, por entonces.

—¿Y luego?

—Verá usted; en vano fuí mil veces a la casa de sus señores a preguntar por él; nadie me daba razón; así pasó mucho tiempo.

—¡Ah!

—Yo había perdido ya la esperanza de hallarlo, y mucho más cuando el nuevo señor dió orden de que me despidiesen siempre que fuera, de que no me dejasen entrar.

—Siga usted.

—Yo estaba afligida, muy afligida; creía que a mi hermano le

habría pasado alguna desgracia y yo le juzgaba muerto o asesinado quizá. Un día...

—¿Qué?

—Fuí por casualidad a visitar una casa de dementes... Iba a acompañar a una parienta que...

—¿Y en esa casa?...

—¡Yo iba tan descuidada, tan ajena de lo que iba a ver!

—¿Y bien?

—Allí, entre aquellos infelices, estaba mi hermano.

—¡Cómo!

El infeliz no me conoció, pero yo sí; yo sí le conocí a él, a pesar de la expresión huraña de sus descompuestas facciones. Me acerqué a él, le llamé por su nombre; pero sólo me respondió: «¡Se la han llevado, se la han llevado, ya no está en su sepulcro; corre, corre tras ellos, no la dejes ir!»

—¿Eso decía?

—El desgraciado estaba completamente loco.

—Pero ¿quién le había conducido allí?

—Eso pregunté al director del establecimiento, mas no supo darme razón. Según creía, lo habían llevado desde uno de los hospitales de la ciudad, donde había ingresado con una herida en la frente; pero como su cabeza estaba tan perdida, no pudieron averiguar nada de él, ni de su familia, ni de su pasado.

—¿Y allí?...

—Allí fuí a verle, desde entonces, todos los días; pero él no hablaba ni contestaba a mis preguntas; su locura era silenciosa y sombría, y solo siempre, con el mismo acento alterado y balbuciente, decía las mismas palabras: «Se la llevan; corre, corre; quiero ver dónde conducen su cadáver».

El desconocido había escuchado a la mendiga con una atención singular.

En su semblante, agitado por una profunda emoción, se leían los encontrados sentimientos que agitaban su alma.

Aquel relato le interesaba sin duda muy vivamente.

—Y dígame usted—exclamó de pronto.—¿Gaspar vive aún?

—Vive, si es vivir estar allí en aquella mansión, sin voluntad, sin pensamiento, y como un cadáver ambulante.

—Y... ¿pudiera yo verlo?

—Sí, señor, cuando usted quiera; yendo conmigo, porque a mí ya me conocen y me dejan pasar sin dificultad ninguna.

—¡Oh, pues iremos! Y si lograse hacerme reconocer por él... Si a mí me dijera... Me interesa más que la vida lo que a su lado intento averiguar.

—Poco confío; mi pobre hermano está como muerto; si es él el que os puede dar alguna luz sobre... no sé lo que será, pero en fin, nada espere usted por ese lado.

—Sin embargo, yo le ruego que me lleve a verle.

—Sí, sí; ya he dicho que es fácil... Y en acabando...

Fernandina se apresuró a dar fin de los manjares que tenía delante, y en vista de la prisa del anciano, se los guardó, diciendo:

—Ya podemos marchar.

Su compañero no se lo hizo repetir, y ambos salieron a la calle.

Un coche de alquiler que pasaba a la sazón fué detenido por el desconocido, y haciendo subir a la mendiga,

—¡A Leganés!—dijo al cochero, instalándose en el vehículo.

Poco después se detenían a la puerta de la Casa de Dementes, y Fernandina decía al portero:

—Voy a ver a mi hermano; ya sabe usted que tengo permiso, y como no he parecido por aquí en tantos días...

—Es cierto—exclamó aquel hombre;—bien olvidado tiene usted al pobre loco, y aunque él no la echa de menos, sin embargo, es lástima...

—Vamos, vamos adentro—exclamó la mendiga, interrumpiendo las palabras del guardián de aquella puerta.—Vamos, este caballero viene conmigo, quiere pasar, y en todo caso, dará a usted una gratificación por que no se oponga.

A esta promesa, el portero se quitó la gorra, hizo una reverencia y les dejó entrar en aquella triste morada, no sin que antes recibiera el don ofrecido.

La pordiosera y su compañero atravesaron algunos patios tan sombríos y tan tristes como los desgraciados que se albergaban en ellos.

—¿No está aquí?, ¿no es aquél?—preguntaba a cada momento el caballero.

—No, aún no hemos llegado—contestaba la anciana, siguiendo adelante.

Al fin, y cruzando entre la multitud de desventurados que les interrumpían a cada paso con las preguntas o las afirmaciones más extravagantes, llegaron al departamento donde estaba Gaspar.

Fernandina señaló a un infeliz sentado en el fondo de una larga galería, diciendo a la par:

—¡Aquél es!

El desconocido se estremeció violentamente y avanzó con afán hacia el loco.

Este no alzó la mirada siquiera.

El aspecto del infeliz Gaspar inspiraba angustia y compasión.

Con el cabello y la barba blancos y descuidados, el traje pobre y uniforme de la casa, flaco, descolorido y con los ojos sin expresión ni vida, parecía extraño a cuanto le rodeaba, y ni hablaba ni se movía.

¡Oh!, nadie hubiera podido reconocer en él al antiguo criado de la condesa de Maravel.

El caballero se adelantó, se acercó a él pálido y estremecido, y apoyando una mano en su hombro, dijo con agitado acento:

—¡Gaspar!

El loco hizo un brusco movimiento, como si aquella voz hubiera resonado en el fondo de su cerebro, y con acento extraño, con acento que parecía el eco de un recuerdo, de una rápida visión.

—¡El!—dijo—el señorito Edmundo!

Un destello de inmensa alegría iluminó la frente de aquél, cuyo nombre acababa el loco de pronunciar.

Si le conocía, si le recordaba, quizá le podría dar razón de los séres que anhelaba encontrar.

Fernandina, asombrada a su vez, miraba a su hermano, y pensaba, aunque sin dejar traslucir su pensamiento en una frase:

¿Si se habrá curado? ¿si habrá recobrado algo de razón en estos días que no le he visto?

—Sí, yo soy, yo soy, amigo mío—exclamó el llamado Edmundo—yo, que vengo en tu busca al cabo de tantos años; que quiero mejorar tu situación, sacarte de aquí y llevarte conmigo, para que entre los dos busquemos a mis hijos, porque tú quizás sepas...

El rostro de Gaspar, que parecía haberse animado un instante, volvió a tomar su habitual expresión fría y muerta, por decirlo así, y sus ojos, que se habían fijado en Edmundo con extrañeza y afán, volvieron a inclinarse, quedando apagados e inmóviles.

Aquella impresión, causada por la voz del que venía a buscarle, había sido sólo el choque eléctrico, que galvaniza a un cadáver.

—¡Habla, respóndeme!—decía con ansiedad Edmundo—¡habla, respóndeme!, ¿quiéres que salgamos de aquí?

—Sí... bien... murmuró el pobre loco—sí... bien... la buscaremos... iremos a... se la llevaron... se la llevaron, y... ¡no sabían que estaba muerta!

—¡Cómo!; ¿qué quieres decir?—gritó de nuevo Edmundo, queriendo con la ardiente luz de su mirada penetrar en el caos de aquella mente oscurecida—¿a quién se llevaron?

—¡A ella, a Elena!—balbuceó de nuevo Gaspar—¡a ella, a la condesa!; y no sabían que era un cadáver.

Una lúgubre carcajada se escapó de los labios del infeliz demente; carcajada que heló de espanto a Fernandina y a Edmundo.

Este último estaba desesperado.

Comprendía que nada podía sacar en claro de las palabras del antiguo criado de la condesa de Maravel.

Sin embargo, era tan grande su afán, era tal su anhelo por descorrer el velo que ocultaba a sus ojos el misterio del pasado, que aun creyéndola inútil, no podía decidirse a terminar aquella entrevista.

Cogió, pues, las manos del loco; las estrechó con violencia, y fijando sus penetrantes ojos en los de Gaspar:

—¡Oh, respóndeme por Dios—exclamó de nuevo—tú amabas mucho a Elena, ¿es verdad?

Una emoción terrible se operó en todo el sér del loco.

Su fisonomía tomó una expresión mitad idiota, mitad salvaje, y gritó con aceeto gutural y extraño:

—¡Sí, la amaba, la amaba, pero calla, que no lo sepa; ¡por eso quiero ir a buscarla!; ¡por eso quiero matar al médico aquel, al que después se la llevó!

—¿Que se la llevó?; ¿luego... insistes en esa idea?

—¡Oh, sí!; la sacaron del sepulcro... los dos, los dos, y corrieron

con ella. El pobre Gaspar los seguía, y por eso... ¡Oh, me duele... me duele aquí, en la cabeza!; ¿has oído el tiro?, aquí, aquí!

Fernandina estaba admirada.

Jamás su hermano había hablado tanto como aquel día desde que perdiera la razón.

Era que jamás tampoco se habían excitado sus pasiones ni sus sentimientos como aquel día.

—Aquí—prosiguió, llevando una mano a su frente—aquí fué; por eso no pude seguirlos; por eso no supe qué habían hecho de ella; de ella, que... no lo digas, pero... ¡Oh!, no, no, callaré; este secreto debe morir conmigo.

Gaspar quiso huir, quiso alejarse; pero Edmundo le detuvo aún.

—Escucha—le dijo, haciendo el último supremo esfuerzo—escucha, los hijos de tu amada señora, de la condesa Elena, están en un grave peligro; yo he venido a salvarlos; pero es forzoso que tú me digas donde están.

—¡Yo!—dijo el loco encogiéndose de hombros.—¡Yo! ¿Qué me importa a mí eso? El sacerdote, el sacerdote aquel sabrá de ellos.

—¿Cuál, cuál?

—El que vivía allá abajo, lejos, muy lejos; aquel que ella me mandó buscar.

—Pero ¿quién, quién, por Dios?

—Espera... espera... ¡Oh, sí, ya recuerdo!... Su confesor... el padre... padre Carlos. Pero calla, calla y déjame; no quiero decir más; me buscarían, me perseguirían de nuevo, y... ¡otro tiro! No, no, yo no diré nada más, porque la esconderían, y no podré hallar a mi adorada muerta.

Y el infeliz, sin que pudieran sujetarle, echó a correr con una rapidez vertiginosa, perdiéndose en las oscuras galerías de aquel sombrío edificio.

Edmundo quedó inmóvil y presa de un profundo estupor; pero después, dándose una palmada en la frente,

—¡Ah!—dijo.—¿Cómo no he pensado antes en ese hombre, que era el depositario de los secretos de Elena? El padre Carlos... sí, el padre Carlos es mi sola, mi última esperanza. ¡Oh, yo le buscaré, yo le buscaré! De ese sacerdote yo sabré encontrar hoy mismo la huella.

Y se dispuso también a salir de aquel lugar.

—¿Nos vamos ya, caballero?—preguntó Fernandina deteniéndole.

—¡Ah, es verdad! Me había olvidado... Tome usted.

Y ofreció algunas monedas a la mendiga.

—Yo creí que mi hermano...—murmuró ésta.

—Yo volveré a verle, y, si Dios me proteje, le sacaré de esta casa y procuraré volverle la salud. ¡Lo juro!

Cuando el desconocido, a quien ya daremos el nombre de Edmundo de Olivar, salió de aquella mansión habitada por la desgracia, se detuvo un instante para reflexionar, y luego, adelantando rápidamente por una de las calles que se ofrecían a su vista, anduvo a la ventura hasta encontrar un carruaje de alquiler que le permitiera abreviar el tiempo y llegar con más prontitud al objeto que deseaba.

—¿Dónde vamos?—preguntó el cochero subiendo al pescante.

—Llévame al palacio del gobernador eclesiástico. Tú debes saber—contestó el anciano con acento suave.

—¡Ya lo creo! Como que todas las bodas y bautizos van a la Vicaría, y... Vamos, en un instante llegaremos allá.

Estas palabras fueron muy pronto una verdad.

El carruaje se detuvo un momento después, y el conductor, señalando un edificio de apariencia modesta y severa,

—Aquí es—dijo;—ya ve usted que no le engañaba.

Edmundo saltó en tierra, pagó el alquiler del vehículo, y sin detenerse un punto, penetró en aquella morada, donde podían darle sin duda las noticias que anhelaba.

Cruzó algunos corredores, después de informarse por el portero, y llegó al fin a una de las oficinas, donde expuso a uno de los empleados su pretensión.

Esta se reducía a averiguar el paradero del padre Carlos, último confidente de la condesa Elena.

Dió el nombre y el apellido del sacerdote, que recordaba perfectamente, por habérselo oído repetir mil veces a la mujer que tanto había amado, y merced a esto, empezaron a buscar noticias. Edmundo instó de tal modo, manifestó tal interés y se mostró tan generoso

que no tardó en saber que el hombre a quien buscaba se encontraba en aquel momento ejerciendo la misión de cura de almas en uno de los pueblecitos más alegres y lindos de la hermosa y noble Vizcaya.

Una nube de tristeza cubrió la frente de Edmundo al recibir estas noticias.

—¡Otro viaje! ¡Más dilaciones aún!—murmuró para sí—pero en fin, ¡es preciso!

Y despidiéndose cariñosamente del que le había proporcionado aquellos datos, se dirigió a su morada, pues necesitaba en verdad tomar alimento y descanso.

Aquella misma tarde, Edmundo de Olivar emprendía el camino de Vizcaya, sin más guía ni más esperanza que las palabras escapadas de los labios de un pobre loco.

Dos días después de los sucesos que hemos referido, se encontraba Blanca, la protegida del padre Carlos, sentada bajo el emparrado que precedía a la bella casita del párroco, en actitud triste y desanimada.

La palidez que cubría su hermoso semblante y el círculo morado que rodeaba sus grandes ojos, mostraban claramente los sufrimientos de aquel alma, tan pura como dolorida.

A lo lejos, muy lejos de la casa, apareció la silueta de un hombre que avanzaba, en traje de camino.

La joven se extremeció; a nadie esperaba, y sin embargo, la presencia de un extraño le hacía palidecer.

¿Acaso no le había dicho Octavio que el duque iba a llegar de un día a otro?

Los ojos de Blanca se fijaron con más afán en el desconocido, pero cuando ya pudo distinguirle, porque la distancia que los separaba se había acortado visiblemente, su rostro se serenó en tanto, y al anhelo que revelaba antes, sucedió una expresión de vaga curiosidad.

El aspecto del viajero era modesto y sin pretensiones ni lujo alguno.

El desconocido se acercaba entretanto.

Venía, sin duda, a aquella casa, que no podía ser perdida ni confundirse con ninguna otra.

Cuando llegó junto a ella, cuando ya la sombra del verde emparrado protegía su cabeza de los rayos del sol, se descubrió respetuosamente, quitándose su ancho sombrero con un ademán lleno de nobleza y distinción.

Blanca contestó a aquel saludo, y el viajero la preguntó:

—Si no me engaño, señorita, esta es la morada del digno párroco de la aldea.

—Aquí es donde habita, caballero—dijo la joven con dulce voz.

—¿Y podéis decirme si su nombre es...?

—Aunque todos le apellidan *el buen párroco* en estos contornos, mi protector se llama el padre Carlos.

—¿Vuestro protector habéis dicho?—preguntó el viajero, presa de una emoción extraña.

—Sí, señor, y de ello me vanaglorio.

Hubo un instante de silencio.

Edmundo de Olivar temblaba como la hoja agitada por el viento.

Su deseo, sin duda, le engañaba, y creía ver en aquella joven algo de lo que buscaba con tanto afán; alguna parte ¡ay! de su ser y de su corazón.

Procuró serenarse, y sin separar sus ojos de Blanca.

—Según eso, ¿no sois su deuda, ni...?

—No, señor, ya os he dicho que sólo soy su protegida. Pero si es a él a quien venís a buscar, permitidme que vaya a darle aviso, o más bien, tened la bondad de seguirme y os conduciré a su despacho.

El anciano nada tuvo que replicar, hizo una leve inclinación y siguió a la joven, que penetró en el interior de la casa.

El buen párroco, como le llamaban donde quiera, leía o meditaba sentado ante su bufete y con la cabeza oculta entre sus manos.

¡Ay! ¿quién podía adivinar los pensamientos que rodeaban por aquella frente, los sentimientos que combatían aquel corazón, o el nombre que mezclaba en sus fervientes plegarias.

Sólo Dios, sólo Dios, en cuyo seno van a depositarse nuestros dolores, van a caer nuestras lágrimas, lo podía avalorar y comprender.

—Padre mío—murmuró Blanca con voz dulce y tímida, abriendo

suavemente la puerta del despacho—padre mío, aquí hay una persona que desea veros.

El ministro de Dios levantó la cabeza, pareció volver en sí de la abstracción que le dominaba, y respondió con su habitual bondad.

—Hazle entrar, hija mía; ya sabes que siempre estoy dispuesto a escuchar a los que me necesitan.

El viajero adelantó y se inclinó respetuosamente ante el ministro del Señor.

Después, y con una voz timbrada por la profunda emoción.

Perdonad—dijo—si vengó a turbar vuestro reposo o a distraeros de vuestros pensamientos, pero es de tanto interés para mí lo que motiva mi venida!

—Hace muchos años que consagré mi vida a Dios y mis horas a los hombres, a los que juzgo mis hermanos; podéis, pues, disponer de mí, porque mi tiempo os pertenece.

—¡Lo que tengo que deciros es tan grave!

—Déjanos, hija mía—murmuró el sacerdote dirigiéndose a Blanca, que salió de la estancia, sin notar un ademán suplicante que el recién llegado hacía para detenerla.

—Ante todo, y perdonad mi indiscreción, ¿tendréis la bondad de decirme el nombre de la joven que acaba de alejarse de aquí?

—Se llama Blanca, caballero—respondió el padre Carlos, sin dar valor a lo extraño de la pregunta.

—¡Ah!, me había engañado—suspiró el recién llegado, inclinando tristemente la cabeza.

—¿Qué queréis decir?

—Una sola palabra bastará a explicárselo todo.

—¡Una palabra!

—O mejor dicho, un nombre, el mío. Soy Edmundo de Olivar, marqués de la Ensenada.

—¡Vos!—exclamó el sacerdote levantándose rápidamente—¡Vos!

—Nada más cierto.

—Luego sois el esposo de...

—De la infortunada Elena.

—¡Dios mío!; entonces, la noticia de vuestra muerte...

—Fué una infame mentira que vengo a desmentir.

Edmundo se dejó caer en una silla que su interlocutor le ofrecía,

y éste ocupó de nuevo su asiento, dispuesto a escuchar a su huésped.

—Largas enemistades de familia, odios tan antiguos como inmotivados, hacían imposible el amor de dos séres que habían nacido el uno para el otro—dijo el viajero, empezando una narración que juzgaba sin duda necesaria en aquellos momentos—sin embargo, Elena y yo comprendíamos la injusticia de aquel rencor, y juramos ser el uno para el otro, venciendo cuantos obstáculos pudieran oponerse a ello.

—Sé ya esa historia; sé que un enlace secreto os unió ante Dios, y que aquel matrimonio realizado con las mayores precauciones, no llegó jamás a hacerse público, porque...

—La quebrantada salud del anciano conde de Maravel, hacían temer a su hija que cualquiera emoción violenta pudiera empeorar su estado o producir un fatal desenlace a su larga dolencia.

—¡Oh!, sí; ¡era tan fácil!

—Mil veces, y cuando yo la estrechaba para que rompiese aquel misterio—«espera—me decía—espera; mi infeliz padre apoya un pie en el sepulcro; ¿a qué violentarle por algunos días?; por otra parte, la impotencia del infeliz paralítico, ¿no nos deja casi una libertad completa?; ¡esperemos, pues, esperemos!»—Yo cedía siempre a sus ruegos, a así se pasaba el tiempo.

—¡Pobre Elena!

—¡Oh, sí, pobre Elena, víctima quizá de algún crimen!; muerta acaso por...

Una sombría palidez se extendió por las facciones del sacerdote.

Un recuerdo terrible acababa de surgir en su mente; recuerdo amortiguado por los años, pero siempre amargo y cruel. Sus labios, sin embargo, no dejaron escapar un sonido, ni sus ojos una llamarada de indignación.

Permaneció mudo e inmóvil.

Edmundo también guardó silencio por algunos instantes.

Después pasó un pañuelo por su pálida y sudorosa frente, y continuó:

—Dios sólo, Dios, cuya mirada penetra los misterios más profundos de los corazones y las conciencias, puede saber qué mano me arrojó en el abismo de desdichas y peligros en que he vivido tantos años; sentenciado a muerte, fugitivo, prisionero hasta hace pocos

días, he pasado años enteros olvidado de todos; ¡de todos!, porque el único que sabía que pude evadirme y salvar la vida, era un fiel criado que perdió la razón al siguiente día de mi fuga.

—¿Un criado?—preguntó el padre Carlos con interés.

—Sí, Gaspar, el antiguo servidor de los condes de Maravel.

—¿Y decís que perdió la razón?

—El infeliz está abandonado en una casa de dementes.

—¿Vive aún?—exclamó el sacerdote levantándose con violencia.

—Sí señor.

—¡Dijeron que había muerto!

—Hace algunas horas que le he visto. Las que se tardan en venir aquí desde el manicomio de Leganés.

—¿Y ese hombre...?

—Ese hombre me ha hablado de vos, es decir, ha pronunciado vuestro nombre enmedio de su delirio: por lo demás, ni una frase, ni un recuerdo, ni una idea que me guiase en el caos en que vacilo; pero, ya os lo he dicho, pronunció vuestro nombre, y él me trajo hasta aquí para deciros: Señor, hace diecisiete años que no he visto a mis hijos; ¡diecisiete años que he vivido encerrado en una prisión, donde no ha podido llegar a mí una sola noticia de ellos!; no sé donde están, ¡no sé si han muerto!; ¿podéis vós darme alguna esperanza, alguna luz para encontrarlos?

La voz del anciano era tan suplicante, su ademán tan desesperado, que el padre Carlos, conmovido dolorosamente, tomó aquellas manos que hasta él se extendían, y estrechándolas entre las suyas.

—¡Valor, hijo mío!—dijo—¡valor, es preciso que seais fuertes.

—¿Valor?—preguntó Edmundo palideciendo más aún.

—Sí, para saber la verdad y para luchar en lo porvenir.

El sacerdote, trayendo a su memoria uno a uno todos los hechos ocurridos la noche en que vió morir a Elena, y los que siguieron en los días posteriores a su muerte, refirió a Edmundo su viaje para recoger a los hijos de la condesa, la desaparición de éstos, arrebatados de la alquería sin saber por quién, la desesperación de Juana Duró, ¡todo!, hasta la abnegación de Román, que, niño aún, lo abandonó todo por buscar a sus queridos hermanos de leche.

El viajero escuchó aquella narración con un anhelo indecible.

—¿Y dónde está Juana Duró?—preguntó con ansiedad.

—Los años, las penas quizá, produjeron en ella una terrible enfermedad, que en pocos días dejó huérfano a su pobre hijo.

¡Ella también! ¡Oh!, parece que el soplo de la muerte va secando una a una todas las flores de mi esperanza!

—¡Tenéis razón!

—Comprended, padre mío, que soy bien desventurado.

Por segunda vez el ministro de Dios estrechó la mano de Edmundo, y murmuró con aquella voz que sabía penetrar bien en el alma:

—¡Quién sabe! Dios ha puesto el arbol de la esperanza en el camino de nuestra vida, para que sea la sombra que refresque nuestra frente y la compañera amorosa en cuyo seno podamos descansar y tomar aliento. Sus bienhechoras ramas se alzan siempre verdes y hermosas a nuestros ojos; percibimos enmedio de las tempestades del dolor su dulce y vago perfume, y aun le vemos brindarnos consuelo y felicidad al otro lado de la tumba! ¡No desesperéis, pues, por muchas que hoy sean vuestras decepciones! Vos habéis sufrido largos años de destierro, de peligros, de cautiverio, según decís, y sin embargo, ahora estais aquí libre, dueño de vuestras acciones; ¡cuando Dios ha permitido esto, es que la prueba ha cesado y empiezan los días de luz y tranquilidad!

—¡Oh!, ¡vos no sabéis cuánto he sufrido!; quizá Elena, mi pobre Elena, os contaría algo de mi vida de entonces. Pero ¡ay! ella ignoraba, como yo ignoro aún, cual fué la mano que preparó mi ruina, de qué odio fuí víctima, quién, en fin, causó mi perdición. Ello es que, sin comprender cómo, me ví envuelto en una trama política; que las apariencias me acusaban, y que fuí sentenciado a muerte por rebelión contra el Estado, yo, que puedo jurarlo, no tenía una sola mancha en mi larga y gloriosa carrera militar.

—Pero, ¿cómo fué...?

—No me lo explico; testigos comprados que declararon contra mí; documentos falsos que aparecieron con mi nombre... una red tan bien tendida, que no había más que perecer entre sus mallas. Sin duda, alguno de mis criados fué cómplice de aquella infamia, pues de otro modo no hubiera podido tener tal éxito.

Edmundo guardó silencio por algunos instantes, procurando tomar aliento.

El padre Carlos le escuchaba con la mirada sombría y el aire preocupado. Tal vez ligaba en su mente los sucesos que su huesped le refería, con los recuerdos secretos que se veía precisado a guardar en el fondo de su corazón.

—Las leyes militares—prosiguió Edmundo—son rigurosas e ineludibles hasta el extremo, bien lo sabéis, y en virtud de ellas fuí sentenciado...

—¿A muerte?

—Sí, ya he dicho que las apariencias estaban en contra mía.

—¿Entonces...?

—Un fiel criado, un antiguo servidor de mi familia, convencido de mi inocencia, y siendo para mí, más que sirviente, un segundo padre, derramó el oro a manos llenas, no regateó ni las dádivas, ni los ruegos, y buscó los medios para conseguir mi evasión.

Elena sabía mi prisión, pero yo había cuidado de que ignorase la gravedad de mi causa, como ella, a su vez, había puesto un indecible empeño en ocultarme el mal que le aquejaba.

¡Nos amábamos tanto, que ambos sólo pensábamos en evitarnos cualquier pesar!

Llegó la noche en que debía efectuarse mi evasión; todo estaba bien preparado. Los vigilantes favorecían mi fuga, que facilitaría un disfraz preparado al efecto, y dos caballos, escogidos entre los mejores, me conducirían hasta la frontera a mí y al leal criado a quien todo lo debía.

El plan estaba bien combinado, y todo salió según habíamos previsto.

Me hallé en completa libertad, y seguro de que en muchas horas no podríau notar mi evasión.

Al verme fuera de la prisión, en donde me había desesperado tantos días, mi primer anhelo fué ir a reunirme con mi esposa, a contárselo todo y a revelarle el punto a donde me dirigía.

Mi buen Anselmo, mi adicto servidor, se turbó al oir mis palabras, y palideció al ver la firmeza de mi resolución. Quiso oponerse a ella, pero no pudo persuadirme, y como los momentos eran contados.

—Señor—me dijo—desistid de ese propósito porque...

—¿Por qué—pregunté con afán.

—Porque hoy será imposible que veais a la condesa.

—¡Imposible!

—Está enferma y...

—¡Ella!—grité sintiendo crecer mi ansiedad.

—Y como cualquier dilación podía seros funesta, como el menor contratiempo podía costaros la vida...

—¡La vida!; ¿y sin ella, qué es la vida para mí?

—¿Y vuestros hijos, señor?—me preguntó Anselmo, que conocía todos mis secretos.

Vacilé un instante, pero el anhelo de ver a mi esposa lo dominó todo.

Sin contestar ni oir sus ruegos, emprendí el camino del palacio de Maravel.

Me dirigí a la puerta del jardín, a donde caían las ventanas del cuarto que ocupaba Gaspar.

Estaba cierto que él me proporcionaría los medios de ver a Elena.

Cuando me acerqué a aquella casa, no sé lo que pasó por mi sér. ¡Algo extraño ocurría allí!

Por dos veces hice la seña con que en otros días me hacía entender de Gaspar, y sólo después de esperar mucho, y arriesgando el todo por el todo, conseguí verle, decidiéndome a llegar hasta su cuarto.

Cuando fijé mis ojos en aquel hombre, un espanto parecido a la locura se apoderó de mi sér.

Su traje de luto me lo explicaba todo, su semblante pálido y descompuesto acabó de confirmar mis sospechas.

—Señor—me dijo muy bajo—¿qué venís a buscar aquí?

—¡Quiero verla!

—¡Imposible!

—¡No pronuncies esa palabra!; ¡quiero verla, repito!

—Cumplid su última voluntad, y vivid para vuestros hijos.

—¡Eso ha dicho!

—Ese ha sido su postrer encargo, y además...

—Sigue—interrogué loco de dolor.

—Quería entregarme un medallón que llevaba al cuello.

—¡Ah!

—En él hay un secreto que vos sólo debéis conocer, pero...

—¿Qué?

—Nos observaban, y no se atrevió a...

—Es preciso que me conduzcas a su lado, aunque después pierda la vida.

—No, eso no puede ser.

—Pues entraré a viva fuerza.

Gaspar, aterrado, me detuvo, exclamando.

—¡Sólo hay un medio!

—¿Cual?

—Pero... no me atrevo, desconfío de...

—¿Cual?—repetí en el colmo de la locura.

—Todos los criados de la casa debemos velar por turno el cadáver de la condesa.

—¿Y bien?

—Podéis ocupar mi puesto.

—Vamos.

Pero pensad que el menor gesto, la menor imprudencia, puede perderos, y que esos niños quedarían sin protección alguna sobre la tierra.

Nada contesté, y tomé con mano febril la librea de Gaspar.

Cubierto con ella llegué hasta Elena. ¡Oh, señor, qué horas tan crueles pasé en aquella cámara ardiente, donde yacía su cadáver!

¡No quiero, no puedo recordarlas!; ¡tan horribles fueron!

Al fin Gaspar me sacó de allí.

Al delirio de la desesperación, había sucedido una atonía mortal.

Estaba anonadado por tanta desgracia, y obedecía como un niño, sin conciencia y sin voluntad.

Anselmo me aguardaba a la salida; Gaspar me condujo a su lado, y entre los dos llevaron a cabo mi fuga.

Enfermo, con el corazón desgarrado y la mente trastornada, caminé algunas horas, impulsado por mi viejo criado, que a toda costa quería salvar mi vida.

¡Verdaderamente, mi situación era horrible!

¡Qué inmensa desgracia había caído sobre mí!...

¡Oh, si el pensamiento de mis dos hijos, santo recuerdo de mi amada Elena, no me hubiera sostenido, aquella noche todo hubiera concluído para mí.

Cuando el aire frío de la mañana me devolvió algún tanto la razón, ya estábamos lejos, muy lejos de Madrid.

Los caballos habían corrido como el viento, aguijoneados por Anselmo, sin que yo me cuidase de nada.

Sin embargo, en aquel momento, y por un movimiento instintivo, me detuve y manifesté mi deseo de volver a Madrid.

Anselmo, con las lágrimas en los ojos, me hizo ver el inconveniente de tal proyecto, y rogándome en nombre de aquellos dos niños, que no tenían ya más apoyo que yo, me obligó a seguir adelante y a buscar la salvación lejos de aquellos lugares donde quedaba toda mi vida.

La desgracia me perseguía sin embargo.

Antes de llegar a la frontera, caía en poder de la justicia, que me encerró de nuevo en una prisión.

Allí permanecí mucho tiempo, sin que lograsen hacer la identificación de mi persona.

Sólo el infeliz Anselmo se cuidaba de mí.

El, sin temer las fatigas del viaje, volvió a la corte, recorrió las casas de todos mis amigos, de todos mis deudos, y los interesó en mi favor, consiguiendo al cabo que pidiesen mi indulto.

No sé de qué medios se valdrían, no sé qué recursos emplearían; ello es que consiguieron trocar mi sentencia de muerte por la de prisión perpetua, recomendando la más severa vigilancia, puesto que ya una vez había intentado la fuga.

Sin darme un punto de reposo, sin perderme de vista un sólo instante, con el mayor lujo de rigor y de crueldad, fuí conducido a mi destino y encerrado en el más inexpugnable calabozo.

Mi naturaleza no pudo resistir a tantos golpes, y, presa de una enfermedad mortal, pasé muchos meses entre la vida y la muerte.

Durante este período experimenté un nuevo infortunio.

El viejo Anselmo murió casi a la puerta de mi prisión, puesto que, aunque mi incomunicación era absoluta, mi pobre y leal criado no se separaba de allí.

Con él perdí toda esperanza, toda idea de salvación.

Las cartas que escribía no llegaban a su destino. ¡Así lo decretaron mis guardianes, que me consideraban como un ser peligroso y capaz de todo!

En vano imploré piedad, en vano pedí misericordia, en vano reclamé justicia.

Mis súplicas, mis ruegos, mis peticiones, todo se perdía entre aquel océano de odio, de indiferencia y olvido que me rodeaba.

Cansado de aquella lucha tan titánica como inútil, caí, en fin, en un abatimiento tan doloroso como profundo.

Sólo anhelaba morir, pero era tal mi atonía que ni aún tenía fuerzas para buscar la muerte, ya que ella se negaba a librarme de tantos martirios.

Edmundo, fatigado por aquella larga narración, abrumado bajo el peso de sus recuerdos, dobló la cabeza sobre el pecho y permaneció algún tiempo mudo e inmóvil como la estatua del dolor.

El sacerdote le escuchaba conmovido y apesarado.

Efectivamente, Edmundo había sido muy desgraciado.

¡Oh, qué responsabilidad tan horrible debía pesar sobre la conciencia del que había motivado tantos males!

Porque el padre Carlos creía tener la clave de aquel enigma; creía adivinar la verdad de aquel tejido de infamias.

Pero sus labios de sacerdote estaban cerrados por un candado inquebrantable: por el candado del deber.

Cuando el de Olivar se repuso algún tanto, prosiguió su narración, que ya tocaba a su fin:

—Casi todos mis bienes habían sido confiscados, y como nadie se había cuidado de reclamarlos, se hallaban perdidos o en poder de parientes lejanos que bendecían mi desgracia, mi ausencia y mi muerte, pues esto les enriquecía.

Estaba, pues, casi pobre, y sin embargo, tenía conmigo un tesoro. Las riquezas de Marabel, acumuladas en muchos años, y ocultas por un capricho del padre de Elena, antes de perder el uso de la palabra y casi de la razón. Pero este tesoro era de mis hijos, y la revelación del sitio en que se ocultaba había sido recogida por mí del pecho de un cadáver; del cadáver de mi pobre Elena.

—¡Ah!, entonces, ese papel no cayó al fin en manos de...

El sacerdote, que había pronunciado estas palabras sin ser dueño de contenerse, se detuvo de pronto, manifestando en su semblante una contrariedad.

Edmundo, sin reparar en ello, prosiguió diciendo:

—La noche que velé junto a los inanimados restos de mi esposa, pude encontrar en su cuello el medallón donde se encerraba un documento en que estaba descrito el sitio en que aquellas riquezas se ocultaban.

Yo solo sabía que ella llevaba siempre consigo aquel escrito minucioso y detallado, pues no sé qué presentimiento la hacía temer por aquellas riquezas, patrimonio de nuestros hijos.

—¡Oh, desgraciada Elena!—murmuró el padre Carlos con pesar.

—Ya veis, señor, que todo os lo confío, hasta lo más oculto de mi vida y de mi porvenir.

—Sí, es cierto; pero aún no me habéis dicho...

—¿Cómo logré recobrar mi libertad? ¡Oh!, Dios mío, sin duda, compadecido de mis pésares, mandó cerca de mí un hombre bueno y compasivo, que tuvo piedad del infeliz olvidado de todos.

Para gobernador del castillo, que era una tumba para mí fué nombrado el general Mirallús, un honrado anciano que había sido amigo de mi padre y que me conoció en la infancia.

Al tomar posesión de su nuevo cargo, quiso hacer una visita a todos los desgraciados que gemían prisiones allí.

Mi nombre, tan conocido para él, le hizo extremecerse al sonar en su oído; fijó en mí sus ojos, y aunque en aquel instante reconoció sin duda en mí al hijo de su antiguo amigo, guardó silencio y siguió su visita a las demás dependencias del castillo.

Aquella noche, sin embargo, y a una hora desusada, sentí descorrerse los cerrojos de mi calabozo.

Era el nuevo gobernador.

—Retiraos—le dijo al carcelero que le acompañaba—tengo que hablar con este preso sin testigos. Esperad en la puerta a que yo os llame.

Aquel hombre obedeció.

Yo me había puesto de pie, y esperaba triste e indiferente sus preguntas.

Tenía tan pocas esperanzas, estaba tan abatido, que casi me era la vida indiferente.

Cuando ya nadie pudo oirnos.

—¿Os llamáis Edmundo de Olivar?—me dijo.

—Ese era mi nombre, cuando la injusticia de los hombres no me había condenado a ser sólo una cifra, un número escrito sobre la puerta de un calabozo.

—Vuestro padre era marqués de Pradorreal ¿es verdad?

—Sí señor, pero...

—¿Tanto he cambiado, hijo mío, que no reconoces en mí al antiguo amigo del noble anciano a quien debos la existencia?

—¡Cómo—exclamé extremecido—¿vos...?

—Yo soy el general Mirallús, que tantas veces te tuvo en sus rodillas cuando eras niño.

Vacilé un momento, quise tomar su mano, pero el temor me contuvo, hasta que le ví abrirme sus brazos, en los cuales me precipité con un movimiento de alegría. ¡La primera que había experimentado en tantos años de desgracia!

Pasada la primera emoción, llegaron las explicaciones.

El general me conocía muy bien, y sabía que yo era incapaz de una traición; le dije la verdad, y él dió crédito a mis palabras.

—¿Tienes algún enemigo?—me preguntó, después de haber escuchado hasta el fin.

—Lo ignoro—contesté—creo no haber hecho daño a nadie.

—¿Algún envidioso de tu posición, de tu fortuna?; piénsalo bien.

—¿Yo...?

—La envidia es tan cruel como el odio, y por ella, hijo mío, se cometen muchas infamias; tantas quizá como por la ambición, una de las pasiones que más enloquecen al hombre, para hacerle ejecutar toda clase de delitos.

—No sé, señor—exclamé al cabo de algunos momentos de reflexión—quién pueda aborrecerme hasta el extremo de haber causado mi ruina; sólo sé que no ha habido una mano que se me tienda, ni una voz que se alce para defenderme.

—¿Tus parientes...?

—Son muy lejanos, y mi muerte o mi prisión les tiene hechos dueños de mi fortuna.

—Pues bien, yo reemplazaré a tu padre en esta ocasión; yo haré cuantos esfuerzos sean imaginables para esclarecer los hechos, para conseguir tu rehabilitación, y en todo caso...

—¿Qué?—pregunté con ansiedad.

—En todo caso, cincuenta años de honradez intachable, de constantes servicios, bien me autorizan para escuchar una sola vez la voz del corazón, y faltar, si es preciso, al deber.

—¡Cómo!; ¿qué queréis decir?

—Que si no puedo probar tu inocencia, como yo estoy convencido de ello, ejerceré la justicia por mi mano, y te daré la libertad.

¡La libertad!; esta palabra me hizo extremecer.

¡Ella era la vida, la vuelta a la luz, al aire, a la patria!

Ella era los besos de mis hijos, sus caricias, sus bendiciones, su felicidad, pues acaso, solos, huérfanos, desconocidos, eran desgraciados como su padre.

Abracé las rodillas del general, echándome a sus pies, por un movimiento indeliberado.

Quiso calmar mi emoción, pero yo le hablé de todo esto, y él, a su vez, sintió en sus ojos brotar una lágrima y que su corazón latía con violencia.

¡Ay, aquel hombre era padre, y comprendía mis esperanzas y adivinaba mis dolores!

Y tanto se compadeció de mis sufrimieutos y mi ansiedad y mis dudas, que, cediendo a un impulso del alma:

—Edmundo—dijo—¿lo que ha de suceder después, por qué no ha de suceder antes?

Sentí que una nube oscurecia mis ojos y que mis piernas flaqueaban.

—Sé fuerte para la alegría, ya que lo has sido para el pesar—exclamó sosteniéndome—Sé fuerte porque mañana saldrás de aquí.

¿Qué más os puedo decir, padre mío?

El general cumplió su promesa, y valiéndose, al par que de su autoridad, de un servidor fiel y callado, abrió en la noche siguiente la puerta de mi prisión, dándome, no sólo ropas y dinero, sino todos los medios para evitar cualquier peligro.

Cuando me separé de él, me abrazó tiernamente, diciendo:

—Hace muchos años que no he gozado un placer semejante. ¡Qué hermoso es hacer bién, y qué consolador también pensar que tu padre, el buen marqués de Pradorreal, me sonreirá desde el cielo, y verá que he sido fiel a nuestra amistad! Vé, Edmundo, vé, yo quedo en el encargo de justificarte ante el mundo y devolverte tu nombre y tu honor. Vé a buscar a tus hijos, y cuando los estreches en tus brazos, ruega a Dios por los míos.

Nada pude contestarle, pero mis lágrimas de gratitud le dirían más que mis palabras.

Cuando me ví lejos de aquel sombrío castillo, donde había pasado tantos años de aislamiento y soledad; cuando ví los campos, el espacio, que podía cruzar a mi antojo, bendije la bondad de Dios y le pedí su ayuda para lo porvenir.

Crucé sin descansar muchas leguas de camino.

Creía que a cada paso que me alejaba de mi antigua prisión, mi pecho respiraba con más libertad.

Cuando ya no pude resistir el cansancio que me dominaba, entré en la primer posada que hallé al paso y pedí un cuarto y una cama.

Dormí algunas horas, y cuando desperté me preparé a emprender de nuevo el camino.

La casualidad había puesto enfrente de mí un espejo, y me quedé asombrado al ver reflejarse mi imagen en él.

¡Ay, no era yo, no era yo Edmundo de Olivar!

Era un anciano demacrado y triste, que nada tenía de común con el hombre joven y lleno de vida que hacía quince años había sido enterrado vivo en el castillo de***,

Esto, por otra parte, me tranquilizó.

Si yo mismo me desconocía, ¿quién podía decir mi nombre al encontrarme?

Seguí, pues, sin temor mi camino, y después de algunos días de marcha, llegué a la corte, donde se encerraban todos los recuerdos queridos de mi corazón.

Obedeciendo los consejos de mi salvador, adopté un nombre su-

puesto, y como nadie me recordaba ni nadie podía reconocerme, recorrí sin temor los sitios que me habían sido antes tan caros.

Visité el cementerio de San Ginés, donde estaba el sepulcro de los Maravel, y recé llorando ante aquella piedra, que tenía grabado el nombre de «Elena». Vi también el de su padre, escrito sobre aquellos mármoles en una fecha muy cercana a la muerte de ella, y pensé con el corazón oprimido, lo olvidadas que debían de estar aquellas dos tumbas.

¡Oh!, sí, tenéis razón, muy olvidadas, porque la heredera del título y los bienes del anciano, también...

—¡La heredera!, ¿quién lo fué pues?

—Una hija natural del conde, llamada Margarita, a la cual le hicieron reconocer, después de la muerte de Elena.

—Pues qué, el desgraciado anciano, ¿no había perdido el uso de la palabra y de la razón?

Sí, mas la ambición y la codicia hallan recursos para todo.

—¡Ah!

—No faltó quien hiciera aquel documento.

—¿Y cómo pudo ser eso?

—Con oro se compra la justicia y se compra la conciencia. Se encontró un médico que declarase que el conde gozaba de todas sus facultades intelectuales, y se encontró también un representante de la fe pública que otorgase aquella especie de testamento.

—Entonces...

—Margarita fué condesa de Maravel, pero lo fué por muy poco tiempo.

—¿Murió también?

—Sí, muy joven aún; ¡pobre mujer; debía ser muy desgraciada!

—¿Y después?

—Como tenía hijos, ellos fueron los herederos de la madre.

—¡Dios mío!, ¡qué fatalidad ha perseguido a esa familia!

—El...

El padre Carlos se detuvo; inclinó la frente y guardó un silencio profundo.

Edmundo, preocupado con sus propias ideas, ni aun reparó siquiera en aquella involuntaria exclamación.

Después de visitar el sepulcro de Elena—continuó el viajero—emprendí toda clase de averiguaciones para saber el paradero de mis hijos.

Esta era mi sola esperanza de felicidad; esta era la única misión que me quedaba que cumplir sobre la tierra.

Pero ¡ay, todo fué en vano!

No hallé ningún rastro que me condujera hasta ellos.

Después de inútiles esfuerzos, encontré a Gaspar, como ya os dije, en una casa de locos; pronunció en su extravío vuestro nombre, y vine a buscaros, como el náufrago busca la única tabla que le puede salvar.

—¡Pobre de mí!—exclamó el padre Carlos con pena—¿qué puedo yo hacer en favor vuestro?

—Habladme de Elena, repetirme sus últimas palabras, recordar si os hizo alguna súplica, si os confió alguna misión.

Ya sabéis que recibí de ella el encargo de recoger sus dos hijos, a la pequeña Valentina y a Alfredo. Sabéis también que, cuando llegué a casa de la nodriza, era ya tarde; ¡los habían robado de aquel pobre hogar!

—¡Robado! ¿Pero quién?; ¿no podéis calcularlo?

El sacerdote vaciló, pero después dijo con pausado acento:

—Sólo la persona que tuviese interés en que esos niños no pudiesen reclamar algún día la herencia de su madre, podía llevar a cabo ese atentado.

—¿Y quién...?

—Pensadlo vos, recordar que hay un antiguo adagio que nos hace preguntar para descubrir un delito: ¿a quién aprovecha el crimen?

—Tenéis razón; entonces, y siguiendo ese axioma, sólo a los que heredaron el título y los bienes de Maravel, convenía que...

—Que nadie pudiera disputárselo más tarde; ¡eso es!

—Según lo que decís, la hermana natural de Elena fué quien... pero ¿cómo sabía nuestro secreto?; ¿y esa Margarita...?

—No ofendáis su memoria; era una pobre criatura, tan buena como infortunada.

—Pero...

—Ya os he dicho que ha muerto, y ¿quién sabe si el pesar, si el remordimiento de una culpa que no había cometido ni podido evitar, la llevó al sepulcro prematuramente?

—No os comprendo, no puedo adivinar...

—Y sin embargo, yo, que sólo abrigo vagas sospechas, tampoco debo deciros más. ¡Mi misión, hijo mío, no es acusar!

—No es acusar, no, ya lo sé, pero es sostener al que vacila, es consolar al triste, es dar la mano al ciego que camina en las tinieblas para conducirlo a puerto seguro.

—Y así lo haré, no lo dudeis; os ayudaré en vuestro empeño, tanto cuanto sea compatible con mi deber; entre tanto, permitidme que os ofrezca hospitalidad en esta casa; quedaos en ella por algunos días, pensaremos juntos, juntos procuraremos decir algo, y Dios nos inspirará lo que debemos hacer.

—Pero...

—No vacileis en aceptar mi oferta, y concededme la misma confianza que vuestra esposa me concedió.

Edmundo, subyugado por aquel acento dulce y suplicante, nada tuvo que replicar.

Quedó decidido que permanecería allí algunos días.

¿Y qué arriesgaba en ello? ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dónde iría al salir de allí, sin esperanza, sin huella alguna que seguir?

—Me quedaré, mientras que vos me lo mandéis—dijo con desaliento.—¡Ay! Por desdicha mía, veo que la libertad y la vida van a ser una carga pesada para mí.

El sacerdote mandó disponer una habitación para su huésped, y el viajero se instaló en ella, siendo agasajado y servido con el mayor cariño por todos los habitantes de aquella modesta casa.

¡Oh, cuán cerca estaba allí Edmundo de algunos objetos de su amor, que él creía lejanos o perdidos!

CAPÍTULO XI

También en el castillo se habían recibido nuevos huéspedes.

Entre ellos se encontraba el duque de San Marcial, padre de Octavio, que había venido hasta allí, tanto por complacer al conde, que le había invitado cortesmente a pasar algunos días en Amayora, como por ceder a las vivas instancias de su hijo, que deseaba tanto tenerle a su lado.

El duque no era ya, por cierto, el aturdido e impetuoso joven que conocimos en la primera parte de esta novela.

Era un anciano casi, elegante siempre, de maneras escogidas y trato afable y de buen tono, pero entristecido y desalentado, como si un remordimiento, una pena o un doliente recuerdo llenasen de amargura su corazón.

Hay en la juventud ligerezas y extravíos que se olvidan y se perdonan, porque nada dejan tras sí. Pero hay también faltas tan irremediables, que entristecen una existencia y cubren de sombras un porvenir.

El duque había cometido una de estas faltas, y en sí mismo había tenido su castigo.

Poco feliz en su matrimonio, no hallando en la compañera de su vida ni indulgencia ni bondad, ni hallando cariño ni calor en su hogar, mil veces, cansado de las fiestas, y de las diversiones, y de las orgías, había vuelto sus ojos al pasado y había recordado a una po-

bre niña, hermosa, dulce, amorosa y casta, a quien había hecho muy desgraciada.

¡Oh!, tal vez ella le hubiera hecho dichoso, viviendo sin aquel brillo, sin aquella pompa, y lejos del torbellino que le arrastraba a su pesar.

¡Las dulces alegrías que se hallan en un afecto casto, sincero y puro, con nada pueden reemplazarse sobre la tierra!

Así lo había comprendido el duque, al encontrar siempre desierto su hogar, y desierto y menospreciado su corazón por aquella que debía embellecer al uno y dar la ventura al otro.

Tampoco en su santo cariño de padre pudo encontrar aquel hombre el lenitivo de su pesar, porque mil veces, al sostener sobre sus rodillas a su hijo inocente, a su Octavio adorado, la memoria de una tierna criatura abandonada y sin fortuna, pobre quizá, quizá despreciada o culpable acaso, venía a derramar una gota de hiel en el ardiente beso que daba a aquel niño.

¡Ay! ¿Qué sería de su otra hija, de la cual no había vuelto a saber, y que acaso había muerto sin pan ni abrigo, sin familia y sin amor?

He aquí por lo que el duque, sin estar cargado de años, era ya muy viejo de alma y de cuerpo.

He aquí por lo que sus ideas habían cambiado mucho, y por lo que se había tornado indulgente y bueno con los afectos del corazón.

Sus amigos le creían triste y desanimado y abatido a consecuencia de la muerte de su esposa, ignorando que aquella muerte sólo había roto un lazo que jamás fué de flores, ni encerró entre sus eslabones el amor ni la dicha, ni la unión, ni la paz.

Sólo en aquel naufragio de todas sus alegrías, había conservado un sentimiento que le hacía amar la vida y soñar con lo porvenir.

El amor de su hijo, el amor de aquel joven leal y noble, había vivido siempre descontento de sí mismo y descontento de los demás, se había jurado seriamente hacer la dicha de Octavio y evitarle los pesares que habían hecho de su existencia un eterno torcedor.

Aunque el castillo era suficiente a alojar separadamente a los huéspedes que contenía, por un deseo de agradarles se había preparado la habitación del duque en el mismo departamento que ocupaba Octavio.

Era una extensa sala amueblada con un gusto severo y rico, en la cual había dos alcobas espaciosas y desahogadas también.

Así es que padre e hijo podían estar juntos y conversar libremente, entregándose a sus íntimas confidencias, sin que nadie les molestase.

Octavio anhelaba con ansia tener una explicación con su padre.

Quería revelarle su amor a Blanca, confesarle que sólo en ella cifraba su felicidad.

Sin embargo de su afán, tuvo que esperar todo el día y guardar silencio sobre lo que tanto interesaba a su corazón.

El duque, al verle preocupado y más pálido que otras veces, había tratado de interrogarle, limitándose él a contestar:

—Luego hablaremos, padre mío, luego os lo contaré todo y os revelaré mis deseos.

El anciano comprendió que algo grave pasaba en el alma del joven, y no dudó un solo momento que se trataba de un empeño del corazón.

Predispuesto siempre a la indulgencia, esperó la entrevista con Octavio.

Pero en aquel intervalo reflexionó quién habría inspirado una seria pasión a su hijo.

En un principio se creyó que alguna de las señoritas de Merán habría fijado su atención, porque las dos eran verdaderamente dignas de ello, la una por su espléndida y radiante hermosura, la otra por su delicada, suave y casta belleza.

Mas, con todo, al observarle bien en todo el curso del día, se convenció de que ni Adriana ni Estrella eran las dueñas de aquel corazón.

Esperó, pues, con la mayor impaciencia.

Llegó por fin la hora.

Las diversiones y la reunión terminaron en el castillo, y cada cual se retiró a buscar el descanso necesario.

El duque y Octavio se encontraron al cabo solos.

—¡Cuánto ansiaba este momento, padre mío!—dijo el joven, sentándose al lado del anciano y tomando su mano con tanto respeto como cariño.

—Yo también lo anhelaba, querido Octavio—contestó el duque, estrechando aquella mano adorada, y fijando en su hijo una mirada en que se revelaba un mundo de ternura—yo también lo anhelaba, pues comprendía que necesitabas algo de mí, y estaba impaciente por concedértelo.

—¡Oh, padre mío, qué bien hago siempre en confiar en vuestra bondad!

—¿Luego no me había engañado?; ¿he adivinado que como otras veces?..

—Solo con la diferencia que otras veces se trataba de un capricho, de una petición sin nombre, y hoy se trata de mi felicidad.

—¡Tu felicidad! esa es mi única ambición, mi solo anhelo.

—Pues bien, quizá está ahora en vuestra mano.

—Explícate:

—Padre mío, amo un ángel de virtud y de inocencia, y cifro en hacerla la compañera de mi vida, mi única esperanza y mi única ventura.

—Ya me esperaba esas palabras—exclamó el duque sonriendo con bondad—siempre todos los enamorados dicen lo mismo; ¿pero estás seguro de no obedecer a la alucinación de un momento?

—Sí, padre mío; la mujer a quien amo no es la encendida rosa que deslumbra y seduce con su hermosura: es la sencilla y humilde violeta que atrae con su perfume y que cautiva con su modestia: no es la radiante llama del volcán que ciega y abrasa con su ardiente luz; es el templado rayo de sol que ilumina el hogar y presta calor al alma; no es la mujer seductora de los salones; es la pobre niña que, amante y buena, hará feliz una existencia.

—¿Pero dónde la has conocido?

—Aquí mismo, señor.

—¿Y ella te ama?

Octavio vaciló.

—Creo que sí—murmuró al cabo más resueltamente.

—¿No estás, según veo, cierto de ello?

—¡Oh!, sí, sí, lo estoy; es demasiado cándida para ocultar sus sentimientos.

El duque sólo temía ver a su hijo víctima de un engaño.

—¿Pero adopta tu amor?—preguntó lentamente.

—No, señor, lo rechaza—se apresuró a contestar el joven.

—¿Que lo rechaza—exclamó su padre entre admirado y ofendido —¿sabe quién eres?—añadió con un involuntario acento de orgullo.

—Quizá por eso huye de mí.

—¿Duda tal vez de la lealtad de los sentimientos?

—Yo le he jurado que son rectos.

—Y sin embargo...

—Juzga demasiado distinta nuestra posición, y se retrae de una unión desigual.

—¿Tan humilde es su cuna?

—No lo sé; sólo he visto en ella su candor; sólo me ha enloquecido su belleza, y me juzgo a mí mismo demasiado noble para levantar hasta mi altura a la mujer de mi elección, siempre que ésta sea pura y honrada, virtuosa y buena.

—Y... ¿estás seguro que esa negativa no es un incentivo que quiere poner a tu pasión?

—¡Oh!, bien se ve, padre mío, que no conocéis a Blanca.

Y Octavio, el delirio de su amor, hizo una pintura exacta de la protegida del padre Carlos, de sus cualidades, de las dotes celestiales que adornaban su alma, jurando después con la mano puesta sobre el corazón que, si perdía a aquella niña, sería el más infortunado de los hombres.

El anciano duque, dudoso y sin poder volver de su asombro, no sabía qué responder a su hijo.

Le conocía demasiado; sabía que hasta entonces no se había dejado seducir por los encantos brillantes y deslumbradores de las mujeres más hermosas, y pensaba que tal resolución y tal entusiasmo debían ser producto de una pasión verdadera y profunda.

Sin embargo, no se decidía a conceder ni a negar aún.

—Y bien—preguntó al cabo—¿qué es lo que deseas de mí?

—Que veais a Blanca, que la conozcáis, que juzguéis vos mismo, y que si la halláis tal como yo la comprendo, tal como es, allanéis los abstáculos que puedan oponerse entre los dos.

—Cedo a tu petición, puesto que la creo justa; mas no quisiera que al verme supiese que soy tu padre.

—¿Por qué—preguntó Obtavio, que en su nobleza no podía suponer ningún fingimiento en nadie, y mucho menos en Blanca.

—Porque esto lo haría mostrarse tal cual es, sin recelo ni temor.

El joven quedó pensativo.

Al fin exclamó:

—Es fácil lo que queréis, aunque para ello necesito la ayuda de la señorita de Merán.

—¿Cómo?

—Blanca es amiga de Estrella, de esa niña a quien llaman el «Angel de los desgraciados» en todo el contorno.

—¿Su amiga?

—Sí; ella, con un pretexto cualquiera, la hará ir a la Cruz de los Pinos.

—¿Dónde es eso?

—En un sitio donde suelen verse. Blanca no ha querido venir al castillo desde que hay en él gentes extrañas, y allí van las dos amigas a juntarse muchos días.

—¿Y cómo harás para que la señorita Estrella...

—¡Oh!, esa niña ama demasiado a Blanca, y estoy seguro de que, sin preguntarme la causa, cederá a mis deseos.

—Entonces...

—Mañana la veréis, y estoy cierto de que la amaréis y la admiraréis como yo.

CAPÍTULO XII

Cuando Daniel llegó a su casa, después de la conversación que había tenido con Elena a través de la puerta que cerraba la prisión de aquella infeliz mujer, temblaba, no sabemos si de frío, por el agua que empapaba sus ropas y sus cabellos, o de espanto por los males que presentía.

La fiebre, sin embargo, hacía circular en sus venas la sangre con una velocidad terrible, y su frente, que ardía, estaba encendida y pesada.

Ya dijimos que se había acostado en su lecho, no a dormir, sino a meditar sobre los extraños sucesos que empezaban a aclararse a su vista, dejándole adivinar abismos sin fondo de culpas y misterios, tan dolorosos como horribles.

Sin embargo, el cansancio, la emoción, la calentura, vencieron al pobre jorobado, y poco a poco sus ojos se cerraron y el sueño invadió su cerebro y le arrancó por instantes a las realidades de la vida.

Pero ¡ay! aquel sueño fué más cruel que su desvelo mismo.

Espantosas visiones se le aparecieron en él, aumentando, si esto era posible, las angustias y los temores de su pobre corazón.

En su sopor, cada vez más profundo, creía ver a su madre alzándose de su tumba mortuoria, más pálida y más triste aún que cuando la vió por la vez postrera. señalándole a un hombre que venía per-

seguido por otros muchos, cubierto de heridas y empapado en sangre.

Aquel hombre era su padre, y Lucía le gritaba, tendiendo sus manos con afán: «Sálvale, sálvale, hijo mío».

Y el infeliz hacía inauditos esfuerzos por correr a obedecer a su madre, pero una valla insuperable se oponía a su paso, y su protector, con semblante severo, exclamaba: «No saldrás de aquí; el deber lo impide». Y cerraba ante él una puerta sobre la que había grabado un número. El número 30.

Daniel, presa de estas horribles visiones y de otras más extrañas y aterradoras aún, pasó gran parte de la mañana sin darse cuenta del tiempo que transcurría.

El joven estaba enfermo, realmente enfermo.

Tantas emociones le habían producido una fiebre nerviosa que le postraba y le enloquecía.

Su segundo padre, el buen D. Luis, extrañando no verle levantado a una hora bien avanzada ya, subió a su cuarto, y acercándose a su lecho, le preguntó:

—Daniel, hijo mío, ¿qué tienes?; ¿te sientes hoy mal?

El joven abrió los ojos y los fijó en el anciano, primero con extravío, después, como aquel que vuelve de un pesado y profundo sueño.

—¡Oh!—exclamó al cabo con apagada voz—tengo la cabeza pesada y el cuerpo fatigado.

—¿Quieres que llame al doctor?—exclamó D. Luis alarmado.

—No, no—se apresuró a decir el huérfano—esto no será nada; un poco de reposo y todo cederá.

El anciano salió de la estancia, cerrando cuidadosamente la ventana, para que su hijo adoptivo hallase con más facilidad el descanso que deseaba.

El día se pasó así.

Por la noche, al retirarse D. Luis, volvió a ver a Daniel, y se de-

cidió a llamar a un médico si al día siguiente no encontraba mejor a su pupilo.

Este no quiso que nadie velase a su lado, y al fin se quedó solo.

La fiebre no había cedido.

Con las sombrías horas de la noche sintió Daniel mas recargo aún.

Con las sombras volvieron las visiones dolorosas, y con éstas la locura y el extravío.

Presa de una ansiedad mortal, obedeciendo al delirio que le embargaba, Daniel se levantó, dió algunos pasos, se oprimió la frente y el corazón con las manos, quedo, muy quedo, salió de la estancia sin darse cuenta de lo que hacía, pero teniendo la precaución de marchar muy despacio para que ninguno le sintiere.

Así, y protegido por la oscuridad, descendió por las escaleras y llegó hasta el despacho de su protector.

La puerta sólo estaba entornada.

En las aldeas se vive más confiados que en las grandes poblaciones.

El huérfano, que conocía todas las costumbres de su viejo amigo, llegó hasta la mesa escritorio, y sin vacilar abrió uno de los cajones.

Allí estaban las llaves del armario que servía de archivo.

Guiado por un instinto particular, Daniel tomó aquellas llaves y se encaminó hacia el armario.

La puerta que le cerraba quedó abierta, y como si una luz interior hubiese iluminado los ojos del huérfano, su mano se dirigió al sitio donde estaba el pliego que el doctor Dubois había venido a colocar bajo la guarda de la fe pública.

Daniel temblaba, pero no vaciló ni retiró su mano.

Tal vez la fiebre que le enloquecía, borraba de su mente y de su alma toda noción, toda idea de bien y de mal.

En el cabal goce de su razón no hubiera cometido aquella acción; pero, ya lo hemos dicho, era el delirio quien le impulsaba.

Ni un instante siquiera le detuvo el recuerdo de D. Luis, ni la grave responsabilidad que aquel hecho atraía sobre él.

Con una agilidad extraordinaria, con esa destreza y seguridad que presta el sonambulismo, cerró de nuevo el armario, puso las llaves en el mismo sitio donde las había tomado, volvió a subir la escalera,

y entró en su cuarto dejándose caer en el lecho y escondiendo entre sus ropas aquel legajo que acababa de robar.

Su cansancio y su fatiga eran tales, que por largo espacio de tiempo tuvo que permanecer inmóvil y con la cabeza caida en la almohada para regularizar algún tanto su respiración jadeante y para contener los latidos de su corazón, que parecía querer saltar de su pecho.

Sin embargo, en medio de su agitación, sus manos oprimían convulsivamente aquellos papeles sustraidos con tanto afán.

Pasó algún tiempo.

El cansancio del pobre huérfano había cedido, aunque no se había aminorado la calentura que le abrasaba.

La lamparilla colocada en su mesa de noche, derramaba en torno una claridad débil e incierta.

Daniel, sin embargo, auxiliado por ella, había roto el lacre que cerraba el pliego confiado a su protector, y leía las páginas escritas allí.

El aspecto del pobre joven causaba pena y angustia.

Ocultando casi con su cuerpo aquellos papeles, leyéndolos con sumo trabajo, inclinado sobre ellos y con las facciones desencajadas y descompuestas, atento al menor rumor, presa del miedo, de la agonía, se asemejaba a un demente o a un criminal aterrado bajo el peso de su culpa.

De pronto el infeliz lanzó un grito, grito inarticulado, imposible de definir si le timbraba el dolor o la alegría, y cayó desplomado y sin sentido sobre las almohadas de la cama.

Ya era de día cuando Daniel volvió en sí.

La blanca luz del alba iluminaba indecisa y suave los cristales de la ventana.

Con aquella apacible claridad, que parecía venir a conjurar los

fantasmas y los horrores de la noche, vino también un poco de calma al espíritu del pobre jorobado.

Su cabeza se despejó lentamente, la fiebre empezó a ceder, y cerró los ojos con un ligero y calmado sueño.

Esta especie de tregua le devolvió la razón y alguna tranquilidad.

Se encontraba mejor, aunque quebrantado y abatido.

Sus ideas se fueron aclarando, sus pensamientos retrocedieron hasta lo pasado algunas horas antes, extendió sus dedos hacia las ropas de la cama, y sus dudas y vacilaciones desaparecieron.

Había tocado los papeles de su padre con el sello roto y esparcidos entre las sábanas.

—¡Oh, qué he hecho yo!—murmuró muy bajo, con la frente cubierta de sudor.—¡Qué he hecho yo! ¡He deshonrado a mi segundo padre y he burlado su confianza y abusado de su buena fe! ¡Y ya no tiene remedio; no, no le tiene! ¡Yo estaba loco! Y... ¿qué hacer ya?

—¡Vamos, soy un miserable, pero el mal está hecho, y es preciso obrar! Caiga sobre mí solo la vergüenza de esta acción, pero ya que Dios ha puesto en mis manos los hilos de esta madeja horrible, utilicémoslos para salvar a los inocentes y evitar el castigo de los culpados. ¡Oh, el castigo de los culpados debe pertenecer a Dios; a Dios, que se vale a veces de los más débiles para detener en su marcha a los más poderosos; a Dios, que si ha hecho de la vida un mar tempestuoso lleno de escollos, de abismos y tempestades, sin playas, ni riberas, ni orillas, ha colocado un faro santo en el cielo! ¡Allí, allí solo las almas desgraciadas encuentran el puerto que no existe en la tierra!

El joven se incorporó, y después de vacilar un instante, tomó una hoja de papel de las que estaban esparcidas a su lado, y leyó con profunda atención:

«Temeroso de que por librarse de mí un hombre que ha sido mi cómplice, o más bien, el que me ha impulsado al mal, me tienda un lazo en el cual yo pierda la vida y él asegure su tranquilidad, pongo en lugar seguro estos documentos tan importantes para am-

bos, que serían la perdición de los dos al caer en manos extrañas.

El que es capaz de un delito no puede inspirar confianza ni aún a sus compañeros en el mal. ¡Y a éstos quizás menos que a nadie!

El que es capaz de intentar la muerte de una infeliz mujer, de arrebatarla sus hijos, de tenerla encerrada viva por espacio de muchos años, por el sólo afán del oro, bien pudiera por ese mismo afán tratar de deshacerse del que le ayudó a llevar a cabo su obra.

Los crímenes bien pensados suelen quedar impunes, y con mi muerte sucedería esto quizá.

Un sentimiento de equidad, pues, me impulsa a dar el paso que doy, poniendo en manos de los representantes de la ley, en caso de que yo muera, las pruebas suficientes a descubrir toda la verdad, puesto que juzgo una necedad pagar yo solo las culpas que entre los dos hemos cometido, y cuya revelación y detalles están en esas cartas, escritas por el ayer Fausto de Merán y hoy conde viudo de Maravel y señor de Amayora.

De la autenticidad de esos documentos respondo solemnemente, encargando a los jueces que obren con energía y con rectitud, y de este modo, si la mano de un cómplice nos castiga, el brazo de la justicia me vengará.

El doctor Marx de Dubois."

Daniel enjugó algunas gotas de sudor que empapaban la raíz de sus cabellos, y continuó leyendo con creciente emoción.

Aquellas hojas de papel, escritas todas y autorizadas con la firma de Fausto, eran órdenes, instrucciones, encargos para Marx: promesas y ofrecimientos en recompensa de los servicios recibidos.

Allí se hablaba de Elena, de sus hijos; se trazaban planes para hacerla hablar, y sobre todo para tenerla oculta, sujeta por el temor, por el peligro que corrían sus hijos, ambos en poder y cerca del conde.

«Cuando esta mujer nos diga dónde están escondidos los cuarenta millones de su padre y las riquezas que, al ser preso, ocultó su esposo, entonces será vuestra la mitad de ese dinero, y ambos nos veremos libres y podremos respirar seguros, porque las palabras escritas sobre la piedra que cubre el sepulcro de la condesa de Ma-

ravel, podrán ser una verdad; vos me lo habéis dicho mil veces, y sólo me ha detenido la idea de arrancarla su secreto».

El jorobado se extremeció, y murmuró con ahogada voz.

—¡Oh, cuánta infamia! Vamos, no me pesa lo que hice; con los miserables es preciso ser miserable también, y obrar como ellos, con precauciones y traición.

Daniel, como el que toma una resolución saltó de la cama, se vistió, y buscando un sobre, encerró en él aquellos papeles.

Después, anque vacilante y con pocas fuerzas, se dispuso a salir.

Antes de llegar a la entrada se encontró con D. Luis, que le detuvo cariñosamente, riñéndole con dulzura porque salía tan de mañana.

—¡Oh!, me siento bien—respondió el joven fingiendo una sonrisa, y turbado ante aquel hombre cuya confianza había burlado—me siento bién, y volveré en breve, padre mío.

El anciano, antes de dejarle salir, le obligó sin embargo a tomar un poco de caldo y una copa de vino.

Sin esto, acaso el pobre Daniel no hubiera podido continuar su marcha.

El huérfano se dirigió lentamente hasta la casa de Blanca.

Había resuelto hacerla su asociada en la empresa que iba a acometer.

¿Quién, como ella, podía serlo?

La casualidad favoreció su deseo en aquella hora.

La niña, pálida y triste, se hallaba bajo el emparrado que tantas veces había dado sombra a su frente serena y sin nube alguna.

Doña María se hallaba con Andrés entregada a los quehaceres domésticos, y el sacerdote había salido hacía algún tiempo con su huésped.

—¿Sois vos?—preguntó la niña fijando sus ojos en Daniel.

Mas después, observándole con mayor atención, continuó:

—¿Pero qué os ha sucedido?; ¿estáis enfermo?; ¿sufrís?

—¡Oh, sí!

—¿Qué tenéis?

—Blanca, permitidme guardar secreto hoy sobre las penas que me afligen, sobre las tempestades que combaten mi alma. Mañana tal vez os lo diré todo, y... a ella también.

—¿A ella?

—Perdonad, he querido decir a la señorita Estrella; además, quizá entonces también necesitaré de ambas. Entre tanto, Blanca, vengo a pediros un favor.

—Hablad, ¿qué deseais?

—Vengo a poner en vuestras manos un depósito sagrado. Un secreto que ofreceréis guardar hasta mañana. ¡Oh!, sí me lo jurais, ¿es cierto?

—¿Tan grave es?—preguntó la joven admirada.

Tan grave, que se encierran en él, más que una vida, más que una honra, la vida y la honra de muchos quiza.

—Me asustáis, Daniel.

—Además, señorita—continuó el jorobado sin reparar en la interrupción de Blanca—quiero que roguéis al cielo por mí, porque hoy necesito mucho de vuestras oraciones. ¡A los ángeles debe Dios escucharlos, amiga mía!

—¡Ah!, yo no lo soy, pues mis súplicas han sido poco escuchadas. Yo también, Daniel, yo también, como vos, soy bastante desventurada.

El jorobado fijó entonces su mirada sobre el semblante de la niña, y viéndola tan descolorida, exclamó:

—Sí, es verdad, os encuentro muy cambiada.

—Las lágrimas y el dolor dejan huellas profundas en el rostro, vos lo sabéis.

—¡Oh, sí, más vuestros males tendrán quizá remedio.

—¡Nunca; es imposible!

—¡Quién sabe; en cambio, yo sólo espero ser aún más desgraciado!

Hubo un instante de silencio.

—¡Tomad—dijo Daniel—y juradme que a nadie entregaréis este depósito.

—¡Lo juro!, pero... ni aún a mi protector he de decir?...

—Si mañana no me veis, si no vengo a buscaros, entregádselo a él, y rogadle que sea más clemente que justo, y más piadoso que severo.

Y el joven se separó de Blanca, que le vió partir en silencio.

Daniel llegaba una hora después de su entrevista con Blanca a la alameda que precedía al castillo.

¡Estaba resuelto a buscar a su padre!

Necesitaba a toda costa tener una explicación con él.

¿Qué iba a decirle?

No lo sabía, pero las circunstancias le inspirarían las frases que le iba a dirigir.

Cuando sus ojos se fijaron en las paredes de aquel viejo y señorial edificio, su corazón latió con violencia y un nombre acudió a sus labios.

¡Estrella!

¡Oh, allí estaba ella!

¡Quién sabe si por un momento podría ver a la dulce y purísima niña, casta virgen de sus ensueños, única estrella cuyo resplandor, aunque lejano, iluminaba la sombría noche de su vida!

El jorobado tembló ante esta idea, de temor acaso, de esperanza quizá.

El mismo no sabía explicárselo.

¡Pobre niño, pobre criatura, tan desheredada de la suerte y tan rica de sentimiento y corazón!

¡Qué amor tan grande, tan puro, tan incomprensible se encerraba en su alma, que así le dominaba, que así le absorbía, que así le hacía olvidarse de todo, aun estando cierto de que adoraba un imposible, y estando decidido a que ni un suspiro, ni una palabra, ni una mirada, revelase nunca aquella pasión!

¡Oh, misterios son estos que sólo Dios, que forma las almas, puede comprenderlos y avalorarlos!

El huérfano caminaba lentamente y casi al azar.

Sabía que ni podía ni debía penetrar en el castillo.

¿Quién era él para tanto?

¿Qué criado del castillo se hubiese encargado de llevar una misión suya a cualquiera de los huéspedes que se albergaban en él?

Ninguno; por eso esperaba sólo una casualidad que le acercase al doctor, a quien tal resolución tenía de ver.

Pero esa casualidad no llegó.

Marx de Dubois no salió de Amayora aquella mañana.

Cansado de su larguísima espera, el joven iba a decidirse a abandonar aquellos sitios, tan queridos para él, y adoptar otro medio de llegar hasta el carcelero de la triste Elena.

Levantóse del asiento en donde, oculto entre los árboles, había estado observando la entrada del castillo, y dió algunos pasos para alejarse.

Sus ojos se dirigieron, por un instinto del corazón, hacia las ventanas del cuarto de Estrella.

Quería enviarla en una mirada el adiós de su alma.

Una figura blanca y celestial se destacaba en aquella ventana.

Daniel la pudo ver y distinguir clara y distintamente.

Un rayo de sol, resbalando sobre sus rubios cabellos, iluminaba aquella cabeza adorable, rodeándola como con una diadema de oro, y asemejándola de este modo a los ángeles que rodean el trono de la Madre de Dios.

El joven se quedó mudo, inmóvil, sin voz ni acción,

Sólo después de un instante pudo sobreponerse y llevar su mano al sombrero para descubrirse respetuosamente y saludar a la señorita de Merán.

Esta vió aquel saludo, sonrió al contestarle, y después de un instante de indecisión, extendió su mano e hizo una señal a Daniel, como pidiéndole que la esperase.

El pobre jorobado vió aquella seña y quedó clavado en el sitio en que estaba.

¡Había sido a él, no cabía duda!

¡Iba tal vez a ver de más cerca a Estrella, a oir acaso su voz!

Daniel no tuvo tiempo de pensar; sólo pudo sentir una alegría inmensa, indecible.

Algunos momentos después, Estrella apareció en el vestíbulo del castillo.

Bajó con rapidez los escalones que precedían a la entrada, y se adelantó como una aparición por en medio de los árboles y el ramaje.

—Os he visto desde mi ventana, amigo mío—dijo con su armoniosa y dulce voz;—os he visto desde mi ventana, y he venido corriendo para pediros un favor.

—¿A mí, señorita?—preguntó el joven admirado.—¡Oh, ya veo que Dios tiene alguna compasión de mí!

—¿Qué queréis decir?

—Puedo seros útil en algo, ¡y esto para mí vale tanto!

El joven había pronunciado estas palabras instintivamente, y sin darse cuenta siquiera de lo que podían significar, e instintivamente también Estrella se encontró turbada y sintió que una llamarada de fuego encendía sus mejillas.

Su sensible corazón, sin darse acaso cuenta de ello, adivinaba la pasión inmensa de Daniel.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y en qué puedo obedeceros?—preguntó el joven, siendo el primero en rehacerse.

—Vos vivís muy cerca de Blanca, ¿es verdad?

—Sí, señorita.

—Entonces, decidla que dentro de dos días me espere al pie de la Cruz de los Pinos.

—¿Dentro de dos días?

—Así me han suplicado que se lo ruegue.

—Según eso, ¿no sois vos quien?...

—Sí y no—contestó estrella con melancólica sonrisa.

El joven no se atrevió a preguntar más.

Es un secreto que no me pertenece—murmuró la niña con acento dulce y bondadoso, como para disculpar su silencio.

La palabra secreto recordó a Daniel los que había sorprendido la noche anterior, y su frente se contrajo y sus labios palidecieron.

¡Ay!, que el misterio que había descubierto venía a poner una doble valla entre Estrella y su ardiente amor, entre él, hijo del verdugo, y aquella niña, hija de la víctima.

—Conque le diréis a Blanca que le espero una hora después que amanezca; ¿es cierto que no lo olvidaréis.

—Podeis estar seguro de que vuestra amiga no faltará, os lo juro.

—Gracias, Daniel, gracias, amigo mío—dijo la señorita de Merán envolviendo al jorobado en una mirada, mezcla de indescifrable afecto y de compasión.

—Ahora, adiós; he venido sólo a deciros esto, y me alejo, pero no dudéis nunca de mi agradecimiento y de mi amistad.

La joven echó a correr con la ligereza de una gacela.

Cuando ya la postrer ondulación de su vestido de muselina se perdió en el interior del castillo, el huérfano pasó una mano por su frente, aspiró con ansia el viento que agitaba los árboles del parque, y murmuró con voz lenta y apagada.

—Vamos, cálmate, corazón mío; ¡qué cobarde y qué débil eres!; ¿no ves que tus latidos me fatigan y me angustian hasta creer que puedo morir? Soy fuerte ante el dolor, sé sufrir, y no sé soportar la dicha de verla. ¡Oh!, yo creo que una palabra de sus labios, una mirada de sus ojos me podía matar o sabría darme la vida.

Daniel, oprimiendo su pecho con ambas manos, dejó pasar algunos instantes.

—Venía en busca de un criminal, y me he encontrado con un ángel. ¡Ay! ¿Quién sabe si esto será un buen augurio que me envía Dios?

El joven dió algunos pasos para alejarse de aquel sitio, pero en vez de tomar el camino que conducía a la aldea, se dirigió con paso lento hacia la Hondonada del Bandido.

Allí, si la Providencia favorecía sus planes, podía ver a Dubois, que sin duda, aquella noche debía ir a visitar a su prisionera.

Antes, mucho antes de llegar a la casa abandonada, había un árbol caído, cuyo tronco ofrecía un asiento, medio cubierto por las secas ramas, al borde mismo del camino.

Allí buscó Daniel su sitio de espera.

Se sentó, o más bien se recostó sobre aquellas pajizas hojas, y procuró hallar un descanso que tanto necesitaba en su estado de agitación y debilidad. Con la cabeza caída sobre el pecho y la frente oculta entre ambas manos, dejó transcurrir las horas.

¡Y se pasaron muchas!

Y la sombra se fué extendiendo por las profundidades primero, después por el llano; por las eminencias al cabo, enseñoreándose al fin en todo el espacio.

La noche era oscura y silenciosa, y mucho más en aquel sitio agreste y solitario.

Dos o tres veces el joven había prestado atención a los ruidos que llegaban hasta él, producidos por el paso de las cabras monteses o de algún otro animal salvaje.

Al fin un extremecimiento convulsivo agitó todo su cuerpo.

Esta vez no se engañaba.

Había percibido claro y distinto el rumor acompasado de los pasos de un hombre adelantando en la oscuridad.

El jorobado se puso de pie y esperó un instante.

¡Era él al fin; era el doctor Dubois, que se aproximaba descuidadamente y sin sospechar que nadie le aguardase allí!

Daniel temblaba, dominado por mil distintos pensamientos.

¡Oh, su situación era bien extraña y cruel!

Al ruido que hizo, al dejar su asiento, en aquellas ramas que crugían secas, Marx se detuvo y exclamó con acento más sorprendido que inquieto:

—¿Quién va?

—Quien, como vos, busca la soledad para llegar a un fin apetecido—contestó el huérfano con voz firme y respetuosa.

Dubois, por cuya mente no había pasado la idea de encontrar un sér humano en aquel lugar, desierto siempre hasta entonces, y que si había formulado aquella pregunta era más bien como una costumbre que esperando una respuesta, frunció las cejas, sacó precipitadamente un revólver del bolsillo, y volvió a repetir:

—¿Quién sois?

—Uno que os espera hace muchas horas, porque tiene necesidad absoluta de hablaros.

—¡Vive Dios—exclamó el doctor,—que quien se halla en este sitio y a tales horas, o es un bandido, o un asesino!

—¿Acaso no os halláis aquí vos, señor, que no permitiríais que os llamasen ni lo uno ni lo otro?

El doctor no contestó, pero Daniel vió brillar en la oscuridad el cañón de su revólver.

—¡Señor!—exclamó rápidamente el jorobado. —¡Detenéos, en nombre de Dios! Yo os lo ruego, no por mí, que no amo la vida, sino por vos, que cometeríais un crimen espantoso, y a quien mi muerte atraería una grande desgracia.

—¡Una desgracia!—preguntó Marx deteniéndose, dominado a su pesar por aquella voz.

—La de que mañana se hicieran públicos secretos que os conciernen y que podrían perderos.

—¿Me conocéis?

—Ya os he dicho que os esperaba.

—¿Pero sabéis mi nombre?

—Os llamáis Marx de Dubois, y fuísteis esposo de una mujer que ya no existe, y en cuyo nombre os hablo ahora.

—¡Lucía!—exclamó el doctor rápidamente.

—Sí, la desventurada Lucía, cuya memoria invoco para que me oigáis, caballero.

—¿Lucía ha muerto?—murmuró aquel hombre con voz un tanto sombría.

—Sus restos descansan cerca de aquí, en el cementerio de la aldea.

—¡Ah, entonces...!—prosiguió Marx, dominado por mil ideas distintas.—Y... ¿vivía sola?—preguntó después con voz insegura.

Hubo algunos instantes de silencio.

Daniel, que adivinó cuánto se encerraba en aquella pregunta, se sentía agitado y trémulo; pero sus labios permanecieron mudos.

Dubois, cuyos pensamientos, enlazándose unos con otros, le habían hecho recordar que aquella pobre mujer que huyó de su lado en una noche lejana se llevó consigo algunos documentos cuya importancia él conocía muy bien, experimentó un impulso de temor por sí mismo, y olvidando todo lo demás, dijo con mayor afán:

—Creo adivinar el objeto que os hace buscarme, y estoy pronto a escucharos. ¿Venís a proponerme una visita?

—¿Qué decís, caballero?—murmuró Daniel, sin comprender del todo aquellas frases.

—Sin duda... No sé cómo explicarme... Sin duda, la casualidad ha puesto en vuestras manos algo que Lucía guardaba, y que me interesa personalmente. A eso aludíais quizá cuando decíais ha un instante que vuestra muerte podía perderme.

—¿Yo?

—Sí, ya lo comprendo perfectamente.

—¡Caballero!

—Acabemos. ¿Cuánto queréis por esos papeles?

Si en vez de estar cercados de tinieblas, el rostro del joven hubiera estado iluminado por la luz del sol, Dubois le hubiera visto encenderse con el color de la vergüenza al escuchar aquellas palabras.

—La herencia de una muerta es sagrada, señor—exclamó lenta-

mente,—y esos papeles están tan seguros como si los guardase la losa que cubre el cuerpo de Lucía.

—Entonces...

—Se trata, sí, de unos papeles, pero ni son esos, ni es una venta lo que os vengo a proponer.

—Si no os explicáis mejor, en verdad que no alcanzo a comprenderos—dijo el doctor con acento menos agresivo.—Hablad pronto, pues, y despachemos; tengo demasiada prisa.

—Sí, ya lo sé; vais a ver a la pobre reclusa de la casa aislada.

Marx adelantó un paso hacia Daniel, exclamando:

—¡Cómo! ¿Sabéis...?

—¡Sí, por desdicha!

¿Y quién ha podido revelar...?

—No acuséis a nadie; ¡vos solo!

—¡Yo!

—Vos, que habéis consignado eso y otras cosas más en un pliego cerrado que...

—¿Que en clase de depósito dejé en manos...?

—De... mi padre, sí, caballero.

—¡Y os habéis atrevido a tocarle!; ¿le tenéis quizá en vuestro poder?

—No, he hecho lo que vos; le he dejado donde mañana le abrirían si no fuese a reclamarle.

—¡Miserable!

—Señor, no me juzguéis así; os repito que he hecho lo que vos; me he servido de ellos como de una garantía de seguridad.

Hubo algunos instantes de silencio.

Dubois se mordió los labios hasta hacerse saltar la sangre,

Se sentía impotente ante aquel enemigo a quien no conocía siquiera.

—Sois muy joven, según creo—dijo despnés de una pausa—para conocer los hechos de la vida, y sin embargo, sé que tenéis astucia y no retrocedéis ante... no sé cómo llamar a la infame acción que habéis cometido. ¿Qué os ha movido a ella?; ¿qué queréis, pues?

—Salvar a las víctimas, sin delatar a los verdugos Que devolváis la libertad, la fortuna, y la vida a la condesa Elena; que la devolváis sus hijos y que remedieis el mal que habéis hecho; ¡tal vez el cielo

os perdonará, y borrará algunas horribles páginas del libro de vuestra vida!

—¿Que dé la libertad a la condesa?; ¿que la devuelva sus hijos? —exclamó Dubois, no pudiendo negar, porque esto era imposible, las faltas de su vida.

—Sí, eso es lo que exijo—respondió Daniel—eso es lo que pido. a cambio de esos papeles y a ese precio tan sólo, a ese precio, los pondré de nuevo en vuestras manos, y podéis olvidar el pasado y vivir para expiarlo.

—Estais loco sin duda; eso no puede ser. Después de destruir la obra de tantos años, ¿cómo explicaría mi conducta con esa mujer?; ¿cómo se la explicaría a ellos?; ¿cómo, en fin, aseguraría vuestro silencio?

—¡Mi silencio! ¡Oh, vos no sabéis cómo callaría yo, cómo procuraría olvidar, cómo olvidaría! En cuanto a ellos, también lo harían sí, lo harían, quizá por gratitud, por compasión a un desgraciado, cuyo nombre no querrían cubrir de vergüenza.

Dubois sintió algo extraño en su corazón al escuchar aquellas palabras.

¡Había recordado que tal vez tenía un hijo!

En aquel instante experimentó un ardiente deseo de ver el rostro de Daniel, y se aproximó al joven, queriendo distinguir sus facciones; pero la oscuridad de la noche velaba en la sombra aquel semblante.

Por otra parte, ¿cómo hubiera podido él reconocer a su hijo, si no le había visto casi, si le tenía olvidado tantos años?

¿Cedéis a lo que os pido?—preguntó el jorobado?—¿cedéis a mi ruego?

—¡Imposible!

—Pensad que estoy resuelto a que la condesa recobre la libertad.

—Ella misma la rehusará.

—¡Sí, por miedo, por temor de que asesinen a sus hijos!, ¡porque así se lo han jurado, y ella ignora dónde se hallan; ¡porque le habéis hecho creer que viven también encerrados y ocultos! Pero cuando Alfredo y Valentina sepan quién sois, cuando ellos mismos vayan a buscar a su madre...

—Eso no sucederá.

—Ya veis que es muy fácil; con una palabra mía...

—Vos no direis una palabra, ignoro por qué, pero no podréis decirla cuando no lo habéis dicho ya.

— La dirán otros, caballero. ¡La dirá la persona que mañana lo sabrá todo!—exclamó el joven tristemente.

—Esa persona tampoco podrá hacerlo—dijo Dubois hablando a la ventura y tratando de dominar a su antagonista.

—¿Y quién podrá impedir a Blanca que cumpla su juramento?; ¿quién evitará que un sacerdote haga su sagrado deber?

Daniel, en su lealtad, en su inexperiencia de las traiciones y las infamias de la vida, había dicho estas frases, sin comprender que ellas le perdían.

Dubois sonrió de un modo siniestro.

Ya sabía a quién había de obligar a callar a todo trance; ¡aun a costa de un delito!

El que se lanza en la senda del crimen por adquirir una fortuna, ¿cómo retrocederá en ella cuando se vea acosado por las circunstancias y obligado por la necesidad de su salvación personal?

Delirio sería el creerlo.

—Sois muy novicio en el camino de la intriga, y muy imprudente, por cierto.

—¡Yo!

—Queríais luchar conmigo empleando la astucia, y no sólo acabáis de venderos, sino que quizá, en vez de salvar a los unos, habéis perdido a los otros.

—¿Qué queréis decir?—dijo Daniel con anhelo.

—Que acabáis de hacerme conocer en poder de quién están esas malditas páginas que habéis robado, y hay secretos que matan. ¡Ese es uno de ellos!

En la voz del doctor temblaba la cólera, la decisión y la muerte.

Daniel retrocedió algunos pasos.

Comprendió que su inexperiencia podía ser la causa de la desdicha de sus amigos, y quiso huir, buscando en la fuga la salvación de todos.

Dubois adivinó su intención.

El jorobado, mayor conocedor del terreno, emprendió su marcha, lanzándose por una rápida y estrechísima pendiente que conducía al fondo del barranco.

Marx lanzó un rugido de rabia.

¡Aquel hombre iba a escapar, llevándose su secreto, y él no le podía seguir, porque la sombra le impedía distinguir el camino!

—¡Oh, no será!—gritó, ciego de furor.

E inclinándose sobre el abismo, miró con ansiedad y prestó atento oído.

Los pasos de Daniel se sentían ya muy lejos al quebrar las ramas y al hacer rodar las piedras en su carrera.

Un rayo de la luna que apareció entonces enmedio de los cielos iluminó con luz opaca e indecisa el inmenso espacio, y dejó ver la vaga figura de Daniel, bajando siempre rápidamente.

Dubois empuñó su revólver, extendió la mano y disparó.

Pero ¡ay! en su afán por que no pudiera escaparse su víctima, se inclinó un poco más sobre el abismo, puso el pie sobre una piedra... y la piedra rodó bajo su peso, arrastrándole consigo.

¡Al estallar de la detonación se mezcló un lamento horroroso!

Daniel se detuvo, alzó la frente, y vió un bulto pasar por encima de su cabeza, y botando sobre los guijarros, ir a caer en lo más hondo de la sima.

Los cabellos se erizaron sobre las sienes del infeliz, sus ojos se dilataron, extendió sus manos en el vacío, y exclamó con un grito del alma, grito en que se encerraban el horror, el espanto y la pena:

—¡Padre, padre mío!

Aquella voz, que hizo extremecer el espacio, sonó también en el fondo del barranco, llegando a los oídos del que había caído en él:

El jorobado siguió descendiendo con la velocidad del rayo; parecía que una mano invisible le sostenía sobre la oscura profundidad.

Cinco minutos después llegaba junto al cuerpo de Dubois.

Extendió las manos y le tocó con ansia, al par que seguía diciendo:

—¡Padre, padre mío!

A aquel nombre, repetido mil veces por el eco entre los huecos y las quebraduras del terreno, sólo respondió un débil gemido!

Guiado por él, Daniel buscó la cabeza y los labios de su padre, buscó su frente, y quiso depositar en ella un primero y último beso.

Un extremecimiento de agonía agitó el cuerpo del desventurado moribundo al sentir el contacto de aquellos labios.

Algo que no podemos definir subió desde su corazón a su cerebro destrozado.

Hizo un violento esfuerzo, ¡el último, el postrero, para extender su mano, y una palabra, la última también, brotó de sus ensangrentados labios!

En aquella palabra se encerraba quizá el arrepentimiento, que en un segundo puede salvar un alma: ¡el amor, la esperanza, el dolor más profundo!

Aquella palabra era:

—¡Perdón!

Daniel pasó allí muchas horas... todas las que quedaban de noche, estuvo junto al destrozado cadáver de su padre.

Si las lágrimas de dolor, si las plegarias inspiradas por la fe pueden redimir y salvar un alma, quizá la de Dubois quedaría purificada por el amargo llanto de su hijo!

Pero ¡ay! que en cambio, el corazón de aquel desgraciado estaba desgarrado, estaba hecho pedazos.

Cuando la estrella de la mañana irradió en los cielos con su hermoso brillo, él se levantó, enjugó sus ojos y exclamó con extremada angustia:

—¡Adios, padre mío; he velado tu postrer sueño toda esta terrible y espantosa noche. Ahora es preciso buscar quien recoja tus pobres despojos. Esto, sólo el padre Carlos lo puede hacer. A él iré, a él se lo revelaré todo, y él buscará los medios de darte un asilo y una cruz tras de las tapias del cementerio. Después... después te toca a tí, Fausto de Merán, y será preciso que nos entendamos los dos.

CAPÍTULO XIII

Adriana, después de las escenas que narramos en uno de los capítulos anteriores, se levantó de improviso, arregló sus blondos cabellos, y contempló un instante su imagen en la ancha luna de Venecia, colocada en el testero principal de su tocador.

—¡Oh!, cualquiera puede conocer que he llorado—dijo—y yo no quiero que adivinen que sufro.

Pasó el pañuelo por sus ojos, borró la huella de sus lágrimas, y ya más tranquila, bajó a uno de los jardines del castillo, el menos lindo acaso, el menos frecuentado, pero donde había visto a Julio muchas veces solo con un libro, en una glorieta de rosales y madreselvas.

Adriana quería verle a toda costa, pero anhelaba dar a aquella entrevista la apariencia de un encuentro casual.

El joven no estaba allí.

La señorita de Merán se adelantó y se dejó caer en un asiento rústico que el secretario de su padre solía ocupar todos los días.

—El vendrá—se dijo—y me encontrará aquí; si fuese posible creer que el uno busca al otro, él sería el que...

Adriana detuvo su pensamiento y dejó de respirar por un instante.

A lo lejos había visto la figura de Julio, que se acercaba distraído.

—¡Oh!—pensó la joven—si me ve y teme ser indiscreto y se aleja antes que pueda hablarle.

Y con un ligero movimiento se hizo atrás, procurando quedar casi oculta entre las hojas y las flores de la madreselva.

Julio, ensimismado y pensativo, adelantó lentamente sin ver a Adriana, como ésta había deseado.

El rostro del joven demostraba en aquel instante, en que de nadie creía ser visto, un profundo sufrimiento, un abatimiento indecible.

Adriana le observó con afán y le dejó acercarse sin hacer el menor movimiento.

Ya estaba muy cerca del asiento y próximo a caer en él, cuando distinguió el traje de la señorita de Merán.

Su sorpresa se manifestó con un brusco movimiento, y con esta frase que acudió a sus labios:

—¡Ella!

Pero reponiéndose momentáneamente, y procurando dominar su emoción,

—Perdonad, señorita—dijo,—perdonad; os juro que ni os había visto, ni pensaba encontraros aquí.

—Sí, ya lo sé; os creo sin esfuerzos; pero ahora...

—Ahora, el temor de molestaros me obliga a retirarme.

—¡Oh, no, quedáos!—exclamó rápidamente Adriana, sin pensar en lo que decía, y cediendo sólo al impulso de su corazón.

—¿Que me quede?

—Es decir... si no os causa disgusto el permanecer en este sitio, y como tenéis costumbre de pasar en él algunas horas todos los días...

Julio estuvo a punto de preguntarla:

—¿Lo sabíais?

Pero se contuvo, y sólo murmuró con tristeza, y como hablando consigo mismo:

—Sí, dulce costumbre que será necesario perder en breve.

—¿Y por qué?

—Por... porque hay séres de tan menguada fortuna, que tienen que renunciar a todo cuanto les es grato en este mundo.

—No os comprendo—dijo Adriana, que sabía muy bien, sin embargo, lo que él pensaba en aquel instante.

—Ni yo debo explicarme más.

—Sois poco franco conmigo, Julio, y no creo que deba ser así.

—¿Y con qué derecho os afligiría yo con la relación de mis decepciones o mis pesares?

—Con el que da la amistad... el afecto... la simpatía quizá.

Julio tembló a pesar suyo.

Jamás había oído palabras tan dulces en los labios de la señorita de Merán.

Aquel cambio en ella le admiraba y le aterraba a la par.

¿Habría en el corazón de la joven algo del sentimiento que dominaba el suyo?

Y en caso que así fuera, ¿qué lenitivo podía esto ser para su mal?

¡Oh, ninguno!

La suerte les había colocado en esfera tan distinta, que les era imposible acercarse el uno al otro.

Dominado por aquella idea, y queriendo buscar en ella valor para cumplir el deber que le imponía su dignidad,

—Nuestra posición es tan distinta—murmuró,—que hace un imposible esas palabras que su bondad le dicta. ¿Qué amistad puede existir entre un servidor y...

El hermoso rostro de Adriana tomó rápidamente el encendido color de la rosa, y contestó, fijando sus grandes ojos en Julio, con una mirada dulce y casi suplicante:

—Julio, si antes de conocerle aquí ha habido alguno que... que recordara esa distancia, yo le ruego que lo olvide.

El secretario del conde de Merán palideció más densamente.

Estaba apercibido para luchar contra su amor, contra sus celos, contra sus dolores, contra sus penas y decepciones, pero no contra el amor y la dulzura de Adriana.

Se hallaba aún de pié, a su lado, irresoluto y turbado, sintiéndose agonizar.

Toda su fortaleza, todo su orgullo, su nobleza y su dignidad, vacilaban ante una mirada, ante una sonrisa de aquella mujer.

Dominado por sus dulces palabras, estuvo a punto de confesárselo todo.

De decirla que la adoraba y que tenía que huir de ella para buscar el olvido o tal vez la muerte.

De declararse vencido ante aquella pasión, que era más fuerte que su voluntad y más duradera que su vida.

Sus rodillas vacilaban, se hallaba próximo a caer a sus pies, pero sólo se arrojó en el banco, y apoyando la frente en sus manos, la oprimió con fuerza inaudita.

—¿Estáis enfermo?—le preguntó Adriana con afán.

—No, pero quisiera morir respondió él con apagado acento.

La joven no podía dudar de lo que pasaba en el alma de aquel hombre, y una alegría purísima iluminaba su semblante.

Quiso, sin embargo, hacer la última prueba, y de pronto, sin que él pudiera prevenir la respuesta,

—¿Es cierto—le dijo—que queréis partir?

Sí—respondió Julio, sin preguntarla cómo sabía su decisión—sí, quiero irme lejos, muy lejos, porque aquí me matarían los celos y la desesperación; porque aquí sería tal vez injusto maldiciendo a la suerte; porque había dado a otros la felicidad que a mí me niega; porque quizá en un momento de locura podría matar a un hombre que sólo es culpable de aspirar a un bien tan supremo, que no existe otro que le iguale.

—¿Se llama acaso ese hombre el marqués de Montelimar?—preguntó la joven rápidamente?

Julio se puso de pie, como impulsado por un resorte, y con una voz que expresaba el asombro y la duda,

—¡Cómo! ¿Sabéis...?—balbuceó muy bajo, y como no queriendo oirse a sí mismo.—¿Sabéis...?

—¿Y si yo os suplicara que os quedáseis?—añadió Adriana con un acento casi imperceptible, pero en el que temblaba su alma.

Los ojos de ambos se encontraron.

Aquella mirada fué una completa revelación.

Toda la felicidad, toda la dicha, todas las esperanzas que podía ofrecer la vida a Julio, irradiaban en ella.

Aquel momento lo hubiera él comprado con una existencia entera, llena de sufrimientos y de luchas.

Pero en aquel instante también, la amarga realidad de su situación apareció a sus ojos clara y abrumadora, y haciendo un esfuerzo supremo, desesperado, delirante, loco,

—Si vos me lo suplicáseis, Adriana—contestó,—entonces... tendría que alejarme más pronto, porque no podría dejar de ser un hombre cobarde y sin valor para cumplir con mi deber.

Y sin añadir una palabra, dió algunos pasos y se alejó de la joven, tambaleándose como un hombre ebrio.

—¡Oh, ya sé lo que quería saber! ¡Me ama, me ama!—exclamó Adriana.—Estoy segura de ello; esa emoción, esa mirada, no se fingen.

Pero lucha con su delicadeza, lucha con su orgullo, lucha con las preocupaciones del mundo! Yo también lucharé, puesto que a mi vez le adoro! ¡Yo también lucharé, por defender mi felicidad! ¡Oh, mal haya la riqueza, que no da la dicha, que no da las dulcísimas alegrías del alma! ¡Ahora lo comprendo, ahora lo sé; ahora, que veo que la fortuna puede ser una valla entre él y yo! Pero no, si él me ama, nada se interpondrá entre nosotros: tengo a mi padre, y él no dejará que su hija querida sea desventurada. Le abriré mi corazón; derramaré en su seno mis primeras lágrimas, y él lo hará todo por mí, sí, lo hará, porque yo soy su vida, y no querría verme morir desesperada!

Adriana, resuelta a cumplir su propósito, se levantó para ir en busca de su padre.

El infeliz Daniel, el pobre jorobado, había pasado mucho tiempo aquella mañana conferenciando con el padre Carlos.

Sin embargo, sólo le había dicho lo que concernía a la muerte de su padre, lo que le concernía a él mismo, ocultando dentro de su pecho los secretos que tenían relación con los demás; no estaba aún seguro de lo porvenir, y quería reservarse el derecho de obrar con libertad en aquellos sucesos, de que él solo tenía la clave.

El sacerdote le había escuchado con su cariño y su bondad paternal de siempre, consolándole y alentando su valor, ofreciéndole su ayuda.

Libre Daniel de aquel cuidado, se encaminó al castillo, y como el tiempo apremiaba, trazó algunos renglones en un papel y los colocó en un sobre, en el cual puso el nombre del señor conde de Merán.

Aquellos renglones sólo decían:

«El cadáver de Mr. Marx de Dubois yace insepulto en el fondo de uno de los precipicios que rodean la Hondonada del Bandido.

Un hombre que ha recibido sus últimos suspiros, desea hablaros al instante».

El joven entregó esta lacónica misiva a uno de los criados del castillo, y aguardó la respuesta.

Esta no se hizo esperar.

El servidor del conde tenía orden de conducir a Daniel secretamente hasta el despacho de su señor.

El huérfano le siguió.

Por primera vez, y presa de una agitación indecible, pisaba aquella suntuosa mansión, cuyos mármoles y pinturas le hubieran deslumbrado a él, tan acostumbrado a la pobreza, si en su alma hubiera cabido por un instante el sentimiento de la ambición, de la envidia, del anhelo, del lujo.

Pero el pobre desheredado de la suerte pasó por aquellas extensas galerías sin alzar los ojos siquiera.

Sólo pensaba el infeliz en que allí vivía Estrella.

Cuando llegó al despacho del conde, éste le esperaba de pie, con el rostro alterado y la mirada interrogadora.

Al ver a Daniel, cuyo hermoso, dulce y simpático semblante estaba ensombrecido por una nube de dolor; al mirar aquella cabeza noble, inteligente, pero sostenida por un cuerpo endeble y deforme, algo de extrañeza se dejó ver en los ojos del conde, y pareció calmarse algún tanto su ansiedad.

En el aspecto del joven nada había de amenazador ni terrible; sí sólo mucho de grave y triste.

—¡Entrad! - le dijo el anciano, viéndole inmóvil en el dintel—¡entrad!

El joven franqueó aquella puerta y se adelantó lentamente.

Sin embargo, sus labios no se habían despegado aún.

—¿Sois vos quien acaba de escribirme esta carta?—preguntó Fausto en voz baja.

—Sí, señor—murmuró Daniel—yo solamente.

—Según creo, ¿tenéis que hablarme?

El jorobado se inclinó en señal de asentimiento.

—Decid, pues.

—¿Estáis seguro de que nadie puede oirnos—preguntó el huérfano muy quedo.

—Sí... o más bien...

El anciano pareció vacilar.

—¿Es muy grave, según eso, lo que tenéis que decirme?—añadió después.

—¡Tanto, que ni aun quisiera formularlo con mis labios, por miedo que el eco pueda llevarlo a alguno que no seáis vos.

—Seguidme, pues; iremos a la biblioteca, donde nadie habrá en estos momentos, y cuya puerta podemos cerrar sin llamar la atención.

El anciano no añadió una frase más, y echó a andar, seguido de Daniel, que caminaba en pos sin hablar tampoco.

La biblioteca estaba situada en el segundo piso, pero la subida estaba muy cerca de la puerta del despacho.

En aquella hora y en aquella época, en que los habitantes de Amayora sólo pensaban en paseos y diversiones, aquella parte del castillo, según había supuesto el conde, estaba solitaria y desierta.

Sin embargo, el anciano se había engañado en parte.

Estrella, la niña dulce y tímida a quien seducían poco las bulliciosas alegrías de los demás, hacía muy poco que estaba allí, buscando entre aquella infinidad de libros que cubrían las paredes en lujosos estantes, uno con qué pasar algunas horas durante aquel día, en que había resuelto no salir.

Ella también había ido, en la creencia de no encontrar a nadie allí.

Pero al sentir los pasos de dos hombres haciendo crugir la escalera, la niña se turbó, y deseando no ser vista, entró en un pequeño gabinete reservado para la lectura, y cercado de divanes lujosos y cómodos.

Un gran biombo colocado en un rincón, servía en ciertas ocasiones para atenuar la luz o para impedir la corriente del aire.

Detrás de él fué donde Estrella corrió a refugiarse.

—Vendrán a recoger algunos libros como yo—se dijo a sí misma —y volverán a marcharse; esperaré a que se alejen para irme, y no me verán.

La niña aguardó, pues, escondida detrás del biombo.

Un instante después, Daniel y el conde penetraban en la biblioteca, cerrando este último la puerta por dentro.

—Ya estamos solos—dijo el anciano con acento breve,—y puede usted hablar.

—Era forzoso que nadie nos oyese—contestó Daniel a su vez.

Cuando Estrella escuchó aquellas dos voces tan conocidas para ella, sintió un asombro y una extrañeza indecibles, y estuvo a punto de salir y presentarse a los recien llegados, puesto que ninguno era extraño para ella.

Después se contuvo; el temor de que su padre, tan adusto siempre para ella, la pudiese reñir, la hizo quedarse en su puesto y procurar ocultarse con más cuidado.

Sin embargo, alguna cosa que no sabía explicarse, la turbaba.

¿Qué es lo que Daniel y su padre iban a hacer allí?

A su pesar, contuvo el aliento y prestó atento oído.

—No os conozco—decía en aquel momento su padre,—y la manera que habéis tenido de exigirme esta entrevista...

—Era la única que me podía dejar acercarme a vos.

—Pero... ¿la noticia que me habéis dado...?

—¡Es cierta!

—¿El doctor Dubois...?

—Ha muerto, caballero—murmuró Daniel con acento lúgubre y sombrío.

—¿Asesinado quizá?

—No, señor conde; el único de quien dudaba, el sólo que podía tener interés en su muerte, sois vos, y vos estáis inocente de ese crimen, bien lo sé.

Los oídos de Estrella zumbaron al escuchar aquellas frases.

¿Qué significaba la palabra «crimen» cuando se hablaba con su padre?

Estrella esperó la respuesta del conde.

Pero éste permaneció mudo e inmóvil.

—La mano de Dios es quien le ha herido—prosiguió Daniel lentamente;—de Dios, que no deja impune ningún delito, y que hoy hace que yo llegue hasta vos, para exigiros...

—¡Exigir!—exclamó el anciano con orgullo.—¿Os olvidáis acaso con quien habláis? Vos, un cualquiera, un...

—Un sér muy despreciable, muy desgraciado, y que, sin embargo, viene a exigir, a exigir, no una cosa leve, sino un sacrificio inmenso.

El conde se extremeció.

¿Quién era aquel joven? ¿Qué es lo que quería decir?

Los criminales, los que llevan algún secreto en su alma, los que sienten la conciencia cargada con el peso de una culpa, vacilan, tiemblan y tienen miedo a la menor palabra, a la primera mirada que se fija en ellos con insistencia.

Fausto de Merán experimentó algo de todo esto en aquel momento, y creyó ver en Daniel un acusador inesperado.

Pero al examinar a aquella pobre criatura, débil y deforme, con la mirada tan triste, pero tan franca y tan leal, se sobrepuso a su temor y pensó que, si realmente era un enemigo, le sería muy fácil dominarle.

—Habéis venido—exclamó—a anunciarme la muerte de un hombre que, según decís, ha sido víctima de un accidente desgraciado.

—¡Oh, es verdad!

—Esto me lo habéis dicho por escrito, y sin cuidaros de falsear la letra, aunque no habéis firmado, porque estos caracteres bien se ve que no están desfigurados.

—¿Y para qué había de hacerlo?—preguntó el jorobado con sorpresa.

—Es muy sencillo. Suponed que yo os acuso de esa muerte.

—¡A mí!

—Y que os hago prender y poneros incomunicado en un calabozo. Ya véis que, entre vos y el conde de Maravel, este último sería el atendido, y la justicia no vacilaría en creeros a vos culpable.

—¡A mí, a mí!—repetía sin cesar Daniel.—¡Acusar a su propio hijo! ¡Esto sería un absurdo, caballero; además, esto sería horrible!

—¡Vos hijo del doctor!—exclamó el conde con asombro.—¡Dubois vuestro padre!

—¡Acusarme a mí de su muerte! ¡Oh, nadie os creería! Además—añadió el joven bajando la voz,—vos no haréis eso, y no lo haréis, porque sería perderos.

—¡Yo!

—Escuchad, y no divaguemos. Mi... mi padre, por una de esas casualidades que yo llamo intervenciones de la Providencia, fué a depositar en manos de... ¡no importa de quién!, no sólo algunos documentos vuestros que os comprometen, no sólo algunas notas escritas

por vos, que prueban que habéis sido su cómplice en el delito de secuestro y robo, sino una carta suya declarándolo todo, y diciendo que temía un atentado vuestro en contra suya.

—¡Vos estáis loco!

—Pluguiera a Dios que así fuese, señor conde.

—¿Y yo, con qué objeto...?

—Con el de libraros de un compañero exigente, de un testigo peligroso.

—Cuanto decís es una fábula, inventada para...

—¿Es una fábula la reclusión de la condesa Elena? ¿Es una fábula la existencia de sus hijos, Alfredo, a quien tenéis como un servidor, y Valentina, que pasa por...?

—¡Silencio!—gritó el conde arrojándose sobre Daniel.—¡Silencio, infeliz! ¿No véis que estamos solos, y que ya que Dubois ha muerto os puedo matar para haceros callar estos secretos?

—Mi muerte los divulgaría más pronto; viviendo yo, pueden quedar ocultos.

—¡Cómo!

—Antes de venir, he dejado la cartera que contiene esos papeles en manos de una persona que la respetará sin abrirla, hasta que yo vaya a reclamarla, pero que la entregará al juez de instrucción al dejar de verme un solo día. Así lo hemos convenido.

—¿Luego... esa cartera...?

—Estoy dispuesto a entregárosla, caballero.

—¡Ah, gracias!

—No me las déis; ya os he dicho que exigía de vos un sacrificio.

—¿Cuál?—preguntó anhelante el anciano.

—Que devolváis a la condesa Elena su libertad; que digáis vos mismo quién es su madre a Julio y a...

—Os repito que calléis, que habléis bajo, o no respondo de lo que haré.

—Señor, todas las ventajas están de mi parte; ya comprenderéis que yo puedo perderos, y que sois impotente contra mí.

Si aquellos dos hombres no hubieran estado tan preocupados con el grave asunto que discutían, si su agitación no hubiera sido tanta, sin duda hubiese llegado hasta sus oídos, aumentando su turbación, el eco de un gemido ahogado y el ruído de un cuerpo que cae desplomado al suelo.

Pero ni uno ni otro se apercibió de ello, y la pobre Estrella, herida por el dolor, por la agonía, por el espanto de aquellas revelaciones, que habían llegado a medias hasta ella, permaneció largo rato sin sentido y víctima de un desmayo mortal, sin que nadie se apercibiese de su accidente ni de su presencia allí.

Daniel, sin embargo, no había llegado a pronunciar su nombre.

No pudo, por consiguiente, presumir ni aun sospechar que aquella mujer que gemía presa y martirizada, sola y privada de todo bien, era su madre.

Fausto y el huérfano permanecieron un instante silenciosos: el conde, meditando el modo de salir de aquella situación; Daniel, aguardando su respuesta.

—¿Qué me decís, caballero?—preguntó este último lentamente.

—Dejadme que lo piense.

—Es imposible; la resolución ha de ser pronta: o ceder a mi deseo, o ver hecho público lo pasado.

—Ni lo uno ni lo otro.

—¡Señor conde, pensad...!

—Sólo comprendo que, si pudiérais perderme, lo habríais hecho ya. Vos sabéis dónde está esa mujer, vos sabéis quién es Julio; ¿a qué esperar que yo mismo haga lo que vos podéis hacer?; ¿qué os detiene?; ¿por qué calláis? ya veis que cuando así sucede, algún motivo poderoso debe cerrar vuestros labios y detener vuestra mano para señalarme como delincuente.

—Sí, tenéis razón; algún motivo poderoso me detiene; el ruego de una moribunda, que me impuso la obligación de ser clemente y perdonar. Además, las culpas de los padres caen sobre los hijos, y yo no quisiera oir el anatema y la execración pública que ha de acompañar el nombre del mío.

—Entonces...

—Pero ante todo está el cumplimiento del deber—se apresuró Daniel a replicar—ante todo está la salvación de las víctimas.

—¿Y si yo diera libertad a Elena, si le devolviera alguna parte de

sus... de los bienes que mi esposa heredó, pero con la condición precisa de alejarse, de ir a vivir lejos, muy lejos, sin revelar su nombre ni...

—Ya sabéis que ella lo aceptaría todo, si la devolvéis a sus hijos.

—¡Devolverle sus hijos!: ¡decir a Julio quién es...! ¡ponerle al lado de ella, que se lo contaría todo!: ¡imposible, imposible!

—¡Y sin embargo, es forzoso!

—¡No, nunca!; ¡eso sería matar a mi Adriana...!

—¡Cómo!

—Sí, porque ella ama a Julio, le adora, y yo le conozco bien, es terrible en sus pasiones, es violenta en sus deseos, y se mataría y me maldeciría si supiera la verdad, ¡Oh, yo no tengo en el mundo mayor amor que el de mi hija!; ¡es un delirio, una locura, bien lo sé: acaso será mi castigo, pero ella me domina, me subyuga. Ya veis, yo estaba dispuesto a sacrificar mi orgullo por hacerla feliz; a consentir en su unión con Julio, a todo; pero condenar a esa niña a una pasión imposible, a verse aborrecida por el que ama, no, puede ser! vos lo habéis dicho muy bien; las culpas de los padres caen sobre los hijos, y Julio la despreciaría si el velo que oculta el pasado se descorriese. ¡Oh, sí, la despreciaría!; ¿cómo no había de odiar a la hija del opresor de su madre?

Un extremecimiento horrible agitó el cuerpo de Daniel.

¡Ay, que también Estrella era hija de la condesa Elena!

—¡Ay, que también Dubois había sido su perseguidor!

El infeliz dobló la cabeza sobre el pecho.

El sabía que Estrella no le amaría nunca, pero no había pensado jamás en que pudiese aborrecerle.

El anciano, animado por su silencio, continuó:

—Vos sois joven, vos habréis amado quizá; tal vez, si no, amaréis alguna vez; ¡tened piedad, pues, de Adriana; es noble, es pura, es hermosa; ¿qué culpa tiene ella de lo pasado? ¡Y ama tanto a ese hombre! Yo la he visto palidecer y balbucear cuando se habla de él; y ella, tan argullosa y tan altiva, ha derramado una lágrima en mi seno al decirme hace poco:

—Padre mío, no dejes a Julio partir, porque le amo.

—¿Lo oís, caballero?; eso me ha dicho, y ha llorado; ¡llorar ella, la hija de mi corazón!; ¿comprendéis el valor de lo que os digo?

Daniel parecía anonadado.

—¿Y él—preguntó después de una pausa—y él, la ama?

—Sí, sí, estoy cierto de ello; por eso quiere alejarse; su pasión le desespera. Además, ¿vos creéis que es posible ver a mi hija sin adorarla?

—¡Cuánlos dolores, cuántas agonías!—murmuró Daniel.

—Por el contrario—se apresuró a decir el conde—si desistís de este empeño, Julio será el esposo de Adriana, y todo se remedia de este modo.

—¿Y ella?; ¿y su madre?

—Su madre... su madre podrá partir y vivir libre.

—Pero ¿sola?

—¡No, con su hija, con Estrella; inventaremos un medio cualquiera y se irán las dos.

El jorobado miró a aquel hombre con una mezcla de repulsión y de pesar.

¡Pobre niña, tan dulce, tan pura y tan poco querida!

Todo lo que el conde había adelantado, a sus ojos, hablándole, como lo había hecho, de Adriana, lo perdía al mostrarse indiferente con la bella y cándida niña.

Es cierto que no era su hija, pero diez y siete años de cariño y humildad, ¿no habían conseguido hacerse un lugar en aquel corazón?

Daniel, fluctuando entre aquellos encontrados sentimientos, empezaba ya a vacilar.

Se había impuesto el cumplimiento de un deber, pero no quería desgarrar el corazón de los inocentes, cuyos dolores se le alcanzaban a quien sabía cuánto es el martirio de un amor sin esperanza.

Antes, pues, de resolverse a obrar, debía pensar mucho, debía meditar.

Después, nada perdía con aguardar.

Viendo su preocupación y su silencio,

—¿Qué me decís?—prosiguió a su vez el conde, como antes había preguntado Daniel—¿qué me decís?

—¡Oh!, no lo sé, no lo sé aún—contestó el huérfano desesperado —pero dentro de tres días os vendré a traer mi respuesta.

—¿Pero en ese tiempo?...

—Os juro que los escritos que os acusan no saldrán de mi poder.

El conde, que había recobrado alguna esperanza, abrió la puerta de la biblioteca, y los dos hombres salieron sin pronunciar una palabra, separándose en el dintel de la escalera, el anciano, para dirigirse a sus habitaciones, el huérfano, para salir de aquella morada y encaminarse a respirar el aire libre de los campos.

Débil aún, atololondrada por el golpe que había sufrido, quebrantada por el pesar, la pobre Estrella abrió lentamente los ojos, después de mucho tiempo de estar privada de sentido.

En el primer momento no se dió cuenta de su situación; después, y con su vuelta del desmayo, vino la memoria y el recuerdo de por qué estaba allí y de lo que había escuchado.

Un sentimiento de profundo dolor, de amargura sin nombre, invadió su alma y la hizo exhalar un suspiro y derramar un torrente de lágrimas.

¡Y en verdad que tenía razón para llorar!

Ella, tan pura, tan noble; ella, que no podía concebir el crimen; ella, que había hecho de su padre un ídolo, creyéndolo el más perfecto, el más irreprochable de los hombres, le veía ahora delincuente, culpado, manchado con un delito horrible, apostrofado con los nombres de ladrón y verdugo. Esto era horrible; esto no lo podía Estrella tolerar!

¿Qué había sido de aquel hermoso ideal, del honor de su nombre, de su honra y de su legítimo orgullo, en fin?

¡Oh, todo había sido un sueño!

¡Era la hija de un criminal!

Pero aquel criminal era su padre, y estaba amenazado, estaba en peligro.

Ante esta idea, morían o se apagaban todas las demás.

Porque ella amaba al conde con toda su alma, y le veneraba y le respetaría siempre como antes.

Para ella no podía ser ni un secuestrador ni un infame; para ella era *su padre,* y cuanto más infeliz y más humillado le viese, más le enaltecería, más respetuosa y amante sería para él.

A ella no le tocaba juzgar; le tocaba sólo consolar y salvar.

¡Salvarle, sí! ¿Porqué desesperar de conseguirlo?

¿No estaba el hacerlo en la mano de Daniel? ¿no se lo había oído decir así?

¡Daniel! ¡Oh, ella estaba segura de conseguirlo todo de aquel pobre sér, tan desheredado de la fortuna, pero tan rico de bondad y amor!

¡Porque el huérfano la adoraba; ella lo había adivinado más de una vez, y lo recordaba en aquel instante.

No hay mujer, por inocente y casta que sea, que no comprenda la pasión que inspira.

Y aquel amor que ella miraba otras veces con tristeza, aunque con gratitud, le miraba ahora con alegría y esperanza.

¡Por él se salvaría su padre!

¿Qué la negaría Daniel si ella le ofrecía su agradecimiento y su afecto?

¡Oh, y se sentía capaz hasta de sentir por él una inmensa ternura!

¿No era el joven inteligente y bueno?

¿No brillaba en sus ojos la grandeza de su alma, y no es el alma el santuario del amor casto y de las santas abnegaciones?

¿Por qué pues, no había de amarle; ella, que tenía en tan poco la riqueza, y en tan alta estima las hermosas cualidades del corazón; ella, que prefería a los humildes para amigos y a los infortunados por compañeros?

Todas estas ideas cruzaban por la mente de la niña con la rapidez del relámpago, iluminando al par con una claridad celeste su semblante, antes acongojado.

Levantóse, pues, rápidamente, olvidando su debilidad y su estado y se adelantó hasta la puerta de la biblioteca.

Temía que alguien la viese salir.

Nada se sentía por aquella parte del castillo, y Estrella pudo bajar la escalera y cruzar la primera galería sin encontrar a nadie tampoco.

El conde se encontró con ella, deteniéndose también.

Una sospecha terrible cruzó acaso por la mente del anciano, pues su rostro se tornó lívido, y frunciendo las cejas la preguntó con alterada voz:

—¿De dónde vienes?

La niña se sintió morir.

Pero pensando lo doloroso que sería para aquel anciano que ella, su propia hija, hubiese sorprendido el secreto de su culpa, teniendo que sentirse avergonzado en su presencia, hizo un esfuerzo sublime de valor y firmeza, y respondió con sosegada voz:

—Iba a buscarte.

—¿A mí?—preguntó Fausto con acento más sosegado—¿a mí?

—Sí, no te he visto en todo el día; no sabía dónde te hallabas, y pensé si estarías enfermo o si aún no te habrías levantado.

El conde pareció respirar con más libertad.

—Por fortuna—continuó Estrella, fingiendo una sonrisa tranquila y alegre—por fortuna, te veo aquí y comprendo que mis temores eran infundados.

—¡Tus temores; no lo comprendo—murmuró el conde todavía receloso—¿por qué habías de temer por mí?

—Te amo tanto, padre mío—dijo la niña con un acento suave y dulce—¡te amo tanto! ¡Oh, tú no sabes cómo yo te respeto y te quiero; te considero el mejor de los hombres. Y lo eres, sí, lo eres; ¿quién tan noble y tan leal como tú?; por eso... por eso, no hoy, siempre, estoy cuidadosa por tí. Cuando amamos mucho, somos casi cobardes, y todo nos espanta por la persona amada.

Merán sentía un malestar desconocido ante aquellas palabras, que producían en él el efecto de un remordimiento.

Estaba ya cierto de que Estrella no había escuchado su conversación con Daniel, como temió en un principio, y sin embargo, se hallaba inquieto en su presencia.

Ella, haciendo un último esfuerzo, continuó, fingiendo una alegría que tan lejos estaba de sentir:

—Vamos, veo que soy una necia en detenerte con mi charla, cuando a tantas cosas tienes que atender, y cuando sólo debes pensar en las fiestas y placeres que nos rodean. Ya te he visto y te dejo en libertad. Yo también tengo que hacer.

—¿Tú?

—Sí, tengo que pensar en cosas serias y graves.

—¡Estrella!

—¿Te parece poco el cuidado de aparecer algo más bella ante tus huéspedes, para hacerte honor, para que estés satisfecho de mí?

—Ve, pues—dijo el conde con acento menos severo que otras veces—ve, pues... hija mía.

La joven dió algunos pasos para alejarse del conde, pero se detuvo, volvió hacia él, y presentándole su blanca y purísima frente,

—No me despidas sin una caricia, padre mío, mi amado padre, y sobre todo, sin darme a besar tu mano.

El anciano, algo conmovido, apoyó sus labios en aquella frente sin mancha.

Estrella sintió que aquellos labios temblaban, y, sin ser dueña de contenerla, una lágrima se escapó de sus celestes pupilas y fué a caer en la mano del conde.

El se extremeció al sentirla, y levantando la cabeza de Estrella,

—¿Lloras?—la preguntó rápidamente—¿lloras?—Es de alegría; no siempre el llanto es hijo del dolor; los seres que son tan felices como yo lo soy cuando creo que me amas, derraman a veces una gota de llanto, pero es de ternura, y nada más. Adios.

La niña se alejó, ligera como el pensamiento, temiendo que la vendiera su emoción.

—¿Qué tiene hoy Estrella?—se preguntó el anciano, viéndola partir—hay algo de extraño en su voz, en su alegría. ¡Oh, pero qué necio soy! Todo, hasta el bien, me alarma, me inspira temores, sin pensar que a esa edad no se sabe fingir.

La niña también, al separarse de Merán en aquella especie de huída, iba murmurando con profunda tristeza.

—¡Pobre padre mío; su labio se ha extremecido al rozar mi frente! ¡Oh, es preciso salvarle, es preciso a toda costa disipar su temor!

Apenas el día había comenzado a despuntar; la blanca y débil luz del alba no había acabadó de borrar aún en los espacios las últimas y fugitivas sombras de la noche.

Los pájaros sacudían sus alas sobre las ramas en que tenían formados sus nidos, y empezaban su alegre canto saludando al amanecer.

Las flores silvestres desplegaban sus hojas, y adivinando en aquel

primer rayo de claridad la próxima salida del sol, se disponían a recibir ufanas y anhelantes el ardiente calor que las fecunda.

Todo era dulce calma y paz en los campos; todo era serenidad y luz en el espacio.

Sólo ¡ay!, sólo en el corazón humano hay noches eternas, sin auroras ni amanecer.

Dos pobres niñas, dos almas tan inocentes como nobles, veían ante sus ojos un porvenir de sombras, sin esperanzas ni alegrías.

Blanca y Estrella.

¿Qué se habían hecho de sus risueñas entrevistas, de sus hermosos planes, de sus dulces proyectos, avalorados por la bondad de sus corazones?

¡Oh! En aquellos instantes no podían ver las lágrimas ajenas, porque sus pupilas estaban veladas por sus propias lágrimas; no podían prestar consuelos en torno suyo, porque no encontraban consuelo a su vez.

Las dos debían verse en la Cruz de los Pinos aquella mañana; al menos así se lo había suplicado la señorita de Merán a la protegida del padre Carlos, y ni una ni otra querían faltar.

No, no querían faltar, porque las dos se amaban con un afecto tan dulce como profundo.

Dios las había hecho encontrarse casualmente en el camino de la vida, para ligar sus corazones con los santos lazos de la caridad y el amor.

Las dos se habían visto, habían confundido sus aspiraciones y sus proyectos, unidas para siempre por la más estrecha amistad.

Sencillas y confiadas, no se habían ocultado ni un pensamiento, ni un solo latido de su corazón.

Las impresiones todas del alma de Blanca, al ir gradualmente dándole vida y forma a su primer ensueño de amor, habían conmovido el pecho de Estrella, haciéndola temer o esperar por su compañera.

En cuanto a ella, la página del libro de sus amores aún estaba en blanco: su corazón sólo había latido a impulsos de la caridad o de la compasión.

Sólo un secreto había mediado entre ellas hasta entonces.

El secreto que habían revelado a Blanca las memorias de su madre.

Quizá el poco tiempo que había que la joven le guardaba en su corazón, quizá la falta de un momento oportuno, uno de esos momentos en que el sentimiento se desborda del alma, y el espíritu necesita sostén y consuelo, habían detenido aún las palabras en la boca de Blanca.

Es cierto que era demasiado grave aquel secreto, demasiado trascendental para confiarlo a una niña; pero la protegida del sacerdote ¿no consideraba a Estrella como a un alma hermana de la suya, y, además, no era ella una niña también?

Aquel día la aguardaba con mucha impaciencia.

Necesitaba una sonrisa, una dulce caricia de Estrella, una palabra de esperanza; necesitaba, en fin, pedir algo de la serenidad del alma de su amiga, a la mirada celestial y tranquila de aquellos ojos, que la contemplaban siempre risueños y candorosos.

Por eso la aguardaba en aquella hora, sentada en las gradas de la cruz, tan pálida como el mármol de que aquélla estaba formada.

Con la vista fija en la larga avenida de árboles que conducía hasta el castillo, dejó correr algunos instantes; pocos, sin duda, porque a lo lejos, y en el fondo de la espesa alameda, distinguió el puro semblante y el talle esbelto de la señorita de Merán.

Blanca se levantó para correr a su encuentro, pero al mediar el camino, y al hallarse cerca de su amiga, se detuvo un instante y murmuró con pena y asombro:

—Estrella, ¿qué tienes; estás enferma; sufres?

La niña, que se había arrojado en los brazos de Blanca, quiso balbucear algunas frases, formular acaso una negativa; pero, incapaz de mentir ni de dominarse por más tiempo, dejó correr las lágrimas que en ancho raudal se agolpaban a sus pupilas, y en vez de una palabra, prorrumpieron sus labios en ahogados sollozos.

Blanca la estrechó dulcemente sobre su pecho, y la sostuvo hasta que ambas llegaron al pie de la cruz.

Allí se dejaron caer las dos como pidiendo amparo y reposo al sagrado signo de nuestra redención.

—¿Qué tienes?—preguntó de nuevo la hija adoptiva del P. Carlos—¿qué tienes?

—¡Oh, soy muy desventurada!

—¡Tú!

—¡Sí, hermana mía!

—¡Y yo, que te creía tan dichosa!

—Hace poco lo era, hoy comprendo que no podré serlo nunca.

—Explícate.

—No sé si debo hacerlo.

—Entonces...

—Pero sí, tú eres buena, me amas, y mis secretos serán como tuyos también. Además quizá necesite de tí, y por eso debes saberlo todo, querida Blanca.

—Si con mi vida y sangre puedo consolarte, ya sabes que mi sangre y mi vida te pertenecen; si confiarme quieres tus secretos, en mi pecho hallarán una tumba, y si prefieres callar, Estrella mía, lloraré contigo, aunque no deba saber el por qué.

—No, todo te lo confiaré, estoy resuelta; con nadie puedo hablar de mi pena, sino contigo.

—Dime, ante todo, en qué te puedo servir yo.

—Es... mira, ¿tú ves a menudo a Daniel?

—Vivimos muy cerca, y aun...

Blanca iba tal vez a decir a la señorita de Merán el depósito que había recibido de manos del jorobado, pero se contuvo y esperó a que su amiga continuase.

—Pues yo tengo necesidad de hablar con él.

—¡Tú!

La niña inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y luego, como animada por una nueva idea,

—Blanca—dijo—tú, que conoces a Daniel, tú, que le has visto cuando ha estado junto a mí, ¿crees que tengo alguna influencia sobre su corazón?; ¿crees que podría hacerme dueña de su voluntad?

Blanca miró a su amiga con asombro, y la preguntó rápidamente:

—¡Estrella!; ¿amas a ese infeliz?

La niña alzó sus ojos y los fijó en su compañera, mientras murmuraba tristemente:

—Compadezco a Daniel, le estimo, pero no le amo, bien lo sabes.

—Entonces...

Estrella, haciendo un esfuerzo supremo, refirió a su hermana del alma todo cuanto sabía, todo cuanto había llegado a sus oídos de aquella horrible conversación, sorprendida, sin quererlo, por ella.

Blanca la escuchó con asombro y conmovida hasta lo infinito.

—¿Comprendes—la dijo la señorita de Merán—comprendes lo amargo de mi dolor?; ¡ver culpable a mi padre!; ser la hija de un...

La niña no acabó la frase, porque los gemidos cortaron su voz.

—Sí, yo también lo sé—respondió Blanca con el acento contenido—yo también lo sé, también lo conozco, también sufro por ello como tú, más que tú aun, porque esa culpa es la causa de mi desdicha.

Y entonces, contagiada por el ejemplo de Estrella, por su emoción, por su llanto, por la especie de igualdad que se encerraba en sus pesares, abrió su alma a la niña y la comunicó cuanto de duelo y amargura se había encerrado en ella.

La señorita de Merán lo supo todo, y aquellos dos pobres corazones tuvieron una postrera y triste satisfacción.

¡La de comprenderse y compadecerse tiernamente!

Lloraron mucho, con entera libertad.

¡Estaban solas!

Sólo la cruz, que se alzaba en los aires y parecía tenderlas sus brazos, era testigo de su pesar.

—¿Y qué haremos, qué haremos? —preguntó Estrella con angustia.

—¡Orar y perdonar!—respondió una voz vibrante y grave a su espalda—¡orar y perdonar!—repitió de nuevo.

Era el padre Carlos que, de pie, sobre las gradas de la cruz, tendía sus manos sobre aquellas dos juveniles y bellas cabezas.

—¡Vos!—exclamó Blanca—¡vos!

—Sabía que debías venir, que aquí te esperaba una ruda prueba, y no he querido dejarte sola.

—¡A mí!—preguntó la joven—¿y cual?

—El duque de San Marcial debe venir para encontrarte aquí.

—Es cierto—exclamó Estrella, como recordando—Octavio me suplicó... pero vos ¿nos habéis oído?

—¿Y qué importa?; ¿no sabéis, hija mía, que el pecho de un sacerdote es una segura tumba?

—Pero yo he dicho...

—Nada temáis; hace muchos años que... mas dudaba... dudaba de que el señor de Amayora fuese el conde de Maravel. Vuestro padre, señorita, no me es desconocido, creedlo.

—Y ahora, ya sabéis por mí que es culpable quizá, que... ¡Oh, esto es horrible, y yo soy una miserable al haber descubierto su secreto!

—Tranquilizáos, hija mía; nosotros, los ministros de un Dios de amor, aborrecemos el delito, pero amamos a los delincuentes; si les buscamos, si les reconocemos entre los demás, es sólo para perdonarles, para borrar de su alma las manchas del pecado. La justicia de Dios no se parece a la justicia de los hombres! Esta castiga, aquélla perdona; a ésta se la engaña, pero aquélla es infalible.

—¿Y creéis, padre mío, que mi padre podrá ser descubierto?—preguntó Estrella cediendo a su idea dominante, y temiendo sólo por su padre.

—¡Quién sabe!—contestó lentamente el padre Carlos, pensando en Edmundo, a quien la Providencia había traído allí.—¡Quién sabe!

—Daniel...

—Daniel es un noble joven, un corazón recto y leal, que no hará el mal por el solo placer de hacerlo: lo conozco muy bien.

—Él, si me habéis escuchado, ya sabéis que amenaza a mi padre.

—Sólo he oído una parte de vuestra conversación con Blanca.

—¿Creéis que debo rogarle, suplicarle que desista de sus propósitos, que olvide, que calle?

—Una hija está obligada siempre a pedir por su padre. Cumplid vuestro deber, señorita.

—¡Oh, si él me oyera!

—La voz de los ángeles es siempre escuchada por Dios. ¿Cómo no ha de serlo por los hombres? Vos sois inocente, sois buena; haced lo que el corazón os dicte, y el cielo bendecirá vuestra santa empresa.

—¿Sabéis en dónde podré hallarle?

—Hace un momento le ví dirigirse al cementerio: iba sin duda a rezar por su madre.

Estrella vaciló un instante, pero las circunstancias apremiaban, el peligro del conde era inminente, y ella quería salvarle a toda costa.

Hay momentos en la vida en que el temor, las dudas, los miramientos sociales, todo desaparece, se olvida todo.

La señorita de Merán abrazó a Blanca y la dijo con su dulce voz:

—Aún es muy temprano, y tengo algunas horas de libertad. Es-

pérame aquí. Si consigo mi deseo, vendré a darte la buena nueva. Si no... si no, vendré también a buscar consuelo en tu corazón. En cuanto a vos, adiós, padre mío, y ya que sois un santo, rogad a Dios por mí.

Estrella besó la mano del sacerdote y se alejó en dirección de la aldea.

El padre Carlos la vió marchar, y murmuró con tristeza:

—¡Pobre niña! ¿Porqué en medio del cieno crecerán a veces las blancas azucenas?

Después, dirigiéndose a su amiga Blanca, exclamó:

—Se acerca la hora de una gran prueba para tí, hija mía; ten valor para soportarla.

—¡Oh, señor, vos sabéis inspirármelo; no temais por mí!

—¿Has traído las memorias de tu madre? ¿Has traído su última carta, sobre todo?

—Aquí están.

—Es preciso que el duque lo sepa todo.

—Si es preciso que así sea, será; pero hubiera preferido callar.

—Es tu padre.

—¡Mi padre!—repitió la joven con amargura.—Es verdad; así queréis vos que le llame; así queréis vos que aprenda a amarle.

—¡Blanca!

—¡Perdonadme! Os obedeceré; pero hizo tan desgraciada a mi madre; me ha hecho tan desgraciada a mí...

Hubo algunos instantes de silencio.

El padre Carlos le rompió, diciendo:

—Te dejo; no debe encontrarme a tu lado cuando llegue.

—¿Vendrá solo?—preguntó Blanca temblorosa.

—Quizá «tu hermano» le acompañe; pero ya sabes que a él solo es a quien debes...

—Sí, ya lo sé. Ya sé que voy a aparecer a los ojos de Octavio como una mujer sin corazón; ya sé que en adelante quizá me aborrezca; quizá me maldiga.

—En cambio, el cielo te bendecirá. ¿Dónde, sino allí, encontrarían lauro esos triunfos del corazón? ¿Dónde, sino allí, hallarían gloria esos martirios ignorados del alma? ¿Dónde, sino allí, hallaría el espíritu un puerto seguro en que reposar, después de

haber sufrido las deshechas tempestades del mar de la vida?

—¡Oh, padre mío, y cuánto cuestan estas victorias!—murmuró Blanca, dejando caer sobre el pecho su hermosa cabeza, abrumada por el infortunio.

A lo lejos, muy a lo lejos, y apareciendo y desapareciendo a intervalos entre los árboles, se distinguieron las siluetas de dos hombres que avanzaban lentamente.

El padre Carlos se las hizo notar a Blanca, cuyo corazón latió con violencia.

—Adiós; voy a esperarte en el presbiterio; allí pediré por tí.

La joven, más pálida y abatida, se dejó caer en el asiento que formaban las gradas de la cruz, y esperó un momento.

El duque apareció al cabo.

Pero venía solo.

Octavio se había separado de él, diciéndole únicamente:

—Allí está Blanca, padre mío. Vedla, habladla, y si la juzgáis digna de mi amor, ya sabéis que ella es la única dicha de mi vida, y que confío mi suerte en vuestras manos.

—¿Pero tú?...

—Yo no quiero asistir a esa entrevista; me falta el valor, y a ella quizá le faltaría la confianza y la franqueza.

El noble señor adelantó, pues, sin su hijo.

La situación iba a ser violenta para aquellas dos personas que se veían por primera vez, que iban a tratar de tan graves asuntos, y cuyo encuentro, sin embargo, debía aparecer como casual.

El duque, a pesar de esto, no perdió su calma.

Hombre de talento y de mundo, se dijo a sí mismo que valía más mostrarse franco y leal desde el principio, y se dirigió a la joven, descubriéndose galantemente y saludándola de una manera franca y cortés.

Ella le devolvió el saludo, tan tímida como emocionada.

Desde el primer momento, el padre de Octavio quedó admirado ante la perfecta y pura belleza de Blanca.

En aquel semblante, tan triste y tan alterado entonces; en aquellos ojos, de mirada suave y dulcísima, encontró mucho de candor, de nobleza, de encanto irresistible.

Encontró además algo que no supo explicarse, pero que hizo latir

su corazón, que le estremeció a su pesar, que le conmovió, sin que se diera cuenta del porqué, y como si algo de extraño, de misterioso, de lejano, hubiera pasado ante sus ojos.

Ella, por su parte, apenas se atrevió a alzar la vista para fijarla en aquel hombre ¡en aquel hombre que era su padre!

También sufría en su presencia una emoción incalculable.

Una mezcla incomprensible de dolor y de alegría, de respeto, de lucha y de amor.

Breves instantes, pero largos, como un amargo día, duró aquella mutua contemplación.

—Señorita—dijo al cabo el anciano,—¿me permitís que tome asiento a vuestro lado?

—Señor—murmuró ella con voz apagada y débil, procurando atraer a sus labios una triste sonrisa, y alzando su mano para señalar a la cruz.—Señor, ya veis que en el sitio en que estoy colocada, hay espacio para todos.

Aquel acento, dulce y suave, penetró en el alma del duque.

Había en él una armonía que parecía no serle desconocida.

El eco de un recuerdo lejano, el sonido de esa voz indefinible que parecía hablarle del pasado.

—¿Os llamáis Blanca, es verdad?

—Sí, señor; ese es mi nombre.

—¿Y... vuestro apellido?

Las mejillas de la joven se tiñeron con un subido carmín.

Titubeó un instante, y balbuceó después:

—Mi protector se llama el padre Carlos de Medina y Vallés; pero mi bienhechor no es mi padre.

—Perdonad, señorita, si he sido indiscreto en mi pregunta. Pero me trae hasta vos un interés tan inmenso, que será bastante a que me disculpéis si os he molestado.

Blanca se hallaba tan conmovida, que no supo qué responder.

Aquella timidez hablaba mucho en su favor, a los ojos del anciano.

Verdaderamente aquella niña no estaba avezada a la adulación ni a la mentira.

Era humilde, sencilla y modesta, como había dicho Octavio.

—Creo—dijo, dirigiéndose de nuevo a ella—creo que sabeis mi nombre, que no soy un desconocido para vos.

—¡Oh, no, señor. Vos sois el duque de San Marcial.

—Entonces, ¿adivinareis también por qué estoy aquí?

—Tal vez—respondió la joven con acento doliente—¡tal vez!

—Mi hijo os ama—dijo el anciano bruscamente, y entrando de lleno en la cuestión—mi hijo os ama, señorita, y no extrañeis que yo haya querido conoceros primero, y después... después, quisiera saber algo de vuestra familia.

—¡Mi familia!; no la tengo.

—Pero... ¿vuestra madre?...

—Era una noble y santa criatura, pero fué a la par muy desgraciada.

—¿Fué?; luego...

—¡Ha muerto!

El duque guardó silencio.

—Murió—continuó Blanca—cuando yo era muy niña, cuando aún mis labios no podían balbucear su nombre, cuando el calor de mis besos no podía aún secar sus lágrimas.

—¡Pobre niña!—exclamó el duque conmovido.

—No; decid más bien ¡pobre mujer!, cuyos ojos no encontraron una mano amiga que los cerrase al expirar. ¡Pobre mujer, que debió a la caridad los últimos cuidados que recibió en el mundo, y el puñado de tierra donde, ya muerta, fué a reposar!

Los recuerdos del pasado, acudiendo en tropel a la mente de Blanca, la habían hecho pronunciar aquellas dolorosas palabras, de que se arrepintió después.

Pero el sentimiento las había dictado, y era ya tarde para recogerlas.

El duque sintió en el alma algo que le hacía daño, y aunque estaba muy lejos de pensar cuánto de común tenía con él aquella historia, se interesó vivamente en ella, y preguntó a la que era adorada por su hijo:

—¿Y vuestro padre, ha muerto también?

—No, señor, mi padre vive.

—Pero... entonces...

—Perdonad; su nombre es un secreto que no saldrá jamás de mis labios.

—¿Aunque dependiera de ello vuestra felicidad?

—¡La felicidad no existe para mí!; seré desgraciada, como lo fué mi pobre madre. Me legó una herencia bien triste; ¡la herencia de las lágrimas, caballero!

El duque, atraído por el ascendiente que tiene doquiera la pureza, la hermosura y la desgracia, miraba a la joven con interés y afecto.

Al escucharla, pensó que su desventura consistía en su amor a Octavio.

Recordó que ella había rehusado el ofrecimiento de su hijo, que anhelaba hacerla su esposa; supuso que era hija de una falta, que no tenía nombre, y que el conocimiento de su origen, oscuro y bastardo, la hacía huír de Octavio, encontrándose tan inferior a él.

Aquello le obligó a admirar más a Blanca, pero le hizo dudar y vacilar en la resolución de unir su suerte a la de Octavio.

—Señorita—murmuró—habeis dicho que sois desgraciada y esto aumenta mi respeto hacia vos. ¡Comprendo el sentimiento que inspirais a mi hijo: sois digna de él!; comprendo... o más bien, adivino a la par la causa de vuestro pesar, y...

—¡Oh, no podeis cmprenderla, señor duque.

—¡Ya os he dicho que sí! Los obstáculos que os separan de Octavio...

—¡Son insuperables!—se apresuró la joven a decir—son insuperables... no me aflije mi propio dolor, pero ¡él!... ¡El va a sufrir también, y esto me apena y desgarra el alma!

—¡Él!; ¿quién sabe?—exclamó el duque pensando en la inmensa abnegación que mostraba Blanca ¡quién sabe!

—Oh, sí, sufrirá, sufrirá, creyéndome ingrata, acaso creyéndome una criatura pérfida y malvada! Sufrirá, porque es imposible que sea de otro modo. ¡Porque no nos volveremos a ver!

—¡Cómo!

—¡Estoy resuelta!

—¿Y... si yo os suplicara lo contrario?—preguntó el anciano, extremecido por el dolor que aquella decisión de Blanca iba a causar a su hijo.

—A mi pesar tendría que hacerlo, señor duque.

—¿Y si yo destruyese los obstáculos que os separan?—interrogó de nuevo el duque, demostrándose más inclinado a ceder a los deseos de Octavio, a medida que Blanca manifestaba mayor retraimiento.

—¡Vos!: ¿destruir vos los obstáculos que nos separan?; ¡no, no lo creais!; nadie en el mundo lo conseguiría; nadie, lo entendéis?; hay imposibles ante los cuales se estrella la voluntad humana; hay hechos que los hombres no pueden deshacer nunca.

—¡No os comprendo!—dijo el anciano sintiéndose dominado por una agitación extraña;—no os comprendo.

—¡Ni lo intenteis!

—¿Tan bajo es vuestro origen, que el nombre del duque de San Marcial no podría levantaros a su nivel?; ¿la condición de vuestro padre es tal, que?...

—¡Mi padre, es noble, señor, es grande, y sin embargo...

—¿Qué?

—¡Sin embargo, aunque vos consintiéseis en ello, aunque me lo suplicárais de rodillas, no podría nunca ser la esposa de vuestro hijo!

El anciano, entre asombrado y ofendido, miraba a la joven que, a pesar de la firmeza de sus palabras, estaba pálida y temblando.

—Tal decisión...—murmuró.—¡Y Octavio creía que esta mujer le amaba!

El duque, al decir estas frases, dejó adivinar en su acento algo ofensivo, algo que hería vivamente a Blanca.

—¿Qué decís?—preguntó ésta alzando los ojos.

—Digo, señorita, que si habeis alentado el amor de mi hijo para alejaros de él de ese modo, queriendo sólo que halague vuestra vanidad la idea de haber rechazado a un noble, habeis hecho mal, perdonadme que os lo repita.

—¿Eso creeis?

—Eso pienso ahora. En el principio de nuestra entrevista, hace un momento sólo, me interesásteis, me obligásteis a admiraros. Después... después, al veros tan resuelta y decidida, he pensado...

—¡Acabad!

—Que Octavio se había engañado, y que procuraré persuadirle de ello.

—¡Ah!

—He hecho cuanto ha estado de mí parte para labrar su dicha; estaba resuelto a vencer todos los inconvenientes, todas las consideraciones sociales que os separaban. Vos lo rehusais, y sois, por consiguiente, la única responsable de la desventura del que yo quería hacer feliz.

—¡Caballero!

—Adios, señorita.

Blanca iba acaso a dejarle partir, pero un pensamiento más fuerte que su voluntad acudió a su mente, obligándola a exclamar:

—¡Deteneos!

El anciano dió dos pasos hacia ella, y pudo oir que murmuraba:

—No, no es posible que nos separemos así. Viviría desesperada en adelante, y ambos me maldecirían quizás.

Blanca hizo una seña con la mano, pidiendo a su interlocutor algunos momentos de espera.

Después sacó lentamente de su bolsillo un paquete de cartas, atado con una cinta negra, las besó respetuosamente y las alargó en silencio al anciano.

—¿Qué es esto?—interrogó él con la mirada y con la voz al par; —¿qué es esto?

—La prueba de que alguna cosa más fuerte que mi voluntad me separa de Octavio; la prueba de que no soy yo quien labra su desgracia, señor.

—Pero...

—Leed.

Había tanta súplica y tanta firmeza a la vez en la mirada de Blanca, que el duque la obedeció instintivamente, y desdobló aquellos papeles.

Mas al fijar su vista en los primeros renglones trazados allí, una palidez mortal cubrió su semblante, y sus manos temblaron hasta el punto de dejar que se escapasen de entre sus dedos algunos de aquellos pliegos.

Era que a pesar del tiempo, a pesar de los años transcurridos, había reconocido aquella letra.

Era que adivinó el nombre trazado al pie de aquellas páginas; era un nombre harto conocido para él: ¡era el de Regina!

Todas las memorias, todos los pesares, todos los remordimientos, encerrados o dormidos en su corazón, estallaron en un violento latido, y la sombra de una infeliz niña, de una pobre loca, de una flor cuyo perfume se aspira y se arroja luego en el suelo, cruzó ante sus ojos acusadora y triste, sombría y melancólica, como la imagen del pesar.

Quiso huir de aquella especie de visión vaga y doliente, y volvió los ojos, encontrándose frente a frente con la realidad, encontrándose con Blanca, cuyo rostro y cuyo acento le habían impresionado antes y le espantaban ahora, porque veía más claramente en ella el recuerdo del pasado; del pasado, que había sido su tormento, y que iba a ser ahora acaso su castigo.

—¡Oh!—gritó con angustia—¿quién sois, quién os ha dado estos papeles?

—Leed, señor, leed y veréis...

—No; decidme antes cómo están en vuestro poder.

—Son la única herencia de una pobre huérfana; son la única herencia que recibí de mi pobre madre!

—¡Su nombre, su nombre! decídmelo pronto, decídmelo pronto!; ¿no veis mi angustia?; ¿no veis mi agonía?

—Regina, Regina de...

—¿Y el nombre de vuestro padre, lo sabéis?; ¡decidme si lo sabeis!

Blanca no contestó; pero sus ojos se fijaron en el duque con una expresión de amor, de ansiedad, de súplica tan intensa que, trastornado y vacilante, el duque pareció próximo a desfallecer.

Sus ojos se nublaron, se doblaron sus rodillas, y tendiendo los brazos exclamó sólo:

—¡Perdón, hija mía!

Blanca, que, pálida y trastornada, había visto su creciente emoción, extendió sus manos para sostenerle, y con aquel sencillo movimiento quedaron ambos estrechamente abrazados y medio arrodillados al pie de la cruz.

Hondos gemidos se escaparon del pecho del duque; angustiados sollozos salieron de los labios de Blanca, y las abrasadoras lágrimas de ambos, al escaparse y rodar por sus pupilas, se confundieron en un solo y ardiente raudal.

—¡Hija mía, hija mía! ¿luego no me engaño?, ¿luego esto es verdad?

—¡Sí, es verdad! - balbuceó ella;—todo es verdad, lo habeis adivinado!; yo soy...

—¡Mi hija, la hija de mi corazón! Mi hija, cuyo paradero he ignorado por tan largos años y a quien he buscado tanto y tan inútilmente, porque... tú no sabes...

—¡Sí, todo; no ignoro nada, señor!

El duque inclinó la cabeza.

La culpa que había cometido con Regina pesaba sobre él como una losa de plomo.

Si la joven no ignoraba el pasado, ¡cuán culpable debía ser ante sus ojos, y cuán poco digno de respeto y de amor!

Entonces, y por una sucesión de ideas enlazadas entre sí, acudió a su mente el recuerdo de su hijo, el recuerdo del motivo que le había conducido hasta allí. ¡Oh, cuán horrible, cuán espantoso era todo aquello!

¡Cómo iba a castigarle la suerte en sus dos hijos, cuya desdicha había causado!

¡Qué culpable se juzgaba, y qué impotente para remediar el mal que había hecho!

Blanca permanecía llorando en sus brazos, ¡pero llorando siempre!

¡Y Octavio le esperaba, sin duda, para saber la decisión de su porvenir!

¿Qué le respondería, cuando le preguntara si Blanca podía ser su esposa?; ¿y qué le respondería cuando le preguntara por su felicidad, por sus esperanzas y por su amor?

¿Tendría que decirle la verdad? ¡Oh, no, no podía ser!

Su hijo, aquel hijo en quien había cifrado toda su ventura, por el cual hubiera dado su vida, si su vida fuese necesaria para hacerle feliz, le acusaría, comprendería que había sido un malvado, que el honor y la lealtad de que blasonaba era una mentira, pues sólo los miserables y los infames engañan a una pobre loca y abandonan a una mujer desvalida y sin culpa.

Todos estos pensamientos cruzaban por su mente, amargando la alegría de haber encontrado a aquella hija, a quien no había conocido hasta que la hallaba ahora desventurada y triste también.

Los pensamientos que le agitaban brotaron inconscientes de sus labios, traducidos en estas palabras:

—¿Y qué haré ahora, qué es lo que haré?

—Ya veis que no era mía la culpa del dolor que debe sufrir él; del que yo sufro al atormentarle; porque... ¡yo también le amaba, yo también había visto en él toda la realización de mis sueños de niña! Yo también he visto pasar mis noches llenas de horror y desesperada, torturando y haciendo pedazos mi corazón, para trocar el ardiente sentimiento de mi primer amor por el tranquilo afecto de la hermana. He luchado mucho para rechazarle, para alejarle de mí, sin descubrirle este secreto que nos separa, porque yo, señor, no quería acusaros ante vuestro hijo, y he preferido que él me juzgase una infame, a que os viera a nos...

—¡Hija!

—¡Perdonad, no sé lo que digo, pero disculpadme y compadecedme también!

—¡A tí! ¡Oh! Yo te haré dichosa, yo aseguraré tu porvenir, te daré una posición brillante, un nombre, si es preciso.

Blanca, que permanecía aún en los brazos del duque, se alejó de él con un movimiento suave y dulce, y mirándole con tristeza, exclamó lentamente:

—¡No me habeis comprendido, señor! ¿Un nombre? ¿De qué me serviría? Ya sabeis que no puede ser legítimo. ¿Riquezas? ¿Para qué las quiero? La que ha aprendido a vivir entre la modestia y la paz, tiene en muy poco el esplendor del oro.

El anciano no conocía el noble carácter de la niña, y se había equivocado al hablarla de aquel modo.

Quiso enmendar su error, y la dijo rápidamente:

—Es que... vivirás conmigo; tendrás a mi lado cariño, consideración, todo.

La joven movió la cabeza y volvió a replicar:

—Jamás abandonaré al que me ha servido de padre, al que me acogió en mi orfandad. ¡Cariño! Él también me ama. ¡Consideración! Todos me respetan por él en la aldea. ¡Él ha formado mi alma, me ha enseñado a no ser ingrata, me ha enseñado a perdonar!

—Pero yo...

—Vos, señor, lo poseeis todo. Teneis un hijo que os ama y os

honra. Dejadme a mí, que sólo sería para vos un motivo de acusación o reproche.

—¡Tú!

—¡Oh, sí, señor! Ya comprendereis que nadie debe saber la verdad. ¿Con qué carácter, pues, estaría yo a vuestro lado? Además, mi madre, al morir, me confió al que ha sido mi protector; dejadme obedecerla; dejadme que cumpla su última voluntad.

El anciano inclinó la cabeza sin responder.

Blanca tenía razón.

¿Cómo exigirla que prefiriese al padre que la había abandonado, privándola de todo al nacer, al padre adoptivo que la había protegido y amparado desde su niñez?

Esto era imposible.

Entre él y la joven todo debía concluir.

Pero ¿y a Octavio, qué le iba a decir?

Esta pregunta acudió a sus labios, y la dirigió a Blanca con la frente inclinada y la voz temblorosa.

—Decidle... ¡no sé! Decidle que rehuso, porque soy pobre y porque mi origen es muy oscuro.

—Eso le has dicho, y no ha cedido. Su pasión no conoce las distancias sociales.

—Decidle que no le amo, que mi corazón es de otro.

—¡Oh, tampoco; eso sería matarlo!

—Entonces—gritó Blanca desesperada—¡decidle la verdad, y decidle que yo también soy infeliz!

—¡No, nunca! Yo quiero que me ame y que me respete siempre, y él no me perdonaría jamás tu infortunio, hija mía.

Hubo algunos instantes de silencio.

Blanca estaba muy quebrantada.

La lucha que estaba sosteniendo su pobre corazón, era superior a sus fuerzas.

Al lado de su protector, al lado del padre Carlos, de aquel mártir del alma, que la alentaba con el ejemplo, que la inspiraba santas es-

peranzas y que la mostraba con su mano el cielo, se sentía más fuerte y confiada, más predispuesta al sacrificio y a la abnegación; pero lejos de él, su valor decaía, y comprendía que aquella prueba era superior a sus fuerzas.

Es que existen desdichas cuyo remedio no está en las manos de los hombres, está sólo en las de Dios, y necesita el alma que se la dirija a Él, para poder bendecir y amar, y creer y esperar.

El duque, anonadado ante la imprevista desgracia de su hijo, herido en lo más sensible de su corazón, en su ídolo, en su esperanza, en su única alegría, en su Octavio, en fin, veía en todo aquello un castigo terrible, y bajaba la frente, peró no podía resignarse a soportarlo.

¡Amaba tanto a aquel joven tan bueno, tan franco, tan leal!

Comprendía que iba a desgarrar su corazón de tal manera.

Recordaba que al separarse de él hacía poco tiempo, le había dicho con tal verdad «en vuestras manos confío toda mi dicha», que se estremecía al pensar que podía contestarle sólo: «Mi mano, mi mano fué la que mató tus ilusiones; mi mano la que alzó la valla que te separa de Blanca; mi mano fué la que destruyó las ilusiones de esa niña, la que hizo una víctima de su madre; la que ha causado tanto mal, haciendo que en el camino de la vida se puedan encontrar sin conocerse el hermano y la hermana, y se amen con delirio, y...» ¡Oh! Todo esto era cruel, muy cruel, para aquel pobre anciano, cuyo remordimiento era tan grande como su duelo y su pesar.

Blanca, la dulce Blanca, la niña débil, huérfana y desventurada, tuvo piedad de aquel dolor.

Ella, que no había conocido hasta entonces a su padre, que no le había podido amar, al verle en aquel instante tan abatido, tan pálido; al ver, sobre todo, temblar en sus ojos algunas lágrimas, lágrimas amargas y dolorosas; lágrimas que aterraban, porque el llanto en el hombre es una inmensa prueba de desesperación, se acercó tímidamente a él, tomó su mano, la llevó a sus labios, y le dijo por primera vez, pero con un acento tan dulce como una caricia:

—¡Valor, padre mío!

El duque lanzó un grito.

La joven hasta entonces se había mostrado fría y reservada, pero aquella palabra, aquel «padre mío», rompió el hielo que les alejaba,

y el corazón del anciano se agitó estremecido por un purísimo sentimiento.

—¡Gracias, hija mía!—murmuró el duque, besando con delirio la frente de Blanca.—¡Gracias!

—¡Sí, tened valor! Dios, que sosiega las rugientes tempestades del Océano, que enfrena la furia del viento, que apaga el rayo, sosegará también esta tempestad de dolores que hoy agita nuestros pobres corazones. El tiempo es el mejor compañero del olvido. Pedid en mi nombre algún tiempo a Octavio, y Dios hará lo demás. Decidle que yo le ruego me conceda una tregua: un viaje, algunos meses de separación. ¡Quién sabe si el desencanto vendrá en ese tiempo a borrar mi recuerdo de su mente! ¡Quién sabe si en ese espacio de tiempo, lentamente y sin violencia, dejará de amar a la pobre niña que sólo podía ofrecerle su pureza y su sencillez!

La voz de Blanca temblaba al pronunciar estas frases.

¡Ay, pobre corazón humano, tan débil siempre para el dolor!

La idea del olvido de Octavio le hacía mucho daño.

—¡Oh!—continuó, sin embargo.—El mundo tiene brillantes atractivos, deslumbradoras alegrías, que yo desconozco, pero que deben seducirle a él. ¡Es tan joven! La gloria, el poder, la variación de objetos solo, quizá serán bastantes a... Sí; esa pasión de niño que hoy le domina, se apagará al soplo de otras emociones, de otros deseos... ¡de otro amor quizá! Id vos con él, mostradle a otras mujeres, hacedle probar otras alegrías, despertad su ambición, y...

—¿Y tú; y tú, hija mía?

—¡Yo! ¿Acaso no os he dicho que nada necesito, que nada anhelo?

—Pero sola...

—¿Os olvidáis que tengo un padre? Y además, ¿os olvidáis que tengo...?

—¿A quién?

—¡A Dios! ¡Él velará por mí, Él me sostendrá, y a Él rogaré también por vos... por mi hermano!

El duque, admirado ante aquella joven, que le alentaba en vez de acusarle, que nada quería, que no exigía nada, que en medio de su inocencia había sabido encontrar quizá el único medio de conjurar aquellos males, de no revelar a su hijo el secreto del pasado, de no desesperarle quitándole la esperanza, y de dejar al tiempo el cuidado

de atraerle el olvido y con él el remedio de todo, veía en Blanca un sér superior, un ángel de consuelo, pero a la cual debía renunciar y no llamar nunca hija suya.

Comprendía todo el valor de aquel alma pura y grande, y pensaba cuán felices hubieran podido ser sus últimos días si el destino no le obligara a perderla.

—Separémonos ya - dijo ella - Octavio os espera, y pudiera extrañar esta larguísima conversación; separémonos ya, y procurad partir en breve; decidle a él que esta es la condición que le impongo, que esta es la súplica que le hago para que espere... que espere en días mejores.

—¡Te obedeceré... te obedeceré ahora!; ¡me separo de tí!; pero ¿será para siempre?

—¡Quién sabe!; vuestro recuerdo me acompañará doquier, y mis oraciones irán siempre con vos.

—Pero... ¿nada quieres?, ¿nada aceptas de mí?

—¡Sí, oh, sí!

—Habla.

—¡Dadme vuestra bendición, padre mío; dadme vuestra bendición antes de partir de este lugar!

Los sollozos ahogaron el acento de la pobre Blanca.

El amor filial había extremecido, a pesar de todo, su corazón.

—¡Bendita seas, hija mía!—exclamó el duque, con una mezcla de respeto y adoración—¡bendita seas!

Y aquellos dos amantes corazones, tan desolados, se unieron en un estrecho y último abrazo.

El anciano, vacilante, se alejó de su hija, de aquella hija a quien había encontrado para admirarla un solo instante, y a quien acaso no volvería a ver.

Ella le vió partir, y cuando ya desaparecía en la distancia:

—¡Pobre padre mío!—exclamó entre una explosión de amargos gemidos—¡pobre padre mío, cuán desgraciado es! Y yo le amo, le amo, porque debo amarle, porque soy su hija! ¡Señor, si ha sido culpable, haced que le rediman mís lágrimas; tened piedad de él, perdonadle, y no abandoneis tampoco a los inocentes!

CAPÍTULO XIV

Estrella, como una azucena a quien arrastra en su torbellino un huracán desencadenado, había corrido con el afán de encontrar a Daniel, y jadeante y quebrantada divisó a lo lejos las blancas tapias del cementerio.

¡Allí estará aún!—murmuró la niña—¡allí estará, rezando por su madre! ¡Oh, haga el cielo que escuche el ruego que va a dirigirle el corazón de una hija afligida!

La jóven siguió aún, y algunos instantes después, pisaba el umbral de aquella solitaria mansión.

Ni un estremecimiento, ni un suspiro agitó el pecho de la señorita de Merán al penetrar en la morada de los muertos.

Es ¡ay! que cuando sufrimos los tormentos y las horribles luchas de la vida, nos parece tan dulce y lleno de paz el sueño eterno de la muerte.

La joven dirigió una mirada interrogadora en derredor.

Todo parecía silencioso y solo.

El corazón de Estrella se oprimió dolorosamente.

¿No estaría Daniel allí?

Adelantó algunos pasos más, y en un rincón al pie de la tapia, y ante una pobre y humilde cruz, distinguió un hombre de rodillas.

Era el triste huérfano, era el hombre a quien había vénido a buscar.

La joven avanzó lentamente hacia él.

Al verla deslizarse entre aquellas sencillas sepulturas, con sus rubios cabellos, en los que irradiaban los rayos del sol, con su fino y expresivo semblante, más blanco que el flotante traje que ceñía su elegante talle, un poeta, un pintor la hubiera tomado por el ángel de las esperanzas celestiales, que venía a anunciar a los que allí reposaban su pronto arribo a la eterna patria.

Su pie breve, posándose apenas sobre la húmeda tierra, no hacía el menor ruido, y así pudo llegar hasta el jorobado, sin que éste se hubiera apercibido de que no estaba allí solo con la memoria de su madre.

Es verdad que Daniel estaba muy abstraído, muy profundamente abismado en sus sentimientos y en sus dolores.

Con la frente apoyada en el signo de nuestra religión, en cuyo centro se destacaba escrito el nombre de Lucía, y que con sus santos brazos parecía proteger aquel puñado de tierra donde reposaba de las fatigas de la vida la pobre mujer que llevó aquel nombre, el huérfano oraba... ¡quizá no; tal vez no tenía aliento para ello!; dejaba correr las horas con los ojos cerrados, por no mirar lo porvenir; con el alma helada por el recuerdo del pasado.

Estrella llegó junto a él, le miró algunos instantes en silencio, y vaciló, no atreviéndose a turbar aquel silencio y aquella inmovilidad.

Pero el tiempo corría, ella debía volver al castillo antes de la hora del almuerzo, y era forzoso cumplir la misión que la había traido a aquel lugar.

Extendió su mano temblorosa y fué a apoyarla suavemente en el hombro de Daniel.

Este alzó rápidamente la cabeza, volvió los ojos, y su mirada se encontró con la mirada de la niña.

Una impresión tan violenta como rápida agitó todo su sér.

Su rostro, tan descolorido de ordinario, apareció iluminado como con una claridad celeste.

Llevó una mano a sus ojos, como si una luz demasiado clara los cegase, y apoyó la otra sobre su corazón, como queriendo contener sus latidos, porque éstos eran tan violentos, que le ahogaban y hacían difícil su respiración.

Un rayo de sol de la mañana iluminaba aquel grupo indescriptible, aquel grupo lleno de poesía y hermosura, porque Estrella era

el tipo de la belleza inmaterial, y Daniel, a sus pies, con el semblante idealizado por el dolor y la pasión, estaba hermoso y admirable también.

—¡Sois vos!—murmuró él, sin tratar de levantarse, y como si aquella posición respetuosa y humilde fuera la que debía ocupar siempre ante la señorita de Meran.— ¿Sois vos, o es una radiante aparición, o un sueño de mi mente, lo que tengo delante?

—¡Oh!, amigo mío—respondió la niña con su armoniosa voz;—soy yo, que...

Estrella no continuó; no sabía cómo hacerlo.

—Pero... vos, en este sitio, en este lugar...—exclamó él, más aturdido cada vez.

—He venido a buscaros—murmuró la niña con sencilla franqueza;—he venido a buscaros.

—¡A mí!; pero... ¿qué es esto?

—Tenía que hablaros.

—¡Oh!

—Venid, sentémonos en ese banco de césped, y...

—¡Pero aquí!

—Aquí nadie podrá interrumpirnos; aquí, junto a vuestra madre, oiréis mejor lo que tengo que deciros. Su sombra me protegerá y os dictará a vos la respuesta que hayáis de darme.

Daniel, maquinalmente, y como un hombre beodo, se dejó conducir por Estrella hasta el sitio indicado.

Ella se sentó sobre la hierba, y él permaneció de pie.

Le parecía una profanación sentarse en presencia de aquella niña.

La señorita de Meran, viendo su agitación, alzó los ojos hasta fijarlos en su rostro, y murmuró casi con cariño:

—Os he suplicado que os sentéis. Es tan largo lo que tengo que deciros...

El pobre jorobado obedeció.

Estrella no sabía cómo empezar.

¡Era tan violento lo que venía a proponer!

¡Es tan difícil decir a un hombre: «Os ofrezco mi mano y mi vida a cambio de un favor, de un sacrificio de vuestra parte»!

Esto es poco noble, poco digno; se parece a un contrato en que se comercia con el corazón. La joven conocía bien a Daniel, y aunque

estaba resuelta a sacrificarse por el conde, hubiera creído ofender al huérfano hablándole de aquel modo.

—Oidme—dijo, después de algunos instantes de duda—; oidme y responded.

Daniel miró a la niña, prestando atención con expresión respetuosa.

—Si... si viviera vuestra madre en peligro; si la viérais próxima a caer en un horrible precipicio, ¿no lo intentaríais todo para salvarla, para ponerla en seguridad?

—¡Oh! ¿Quién puede dudarlo?; ¿qué sacrificio no se hace por una madre?

—Y si alguna persona os ayudase a librarla, ¿es cierto que la amaríais mucho, que la ofreceríais...?

—¡Mi sangre y mi vida! ¡Pobre madre mía!; ¡si alguno pudiera devolverme tu ternura, yo le adoraría como adoramos a Dios!

Al decir esto, Daniel tenía los ojos fijos en la losa que cubría la sepultura de su madre, y su acento se había hecho dulce y amante como una caricia.

Estrella, dominada por una profunda emoción, se había aproximado más al jorobado, había extendido sus brazos hacia él, tocando casi sus manos, y dejando aparecer en sus pupilas las lágrimas que había contenido por tanto tiempo,

—Daniel—dijo,—Daniel, mi padre está próximo a caer en un precipicio espantoso, más espantoso que la muerte, porque ésta es sólo la pérdida de la vida, y él va a perder también el honor.

—¡Señorita!

—Vos sólo, amigo mío, vos sólo podéis evitarlo, y yo vengo a pediros de rodillas que tengáis piedad de él, o más bien, de mí, que moriría si le perdiese.

El joven se creía juguete de una pesadilla espantosa, juzgábase presa de un sueño.

¿Quién le había dicho a Estrella todo aquello?

¿Habría sido el conde?

¡Imposible!

¿Qué hombre se confiesa culpado delante de una joven, delante de una niña inocente?

¡Ninguno!

¡Y sin embargo, ella parecía comprender el secreto que mediaba entre Fausto y él!

¡Oh, con qué nuevos dolores, con qué lucha tan espantosa iba a afligirle la suerte!

¡Porque si ella rogaba, él cedería!

Se sentía fuerte para todo, menos para resistir a una súplica de Estrella.

—Pero ¿cómo sabéis... cómo habéis adivinado?... ¡Explicádmelo, por Dios; decidme cuanto sabéis, señorita, si no queréis que me vuelva loco!

El alma de Estrella era tan noble como ingenua, y jamás, por un solo instante, daba cabida a la falsedad.

Además, ¿a qué fingir? ¿Porqué no contar la verdad?

¿Porqué no confesar sencillamente que, sin quererlo, y por una casualidad, había oído aquella conversación, en la cual se había descorrido el velo de un pasado espantoso y aterrador?

La joven lo explicó, pues, todo.

Sin embargo, no pudo decir que un desmayo repentino la había impedido conocer la verdad que se relacionaba con ella.

Daniel, al escucharla, se quedó más dudoso aún.

¿Sabía la joven qué lazos le unían a Meran?

¿Sabía qué abismo le separaba de él?

Esto era un problema que Daniel no se atrevía a resolver.

¡Cuán difícil era su situación en aquel instante!

Porque él quería un imposible.

El quería que el mal se remediara, que se salvara Elena y que volviese a ser feliz; que le fueran devueltos sus hijos y su posición y su nombre, pero sin tener que acusar, sin tener que entregar al castigo de la ley al cómplice de su padre, a la memoria de éste.

¡Su madre le había rogado que perdonase y tuviera misericordia, y él quería obedecerla!

Quería también que Estrella no maldijese ni execrase el nombre de Dubois, que era el suyo.

¡Oh, qué tormento, qué desdicha para él sería que la joven pudiese mezclar por un instante en su corazón su recuerdo al recuerdo del perseguidor y el verdugo de su madre!

Todas estas ideas, que se agitaban a la vez en su mente, le

trastornaban, oscurecían su razón y atormentaban su alma.

—Ya comprenderéis mi desesperación—dijo la niña, reanudando la conversación;—ya comprenderéis mi angustia, ya podéis adivinar mi deseo de salvar a mi padre, de ocultar su culpa, por él y por mí. ¡Es tan horrible ser la hija de un criminal! Porque la sociedad no perdona. Daniel, no perdona ni olvida, y su reprobación y su anatema pesa también sobre los inocentes. «Las culpas de los padres caen sobre los hijos hasta la cuarta generación»; así lo he oído mil veces, y ahora comprendo lo espantoso de esa ley, de esa ley que es la del mundo, aunque no sea la de Dios!

Estrella hablaba de este modo, haciendo aquella cuestión más personal, porque creía interesar así doblemente a Daniel.

Comprendía por instinto que el jorobado haría por ella lo que no haría por el conde, pero aquellas palabras herían cruelmente el corazón de aquel infeliz.

—¡Oh!—continuó ella,—en vuestras manos está lo porvenir; ¡tened piedad de mí, tened piedad de mi padre!; ¡amaría yo tanto al que le salvase!; mi vida, mi sangre, mi corazón entero, serían poco para recompensar este servicio.

Y al decir esto, la joven fijaba sus miradas en Daniel que, pálido y temblando, cerrado sus ojos, deslumbrado por aquella mirada.

El infeliz jorobado sufría y gozaba en aquel instante las delicias del paraíso y los tormentos del infierno.

El, que había mirado como la suprema felicidad ver a lo lejos la sombra de Estrella, besar las hojas secas que su pie había tocado al cruzar el bosque, aspirar el viento que había hecho ondular su traje, y escuchar el ruido que hacían en la menuda arena sus ligeros pasos.

El, que la creía un ángel, una aparición celestial, digna sólo de adoración humilde y de ferviente culto, la tenía allí ahora, a su lado, tendiéndole las manos, suplicándole con la voz y brindándole afecto con la mirada. ¡Oh, aquella era superior a sus fuerzas, y Daniel se sentía morir!

Estrella continuó aún.

—La gratitud, la gratitud ardiente, inmensa, es un sentimiento tan dulce casi, pero más puro, más sublime que el amor; por él los deseos se confunden y se identifican; por él se mezclan las lágrimas; por él, en fin, se ligan las almas. ¡Oh, Daniel, Daniel; vos no que-

rréis que yo muera desesperada!; vos me escucharéis; vos olvidaréis las amenazas que habéis dirigido a mi padre, y desistiréis de vuestros proyectos de venganza; así seréis para mí un salvador, un amigo, un hermano, y yo os deberé más que la vida.

El huérfano apoyó ambas manos sobre el corazón; ¡no podía contener sus latidos!

La sangre, circulando en él con demasiada rapidez, le ahogaba casi.

Estrella comprendía su agitación, y veía en ella una esperanza de conseguir su objeto.

El semblante del pobre jorobado tenía en aquel momento una expresión indescriptible, y la niña, al contemplarle, se sentía atraída hacia aquel hombre, que así la amaba, y experimentaba en su alma una mezcla de admiración, de lástima, de santa ternura, de agradecimiento incomprensible.

El no sabía qué responder.

El había jurado proteger a Elena, y los ruegos de aquella niña en favor del conde le volvían loco.

Tenía que seguir adelante en su proyecto, más en aquel mismo instante no sabía qué responder.

¡Oh! si hubiera sido menos noble, menos bueno, menos honrado, la ocasión que se le presentaba para cambiar su desdicha en ventura, no podía ser más favorable.

¿Qué tenía que hacer? ¡callar!

Estrella le amaría quizá.

¿No se lo estaba mostrando así?

¿Qué importaba su deformidad, su pobreza, si ella le juzgaba como a un salvador?

En cuanto al conde, era casi cierto que hubiera consentido en darle la mano de Estrella a cambio de su silencio.

Si para adquirir la fortuna no había retrocedido ante el crimen, ¿cómo hubiera retrocedido para conservarla ante aquella unión extraña?

Además, Estrella no era su hija; ¿qué le importaba su porvenir?

¿Qué le hubiera importado sacrificarla, si así aseguraba la ventura de su Adriana, de su ídolo, de su bien?

Daniel sabía todo esto; ¡lo pensó acaso en tal momento!

¡La tentación era terrible!

Sin embargo, ni un segundo se dejó dominar por ella.

A pesar de su loco amor por Estrella, jamás había pensado en que fuera su esposa.

El era la nube sombría que cruza el espacio; ella el claro sol que alumbra los cielos.

El era la sombra; ella la luz.

Ella la flor purísima que embalsama los aires; él la rama seca y desgajada, arrastrada por el huracán; ¿cómo unir aquellos extremos?; ¿cómo ligar aquellas dos vidas?

¡Daniel no lo había pensado nunca; no lo ambicionaba ahora!

¡Hasta se hubiera sentido infeliz también, a poder intentarlo, pues hubiera sentido lástima y remordimiento al ver a la niña, que tanto valía, ligada con él, que valía tan poco!

—Señorita—exclamó al cabo de algunos instantes.—Me rogais, y yo, que daría un mundo por obedeceros, no sé qué responder a vuestra súplica; no sé lo que vos misma preferiríais que hiciera, si supiéseis toda la verdad.

—¡Siempre os pediría lo mismo!

—No, no, es imposible!

—Siempre os pediría que no perdiérais a mi madre.

—¡A vuestro padre! ¿y sí?

—¿Qué?

—¿Y si no lo fuera?

—¡Jesús! ¿Qué quereis decir?

—¿Si vos no fuéseis?...

—¡Seguid!

—¿Hija suya?

—¡Oh, no os comprendo!

—Yo no puedo explicarme aún, supuesto que vos no oísteis o no llegásteis a comprender el final de aquella conferencia.

—¡Dios mío, qué nuevo misterio!...

—Pero, decidme, Estrella, para que yo pueda hacer sin pesar lo que debo: ¿Si no fuese vuestro padre el conde?...

La joven reflexionó un segundo.

Recordó su conversación con Blanca, recordó las frases del padre Carlos, y murmuró lenta y dulcemente:

—¡En ese caso, también os pediría por él!

—¡Ah!

—El ha cuidado de mi infancia, de mi juventud, de mi suerte. ¡Ya veis, que por eso, si no fuera mi padre, le debo más aún!

—Y si... ¿y si os hubiera hecho mucho mal?

Esta vez la joven no vaciló, y dijo rápidamente, cediendo a los generosos impulsos de su corazón:

—Le perdonaría e intercedería por él. El perdón de las ofensas santifica al que lo practica; así lo enseña el padre Carlos, y así quiero hacerlo yo.

—Entonces...

—¿Cederéis a mi ruego?

—Haré, señorita, cuanto pueda en favor del conde, pero no me exijáis...

—Que no déis un solo paso que pueda afligirle; esto es sólo lo que ambiciono; ¡que olvidéis cuanto sabéis, y que lo olvidéis para siempre!

—Si así lo hiciera, tal vez, señorita, me maldeciríais algún día.

Estrella miraba con asombro a Daniel, y pálida y extremecida, se la veía sufrir, quebrantada y débil.

Alma de ángel, que no conocía las miserias de la vida, se sentía desfallecer ante aquella lucha ignorada.

Avecilla inocente, que aún no había desplegado su vuelo para cruzar la extensión del mundo, temblaba azorada al primer anuncio de la tempestad.

Daniel, más desesperado por el dolor que veía pintarse en aquel dulce y hermoso semblante que por sus propios y rudos pesares, tomó una resolución extrema, y queriendo acabar de una vez con aquella agonía,

—Oidme—la dijo—y ceded a la súplica que voy a haceros a mi vez.

—Hablad.

—Id esta tarde con vuestra amiga Blanca; id al camino que conduce a la Hondonada del Bandido; allí os aguardaré a las dos.

—¡Ir allí!

—Nada temáis.

—Pero...

—Vuestros huéspedes están proyectando una partida de caza; de-

cid que estáis enferma, y dejadles partir. En cuanto a vuestro padre y vuestra hermana. preocupados, el uno con sus temores, la otra con su amor, no repararán en vuestra ausencia.

—¡Adriana con su amor!; ¿es posible?

—Sí, señorita.

—Luego ella...

—Adora a un hombre, de quien hoy la separa un abismo.

—¡Pero vos todo lo sabéis!

—Sí, todo lo sé, por mi desgracia.

—¡Cuánto misterio!

—¿Iréis, pues, con Blanca?

—Iré.

—Separémonos, hasta la tarde.

—Adiós, pues, amigo mío.

—¡Vuestro amigo!

—¿No queréis serlo?

—¡Estrella!; ¡señorita!

—Suceda lo que quiera, Daniel, sabed que siempre os querré como a un hermano, y pediré a Dios que os haga feliz.

Y Estrella se dirigió a la puerta, cruzándola rápidamente y desapareciendo a los ojos del huérfano.

Este dió algunos pasos vacilantes, llegó de nuevo ante la sepultura de Lucía, dejándose caer sin aliento,

—¡Me ha llamado su amigo,—murmuró,—me ha mirado con dulzura y cariño! ¡Oh, gracias, Dios mío; gracias, madre del alma! ¡Cuánto habrás rogado para que el cielo otorgue tanta dicha a tu pobre hijo!

CAPÍTULO XV

Dos días antes de los sucesos que acabamos de referir, el buen párroco, como le llamaban en la aldea, salió al amanecer del presbiterio, seguido de algunos vecinos que, convocados por él, le quisieron acompañar, y se dirigieron hacia el lugar donde se hallaba el cadáver de Dubois.

Daniel iba al lado del sacerdote, pálido y desfigurado, y con los ojos enrojecidos por el insomnio y quizá por las lágrimas.

El joven, antes de empezar la lucha que le hemos visto emprender, quiso cumplir, aquellos penosos deberes que Dios le imponía con respeto a su padre, pero como nada podía hacer por él, ya sabemos que confió el sacerdote su inmensa desdicha, y que éste le prestó su ayuda.

Hay seres cuya misión es consolar y bendecir.

Seres en cuyo seno van a caer nuestras primeras lágrimas y nuestros postreros suspiros.

Que santifican nuestra entrada en la vida y nuestro sueño en la muerte.

Que comparten nuestros dolores, que adivinan nuestras alegrías, aunque sin tomar parte en ellas, que sostienen al débil, que alientan al que vacila, que son, en fin, nuestros amigos más desinteresados y leales, porque nos dicen siempre la verdad, y siempre están dispuestos a sacrificarse por nuestro bien.

El padre Carlos era uno de ellos.

Porque el padre Carlos era el ministro del Señor, era el sacerdote católico, bueno, indulgente, justo, lleno de caridad y de abnegación, tal como quiso Dios que fuera al darle la misión de enseñar, y de bendecir, y de perdonar.

Por eso, a las primeras palabras del jorobado, adivinó su aflicción, vió su impotencia, y se encargó de dar sepultura al muerto y amparo y consuelo al vivo.

Por eso, y guardando la mayor reserva sobre aquella desgracia, había cumplido por sí mismo todas las formalidades necesarias, que tan penosas y difíciles hubieran sido para Daniel, y venía ahora a recoger aquellas restos, para darles cristiana tumba.

El cuerpo de Dubois fué piadosamente recogido y conducido a la pequeña iglesia, donde debía recibir el triste adiós que ésta da a sus hijos, antes que la tierra, de quien fueron formados, los reciba en su frío seno.

Como todos en la aldea respetaban al sacerdote, como sabían que era un santo, bastó una sola palabra suya para allanar cuantas dificultades podían retardar aquel sepelio.

Es verdad que en las pequeñas aldeas no es tampoco como en las grandes poblaciones.

Allí el párroco es la autoridad suprema.

Dubois, el ambicioso Dubois, el que había pasado su vida corriendo en pos de la riqueza; el que no había retrocedido ante nada para buscar posición y oro, en un día, en una hora lo había perdido todo, y estaba allí inmóvil, yerto, impotente, sin galas ni aparato, como el último de los mendigos... peor aún, pues ese acaso tendría amor, lágrimas, plegarias, y él estaba solo. Unicamente tenía a su lado al pobre Daniel, cuyo pensamiento estaba anegado en un mar de dudas y amargos pesares.

Las preces de la Iglesia, sin embargo, subieron al cielo por él, y bajo aquellas sencillas bóvedas, sin lujosos artesonados, se alzó, quizá más ferviente, el ruego del cristiano que pide el descanso para el que no existe.

Después de la misa de difuntos, el modestísimo féretro se alzó en hombros de cuatro labriegos caritativos, y así, seguido únicamente del sacerdote y de Daniel, fué conducido a la última morada, y encerrado bajo un puñado de tierra tanto orgullo, tanta ciencia, tanta culpa y tanta ambición.

El huérfano lo había presenciado todo con la cabeza inclinada sobre el pecho, apartado en un rincón y con las manos cruzadas en actitud de orar.

Cuando todo estuvo concluído, el padre Carlos pronunció la postrera oración, y acercándose al jorobado le dijo:

—Vamos—hijo mío; vamos.

—¡Tan pronto!—exclamó el joven.

—Sí; ya nada nos queda que hacer en este sitio,

—Teneis razón, señor; aquí todo ha concluído. Ahora es preciso comenzar a obrar; es preciso emprender..... mal dije, ¡ay de mí!, es forzoso continuar el camino de mi calvario,

Nada entiendo de lo que quieres decir, hijo mío; pero al cruzar esa senda, lleva siempre fija en el cielo la vista, para que no te arredren los abrojos que pudieras ver en torno; y si acaso vacilas, piensa que la jornada es corta, que la vida es un día y que el dolor y la prueba acaban con ella.

Los dos salieron del cementerio, y después se separaron para emprender cada cual su camino.

Ya sabemos que el huérfano tomó la dirección del Castillo de Amayer, donde hemos podido escuchar su conversación con Fauto de Meran.

Abrumado por un inmenso sufrimiento, aterrado ante lo porvenir, el conde de Maravel se había encerrado en su despacho, dando orden a sus criados que a nadie dejasen entrar, alegando, para justificar aquel mandato, que se hallaba algún tanto indispuesto.

El ayuda de cámara obedeció, y Fausto había quedado solo.

¡Sólo, no!; sus recuerdos, sus remordientos, sus temores, le acom-

pañaban como un lúgubre cortejo de fantasmas sombríos que, al rodearle, al pasar a sus ojos unos en pos de otros, le amenazaban y estremecían, y le mostraban un abismo profundo abierto a sus pies, donde se hallaba próximo a caer, y a donde arrastraba consigo a sus hijos, que le acusaban de haberlos deshonrado, y que le maldecían desesperados.

En lo insondable de aquella oscura sima, veía confusamente las riquezas que había acumulado, la consideración y el respeto de que se había rodeado, las distinciones, el aprecio, los goces, los honores, todo cuanto había soñado y cuanto había llegado a adquirir, todo cuanto el mundo le daba, perdido para siempre, deshecho, truncado, y envuelto entre las quejas y las recriminaciones de Mauricio, y las lágrimas y la desdicha de Adriana.

¡De su Adriana de su vida, de su ídolo mayor!

¡Pobre niña! ¿Qué iba a hacer privada de las comodidades del bienestar, del lujo de que su inmenso cariño le había cercado siempre?

¿Qué iba a hacer sin su amor, aquel amor que la había vencido, y que había venido a confiar en su seno, vertiendo al par sus primeras lágrimas?

Este pensamiento, esta idea, era lo que más mortificaba al anciano.

La Providencia acaso, la Providencia, que se vale de los medios más sencillos para producir las más grandes luchas, había puesto sin duda en el empedernido corazón de Fausto, en aquel corazón que había visto, sin estremecerse sufrir a sus víctimas, morir a su padre, llorar pidiéndole una palabra o una mirada de compasión a su infeliz madre, había puesto, decimos, el amor inmenso de Adriana, de aquella hija que le dominaba, que le enloquecía, que era su mundo, su ventura, su cielo y su eternidad.

Por aquel amor delirante y ciego, su alma exprimía llanto y sangre ante un sufrimiento, ante un gesto de dolor de la joven.

Y era en ella en donde debía sufrir su castigo; era en ella donde debía pagar cuanto había hecho sufrir a los demás.

Al pensar que su hija iba a ser desventurada, al sentir su pecho oprimido por este pensamiento, no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío, Dios mío, descargad en mí vuestra justicia, pero no

la toqueis a ella! Es mi hija, la hija de mi alma, ¡y se ama tanto a los hijos!

Al pronunciar estas palabras, el conde palideció, porque entre las memorias y los fantasmas que se agitaban en su mente, se alzó uno más doliente, más enlutado, más sombrío que los demás.

Era el de una anciana, débil, desfallecida, que le miraba con tristeza, y que se detenía ante él, murmurando con un acento imperceptible:—¡Hijo, hijo; tú me arrojaste de tu lado, tú me negaste, heriste mi frente, pero aún más, heriste mi alma! ¡Y yo te amaba..... te amaba, como tú amas a esa niña; piensa ahora y comprende lo que me hiciste padecer!

Y la melancólica imagen desaparecía, pero el sonido de aquella voz seguía vibrando en el espacio.

Y Fausto le percibía claro y vibrante, y el padre amoroso comprendía entonces toda la culpa del hijo desnaturalizado.

Y un remordimiento, un dolor horrible torturaba su alma.

¡Oh!, aquellos instantes de terror y amargura podían redimir muchos años de culpa.

El pesar abría la puerta al arrepentimiento en aquel corazón impetuoso, y el arrepentimiento tardío debe ser un tormento cruel.

Una gota de llanto, una ardiente lágrima abrasó aquellas pupilas que tantos años habían estado secas, y un nombre olvidado, pero cuya dulzura es capaz de convertir en gratísima miel las amargas ondas del océano, acudió a sus labios, que temblando dijeron:

—¡Madre mía!

Esta palabra murmurada por él, extremeció todo su ser.

—¡Oh!—añadió, como refugiándose en ella—¡madre mía, sí, pobre madre mía!; ¡cuanto debió padecer!; pero yo iré, yo la buscaré, yo imploraré de rodillas su perdón, y ella... ella me lo concederá. ¿Qué negaría yo a mi hija, si mi hija viniera arrepentida a mí? Sí, me perdonará, y lo olvidará todo, y rogará por mi. Las plegarias de una madre deben oirse en el cielo y alcanzar mucho de Dios! Sí, yo la buscaré y obtendré su bendición y con ella... con ella todo quizás.

Una esperanza pura y suave, una esperanza como ninguna de las que le habían sonreído hasta allí, iluminó la mente de Fausto.

Por una rápida transición del espíritu, el sufrimiento le hacía creyente y le hacía confiado.

Comprendía todo el valor de la bendición de una madre, y esperaba que una palabra de la suya le salvaría al regenerarle.

Un temor horrible oscureció este rayo de luz.

¿Viviría aún Gabriela? ¿Habria muerto ya quizá?

En medio del caos de ideas que se agitaban en su mente, esta fué quizá una de las más desgarradoras.

¡Quién creyera, quién dijera, cuando se avergonzó de ella, cuando renegó tan inhumanamente de su amor, que el pensamiento de la muerte de aquella madre rechazada, lo había de aterrar de tal modo?

¡Corazón humano, quien te comprende, quién te juzga, quien te adivina!

El conde de Maravel hubiera dado diez años de vida por remediar en aquel instante el mal que había practicado en el pasado.

El amor de su hija la había hecho comprender todo lo impío de su conducta con Gabriela, y anhelaba con delirante afán el perdón de su madre, para que Dios le perdonara y apartase de sus labios aquel amargo cáliz que la suerte le ofrecía.

¡Con qué ansia soñaba en buscar a Gabriela!; ¡cómo se prometía encontrarla en breve!

En aquella idea, y por un rápido retroceso del pasado mal al deseo del bien, se cifraron en aquel instante todas sus aspiraciones.

Le parecía que así su Adriana obtendría la felicidad.

Como el náufrago que se agarra a una tabla salvadora, se asió, en su turbación, a ésta idea, esperando de ella algo sobrenatural, algo milagroso que le sacase de aquel infierno.

Resuelto a salir de aquella inacción, se dirigió a la puerta del despacho para dar algunas órdenes.

¡No sabía cuáles!, pero le era preciso correr en busca de su madre.

Antes de abrir, sintió unos ligeros golpes por la parte de afuera y se apresuró a franquear la entrada; más al hacerlo quedó mudo e inmóvil en el dintel.

La que llamaba era Adriana.

Pero la joven no venía sóla.

Una mujer enlutada la acompañaba.

Su presencia hizo extremecer a Fausto sin saber por qué.

La desconocida, sin haber llegado todavía a los linderos de la vejez, tampoco era joven ya.

Vestía el sencillo traje de las hijas del pueblo, y en su semblante se notaba, en aquel momento, una mezcla de dolor, de austeridad y de conmoción.

El conde la miró fijamente, y algo como una visión fantástica, pasó ante sus ojos.

Aquel semblante severo y pálido evocaba en su mente un recuerdo; pero no sabía precisarse cuál.

Él había visto otra vez aquellos ojos fijos en él, con expresión de reproche y cólera; él había escuchado en otra ocasión la palabra de aquellos labios, sin sonrisas, comprimidos y desdeñosos.

Pero en la confusión de sus pensamientos, en el trastorno que experimentaba en aquel instante, no sabía dónde, ni sabía cuándo.

—¡Padre mío!—dijo Adriana con su armoniosa y argentina voz;—perdonadme, si.....

—¿A qué vienes?—le preguntó el anciano,—¿a qué vienes?

—Es que.....

—Habla.

—Hace un instante me hallaba en la galería que conduce hasta esta habitación, y ví que vuestro ayuda de cámara negaba el paso a.....

—Estaba enfermo y había dado órden que a nadie podía recibir,—respondió Fausto, sin apartar la vista de aquella mujer que le fascinaba a pesar suyo.

—Es que yo tenía necesidad de hablar con el señor conde de Maravel—dijo la desconocida—acentuando mucho este título.

—¿A mí?—murmuró el anciano,—¿a mí?

—Sí, señor, y como anhelo salir pronto de esta casa, tenía prisa por cumplir la misión que a ella me trae.

—¿Una misión?

—La de traeros una herencia, un legado, ¡el legado materno de una muerta!

Fausto tembló.

Sus cabello se erizaron sobre las sienes y llevó una mano a su frente, cubierta de sudor en aquel instante.

Empezaba a adivinar algo horrible.

Sentía pesar sobre su cabeza el castigo de todo el pasado.

Su palidez fué tan marcada, que Adriana corrió a su lado exclamando:

—¿Qué tenéis, padre mío?, ¿os sentís enfermo?

— No os alarméis, señorita,—exclamó la desconocida;—el señor conde de Maravel es fuerte; no se conmueve tan fácilmente. Al menos, yo le he visto despreciar el dolor.

—¿Le conocéis?

—Sí, y él me conoce también; veo que adivina quién soy y a lo que vengo, a pesar de que me ha visto una sola vez y por breves momentos.

—¡Sí, es verdad! yo creo que os he visto; pero no sé..... no sé donde ha sido.

—En el atrio del templo.

—¡Ah!

—Procurad recordarlo. Yo ayudaré vuestra memoria.

— No.... si ya....

—Salía mucha gente, ¡mucha!, toda rica, toda aristocrática, toda encumbrada, entre ella iba un hombre.....

—!Oh!, basta.

—¡No!, entre ella iba un hombre noble, poderoso, a quien todos llamaban.....

—¡Silencio, silencio por piedad!,—gritó Meran desesperado.

—¡Una pobre mujer le seguía!—continuó inflexible la desconocida;— ¡iba muy cerca de él y lo llamaba con los nombres más dulces! ¡Aquella mujer era una madre!; pero iba mal vestida, pobre, vacilante, desfallecida y el alto señor tuvo vergüenza de ella y la rechazó bárbaramente.

El conde se cubrió la cara con las manos; Adriana escuchaba con inmensa ansiedad.

La implacable y vibrante voz de aquella mujer se escuchó de nuevo.

—Nadie,—prosigió—nadie podía creer que aquellos dos seres estuviesen ligados con los lazos más santos del corazón; nadie podía

sospechar que fuesen una madre y un hijo, y antes de suponerlo juzgaron demente a la infeliz mujer.

—¡Dios mío!—murmuró la señorita de Merán con angustia,—¡Dios mío!

—Aquella creencia se hizo general; iban a golpear a la desdichada, a sujetarla y a ligar sus manos para que no implorasen piedad; iban, en fin, a conducirla a un manicomio. ¡Oh, a ella, cuya locura consistía en amar a un ingrato!

—¡Qué horror!—balbuceó Adriana, mientras el conde guardaba un silencio de muerte—¡qué horror!

—La desvalida anciana miraba con afán al que podía salvarla, aguardando una palabra que hiciera retroceder a los que ya ponían sus manos en ella; pero él permaneció mudo; no tuvo misericordia!; contentóse sólo con arrojar a la que le pedía sólo su ternura, una moneda de oro.

—¡Oh!

—Aquella moneda, chocando en la frente de la anciana, le causó una herida profunda; la sangre brotó de ella, y.....

—¿Y su hijo?—preguntó Adriana, sin ser dueña de contenerse,—¿y su hijo?

—Subió en el lujoso carruaje que le esperaba, y se alejó de aquel sitio, llevando consigo la consideración y el aprecio público.

—Pero la madre, la madre abandonada, ¿qué fué de ella?; ¿la llevaron por fin?.....

—No, señorita; la defendió una pobre joven, a quien ella había consolado en sus días de duelo; la llevó consigo y la llamó su madre.

—¿Pero ahora?.....

—Ahora ha muerto.

—¡Ha muerto!—gritó el conde, rompiendo al fin el silencio y fuera de sí:—¡ha muerto! ¿pero cómo?

—Amando al ingrato; bendiciéndole como siempre.

La voz de aquella mujer se hizo más dulce y suave.

—En sus últimos instantes rogó a la que había amparado sus postreros días que buscara a su hijo y que le dijese en su nombre que.....

—¿Qué?

—Que le devolvía esta moneda y que le legaba este pañuelo.

—¡Hay sangre, hay sangre en él!

—Fué el que vendó su frente cuando la hirió este oro!

—¡Jesús, Jesús mil veces!,—dijo Adriana, sintiendo su antiguo orgullo deshacerse en lágrimas.

—También..... le encargó de traerle su perdón..... su perdón y su bendición postrera.

La desconocida enjugó sus ojos inundados de lágrimas,

—Tomad, señor conde,—prosiguió alargando su mano,—tomad esa moneda y ese pañuelo..... en cuanto a la bendición, que os la dé Dios.

—¿Cómo?—gritó Adriana,—¿luego aquel hombre..... aquel hombre era mi padre?

La mujer nada contestó.

Fausto tomó aquellos objetos como un autómata, pero en la disposición de ánimo en que se hallaba, la emoción le venció y cayó de rodillas apagando en aquellos objetos sus secos labios.

Adriana, al verle, lanzó un grito.

—¡Conque era verdad!,—exclamó con terror;—¡conqne era verdad! ¡Oh, Dios es justo; cómo han de ser felices las hijas del que hizo desgraciada a su madre!

El anciano al oir aquellas palabras, que en boca de su hija eran el castigo más terrible para él, quiso huir sin duda, pues se levantó y dió algunos pasos rápidos pero vacilantes, más al llegar en medio de la estancia, abrió los brazos y cayó sin sentido.

Cayó como el árbol destrozado por el hacha del leñador.

—¡Socorro!—gritó la desconocida espantada al verle caer.

—¡Socorro!—gritó también la señorita de Meran, aunque sin moverse de su puesto.

Un instante después la puerta se abrió con violencia y se dejó ver en el hueco como una celeste aparición.

Era Estrella.

Estrella, que hallándose cerca de allí, había oído la voz de su hermana.

—¿Qué sucede?,—preguntó con acento anhelante.

Adriana señaló con un dedo rígido el cuerpo de su padre tendido en tierra.

—¡Padre mío!,—exclamó Estrella, corriendo hacia él;—pero ¿qué ha ocurrido, qué es esto?

—¡Es..... es el castigo de Dios que ya empieza!—murmuró la que había sido portadora de la herencia entregada, y que a pesar suyo, miraba aún al conde con aversión y rencor.

—¿Qué queréis decir, señora?—preguntó la niña, asombrada al escuchar aquellas frases escapadas inconscientemente de la boca de la desconocida.—¿Qué queréis decir?

—Que el que reniega de sus padres atrae sobre sí la cólera del cielo, que tarde o temprano cae sobre él,—respondió aquella mujer, que aún no creía saldada la terrible cuenta que el conde había contraído un día ante ella.

—¡Es verdad, es verdad!—añadió Adriana, sombría e inmóvil aún.

—Pero él.....—dijo Estrella, sin atreverse a concluir, él.....

—¡Sí hermana mía, sí, es muy horrible la historia del pasado!

—¿Acaso la conoces tú?

—¡Yo!

—¡Oh, no; no lo anheles!

—Es que ahora, ahora esa mujer acaba de traer a nuestro padre un legado terrible: ¡el recuerdo de una madre abandonada!

Estrella retrocedió un instante.

Aquellas palabras parecieron herirla el alma.

Después recobró el dominio que tenía sobre sí misma; su bondad triunfó de todo y miró con dolor al conde.

—Siempre el pasado,—murmuró;—pues bien, ¿y qué nos importa?; el pasado pertenece a Dios. Es nuestro padre, y a nosotras no nos toca juzgarle; nos toca amarle y consolarle. Ven, Adriana, ven; cumplamos nuestro deber a su lado, y así desarmaremos la cólera divina.

Y cogiendo a su hermana por un brazo con más fuerza que la que hubiera podido suponérsela, la arrastró consigo, obligándola a arrodillarse con ella junto al conde.

Así, dominada por la noble niña, inspirada por su ejemplo, empezó Adriana a prestar a su padre los primeros auxilios y las primeras atenciones.

Al mirar a aquellas dos jóvenes tan hermosas, tan conmovidas, sosteniendo la cabeza del anciano la una, estrechando sus manos la

otra, la desconocida se extremeció, apoyó una mano sobre el corazón, y exclamó muy pausadamente:

—¡Oh! no hay duda, los ruegos de aquella santa mártir han sido escuchados, y Dios ha perdonado a ese hombre, cuando así manda a su lado dos ángeles que le sostengan!

—Pero ¿qué habéis dicho a mi padre para afligirle así, y quién sois que le habéis causado tanto daño?

—Mi nombre es Consuelo, y soy la esposa del pescador Damián. Decidle a vuestro padre cuando torne en sí, y recordadle, señorita, que le he traído la bendición y el perdón de su madre. Decidle que ha tenido quien endulce su agonía, quien cierre sus ojos y quien ponga una cruz sobre su tumba; decidle que sus últimos momentos han sido los de una santa, y su última palabra el nombre de Fausto.

—¡Oh, aguardad, aguardad, ya empieza mi padre a volver en sí; decidle vos, decidle todo eso!

—No debe encontrarme aquí cuando recobre el conocimiento; lo creo mejor para él. Yo he cumplido mi misión y me alejo de aquí para siempre.

Consuelo saludó con la mano y se dirigió hacia la entrada.

En la puerta del castillo le aguardaba un hombre con el traje de pescador.

Era su esposo, era Damián.

—¿Le has visto al fin?—la preguntó cuando estuvo al alcance de su voz.

—Sí, le he visto, sus criados querían negarme la entrada, pero una de sus hijas me oyó e hizo que me dejasen pasar.

—¿Ya le has dicho?.....

—¡Todo!

—¿En presencia de su hija?

—Sí.

—Creo que has hecho mal, Consuelo.

—No; ¿acaso él no rechazó a su madre ante cien personas extrañas? Si se guarda a los malos tanta consideración como a los buenos, ¿dónde está la justicia, en dónde la equidad?

—Pero esas jóvenes....

—Aprenderán a saber que los hijos deben honrar a sus padres, y no rechazarán a ese hombre para que mañana no les rechacen sus hijos a ellos. Vamos ya.

—Sí, vamos.

—¡Pobre Gabriela!, ¡pobre madre mía!; aunque yo era sólo su hija adoptiva, habrá visto hoy desde el cielo que he venido a cumplir su última voluntad.

Damián y Consuelo se alejaron lentamente sin volver la cara al castillo, donde quedaba el conde de Meran y a donde habían llegado aquel mismo día, sólo con el propósito de cumplir el encargo postrero de la pobre Gabriela, de la infeliz madre de Fausto, la cual no le había vuelto a ver en tantos años y que había muerto en el rincón de su pobre aldea, amparada por aquella joven que la dió el nombre de madre y que la ofreció un asilo en su pobre hogar, cuando la encontró abandonada, desamparada y sin abrigo.

¡Oh!, los corazones generosos valen mucho, aunque son harto escasos por desdícha.

Cuando Consuelo abandonó la habitación del conde, empezaba éste a dar señales de vida.

Los criados, que habían acudido en gran número, le trasportaron a su lecho y le prodigaros los auxilios que su estado requería.

Sus dos hijas se situaron a ambos lados del lecho; pero ¡ay!, que cuando al volver en sí fijó en ellas su primera mirada, no pareció verlas, no las pudo reconocer, porque en sus ojos se pintaba la muerte, el extravío y la locura.

Todos los huéspedes del castillo de Amayora se asombraron de aquella repentina enfermedad que aparecía desde un principio con síntomas aterradores.

Una fiebre violenta se apoderó del anciano, perturbando sus sentidos y haciéndole delirar de una manera espantosa.

Las dos jóvenes se situaron al lado de su lecho, dejando a Mauricio el cuidado de atender a sus convidados.

Fausto de Meran, cediendo a tan encontradas sensaciones, había caido como herido del rayo en aquel estado de agonía y de dolor.

¡Cuánta falta le hacía en aquel instante el doctor Dubois!

Porque el enfermo en medio de su delirio pronunciaba frases acusadoras y trascendentales.

Tan pronto hablaba de su madre como de Elena, de Daniel que le amenazaba con el deshonor y la infamia, como de sus hijos que le iban a maldecir.

Estrella comprendía muchas de aquellas palabras y se extremecía de que alguien pudiera entenderlas.

Con una asiduidad indecible se empeñaba en velar sola y sin testigos a su padre, y hasta a su hermana la hubiera querido apartar de aquel sitio, porque no llegaran a sus oídos las revelaciones del pobre enfermo.

Julio, que había terminado sus preparativos de viaje, cuando tuvo conocimiento de la gravedad del conde, penetró en la habitación en que éste se hallaba, y quedó sorprendido de la variación que se notaba en su rostro.

Las dos jóvenes se hallaban solas con el enfermo, mientras los criados velaban en la habitación inmediata.

Julio se acercó lentamente, indeciso y conmovido.

Estrella tembló al verle, temió que su padre delirase en su presencia.

En el rostro de Adriana brilló un destello de alegría.

¡Oh!, Julio era su vida, su ilusión, su sueño, y en aquel instante no debía pensar en partir; la enfermedad del conde debía detenerle en Amayora.

¡Cuán egoísta y cuán absoluto es el amor, y cómo una palabra, una mirada del ser que adoramos, trueca el dolor en esperanza y en alegría la aflicción.

El secretario del conde se acercó instintivamente a la joven.

La veía sufrir, y una fuerza irresistible le arrastraba hacia ella.

Las lágrimas que veía rodar por sus mejillas le volvían loco.

—Julio, murmuró ella con acento muy quedo;—¿no nos dejaréis, verdad?

—Ahora no; sería una ingratitud, y yo no soy ingrato.

—¡Oh, si mi padre muriese!—murmuró la joven apenada.

—Dios no lo permitirá, no; Dios le salvará si vos se lo rogáis, porque.....

Julio se detuvo, sin expresar su pensamiento.

¡Amaba tanto a aquella mujer, que le parecía imposible que ni aun la enfermedad ni la muerte resistiesen a su ruego!

Ella escuchó sus palabras de consuelo con una inmensa gratitud.

En los labios de Julio, una esperanza era para ella una realidad.

Las miradas de ambos se cruzaron, apareciendo en ellas el alma.

Cuando ningún suceso imprevisto nos agita, podemos velar y aun ocultar entre el silencio nuestros sentimientos más íntimos; pero cuando un dolor o una alegría demasiado violenta nos impulsa, el corazón entero sube a los labios o se escapa en una mirada.

Tal sucedía a los dos jóvenes en aquel momento.

Lo olvidaban todo, y todo era nada para ellos.

Estrella, por el contrario, estaba espantada y trémula.

Su padre, presa de un extravío violento, se agitaba en el lecho y extendía sus manos como queriendo apartar de sí alguna visión espantosa.

En vano la pobre niña se afanaba por sujetarle; en vano acercaba de continuo a sus labios una bebida calmante.

El enfermo la rechazaba y seguía víctima del delirio.

Y a medida que avanzaba la noche, éste se aumentaba, y las miradas del enfermo eran más brillantes y extraviadas, y sus frases más claras y acusadoras.

La blanca y pequeña mano de Estrella se apoyaba sobre los secos y contraídos labios del conde, y con su voz dulcísima y amorosa repetía:

—Callad, padre mío, callad por Dios.

Pero él ni escuchaba ni comprendía aquellas frases.

Seguía con el pensamiento los fantasmas que llenaban su mente, y a ellos creía hablarles y por ellos creía ser escuchado.

—¡Elena!,—gritó de pronto queriendo lanzarse de su lecho;—no te irás, ¡detente!; ¿no sabes que tengo a tu hija en mi poder y que la mataré si huyes? ¡No, no te irás!; ¡yo sabré sujetarte!

Y quiso levantarse, quiso correr para persiguir a aquel ser imaginario que su delirio le presentaba.

Estrella era demasiado débil para sujetar al enfermo.

Julio corrió a su lado para impedir que saltase de la cama y que traspasase acaso la puerta de la habitación.

Adriana, temblando, unió sus esfuerzos a los del secretario de su padre, e imitando a Estrella,

—Padre, padre mío,—exclamó,—calmaos por piedad; vuestra hija, vuestra Adriana os lo suplica.

Esta voz, este nombre hicieron extremecer a Fausto.

Su amor, su inmenso amor de padre dominaba en él hasta su extravío, hasta su locura, hasta la ardiente fiebre que trastornaba sus sentidos.

—¡Adriana,—murmuró, deteniéndose;—¡mi bien, mi hija adorada; yo callaré, yo haré cuanto quieras, no llores! Serás la esposa de Julio; ¿no me has dicho que le adoras?; ¿no has venido a depositar en mi corazón las primeras lágrimas arrancadas por ese amor? Pues bien, yo iré, yo se lo diré todo; yo le suplicaré de rodillas que te ame, que lo olvide todo por tí; ¿no serías tú capaz de sacrificarlo todo por él? Sí, tú me los ha dicho, tú me has jurado que aceptarías por ese amor la pobreza, la miseria, que morirás si le pierdes. ¡Oh! Adriana mía; es preciso que ese hombre te ame, porque eres muy hermosa, y un corazón como el tuyo vale más que todos los tesoros de la tierra!

La señorita de Meran había caído de rodillas y se cubría el rostro con las manos, anonadada ante el nuevo giro que había tomado el desvarío de su padre.

Estrella le escuchaba con más asombro que temor, y Julio sentía que su corazón estaba próximo a estallar, teniendo que contener sus latidos, oprimiéndole bajo su mano.

El enfermo continuó aún por lago rato refiriendo en su delirio todas las frases, todas las súplicas y las protestas que había oído de boca de la joven.

La confesión de aquel amor ardiente que el orgullo y el pudor habían detenido siempre en los labios de Adriana, se escapó de los de su padre en aquella noche de agonía.

Al fin, y como el atleta que cae vencido por la violencia de la lucha, Fausto enmudeció, y poco a poco un profundo sopor, un abatimiento inmenso sucedió a la energía ficticia que había desplegado antes.

Sus ojos, desencajados y enrojecidos hasta entonces, se cerraron pausadamente; sus manos convulsas, que se extendían para rechazar los fantasmas que bullían en su cerebro, cayeron sin fuerza ni movimiento sobre el descompuesto lecho, sin extremecerse, ni responder a la presión de la amorosa mano de Estrella, que sin saber qué esperar ni qué temer, seguía todos los progresos de aquel horrible marasmo.

Las primeras claridades del alba teñían de azul y rosa los cristales de los grandes balcones de aquella suntuosa alcoba, y las velas consumidas casi, dejaban escapar algunos rayos de vacilante luz, que se agitaba pálida y avergonzada ante la suave y pura luz del nuevo día.

En aquella estancia en que parecía imperar la muerte, reinaba un silencio profundo.

Los criados, cansados de velar y vencidos por la fatiga, dormitaban en la antecámara.

Estrella, rendida también por aquellas horas pasadas entre tanta agonía; engañada acaso por la esperanza de la mejoría cercana que presagiaba la calma del enfermo, también reposaba su rubia cabeza en el borde del lecho, teniendo entre las suyas una de las manos del conde.

En cuanto a Adriana, ¡mal podríamos describir la situación de su espíritu!

Pálida como las fugitivas luces del alba, inmóvil y trastornada bajo aquel cúmulo de emociones y dolores que combatían su antes enérgico y fuerte corazón, permanecía con la cabeza oculta entre sus manos, sin pensar, sin analizar, sin profundizar cuanto la rodeaba.

¡Cuánto desencanto y cuánta amargura llenaban su alma!

Su padre, de quien estaba tan orgullosa, tenía faltas y culpas en su pasado; tenía misterios dolorosos, secretos llenos de vergüenza y de infamia.

¡Oh, esto para ella era horrible, y más horrible aún, porque jamás había podido pensar en ello!

Y sin embargo, aunque su noble corazón y su recto espíritu rechazasen todo lo que no fuera digno, noble y elevado, tenía que amar, respetar y venerar a aquel hombre, porque era su padre, y porque..... ¡había sido siempre y era tan bueno, tan indulgente, tan amante con ella!

En sus palabras, en su delirio mismo, ¿no había probado aquella noche su inmenso amor hacia ella?

¡Oh, sí, no cabía duda; el deseo de hacerla feliz, de sacrificarlo todo a su voluntad o a su capricho, era el que le dominaba siempre, ya dormido, ya despierto, ya delirante o en pleno goce de su razón!

La joven creía oirle aún; aún creía escuchar aquellas imprudentes, pero ciertas palabras, en que había revelado sus secretos.

¡Secretos que Julio conocía! Porque él también estaba allí cuando Fausto deliraba! ¡Y él también había recogido y avalorado aquellas frases! ¡Él también las habría guardado en su alma!

¡Oh, qué confusión, qué rubor para la joven!

Y a pesar de todo, y por uno de esos misterios del alma, Adriana no se sentía humillada en aquel momento, y..... casi sentía una especie de consuelo, de dicha, de inmensa alegría en aquel instante, porque Julio, el secretario de su padre, hubiese llegado a levantar una punta de aquel velo, y a saber algo de la verdad.

Así no podría alejarse, de este modo no partiría del castillo sin que ella tuviese que suplicárselo.

Así también, de este modo nunca dudaría de su amor, y..... ¿qué hombre abandona a la mujer de quien es amado, en los precisos instantes en que la ve afligida por la desgracia?

¡Ninguno¡ ¡Es imposible!

Julio, pues, se quedaría.

Él, a su vez, era presa de las mismas ideas, de los mismos sentimientos que la combatían a ella.

Lo que había formado la delicia y la desesperación de su vida, su sueño y su tormento, su esperanza y su temor, el amor de Adriana, en fin, era una realidad.

No cabía duda, no cabía vacilación; ¡el corazón de la joven era suyo!

¡Oh, qué felicidad tan suprema, pero qué desdicha tan incalculable!

¡Ya no era él sólo para sufrir los tormentos de aquella pasión que la suerte hacía imposible; pero ¡ay!, que la que padecía con él era Adriana, su ídolo, su ángel, su bien!

¡Le amaba!; ¡qué mayor paraíso!

Iba a ser infeliz por él; ¡qué infierno más cruel!

Todo este batallar de sentimientos le tuvieron loco y absorto durante aquellas horas terribles.

Cuando la calma que reinaba en torno derramó alguna paz en su

pecho; cuando la primer claridad del día disipó las sombras de su mente, y vino a iluminar la frente de Adriana, se aproximó a ella, la miró un instante y la dijo con trémula voz:

—¡Adriana!

—¡Julio!,—respondió la joven en el mismo tono;—¡Julio!

—¿Conque es verdad? ¿Conque no me desprecias?

—¡Yo!... balbuceó la señorita de Meran;—¡yo!...

¿No habéis oído a vuestro padre?

—¡Oh, sí su delirio!.....

—Pero..... ¿ha mentido?; ¿me ha engañado?

Adriana vaciló.

Dudó en la respuesta que iba a dar, pero al ver la mirada del joven fija en ella con ansiedad inmensa, hizo un esfuerzo supremo y exclamó con resolución:

—¡Mi padre ha dicho la verdad!

Hubo un instante de silencio.

—¿Ahora no os marcharéis, es verdad?—preguntó la joven, siendo la primera en romperle.

—Ahora..... Dios lo decidirá;—contestó Julio mirando con expresión extraña hacia el lecho del enfermo.

CAPÍTULO XVI

El duque de San Marcial se había separado de Blanca tan transtornado y vacilante, que se parecía a un hombre dominado por la embriaguez.

Su cabeza enlòquecía y su corazón se angustiaba.

¡Qué castigo, qué inmenso castigo recibía por sus errores de la juventud!

Su hijo; su Octavio, su ídolo en este mundo, desventurado por su culpa; y aquella otra hija a quien había visto una sola vez, tan noble, tan pura, tan santa, y a quien amaba ya también, condenada para siempre a la pobreza, a la soledad, sin porvenir, sin nombre siquiera, y separada de él, de él que hubiera sido feliz con buscar en su amor consuelo.

El anciano hubiera dado cuanto poseía y aun parte de su vida por remediar aquellos males.

Pero ¡ay!, ¡era muy tarde; era imposible hacerlo ya!

Octavio le esperaba con indecible ansiedad; ansiedad que se trocó en angustia en el momento en que le vió.

El duque, a pesar de sus esfuerzos, no podía ocultar su emoción y su dolor.

¿Qué le habría dicho Blanca? ¿Cuál habría sido el resultado de su entrevista?

Se acercó a su padre, y cogiendo su mano, que estrechó con afán,

—Y bien, padre mío,—dijo,—¿habéis visto a Blanca?

—Sí,—balbuceó el anciano, procurando dominarse.

—Y bien.....

—Tenías razón; ¡es un ángel!

—Pero.....

—Es una santa, es.....

—Mas, ¿qué dice?; ¿cede a mi ruego?; ¿consiente en ser mía?

Su padre no contestó. No sabía cómo haberlo.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

—¡Tanto me aborrece!,—murmuró Octavio con desaliento.

—¡Aborrecerte! ¡Oh, no; ella también sufre; ella también es desgraciada!

El anciano había pronunciado estas palabras sin saber lo que decía, sin pensar en el resultado.

—Entonces,—exclamó el joven,—¿entonces puedo esperar?

Había tal vehemencia en su acento, tal afán en su mirada, que su padre sintió que su corazón se desgarraba ante la herida que iba a recibir el de su hijo.

—Sí, sí,—murmuró;—eso es lo que ella anhela; eso es lo que ella pide..... un plazo, una tregua..... algún tiempo no más.

—¿Desconfía de mí?,—dijo el joven sonriendo tristemente;—¡ay!, ¿no sabe que será siempre mi único amor, que ninguna como ella reúne las condiciones que yo había soñado en una mujer?

El anciano continuó hablando con Octavio algún tiempo más.

En su afán por consolarle, por hacerle menos cruel la pérdida de sus esperanzas, le excitó a buscar distracciones, a emprender un viaje; hizo en fin, cuanto le había aconsejado Blanca ocultando a su hijo la verdad.

Éste le escuchaba sin comprenderle casi.

Amaba de tal modo a aquella niña encantadora, que aunque adivinaba que la felicidad y la esperanza se escapaban de sus manos, trataba en su anhelo de retener aquella felicidad, y se aferraba a aquella esperanza.

Por eso no preguntaba; por eso aunque le consumía el afán de saberlo todo, no se atrevía a profundizar aquel misterio.

Le decían que esperase, y quería aguardar a todo trance.

Se alejó, pues, del anciano ofreciéndole que partirían los dos en

breve, ofreciéndole no tratar de ver a Blanca, aunque esto era el mayor sacrificio para él.

Y sin embargo de su promesa, no estaba resuelto a renunciar a una última entrevista, a una postrera tentativa.

Llevando la muerte en el alma, porque un presentimiento secreto le decía que la ventura había terminado para él, se alejó del duque, el cual por su parte anhelaba poner fin a aquella entrevista, y ansiando respirar el aire libre, porque su pecho estaba oprimido y abrasada su cabeza, se dirigió a los jardines, buscando en ellos el sitio más apartado para entregarse a su pesar.

Esto aquella tarde era bien fácil.

Los habitantes del castillo estaban entregados cada cual a sus propios dolores, a sus preocupaciones particulares, y retirados en sus habitaciones.

Solo Mauricio era aquel día el que había hecho los honores y procurando mantener la animación, llevando a sus convidados a una lejana partida de caza.

Octavio, pues, se halló en completa libertad, y bien lo deseaba, bien le era necesario por cierto.

Andando a la ventura se encontró al fin en un pabellón rústico, formado por cortinajes de madreselvas y jazminez.

Allí se dejó caer con abandono sobre un banco de piedra, y se entregó a mil dolorosas reflexiones.

¿Qué extraño misterio se encerraba en la conducta de Blanca?

¿Por qué le rechazaba?, ¿por qué se alejaba de él?

Ella había palidecido y temblado de emoción mil veces al solo eco de su voz.

En sus purísimos ojos, de mirada inocente y leal, había él visto muchas veces asomarse el alma ¡y aquel alma era suya; no le cabía duda!

¿Qé la impulsaba a rechazarle?

No podía ser duda, no podía ser desconfianza cuando él la había dado la prueba más grande de la sinceridad de su pasión, ofreciéndola su mano, su posición y su nombre.

¿Qué era, pues, qué era lo que se interponía entre ellos?

¿Tendría la joven algún secreto en su pasado? ¿Llevaría en el pecho el recuerpo de otro, quizá?

Octavio, luchando entre todas estas ideas, había ocultado la frente entre sus manos, y permanecía inmóvil y agobiado bajo el peso de sus ciertos temores y de sus lejanas y pálidas esperanzas.

Y tan absorto estaba, que no sintió el ruído de la arena y la hojas secas que crujían oprimidas por un pie ligero y pequeño, y no percibió tampoco el roce de un vestido de mujer, pasando junto a las ramas.

Los pasos se detuvieron; el ruido cesó, y Octavio permanecía inmóvil.

De pronto sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro, y levantó la cabeza algo azorado.

Su confusión y su admiración fueron extremadas.

Era la señorita de Meran. era Estrella.

¡Estrella, el ángel de los pobres, el consuelo de los desgraciados, como la llamaban doquiera!

Estrella que todo lo sabía, que lo adivinaba todo, que compredía el dolor de Octavio, y que hubiera querido consolarle.

—¿Sois vos, señorita? – le preguntó él levantándose rápidamente.

—¡Sufrís!—murmuró ella por toda respuesta;—¡sufrís!

El joven balbuceó algunas frases confusas y sin sentido. ¿Qué podía decir, si todo en él revelaba un dolor grande y real?

—Soy amiga, casi hermana de Blanca, —continuó la niña con voz dulcísima;—¿queréis que lo sea vuestra también?

El nombre de la que amaba fué para Octavio un talismán poderoso en boca de la señorita de Méran.

Recordó la amistad que ligaba a las dos jóvenes y tuvo alguna esperanza de saber la verdad.

—¿Queréis que lo sea vuestra también?—repitió Estrella más bajo y con más dulzura aún.

Octavio por toda contestación estrechó entre las suyas una mano de la niña y la llevó a sus labios con respeto.

—¡Pobre Blanca!—prosiguió la señorita de Meran;—¡ella sufre mucho también!

—¡Ella!

—¡Oh, sí!

—Mas ¿por qué?

—Por.....

Estrella se detuvo.

Vaciló algunos instantes y luego dijo:

—Hay luchas que agotan las fuerzas y que desgarran el alma.

—¿Y ella las sostiene?

—No, ya no; ya se resigna y no vacila; ya está resuelto su porvenir.

—Me confundís, me haceis sospechar.....

—¿De qué?

—De vuestra amiga.

—¡Cómo!

—¿Está resuelta a olvidarme?

—¡Oh, cuánto diera ella por olvidar!

—Entonces, ¿aceptará mis ofertas?

—¡Imposible!

—Mi padre me deja esperar.

Estrella movió su linda cabeza con signo negativo, triste y amargo.

—¿De modo que tendré que renunciar a llamarle mi esposa?

—¡Oh, sí—dijo la joven con rapidez—sí, y para siempre!

—Entonces, si no me amaba, ¿por qué ha jugado con mi corazón?; y si me amaba ¿por qué me rechaza?

—Es que.....

—Es que no tiene compasión.

—¡No la culpeis!

—¿Que no?

—Os juro por la memoria de mi madre, que Blanca no es responsable de esta desdicha que le separa de vos.

—¿Luego sabeis?.....

—Sí, poseo un secreto.

—Decidme pues.....

—No, Octavio, no; yo la defenderé siempre, no permitiré que la acuseis; os hablaré de ella a todas horas, si esto os agrada y os consuela; pero no me pregunteis lo que no puedo deciros, no me obligueis a que revele lo que confiaron a mi lealtad; sería inútil.

El joven no insistió por entonces en arrancar a Estrella la clave de aquel enigma, que ahora le parecía menos cruel.

Si Estrella aseguraba que Blanca sufría, que Blanca no era culpable, ¡aún podía esperar!

La señorita de Meran se había ofrecido también a hablarle de ella.

Esto era ya mucho para su corazón.

Aceptó, pues, aquella amistad; aceptó aquella oferta.

Hablar de Blanca, pensar con su amiga en ella, recordarla, referir su bondad, repetir sus elogios..... Octavio se juzgaba feliz sólo con esto.

Estrella le pareció desde aquel momento más amable, más buena, más hermosa y más bella también.

—Venid, amigo mío.—dijo ella con dulzura,—venid y me contareis vuestros proyectos, vuestros futuros deseos y vuestras resoluciones para lo porvenir.

Y apoyando su mano en el brazo del joven, emprendió con él el camino de una calle de árboles, como lo hubiera hecho con un hermano o con un amigo de la niñez.

¡Estrella también estaba triste!

En su armoniosa voz había un timbre de melancolía infinita, un eco que llegaba a el alma.

En su inocente afán por defender a su amiga, por mostrarla a los ojos de Octavio tal cual la creía, tal cual ella sabía que era, estuvo elocuente, expresiva, apasionada; en su anhelo por calmar la pena de aquel hombre, del hermano de Blanca, estuvo tierna, afectuosa, adorable.

Y refiriendo él sus amores, y repitiendo ella sus consuelos, pasaron el tiempo sin esfuerzo, sin saber que pasaba, y sintiéndose unidos por el mismo afecto, por el mismo anhelo, por el mismo sentimiento, por el propio pesar quizá.

Estrella no había amado aún, ya lo sabemos; pero entonces y por boca de Octavio, comprendía las dulzuras, los encantos y las inquietudes del amor.

Y su alma virgen se extremecía con aquellas frases, y su frente tan inmaculada y tan casta se cubría de rubor ante el fuego que se escapaba de las miradas de Octavio.

Cuando se separaron estaban ligados por los lazos de una dulce amistad, de una profunda simpatía.

Ella había mostrado sus proyectos de alejarse, pero también su deseo de despedirse de Blanca.

La había rogado que alcanzase el permiso de verla por última vez.

Ella se lo ofreció, y cuando se halló sola,

—Era preferible que supiese que son hermanos—dijo.—Quizás así ese amor apasionado se trocaría en un tierno amor fraternal. Blanca ha jurado a su padre guardar este secreto, pero yo..... yo no he ofrecido nada. Ella ocuparía así en el corazón y en el pensamiento de su hermano el lugar que debe, y él..... él quizá..... dicen que de la amistad al amor hay un solo paso; pero dicen también que del amor a la amistad hay una distancia inmensa! ¿Podría ese noble joven salvar esa distancia? ¿Podría su pasión convertirse en el tranquilo cariño de un hermano? ¡Quién sabe Dios lo que puede hacer sin duda, y Dios es bueno y lo hará. Yo le rogaré también por ellos..... por ellos y por mí. ¡Sería yo tan feliz calmando sus desventuras!

Estrella no prosiguió, pues fué interrumpida en sus pensamientos por la voz de un criado que venía a anunciarle el accidente de su padre.

CAPÍTULO XVII

El inesperado y violento mal de Fausto, detuvo, como era lógico, no sólo todas las diversiones, sino todas las ideas de marcha entre los huéspedes del Castillo de Amayora.

También, y esto fué lo más cruel, impidió a Estrella acudir a la cita que le había dado Daniel.

La pobre niña no pensó en nada en aquella dolorosa tarde, sino en que el conde se moría, y sólo se ocupó de estar a su lado, de no salir de su habitación.

El jorobado, pues, la esperó en vano en el camino de la Hondonada del Bandido, donde estuvo aguardando hasta que era ya casi de noche.

Entonces, y extrañando aquella ausencia, se dirigió a las cercanías del castillo,

Algo extraño debía suceder para que la señorita de Meran no hubiera acudido a la cita después de haber empeñado su palabra de ir hasta allí.

Daniel quería saberlo, y el mejor medio era averiguarlo por sí mismo.

En medio de su ansiedad llegó casi hasta las puertas de Amayora, y observó con afán, oculto en la sombra, esperando ver a algún criado para preguntarle por Estrella.

La joven favorecía a los pobres y a los desgraciados, y esto justificaría el deseo del jorobado.

La casualidad le favoreció en esta ocasión.

Un anciano, acompañado de un criado, cruzaba en aquel instante las puertas de la morada señorial.

Daniel le reconoció al momento.

Era el anciano médico de la aldea, a quien habían tenido que recurrir en los primeros momentos, y mientras se hacía venir otro de la ciudad.

El conde tenía a su médico, tenía a Dubois que le había acompañado siempre a todas partes; pero ya sabemos que Dubois había muerto.

En el castillo tuvieron que valerse, pues, en vista de la gravedad de las circunstancias, del primero que se halló a mano.

Al pie de la escalinata de mármol un lacayo esperaba, teniendo un caballo del diestro.

Era el que debía conducir otra vez al médico a su domicilio.

Daniel comprendió por la presencia de aquel hombre que alguien se hallaba enfermo en el castillo, y se adelantó con rapidez hasta colocarse al lado del médico.

—¿Eres tú, hijo mío?—murmuró el bondadoso anciano, que amaba al jorobado desde que era niño, y más aún, desde que había estado junto a él durante los últimos momentos de su madre.—¿Eres tú?

¡Oh, sí!—contestó el joven con angustia; pero vos.....

—Yo he venido a prestar mis cuidados.

—¡Vuestros cuidados!

—Sí; y.....

—¿Qué?

D. Juan fijó una mirada en derredor, y viendo que sólo los dos criados podrían oirle, dijo:

—Temo que sea inútil. La ciencia no cura ciertos males,

—Pero... ¿quien está en peligro? —preguntó el jorobado extremecido.

—El conde, el conde, que ha caído hace pocas horas como herido de un rayo.

—¡El conde!

—Sí, hijo mio; acabo de separarme de él.

—¡El conde!,—repitió Daniel por segunda vez y con inmenso espanto;—pero... ¿qué tiene?

—Está grave, muy grave. ¡Oh!, he ahí lo que son las felicidades de la tierra. Hace poco que todo era alegrías y fiestas en el castillo, y ahora... ahora el dolor ha tomado asiento en esta mansión. Las dos hijas del noble anciano están desconsoladas.

—¿Tan desesperada es su situación?

—Así al menos lo parece.

—Y... ¿cual es ese repentino mal?

—Un ataque cerebral de los más horribles.

—Pero sin saber...

—No está en estado de responder a pregunta alguna; pero yo creo... yo creo que esa enfermedad tiene una causa. El médico no puede curar siempre, pero adivina.

—¿Y vos?...

D. Juan volvió a mirar en torno, y al ver que se hallaban a la suficiente distancia de los criados para que éstos no pudieran oirle.

—Ese hombre, dijo, cuidando de bajar la voz;—ese hombre ha debido recibir un terrible golpe, uno de esos golpes morales que matan con más seguridad que una puñalada.

Daniel palideció densamente.

El también recibía, al escuchar aquellas palabras, un choque doloroso y cruel.

—En fin,—continuó el anciano sin reparar en la turbación de su interlocutor;—ya veremos. Mañana vendrá alguna de las celebridades de la ciencia, y veremos si me equivoco.

Y subiendo al caballo, cuyo estribo le presentaba uno de los criados, partió en dirección a la aldea, diciendo a Daniel con cariñoso acento:

—Adiós, adiós hijo mío.

El huérfano nada le contestó.

No podía hacerlo.

Estaba aterrado,

¿Sería él, sería su conversación con el Conde la causa de aquella enfermedad?

—¿Le castigaría su mano con la muerte sin haberlo querido ni intentarlo así?

Un recuerdo instantáneo acudió también a la mente de Daniel.

¡Elena!

Muerto Dubois y enfermo el conde, ¿quien se cuidaría de ella?, ¿sabría alguien más que estaba allí?

El infeliz joven se sintió impotente y débil para soportar tanto peso, y se sentó en medio del bosque sin saber qué decir.

Estaba fatigado, no podía continuar adelantando.

¡Ay! también le faltaban fuerzas para continuar avanzando por el camino de la vida, y también necesitaba buscar algun descanso.

Y como el mar de la existencia sólo tiene un puerto, y como el desierto sólo tiene un oasis, pensó en Dios, y pensó a la par en su santo ministro.

El ya no podía soportar tanto afán, y se acordó del padre Carlos.

Y levantándose rápidamente, se dirigió en su busca.

Lo que no había querido hacer antes, lo creía entonces necesario.

Ahora comprendía que su deseo de remediar faltas y corregir errores solo con las súplicas y los ruegos, era una utopía de su mente. ¡Pobre marino! El no podía guiar aquella nave en medio de tan deshecha tempestad.

Pensó emprender el camino del presbiterio, pero luego recordó que era preciso acudir a Elena.

Aunque abatido y extenuado por la fatiga y el dolor, reunió sus fuerzas y fué en busca de Blanca.

Habló a la joven de una necesidad urgente, de una enferma que esperaba socorro; inventó una historia cualquiera, lo suficiente para interesar a la compasiva joven, cuyo corazón y cuya mano estaban dispuestos siempre a remediar la desgracia, y recibió en cambio de sus palabras algunas provisiones que necesitaba llevar a la pobre enferma.

Con ellas ya volvió a emprender el camino, que era para él un verdadero calvario, pues el infeliz se sentía enfermo y sin aliento.

Pobre mártir de quien sólo los cuidados y las vigilias de su madre habían sostenido la vida. ¡Pobre naturaleza destrozada desde su entrada en el mundo por un golpe cruel, y quebrantada después por los pesares, por la miseria, por rudos embates y violentísimas emociones!

¡Ay!, si el exceso del dolor mata, Daniel no podía vivir mucho.

Sin aliento, jadeante, sintiendo la frente bañada a cada instante en frío sudor, cruzaba el camino de la Hondonada del Bandido cuando la noche iba a mediar casi.

¡Cuántas veces había atravesado el joven aquéllos lugares de poco tiempo a aquella parte; pero casi siempre de noche, y siempre solo, y abatido siempre!

Cuando llegó al sitio donde halló a Dubois la última vez que había cruzado aquellos agrestes sitios, su corazón se oprimió dolorosamente, y el cabello se erizó en sus sienes.

La escena terrible que terminó con la muerte de Marx, se apareció a su mente con toda su angustia, con todos sus detalles, con todo su horror.

Una opresión terrible inundó su pecho; su vista se oscureció, y tuvo que detenerse y apoyar sus manos en el tronco de un árbol para no caer en tierra.

Una agonía sin nombre invadió todo su ser; algo extraño e inesperado subió desde su corazón hasta sus labios, escapándose de entre ellos un ¡ay!

Era una bocanada de sangre, a la cual siguieron otras dos.

A la claridad trémula de las estrellas Daniel la vió; miró sus manos manchadas en ella, y una sonrisa amarga crispó su boca.

¡Si aquello era la muerte, bien venida fuera!

Pero era tan triste morir abandonado en aquella soledad!

Pensó en Dios; le ofreció su vida pasada llena de privaciones y de de penas, e inclinando la frente esperó.

Luego pensó en su madre, y se creyó casi feliz,

Iba a verla, a volar a su lado.

Pasaron algunos instantes, y Daniel se rehizo un tanto.

Su pecho se sintió menos fatigado; su respiración volvió a regularizarse.

También otra vez, cuando era niño, había sufrido un accidente casi igual, producido por un golpe de Dubois.

Así lo había leído en las memorias de Lucía.

La lesión causada entonces por la mano de su padre existía sin duda aún.

El pobre jorobado se fué serenando poco a poco.

No le importaba morir, no; ¿qué encontraba él en la vida para que le fuese amada?

Pero si moría allí, en aquel momento, la infeliz Elena quizá perecería de hambre también. Si moría allí, en aquel instante, llevándose consigo los secretos que poseía, nada podría remediarse, y las víctimas perecerían bajo el poder de su verdugo.

Daniel elevó a Dios una oración ferviente, pidiéndole que le dejase la existencia, al menos hasta confiar a otro el cuidado de continuar su obra.

Este otro debía ser el padre Carlos.

El huérfano se decidió resueltamente a confiárselo todo.

El ruido de un arroyo cercano, que se percibía en el silencio de la noche, vino a dar aliento a Daniel.

Hay en ese sonido, murmullo o rumor que forma el agua que corre, algo que tiene vida, algo que se agita; a veces consuela y acompaña; a veces en la oscuridad, asombra y aterra.

Daniel en aquel momento no se creyó tan sólo.

Se levantó con trabajo y buscó el escondido cauce.

Aplicó a él sus labios y se encontró reanimado.

—Vamos,—pensó,—es preciso llegar hasta la desventurada prisionera; es preciso llevarle estos alimentos y decirle cuanto ocurre. Valor, es forzoso vivir hasta que todo se termine, o al menos hasta que otra persona pueda obrar por mí.

Y continuando su marcha se dirigió hacia la casa abandonada, donde pasaba tan tristes días la condesa de Maravel.

Después de algún tiempo de fatigoso camino, llegó Daniel a la casa aislada; salió como otras veces la cerca de zarzas y llegó con gran trabajo al solitario patio, valiéndose de iguales medios que los que empleara cuando por satisfacer un deseo de Estrella había penetrado en aquel lugar y descubierto aquel secreto.

Todo estaba callado y solo.

Parecía que el ángel de la muerte imponía silencio, no agitando sus alas siquiera por no turbar aquella quietud.

El jorobado se adelantó más resueltamente que otras noches, y tocó sin precaución alguna en las tablas de la ventana.

En un principio nadie le contestó.

Insistió de nuevo, y al fin una voz débil y medrosa.

—¿Quién está ahí?—preguntó desde adentro.

—Nada temáis, señora; soy yo,—exclamó el joven, sintiéndose menos infeliz al escuchar el acento de Elena.

—¡Vos! Pero...

—¿Qué?

—Si alguien viniera... si...

—Os repito que nada temáis.

—Es que... hace ya tres días que me olvidan, y sin duda esta noche deberá llegar el que...

Daniel pensó en su padre; la voz ahogó en su garganta y llevó la mano a los ojos para enjugar una lágrima.

—¡Oh!, sí, no lo dudéis; vendrá ese hombre que tanto miedo me inspira, y a quien aborrezco y maldigo.

—¡Ese hombre no volverá nunca!—dijo el huérfano con voz lenta y triste.

—¿Que no?

—¡Ese hombre ha muerto!

—¡Muerto! ¿Pero cómo?

—¡Dios os ha hecho justicia! Comprendo que teneis razón para odiarle, pero la muerte borra lo pasado; sed clemente y no le maldigais ya.

—Entonces..... entonces será el otro el que venga; el otro, mi mayor enemigo, el que ha sido el autor principal de todo mi infortunio.

—Tampoco le espereis.

—¿Tampoco?

—No vendrá.

—¿Ha muerto también?—preguntó Elena con espanto.

—No, pero se halla enfermo, postrado en el lecho del dolor, víctima de sus remordimientos, de su miedo..... de su pesar acaso.

Las maderas de las ventanas se abrièron entonces, y el rostro pálido y enflaquecido de Elena se dejó ver, destacándos en aquel oscuro fondo por su nitidez y por su blancura mate.

—¿Es cierto lo que decís?—volvió a preguntar muy agitada.

—Sí, señora. Dios es justo y os líbra así de vuestros perseguidores. Ya podeis salir de aquí sin que nadie.....

—Y si decís que el uno ha muerto y el otro va a morir, ¿quién me revelará dónde está mi Alfredo, dónde se halla mi Valentina?

El huérfano fué a hablar, pero se detuvo; no creía que era tiempo de hacerlo aún.

—¡Oh! si decís que la vida de ese hombre corre peligro—continuó la pobre mujer—ya no habrá recurso, no habrá esperanza alguna para mí.

Para Elena esto era cosa cierta.

Lo que podía ser su libertad era su mayor desdicha.

El plan de los dos culpables había estado bien concebido y bien llevado a cabo por cierto.

No habían acabado de una vez con aquella mujer, porque ella sola sabía dónde estaban las riquezas de la familia de Maravel, acumuladas por una y otra generación.

La reseña del lugar donde estaban ocultas, se hallaba escrita y detallada en un relicario de oro que la condesa llevaba al cuello para mayor seguridad.

Fausto había querido mil veces buscarle, apoderarse de él, pero otro le había tomado ya del pecho de la infeliz, cuando creyéndola muerta veló junto a ella en la cámara ardiente en una noche bien cruel, disfrazado con el traje de uno de sus servidores.

Aquel hombre era su esposo, su legítimo esposo.

Era Edmundo, que lo sabía todo y que debía conservar aquel tesoro, porque era la herencia de sus hijos.

Mil veces y durante el largo cautiverio de la condesa, le habían exigido como precio de su libertad, como rescate de sus hijos, la declaración del sitio donde aquellas riquezas existían, escondidas por el anciano conde, que a nadie sino a su hija había confiado la verdad; pero ella se negaba siempre.

Creía, y acaso con razón, que sus perseguidores la matarían cuando ya su codicia nada pudiera esperarse de ella.

Además, Elena creía en Dios, estaba segura de su bondad, y esperaba que por un milagro de su poder se vería en salvo algún día.

Fausto por su parte también pensaba, y pensaba Dubois con él, que fatigada de aquella lucha larga y tenaz, la desventurada cedería

alguna vez, y como la tenían sujeta en los lazos de su amor de madre, como hacía ya tantos años que la tenían sepultada y sin noticia alguna del mundo, nada tenían que temer.

—¡Dios mío! repetía la desventurada con mortal angustia;—¡Dios mío! si ese hombre muere ¿para qué quiero yo la libertad, para qué quiero yo la vida, si he de ignorar si mis hijos existen, si he de ignorar donde se hallan, si no he de poder correr en su busca aunque muera luego en sus brazos?

Daniel, perplejo y pensativo, la escuchaba con la frente oculta entre las manos, combatido por mil sentimientos distintos.

—¿Qué hacer?, ¿qué hacer?—repetía ella a cada instante.—Si yo pudiera verle, si lograra hablarle, tal vez tendría piedad; tal vez cedería a mis súplicas y me lo diría todo. Pero a mí me rechazarían, no me dejarían llegar hasta él.....

—¡Teneis razón!; en el estado en que se halla sería inútil pensar.....

—¿Y con qué nombre, con qué título me abriría paso en su casa? Al decir mi nombre me creerían loca, y me arrojarían de ella sin piedad.

—Señora—exclamó al fin el pobre jorobado, con voz lenta, pero firme y resuelta.—Hace poco, al venir hacia aquí, he tenido un momento en que pensé que la vida me iba a abandonar, y rogué a Dios que me diese aliento hasta ver terminada mi obra..... la obra de la justicia, pero también la del perdón. En aquel instante resolví hacer a otro partícipe de secretos que no debía llevarme a la tumba; ¿quereis, pues, venir conmigo y poner bajo la protección de ese otro, que es un santo, y en cuyo pecho se encierran, sin que jamás puedan escaparse de allí las confidencias de las demás?

—¡Salir de aquí!—exclamó Elena con una mezcla de alegría y espanto. ¿Y si os equivocais? ¿y si alguno de ellos?.... ¡Oh!, ¿vos no sabeis que me han jurado que matarían a mis hijos el día que intentase siquiera abandonar mi prisión?

—Tranquilizaos, os repito; juro ante Dios que he dicho la verdad.

—Pero... al salir de aquí ¿dónde quereis llevarme?

—Junto a un ministro de Dios, a quien todos apellidan «el buen párroco», rindiendo tributo a su virtud.

—Y..... él querrá.....

—El a lo menos puede intentar llegar hasta el conde; él puede decidirle a que cumpla con su deber.

—¿Le dejarán?

—La señorita Estrella le conoce, y además el padre Carlos halla francas todas las puertas.

—¿El padre Carlos habeis dicho?—exclamó la reclusa con un extremecimiento que Daniel pudo notar.

—Sí, señora el que es hace ya doce años cura párroco de esta aldea.

—¡El padre Carlos, el padre Carlos!—repetía Elena, apretando con ambas manos su frente, como si quisiera retener en ella el pensamiento.—¿Será posible, será posible que fuese él?

—¡Cómo! ¿Acaso?....

—¿Sabeis el apellido de ese ministro de Dios de quien hablais?

—Ciertamente.

—¿Cuál es?

—Antes se llamaba Carlos de Medina; ahora, ya os he dicho que todos le conocen por «el buen párroco».

Elena llevó su mano al corazón para contener sus latidos.

La emoción la ahogaba.

Los recuerdos de la vida pasada acudían a su mente, trastornándola casi.

Aquel hombre había despertado un eco en su alma.

¡Sí, era él; no cabía duda!

Era su postrer amigo, su último confidente, el que había recibido su confesión postrera, y a quien había confiado la misión de velar por sus hijos.

Pero ¿cómo estaba allí?, ¿por qué milagro de la bondad divina se encontraba tan cerca de ella?

Sus ojos, secos por tanto tiempo, se llenaron de lágrimas, y su pecho, oprimido y cerrado a toda alegría tan largos años, respiró al impulso de la espansión y la esperanza.

Las puertas de una nueva existencia se entreabrieron para ella.

El nombre de aquel sacerdote era para ella el de un protector, el de un amigo.

Otro hubiera llamado a aquel encuentro una dichosa casualidad. La condesa vió en ella la mano de la providencia.

Una duda le asaltó sin embargo.

¡Estaba tan poco acostumbrada ya a los favores de la fortuna, que temió haberse equivocado!

¿Sería aquel Carlos de Medina el que ella recordaba? ¿sería él el último ser que le prestó consuelo, aquél cuyo semblante dulce y bondadoso fué el último en que se fijaron sus ojos antes de cerrarse un día, para abrirse después, y hallar tan sólo en torno suyo enemigos y opresores?

La imaginación de Elena estaba débil, tan envuelta en la sombra, que apenas podía raciocinar y discurrir.

Daniel la sacó al fin de aquel estado, diciéndole de nuevo:

—¿Qué decidís, por fin, señora? ¡Oh!, yo creo que este es el medio más seguro de salir de esta situación.

—Llevadme donde querais, aunque... tengo miedo.

—Y sin embargo, es preciso.

—Vamos, pues—dijo la condesa, haciendo un esfuerzo violento.

—Antes es necesario franquear la salida.

—¡Ah!

—Esperad, reponed primero vuestras fuerzas y tomad algún alimento, pues debeis estar sin aliento.

—Teneis razón, hijo mío. Hace tres días que ellos no venían y..... me sentía morir.

—Pues bien; pensad que si os falta el ánimo no podremos llegar a la aldea.

La condesa pasó su mano a través de los hierros y tomó las provisiones que Daniel le ofrecía.

El, entretanto, buscó una rama gruesa y resistente, para convertirla en palanca, e introduciéndola entre la puerta y el suelo, hizo un violento esfuerzo, luego otro mayor, y la salida quedó franca.

El joven, jadeante y cansado, no pudo pronunciar una palabra en el primer momento.

Luego, serenándose, exclamó:

—Venid.

—La condesa dió algunos pasos, atravesó aquel dintel y se encontró en el solitario patio.

Sus ojos medrosos giraron en torno, tenía ante sí la libertad, el espacio.

Y a pesar de todo, sentía temor, sentía espanto ante el porvenir.

El huérfano, viendo su agitación, le dió el ejemplo, emprendiendo la marcha.

Ella invocó el recuerdo de sus hijos y le siguió, aunque con paso inseguro y torpe.

Era muy tarde ya.

Elena caminaba con gran trabajo.

El viento de la noche, frío e impregnado de los perfumes de los campos, parecía fatigarla y extremecerla.

Hacía tantos años que solo había aspirado el ambiente de una estrecha y reducida estancia, que aquellas bocanadas de aire libre y puro la ahogaban, en vez de causarla un bien.

Sus pies estaban tan torpes, tan débil todo su ser, que tropezaba y vacilaba a cada instante, y hubiera caído quizá, a no apoyarse en el brazo de su pobre compañero.

El trayecto que tenían que recorrer era largo y los dos estaban fatigados, enfermos y agitados.

La condesa, que no llevaba abrigo alguno, temblaba de frío, y parecía que iba a ser víctima de una convulsión nerviosa.

—Valor, le decía de vez en cuando Daniel;—ya estamos cerca, ya falta muy poco.

Ella callaba, pero estrechaba su brazo y seguía.

Su lengua estaba casi paralizada; ¡tenía tanto miedo!

Al fin divisaron entre las sombras las primeras casas del pueblo.

El jorobado pareció respirar con más libertad; su pecho parecía descargarse de un enorme peso.

La casa del padre Carlos estaba ya cerca.

Se distinguía de las demás por la blancura de sus paredes y por los aromas que se exhalaban de su hermoso huerto.

—Aquí es,—exclamó Daniel, deteniéndose;—aquí es.

—¡Dios mío!—murmuró Elena con afán;—¡Dios mío!

—Nada temáis, señora; seréis aquí bien recibida.

—Pero a estas horas...

—La caridad no duerme nunca, la virtud vela siempre, y la cari dad y la virtud se albergan en esta casa.

El huérfano llamó quedo, muy quedo, estaba seguro de que lo oirían, y además no quería que ninguno de los vecinos se apercibiera de aquella misteriosa visita.

No se había engañado; una de las ventanas se abrió, y una voz varonil, pero dulce y simpática, murmuró:

—¿Quien es, quién está ahí?

Este acento hizo extremecer a Elena; era el del padre Carlos.

Los años desfiguran el rostro, encorvan el talle, blanquean el cabello; pero no alteran, por lo general, el timbre de nuestra voz.

Por eso la condesa de Maravel sintió en el fondo de su corazón algo que aceleró sus latidos al oir la del sacerdote.

Era un recuerdo, una vibración del pasado; era un sonido de su juventud, un eco de sus mejores días.

—Abrid, padre mío, abrid en nombre de Dios; no vengo sólo y necesito de vos.

El párroco no se hizo repetir esta súplica; comprendió que algo grave ocurría, y sin querer llamar a ninguno de la casa, bajó él mismo y franqueó la entrada.

Al ver al joven conduciendo a una desconocida, cuyas facciones no podía entonces distinguir, experimento una profunda extrañeza y un asombro sin igual; pero dominó esta primera impresión y sólo dijo, pensando que necesitaban de él:

—Entrad.

Y para guiarlos sin duda, echó delante, y entreabriendo sin ruido la puerta de su despacho, murmuró a media voz:

—Aquí.

Elena penetró en aquella habitación, desfallecida y jadeante.

Sus ojos no se apartaban del semblante del sacerdote, iluminado por la luz que llevaba en la mano.

La existencia del padre Carlos, triste y melancólica, pero tranquila y dulce como su alma, no había dejado en su rostro las huellas del tiempo pasado.

Era el mismo su reposado y suave mirar, la misma su serena frente, la misma expresión de bondad de aquellos labios hechos para bendecir y consolar.

La condesa lo reconoció sin trabajo.

Sus facciones habían quedado estereotipadas en su alma cuando le vió por última vez.

Llevó una mano a su pecho para contener los latidos de su corazón, y vencida por una emoción profunda se dejó caer en una silla, mientras de sus ojos se escapaba un torrente de lágrimas.

Lágrimas de alegría, de la primera alegría que había experimentado hacía ya muchos años.

—¿Qué es esto?, ¿qué tenéis?—preguntó el párroco admirado.

—¡Señora!—murmuró Daniel a su vez.

—¡Oh!, no me había engañado; Dios al fin ha tenido piedad de mí.

—¿Qué queréis decir?

—Que sois vos..... que sois vos, y que la bondad divina se manifiesta ahora claramente, en haberme traído aquí.

—Pero..... ¿quién sois, qué es lo que queréis decir?

—¿Tan desfigurada me han dejado las lágrimas y los tormentos que no podéis reconocerme?

Y Elena, levantándose, echó hacia atrás sus cabellos y se puso de lleno en el foco que proyectaba la luz.

El padre Carlos sintió un desvanecimiento, y sólo pudo murmurar:

—¡No..... no es posible..... esto es un delirio!

—Y sin embargo..... y sin embargo, ¡miradme bien!

—Pero..... pero...., ¡si no puede ser!

—Sí, soy Elena, soy la condesa de Maravel, exclamó la dama con afán.

—¿Vos, vos la?..... pero ¿salen ya los cadáveres del sepulcro?; ¿vuelven a la vida los muertos?

—¡No, no es eso!, pero los vivos pueden ser encerrados, pueden estar presos..... secuestrados, morir, en fin, para el mundo, para vivir, para padecer.

—¡Dios mío, yo me confundo! Yo ví.....

—El cuerpo de una pobre mujer aletargada mostrando todos los síntomas del que deja de existir, pero a quien luego vuelven al conocimiento para.....

—¡Ah!,—exclamó el padre Carlos, dándose una palmada en la frente,—¡ah, el pobre loco tenía razón!

—¡Loco! ¿Quién?

—Tranquilizáos.

—¿Edmundo..... Alfredo?.....—gritó la condesa con extravío.

—¡No, ninguno de los dos; otro, otro que os amaba..... que os amaba mucho también.

—¿A mí?

—¡Gaspar!

—¡Él! ¿Dónde está?

—En un manicomio.

—Pero ¿por quién sabéis?.....

—Calmáos un momento, y os podré decir..... ¡Oh!, la mano de Dios está visible en todo esto, bien lo habéis dicho vos.

El sacerdote iba a decir,—porque cerca de aquí está Edmundo, está vuestro esposo,—pero se detuvo; aquella emoción trastornaría a la Condesa, cuyo estado era tan delicado.

El buen párroco hizo sentar a Elena; le dió a beber un poco de agua con vino, y la suplicó le contase cuanto tuviera relación con aquel pasado misterioso y extraño.

Ella lo hizo con una rapidez extremada, atendiendo a la situación angustiosa y violenta del momento.

Daniel, que los había escuchado a los dos con religiosa atención, completó aquel relato, refiriendo por qué impulsos y por qué extraños caminos había llegado hasta la Hondonada del Bandido.

Todo estaba muy claro ya; sólo faltaba a la condesa de Maravel averiguar el paradero de sus hijos y el de su esposo.

Una..... era Estrella, no cabía duda.

El Conde le había hecho pasar por hija suya, para estar más seguro de que el secreto de su nacimiento no llegaría a descubrirse.

En cuanto al otro.....

—¡Le encontraremos!—exclamó el padre Carlos, con acento de ferviente convicción.—¡Le encontraremos! De los que os han hecho tan desgraciada sólo queda uno, y..... y ahora somos tres para ayudaros.

—¡Tres!

—Sí; este noble joven, a quien debéis mucho, señora; tanto, que nunca quizá lleguéis a comprenderlo. Yo, en quien debéis tener absoluta confianza, y.....

—¡Seguid!

Uno a quien asiste mayor derecho para defenderos.

—¡No os comprendo!

—En vuestros largos días de afán, en vuestras eternas noches de desesperación, el pasado no se habrá borrado de vuestra memoria; habréis pensado en todos, en todos, ¿es verdad? La imagen de vuestros hijos se habrá mezclado a otra imagen....,.

—¡Edmundo!—gritó Elena con afán;—pero ¿a qué hablarme de él si no existe? ¡Así me lo han dicho ellos!

—¿Y..... y si viviera?; ¿y si Dios por su misericordia y su bondad le hubiera salvado hace muchos años, y por sendas misteriosas le hiciese ahora llegar hasta vos?

—¡Señor, señor, tened piedad de mí, y no me hagáis concebir esperanzas que no se han de realizar.

Tened valor, hija mía, tened valor, y creed en Dios.

—Pero.....

—¿Me prometéis ser fuerte en la alegría como lo habéis sido en el dolor?

—¡La ventura no mata, y yo quiero vivir ahora!; tendré fuerzas, tendré ánimo para todo, os lo juro!

Algunos instantes después, Elena y Edmundo confundían el latido de sus corazones, confundían sus lágrimas, sus dolores de lo pasado y sus anhelos de lo futuro.

Confundían sus esperanzas, reducidas a una tan sóla: ¡hallar a sus hijos, estrecharlos entre sus brazos!

¡Ni un sentimiento de odio, ni una idea de venganza extremeció en aquel instante sus almas! Eran tan felices, que hubiera sido ofender a Dios pensar en otra cosa que en darle gracias.

El cielo debía sonreir ante aquella dicha no manchada por la amargura de su rencoroso sentimiento.

El padre Carlos también enjugaba algunas furtivas gotas de llanto. La dicha de los demás era su sola dicha en este mundo.

¡No tenía, no ambicionaba otra!

De vez en cuando alzaba los ojos para fijarlos en un magnífico crucifijo que pendía de la pared, única joya de valor que decoraba aquella modesta estancia, y sus labios murmuraban bajo, muy bajo:

—¡Señor!, si la vida es un mar alborotado y tempestuoso, Tú sólo eres el faro, Tú sólo eres el puerto. Los hombres no le hallan, pero en la fe cristiana está.

En cuanto a Daniel, medio oculto en un rincón de la sala, presenciaba aquella escena, presa de los más dolorosos sentimientos.

Todos los males de aquellos que tanto habían sufrido iban a tener un término.

Pero él, ¡ay! ¿qué guardaba el mundo para él?

¡Nada!

¡Pobre Daniel! ¡Cuán profunda y sombría era y sería siempre la inmensa soledad de su alma!

Cuando la luz primera del alba vino a llenar de vida y animación la tierra, aún permanecían en el despacho del sacerdote los personajes que dejamos allí; aún estaban unidos, gozando con la dicha de verse, y pensando en los medios de arreglar lo futuro.

El infeliz jorobado a quien debían tanto, pensaba en su padre y rogaba a Dios que enviase el ángel del perdón para conciliar tan opuestos extremos.

Durante aquellas horas, y pasadas las primeras confidencias y las emociones primeras, habían convenido que era forzosa la intervención del sacerdote para con el Conde, que según había dicho Daniel, se hallaba en peligro de muerte y podía llevarse a la tumba el secreto que tanto anhelaban saber.

Edmundo y Elena eran demasiado ricos, pues iban a poseer el tesoro de los Maravel, y en cuanto á títulos, habían sufrido demasiado para dar valor á las mentidas vanidades de la vida.

Estaban dispuestos á perdonar, pues; pero querían recobrar á las adoradas prendas de su amor.

Se convino, pues, en que el padre Carlos se proporcionaría una conferencia con Fausto.

Cuando fueron a separarse, el jorobado se acercó al sacerdote y fijando en él sus elocuentes y grandes ojos,

—Padre mío—le dijo—yo tengo armas poderosas para que salgais victorioso en la empresa que vais a emprender.

—¿Tú?

—Y ¿cuáles son?

—Unos papeles.

—¡Ah!

—Dentro de algunos momentos estarán en vuestras manos. Con ellos bastará para que el Conde ceda a cuantas condiciones queráis imponerle. Sólo a vos os los podría entregar, porque a un sacerdote todo se confía bajo secreto de confesión.

—¡Oh!—murmuró el padre Carlos, extremeciéndose ante el recuerdo que evocaba estas palabras.—¡Esas frases han cerrado mis labios por muchos años!

Un instante después, Daniel entregaba al ministro de Dios un legajo encerrado en un sobre. Era el que Mr. de Dubois había entregado a D. Luis algunos días antes.

CAPÍTULO XVIII

A primera hora salió el sacerdote del presbiterio para dirigirse al castillo.

Elena había quedado al cuidado de D.ª María y de Blanca, que conocía por Daniel una parte de los sucesos.

En Amayora todos estaban preocupados y confusos con la grave enfermedad del Conde.

Como dijimos en un capítulo anterior, éste, rendido por la violencia del mal, había caído en un profundo sopor, y sus hijos, sin separarse de él, parecían dar un momento de descanso al espíritu, fatigado por tan contrarias emociones.

Así, y poco a poco, iba adelantando la mañana.

Adriana, más enérgica siempre, parecía más abatida ahora, y se asemejaba a esos poderosos y erguidos troncos a quienes el vendaval rompe porque no los puede doblar, cuando sopla furioso en torno.

En cambio Estrella, la dulce y débil Estrella, había hecho como la flexible rama que se inclina para volverse a levantar, pasado el rudo choque de la tormenta.

La niña, más sufrida que su hermana, había velado toda la noche sin desfallecer ni fatigarse, y al ver en el rostro de Adriana las señales de la agonía y el sufrimiento, la suplicó que se retirase algunos instantes para tomar breve reposo.

Julio unió sus ruegos a los de Estrella, y la señorita de Merán cedió dócilmente a ellos.

Era que Adriana necesitaba también estar sola.

Fausto de nada parecía apercibirse, aunque su respiración era más acompasada y tranquila.

Esto hacía concebir algunas esperanzas, y todos aguardaban con impaciencia la llegada de los médicos que habían ido a buscar a la ciudad.

Con objeto de adquirir algunas noticias sobre esto, Julio salió de la cámara del Conde, quedando allí Estrella sola.

La niña reflexionaba en todo lo ocurrido, y sin apartar los ojos de su padre, parecía querer leer en aquella frente la historia cierta de unos sucesos, que apenas podía comprender.

Un criado vino a sacarla de aquella meditación.

—¿Qué me queréis?—preguntó la joven, respondiendo así a una discreta señal del sirviente.—¿Han venido ya los doctores?

—Aún no, a pesar de que el señorito Mauricio fué en su busca, y debe traerlos con gran prisa.

—¿Entonces...?

—Os buscan.

—¿A mí?

—Me han rogado que os entregue esta tarjeta.

Y el criado presentó a Estrella una pequeña vitela, en la cual fijó ella con afán la mirada, exclamando al par:

—¡Blanca!

Y levantándose con rapidez,

—¡Hacedla entrar—murmuró—hacedla entrar! ¡Oh! Dios la envía. Habrá sabido el pesar que me aflige, y vendrá a darme consuelo.

El servidor iba quizá a hacer alguna objeción; pero ante el ademán insistente de su señora salió sin decir una sola palabra, aunque manifestando algo de extrañeza.

La joven se dirigió a la puerta a donde esperaba ver aparecer a su amiga; pero retrocedió un instante, mientras una exclamación de asombro quedaba cortada en sus labios.

El que acababa de ver allí era el padre Carlos.

Una especie de escalofrío involuntario agitó el corazón de la joven.

La presencia de un sacerdote en la alcoba de un enfermo parece un presagio de muerte.

Estrella, sin darse cuenta de ello lo sintió así, y dijo con acento quedo:

—¡No es Blanca! Yo creí.....

—Perdonad, hija mía, si he tomado su nombre para llegar hasta vos,

—¡Ah!

—A no ser así, quizá no hubiera conseguido veros, y..... necesitaba hacerlo.

—¿Necesitábais.....?—balbuceó la niña por decir algo.

—Veros, o por mejor decir... por mejor decir, suplicaros me llevaseis junto a vuestro padre.

—¡Mi padre!

—Sé que está enfermo, pero.....

—¡Mirad!

Estrella extendió su mano y señaló al lecho de Fausto.

El sacerdote, sin aguardar a que la señorita de Merán lo indicase, se acercó al enfermo, apoyó una mano sobre su frente, contó después los latidos de su pulso, y mirando a Estrella con suma dulzura,

—Tranquilizáos, hija mía—dijo—está mejor.

—¿Lo creéis así?

—La experiencia me ha enseñado mucho junto a la cabecera de los moribundos, y os aseguro que el Sr. Conde no corre peligro alguno.

—¿De veras?—dijo Estrella con alegría—¡oh!, yo tengo mucha confianza en vos, y esas palabras me vuelven la esperanza.

Su sueño en este momento es tranquilo y reparador; cuando despierte se hallará muy débil, pero sin agitación ni fiebre alguna.

¡Oh, si supiérais.....!

—Quizá adivine algo. El corazón y el espíritu de vuestro padre sufren más que la materia, sin duda, en este momento.

—¡Hay luchas muy crueles en la vida, hija mía!

Estrella inclinó la frente; recordó su confidencia con Blanca; recordó que el sacerdote oyó sus palabras y nada pudo contestar.

¿A qué ocultar a aquel hombre lo que ya sabía, lo que para él no era un secreto?

—En estos combates de la vida, en estas borrascas del espíritu, el

alma necesita un guía, un faro! Yo puedo serlo para vuestro padre. ¿Queréis confiarme este cuidado, hija mía?

—¡Oh!, señor, tranquilizadle, salvadle si podéis de los peligros o los pesares que le agobian, y os deberé más que la vida.

—Ayudadme, pues.

—Ya ví a Daniel, y.....

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Permitid que me quede en este sitio, que esté al lado del Conde cuando despierte y cuidad de que nadie nos interrumpa hasta que os llame yo.

—¿Intentáis.....?

—¿No me habéis dicho que le salve?

—¿Una confesión.....?—exclamó la joven, creyendo que el sacerdote se refería al futuro destino de su padre.

—Tal vez sí.

—¿Entonces.....?

—No os fatiguéis, ¿acaso creéis que quiero engañaros, cuando os digo que vuestro padre no está en peligro de muerte?

Estrella, desorientada por completo, puso toda su confianza en el buen párroco, y sin tratar de averiguar aquellos misterios que no entendía,

—Haced cuanto queráis—dijo—vos lo podéis todo quizá.

Y sin decir una palabra más, se levantó y salió con paso ligero de la estancia, yendo a situarse en la antecámara, resuelta a complacer al ministro de Dios.

Sus hermanos, los únicos que tenían derecho a entrar allí, el uno estaba fuera del castillo, la otra descansaba sin duda, y por consiguiente no vendría ninguno.

En cuanto a los demás, ella sabría impedirles el paso, y estaba cierta de que si el Conde necesitaba alguna cosa, podría correr en su auxilio, pues no pensaba moverse de allí.

El padre Carlos se colocó silenciosamente a la cabecera del enfermo.

Con los ojos fijos en aquel semblante pálido y contraído, elevó el pensamiento a Dios, y sus labios se movieron para dirigir una ferviente plegaria al que puede enfrenar las pasiones y las ideas del hombre, y trocar en benigna calma las tempestades de la vida.

Quizá aquella ferviente súplica llegaría hasta el cielo; tal vez el ángel custodio del Conde la llevaría en sus alas a Aquella que es salud de los enfermos y refugio de los culpables.

Ello es que Fausto hizo un ligero movimiento como para despertar, y que sus párpados temblaron como intentando entreabrirse.

Entonces el sacerdote se adelantó, abrió enteramente uno de los postigos del balcón y se puso de modo que la luz diese en su rostro de lleno.

Así quería esperar la mirada primera de Fausto.

Si le reconocía, si se acordaba de él, estaban evitadas largas y enojosas explicaciones.

CAPÍTULO XIX

Dejemos a la pobre Blnnca sola y sumida en una profunda agonía, en la cual únicamente podía sostenerla y darle consuelo la idea de haber cumplido con su deber.

Y aunque la abandonemos un instante por seguir al duque de San Marcial, nos es preciso, si hemos de continuar fielmente el curso de nuestra narración, volver a ocuparnos de ella y trasladarnos a la casa que la servía de asilo, siguiéndola allí desde el instante en que se separó de su padre.

El sacerdote, que la esperaba, salió a su encuentro, y tomándola de la mano, la condujo a su habitación.

El abatimiento de la pobre niña le llenó de dolor.

—Y bien—murmuró cuando estuvieron solos—y bien, ¿le has hablado ya?

—Sí, acabo de separarme de él.

—¿Le has dicho?.....

—¡Todo ha concluído! He bebido el amargo cáliz sin rechazar una sola gota.

—¿Y él?.....

—Hemos llorado juntos. Me ha bendecido y yo he sentido que mi corazón le ama y siente sus dolores.

—También yo te bendigo Blanca. ¡Eres una santa, eres una mártir, y Dios te recompensará tu sacrificio!

—Me ha ofrecido un lugar a su lado, riquezas, posición.

—¿Y..... tú?.....

La voz del padre Carlos temblaba imperceptiblemente al formular esta pregunta.

No podía explicarse por qué, pero sentía una angustia infinita al esperar la respuesta de la joven.

—Yo—dijo ella con acento dulce y tranquilo—yo nada quiero. Si pudiera ser aún feliz, hallaría mi dicha en esta casa, a vuestro lado sólo; esto me ha bastado siempre, esto me bastará en adelante. Además.....

—¿Qué?

—Desde que sé esta historia pasada, he pensado mucho en lo porvenir, y..... creo haber hallado el camino que debo seguir.

—¡Explícate!

—Aún no; no estoy resuelta; tengo que meditar, que consultar con mi corazón, con vos también. Pero dejemos que pase este momento de lucha. ¡Un corazón lleno de lágrimas no es una ofrenda digna de Dios!

El sacerdote se extremeció; tembló de adivinar el pensamiento de Blanca, y nada más la preguntó.

—Te dejo sola—la dijo después de algunos instantes de silencio—te dejo sola. Piensa en mí, hija mía, piensa cuanto te amo, recuerda que eres el único rayo de sol que ilumina esta casa, y..... procura tranquilizarte; procura también que mi madre ignore tus pesares, ignore cuanto ocurre. El recuerdo de ese pasado que tanto ha influído en mi vida la ha hecho sufrir mucho. Evitemos que piense en él. ¡El nombre de tu padre la haría daño! Podemos sin esfuerzo perdonar las ofensas que recibimos; pero las que hacen á una persona amada, a un hijo sobre todo, son más difíciles de olvidar. No expongamos a esa prueba el corazón de la pobre anciana, en que hoy, como en un sereno lago, solo se refleja la calma del cielo.

—Os prometo padre mío, que por mi parte nada sabrá.

—Gracias, Blanca; ahora adiós, y procura reposar.

El párroco se alejó y la niña quedó sola.

Entonces, y por una sucesión de ideas fáciles de comprender, pasaron ante su vista los sucesos que habían cambiado en dolor su dicha y en amarguras su porvenir.

Entre estos recuerdos el más vivo y más poderoso era el de Octavio.

Blanca sentía más los pesares del joven que los suyos propios.

Ella tenía al padre Carlos que la consolara y la sostuviese; tenía a Estrella cuya alma la comprendía tan bien.

Pero él, ¡él!, si perdía la felicidad y perdía la fe, ¿con qué corazón podría hallar un puerto después de tan deshecha y furiosa borrasca?

El Duque le amaba, es verdad; cifraba en él toda su vida. Pero hay males tan misteriosos, tan profundos, tan delicados, que es muy difícil consolarlos, como hay heridas a que sólo una mano muy experta y muy delicada puede aplicar el biehechor bálsamo.

Si Octavio hubiese tenido una madre, ella sí, ella sí hubiera podido alentarle, hacerle olvidar.

Una madre, o una hermana a lo menos. ¡Las mujeres entienden mucho de estos males del corazón!

Sin saber cómo, y al pensar en una hermana, la imagen de Estrella tan pura, tan dulce, tan llena de bondad, pareció surgir del pensamiento de Blanca y flotar ante sus ojos como una aparición celestial.

Fijó la mirada del alma en ella, y la contempló tan hermosa, que por un instante una idea de pena, de compasión hacia sí misma, hizo que su pecho se oprimiese y que su frente se velase con una ligera nube.

Estrella era capaz de borrar todos los recuerdos, de ocupar como reina cualquier corazón.

Hay sentimientos tan extraños, tan incomprensibles, que sería en vano intentar hacer un análisis de ellos.

Los que agitaban a Blanca eran de éstos.

¡Ay! era tan joven, y había soñado tantas venturas, que el despertar era rudo y doloroso en demasía.

Ocultó el rostro entre sus manos y derramó muchas lágaimas, permaneciendo en aquella actitud y en aquella aflicción largo rato.

Cuando volvió en sí de aquella especie de paréntesis hecho entre los días pasados y los días que iban a venir, su semblante tenía algo de la grandeza ideal de los mártires, algo de la celestial dulzura de los santos.

El último sacrificio estaba hecho; la postrer gota de amargura estaba aceptada.

Tomó dos pliegos de papel y se puso a escribir dos cartas.

La una fué muy breve.

Contenía sólo algunos renglones; en el primero aparecía el nombre del heredero del duque de San Marcial.

La segunda, por el contrario, estaba escrita por las cuatro caras, y encabezada con el nombre de Estrella.

Ya estaban las dos terminadas y dispuestas para colocarlas en los sobres, cuando llamaron suavemente a la puerta de la habitación donde se encontraba Blanca; ésta hizo un ligero movimiento para ocultar aquellos papeles, mientras una voz conocida de la joven, la voz de Andrea se dejó oir en el exterior.

La protegida del padre Carlos se tranquilizó y volviendo el rostro,

—Entra—le dijo—entra y no aguardes.

La vieja criada apareció entonces en la estancia.

Siempre era la misma; siempre adorando a la niña con locura, pero más tímidamente que antes, desde el día en que su señor sorprendió su conversación con Blanca.

—Venía.....—dijo casi desde la puerta, pues aunque el sacerdote le había perdonado su indiscreción, ella no podía olvidarla—venía a decirte que la señora extraña que no bajes al comedor, y me manda a saber si estás indispuesta.

—Acércate un instante—amiga mía—dijo la joven con acento tan dulce como quedo—acércate y escucha: tengo que pedirte un favor.

Y mientras hablaba, cogió con mano trémula las dos cartas y las cerró rápidamente, escribiendo después los sobres.

Mas estaba tan turbada, que al hacerlo equivocó las direcciones sin darse cuenta de ello, y sin poderlo sospechar siquiera.

—¿Qué quieres?—preguntó la criada muy recatadamente también.

—Es preciso, ¿entiendes?, es preciso que estas dos cartas sean llevadas al castillo, y.....

¡Ay, Dios mío!; y ¿y si alguien sabe?, ¿y si luego?.....

—Tranquilízate, no hay peligro. Además, el padre Carlos no se opondrá a ello, puedes creerme.

Yo estoy pronta a complacerte siempre, ya lo sabes; pero temo..... En fin, supuesto que tú lo mandas, sea como quiera. Dame, dame, que yo cuidaré de que estén allí esta misma tarde.

La niña entregó los dos billetes a Andrea, que los deslizó en su bolsillo, yendo ambas a reunirse con D.ª María.

CAPÍTULO XX

El rostro del padre Carlos, iluminado por una viva claridad, demostraba visiblemente el anhelo que agitaba su alma al mirar a Fausto en aquel instante.

El sacerdote no se había engañado. Veinte años de estar velando sin cesar a la cabecera de los moribundos le habían dado conocimientos prácticos, que excedían quizá a los de la ciencia más refinada.

El Conde, tras la exaltación terrible y violenta de sus emociones, había caído en la inacción de la calma, y en pos de la calma había venido la mejoría.

Su desfallecimiento se había convertido en largo sueño, y cuando el espíritu reposa, el cuerpo toma fuerzas y vida.

Al despertar, debía sentirse muy mejorado.

Sin embargo, era de temer que aquel alivio fuese momentáneo, pues con la razón vendrían los recuerdos y la verdad de la situación.

Antes de que sus ojos se abrieran hizo un ligero movimiento, y llevó una mano a sus sienes, separando con la otra las ropas que cubrían sus brazos y su pecho.

El sacerdote le dejó en completa libertad, y sólo cuando sus labios se abrieron para decir con voz imperceptible,

—¡Agua!

Tomó el primer vaso que halló a la mano, y lo acercó a sus labios diciendo a la vez:

—Bebed, hijo mío.

Al eco de esta frase, el enfermo movió los párpados, abrió los ojos desmesuradamente, y buscó a la persona que acababa de hablarle, y que no era seguramente ninguno de sus hijos, ni ninguno de sus criados.

Fausto sintió como si un golpe eléctrico extremeciese todo su ser, y apartando el vaso y la mano del ministro de Dios, dijo mirándole con afán:

—¿Quién sois y dónde estoy yo?

—Tranquilizáos—murmuró suavemente el sacerdote—estáis en vuestra casa, en vuestro lecho. En cuanto a mí, este traje os dirá que soy amigo de todos..... de todos los que sufren y me necesitan.

—¿Os han enviado a buscar entonces?—preguntó Fausto—extremeciéndose ligeramente.

—No, he venido yo sin excitación de nadie.

—¿Vos solo?

¿Por qué os extraña?

—Vos..... yo no sé quién sois, y si decís que no os han llamado, ignoro.....

—Os equivocáis, somos antiguos conocidos, me habéis visto ya en otra ocasión.

Fausto pareció reunir todos sus recuerdos, y una lívida palidez se extendió por su semblante, mientras sus manos se crispaban sobre su pecho.

¿Recordáis quizá, hijo mío, recordáis que en otra ocasión?.....

—Sí, sí..... pero dudo..... vacilo..... tengo miedo!

—¿Y de qué?

—¡Oh!, miedo, terror espantoso, porque..... porque todo lo pasado se alza en torno mío ahora; todos me asedian, todos vienen para acusarme, y es sin duda que ha sonado la hora del castigo; es que Dios ya se aparta de mí!

—No, no—dijo con viveza el padre Carlos—es que Dios se acerca a vos y os llama a sí, no para el castigo, sí para el arrepentimiento y el perdón.

—¡El perdón! ¿Creéis que pueda concedérmelo?

—¿A que os afligiría si no os quisiera perdonar?

El Conde miró al sacerdote con ansiedad.

—¿Creéis que los hijos malditos puedan obtener piedad?

—Sé que toda culpa se redime con una sola lágrima depositada a los pies de Dios.

—¡O!, si eso fuera verdad, las mías lavarían mi crimen!; y entonces..... entonces podría pronunciar el nombre de mi padre sin miedo, sin espanto; porque vos no sabéis que ha muerto y que me dejó por legado un pañuelo manchado de sangre.

Los dientes de Fausto chocaban unos con otros, y sus ojos miraban con afán al sacerdote.

—Tranquilizáos, hijo mío, la clemencia de Dios es grande.

—Es que mis faltas lo son también; pero yo quiero remediarlas; yo quiero.....

Y de pronto, exhalando un pequeño grito, y palideciendo aún más, porque un recuerdo nuevo surgido en su mente,

—¡Dios mío—exclamó—si tendré sobre el alma una culpa, si habrá muerto de hambre aquella mujer! ¡Oh! ¿cuántos días, cuántos días he permanecido en este lecho, cuántos días ha durado mi mal?

—¡Calmáos!

—Es que.....

—!Elena vive!

—¿Sabéis?

—Está al lado de su esposo Edmundo de Olivar, a quien el cielo ha conducido aquí.

Entonces, y en breves palabras, le puso al corriente de la situación, diciéndole la misión que le había traído allí, y asegurándole con grave dulzura, que su arrepentimiento y sus buenos propósitos eran en aquel instante un favor del cielo, puesto que sus víctimas le perdonarían por ellos sin recurrir a las pruebas que poseían.

—¡Pruebas!—murmuró Fausto admirado.

—Sí, vuestro cómplice las ha dejado.

Y refirió las hechas llevadas a cabo por Dubois, y el depósito confiado a D. Luis.

—Ya véis que Dios os ha salvado de la infamia y de la afrenta.

—¡Todo a la vez,—exclamó Meran con angustia;—todo a la vez! Las faltas para redimirse necesitan una expiación.

Yo acepto la mía, pero mis hijos son inocentes. ¡Ay, y mi Adriana, mi pobre Adriana, será infeliz por culpa mía! Porque ella idola-

tra a Julio, a Julio, que es el hijo de Elena, y el abismo de mi culpa va a separarlos.

—¡Cómo! ¿Julio es el hijo de la Condesa?

—Sí, y Estrella también. Quise tenerlos a mi lado, para evitar que descubrieran su origen, para estar más seguro de mi impunidad.

—¿Y decís que Adriana le ama?

—¡Me lo ha confesado llorando!

—¿Y él?.....

—La adora también, estoy cierto de ello.

—Pues si esa pasión es una verdad, todo está resuelto; puede sin duda alguna remediarse todo.

—¡Si ellos perdonasen!

—Sí, hijo mío, tened esperanza. El enlace de esos jóvenes puede poner fin a esta desdicha.

—¡Oh! hacedlo vos, y yo juro que si guardan silencio, si callan hasta que esté asegurada la dicha de mi Adriana.....

—Pero.....

—Vos no la conocéis. Es digna, es altiva y moriría sin dar su mano al que ama si se creyera inferior a él. Luego..... siendo ya su esposa, él se encargaría de..... Id y vedlo; decídselo todo, y si él olvida, si él perdona, yo os juro que mi crimen será expiado, y que yo me impondré el más severo castigo.

CAPÍTULO XXI

Andrea cumplió su cometido tan reservada como fielmente, y dos horas después de haber sido escritas estaban ambas cartas en manos de aquellos cuyo nombre indicaba el sobre escrito.

Por desgracia, ya sabemos la equivocación de que Blanca había sido víctima, y podemos juzgar los efectos de aquel error, al leer el contenido de los dos billetes.

El de Octavio, recibido por Estrella, decía así:

«Acabo de separarme de vuestro padre, amigo mío, y os doy gracias a ambos por vuestra generosidad hacia una pobre huérfana que no es digna de elevarse hasta el puesto que la ofrecéis.

He meditado mucho Octavio, antes de tomar una resolución decisiva, y después de ello, creedme, no me siento con valor para aceptar un rango y una posición que me asustan sin seducirme.

¿Qué haría yo en medio de esa sociedad que acaso me recibiría con desdén y menosprecio? ¡Sería una planta exótica arrastrada del campo al invernadero, donde moriría sin aire y sin sol! ¡Sería una pobre criatura de quien quizá os avergonzaríais un día, y esto me mataría también!

Separémonos, pues, amigo mío; separémonos cumpliendo una constante e ineludible ley, la ley de las distancias y de las categorías sociales. El avecilla de los bosques no ha nacido para vivir en dorada jaula, ni la inculta amapola para perfumar los regios salones.

Comprendedlo vos también y olvidadme; digo mal..... pensad en mí alguna vez como se piensa en una amiga, en una hermana nada

más. Y si queréis hablar de mí, distraeros con el recuerdo de nuestro encuentro de un día, hacedlo con Estrella; tiene un noble y purísimo corazón y os comprenderá fácilmente.

No tratéis de verme; ¿para qué? Dejad ahora pasar algunos días, y si algo puede en vos mi súplica, estrechad la amistad con Estrella, frecuentad su compañía, ocupáos si queréis de mí, pensad que mi alma y la suya son hermanas, y que al hablar con ella de mí, parecerá que yo estoy también entre vosotros.

Adiós, Octavio; si realmente me amáis, obedecedme y perdonadme. Sobre todo, no penséis jamás que otorgaré a otro lo que niego a vos, no; si algún día pensara entregar mi corazón, sería a uno de quien no tendríais celos ni enojos: ¡sería a Dios!

BLANCA»

La carta de Estrella era más larga, más detallada, en ella iba entero el corazón de la infortunada joven, y decía así:

«Desde que nos separamos, Estrella mía, he sufrido mucho y llorado amargamente. Distintos y encontrados sentimientos han combatido mi corazón, hasta el punto de parecerme imposible que una débil criatura pueda resistir esta gigante tempestad que se ha desatado en el mar de mi vida.

He visto a mi padre; a mi padre que venía a ofrecerme, en nombre de Octavio, la felicidad y el amor.

¡Pobre padre mío! He tenido que revelárselo todo. He tenido que entregarle las memorias de mi madre, y decirle que Octavio y yo somos hermanos. Su dolor ha sido inmenso. Ha maldecido el extravío de su juventud, que hoy hace a sus dos hijos tan desgraciados, y después..... después me ha bendecido y me ha suplicado con el llanto en los ojos que Octavio ignore siempre el motivo que nos separa. Yo se lo he jurado así, y cumpliré mi juramento. Prefiero que mi hermano me maldiga a que tenga en menos a nuestro padre.

Este era mi deber. Yo lo creo así, y sabré cumplirlo.

Además, Octavio es joven, el cielo hará que olvide este amor de un día, y que encuentre la dicha en otro amor menos desgraciado.

En cuanto a mí..... creo que hallaré la calma, porque ya está resuelto mi porvenir. He meditado seriamente, y después de rogar a la Virgen que me inspire y a mi madre que me proteja, he decidido

buscar refugio en mi dolor, donde sólo lo puedo hallar: ¡en el cielo, en Dios, iris de paz en las tempestades del alma!

El padre Carlos, aunque es pobre, es también bastante generoso para buscarme un dote, y con él el velo de las esposas de Jesús, para que oculte mi frente, agobiada por la desgracia.

Sí, voy a hacerme religiosa; voy a buscar asilo entre las hijas del Carmelo. Allí en el claustro viviré feliz, pidiendo por los que me han amado tanto.

No me compadezcas, Estrella mía, no me compadezcas; yo creo que en la vida, hoy escojo el camino mejor.

¿Qué ofrece el mundo con sus vanidades y sus pompas y sus delirios? ¡Pesares, inquietudes, angustias! Mira mi padre..... es noble, poderoso, envidiado de todos, y sufre mucho sin embargo. Mira el tuyo..... ¡Ya sabes cómo vive! Mírate tú misma, tú que eres pura, hermosa, rica, querida de todos, y ¿eres acaso dichosa? No, yo te he visto llorar, extremecerte y temblar por los que amas.

En cambio, en el claustro reina siempre la paz. Allí voy yo en pos de ella.

Si el mundo es un mar tempestuoso, sin orillas y sin faro, a los pies de Dios está el puerto!

¡Pobre navecilla combatida y casi destrozada por las olas; allí le hallaré!

En tanto, Estrella, en tanto, voy a confiarte una misión.

Consuela a mi hermano; sé su amiga, sé su confidente.

Los dos tenéis un hermoso corazón.

¡Quién sabe lo que guarda la suerte!

¡Quién sabe de los medios que el cielo se vale para unir a dos almas digna una de la otra!

Háblale ahora de mí, y esto le retendrá a tu lado sin duda.

Después..... después, bastará el encanto que posees para que él se juzgue feliz en ser tu amigo.

¡Sólo a tí, Estrella mía, mi amiga, mi hermana, sólo a tí juzgo capaz de estimar a mi hermano en lo que vale! ¡Sólo a tí confiaría yo gustosa el cuidado de hacerle feliz!

Os amo tanto a los dos, que vuestros nombres están unidos en mi corazón.

No sé si me comprenderéis; no sé si el pensamiento que vaga en

mi mente en estos instantes será realizable; pero yo rogaré al ángel de los santos amores por vosotros dos.

Adiós; he querido confiarte mis anhelos y mis propósitos en el momento mismo de concebirlos; pero aún nos veremos, aún podrá abrazarte tu

BLANCA».

CAPÍTULO XXII

Cuando Octavio terminó la lectura de aquella carta, su rostro estaba más blanco que la hoja de papel que tenía en la mano.

¡Blanca su hermana! Ahora se lo explicaba todo: sus vacilaciones, sus dudas, el cambio que había notado en ella, su abatimiento, sus lágrimas. ¡Pobre niña, pobre mártir, cuántas amarguras había tenido que apurar!

Por un momento y ante aquella inesperada revelación, su desesperación fué inmensa, aterradora.

Pensó buscar a su padre, pedirle una explicación de todo aquello, pero se contuvo.

Blanca quería guardar aquel secreto, y él la debía obedecer.

Pensó también, al conocer el abismo insondable que le separaba de la joven, que la vida era odiosa, insoportable para él, y que más valía arrancársela para siempre, que vivir sin ventura y desesperado.

La muerte sería un instante sólo, y así todo acababa, todo tendría término.

Estaba resuelto.

En el cañón de una pistola estaba la calma y el reposo.

Pero antes quería saber qué misterio era aquél; cómo Blanca había sabido el lazo fraternal que les unía..... ¡no! aquel maldito lazo que les separaba para siempre.

Estrella era quien debía conocer aquel secreto. Estrella era quien podía levantar a sus ojos la punta de aquel veló tan tupido y tan negro.

¿No era a ella a quien estaba dirigida aquella carta? Octavio no se preocupó de cómo había llegado a sus manos; pensó sólo en saber la verdad.

Loco, delirante, con la muerte siempre fija en el pensamiento y el alma a la par, salió de su estancia y corrió en busca de la señorita de Meran.

Estrella acababa de abandonar la habitación de Fausto.

El enfermo, después de su larga conversación con el sacerdote, se había sentido fatigado en extremo; sin embargo, su estado era menos alarmante.

El cuerpo estaba débil, pero el alma, libre de un peso inmenso, parecía recobrar su perdida energía.

Los médicos llegados de la ciudad convinieron en que aquella dolencia que se había presentado con tan terribles síntomas, parecía haber hecho una crisis que les permitía esperar.

El enfermo había rogado al padre Carlos que no saliese de Amayora, ni le abandonase un solo instante en aquellos momentos supremos.

El ministro de Dios había cedido a este deseo, y envió un criado al presbiterio para anunciar que permanecería en el castillo todo aquel día, y que esperasen su vuelta sin inquietarse ni dudar.

A ruegos de Fausto se instaló a su lado, y las hijas del enfermo pudieron confiar en sus cuidados y en su asiduidad.

Al salir Estrella de la estancia, un poco menos aterrada y segura de que su padre nada necesitaba en aquel instante, se encontró al par con la carta de Blanca y con el joven que la esperaba con afán para rogarla que le escuchase algunos instantes.

La niña, sorprendida, vaciló, pero al ver la expresión del semblante de Octavio, al oir que éste quería hablarle de Blanca,

—Venid conmigo—le dijo—entremos en el salón.

—¿Allí?.....

—¿Vaciláis?

—Quisiera que nadie oyese nuestras palabras.

—Entonces bajemos a los jardines, donde todos nos verán, pero donde nadie nos puede escuchar.

Estrella conservaba en la mano la carta de su amiga, pues en medio de las circunstancias que le rodeaban, no había llegado a leerla aún.

Al notar la agitación de Octavio olvidó por un momento cuanto la rodeaba, y fijando sus hermosos y dulcísimos ojos en el joven, le preguntó con visible emoción:

—¿Qué tenéis, amigo mío; por qué esa palidez, qué ese afán?

—Señorita, es preciso que tengáis compasión de mí, porque soy muy desgraciado.

Y sin añadir una palabra, mostró a la joven aquellas líneas que Blanca había trazado, y en las cuales iba envuelta su alma. Estrella las leyó con rápida mirada, mientras él esperaba sombríamente.

—Pero..... esta carta es para mí, exclamó la niña aturdida y sin hallar otras frases en aquel momento.

Octavio no contestó.

—¿Cómo está en vuestro poder?

—No sé; no lo puedo explicar,—respondió.

La amiga de Blanca abrió, con un movimiento rápido, el billete que había recibido, y todo lo comprendió perfectamente a la primera ojeada.

—¡Dios lo ha querido!—murmuró. Preferible es así. El cielo es justo y no deja que los inocentes aparezcan culpados.

—¿Luego vos sabíais?.....

—Sí.

—¡Blanca!.....

—En medio de su dolor me lo ha revelado todo.

—¡Y callaba!

—Es la más noble de las criaturas, y debéis sentir orgullo de llamarla hermana.

El joven inclinó la frente sobre el pecho, abrumado por el dolor.

Pasados algunos instantes, miró a Estrella con profunda amargura.

—¿Y vos conocéis?.....

—Toda esa historia.

Referídmela, pues.

—Es que Blanca.....

Nada temáis; pero es preciso que yo sepa si es esto verdad, si no es un sueño, una equivocación cualquiera.

—¡Oh!, por desgracia, la duda es imposible,

Y la niña refirió a Octavio todos los hechos pasados. Habló de las memorias de Regina, de la confusión que había en ellas, y concluyó refiriendo el propósito de Blanca de entregar aquellas páginas al duque de San Marcial, como respuesta a la petición que iba a hacerle en su entrevista.

Cuando acabó aquel relato, en el corazón del joven había muerto toda esperanza.

Entonces Estrella, con un candor y una dulzura infinita, procuró calmar su inmensa agonía.

Él la escuchaba sin contestar.

—Es preciso tener valor—murmuró al fin ella muy bajo—es preciso imitar a Blanca, y sobre todo obedecerla, para que sea menos desgraciada; ese es el amor, el verdadero amor, el que tiene su asiento en el alma. ¿Qué importa el nombre que déis a ese afecto? ¿Acaso no es preferible que la llaméis hermana, a que la halláseis indigna del culto que la habéis consagrado? El ídolo que colocásteis en el altar de vuestro corazón, ni está manchado ni está roto. Seguid rindiéndole culto, que cuanto más alto le encontréis, más digno será de vuestro respeto y de vuestra adoración.

—¿Sabéis que he pensado morir, que no tengo fuerzas suficientes para sufrir esta terrible lucha?

—¡Morir! ¿Qué sería entonces de vuestro padre? ¿Qué sería de ella? ¿Tan poca lástima le tenéis que no os asusta la idea de hacer pedazos su corazón?

Y con una ternura sencilla, ingenua, delicada, habló mucho rato aún, tratando de dulcificar los sentimientos que como una tempestad furiosa agitaban el pecho de Octavio.

Le pintó las suaves y santas alegrías de la abnegación, del sacrifi-

cio, del cumplimiento del deber, de todo lo grande y noble y elevado que encierra el alma y levanta el espíritu sobre las miserias de la vida.

Octavio la oyó al principio distraído, luego con atención más fija, después con profunda admiración.

En las palabras de aquella niña parecían escucharse todas las armonías de las ternuras celestiales, todas las inefables dulzuras del amor y de las virtudes de los ángeles.

¡Cuánta bondad había en aquellas frases! ¡Cuánta resignación y qué tesoros de virtud se adivinaban en aquel corazón virgen e inmaculado!

Los nobles impulsos, los santos entusiasmos son contagiosos.

Octavio sintió la influencia de aquella noble y bendita niña, y su pesar se suavizó, y su desesperación se trocó en amargura silenciosa, y rechazó la idea de morir y,.... mucho más aún, se juró a sí mismo no amargar con una acción ni con una sílaba los postreros días de su padre.

La señorita de Meran se ofreció a ayudarle en tan digno y noble propósito, y el joven aceptó su oferta.

Cuando se separaron, ella estaba satisfecha, porque había cumplido una santa misión; él más resignado, aunque no menos triste.

El padre Carlos solicitó una entrevista de Julio, y el secretario del Conde escuchó con asombro aquella petición, accediendo al instante a ella.

El sacerdote se había separado del enfermo después de haber permanecido a su lado por espacio de largas horas, y esta circunstancia conocida por Julio, le hacía presentir algo inesperado y extraordinario.

El ministro de Dios, autorizado por Fausto, para revelárselo todo al joven, había recibido también la misión de implorar el perdón para él, y de pedir la dicha y la paz para Adriana.

El Conde estaba cierto de que la altiva y nobilísima joven no podría resistir el golpe que la esperaba, si su culpa se hacía pública.

Ella era inocente de los males pasados; ella estaba exenta de toda culpa y no debía sufrir lo rudo del castigo.

Por eso, por eso Fausto pedía misericordia para ella, ofreciendo él hacer justicia por sí mismo, e imponerse la pena que merecía su oculto crimen.

El padre Carlos, amparo de todos los desgraciados, sostén de todos los débiles, protector de los que sufren, defendió la causa de Fausto con tanta elocuencia como calor.

Y él, que obtenía del cielo el perdón de los más grandes pecadores y les bendecía en su nombre, ¿cómo no había de interesar a aquel joven, en cuyo corazón tenía el más poderoso de los aliados: el amor. El amor ardiente, poderoso, violento; ese amor que ciega los sentidos, que domina la razón, que llena el alma; el amor, en fin, que Julio sentía por Adriana, él que no había podido vencer en la adversidad y que le había hecho tan desgraciado.

¿Cómo no había de ceder a las súplicas del sacerdote? ¿Cómo no había de olvidar y perdonar, si la pasión le obligaba a ello, y a ello le impulsaba la generosidad innata de su corazón?

Pero Julio, sin embargo, aún vacilaba en decidir.

—¿Y mis padres?—preguntó al fin con ansiedad.

—Os esperan llenos de afán.

—Pero..... si yo cediera a vuestro ruego, si olvidase..... si perdonase.....

—Ellos seguirían vuestro ejemplo, hijo mío. Deben demasiada gratitud a Dios, porque os devuelve a su ternura, para pensar en odios ni venganzas.

—¿Y..... Adriana?.....

—La darían con placer el nombre de hija, porque así se podía remediar todo. Vos entraríais en posesión de vuestro título y vuestros bienes, y Adriana quedaría ignorante de todo.

—¿Qué me importan los títulos y las riquezas, si encuentro a mis padres, si logro que ella.....

—Ella os ama; llorando, así se lo ha confesado a su padre.

—¿Pero él?

—Él se alejará, se impondrá como el más tremendo castigo, vivir lejos de todo lo que ama, renunciar a todo, no ver más a sus hijos.

—¡Cómo!

—Está resuelto a ello; los que han sido sus víctimas no le verán jamás.

—¡Oh, infeliz!—murmuró Julio extremecido.

—¿Qué podré decirle en nombre vuestro?

Hubo algunos instantes de silencio, de lucha quizá. Al fin la mirada del joven brilló con un destello de pasión y grandeza infinita, y tomando entre las suyas la mano del sacerdote, exclamó con energía y resolución:

—Decidle padre mío, que su hija será feliz.

—Entonces.....

—Os nombro árbitro y juez en esta causa; juzgadla y obrad vos. Yo.....

—¿No decís que estáis seguro del asentimiento de mis padres?

—Confío en que harán lo que yo les suplique.

—Pues aclarad pronto esta situación, llevadme a su lado; además..... además asegurad la felicidad de Adriana; yo no quiero que sufra; no quiero que derrame una sola lágrima.

—Tenéis razón; es preciso obrar al instante, no perder tiempo, para dar a lo que va a pasar las apariencias de una resolución tomada al borde del sepulcro.

CAPÍTULO XXIII

Algunas cartas

Estrella a Blanca

No sé como empezar a escribirte, hermana del alma, para referirte los sucesos que acaban de desarrollarse en Amayora de algunos días a esta parte.

Te hablaré primero de mi sorpresa, cuando al ir en tu busca para depositar en tu pecho todas las emociones del mío, no te encontré amiga mía; no te encontré ya.

Sólo en tu lugar, y deshecha en lágrimas, hallé a D.ª María, a tu santa madre adoptiva, que se arrojó en mis brazos, exclamando:

—¡Blanca no está aquí!

Sorprendida de la palidez y el dolor de la noble anciana, pero sin adivinar la verdad,

—Y bien—dije—la aguardaré.

Entonces movió negativamente la cabeza y murmuró con acento ahogado por los sollozos:

—¡No, ella no vendrá, no la esperéis!

Yo iba a formular una pregunta, a expresar mi asombro, pero la vieja Andrea no me dió tiempo, acercándose y diciendo entre gemidos palabras entrecortadas y rápidas que me mostraron la verdad.

—¡Nos abandona, nos abandona; se va a un convento; esta mañana se la ha llevado el padre Carlos, sin despedirse de nadie, sin que sospechásemos nada! ¡Oh, él lo debía saber; pero ha callado y entre los dos lo han hecho así!

—Pero..... ¿es posible?—exclamé con angustia

—Sí, señorita, Andrea tiene razón—dijo D.ª María—esta mañana han partido los dos, dejando una carta escrita, en que Blanca se despedía de mí por mucho tiempo, y mi hijo por algunas horas. Iba a conducirla a la ciudad y dejarla allí en un convento. ¡Quiere profesar; intenta hacerse religiosa! ¡Oh!, ¿qué será de nosotras sin ella; qué sol alumbrará esta casa; qué sonrisa le prestará alegría?

—¡Ha sido una crueldad!—añadió desesperada Andrea—una crueldad! ¡Vamos..... si esa vocación no puede ser verdad; si ella no había pensado nunca en ser monja!

Las dos ancianas lloraban; yo lo comprendí todo y lloré con ellas también

¡Ay, Blanca mía; qué inflexibles has sido en esta resolución!

Pero..... ¿quién sabe?; quizás tú has escogido el camino mejor de la vida.

¡Si supieras cuántos secretos, cuántas historias ocultas hay en el mundo!

Yo estoy aturdida, y no sé cómo revelarte los extraños sucesos de que he sido testigo en estos días.

Solo una palabra te explicará parte de estos hechos. ¿Recuerdas cuánto he lamentado mi orfandad? ¿Recuerdas cuánto he sufrido por falta de afectos?

Pues bien, Blanca mía, yo tengo una madre; vive la que me ha dado el ser, ¡y yo lloraba por falta de amor!

Adivino tu asombro, adivino tu admiración. Pues aún hay más: el conde de Maravel no es mi padre; no soy hermana de Adriana. Por una serie de acontecimientos que no quiero confiar al papel, he pasado por hija de Fausto de Meran, y he vivido a su lado siempre.

Yo lo he sabido todo, pero Adriana lo ignora aún.

Más tarde cuando pase algún tiempo, quiero le sea hecha esta revelación; pero hoy es imposible aún; te diré más, para que comprendas algo de esto.

El día en que vino el padre Carlos al palacio de Amayora, y después de pasar muchas horas al lado de mi..... de mi padre, sí, aun a pesar de todo, le seguiré dando este nombre. Es tan desgraciado, sufre tanto, está tan abatido, que hasta me parece que le amo más que antés; y es, sin duda, que al efecto que inspiran tantos años de

trato continuo, se mezcla la compasión, ese sentimiento que nos arrastra hacia los que padecen.

Veo que divago y voy a continuar. Después de muchas conferencias, mi hermana fué llamada al lado del enfermo. Allí estaba Julio; allí estaba también el buen párroco. No sé lo que pasaría; dijeron que el Conde le inspiraba la idea de temer por su vida, y que había resuelto enlazar a Adriana con Julio, a quien adoraba, y su padre antes de morir quería dejar asegurada su ventura, y así se hizo.

Pocas personas presenciaron aquel matrimonio, que se verificó dos días después; las precisas para llenar las más indispensables formalidades.

Muchos de los huéspedes de Amayora trataron de abandonar el castillo, acaso por temor de ser importunos en una situación tan grave; acaso por no creerse autorizados para asistir a aquel drama de familia, en que la muerte iba a hacer un papel sin duda.

Nadie les detuvo y en breve nos dejaron casi solos.

Únicamente el duque de San Marcial y su hijo se quedaron a ruegos de mi hermano.

En todo esto había algo de misterioso, algo de inexplicable, sin duda.

En el momento de la ceremonia el Conde había dejado el lecho y sostenido por el padre Carlos, bajó al oratorio del castillo.

Estaba muy pálido, pero parecía haber recobrado algo de sus fuerzas.

El ministro de Dios unió las manos de Julio y Adriana, pero en aquel instante pronunció otro nombre que el del secretario de mi padre: pronunció el de Edmundo de Olivar. ¡Ese era el suyo verdadero!

Cuando mi hermana se acercó a mi padre, éste la bendijo, pero estuvo a punto de morir a su lado. La palabra *perdón* se escapó de sus labios al ver cerca de él a Julio; y al separar la mano de la frente de su hija adorada, después de bendecirla, yo creí escuchar que murmuraba:

—¡Adiós, hija mía!

Y cayó desmayado en mis brazos.

El padre Carlos se acercó a mí, cuando el enfermo quedó de nuevo instalado en su lecho.

—Hija mía—murmuró en voz baja—tengo que hacerte una importante revelación.

Yo me quedé inmóvil, y entonces..... ¡ay Blauca! entonces..... ¡me dijo que aún tenía madre!

En el primer momento creí volverme loca.

Tu protector procuró calmar mi extravío, y añadió con bondad:

—Yo conozco vuestro corazón; sé que sois noble y generosa. El Conde también lo cree así, y..... como es preciso, me ha autorizado para deciros quién sois y por qué.....

En aquel instante recordé la conversación que había sorprendido hacía algunos días; recordé las palabras de una mujer que había venido a Amayora para hablar con mi padre el mismo día que cayó enfermo, y tuve miedo de saber más.

Yo no he nacido para aborrecer; yo puedo sólo compadecer y amar.

—¡Callad!—dije al padre Carlos—¡callad por piedad; y sólo, si es verdad que vive mi madre, llevadme donde la encuentre, y donde la estreche en mis brazos!

—Aún no es hora, hija mía—murmuró con voz conmovida—aún no es hora, esperad.

—¡Esperar! ¿y por qué?

—Porque así lo exigen las circunstancias. La impaciencia de vuestros padres es mayor que la vuestra, pero.....

—¡De mis padres! ¿Luego el Conde?.....

—¡No le debéis la vida!

—¡Ah!

Y entonces me explicó..... ¿a qué referírtelo? Ya sabes lo que dijo Daniel.

Me resigné a esperar.

Una fuerza irresistible me arrastraba hacia el infeliz anciano, que lloraba y se arrepentía; corrí a su lado.

¡Estaba solo! Adriana, en la embriaguez de su ventura, no podía separarse del que ya era su esposo. Además, ella ignoraba que su padre sufría; le creía mejor y le juzgaba también dichoso.

Cuando entré en la estancia del enfermo, éste fijó en mí sus ojos con profunda ansiedad.

—¿Eres tú?—me dijo con voz apagada.

—Sí, padre mío—contesté acentuando mucho esta frase.

Entonces me miró con fijeza y asombro y murmuró:

—¡Padre!..... ¿aún me apellidas así?; ¿entonces es que?.....

—Siempre os llamaré de ese modo.

—¿Sabes?.....

—Sí.

—¿Y..... me perdonas?

Por toda contestación besé su mano.

Sus ojos se anegaron en lágrimas; su pecho se levantó agitado por los sollozos.

—¡Cuán imponente es ver llorar a un anciano!

—¡Bendita seas!—exclamó—¡bendita seas, ángel de la piedad y de las misericordias divinas! Yo creo, yo espero que Dios me perdonará por tus ruegos. Dios me perdonará, pues te envía a mi lado.

Yo le colmaba de caricias, y él humedecía mis manos con sus lágrimas.

¡Cuán hermoso es consolar a los desgraciados! ¡Cuán hermoso es olvidar las culpas! Esto lo he aprendido de tí, Blanca mía. Esta alegría santa que experimento la debo a que tú me enseñaste a pensar en el cielo, a pensar en la eternidad.

Toda la noche la he pasado escribiéndote.

No podía contener en mi corazón tantas emociones sin depositarlas en el tuyo.

Ya lo sabes todo.

Únicamente no te he hablado de mi larga carta, de tu hermano ni de tu padre. ¡Tu hermano y tu padre! ¡Cuánto necesito repetirte sus nombres!

He sido una egoísta; pero..... ¡tenía tanto que decirte!

Mañana te hablaré de ellos; aún desconocen tu resolución; aún no tienen noticia de tu partida.

Adiós, yo te diré su estado pronto, cuando más tranquila pueda ocuparme de los demás. Más tranquila digo, y esto será imposible, hasta que conozca y abrace a mi madre; he ofrecido al padre Carlos aguardar con calma, pero no puedo tenerla, y la impaciencia me mata.

ESTRELLA

El padre Carlos a Blanca

Te escribo, hija mía, con el alma llena de gratitud hacia Dios, cuya mano enfrena el mar, detiene el rayo y envía a los corazones de los desgraciados la luz y el consuelo.

No sé si hablarte antes de los demás, o de tí, de mi madre..... de mí mismo.

De mí, a quien la suerte ha concedido pocas alegrías en este mundo, y que me roba ahora la última, al separarte de mi lado. ¡Oh!, Blanca, hija mía; ¡qué fatalidad ha hecho que, primero el padre, luego el hijo, destruyan una a una las esperanzas de mi corazón!

Después de la borrasca pasada, en la cual la nave de mi vida halló puerto a los pies de Dios, tú, hija mía, tú eras el rayo de clara luna que alumbraba la noche de mi espíritu; el ángel que debía orar sobre mi tumba, cuando la muerte cerrase mis ojos, ¡y también te he perdido!

También yo mismo y por mi propia mano, he llamado a las puertas de ese claustro, que al abrirse para tí, me cierran toda esperanza de alegría y consuelo.

Perdóname, Blanca, perdóname, hija mía.

Yo debía darte valor, y me quejo; qero ¡ay! ¡si tú vieras qué oscura y sombría está nuestra casa sin tí!

Mi madre, Andrea y yo, somos ya viejos, y la vejez es melancólica y triste. Tú lo animabas, lo embellecías todo, y hoy estás lejos.

¡Hoy!..... He debido decir siempre, porque sé que esa es tu resolución.

Sí, haces bien; el cielo es el reposo, es la esperanza que no engaña.

La vida, mi dulce Blanca, ofrece pocas alegrías y muchos pesares. Por eso se llama valle de lágrimas; ¿qué hubieras hallado en ella? Amores de un día, flores que languidecen, sol que se apaga.

En cambio, al que sufre y se resigna, al que cumple con su deber le aguarda tras el combate la palma, y con ella goces inefables y venturas eternas.

Confía, Blanca, confía y alza a los cielos tu mirada; que aquella es la patria de los ángeles y de los mártires, y ángel y martir has sidu tú.

Por mi parte también me resigno, también sufro, y en cuanto a los demás, padecen, pero no se conforman.

Uno hay cuyo pecho está desgarrado, pero ni murmura ni se queja.

¡Es Román; quiere seguir tu ejemplo; quiere ofrecer su existencia a Dios! Me ha suplicado que ceda a este deseo.

Yo leo en su corazón y sé cuanto pasa en él. Tampoco tiene esperanzas ya en la tierra, y las busca en la eternidad.

¡Bien haya su elección; es un alma noble y será un buen cura de las almas!

¡Ay! al oirle he recordado la historia de de mi juventud, he recordado al santo anciano que adivinó mis amarguras y que abrió una senda a mi vida, un derrotero a mi porvenir!

Sí, Román se hará ministro de Dios, y tal vez un día ocupe mi puesto. Y estos sencillos aldeanos que encuentren también un padre en él.

Hablemos ahora de tu amiga Estrella. Es feliz, tiene una madre, un padre honrado, y un hermano también.

¡Si vieras cuántas lágrimas de alegría he visto correr aquí!

Cuando Estrella y Julio encontraron por primera vez a los autores de sus días, su gozo fué inmenso. Al saber que ambos eran hermanos, se abrazaron sonriendo, y comprendieron la simpatía que les arrastraba antes, el uno hacia el otro.

Te describiré a grandes rasgos cómo ha pasado todo esto.

Después de celebrado el matrimonio de Adriana, matrimonio cuya rapidez se ha justificado a los ojos de todos por el amor de ambos jóvenes y por el afán del Conde de ver, antes de morir, dichosa a su hija, Fausto de Meran ha manifestado la resolución de emprender un viaje para recobrar la salud.

El médico ha apoyado esta idea y el convaleciente ha salido del castillo; ¡y ha salido para no volver!

Yo sólo sé que esta partida es el castigo que se impone; yo sólo sé que esta ausencia eterna es una expiación.

Amaba el brillo, amaba las riquezas, adoraba a su hija, y..... re-

nuncia a todo, y..... para siempre. Ya ves si es sincero su arrepentimiento. Parte solo, pobre, y dejando un amargo recuerdo tras sí. Porque en breve, y cuando esté lejos, y cuando no le vean volver, Adriana y Mauricio tendrán que saber la verdad.

A la par que él abandonaba a Amayora, llegaron allí los padres de Estrella.

Fausto no se encontró con fuerza para soportar su presencia, y me rogó que suspendiesen su venida hasta que él hubiese marchado.

Yo, compadeciéndole lo dispuse así.

La reunión de aquellos seres, separados antes, fué conmovedora, fué indescriptible.

Adriana sólo estaba absorta y sorprendida, pero a todas esas preguntas respondía Julio estrechando su mano y repitiéndola un nuevo juramento de amor.

¡El amor!, dulce y hermoso sentimiento del alma, que absorbe todos los demás. Dios mismo murió por él, y con él borró las culpas de la caída humanidad.

El de esos jóvenes redima al culpable y haga dichoso a los inocentes.

Así lo espero, hija mía, así confío en que será.

El Conde no ha podido alejarse mucho; su debilidad no se lo permite.

Se ha refugiado en la casita abandonada por Elena.

Allí quiere pasar su vida ya.

En la primera estación ha dejado el tren y ha vuelto, dándome parte de su proyecto.

Desde aquel sitio se distinguen las ventanas del castillo, y el desgraciado anciano pasa las horas mirando allí, y derramando lágrimas amargas.

Yo le acompaño muchas veces; yo soy el encargado de llevarle todo lo necesario, como en otro tiempo él lo llevaba a su prisionera.

Cuando me vé aparecer, murmura con voz sentida:

—Ahora es la caridad quien franquea esa puerta; antes era el crimen. Yo soy más feliz que la pobre Elena.

La verdadera condesa de Maravel y su esposo, no han querido reclamar ni el título ni los bienes que debían pertenecerles; todo esto

será para Adriana y Mauricio, el cual se dirigirá en breve a la corte, donde piensa dedicarse a la carrera diplomática.

Ni él ni Adriana conocerán el pasado de su padre ahora.

¿Para qué? ¿Por qué ha de caer el castigo sobre los inocentes? Basta que el culpado expíe su crimen, y la vejez de Fausto de Meran será muy triste, Blanca mía. Sólo Estrella no ignora nada. Sólo ella sabe que los que llamaba sus hermanos no lo eran; pero esa niña sólo sabe amar y perdonar, y lo seguirá haciendo siempre sin esfuerzo alguno.

Otro personaje ha llegado aquí. Es Gaspar, el infeliz loco, el antiguo servidor de Elena. Ésta no hubiera sido completamente feliz sin pagar la deuda de gratitud a este hombre que tanto la ha amado en este mundo, y le ha hecho venir con la esperanza de curarle. ¡Pero esto es imposible! Gaspar es ya muy viejo y su demencia cuenta ya muchos años. Sin embargo, al ver a la Condesa ha creído conocerla, se ha extremecido violentamente, y ha caído de rodillas adorándola como a una imagen. Ya no grita; su locura es dulce, tranquila y casi feliz ¡Quién sabe! Tal vez es más dichoso que todos nosotros; tiene comodidades, regalo para su cuerpo y alegría para su espíritu, porque ve a Elena todos los días. No hay por qué compadecerle, no hay para qué tenerle lástima.

Ya sabes la situación de todos los que has conocido en el castillo, y por los cuales has sentido cariño e interés.

Ya sabes también la de los amigos de tu infancia, la de tu familia adoptiva.

Estrella va a escribirte, y ella te hablará de alguno cuyo nombre he callado yo.

Adiós, pues, hija mía; tú que eres una santa, pide en tu retiro, pide al cielo por mí.

CARLOS

Estrella a su amiga Blanca

Me dirijo hoy a tí, hermana de mi alma pidiéndote una oración para un desgraciado, a quien he visto morir, o mejor dicho, dejar de padecer, porque la vida para él ha sido sólo un penoso calvario.

Y sin embargo, era noble, bueno, digno de mejor suerte.

¡Pobre Daniel!

A él quizá le debo la ventura que me sonríe en estos momentos. A él le debo la vida de mi madre, que hubiese perecido sin su intervención.

Ya sabes que aquella infeliz reclusa era la condesa de Maravel; tú la viste, tú tuviste la dicha de conocerla antes que yo. Tú también sabes que ese infortunado joven la condujo una noche casa de tu protector, donde la Providencia había llevado también a mi padre.

Sin la ayuda de Daniel, pues, hubiéramos llegado ya demasiado tarde para sacarla de aquel lugar.

Mi madre por eso había consagrado al triste huérfano un afecto sin igual, pero él parecía querer huir de ella..... de todos nosotros.

Ponía un gran empeño en evitar las manifestaciones de nuestra gratitud, y se había retirado con D. Luis, su viejo amigo, no presentándose en el castillo una sola vez.

Hace dos días salimos mi madre y yo.

Adriana y mi hermano, a quien todos siguen llamándole Julio como antes, se hallaban retirados en sus habitaciones, juntos como siempre, porque se adoran.

Mi hermana no es conocida; su antigua altivez se ha trocado en tierna bondad.

La felicidad le ha hecho mejor y más adorable aún.

Como te dije antes, salimos mi madre y yo: ella, privada por tanto tiempo del aire y la luz, se complace en visitar los alrededores, en cruzar los valles, en aspirar el aura de la vida.

Parece una niña con su ingenua alegría y su sencilla complacencia.

Por una dulce costumbre del pasado me dirigí hacia la Cruz de los Pinos, a cuyo pie te iba a esperar antes.

Mi madre te conoce y te ama; ¡le he hablado tanto de tí!

Al divisar el sitio donde tú solías estar, mi corazón latió con violencia, porque distinguí la silueta de una persona inmóvil y sentada en aquellas gradas.

Apresuramos el paso y llegamos en breve. El que se hallaba allí era Daniel.

Al sentir nuestros pasos levantó la cabeza e hizo un movimiento de sorpresa.

Se puso de pie vacilante y turbado, y aún creíamos que se iba a alejar, pero no lo intentó siquiera.

No se encontró quizá con fuerzas para ello. Estaba tan desfigurado, que yo me asusté de mirarle.

En pocos días había cambiado mucho. Sus grandes ojos, rodeados de un círculo morado, tenían una expresión tan doliente, que causaba profunda pena.

Sus mejillas estaban hundidas, sus labios blancos y convulsivos.

Mi madre se acercó y tendiéndole la mano,

—Daniel, amigo mío—le dijo—¿qué tenéis, estáis enfermos, padecéis.

—No—contestó él—soy todo lo feliz que puedo ser en la tierra; sobre todo en este momento.

Y al decir esto, su vista ardiente y dulce como la de un niño, se fijaba en mí

Yo me extremecí ante aquella mirada suplicante, involuntaria, imposible de resistir. Recordé la pasión que en Daniel había adivinado y los sacrificios que había hecho por mí.

No sé, ni puedo adivinar qué sentimiento agitó mi corazón, si la gratitud o la compasión; algo que nos atrae hacia la desgracia; algo que nos arrastra hacia esos grandes corazones que, heridos o desgarrados, se quejan sin protestar. Todo esto debió reflejarse en mi rostro; todo esto debió retratarse en mi frente, porque con un movimiento impremeditado tendí las manos a él, murmurando tan sólo:

¡Daniel!

Mi madre me miró con asombro, vió mi palidez, vió las lágrimas temblando en mis pestañas, y sin pensar acaso en lo que decía,

—¡Estrella!—exclamó—¿le amas quizá?

A esta pregunta tan inesperada como extraña, Daniel vaciló, tem-

bló como si hubiera recibido un golpe eléctrico, y gritó lleno de confusión:

—¡Señora!

Mi madre comprendió su imprudencia, pero era ya tarde para evitarla.

Yo no respondí.

Nuestro pobre amigo cayó también por algunos instantes.

Al fin el infeliz hizo un esfuerzo; cruzó las manos sobre su pecho, oprimiéndose con ellas el corazón.

Acaso iba a formular una protesta, acaso iba a pronunciar una mentida negativa; pero en aquel alma no cabía la ficción, y al fin, como el que toma una resolución firme y solemne, sólo balbuceó con voz apagada:

—¡Perdón!

Hubo un momento de pausa.

—¡Perdón!—volvió a decir.—Sí, ¿a qué ocultarlo ya? Yo la adoro, es mi culto, es mi sueño; pero un sueño sin realidad, lo sé. No me maldigais, no me culpeis por ello. Yo la amo, pero como se ama a los ángeles del cielo, como se ama.....

No sé lo que iba a decir, pero no pudo acabar.

Una oleada de sangre salió de sus labios y cayó de rodillas ante la cruz, murmurando, al abrazar su pie, su palabra primera:

—¡Perdón!

Pero ¡ay!, que ahora sin duda se dirigía a Dios.

Aquel accidente no era nuevo para el desgraciado; otra vez, y en la noche que iba a buscar a mi madre, se vió de improviso acometido de él, aunque con menos intensidad.

Yo me arrojé a su lado, mi madre también; la sangre no se contenía en su pecho; a cada instante salía de su boca con más abundancia.

Las fuerzas le faltaron y perdió el conocimiento por completo.

Sin saber lo que hacía, y trastornada por el dolor, le cogí con afán y recliné su cabeza en mi falda.

Aquella sangre que salpicó mi vestido, me volvía loca de angustia y de dolor.

Mi madre también, turbada y temblando, no sabía qué hacer; ¡había sido tan imprevisto todo aquello!

Cerca de allí se sentía el murmullo de un arroyo; sacó un pañuelo y fué a empaparlo en el agua fría para aplicarlo a las sienes de Daniel.

Entre tanto, yo le llamaba, le llamaba..... no sé en qué forma, como se llama a un hermano, a un ser querido, a uno que sufre, y al llamarlo me inclinaba hacia él, y mis lágrimas caían sobre sus cabellos, y mis labios rozaban su frente.

Aquel contacto le extremeció, abrió los ojos y murmuró con voz ininteligible:

—¡Estrella, adiós. Os debo una última ventura..... la anticipada ventura del cielo! Gracias..... no podía ser de otro modo..... en el mundo..... nada podía haber de común entre nosotros..... cómo había de soñar..... tal dicha, morir a vuestro lado.....

—¡Morir!—exclamé aterrada—¡morir!

—Adiós.....—balbuceó él;—mi madre..... os bendice desde..... el cielo..... y yo..... yo os espero allí.....

Su cabeza se dobló y cayó más pesada sobre mis rodillas.

Yo lancé un grito; mi madre llegó a tiempo de socorrerme, porque a mi vez había perdido los sentidos.

Cuando volví en mí estaba en el castillo.

Unos aldeanos habían acudido a las voces de mi madre y nos prestaron auxilio.

Daniel iba a ser conducido al castillo, pero el padre Carlos ordenó que fuese llevado a la iglesia de la aldea.

Allí debía recibir el último homenaje que el buen párroco quería tributar a su infortunio y a su noble resignación.

Después..... después ha sido colocado junto a la tumba de Lucía; allí duermen los dos. ¡Pobres mártires! !Pobres náufragos en el mar de la vida! ¡cuánto reposo disfrutarán en el santo puerto!

Algunos días he estado enferma; aquella profunda impresión quebrantó mi salud y mi espíritu.

¡Siempre creía ver ante mí aquellos ojos elocuentes y llenos de sombras ya; aquellos labios que pedían perdón!

¡Ay! aquel espectáculo tardará mucho en apartarse de mi alma.

¡Pobre, pobre Daniel!

Todos en el castillo se han afanado por borrar estos recuerdos de mi mente.

Pero distinguiéndose de los demás, Octavio sólo ha velado junto a mí, al lado de mi madre, sin abandonarme un momento.

Para disipar mi espanto, para hacerme olvidar aquellas escenas de que había sido testigo, me hablaba con interés y con dulzura, de lo que aún podia ofrecerme lo porvenir; me aseguraba que un afecto puro y ardiente, el afecto de un alma noble y amante, absorbiendo todos mis pensamientos, me ofrecería aún otras esperanzas y felicidad y paz.

Su voz tiene algo de dulce; sus palabras mucho de persuasivas.

Y es, ¡ay!, que él te ha amado mucho, y sabe mucho también de estos misterios del corazón.

El otro día hizo nacer en mí un sentimiento de orgullo.

El de parecerme en algo a tí.

Hablábamos como siempre, recordándote; hablábamos de tu nobleza, de tu lealtad, de tu virtud, y deteniéndose como asaltado por una idea repentina,

—¡Oh!—dijo—entre todas las mujeres que he conocido, ninguna como vos se asemeja en el alma a Blanca. Sois dos ángeles formados por Dios para hacer la ventura y la felicidad del que.....

Calló, y yo no me atreví a responder una sola palabra.

Parecía que aquella idea me halagaba y me hacía feliz.

También a mi vez encuentro en tu hermano algo que le hace superior a los demás hombres.

Cuando me mira, siento que me turbo, creo que su mirada sabe penetrar en el interior del alma.

Tu padre está muy triste, muy abatido en estos días, y sin embargo Octavio parece menos dispuesto a emprender su viaje que en un principio; ya no habla de partir, de separarse de su padre.

Sin duda le ha perdonado y le compadece, porque se muestra con él respetuoso y amante sin dejarle conocer que sabe la historia del pasado.

¡Quizá sean aún felices! Tu hermano es joven, y la tormenta de un día no puede haber destrozado para siempre las flores de su corazón.

No se cuándo dejarán a Amayora, a donde vinieron por un corto plazo y a donde les retenía antes las circunstancias, y donde hoy les retiene nuestra amistad.

Yo temo el momento de su marcha.

Cuando hablan de ella creo que tienen razón en dejar estos sitios que van perdiendo su alegría, y que estarán entonces más tristes y sombríos aún. Adriana los encuentra, por el contrario, muy bellos ahora.

¡La soledad entre dos que se aman debe ser muy hermosa! Si al menos Octavio no partiera, entonces creería aún verte a mi lado, y sería feliz.

Adios, mi santa Blanca; consagra a Daniel algunas oraciones. Pide al cielo también por tu padre y tu hermano; los demás son felices, y sólo los desgraciados necesitan consuelos y plegarias.

Adios, hermana mía, y no me olvides tampoco a mí.

ESTRELLA.

Un año después

Blanca al padre Carlos

Os debo una explicación, padre mío; debo una contestación a vuestra última carta, en la cual con frases tan dulces como bondadosas me anunciaba el casamiento de Octavio con Estrella.

En aquellas líneas he creído hallar algo de vacilación, algo de temor o de duda.

He adivinado que vuestra mano temblaba al trazar aquellos renglones, y quiero tranquilizaros.

Ese matrimonio era mi única ilusión, mi único deseo.

Paso a poso y haciendo votos por ella, he seguido esa simpatía que se ha ido trocando en amor en el corazón de Octavio, al par que la antigua pasión se cambiaba en afecto fraternal hacia mí, y he bendecido a Dios por este inmenso favor, compensación de todos mis males.

¡Cuán dignos son uno del otro, y cuán felices deben ser!

El cielo ha permitido que los dos afectos más grandes de mi alma, después del vuestro, se fundan en esta sola y corta palabra: ¡hermanos!

Desde el primer momento había previsto este desenlace y yo misma lo preparé. Yo también soy dichosa con él.

Sí, muy dichosa.

Tras estos muros en donde todo es pureza y calma, veo el mundo, y el mundo me asusta. Mi corozón débil, mi espíritu sencillo, se desgarraban en sus luchas.

Y no creais, no, que es mi pasado amor de un día lo que me hace expresarme así.

Era otra cosa que siempre hubiera existido aun sin conocer a Octavio; era mi nacimiento, mi origen; el tener que avergonzarme de faltas que no había cometido, y que la sociedad hace pesar siempre sobre una frente que tiene que inclinarse.

¡Aquí, cuán diferente! Nadie me pregunta mi nombre.

Me llamo solamente ¡sor Esperanza!

Sí; ese es el nombre que debo llevar! Porque al morir en mi alma todas las ilusiones mundanas, se ha levantado poderosa en ella la esperanza divina, esa esperanza que nada trunca y que pura y celeste embellece la existencia y disipa las sombras de la obscura tumba!

¡Qué hermoso es creer y esperar, padre mío!

¡Cómo sostenido por Dios, el espíritu se levanta sobre las miserias de la vida!

¡Qué paz tan inefable goza el alma, que amor tan sin igual la llena!

¡Bendito seais vos, que habeis sabido guiarme al cielo!

¡Bendito seais vos, que me habeis enseñado a juzgar cuáles son las felicidades mundanas, y a buscar la que es eterna, la que está en el cielo!

¡Cuán feliz, cuán feliz soy ya!

Mis dos hermanos han venido a verme.

Los recibí sonriendo y con una alegría sin mezcla alguna de envidia o de pesar.

Cuán hermosa me pareció Estrella, cuán bueno y noble hallé a Octavio.

Querían que abandonase el claustro, que volviera al mundo, al lado de mi padre.

Yo rehusé: ¿cómo había de renunciar a la calma suave que encuentro aquí?

¡Oh! si por la celda os he dejado a vos, a vos a quien tanto amo, ¿por quién habría de salir de aquí?

Sin pena ninguna he llamado hermano a Octavio; tanto he olvidado lo pasado, que creo que siempre le he querido así; que lo que me arrastraba hacia él era el instinto del amor fraternal y..... nada más.

En cuanto a mi padre..... en Estrella tiene una amante hija, y ella velará por él, mientras yo ruego por su ventura.

Octavio también parece feliz.

Estrella es tan hermosa, tan distinguida, que se ha hecho dueña de su voluntad.

Sus almas se han comprendido; era la esposa que él soñaba.

Todo lo reune a los ojos de él.

Venid, pues, padre mío, venid para el día de mi profesión, que venga también Román y vuestra madre.

Con qué afán espero ese día, y todos debeis anhelarlo.

En él me cedereis contentos al esposo que ya me espera, a mi amor eterno: a Dios.

Espera con ansia ese día,

BLANCA.

El padre Carlos al duque de San Marcial

Os escribo, señor Duque, por encargo de un ángel, que, sin manchar sus alas en los caminos de la vida, ha venido a cobijarse bajo la augusta sombra del árbol de la Cruz.

En el «adiós» que mi boca os dirige en su nombre, no vibra el eco de una queja, ni de un suspiro; es un adiós de paz, de esperanza y de amor.

Blanca es hoy feliz, podeis creerlo.

La navecilla combatida un instante por las turbias olas, ha llegado al sagrado puerto, y sonriendo, saluda las playas serenas de la patria inmortal.

No penseis ni os aflija la idea de lo doloroso de su sacrificio.

No; la nueva esposa de Jesús no llevaba al altar de sus bodas la palma de los mártires; sólo ceñía a su frente la corona de las vírgenes y de los santos.

Su alma noble y pura se ha levantado a Dios, libre y sin recuerdos, serena y sin amargura. ¡A no ser así, no hubiera pronunciado sus votos!

Ella, creyente y dotada de una inteligencia superior, comprende toda la grandeza del Señor a quien sirve, y sabe que un corazón herido y atribulado, no es una ofrenda digna de Él. Si se hubiera sentido aún desgraciada, si hubiera encontrado en su corazón un resto de dolor y hubiera buscado consuelo a su lado, no le hubiera ofrecido a Dios ese corazón.

Estas son sus palabras; esto es lo que me ha encargado que os repita.

Os había suplicado que no asistiéseis a la ceremonia de su profesión, temiendo acaso vuestra emoción, vuestro pesar.

¡Para todo se sentía capaz menos para causar la aflicción de su padre!

Yo me hallaba a su lado, Octavio y Estrella también se encontraban allí.

Todos llorábamos, todos estábamos conmovidos.

¡Blanca era la única que sonreía!

Su bellísimo rostro estaba radiante de júbilo; una expresión de gozo celestial se reflejaba en él; y en su mirada resplandecía una alegría divina.

Cuando el blanco velo ocultó su frente, cuando el tosco sayal ciñó su talle, un suspiro de bienestar se escapó de su pecho, y algo como una radiante aureola creímos ver cercando su cabeza.

¡Qué hermosa estaba entonces! A todos nos tendió la mano, a todos nos dirigió palabras dulces y agradables.

Cuando ya fuimos a alejarnos, estrechó a Estrella en sus brazos, y le dijo:

—Hermana mía, ya ves cómo el cielo ha querido que sea una verdad el dulce título que nos dimos al conocernos; hazle feliz.

Sin temblar, sin extremecerse presentó la frente a Octavio, que la selló con un beso fraternal, poseído de una dulce emoción.

Yo los observaba, y pude convencerme de que en sus almas sólo quedaba el afecto de hermanos. ¡Oh! bien haya la clemencia divina, que envía la calma tras la tempestad.

Yo bendigo a Dios, y bendigo su omnipotencia, que perdona y redime y da la paz.

Cuando veo al Conde vivir resignado en su retiro, que no quiere abandonar hasta que llegue para él la hora de arribar al cielo, cuyas puertas le abrirá su arrepentimiento; cuando os veo a vos, señor Duque, querido y respetado de vuestros hijos; cuando me veo a mí mismo, que sintiendo el alma serena, puedo elevar mis oraciones al pie del altar, mezclando vuestro nombre en ellas; cuando este pobre sacerdote os envía el perdón del antiguo Carlos de Medina, el prometido esposo de la triste Regina; cuando me veo, en fin, entre mis feligreses, cuyo cuidado legaré al morir a Román, que es ya también ministro de Dios, alzo los ojos a la inmensa altura y exclamo con el corazón rebosando fe, esperanza y gratitud:

—¡Señor, vos enfrenais los huracanes, deteneis el rayo, sosteneis a los inocentes y perdonais a los culpados, y haceis, en fin, que si la vida es un mar agitado y sin orillas, en vuestro santo amor se encuentre el puerto!

CARLOS.

FIN